

UNIV OF
TORONTO
LIBRARY

LSU
B.5826

I

Biblioteca
Teatro Mundial

Vol. 15

Obras Publicadas

Nos. 141-150

141617
12/2/17.

100-10000



Biblioteka
Teatro Nacional

Optica Fubliotheca
Nov. 14-1950

100-10000
100-10000

CONTENTS.

141. **El Burlador de Sevilla, ó el Convidado de piedra.**—Drama fantástico en tres jornadas, en verso, de Fray Gabriel Téllez (Tirso de Molina), refundición de Agustín Mundet Alvarez.
142. **Lluvia de hijos.**—Farsa cómica en tres actos, de Miss Margarita Mayo. Arreglo de Federico Reparaz.
143. **El Cacique, ó la Justicia del pueblo.**—Drama en cuatro actos y diez cuadros, en prosa, original de José Fola Igúrbide.
144. **El Mercader de Venecia.**—Drama en cinco actos y en prosa de Williams Shakespeare, traducción y arreglo escénico de Luis Millá.
145. **Germinal.**—Drama en siete actos y once cuadros, inspirado en la famosa novela del mismo nombre de Emilio Zola, escrito por José Pablo Rivas.
146. **La Conversión de Mañara.**—Drama en tres actos y en verso, original de Joaquín Dicenta.
147. **El enemigo de las mujeres.**—Comedia en tres actos, basada en la obra *Place aux Femmes* de Albin Valébreque y Maricío Hennequin. Adaptación española de Federico Reparaz.
148. **La tía de Carlos.**—Comedia en tres actos, en prosa, traducida por Pedro Gil.
149. **La cortina verde.**—Drama en cuatro actos, de Julio Dantas, traducción castellana de I. Ribera Rovira.
150. **El avaro.**—Comedia en cuatro actos, original de Molière, traducción íntegra de O. O.

1871



TIRSO DE MOLINA

EL BURLADOR DE SEVILLA

Drama en tres jornadas y en verso



MADRID

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1915

EL BURLADOR DE SEVILLA

O

EL CONVIDADO DE PIEDRA

Esta refundición es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados y representantes de la "Sociedad de Autores Españoles" son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Edición autorizada para TEATRO MUNDIAL.

EL BURLADOR DE SEVILLA

O

EL CONVIDADO DE PIEDRA

Drama fantástico en tres jornadas, en verso

de

FRAY GABRIEL TÉLLEZ
(TIRSO DE MOLINA)

Refundición de

A. MUNDET ÁLVAREZ



BARCELONA

BIBLIOTECA «TEATRO MUNDIAL»

15, Barbará, 15

1915

PERSONAJES

ISABELA, duquesa.

TISBEA, pescadora.

DOÑA ANA DE ULLOA.

AMINTA, labradora.

BELISA, pescadora.

DUEÑA.

DON JUAN TENORIO.

DON DIEGO TENORIO.

DON GONZALO DE ULLOA, Comendador de Calatrava.

DON PEDRO TENORIO.

EL REY DE CASTILLA DON ALONSO XI.

EL REY DE NÁPOLES.

EL DUQUE OCTAVIO.

EL MARQUÉS DE LA MOTA.

CATALINÓN, lacayo.

RIPIO, ídem.

FABIO, ídem.

ANFRISO, pescador.

CORIDÓN, ídem.

BATRICIO, labrador.

GASENO, ídem.

CRÍADOS 1.^o, 2.^o, 3.^o, 4.^o y 5.^o

Guardias, pescadores, pajes, músicos, pueblo, etc.

La acción en Nápoles, Tarragona, Sevilla y Dos Hermanas.



JORNADA PRIMERA

CUADRO PRIMERO

Salón en el palacio del Rey de Nápoles.

ESCENA PRIMERA

ISABELA y DON JUAN TENORIO.

ISABELA Duque Octavio, por aquí
podrás salir más seguro.

D. JUAN Duquesa, de nuevo os juro
de cumplir el dulce sí.

ISABELA ¿Mis glorias serán verdades,
promesas y ofrecimientos,
regalos y cumplimientos,
voluntades y amistades?

D. JUAN Sí, mi bien.

ISABELA Quiero sacar
una luz.

D. JUAN Pues ¿para qué?

ISABELA Para que el alma dé fe
del bien que llego a gozar.

D. JUAN Mataréte la luz yo.

ISABELA ¡Ah, cielo! ¿Quién eres, hombre?

D. JUAN ¿Quién soy? Un hombre sin nombre.

ISABELA ¿Qué, no eres el Duque?

D. JUAN No.

ISABELA ¡Ah, de palacio!

D. JUAN Detente.
Dame, Duquesa, la mano.

ISABELA No me detengas, villano.
¡Ah, del Rey : soldados, gente !

ESCENA II

Dichos, EL REY DE NÁPOLES y un paje con una luz.

REY ¿Pues qué es esto?

ISABELA ¡El Rey ! ¡Ay, triste !

REY ¡Respondedme !

D. JUAN ¿Qué ha de ser?

Un hombre y una mujer.

REY (Esto en prudencia consiste.)

¡Ah, de mi guarda ! Prendé
a este hombre.

ISABELA ¡Ah, perdido honor !

(Cúbrese el rostro y vuélvese de espaldas.)

ESCENA III

Dichos, DON PEDRO TENORIO y la guarda.

D. PEDRO ¡En tu cuarto, gran señor,
voces ! ¿Quién la causa fué?

REY Don Pedro Tenorio, a vos
esta prisión os encargo.
Siendo corto, andad vos largo ;
mirad quienes son los dos.
Y con secreto ha de ser,
que algún mal suceso creo,
porque si yo aquí lo veo
no me queda más que ver.

(Vase.)

ESCENA IV

ISABELA, DON PEDRO, DON JUAN y la guarda.

D. PEDRO Prendedle.

D. JUAN ¿Quién ha de osar ?
Bien puedo perder la vida ;

mas ha de ir tan bien vendida
que a alguno le ha de pesar.

D. PEDRO ¡ Matadle !

D. JUAN ¿ Quién os engaña ?

Resuelto en morir estoy,
porque caballero soy,
del Embajador de España.
Llegue, que sólo ha de ser
al que me rinda.

D. PEDRO Apartad ;
a ese cuarto os retirad
todos con esa mujer.

(Vase la guarda con Isabela.)

ESCENA V

DON PEDRO y DON JUAN.

D. PEDRO Ya estamos solos los dos ;
muestra aquí tu esfuerzo y brío.

D. JUAN Aunque tengo esfuerzo, tío,
no le tengo para vos.

D. PEDRO ¿ Cómo estás de aquesta suerte ?
Dime pronto como fué,
o por quien soy te daré
con este acero, la muerte.
Acaba.

D. JUAN Tío y señor,
mozo soy y mozo fuiste ;
y pues que de amor supiste,
tenga disculpa mi amor.
Y ya que a decir me obligas
la verdad, oye y diréla :
yo engañé y gocé a Isabela
la Duquesa.

D. PEDRO No prosigas.
¿ Cómo pudiste lograla ?
Habla quedo o cierra el labio.

D. JUAN Fingí ser el Duque Octavio...

D. PEDRO No digas más, ¡ calla, calla !
Perdido soy si el Rey sabe

este caso. ¿Qué he de hacer?
Industria me ha de valer
en un negocio tan grave.
¿Aquí en Nápoles tu hazaña
en el palacio real;
con mujer tan principal
repites, como en España?
Tu padre desde Castilla
a Nápoles te envió,
y en sus márgenes te dió
tierra la espumosa orilla
del mar de Italia, atendiendo
que el haberte recibido
pagaras agradecido,
y estás su honor ofendiendo,
y en tan principal mujer.
Pero en aquesta ocasión
nos daña la dilación;
mira qué quieres hacer.

D. JUAN No quiero daros disculpa,
que la habré de dar siniestra.
Mi sangre es, señor, la vuestra;
sacalda, y pague la culpa.
A esos pies estoy rendido,
y esta es mi espada, señor.

D. PEDRO Alzate y muestra valor,
que esa humildad me ha vencido.
¿Atreveráste a bajar
por ese balcón?

D. JUAN Me atrevo,
que alas en tu favor llevo.

D. PEDRO Pues yo te quiero ayudar.
Vete a Milán o Sicilia
donde vivas encubierto.

D. JUAN Luego me iré.

D. PEDRO ¿Cierto?

D. JUAN Cierto.

D. PEDRO Todo el tiempo lo concilia.
Cómo el lance de Isabela
terminó, por mí sabrás.
Vete.

D. JUAN Al punto.

D. PEDRO ¿A dónde irás?

J. JUAN Parto a España a toda vela.

(Vase por el balcón.)

ESCENA VI

DON PEDRO y EL REY DE NÁPOLES.

D. PEDRO Queda cumplido, señor,
lo que ordenó vuestra alteza.
El hombre...

REY ¿Murió?

D. PEDRO Escapóse
de las cuchillas soberbias.

REY ¿De qué forma?

D. PEDRO Desta forma :

Aún no lo mandaste apenas,
cuando, sin dar más disculpa,
la espada en la mano aprieta,
revuelve la capa al brazo,
y con gallarda presteza,
ofendiendo a los soldados
y buscando su defensa,
viendo vecina la muerte,
por el balcón de la huerta
se arroja desesperado.
Siguióle con diligencia
tu gente ; cuando salieron
por esa vecina puerta,
le hallaron agonizando
como enroscada culebra.
Levantóse, y al decir
los soldados : ¡ muera, muera !
bañado de sangre el rostro,
con tan heroica presteza
se fué, que quedé confuso.
La mujer, que es Isabela
—que para admirarte nombro—
retirada en esa pieza,
dice que es el Duque Octavio
que, con engaño y cautela
la gozó.

REY

¿Qué dices?

D. PEDRO

Digo

lo que la dama confiesa.

REY

(Honor : si eres privilegio
del hombre, ¿por qué te prestan
a la mujer inconstante,
que es la misma ligereza?)
¡Hola !

ESCENA VII.

Dichos, CRIADO 1.^o, en seguida ISABELA y la guarda.

CRIADO I

¡ Gran señor !

REY

Traed

delante de mi presencia
esa mujer.

D. PEDRO

Ya la guardia
viene, gran señor, con ella.

(Trae la guarda a Isabela.)

ISABELA

(¿Con qué ojos miraré al rey?)

REY

Idos, y guardad la puerta
de esa cuadra. Dime, dime,
¿qué rigor, qué airada estrella
te incitó, que en mi palacio,
con hermosura y soberbia,
profanases sus umbrales?

ISABELA

Señor...

REY

Calla, que la lengua
no podrá dorar el yerro
que has cometido en mi ofensa.
¿Aquél era el Duque Octavio?

ISABELA

¡ Oh, señor !...

REY

No importan fuerzas,
guardas, criados, murallas,
fortalecidas almenas
para amor, que la de un niño
hasta los muros penetra.
Don Pedro Tenorio: al punto
a esa mujer llevad presa
a una torre, y con secreto

haced que al Duque le prendan,
que quiero hacer que le cumpla
la palabra o la promesa.

ISABELA

REY

Gran señor, volvedme el rostro.

Ofensa a mi espalda hecha

es justicia y es razón

castigalla a espaldas vueltas. (Vase el Rey.)

D. PEDRO

Vamos, Duquesa.

ISABELA

Mi culpa

no hay disculpa que la venza ;

mas no será el yerro tanto

si el Duque Octavio lo enmienda. (Vanse.)

MUTACIÓN

CUADRO II

Estancia en casa del Duque Octavio.

ESCENA VIII

DUQUE OCTAVIO y RIPIO; al final CRIADO 4.º

RIPIO

¿Tan de mañana, señor,
te levantas?

OCTAVIO

No hay sosiego
que pueda apagar el fuego
que en mi alma enciende el amor.
Pensamientos de Isabela
me tienen, amigo, en calma,
que como vive en el alma
anda el cuerpo siempre en vela
guardando ausente y presente
el castillo del honor.

RIPIO

Perdóname, que tu amor
es amor impertinente.

OCTAVIO

¿Qué dices, necio?

- OCTAVIO Cuando viene vucelencia
 a honrarme y favorecerme
 no es justo que duerma yo ;
 velaré toda mi vida.
 ¿A qué y por qué es la venida?
- D. PEDRO Porque aquí el Rey me envió.
- OCTAVIO Y me diréis qué fortuna
 o qué estrella me ha guiado
 que de mí el Rey se ha acordado?
- D. PEDRO No fué fortuna ninguna.
 Embajador del Rey soy ;
 dél os traigo una embajada.
- OCTAVIO Marqués, no me inquieta nada ;
 decid, que aguardando estoy.
- D. PEDRO A prenderos me ha enviado
 el Rey ; no os alborotéis.
- OCTAVIO ¡ Vos por el Rey me prendéis !
 Pues ¿en qué he sido culpado?
- D. PEDRO Mejor lo sabéis que 'yo ;
 mas, por si acaso me engaño,
 escuchad el desengaño
 y a lo que el Rey me envió.
 Cuando los negros gigantes,
 plegando funestos toldos
 ya del crepúsculo huían
 tropezando unos con otros,
 estando yo con Su Alteza
 tratando ciertos negocios
 —porque antípodas del sol
 son siempre los poderosos,—
 voces de mujer oímos
 cuyos ecos, menos rontos
 por los artesones sacros,
 nos repitieron «¡ Socorro !»
 A las voces y al ruido
 acudió, Duque, el Rey propio ;
 halló a Isabela en los brazos
 de algún hombre poderoso ;
 mas quien al cielo se atreve,
 sin duda es gigante o monstruo.
 Mandó el Rey que los prendiera ;
 quedé con el hombre solo ;

llegué y quise desarmalle,
pero pienso que el demonio
en él tomó forma humana,
pues que, vuelto en humo y polvo,
se arrojó por los balcones
entre los pies de esos olmos
que coronan, del palacio,
los chapiteles hermosos.
Prender hice a la Duquesa,
y en la presencia de todos
dijo que es el Duque Octavio
el que con mano de esposo
la gozó.

OCTAVIO
D. PEDRO

¿Qué decís?

Digo

lo que al mundo es ya notorio
y que tan claro se sabe :
que Isabela por mil modos...

OCTAVIO

Dejadme, no me digáis
tan gran traición de Isabela.
Mas, si fué su amor cautela
mal hacéis si lo calláis.
Mas si veneno me dais
qué a un firme corazón toca,
así a decir me provoca ;
que imita a la comadreja,
que concibe por la oreja
para parir por la boca.
¿Será verdad que Isabela
se olvidó, ingrata, de mí
para darme muerte? Sí,
que el bien duerme y el mal vela.
Ya el pecho nada recela
juzgando si son antojos ;
que, por darme más enojos,
el entendimiento entró,
y por la oreja escuchó
lo que acreditan los ojos.
Señor Marqués, ¿es posible
que Isabela me ha engañado
y que mi amor ha burlado?
¡ Parece cosa imposible !

¡ Oh mujer ! ¡ Ley tan terrible
de honor, a quien me provoco
a emprender ! Mas ya no toco
en tu honor esta cautela.
¿ Anoche con Isabela
hombre en palacio?... Estoy loco.

D. PEDRO Como hay lealtá en el amigo,
traición en el enemigo,
en la noche escuridad
y en el día claridad,
así es verdad lo que digo.

OCTAVIO Marqués, yo os quiero creer.
Ya no hay cosa que me espante
que la mujer más constante
es, en efecto, mujer.
No me queda más que ver,
pues es patente mi agravio.

D. PEDRO Pues que sois prudente y sabio,
elegid el mejor medio.

OCTAVIO Ausentarme es mi remedio.

D. PEDRO Presto ha de ser, Duque Octavio.

OCTAVIO Embarcarme quiero a España
y dar a mis males fin.

D. PEDRO Por la puerta del jardín,
Duque, esta prisión se engaña.

OCTAVIO ¡ Ah, veleta ! ¡ Débil caña !
A más furor me provoco
y extrañas provincias toco
huyendo desta cautela.
¡ Patria, adiós ! ¿ Con Isabela
hombre en palacio ? ¡ Estoy loco ! (Vanse.)

MUTACIÓN

CUADRO III

Playa de Tarragona.

ESCENA X

TISBEA, con aparejos de pesca.

Yo, de cuantas el mar,—
pies de jazmín y rosa,—
en sus riberas besa
con fugitivas olas,
sola de amor librada
como en ventura sola,
tirana, me reservo
de sus prisiones locas.
Aquí donde el sol pisa
las soñolientas ondas,
zafiros alegrando
los que espantaban sombras—
por la menuda arena,
unas veces aljófar,
y átomos otras veces
del sol que así la dora ;
oyendo de las aves
las quejas amorosas
y los combates dulces
del agua entre las rocas ;
ya con la sutil caña
que el débil peso dobla
del pobre pececillo
que el mar salado azota,
o ya con la atarraya—
que en sus moradas hondas
cuantos habitan prenden
alcázares de conchas—
dichosa me distraigo
que en libertad dichosa

el alma ; de amor áspid
no le ofende ponzoña.
En pequeñuelo esquife,
y en compañía de otras,
tal vez al mar le peino
la cabeza espumosa ;
y cuando más perdidas
querellas de amor forman,
como de todos río,
envidia soy de todas.
Dichosa yo mil veces,
amor, pues me perdonas,
si ya, por ser humilde,
no desprecias mi choza,
obelisco de paja !
Mi edificio coronan
nidos, si no hay cigarras,
enamoradas tórtolas.
Mi honor conservo en paja
como fruta sabrosa,
vidrio guardado en ellas
para que no se rompa.
De cuantos pescadores
con fuego Tarragona
defiende de piratas
en la argentada costa
desprecio, soy encanto ;
a sus suspiros, sorda ;
a sus ruegos, terrible ;
a sus promesas, roca.
Anfriso, a quien el cielo
con mano poderosa,
prodigio en cuerpo y alma,
dotó de gracias todas,
medido en las palabras,
liberal en las obras,
sufrido en los desdenes,
modesto en las congojas ;
mis pajizos umbrales,
que heladas noches ronda,
a pesar de los tiempos,
las mañanas remoja,

pues con los ramos verdes
que de los olmos corta,
mis pajas amanecen
ceñidas de lisonjas.
Ya con vigüelas dulces
y sutiles zampoñas
músicas me consagra,
y todo no le importa
porque en tirano imperio
vivo, de amor señora ;
que hallo gusto en sus penas
y en sus infiernos gloria.
Todas por él suspiran
y yo, cruel por todas,
le mato con desdenes ;
de amor condición propia,
querer donde desprecian,
despreciar donde adoran ;
que si le alegran, muere,
y vive si le oprobian.
En tan alegres días
segura de lisonjas,
mis juveniles años
amor no los malogra ;
que en edad tan florida,
amor, no es suerte poca
no ver tratando enredos
las tuyas amorosas.
Pero, discurso necio
que mi ejercicio estorbas,
en él no me diviertas
en cosa que no importa.
Quiero entregar la caña
al viento y a la boca
del pececillo el cebo.

(Mirando hacia un lado.)

Pero el agua se arrojan
dos hombres de una nave,
antes que el mar la sorba,
que sobre el agua viene
y en un escollo aborda.
Las olas va escarbando,

y ya su orgullo y pompa
casi la desvanece.
Agua un costado toma...
Hundióse y dejó al viento
la gavia que la escoja
para morada suya,
que un loco en gaviás mora.

D. JUAN
TISBEA'

(Dentro.) ¡Que me ahogo!

¡Dios santo!

¡Que el cielo les acorra!

• Un hombre al otro aguarda
que dice que se ahoga.

¡Gallarda cortesía!

- En los hombres le toma.

Anquises se hace Eneas,
si el mar está hecho Troya.

Ya, nadando, las aguas
con valentía corta.

Daré voces : ¡Tirseo,

Anfriso, Alfredo, hola!

Pescadores me miran,

¡plega a Dios que me oigan!

Mas milagrosamente
ya tierra los dos toman :

sin aliento el que nada,
con vida el que le estorba.

ESCENA XI

Dicha, DON JUAN y CATALINÓN. Llegan mojados; don Juan en brazos de Catalinón.

CATALI.

¡Válgame la Cananea,
y qué salado está el mar!
Aquí puede bien nadar
el que salvarse desea,
que allá dentro es desatino.
Donde la muerte se fragua,
donde Dios juntó tanta agua,
no juntara tanto vino.
Agua salada : ¡estremada

cosa para quien no pesca !
Si es mala aun el agua fresca,
¿qué será el agua salada?
¡ El agua ! Abernuncio della,
que la devoción me quita
tanto, que aun agua bendita
no pienso ver, por no vella.
Señor, como el mármol, frío
está. ¿pero vivo o muerto?
Del mar fué este desconcierto
y mío este desvarío.
¡ Mal haya aquel que primero
pinos en la mar sembró,
y que sus rumbos midió
con quebradizo madero !
¡ Maldito sea el vil sastre
que casió el mar que dibuja
con astronómica aguja,
causa de tanto desastre !
¡ Maldito sea Jasón,
y Tisis maldito sea !
Muerto está, no hay quien lo crea ;
¡ mísero Catalinón !
¿Qué he de hacer?

TISBEA

Hombre, ¿qué tienes

en desventuras iguales?

CATALI.

Pescadora, muchos males,
y falta de muchos bienes.

Veo, por librarme a mí,
sin vida a mi señor. Mira
si es verdad.

TISBEA

No, que aún respira.

CATALI.

¿Por dónde? ¿Por aquí?

TISBEA

Sí ;

pues ¿por dónde?

CATALI.

¿No es más breve
respirar por otra parte?

TISÁEA

Necio estás.

CATALI.

Quiero besarte
las lindas manos de nieve.

TISBEA

Ve a llamar los pescadores
que en aquella choza están.

CATALI. Y si los llamo, ¿vendrán?
TISBEA Vendrán presto, no lo ignores.
¿Quién es este caballero?

CATALI. Es hijo aqueste señor
del Camarero mayor
del Rey, por quien ser espero
antes de seis días Conde
en Sevilla, donde iré,
y desa suerte veré
si a mi amistad corresponde.

TISBEA ¿Cómo se llama?

CATALI. Don Juan
Tenorio.

TISBEA Llama mi gente.

CATALI. Ya voy.

(Vase.)

ESCENA XII

TISBEA y DON JUAN.

TISBEA Mancebo excelente,
gallardo, noble y galán.
Volved en vos, caballero.

D. JUAN ¿Dónde estoy?

TISBEA Ya podéis ver :
en brazos de una mujer.

D. JUAN Vivo en vos, si en el mar muero.
Ya perdí todo el recelo
que me pudiera anegar,
pues del infierno del mar
salgo a vuestro claro cielo.
Un huracán espantoso
dió con mi nave al través
para arrojarne a esos pies
que son puerto esplendoroso.
Y en vuestro divino Oriente
renazco, y no hay que espantar,
pues veis que hay de amar a mar
una letra solamente.

TISBEA Muy grande aliento tenéis
para venir sin aliento,
y tras de tanto tormento
grande contento ofrecéis.

Pero si es tormento el mar
y son sus ondas crueles,
la fuerza de los cordeles,
presumo que os hace hablar.
Sin duda que habéis bebido
del mar la oración pasada,
pues, por ser de agua salada,
con tan grande sal ha sido.
Mucho habláis cuando no habláis,
y cuando muerto venís
mucho al parecer sentís ;
¡ plega a Dios que no mintáis !
Parecéis caballo griego
que el mar a mis pies desagua,
pues venís formado de agua
y estáis preñado de fuego.
Y si mojado abrasáis,
estando enjuto, ¿ qué haréis ?
Mucho fuego prometéis ;
¡ plega a Dios que no mintáis !
A Dios, zagala, pluguiera
que en el agua me anegara
para que cuerdo acabara
y loco en vos no muriera ;
que el mar pudiera anegarme
entre sus olas de plata
que sus límites desata ;
mas no pudiera abrasarme.
Gran parte del sol mostráis,
pues que el sol os da licencia,
y sólo con la apariencia,
siendo de nieve, abrasáis.
Por más helado que estáis,
tanto fuego en vos tenéis,
que en este mío os ardéis.
¡ Plega a Dios que no mintáis !

D. JUAN

TISBEA

ESCENA XIII

Dichos, CATALINÓN, CORIDÓN, ANFRISO y pescadores.

CATALI.

Ya vienen todos aquí.

TISBEA

Y ya está tu dueño vivo.

D. JUAN Con tu presencia recibo
el aliento que perdí.

CORIDÓN ¿Qué nos mandas?

TISBEA Coridón,
Anfriso, amigos.

CORIDÓN Si todos

buscamos por varios modos

esta dichosa ocasión

de servirte y halagarte.

Por tus labios de clavel

brotará el mandato a aquel

que desea idolatrarte

apenas, cuando al momento,

sin cesar, en llano o sierra,

surque el mar, tale la tierra,

pise el fuego y pare el viento.

TISBEA (¡ Oh, qué mal me parecían

estas lisonjas ayer,

y hoy echo en ellas de ver

que sus labios no mentían !)

Mientras mis redes pescaban,

desde este peñasco vi

hundirse una nave allí,

y a dos hombres que nadaban

con esfuerzo. Compasiva

di voces que nadie oyó ;

y en tanta aflicción, llegó

libre de la furia esquivá

del mar, sin vida a la arena,

déste en los hombros cargado,

un hidalgo ya anegado,

y envuelta en tan triste pena

a llamaros envíe.

ANFRISO Y aquí nos tienes a todos

para hacer de todos modos

lo que pensado no fué.

TISBEA Que a mi choza los llevemos

quiero, donde, agradecidos,

reparemos sus vestidos,

y allí los regalaremos ;

que mi padre gusta mucho

desta debida piedad.

CATALI. ¡ Extremada es su beldad !

D. JUAN (A Catalinón.)

Escucha aparte.

CATALI. Ya escucho.

D. JUAN Si te pregunta quién soy,
dí que no sabes.

CATALI. ¡ Así

quieres advertirme a mí
lo que he de hacer !

D. JUAN Muerto voy

por la bella pescadora.

Esta noche he de gozalla.

CATALI. ¿ De qué suerte ?

D. JUAN Ven, y calla.

CORIDON Anfriso : dentro de una hora
con los pescadores ven
a cantar y bailar

ANFRISO Vamos :

y esta noche nos hagamos.

rajas y paños también.

D. JUAN Muerto voy.

TISBEA ¿ Cómo, si andáis ?

D. JUAN Ando en pena, como véis.

TISBEA Mucho habláis.

D. JUAN Mucho entendéis.

TISBEA ¡ Plega a Dios que no mintáis ! (Vanse.)

MUTACIÓN

CUADRO IV

Otro lugar de la playa. En el último término, exterior de una cabaña
de pescadores.

ESCENA XIV

DON JUAN TENORIO y CATALINÓN.

D. JUAN Esas dos yeguas prevén,
pues acomodadas son.

CATALI. Aunque soy Catalinón,
soy, señor, hombre de bien ;
que no se dijo por mí,
«Catalinón es el hombre» ;
que sabes que aquese nombre
me asienta al revés a mí.

D. JUAN Mientras que los pescadores
van de regocijo y fiesta,
tú las dos yeguas aprresta,
que de sus pies voladores
sólo nuestro engaño fío.

CATALI. Al fin ¿pretendes gozar
a Tisbea?

D. JUAN Si burlar
es hábito antiguo mío,
¿qué me preguntas, sabiendo
mi condición?

CATALI. Ya sé que eres
castigo de las mujeres.

D. JUAN Por Tisbea estoy muriendo,
que es buena moza.

CATALI. ¡ Buen pago
a su hospedaje desees !

D. JUAN Pues el mismo pago Eneas
dió a la reina de Cartago.

CATALI. Los que fingís y engañáis
a mujeres desa suerte,
lo pagaréis en la muerte.

D. JUAN ¡ Qué largo me lo fiáis !
Catalinón con razón
te llaman.

CATALI. Tus pareceres
sigue, que en burlar mujeres
quiero ser Catalinón.
Ya viene la desdichada.

D. JUAN Vete, y las yeguas prevén.

CATALI. ¡ Pobre mujer ! Harto bien
te pagamos la posada.

(Vase.)

ESCENA XV

DON JUAN y TISBEA.

TISBEA El rato que sin ti estoy
estoy ajena de mí.

D. JUAN Por lo que finges así
ningún crédito te doy.

TISBEA ¿Por qué?

D. JUAN Porque, si me amaras,
a mi alma favorecieras.

TISBEA Tuya soy.

D. JUAN Pues di, ¿qué esperas,
o en qué, señora, reparas?

TISBEA En que fué de amor castigo
el que he hallado en tí ; ay de mí !

D. JUAN Si vivo, mi bien, en tí
a cualquier cosa me obligo.
Aunque yo sepa perder
en tu servicio la vida,
la diera por bien perdida,
y te prometo de ser
tu esposo.

TISBEA Soy desigual
a tu rango.

D. JUAN Amor es rey
que iguala con justa ley
la seda con el sayal.

TISBEA Mira que a creerte voy.
Mas sois los hombres traidores.

D. JUAN ¿Cómo es posible que ignores,
mi bien, lo que valgo y soy?
Hoy prendes con tus cabellos
mi alma.

TISBEA Solo a ti me allano
bajo la palabra y mano
de esposo.

D. JUAN Juro, ojos bellos,
que mirando me matáis,
de ser vuestro esposo.

ANFRISO Siempre es Tisbea envidiada.
BELISA Cantad algo mientras viene,
porque queremos bailar.
ANFRISO ¿Cómo podrá descansar.
cuidado que celos tiene?
(Cantan.)

*A cantar va la niña
tendiendo redes,
y en lugar de pescados
las almas prende.*

ESCENA XVII

Dichos y TISBEA.

TISBEA ¡Fuego, fuego, que me quemó,
que mi cabaña se abrasa !
Repicad a fuego, amigos,
que ya dan mis ojos agua.
Mi pobre edificio queda
hecho otra Troya en las llamas,
que después que faltan Troyas
quiere amor quemar cabañas.
Mas si amor abrasa peñas
con ira y con fuerza extraña,
mal podrán de sus rigores
preservarse humildes pajas.
¡Fuego, fuego, zagales, agua, agua !
¡ Amor, clemencia, que se abrasa el alma !
¡ Ay, choza, vil instrumento
de mi deshonor y mi infamia !
¡ Cueva de ladrones fiera,
que mis agravios ampara !
Rayos de ardientes luceros
en tus cabelleras caigan
porque abrasadas estén,
si del viento mal peinadas.
¡ Ah, falso huésped, que dejas
una mujer deshonrada !
Nube que del mar salió
para anegar mis entrañas.

¡ Fuego, fuego, zagales, agua, agua !
¡ Amor, clemencia, que se abrasa el alma !
Yo soy la que hacía siempre
de los hombres burla tanta ;
que siempre las que hacen burla,
vienen a quedar burladas.
Engañóme el fementido
bajo su fe y su palabra
de marido, y profanó
mi honestidad y mi casa.
Gozóme al fin, y yo propia
le dí a su rigor las alas
en dos yeguas que crié,
con que me burló y se escapa.
Seguidle todos, seguidle.
Mas no importa que se vaya,
que en la presencia del Rey
tengo de pedir venganza.
¡ Fuego, fuego, zagales, agua, agua !
¡ Amor, clemencia, que se abrasa el alma !
(Vase Tisbea.)

ESCENA ÚLTIMA

Dichos menos TISBEA.

CORIDÓN Seguid al vil caballero.
ANFRISO ¡ Triste del que pena y calla !
Mas ¡ vive el cielo ! que en esta
he de vengar mil infamias.
Vamos tras ella nosotros,
porque va desesperada,
y podrá ser que ella corra
buscando mayor desgracia.
CORIDÓN Su beldad halló ese abismo.

(Mirando hacia donde marchó Tisbea.)

¡ Pobre oveja confiada,
cómo te huyes !

TISBEA (Dentro.) ¡ Fuego, fuego !

CORIDÓN ¡ Al mar se arroja ! (Con terror.)

ANFRISO (Con grito del alma.) ¡ Mi amada !
¡ Detente, que yo te adoro !
(Vase, loco de dolor, por donde salió Tisbea.)

TISBEA (Dentro.)
¡ Fuego, fuego, zagales, agua, agua !
¡ Amor, clemencia, que se abrasa el alma !

TELÓN

FIN DE LA JORNADA PRIMERA



JORNADA SEGUNDA

CUADRO V

Cámara real, en el Alcázar de Sevilla.

ESCENA PRIMERA

REY DON ALONSO y DON DIEGO TENORIO.

- REY ¿Y afirmas tú?...
D. DIEGO Que estoy del caso cierto.
REY ¿Y dices que esa carta...
D. DIEGO Señor, digo
que es de tu Embajador y de mi hermano.
Halláronle en la estancia del Rey mismo
con una hermosa dama de la Corte.
REY ¿Dama de calidad?
D. DIEGO ¡Es inaudito!
La Duquesa Isabela.
REY ¿Estás seguro?
D. DIEGO Seguro estoy, señor, cuando lo afirmo.
REY ¡Atrevimiento temerario! ¿Y dónde
se encuentra actualmente?
D. DIEGO En tus dominios.
No he de encubrirle la verdad por nada
a mi Rey : en Sevilla está mi hijo.
Llegó anoche.
REY Muy bien, Diego Tenorio.
Mucho tu lealtad vale y estimo,

y al Rey informaré del caso luego,
casando a ese rapaz de tanto brío
con Isabela, y el soslégalo al Duque
volviendo, que, inocente, lo ha perdido.
Y haz tú que don Juan salga desterrado.

D. DIEGO Mi enojo irá con él.

REY

Para que el mío
aprecie, que a Lebrija salga al punto
y sepa que hago leve su castigo
tan solo en gracia a tus merecimientos.

D. DIEGO Una vez más te estoy reconocido.

REY

Y a Gonzalo de Ulloa ¿qué decirle?
Casé a don Juan con su hija y no concibo
cómo lo pueda remediar.

D. DIEGO

Con algo
que esté bien al honor comprometido
de una hija de tal padre.

REY

Un medio tomo,
conque absolvello del enojo fio.
Mayordomo mayor pretendo hacelle.

ESCENA II

Dichos y CRIADO 5.

CRIADO 5 Un caballero llega de camino,
y dice, señor, que es el duque Octavio.

REY

¿El duque Octavio?

CRIADO 5

Sí, señor.

REY

(A Don Diego.) De fijo.
que supo de don Juan el desafuero
y viene a que le otorgue un desafío.

D. DIEGO

¡Oh! gran señor, en tus heroicas manos
está mi vida, porque está mi hijo,
que, aunque mozo, es intrépido, arrogante,
y por sus mocedades, los amigos
el Héctor de Sevilla le proclaman.
La razón puede mucho : tú lo has dicho
mil veces ; no permitas que se batan.
Y no se batirán : yo lo prohibo.
Entre el Duque.

REY

(Al Criado, que vase.)

D. DIEGO

Señor, heme a tus plantas:
¿Cómo podré pagar mercedes tantas?

ESCENA III

Dichos y DUQUE OCTAVIO, de camino.

OCTAVIO A esos pies, gran señor, un peregrino,
 mísero y desterrado, ofrece el labio,
 juzgando por más fácil el camino
 en vuestra gran presencia.

REY Duque Octavio.

OCTAVIO Huyendo vengo el fiero desatino
de una mujer, el no pensado agravio
de un caballero que la causa ha sido
de que así a vuestros pies haya venido.

REY
Ya, Duque Octavio, sé vuestra inocencia.
Yo al Rey escribiré que os restituya
en vuestro estado, puesto que el ausencia
que hicisteis algún daño os atribuya.
Yo os casaré en Sevilla con licencia
y con perdón también y gracia suya,
que puesto que Isabela un ángel sea,
mirando la que os doy, ha de ser fea.
Comendador mayor de Calatrava
es Gonzalo de Ulloa, un caballero
a quien el moro por temor alaba,
que siempre es el cobarde lisonjero.
Este tiene una hija en quien bastaba
en dote la virtud que considero
después de la beldad, que es maravilla,
y el sol de los luceros de Castilla.

OCTAVIO Esta quiero que sea vuestra esposa.
 Cuando este largo viaje le emprendiera
 a solo esto, mi suerte era dichosa
 sabiendo yo que vuestro gusto fuera.

REY (A Don Diego.)
Hospedaréis al Duque, sin que cosa
en su regalo falte.

OCTAVIO Quien espera

en vos, señor, saldrá de premios lleno.
Primero Alonso sois, siendo el oncenno.

(Vase con don Diego.)

MUTACIÓN

CUADRO VI

Plazuela. La fachada de una casa conreja. En Sevilla.

ESCENA IV

OCTAVIO y RIPIO.

RIPIO ¿Qué ha sucedido?
OCTAVIO Que he dado
 el trabajo recibido,
 conforme me ha sucedido,
 desde hoy por bien empleado.
 Hablé al Rey, vióme y honróme.
 César con el César fui,
 pues vi, peleé y vencí;
 y hace que una esposa tome
 de su mano, y se prefiere
 a desenojar al Rey
 en la fulminada ley.
RIPIO Con razón el nombre adquiere
 de generoso en Castilla.
 ¿Te ha ofrecido el gran señor
 una mujer?
OCTAVIO La mejor
 de Sevilla; que Sevilla
 da, si averiguallo quieres,
 porque de oílo te asombres,
 si fuertes y airosos hombres,
 también gallardas mujeres.
 Un manto tapado, un brío,
 donde un puro sol se esconde,

si no es en Sevilla, ¿a dónde
se admite? El contento mío
es tal que ya me consuela
en mi mal.

ESCENA V

Dichos, DON JUAN y CATALINÓN.

CATALI. Señor : detente,
que aquí está el Duque, inocente
sagitario de Isabela,
aunque mejor le sentara
Capricornio.

D. JUAN. Disimula.
CATALI. Cuando le vende le adula.

D. JUAN. Como a Nápoles dejara
por enviarme a llamar
con tanta priesa mi rey,
y como su gusto es ley,
no tuve, Octavio, lugar
a despedirme de vos
de ningún modo.

OCTAVIO. Por eso,
don Juan, amigo, os confieso :
que hoy nos juntamos los dos
en Sevilla.

D. JUAN. ¡ Quién pensara,
Duque, que en Sevilla os viera
para que en ella os sirviera,
como yo lo deseara !
Y os lo debo confesar :
Nápoles resplandeciente,
por Sevilla solamente
se puede, amigo, dejar.

OCTAVIO. Si en Nápoles os oyera
y no en la parte que estoy,
del crédito que ahora os doy
sospecho que me riera.
Mas llegándola a habitar
es, por lo mucho que alcanza,

- corta cualquiera alabanza
que a Sevilla queráis dar.
¿Quién es el que viene allí?
D. JUAN El que viene es el Marqués
de la Mota. Descortés
es fuerza ser.
- OCTAVIO Si de mí
algo hubiereis menester,
aquí espada y brazo está.
- CATALI. (Y si importa gozará
en su nombre otra mujer ;
que es de las hembras halcón.)
- OCTAVIO De vos estoy satisfecho.
- CATALI. Si fuere de algún provecho,
señores, Catalinón,
vuarcedes continuamente
me hallarán para servillos.
- RIPIO ¿Y dónde?
- CATALI. En Los Pajarillos,
tabernáculo excelente. (Vanse Octavio y Ripio.)

ESCENA VI

DON JUAN, EL MARQUÉS DE LA MOTA y CRIADO.

- MOTA Todo hoy os ando buscando,
y no os he podido hallar.
¿Vos, don Juan, en el lugar,
y vuestro amigo penando
en vuestra ausencia?
- D. JUAN ¡ Por Dios,
● amigo, que me debéis
esa merced que me hacéis !
- CATALI. (Como no le entreguéis vos
moza o cosa que lo valga,
bien podéis fiaros dél,
que, cuando en esto es cruel,
tiene condición hidalga.)
- D. JUAN ¿Qué hay de Sevilla?
- MOTA Está ya
toda esta corte mudada.

D. JUAN ¿Mujeres?

MOTA Cosa juzgada.

D. JUAN ¿Inés?

MOTA A Vejel se va.

D. JUAN Buen lugar para vivir
la que tan dama nació.

MOTA El tiempo la desterró
a Vejel.

D. JUAN Irá a morir.

¿Y Constanza?

MOTA Está la indina

lampiña de frente y ceja.
Llámale el portugués vieja,
y ella que bella imagina.

D. JUAN Sí, que *velha* en portugués
suena vieja en castellano.

¿Y Teodora?

MOTA Este verano
consiguió del mal francés
escapar a los rigores :
y está tan tierna y reciente
que anteayer me arrojó un diente
envuelto en múltiples flores.

D. JUAN ¿Julia, la del Candilejo?

MOTA Ya con sus afeites lucha.

D. JUAN ¿Véndese siempre por trucha?

MOTA Ya se da por abadejo.

D. JUAN El barrio de Cantarranas,

¿tiene buena población?

MOTA Ranas las más dellas son.

D. JUAN ¿Y viven las dos hermanas?

MOTA Y la mona de Tolú
de su madre Celestina
que les enseña doctrina.

D. JUAN ¡ Oh, vieja de Bercebú !

¿Cómo la mayor está?

MOTA Blanca, sin blanca ninguna.
Tiene un santo a quien ayuna.

D. JUAN ¿Agora en vigiliass da?

MOTA Es firme y santa mujer.

D. JUAN ¿Y esotra?

- MOTA Mejor principio
tiene ; no desecha ripio.
- D. JUAN Buen albañir quiere ser.
Marqués, ¿qué hay de perros muertos?
- MOTA Con don Pedro de Esquivel
anoche dí uno cruel,
y esta noche tengo ciertos
otros dos.
- D. JUAN Iré con vos,
que también recorreré
cierto nido que dejé
en güevos para los dos.
¿Qué hay de terrero?
- MOTA No muero
en terrero, que en-terrado
me tiene mayor cuidado.
- D. JUAN ¿Cómo?
- MOTA Un imposible quiero.
- D. JUAN Pues ¿no os corresponde?
- MOTA Sí,
me favorece y estima.
- D. JUAN ¿Quién es?
- MOTA Doña Ana, mi prima,
que es recién llegada aquí.
- D. JUAN Pues ¿dónde ha estado
- MOTA En Lisboa,
con su padre en la embajada.
- D. JUAN ¿Es hermosa?
- MOTA Es extremada,
porque en doña Ana de Ulloa
se extremó naturaleza.
- D. JUAN ¿Tan bella es esa mujer?
- MOTA ¡Vive Dios que la he de ver !
Contemplantéis su belleza
y es ocioso que la alabe.
- D. JUAN Casaos con la agraciada.
- MOTA El rey la tiene casada,
pero con quién no se sabe.
- D. JUAN ¿No os favorece?
- MOTA Y me escribe.
- CATALI. (No prosigas, que te engaña
el gran burlador de España.)

D. JUAN ¡ Feliz quién de amores vive !
 MOTA Con ansias espero agora
 la postrer resolución.
 D. JUAN Pues no perdáis la ocasión,
 que aquí os aguardo. En buena hora
 MOTA Ya vuelvo. (Vase el Marqués y el criado.)
 CATALI. Señor Cuadrado
 o señor redondo, andad.
 con Dios.
 D. JUAN Pues con libertad
 amigo, habemos quedado,
 sigue el paso al de la Mota,
 que en el palacio se entró. (Vase Catalinón.)

ESCENA VII

DON JUAN y DUEÑA, que habla por una reja.

DUEÑA Ce, ¿a quién digo?
 D. JUAN ¿Quién llamó?
 DUEÑA Pues cortesía denota
 vuestro aire, ¿daréisle luego
 al Marqués este papel ;
 mirad que consiste en él
 de una señora el sosiego,
 pues que sois su amigo vi.
 D. JUAN Decís bien que soy su amigo.
 DUEÑA De esa amistad fui testigo.
 ¿Le daréis la carta?
 D. JUAN Sí.
 DUEÑA Adiós. (Vase.)

ESCENA VIII

DON JUAN.

D. JUAN ¿Es encantamiento
 esto que agora ha pasado?
 A mí el papel ha llegado
 por la estafeta del viento.
 Sin duda que es de la dama
 que el Marqués me ha encarecido.

Venturoso en esto he sido.
Sevilla a voces me llama
el Burlador, y el mayor
gusto que en mí puede haber
es burlar una mujer
en fama de burlador.
¡Vive Dios, que le he de abrir,
pues salí de la plazuela!
Mas, ¿si hubiese otra cautela?...
Gana me da de reir.
Ya tengo abierto el papel;
y que es suyo es cosa llana,
porque aquí firma doña Ana.
Dice así: «Mi padre infiel
en secreto me ha casado
sin poderme resistir;
no sé si podré vivir,
porque la muerte me ha dado.
Si estimas, como es razón,
mi amor y mi voluntad,
y si tu amor fué verdad,
muéstralo en esta ocasión.
Porque veas que te estimo,
ven esta noche a la puerta,
que estará a las once abierta,
donde tu esperanza. primo,
goces, y el fin de tu amor.
Traerás, mi gloria, por señas
de Leonorilla y las dueñas,
una capa de color.
Mi amor todo de ti fío,
y adiós.» ¡Desdichado amante!
¿Hay suceso semejante?
Ya de la burla me río.
Gozaréla, ¡vive Dios!
con el engaño y cautela
que en Nápoles a Isabela.

ESCENA IX

Dicho y CATALINÓN.

CATALI. Ya el Marqués viene.

D. JUAN. Los dos

aquesta noche debemos
emplearla en un quehacer.

¿Entiendes?

CATALI. ¡Tendrá que ver!

Tú pretendes que escapemos
una vez, señor, burlados,
que el que vive de burlar
burlado habrá de escapar
por castigo a sus pecados.

D. JUAN. Noto que predicador
te vuelves, impertinente.

CATALI. La razón hace al valiente.

D. JUAN. Y al cobarde hace el temor.

El que se pone a servir
voluntad no ha de tener,
y todo ha de ser hacer,
y nada ha de ser decir.
Sirviendo, jugando estás,
y si quieres ganar luego,
haz siempre, porque en el juego
quien más hace gana más.

CATALI. Y también quien hace y dice
pierde por la mayor parte.

D. JUAN. Esta vez quiero avisarte,
porque otra vez no te avise.

CATALI. Digo que a partir de aquí
lo que me ordenes haré,
y a tu lado forzaré
un elefante. De mí
guárdese bien un prior,
que si me mandas que calle
y le fuerce, he de forzalle
sin réplica, mi señor.

D. JUAN. Calla, que viene el Marqués.

CATALI. Pues, ¿ha de ser el forzado?

ESCENA X

Dichos y EL MARQUÉS DE LA MOTA.

D. JUAN Para ti, Marqués, me han dado
un recado harto cortés
por esa reja. A las doce
ve con secreto a la puerta,
que estará a las once abierta,
donde tu esperanza goce
la posesión de tu amor;
y llévate como señas
de Leonorilla y las dueñas
una capa de color.

MOTA ¿Qué dices?

D. JUAN Que este recado
de una ventana me dieron,
sin ver quien.

MOTA Con él pusieron
 sosiego en tanto cuidado.
 ¡Ay, amigo! Sólo en ti
 mi esperanza renaciera.
 ¡Un abrazo!

D. JUAN Considera
que no está tu prima en mí.
(No piensas que yo he de ser
quien la tiene de gozar,
que me llegas a abrazar
con fuego.)

MOTA Es tal el placer
que me ha sacado de mí.
¡ Oh, sol ! apresura el paso.

D. JUAN Ya el sol camina al ocaso.

MOTA Vamos, amigos, de aquí,
y de noche nos pondremos.
¡Loco voy!

D. JUAN (Bien se conoce ; mas yo bien sé que a las doce harás mayores extremos.)

MOTA Prima deí alma, te anima
tu amor a premiar mi fe!

CATALI. (¡Vive Cristo, que no dé
una blanca por su prima!)

(Vase el Marqués.)

ESCENA XI

DON JUAN, CATALINÓN y DON DIEGO.

D. DIEGO ¿Don Juan?

CATALI. Tu padre te llama

D. JUAN ¿Qué manda vueseñoría?

D. DIEGO Verte más cuerdo quería,
más bueno y con mejor fama.

¿Es posible que procuras
todas las horas mi muerte?

D. JUAN ¿Por qué vienes desafortunado?

D. DIEGO Por tu trato y tus locuras.

Al fin el Rey me ha mandado
que te eche de la ciudad,

porque está de una maldad
con justa causa indignado.

Que, aunque me lo has encubierto,
ya en Sevilla el Rey lo sabe,

cuyo delito es tan grave,
que a decírtelo no acierto.

¿En el palacio real
traición, y con un amigo?

Traidor, Dios te dé el castigo
que pide delito igual.

Mira que, aunque al parecer
Dios te consiente y aguarda,

su castigo no se tarda,
y que castigo ha de haber

para los que profanáis
su nombre, ya que es juez fuerte

Dios en la muerte.

D. JUAN ¿En la muerte?

¿Tan largo me lo fiáis?

Hay de aquí allá gran jornada.

D. DIEGO Breve te ha de parecer.

D. JUAN Y la que tengo de hacer,

- pues a Su Alteza le agrada
ahora, ¿es larga también?
- D. DIEGO Hasta que el injusto agravio
satisfaga el Duque Octavio
y apaciguados estén
en Nápoles de Isabela
lo sucesos que has causado,
en Lebrija retirado
por tu traición y cautela
quiere el Rey que estés ahora.
Leve pena a tu maldad.
- CATALI. (Si supiera mi ruindad
con la pobre pescadora,
más se enojara el buen viejo.)
- D. DIEGO Pues no te vence castigo
con cuanto hago y cuanto digo,
a Dios tu castigo dejo. (Vase.)

ESCENA XII

DON JUAN y CATALINÓN.

- CATALI. Fuese el viejo enternecido.
- D. JUAN Luego las lágrimas copia,
condición de viejo propia.
Vamos, pues ha anochecido,
a buscar al Marqués.
- CATALI. Vamos,
y al fin gozarás su dama.
- D. JUAN Ha de ser burla de fama.
- CATALI. Ruego al cielo que salgamos
della en paz.
- D. JUAN ¡ Catalinón
al fin !
- CATALI. Y tú, señor, eres
langosta de las mujeres,
y con público pregón.
Porque de ti se guardara
y a su noticia viniera
de la que doncella fuera,
fuera bien se pregonara :

«Guárdense todos de un hombre
que a las mujeres engaña,
y es el burlador de España.»

D. JUAN Tú me has dado gentil nombre.

ESCENA XIII

Dichos y EL MARQUÉS con MÚSICOS que pasean el tablado, y se
entran cantando.

MÚSICOS *El que un bien gozar espera,
cuanto espera desespera.*

MOTA ¡Ay, noche, con hidalguía
para que yo a mi bien goce,
corre veloz a las doce,
y después no venga el día!

D. JUAN ¿Qué es esto?

CATALI Música es.

MOTA Parece que habla conmigo
el poeta. ¿Quién va?

D. JUAN Amigo.

MOTA ¿Es don Juan?

D. JUAN ¿Es el Marqués?

MOTA ¿Quién puede ser sino yo?

D. JUAN Luego que la capa vi,
que érades vos conocí.

MOTA Cantad, pues don Juan llegó.

MÚSICOS (Cantan.)

*El que un bien gozar espera,
cuanto espera desespera.*

D. JUAN Que miráis la casa creo...

MOTA De don Gonzalo de Ulloa.

D. JUAN ¿Dónde iremos?

MOTA A Lisboa.

D. JUAN ¿Cómo, si en Sevilla os veo?

MOTA Pues ¿aqueso os maravilla?

¿No vive con gusto igual
lo peor de Portugal
en lo mejor de Castilla?

D. JUAN ¿Dónde viven?

MOTA En la calle

- de la Sierpe, donde ves,
a Adan vuelto en portugués ;
que en aqueste amargo valle
con bocados solicitan
mil Evas que, aunque dorados,
en efeto, son bocados
con los que el oro nos quitan.
- CATALI. Ir de noche no quisiera
por esa calle cruel,
pues lo que de día es miel
entonces lo dan en cera.
Una noche, por mi mal
la vi sobre mí vertida,
y hallé que era corrompida
la cera de Portugal.
- D. JUAN Mientras marcháis a esa calle
yo dar un perro quisiera.
- MOTA Pues cerca de aquí me espera
un bravo.
- D. JUAN ¡ Albricias ! Dejalle
por mi cuenta, y vos veréis
cómo de mí no se escapa.
- MOTA Podéis poneros mi capa
para que mejor lo déis.
- D. JUAN Bien habéis dicho. Venid,
y enseñadme el portalón.
- MOTA Mientras dure la ficción
la voz y el habla fingid.
¿ Véis aquella celosía ?
- D. JUAN Ya la veo.
- MOTA Pues llegad
y decid : « Beatriz », y entrad.
- D. JUAN ¿ Qué mujer ?
- MOTA Rosada y fría.
- CATALI. Será mujer cantimplora.
- MOTA En Gradass os aguardamos. (Vase.)
- D. JUAN Adiós, Marqués.
- CATALI. ¿ Dónde vamos ?
- D. JUAN Calla, necio, calla agora
y sígueme.
- CATALI. No se escapa
nadie de ti.

D. JUAN El truco me adoro.
CATALI. ¿Echaste la capa al toro?
D. JUAN No, el toro me echó la capa.
 La mujer ha de pensar
 que soy él.

CATALI. ¡Qué gentil perro!
Esto es acertar por yerro.
Todo este mundo es errar.

(Cantan.)

Músicos *El que un bien gozar espera,
cuanto espera desespera.* (Vansc.)

MUTACIÓN

CUADRO VII

En casa de don Gonzalo de Ulloa.

ESCENA XIV

DON JUAN, DOÑA ANA, CATALINÓN. Luego DON GONZALO.

ANA (Dentro.) ¡Falso!, no eres el Marqués,
que me has engañado.

D. JUAN (Dentro.) Digo
que lo soy.

ANA (Dentro.) ¡Fiero enemigo, mientes, mientes!

D. GON. (Con la espada desnuda.) La voz es de doña Ana la que siento.

ANA (Dentro.)
¿No hay quien mate este traidor,
homicida de mi honor?

D. GON. ¿Hay tan grande atrevimiento?
Muerto honor dijo, ¡ay de mí!
y es su lengua tan liviana
que aquí sirve de campana.

ANA

(Dentro.) ¡Matadle!

(Salen don Juan y Catalinón con las espadas desnudas.)

D. JUAN

¿Quién está aquí?

D. GON.

La barbacana caída
de la torre de mi honor
echaste en tierra, traidor,
donde era alcaide la vida.

D. JUAN

Déjame pasar.

D. GON.

¿Pasar?

Por la punta desta espada.

D. JUAN

Morirás.

D. GON.

No importa nada.

D. JUAN

Mira que te he de matar.

D. GON.

¡Muere, traidor!

D. JUAN

Desta suerte

muero.

(Luchan.)

CATALI.

Como escape desta,
no más burlas, no más fiesta.

D. GON.

¡Ay, que me has dado la muerte!

D. JUAN

¡Huyamos!

(Vanse don Juan y Catalinón.)

D. GON.

No hay bien que aguarde.

Seguiráte mi furor,
que eres traidor, y el traidor
es traidor porque es cobarde.

(Muere.)

(Dos criados entran muerto a don Gonzalo.)

MUTACIÓN

CUADRO VIII

Calle.

ESCENA XV

EL MARQUÉS DE LA MOTA y MÚSICOS. Pronto DON JUAN
y CATALINÓN.

MOTA

Presto las doce darán,
y mucho don Juan se tarda:

¡fiera pensión del que aguarda !

(Salen don Juan y Catalinón.)

D. JUAN ¿Es el Marqués?

MOTA ¿Es don Juan?

D. JUAN Yo soy ; tomad vuestra capá.

MOTA ¿Y el perro?

D. JUAN Funesto ha sido.

Al fin, Marqués, muerto lía habido.

CATALI. Señor, del muerto te escapa.

MOTA ¿La burlasteis?

D. JUAN La burlé.

CATALI. Y también os ha burlado.

D. JUAN. Cara la burla ha costado.

MOTA Yo, don Juan, la pagaré,
con su enojo.

CATALI. (Muy buen lance
el desdichado hallará.)

D. JUAN Adiós, Marqués. Ven. (A Catalinón.)

CATALI. No habrá

águila que me dé alcance. (Vanse.)

MOTA Vosotros os podéis ir

todos a casa, que yo

he de ir solo.

CRIADO Dios crió

las noches para dormir.

(Vanse los criados y músicos.)

ESCENA XVI

EL MARQUÉS DE LA MOTA.

VOZ (Dentro.) ¿Vióse desdicha mayor,
y vióse mayor desgracia?

MOTA ¡Válgame Dios ! Voces siento
en la plaza del Alcázar.

¿Qué puede ser a estas horas?

Un hielo penetra el alma.

Desde aquí parece todo

una Troya que se abrasa,

porque tantas luces juntas

hacen gigantes de llamas.

Radiante escuadrón de antorchas
se acerca a mí, porque anda
el fuego emulando estrellas,
dividiéndose en escuadras.
Quiero saber la ocasión.

ESCENA XVII

Dicho, DON DIEGO TENORIO y la guarda con hachas.

D. DIEGO ¿Qué gente?

MOTA Gente que aguarda
saber de aqueste ruido
el alboroto y la causa.

D. DIEGO Prendedlo.

MOTA ¡Prenderme a mí!

D. DIEGO Volved la espada a la vaina,
que la mayor valentía
es no tratar de las armas.

MOTA ¿Cómo al Marqués de la Mota
hablan así?

D. DIEGO Dad la espada,
que el Rey os manda prender.

MOTA ¡Vive Dios que no he de darla!

ESCENA XVIII

Dichos, EL REY y acompañamiento.

REY No ha de caber en mi reino,
ni en Italia, si va a Italia.

D. DIEGO Señor, aquí está el Marqués.

MOTA ¿Vuestra Alteza es quien me manda
prender?

REY Llevadle y ponedle
la cabeza en una escarpia.
¡En mi presencia te pones?

MOTA (¡Ah, glorias de amor tiranas,
siempre en el pasar ligeras,
como en el vivir pesadas!

Bien dijo un sabio que había
entre la boca y la taza
peligro; mas el enojo
del Rey me admira y me espanta.)
No sé por lo que voy preso.

D. DIEGO ¿Quién mejor sabrá la causa
que vueseñoría?

MOTA ¿Yo?

D. DIEGO Vamos.

MOTA ¡Confusión extraña!

REY Fulmínesele el proceso
al Marqués luego, y mañana
le cortarán la cabeza.
Y al Comendador, con cuantas
solemnidades y honores
danse a las personas sacras
y reales, el entierro
se haga; en bronce y piedras varias
un sepulcro con un bulto
le ofrezcan, donde en mosaicas
labores, góticas letras
den lenguas a sus venganzas.
Y entierro, bulto y sepulcro
quiero que a mi costa se haga.
¿Dónde doña Ana se fué?

D. DIEGO Fuese al sagrado, doña Ana,
de mi señora la Reina.

REY Ha de sentir esta falta
Castilla; tal Capitán
ha de llorar Calatrava.

(Vanse.)

MUTACIÓN

CUADRO IX

Campiña en las inmediaciones de Dos Hermanas.

ESCENA XIX

BATRICIO, AMINTA; GASENO, viejo; BELISA, Pastores
y músicos.—

PASTORES (Cantan.)

*Lindo sale el sol de Abil
con trébol y torongil,
y aunque le sirve de estrella,
Aminta sale más bella.*

BATRICIO Sobre esta alfombra florida,
adonde, en campos de escarcha,
el sol sin aliento marcha
con su luz recién nacida,
os sentad, pues ños convida
al tálamo el sitio hermoso.

AMINTA Cantalde a mi dulce esposo
favores de mil en mil.

PASTORES (Cantan.)

Lindo sale el sol de abril, etc.

GASENO Sois en música unos sabios,
que al corazón dais el son.

BATRICIO (Amoroso a Aminta.)

Se me enciende el corazón
cuando se encienden tus labios.

AMINTA No hagáis a mi amor agravios.

BATRICIO Las esencias de las rosas
se deslíen amorosas
entre tus venas de añil.

PASTORES (Cantan.)

Lindo sale el sol de abril, etc.

AMINTA Batricio, yo lo agradezco ;
falso y lisonjero estás ;
mas si tus rayos me das,
por ti ser luna merezco.
Tú eres el sol por quien crezco

después de salir menguante,
para que el alba te cante
la salva en tono sutil.

PASTORES (Cantan.)

Lindo sale el sol de abril, etc.

ESCENA XX

Dichos y CATALINÓN, de camino.

CATALI. Señores, el desposorio
huéspedes ha de tener.

GASENO. A todo el mundo ha de ser
este contento notorio.
¿Quién viene?

CATALI. Don Juan Tenorio.

GASENO. ¿El viejo?

CATALI. Digo don Juan.

BELISA. Será su hijo galán.

BATRICIO. Téngolo por mal agüero,
que galán y caballero
quitan gusto y celos dan.
Pues ¿quién noticias les dió
de mis bodas?

CATALI. De camino
pasa a Lebrija.

BATRICIO. Imagino
que el demonio le envió.
Mas, ¿de qué me aflijo yo?
Vengan a mis dulces bodas
del mundo las gentes todas.

GASENO. Mas, con todo, un caballero
en mis bodas, ¡mal agüero!
Venga el Coloso de Rodas,
venga el Papa, el Preste Juan
y don Alonso el Onceno
con su corte, que en Gaseno
ánimo y valor verán.
Montes en casa hay de pan,
Guadalquivires de vino,
Babilonias de tocino,
y entre ejércitos cobardes

de aves, para que las lardes,
el pollo y el palomino.

Venga tan gran caballero
a ser hoy en Dos Hermanas
honra destas viejas canas.

BELISA Es hijo del Camarero
Mayor.

BATRICIO Todo es mal agüera
para mí, pues le han de dar
junto a mi esposa lugar.
Aún no gozo, y ya los cielos
me están condenando a celos.
Amor, sufrir y callar.)

ESCENA ULTIMA

Dicho y DON JUAN TENORIO.

D. JUAN Pasando acaso he sabido
que hay bodas en el lugar,
y dellas quise gozar,
pues tan venturoso he sido.

GASENO Caballero, bienvenido
seais.

D. JUAN Si con paz llegáis,
bienvenido.

GASENO ¿No le dais
lugar a este caballero?

D. JUAN Con vuestra licencia quiero
sentarme aquí. (Siéntase junto a la novia.)

BATRICIO Si os sentáis
delante de mí, señor,
seréis de aquesa manera
el novio.

D. JUAN Cuando lo fuera,
no escogiera lo peor.

GASENO Que es el novio...

D. JUAN De mi error
e ignorancia perdón pido.

CATALI ¡Desventurado marido!

D. JUAN (Aparte a Catalinón.)
(Corrido está.)

- CATALI. (Aparte a don Juan.) (No lo ignoro :
mas si tiene de ser toro,
¿qué mucho que esté corrido?
No daré por su mujer
ni por su honor un cornado.
¡ Desdichado tú, que has dado
en manos de Lucifer !)
- D. JUAN ¿ Posible es que vengo a ser,
señora, tan venturoso?
Envidia tengo al esposo.
- AMINTA Parecéisme lisonjero.
- BATRICIO Bien dije que es mal agüero
en bodas un poderoso.
- GASENO Ea, vamos a almorzar,
porque pueda descansar
un rato su señoría.
- (Tómale Don Juan la mano a la novia.)
- D. JUAN ¿ Por qué la escondéis?
- AMINTA No es mía.
- GASENO Vamos.
- BELISA Volved a cantar.
- D. JUAN ¿ Qué dices tú?
- CATALI. ¿ Yo? que temo
muerte vil destos villanos.
- D. JUAN Buenos ojos, blancas manos,
en ellos me abraso y quemo.
- CATALI. ¡ Almagrar y echar a Estremo !
Con ésta cuatro serán. .
- D. JUAN Ven, que mirándome están.
- BATRICIO En mis bodas caballero,
¡ mal agüero !
- GASENO Cantad. .
- BATRICIO Muero.
- CATALI. Canten, que ellos llorarán.
- PASTORES (Cantan.)
Lindo sale el sol de abril, etc.

TELÓN

FIN DE LA JORNADA SEGUNDA



JORNADA TERCERA

CUADRO X

Casa de Gaseno en Dos-Hermanas.

ESCENA PRIMERA

BATRICIO, pensativo.

Celos, reloj de cuidados,
que a todas las horas dais
tormentos con que matáis,
aunque dais desconcertados ;
celos, del vivir desprecios,
con que ignorancias hacéis,
pues todo lo que tenéis
de ricos tenéis de necios,
dejadme de atormentar,
pues es cosa tan sabida
que, cuando amor me da vida,
la muerte me queréis dar.
¿Qué me queréis, caballero,
que me atormentáis así?
Bien dije, cuando le vi
en mis bodas, «¡mal agüero!»
¿No es bueno que se sentó
a cenar con mi mujer,
y a mí en el plato meter
la mano no me dejó?
Pues cada vez que quería

metella la desviaba
diciendo a cuanto tomaba :
«¡ Grosería, grosería !» ...
¡ Buen uso, trato estremado !
Mas no se usará en Sodoma
que otro con la novia coma
y que ayune el desposado.
Pues el otro bellacón
a cuanto comer quería :
«¿ Esto no come?» decía ;
«No tenéis, señor, razón» ;
y de delante al momento
me lo quitaba. Corrido
estoy, pues al cabo ha sido
culebra y no casamiento.
Ya no se puede sufrir
ní entre cristianos pasar ;
y acabando de cenar,
con los dos... ¡ mas que a dormir
se ha de ir también, si porfía,
con nosotros, y ha de ser,
el llegar yo a mi mujer,
«¡ grosería, grosería !»
Ya viene, no me resisto.
Aquí estar oculto quiero,
mas no podré : el caballero
viene y creo que me ha visto.

ESCENA II

Dicho y DON JUAN TENORIO.

D. JUAN	Batricio.
BATRICIO	Su señoría
	¿qué manda?
D. JUAN	Haceros saber ...
BATRICIO	(¿ Mas que ha de venir a ser alguna desdicha mía?
D. JUAN	Que ha muchos días, Batricio, que a Aminta el alma le di y he gozado...

BATRICIO

¿Su honor?

D. JUAN

Sí.

BATRICIO

Manifiesto y claro indicio
de lo que han visto mis ojos;
que si bien no le quisiera
Aminta, no permitiera
contra mí tales enojos.

D. JUAN

Al fin, Aminta celosa,
o quizás desesperada
de verse de mí olvidada
y de ajeno dueño esposa,
esta carta me escribió
enviándome a llamar,
y yo prometí gozar
lo que el alma prometió.
Esto pasa de esta suerte.
Dad a vuestra huída un medio;
que le daré sin remedio
a quien lo impida, la muerte.

BATRICIO

Si tú en mi elección lo pones,
tu gusto pretendo hacer,
que el honor y la mujer
son malos en opiniones.
La mujer en opinión
siempre más pierde que gana,
porque es como la campana
que se estima por el son.
Y así es cosa averiguada
que opinión viene a perder
cuando cualquiera mujer
suena a campana quebrada.
No quiero, pues me reduces
el bien que mi amor ordena,
mujer entre mala y buena,
que es moneda entre dos luces.
Gózala, señor, mil años,
que yo quiero resistir
desengaños y morir,
y no vivir con engaños.

(Vase.)

ESCENA III

DON JUAN.

Del honor con el rigor
le vencí, que los villanos
le tienen siempre en las manos
y estiman mucho su honor.
Que por tantas falsedades
es bien que se entienda y crea,
que el honor se fué al aldea
huyendo de las ciudades.
Pero antes de hacer el daño
le pretendo reparar.
A su padre voy a hablar
para autorizar mi engaño.
¡Bravo negocio arreglé!
gozarla esta noche espero ;
a su viejo padre quiero
llamar, ¡y yo le hablaré!
Estrellas que me alumbráis,
dadme en este engaño suerte,
si el galardón en la muerte
tan largo me lo guardáis.

(Vase.)

ESCENA IV

AMINTA y BELISA.

BELISA Mira que vendrá tu esposo ;
entra a desnudarte, Aminta.

AMINTA De estas infelices bodas
no sé qué sienta, Belisa.
Todo hoy mi Batricio ha estado
bañado en melancolía ;
todo es confusión y celos
¡ve tú qué grande desdicha !
Di, ¿qué caballero es éste
que de mi esposo me priva?
Mal haya.

BELISA

Pienso que viene,
que nadie en la casa pisa
de un desposado, tan recio.

AMINTA

Queda adiós, Belisa mía.

BELISA

Desenójale en los brazos.

AMINTA

¡ Plega a los cielos que sirvan
mis suspiros de requiebros,
mis lágrimas de caricias !

(Vanse.)

ESCENA V

DON JUAN, CATALINÓN y GASENO.

D. JUAN

Gaseno, quedad con Dios.

GASENO

Acompañaros querría,
por dalle de esta ventura
el parabién a mi hija.

D. JUAN

Tiempo mañana nos queda.

GASENO

Bien decís. El alma mía
en la muchacha os ofrezco.

(Vase.)

D. JUAN

Mi esposa decid.

ESCENA VI

DON JUAN y CATALINÓN.

D. JUAN

(Aparte a Catalinón.) Ensilla,
Catalinón.

CATALI.

(Aparte a D. Juan.) ¿Para cuándo?

D. JUAN

(Aparte a Catalinón)
Para el alba, que de risa
muerta, ha de salir mañana,
deste engaño.

CATALI.

(Aparte a don Juan.) Allá, en Lebrija,
señor, nos está aguardando
otra boda. Por tu vida,
que despaches de esta presto.

D. JUAN

La burla más escogida
de todas ha de ser ésta.

CATALI.

Que saliésemos querría
de todas bien.

D. JUAN Si es mi padre
el dueño de la justicia,
y es la privanza del Rey,
¿qué temes?

CATALI. De los que privan
suele Dios tomar venganza
si delitos no castigan,
y se suelen en el juego
perder también los que miran.
Yo he sido mirón del tuyo,
y por mirón no quería
que me cogiese algún rayo
y me trocase en ceniza.

D. JUAN Vete, ensilla, que mañana
he de dormir en Sevilla.

CATALI. ¿En Sevilla?

D. JUAN Sí.

CATALI. ¿Qué dices?
Mira lo que has hecho, y mira
que hasta la muerte, señor,
es corta la mayor vida;
que hay tras la muerte un castigo.
D. JUAN Si tan largo me lo fías,
vengan engaños.

CATALI. Señor...

D. JUAN Vete, que ya me amohinas
con tus temores estraños.

CATALI. Fuerza al Turco y al Scita,
al Persa y al Garamante
al Gallego, al Troglodita,
al Alemán y al Japón,
al sastre con la agujita
de oro en la mano, imitando
contino a la blanca niña.

(Vase.)

ESCENA VII

DON JUAN.

La noche en negro silencio
se estiende, y ya las Cabrillas

entre racimos de estrellas
el Polo más alto pisan.
Yo quiero poner mi engaño
por obra. El amor me guía
a mi inclinación, de quien
no hay hombre que se resista.
Quiero llegar a sus brazos
¡Aminta! (Acercándose a la alcoba.)

ESCENA VIII

Dicho y AMINTA, que aparece como estaba acostada.

AMINTA ¿Quién llama a Aminta?

¿Es mi Batricio?

D. JUAN

No soy

tu Batricio.

AMINTA

Pues ¿quién?

D. JUAN

Mira

de espacio, Aminta, quién soy.

AMINTA

¡ Ay de mí ! ¡ yo soy perdida !

En mi aposento à estas horas?

D. JUAN

Estas son las horas mías.

AMINTA

Volveos, que daré voces.

No excedáis la cortesía

que a mi Batricio se debe.

Ved que hay romanas Emilias

en Dos Hermanas también,

y hay Lucrecias vengativas.

D. JUAN

Escúcheme dos palabras,

y esconde de las mejillas

en el corazón la grana,

por ti más preciosa y rica.

AMINTA

Vete, que vendrá mi esposo.

D. JUAN

Yo lo soy ; ¿de qué te admiras?

AMINTA

¿Desde cuándo?

D. JUAN

Desde agora.

AMINTA

¿Quién lo ha tratado?

D. JUAN

Mi dīcha.

AMINTA

¿Y quién nos casó?

D. JUAN

Tus ojos.

AMINTA ¿Con qué poder?

D. JUAN Con la vista.

AMINTA ¿Sábelo Batricio?

D. JUAN Sí,

que te olvida.

AMINTA ¿Que me olvida?

D. JUAN Sí, que yo te adoro.

AMINTA ¿Cómo?

D. JUAN Con lazos de amor. (Quiere abrazarla.)

AMINTA Desvía.

D. JUAN ¿Cómo puedo, si es verdad
que muero?

AMINTA ¡Qué gran mentira!

D. JUAN Aminta, escucha y sabrás,
si quieres que te lo diga,
la verdad, que las mujeres
sois de verdades amigas.
Yo soy noble caballero,
cabeza de la familia
de los Tenorios, antiguos
ganadores de Sevilla.
Mi padre, después del Rey,
se reverencia y estima,
y en la Corte, de sus labios
pende la muerte o la vida.
Corriendo el camino acaso,
llegué a verte, qué amor guía
tal vez las cosas de suerte,
que él mismo dellas se olvida.
Vite, adoréte, abraséme
tanto, que tu amor me anima
a que contigo me case;
y aunque el Rey lo contradiga,
y aunque mi padre enojado
con amenazas lo impida,
tu esposo tengo de ser.
¿Qué dices?

AMINTA No sé qué diga,
que se encubren tus verdades
con retóricas mentiras.
Porque si estoy desposada,
como es cosa conocida,

- con Batricio, el matrimonio
no se absuelve aunque él desista.
- D. JUAN En no siendo consumado,
por engaño o por malicia
puede anularse.
- AMINTA En Batricio
todo fué verdad sencilla.
- D. JUAN Ahora bien : dame esa mano,
y esta voluntad confirma
con ella.
- AMINTA ¿Qué, no me engañas?
- D. JUAN Mío el engaño sería.
- AMINTA Pues jura que cumplirás
la palabra prometida.
- D. JUAN Juro a esta mano, señora,
infierno de nieve fría,
de cumplirte la palabra.
- AMINTA Jura a Dios que te maldiga
si no la cumples.
- D. JUAN Si acaso
la palabra y la fe mía
te faltare, ruego a Dios
que a traición y alevosía
me dé muerte un hombre... (muerto :
que, vivo, ¡Dios no permita !)
- AMINTA Pues con ese juramento
soy tu esposa.
- D. JUAN El alma mía.
entre los brazos te ofrezco.
- AMINTA Tuya es el alma y la vida.
- D. JUAN ¡Ay, Aminta de mis ojos !
Mañana sobre virillas
de tersa plata, estrellada
con clavos de oro de Tíbar,
pondrás los hermosos pies,
y en prisión de gargantillas
la alabastrina garganta,
y los dedos en sortijas,
en cuyo engaste parezcan
trasparentes perlas finas.
- AMINTA A tu voluntad, esposo,

la mía desde hoy se inclina :
tuya soy.

D. JUAN

(¡ Qué mal conoces
al Burlador de Sevilla !)

(Vanse.)

MUTACIÓN

CUADRO XI

Playa de Tarragona.

ESCENA IX

ISABELA y FABIO, de camino.

ISABELA

¡ Robóme su traición el dulce dueño,
la prenda que estimaba y más quería !
¡ Oh, riguroso empeño
de la verdad ! ¡ Oh, máscara del día
¡ Noche al fin, tenebrosa
antípoda del sol, del sueño esposa !

FABIO

¿ De qué sirve, Isabela,
la tristeza en el alma y en los ojos,
si amor todo es cautela,
y siempre da tristeza por despojos ;
si el que se ríe agora
en brevè espacio desventuras llora ?
El mar está alterado
y en grave temporal riesgo se corre
El abrigo han tomado
las galeras, Duquesa, de la torre
que esta playa corona.
¿ Dónde estamos ahora ?

ISABELA

FABIO

En Tarragona.

Y de aquí a poco espacio
daremos en Valencia, ciudad bella,
del mismo sol palacio.
Tú eres flor y un jardín habrás en ella ;

y después a Sevilla,
irás a ver la octava maravilla.
Que si a Octavio perdiste,
más galán es don Juan, y de notorio
solar. ¿De qué estás triste?
Conde dicen que es ya don Juan Tenorio ;
el Rey con él te casa,
y el padre es la privanza de su casa.

ISABELA No nace mi tristeza
de ser esposa de don Juan, que el mundo
conoce su nobleza ;
en la esparcida voz mi agravio fundo,
que esta opinión perdida
es de llorar mientras tuviere vida.

FABIO Allí una pescadora
tiernamente suspira y se lamenta
y dulcemente llora.
Acá viene, sin duda, y verte intenta.
Mientras llamo tu gente,
lamentaréis las dos más dulcemente. (Vase.)

ESCENA X

ISABELA y TISBEA.

TISBEA Robusto mar de España,
ondas de fuego, fugitivas ondas,
Troya de mi cabaña,
del mar en el abismo, hogueras hondas,
ya el fuego airado fragua,
y el mar despide por las llamas agua.
¡ Maldito el leño sea
que a tu amargo cristal halló camino !
¡ Antojo de Medea,
tu cáñamo primero o primer lino,
aspado de los vientos
para telas de engaños e instrumentos !

ISABELA ¿ Por qué del mar te quejas
tan tiernamente, hermosa pescadora ?

TISBEA Al mar formo mil quejas.
Dichosa vos que sin cuidado agora
dél os estáis riendo !

ISABELA También quejas del mar estoy haciendo.
¿De dónde sois?

TISBEA De aquellas
cabañas que miráis del viento heridas
tan vitorioso entre ellas,
cuyas pobres paredes desparecidas
van en pedazos graves
dando en mil grietas nidos a las aves.
En sus pajas me dieron
corazón de fortísimo diamante ;
mas las obras me hicieron,
deste monstruo que ves tan arrogante,
ablandarme de suerte,
que al sol la cera es más robusta y fuerte.
¿Sois vos la Europa hermosa?
¿Esos toros os llevan a Sevilla?

ISABELA Llévanme a ser esposa
contra mi voluntad.

TISBEA Si mi mancilla
a lástima os provoca
y si injurias del mar os tienen loca,
en vuestra compañía,
para serviros como humilde esclava
me llevad, que querría,
si el dolor o la afrenta no me acaba,
pedir al Rey justicia
de un engaño cruel, de una malicia.
Del agua derrotado
a esta tierra llegó don Juan Tenorio
difunto y anegado ;
amparéle, hospedéle en tan notorio
peligro, y el vil güesped
víbora fué a mi planta en tierno césped.
Con palabra de esposo
la que de todo el mundo burla hacía,
se rindió al engañoso :
¡ mal haya la mujer que en hombres fía !
Fuese al fin y dejóme :

ISABELA mira si es justo que venganza tome.
¡ Calla, mujer maldita !
Vete de mi presencia, que me has muerto.
Mas si el dolor te incita,

no tienes culpa tú. Prosigue : ¿ es cierto?
TISBEA Tan claro es como el día.
ISABELA ¡ Mal haya la mujer que en hombres fía !
¿ Quién tiene de ir contigo?
TISBEA Un pobre pescador, mi anciano padre,
de mis males testigo.
ISABELA No hay venganza que a mal tanto le cua-
Ven en mi compañía. [dre.
TISBEA ¡ Mal haya la mujer que en hombres fía !

MUTACIÓN

CUADRO XII

En Sevilla. Nave de una iglesia. En una capilla el sepulcro del Comendador, con su estatua.

ESCENA XI

DON JUAN y CATALINÓN.

CATALI. Todo en mal estado está.
D. JUAN ¿Cómo?
CATALI. Que Octavio ha sabido
la traición de Italia ya,
y el de la Mota ofendido
de tí justas quejas da,
y dice que fué el recado
que de su prima le diste
fingido y disimulado,
y con su capa emprendiste
la traición que le ha infamado.
Dicen que viene Isabela
a que seas su marido ;
dicen que si con cautela
a otras cien has seducido.
D. JUAN Hablador, ¿quién te revela
tanto disparate junto?

CATALI. No lo creas disparate,
verdades son.

D. JUAN No pregunto
si lo son. Cuando me mate
Octavio : ¿estoy yo difunto?
¿No tengo manos también?
¿Dónde me tienes posada?

CATALI. En la calle oculta.

D. JUAN Bien.

CATALI. La iglesia es tierra sagrada.

D. JUAN Di que de día me den
en ella la muerte. ¿Viste
al novio de Dos Hermanas?

CATALI. También le vi ansiado y triste.

D. JUAN Aminta, estas dos semanas
no ha de caer en el chiste.

CATALI. Tan bien engañada está,
que se llama doña Aminta.

D. JUAN ¡Graciosa burla será !

CATALI. Graciosa burla y sucinta,
mas siempre la llorará.

D. JUAN (Reparando en el sepulcro.)
¿Qué sepulcro, es este?

CATALI. Aquí
don Gonzalo está enterrado.

D. JUAN Este es al que muerte di.
¡Gran sepulcro le han labrado !

CATALI. Ordenólo el Rey así.
¿Cómo dice ese letrado?

D. JUAN «Aquí aguarda del Señor
el más leal caballero
la venganza de un traidor.»
Del mote reirme quiero.
¿Y de mí os queréis vengar,
buen viejo, barbas de piedra?

(Mirándole la barba.)

CATALI. No se las podrás pelar,
que en barbas muy fuertes medra.

D. JUAN Aquesta noche a cenar
os aguardo en mi posada.
Allí el desafío haremos,
si la venganza os agrada ;

aunque mal reñir podremos
si es de piedra vuestra espada.
CATALI. Ya, señor, ha anochecido;
vámonos a recoger.
D. JUAN Larga esta venganza ha sido.
Si es que vos la habéis de hacer,
importa no estar dormido,
que si a la muerte aguardáis
la venganza, la esperanza
ahora es bien que perdáis,
pues vuestro enojo y venganza
tan largo me lo fiais.

(Vanse.)

MUTACIÓN

CUADRO XIII

Comedor en casa de don Juan.

ESCENA XII

CRIADOS 2.^o y 3.^o, poniendo la mesa.

CRIADO 3 Debemos apereibir
la cena para don Juan.
CRIADO 2 Puestas las mesas están.
CRIADO 3 A ver si tarda en venir
mi señor, como solía.
CRIADO 2 Probable.
CRIADO 3 No me contenta;
la bebida se calienta
y la comida se enfría.
CRIADO 2 Ya está aquí.

ESCENA XIII

Dichos, DON JUAN y CATALINÓN.

D. JUAN (Entrando.) Catalinón,
siéntate.

- CATALI. Yo soy amigo
de cenar de espacio.
- D. JUAN Digo
que te sientes.
- CATALI. La razón
haré, señor.
- D. JUAN (A los criados.) ¿No servís
la cena? (A Catalinón.) Dime, ¿cerraste?
- CATALI. Cerré como tú mandaste.
(Sueña un golpe dentro y dice a los Criados.)
Han llamado, ¿y no acudís?
Mirad quién es.
- CRIADO 3 Voy volando.
- CATALI. ¿Sí es la justicia, señor?
- D. JUAN Sea, no tengas temor.
(Vuelve el Criado huyendo.)
¿Quién es ¿De qué estás temblando?
De algún mal da testimonio.
- CATALI. Mal mi cólera resisto.
- D. JUAN Habla, responde, ¿qué has visto?
¿Asombróte algún demonio?
(Nuevo golpe dentro.)
Ve tú, y mira aquella puerta :
¡ presto, acaba !
- CATALI. ¿Yo?
- D. JUAN Tú, pues.
Dales tarea a los pies.
- CATALI. A mi agüela hallaron muerta
como racimo colgada,
y desde entonces presiento
que anda su alma en pena. Cuento
(Nuevo golpe dentro.)
tres golpes y no me agrada.
- D. JUAN Acaba.
- CATALI. Señor, si sabes
que soy un Catalinón...
- D. JUAN Acaba.
- CATALI. ¡Fuerte ocasión !
- D. JUAN ¿No vas?
- CRIADO 2 ¿Quién tiene las llaves
de la puerta?

CATALI.

Con la aldaba
está cerrada no más.

CATALI.

Hoy Catalinón acaba.
¿Mas si las forzadas vienen
a vengarse de los dos?

(Llega Catalinón a la puerta y viene corriendo; cae y
levántase.)

D. JUAN

¿Qué es eso?

CATALI.

¡Válgame Dios!

¡Que me matan, que me tienen!

D. JUAN

¿Quién te tiene, quién te mata?

¿Qué has visto?

CATALI.

Seyor, yo allí
vide cuando luego fuí...
¿Quién me ase, quién me arrebató?
Llegué, cuando después ciego...
cuando vile, ¡juro a Dios!...
Habló y dijo, ¿quién sois vos?...
respondió, respondí luego...
topé y vide...

D. JUAN

¿A quién?

CATALI.

No sé.

D. JUAN

¡Cómo el vino desatina!

Dame la vela, gallina,
y yo a quien llama veré.

(Toma Don Juan la vela y llega a la puerta. Aparece
Don Gonzalo, tal como estaba en el sepulcro, y Don
Juan se retiró atrás turbado, empuñando la espada, y
en la otra mano la vela, y Don Gonzalo avanza hacia
él con paso grave y al compás Don Juan, retirándose
hasta en medio del teatro.)

ESCENA XIV

Dichos y DON GONZALO, en estatua.

D. JUAN

¿Quién va?

D. GON.

Yo soy.

D. JUAN

¿Quién sois vos?

D. GON.

Soy el caballero honrado
que a cenar has convidado.

D. JUAN Cena habrá para los dos,
y si vienen más contigo,
para todos cena habrá.
Ya puesta la mesa está.
Siéntate.

CATALI. ¡ Dios sea conmigo !
¡ San Panuncio, San Antón !
Pues ¿ los muertos comen, di ?
Por señas dice que sí.

D. JUAN Siéntate, Catalinón.

CATALI. No, señor, yo lo recibo
por cenado.

D. JUAN Es desconcierto ;
si temor tienes a un muerto :
¿ qué reservas para un vivo ?
Necio y villano temor.

CATALI. Cena con tu convidado,
que yo, señor, ya he cenado.

D. JUAN ¿ He de enojarme ?

CATALI. Señor,
que güelo mal.

(Los Criados quieren huir y tiemblan.)

D. JUAN ¿ Por qué huís
vosotros ? ¡ Necio temblar !

CATALI. Nunca quisiera cenar
con gente de otro país.
¿ Yo, señor, con *convidado*
de piedra ?

D. JUAN ¿ Por qué temer ?
Si es piedra, ¿ qué te ha de hacer ?

CATALI. Dejarme descalabrado.

D. JUAN Háblale con cortesía.

CATALI. ¿ Está bueno ? ¿ Es buena tierra
la otra vida ? ¿ Es llano o sierra ?
¿ Prémíase allá la poesía ?

CRIADO 3 A todo dice que sí
con la cabeza.

CATALI. ¿ Hay allá
muchas tabernas ? Sí habrá,
si Noé reside allí.

D. JUAN ¡ Hola ! dadnos de cenar.

CATALI. Señor muerto, ¿ allá se bebe

con nieve? (Baja la cabeza el Comendador.)

Se ve que hay nieve:

buen país.

D. JUAN

Si oír cantar
queréis, cantarán.

(Baja la cabeza el Comendador.)

CRIADO 2

Sí, dijo.

D. JUAN

Cantad.

CATALI.

Tiene el seor muerto
buen gusto.

CRIADO 1

Es noble, por cierto,
y gusta del regocijo.

(CANTAN DENTRO)

*Si de mi amor aguardáis,
señora, de aquesta suerte
el galardón en la muerte,
¡qué largo me lo fiais!*

CATALI.

O es sin duda veraniego
el muerto, o debe de ser
hombre de poco comer.
Temblando al plato me llego.
Poco beben por allá.
Yo beberé por los dos.
Brindis de piedra ¡por Dios!
Menos temor tengo ya.

(Bebe.)

(CANTAN DENTRO)

*Si ese plazo me convida
para que gozaros pueda,
pues larga vida me queda,
dejad que pase la vida.
Si de mi amor aguardáis,
señora, de aquesta suerte
el galardón en la muerte,
¡qué largo me lo fiais!*

CATALI.

¿Con cuál de tantas mujeres
como has burlado, señor,
hablan?

D. JUAN De todas me río,
amigo, en esta ocasión.
En Nápoles a Isabela...

CATALI. Esa, señor, ya no es hoy
burlada, porque se casa
contigo, como es razón.
Burlaste a la pescadora
que del mar te redimió,
pagándole el hospedaje
en moneda de rigor.
Burlaste a doña Ana.

D. JUAN Calla,
que hay parte aquí que lastó
por ella, y vengarse espera.

CATALI. Hombre es de mucho valor,
que él es piedra, tú eres carne :
no es buena resolución.

(Hace señas el Comendador de que se quite la mesa,
y queden solos.)

D. JUAN ¡Hola ! quitad esa mesa,
que hace señas que los dos
nos quedemos, y se vayan
los demás.

CATALI. ¡Malo, por Dios !
No te quedes, porque hay muerto
que mata de un mojicón
a un gigante.

D. JUAN Salid todos.

(Catalinón ni los Criados se mueven.)

Salid os repito... ¿Aún no?

(Vanse los Criados y Catalinón.)

ESCENA XV

DON JUAN y DON GONZALO, quien le hace señas de que cierre
la puerta. Don Juan ciérrala.

D. JUAN Ya está la puerta cerrada.
sombra, fantasma o visión,
di ¿qué quieres? ¿qué precisas?
que mi palabra te doy
de cumplir lo que ordenares.

¿Estás gozando de Dios?
 ¿Andas en pena o aguardas
 alguna reparación?
 ¿Dite la muerte en pecado?
 Habla, que suspenso estoy.

D. GON. (Que habla paso, como cosa de lotro mundo.)
 ¿Cumplírasme una palabra
 como caballero?

D. JUAN Honor
 tengo, y las palabras cumplo,
 porque caballero soy.

D. GON. Dame esa mano, no temas.

D. JUAN Te la diera sin temor
 aunque el mismo infierno fueses.

(Dale la mano.)

D. GON. No desmientes tu tesón.
 Bajo esta mano y palabra
 mañana a las diez estoy
 para cenar aguardando.
 ¿Irás?

D. JUAN Empresa mayor
 entendí que me pedías.
 Mañana tu güésped soy.
 ¿Dónde he de ir?

D. GON. A mi sepulcro.

D. JUAN ¿Iré solo?

D. GON. No, id los dos ;
 y cúpleme la palabra
 cual la cumplí, burlador.

D. JUAN Digo que la cumpliré ;
 que soy Tenorio.

D. GON. Yo soy.
 Ulloa

D. JUAN Yo iré sin falta.

D. GON. Sin falta te aguardo yo.

D. JUAN No dudéis de mí.

D. GON. (Despidiéndose.) No dudó,
 Don Juan.

D. JUAN (Despidiéndose.) Don Gonzalo.

D. GON. }

D. JUAN }

¡ Adiós !

(Vase Don Gonzalo y queda don Juan con pavor.)

REY Pues ¿no ha tomado bien el casamiento?

D. DIEGO Siente, señor, el nombre de infamada.

REY De otra causa procede su tormento.

¿Dónde está?

D. DIEGO En el convento está alojada
de las Descalzas.

REY Salga del convento
luego al punto, que quiero que en palacio
asista con la reina más de espacio.

D. DIEGO Si ha de ser con don Juan el desposorio,
manda, señor, que tu presencia vea.

REY Véame; y galán salga, que notorio
quiero que este placer al mundo sea.
Conde será desde hoy don Juan Tenorio
de Lebrija; él la mande y la posea,
que si Isabela a un Duque corresponde,
ya que ha perdido un Duque, gane un
[Conde.

D. DIEGO Todos por tal merced tus pies besamos.

REY Merecéis mi favor tan dignamente,
que si aquí los servicios ponderamos,
me quedo atrás con el favor presente.
Paréceme, don Diego, que hoy hagamos
las bodas de doña Ana juntamente.

D. DIEGO ¿Con Octavio?

REY No es bien que el Duque Octavio
sea el restaurador de aqueste agravio.
Doña Ana con la Reina me ha pedido
que perdone al Marqués, porque doña Ana,
ya que el padre murió, quiere marido,
porque si le perdió, con él le gana.
Iréis con poca gente y sin ruido
luego a hablalle a la fuerza de Triana;
por su satisfacción y por su abono
de su agraviada prima, le perdono.

D. DIEGO Ya he visto lo que tanto deseaba.

REY Que esta noche han de ser, podéis decille,
los desposorios.

D. DIEGO Todo en bien se acaba.

Fácil será al Marqués el persuadille,
que de su prima amartelado estaba.

REY También podéis a Octavio prevenille.

Desdichado es el Duque con mujeres ;
son todas opinión y pareceres.
Hanme dicho que está muy enojado
con don Juan.

D. DIEGO No me espanto si ha sabido
de don Juan el delito averiguado,
que la causa de tanto daño ha sido.
El Duque viene.

• REY No dejéis mi lado,
que sois en el delito comprendido.

ESCENA XVIII

Dichos y EL DUQUE OCTAVIO.

OCTAVIO Fiando en vuestra justicia
me llegué desde mi patria
a vuestros pies.

REY ¿Qué me quieres?

OCTAVIO Cubre tu cabeza y habla
Gran señor, vengo a pedirlos,
postrado ante vuestras plantas,
una merced, cosa justa,
digna de serme otorgada.

REY Duque, como justa sea,
digo que doy mi palabra
de otorgártela. ¿Qué quieres?

OCTAVIO Ya sabéis, señor, por cartas
del Embajador, y el mundo
por la lengua de la fama
sabe, que don Juan Tenorio,
con española arrogancia,
en Nápoles una noche,
para mí noche tan mala,
con mi nombre profanó
el sagrado de una dama.

REY No pases más adelante.
Ya llegó a mí tu desgracia.
En efecto : ¿qué me pides?

OCTAVIO Licencia que en la campaña
defienda como es traidor.

D. DIEGO Eso no. Su sangre clara
es tan honrada...

REY ¡ Don Diego !

D. DIEGO Señor.

OCTAVIO ¿Quién eres que hablas
en la presencia del Rey
de esa suerte?

D. DIEGO Soy quien calla,
porque me lo manda el Rey ;
que si no, con esta espada
te respondiera.

OCTAVIO Eres viejo.

D. DIEGO Ya he sido mozo en Italia,
a vuestro pesar, un tiempo ;
ya conocieron mi espada
en Nápoles y en Milán.

OCTAVIO Tienes ya la sangre helada.
No vale *fuí*, sino *soy*.

D. DIEGO Como *fuí* soy. (Empuña.)

REY Tened ; basta
os digo. Callad, don Diego,
que a mi persona se guarda
poco respeto. Y vos, Duque,
después que las bodas se hagan,
más de espacio me hablaréis.
Gentilhombre de mi cámara
es don Juan, y hechura mía ;
y de aqueste tronco rama ;
mirad por él.

OCTAVIO Yo lo haré,
gran señor, como lo mandas.

REY Venid conmigo, don Diego.

D. DIEGO (¡ Ay, hijo ! ¡ qué mal me pagas
el amor que te he tenido !)

REY Duque.

OCTAVIO Gran señor.

REY Mañana
vuestras bodas han de ser.

OCTAVIO Háganse, pues tú lo mandas.

(Vanse el Rey y don Diego.)

ESCENA XIX

OCTAVIO, GASENO y AMINTA

GASENO (Este señor nos dirá
dónde está don Juan Tenorio.)
Señor, ¿si está por acá
un don Juan a quien notorio
ya su apêlido será?

OCTAVIO Don Juan Tenorio, diréis.

AMINTA Sí, señor ; ese don Juan.

OCTAVIO Aquí está, ¿qué le queréis?

AMINTA Es mi esposo ese galán.

OCTAVIO ¿Cómo?

AMINTA Pues, ¿no lo sabéis
siendo del alcázar vos?

OCTAVIO No me ha dicho don Juan nada.

GASENO ¿Es posible?

OCTAVIO Sí, por Dios.

GASENO Doña Aminta es muy honrada.

Cuando se casen los dos,
que cristiana vieja es
hasta los gñesos, y tiene
de la hacienda el interés,
ya veréis como conviene
para esposa de un marqués.

Casóse don Juan con ella
y quitósela a Batricio.

AMINTA Decid cómo fué doncella
a poder suyo.

GASENO No es juicio
esto, ni aquesta querella.

OCTAVIO (Esta es burla de don Juan,
y para venganza mía
éstos diciéndola están.)

¿Qué pedís al fin?

GASENO Querría,
porque los días se van,
que se hiciese el casamiento,
o querellarme ante el Rey.

OCTAVIO Digo que es justo ese intento.

GASENO Y razón y justa ley.
OCTAVIO (Medida a mi pensamiento
ha venido la ocasión.)
En el alcázar tenemos
bodas.

AMINTA ¿Si las mías son?
OCTAVIO Quiero, para que acertemos,
valerme de una invención.
Venid donde os vestiréis
señora, a lo cortesano,
y a un cuarto del Rey saldréis
conmigo.

AMINTA Vos de la mano
a don Juan me llevaréis.
OCTAVIO Que desta suerte es cautela.
GASENO El arbitrio me consuela.
OCTAVIO (Estos venganza me dan
de aqueste traidor don Juan
y el agravio de Isabela.)

(Vanse.)

MUTACIÓN

CUADRO XV

Calle. Exterior de una iglesia.

ESCENA XX

DON JUAN y CATALINÓN.

CATALI. ¿Cómo el Rey te recibió?
D. JUAN Con más amor que mi padre.
CATALI. ¿Viste a Isabela?
D. JUAN También.
CATALI. ¿Cómo viene?
D. JUAN Como un ángel.
CATALI. ¿Recibióte bien?
D. JUAN El rostro

bañado de leche y sangre,
como la rosa que al alba
sus lindos pétalos abre.

CATALI. Al fin, ¿esta noche son
las bodas?

D. JUAN Sin falta.

CATALI. Fiambres

son : mas no lo hubieran sido
si no la engañaras antes ;
pero tú tomas esposa,
señor, con cargas muy grandes.

D. JUAN Dí : ¿comienzas a ser necio?

CATALI. Y podrás muy bien casarte
mañana, que hoy es mal día.

D. JUAN Pues ¿qué día es hoy?

CATALI. Es martes.

D. JUAN Mil embusteros y locos
dan en esos disparates.

CATALI. Vamos, si te has de vestir,
que ya te aguardan, y es tarde.

D. JUAN Otro negocio tenemos
que hacer, aunque nos aguarden.

CATALI. Cuál es?

D. JUAN Cenar con el muerto.

CATALI. Necedad de necedades.

D. JUAN ¿No ves que di mi palabra?

CATALI. Y cuando se la quebrantes,
¿qué importa? ¿Es que ha de pedirte
una figura de jaspe
la palabra?

D. JUAN Podrá el muerto
decirme, a voces, infame.

CATALI. Ya está cerrada la iglesia.

D. JUAN Llama.

CATALI. ¿Por qué molestarme?

¿Quién tiene de abrir, que están
durmiendo los sacristanes?

D. JUAN Llama a ese postigo.

CATALI. Abierto
está.

D. JUAN Pues entra.

CATALI. Entre un fraile
con su hisopo y con su estola.

D. JUAN. Sígueme y calla.

CATALI. ¿Que calle?

D. JUAN. Sí.

CATALI. Ya callo. Dios clemente
destos convites me saque.

(Entran por una puerta y salen por otra.)

MUTACIÓN

CUADRO XVI

Interior de la iglesia.

ESCENA XXI

DON JUAN, CATALINÓN y DON GONZALO. Después dos enlutados con sillas.

CATALI. ¡Qué oscura que está la iglesia!
Señor, para ser tan grande...

¡Ay de mí! Tenme, señor,
porque de la capa me asen.

D. JUAN. ¿Quién va?

D. GON. Yo soy.

CATALI. ¡Muerto estoy!

D. GON. El muerto soy, no te espantes.
No entendí que me cumplieras
la palabra, según haces
de todos burla.

D. JUAN. ¿Me tienes
en opinión de cobarde?

D. GON. Sí, que aquella noche huiste
de mí cuando me mataste.

D. JUAN. Huí de ser conocido;
mas ya me tienes delante.
Di presto lo que me quieres.

D. GON. Quiero a cenar convidarte.

CATALI. Aquí escusamos la cena,
que toda ha de ser fiambre,
pues no parece cocina,
señor, por ninguna parte.

D. JUAN. Cenemos.

D. GON. Para cenar
es menester que levantes
esa tumba.

D. JUAN. Y si te importa,
levantaré estos pilares.

D. GON. Valiente estás.

D. JUAN. (Alzando el extremo del túmulo y dejando al descu-
bierto una negra mesa, con lo que se desprende del
diálogo.) Tengo brío

y corazón en las carnes.

CATALI. Mesa de Guinea es ésta.

Pues ¿no hay por allá quien lave?

D. GON. Siéntate.

D. JUAN. ¿A dónde?

CATALI. Con sillas
vienen ya dos negros pajes.

(Entran dos enlutados con dos sillas).

¿También acá se usan lutos
y bayeticas de Flandes?

D. GON. Siéntate.

CATALI. Yo, gran señor,
he merendado esta tarde.

D. GON. No repliques.

CATALI. No replico.

Dios en paz destó me saque.

¿Qué plato es este, señor?

D. GON. Este es plato de alacranes
y víboras.

CATALI. ¡Gentil plato!

D. GON. Estos son nuestros manjares.

¿No comes tú?

D. JUAN. Comeré
si me dieses áspid, áspides
cuantos el infierno tiene.

D. GON. También quiero que te canten.

CATALI. ¿Qué vino beben acá?

D. GON. Pruébalo.

CATALI. (Probándolo.) Hiel y vinagre
es este vino.

D. GON. Este vino
esprimen nuestros lagares.

(Cantan dentro.)

*Adviertan los que de Dios
juzgan los castigos grandes,
que no hay plazo que no llegue
ni deuda que no se pague.*

CATALI. ¡Malo es esto, vive Cristo!
que he entendido este romance,
y que con nosotros habla.

D. JUAN Un hieló mi pecho invade.

(Cantan dentro.)

*Mientras en el mundo viva,
no es justo que diga nadie:
«¡Qué largo me lo fiáis!»
siendo tan breve el cobrarse.*

CATALI. ¿De qué es este guisadillo?

D. GON. De uñas.

CATALI. Pues de uñas de sastre
será, si es guisado de uñas.

D. JUAN Ya he cenado; haz que levanten
la mesa.

D. GON. Dame esa mano;
no temas la mano darme.

D. JUAN ¿Eso dices? ¿Yo temor? (Dándole la mano.)
¡Que me abraso! ¡No me abrasas
con tu fuego!

D. GON. Este es bien poco
para el fuego que buscaste.

Las maravillas de Dios
son, don Juan, investigables,
y así quiere que tus culpas
a manos de un muerto pagues.

D. JUAN ¡Que me abraso, no me aprietes!
Con la daga he de matarte.
Mas ¡ay! que me canso en vano
de tirar golpes al aire.
A tu hija no ofendí,
que vió mis engaños antes.

- D. GON. No importa, que ya pusiste
tu intento.
- D. JUAN Deja que llame
quien me confiese y absuelva.
- D. GON. No hay lugar, te acuerdas tarde.
- D. JUAN ¡ Que me quemo ! ¡ Que me abraso !
¡ Muerto soy ! (Cae muerto.)
- CATALI. No hay quien se escape,
que aquí tengo de morir
también por acompañarte.
- D. GON. Esta es justicia de Dios :
quien tal hace, que tal pague.
(Húndese con estrépito el sepulcro con don Juan y
don Gonzalo. Catalinón se cae al suelo.)
- CATALI. ¡ Válgame Dios ! ¿ Es posible
que la capilla se inflame ?
¡ Y con el muerto he quedado
para que le vele y guarde !
Arrastrando como pueda
iré a avisar a su padre.
¡ San Jorge, San *Agnus Dei*,
sacadme de aquí, sacadme !
(Vase arrastrando.)

MUTACIÓN

CUADRO ÚLTIMO

Sala en el Alcázar.

ESCENA XXII

EL REY, DON DIEGO y acompañamiento.

- D. DIEGO Ya el Marqués, señor, espera
besar vuestros pies reales.
- REY Entre luego, y avisad
al Conde, porque no aguarde.

ESCENA XXIII

Dichos, BATRICIO y GASENO.

BATRICIO ¿Dónde, señor, se permiten
desenvolturas tan grandes,
que tus criados afrenten
a los hombres miserables?

REY ¿Qué dices?

BATRICIO Don Juan Tenorio,
por una celada infame,
la noche del casamiento
antes que le consumase,
a mi mujer me quitó;
testigos tengo delante.

ESCENA XXIV

Dichos, TISBEA, ISABELA y acompañamiento.

TISBEA Si Vuestra Alteza, señor,
de don Juan Tenorio no hace
justicia, a Dios y a los hombres,
mientras viva he de quejarme.
Derrotado le echó el mar;
dile vida y hospedaje,
y él me lo pagó, alevoso,
con mentirme y engañarme
con nombre de mi marido.

REY ¿Qué dices?

ISABELA Dice verdades.

ESCENA XXV

Dichos, AMINTA y el DUQUE OCTAVIO.

AMINTA ¿Adónde mi esposo está?

REY ¿Quién es?

AMINTA Pues ¿aún no lo sabe?

El señor don Juan Tenorio,
con quien vengo á desposarme,
porque me debe el honor,
y es noble y no ha de negarle.
Manda que nos desposemos,
y que así mi honor restaure.

ESCENA XXVI

Dichos y EL MARQUÉS DE LA MOTA.

MOTA Pues es tiempo, gran señor,
 de que a luz salgan verdades.
 Sabrás que don Juan Tenorio
 la culpa que me imputaste
 tenía, pues como amigo
 pudo el osado engañarme;
 de que tengo dos testigos.
REY ¿Hay desenfreno más grande?
 Prendedle y matadle luego.
D. DIEGO Escucha la voz de un padre:
 En premio de mis servicios
 haz que le prendan y pague
 sus culpas, porque del cielo
 rayos contra mí no bajen,
 si es verdad lo que le imputan.
REY ¡Esto mis privados hacen!

ESCENA FINAL

Dichos y CATALINÓN.

CATALI. Escuchad, oid, señores,
 el suceso más notable
 que en el mundo ha sucedido,
 y en oyéndome, mañadme.
 Don Juan, del Comendador
 haciendo burla, una tarde,
 después de haberle quitado
 las dos prendas que más valen,

tirando al bulto de piedra
la barba por ultrajarle,
a cenar le convidó :
¡ nunca fuera a convidarle !
El bulto fué y convidóle ;
y agora, porque no os canse,
acabando de cenar,
entre mil presagios graves,
de la mano le tomó
y le apretó hasta quitalle
la vida, diciendo : « Dios
me manda que así te mate,
castigando tus delitos.
Quien tal hace, que tal pague. »
¿ Qué dices ?

REY
CATALI.

Verdad ; y dijo
don Juan, antes que expirase,
que a doña Ana no debía
honor, que sus gritos, antes
del engaño la salvaron.
MOTA Mil albricias he de darte
por las nuevas.

REY

¡ Dios es justo !
Y agora es bien que se casen
todos, pues la causa es muerta,
vida de tantos desastres.

OCTAVIO

Pues ha enviudado Isabela,
quiero con ella casarme.

MOTA

BATRICIO

Yo con mi prima.
Y nosotros

con las nuestras, porque acabe
El Convidado de piedra

REY

Y el sepulcro se traslade
a San Francisco, en Madrid,
para memoria más grande.

(Adelantándose al público.)

Y así Tirso de Molina
deja pintado el carácter
del audaz don Juan Tenorio,
con ingenio al que elevarse
nadie consiguió en el trazo
del singular personaje

español, que en el poema
y en el drama se hizo carne.
Ilustre Senado, broten
palmas de honor para el vate.

TELÓN

FIN DE LA OBRA



10052
MISS MARGARITA MAYO

LLUVIA DE HIJOS

Farsa en tres actos

Versión castellana de

Federico Reparaz



MADRID

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1915

LLUVIA DE HIJOS

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la «Sociedad de Autores Españoles» son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Edición autorizada para «Teatro Mundial».

LLUVIA DE HIJOS

FARSA CÓMICA EN TRES ACTOS

basada en la obra «BABY MINE»

de

MISS MARGARITA MAYO

adaptación española de

Federico Reparaz

Estrenada en el teatro Cervantes,
la noche del 19 de Febrero de 1914



Handwritten note:
H-1-95
no flete

BARCELONA
BIBLIOTECA «TEATRO MUNDIAL» .

15, Barbará, 15

1915

REPARTO

<u>Personajes</u>	<u>Actores</u>
KETTY (1).	Sra. Roca.
MARGARITA.	» Toscano.
MISS PETICKTON.	» Simó.
MAGDALENA.	» López.
MARY (2).	» Ríos.
GUILLERMO HÁRRISON.	Sr. Meseguer.
JIMMY SCOTT (3)	» Simó-Raso.
ENRIQUE.	» Marchante.
JUAN.	» Hidalgo.
UN POLICÍA.	» Sapela.

La acción en Nueva York.—Época actual.

Derecha e izquierda, las del actor

-
- (1) Pronúciase Kiti.
 (2) Idem Meri.
 (3) Idem Yimmi.



ACTO PRIMERO

Una sala en casa de Harrison. Tres puertas: una al foro, que da al recibimiento; una a la izquierda, y otra a la derecha. A la izquierda, una chimenea. En la primera izquierda, un velador sobre el que hay un album de fotografías; algo más allá del velador y delante de la chimenea una butaca. Un aparato telefónico en el muro, entre la chimenea y la puerta. Un timbre eléctrico junto al teléfono. En la primera derecha, una mesita de escribir. En el centro, algo a la derecha, una mesa centro elegante con escribanía, pluma, carpeta, etc., etc. Una silla detrás de la mesa. Un canapé. Sobre la repisa de la chimenea, una fotografía de Guillermo en un marco.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón, la escena se halla desierta. Se oye dentro ruido de voces. Después se abre violentamente la puerta de la izquierda y aparece GUILLERMO.

GUILLER. (Furioso, fuera de sí, dirigiéndose al interior.) ¡Embustera! ¡Embustera! ¡Embustera! (Cierra la puerta, luego atraviesa la escena y llama al timbre.) ¡Oh, esto es el colmo!

JUAN (Entrando por el foro.) ¿Ha llamado el señor?

GUILLER. Baja el baúl a mi cuarto.

JUAN ¿El grande o el pequeño?

GUILLER. El grande y el pequeño también, como igualmente mi maleta. Mete dentro todas mis cosas. Trajes, ropa interior, el calzado... en fin, todo lo mío. El mozo de mi

oficina lo llevará a la estación. ¡Date prisa! (Vase Juan por el foro.) ¡Ya estoy harto! (Va a coger el sombrero que se halla sobre la mesa.) Pero antes de irme sabré la verdad. (Sube hacia el foro y ya al dintel de la puerta dice, volviéndose hacia la izquierda.) ¡Embustera! (Vase foro.)

ESCENA II

KETTY, luego MARY, después JIMMY.

(La escena queda un momento desierta; después se entreabre despacito la puerta de la izquierda y Ketty saca la cabeza por ella. Tiene los ojos rojos, como de haber llorado y lleva un pañuelo en la mano derecha.)

KETTY ¡Guillermo! ¡Amor mío! (Entra del todo: viste una bata elegante.) No está aquí... ¿Tal vez en su cuarto?... (Atraviesa la escena y abre la puerta de la derecha.) ¡Guillermo!... ¡Amor mío! (Entra un instante y sale de nuevo en seguida.) ¡Tampoco está! (Llama al timbre.) ¡Dios santo! (Aparece Mary por el foro.) ¿Dónde está el señor?

MARY Acaba de irse.

KETTY ¿Ha dicho dónde?

MARY No, señora... Se fué dando un portazo... parecía furioso.

KETTY (Dejándose caer en la butaca y prorrumpiendo en sollozos.) ¡Ay, Mary, qué desgraciada soy!

MARY (Compadecida.) ¡Señora!

KETTY ¡Estoy segura que en todo Nueva York no hay una mujer tan desgraciada como yo!

MARY (Vencida por la emoción y prorrumpiendo a llorar.) ¡Ay, señora, señora!...

KETTY ¿A ti también te da pena?

MARY Personalmente no, señora; pero no puedo ver que lloren sin llorar yo también.

KETTY ¡Tú tienes corazón!

- MARY ¡ Muy grande, señora, muy grande !
 KETTY (Con las palabras entrecortadas por las lágrimas.)
 ¿ Llevaste la carta al señor Jimmy Scott ?
 MARY Sí, señora... a su oficina, como usted me
 mandó... pero no estaba allí. Se la entre-
 garán en cuanto llegue.
 KETTY (Nuevos sollozos.) Gracias, Mary.
 MARY ¿ Quiere algo... más... la... señora?...
 KETTY No.
 MARY ¡ Me voy a llorar a la cocina ! (Vase por el
 foro sollozando.)
 KETTY ¡ Trátarme de embustera ! ¡ A mí !...
 MARY (Entrando por el foro sin cesar de llorar.) Señora,
 está ahí el señor Jimmy Scott.
 KETTY (Enjugándose los ojos.) Que pase inmediata-
 mente.
 JIMMY (Entrando, emocionado por las lágrimas.) ¿ Qué le
 pasa a usted ?
 MARY (Transición y con la mayor naturalidad.) A mí, na-
 da, señor Scott, es a la señora. (Indicando a
 Ketty y haciendo después mutis por el foro.)
 JIMMY (Aproximándose a Ketty.) ¡ Pobre Ketty ! ¿ Qué
 te ha ocurrido ?
 KETTY Siéntate, Jimmy.
 JIMMY Sólo puedo estar un instante... Tengo
 que hacer un pago de trescientos dollars
 en el Banco. (Saca de su bolsillo unos billetes de
 Banco.)
 KETTY Después lo harás : el Banco no se cierra
 hasta las cuatro.
 JIMMY (Yendo a dejar su sombrero sobre la mesa.) Bueno.
 Recibí tu carta en la que me dices : « Ven
 en seguida ; necesito hablarte. » Y te en-
 cuentro anegada en lágrimas. ¿ Qué te
 pasa ?
 KETTY ¡ Una cosa horrible !
 JIMMY ¿ Qué (Coge la silla de detrás de la mesa y se
 sienta.)
 KETTY La cosa más espantosa...
 JIMMY ¿ Una cuestión con tu marido ?
 KETTY ¡ Acaba de irse furioso !

- JIMMY (Encogiéndose de hombros tranquilizado.) ¡Bah, una querella matrimonial!
- KETTY ¡Que dura desde anoche!
- JIMMY ¿Y por qué causa?
- KETTY Ha descubierto que mentí en lo del almuerzo.
- JIMMY ¿Qué almuerzo?
- KETTY (Marcando la palabra.) *Nuestro almuerzo de ayer.*
- JIMMY (Asombrado.) ¿Y por qué le mentiste?
- KETTY ¿Y cómo iba yo a figurarme que sabía la verdad?
- JIMMY (Levantándose.) Te encontré ayer al medio día, frente al Saboya... Me dijiste que tu marido comía con su abogado, nuestro amigo Sparkler, y como ibas sola y yo nunca almuerzo en casa, te invité a que almorzaras conmigo en aquel restaurant. Siendo amigos desde la niñez, y con el cariño que nos une a mi mujer y a mí con vosotros, no pensé que tu marido pudiera llevarlo a mal.
- KETTY ¡No le conoces! ¡Es más desconfiado y más celoso que un tigre! ¡Siempre me está reprendiendo! ¡Nunca está contento!
- JIMMY Si lo sabías, ¿por qué aceptaste mi invitación?
- KETTY Porque me resultaba muy aburrido almorzar sola.
- JIMMY (Algo incomodado.) ¿Luego fué por eso?
- KETTY ¿Creías que era por el placer de almorzar contigo? ¡Qué listo eres!
- JIMMY ¡Gracias! Cuando erais novios, siempre creí que vuestros amores terminarían mal.
- KETTY ¿Cómo mal? ¡Si nos casamos en seguida!
- JIMMY ¡Por eso creí que terminarían mal! En fin, el asunto para mí es muy desagradable y te agradeceré que no me mezcléis en vuestras querellas matrimoniales.
- KETTY ¡Eres como todos los hombres! ¡Sólo piensas en ti!

JIMMY ; No quiero disgustos con tu marido !
KETTY Tranquilízate ; no te he nombrado para nada.

JIMMY ¿ Pero no dices que sabe toda la verdad ?
KETTY Sabe que almorcé con otro, pero ignora que ese otro eres tú.

JIMMY (Asombrado.) No comprendo...

KETTY (Disgustada.) ¡ Qué difícil eres de comprensión ! A los cinco minutos de salir nosotros del Saboya, entraba en ese restaurant mi marido.

JIMMY ¿ Para almorzar con Sparkler ?

KETTY (Encogiéndose de hombros.) ¡ Naturalmente, que no era para comprarse unos tirantes ! Y Enrique, el Maitre d'hotel, que nos conoce hace años, le contó que yo acababa de salir en compañía de un caballero con quien había almorzado.

JIMMY (Pasando a la izquierda.) ¡ Demonio !

KETTY Si Guillermo, al volver a casa me hubiera interrogado receloso, yo hubiera desconfiado como es natural. Pero no ; estuvo más dulce que la miel, y por la noche, en el momento en que íbamos a acostarnos, me dijo con indiferencia : « A propósito, Ketty, hoy telefoneé a la una y media y no estabas en casa... ¿ dónde has almorzado ? » Y le repliqué en el mismo tono : « Tenía un sin fin de cosas que hacer, cielo mío, y a la una entré en una pastelería y comí dos *sandwichs* y un *pudding* al Porto... »

JIMMY (Sentándose en el canapé.) ¡ Atiza !

KETTY ¡ Si le hubieras visto y oído !... Me eché a llorar asegurándole, en todos los tonos, que el Maitre d'hotel se había engañado y que yo era víctima de un parecido. ¿ Y a que no sabes lo que me ha llamado ?

JIMMY ¿ Qué ?

KETTY (Indignada.) ¡ Me ha llamado embustera !

JIMMY (Friamente.) ¿ No le has mentido ?

KETTY ¡ Ciertamente que le he mentido ! (Con in-

dignación cómica.) ¡ Pero mira que llamarme embustera !... ¿ No lo he hecho por su bien ? (En tono burlón.) Y tú, como es natural, ¿ le habrás contado a tu mujer que almorzamos juntos ?

JIMMY Cuando volví ayer á casa, Margarita tenía jaqueca y se había acostado. Y esta mañana se me olvidó decírselo.

KETTY ¡ A Dios gracias no sabe nada !

JIMMY (Inquieto, levantándose.) ¿ Qué quieres hacer ?

KETTY No lo sé aún. Pero mejor será que no se lo cuentes a tu mujer.

JIMMY Te aseguro que se lo digo en cuanto la vea, porque precisamente es la única persona capaz de sacarte del compromiso.

KETTY ¡ Lo que hará es echarlo todo a perder ! Margarita es muy buena, pero tiene la monomanía de mezclarse en los asuntos ajenos y ya sabes cómo terminan siempre estas cosas !

JIMMY Nunca he tenido secretos para ella, y menos en esta ocasión. ¡ Moralmente jamás he engañado a mi mujer !

KETTY ¡ No seas hipócrita, y menos hoy que necesito de tu apoyo !

JIMMY Si mi apoyo consiste en mentir a Margarita, no, no y no. Además, miento muy mal... me turbo en el acto... lo que me causa muchos perjuicios en los negocios.

KETTY (Con aire de alegría.) Pues dile la verdad.

JIMMY Así lo haré.

KETTY (Con decisión.) ¡ Y yo te desmiento !

JIMMY ¿ Por qué ?

KETTY Porque habiendo comenzado debo continuar. ¡ Eres la crueldad en persona !

JIMMY ¿ Yo ? ¡ Si en mi vida he podido matar un mosquito sin pensar en el dolor que iba a causar a toda su distinguida y numerosa familia ! Pero, mujer, sé razonable. Una cosa tan inocente... cuéntale lo ocurrido a Guillermo, antes de que sea demasiado tarde.

KETTY ¡Ya lo es! ¡Si reconozco hoy que he mentido pensaría que tú y yo le engañamos hace años. ¿Me comprendes bien, Jimmy? ¿Te das cuenta de las consecuencias que esto tendría para ti y para tu mujer? (Jimmy se deja caer en una silla que está junto a la mesa.) No, amigo mío, es preciso que mantengamos cuanto he dicho. (Pasa a la izquierda y después se dirige hacia Jimmy, viéndole indeciso.) Mira, Jimmy, si dices a Guillermo y a tu mujer que hemos almorzado juntos, les juro, por lo más sagrado, que me hacías la corte desde hace mucho tiempo, y que me trajiste a ese restaurant para tenderme una emboscada.

JIMMY ¿Te has vuelto loca?

KETTY (Con feroz decisión.) ¡Lo haré, te lo advierto!

JIMMY ¡Me resisto a creerlo!

KETTY ¡Lo haré porque soy tan desgraciada!... (Se deja caer sobre el canapé sollozando.) ¡Ay, Jimmy! ¿Por qué te conocí? ¿Por qué te encontré ayer? Si al menos me interesases, si te amara, no me quejaría... ¡pero pensar que puedo perder a mi Guillermo... por un tipo como tú!

JIMMY (Disgustado.) ¡Gracias!

KETTY (Llorando.) ¡Qué desgracia, Dios mío, qué desgracia! (Apoyada en el respaldo de la butaca.)

JIMMY (Que lo ha considerado todo en un principio con viva reprobación acaba por tener piedad de ella; se acerca a consolarla, pasa detrás de la mesa y coge las manos de Ketty entre las suyas.) ¡Vamos, Ketty, no te aflijas así, todo se arreglará como en otras ocasiones!

KETTY (Sollozando y cogiéndose a él.) ¡Ay, Jimmy, no me abandones! (Jimmy trata de consolarla.)

ESCENA III

Dichos y GUILLERMO.

- GUILLER. (Entrando por el foro con el sombrero puesto y viéndolo a Jimmy.) Hola, ¿estás aquí?
- JIMMY (No sabiendo qué decir y con una cordialidad exagerada.) Buenos días, mi querido Guillermo.
- GUILLER. (Dejando su sombrero sobre la chimenea.) ¿Qué haces aquí tan temprano?
- JIMMY (Turbado.) Yo... yo...
- KETTY Guillermo... mi querido Guillermo...
- GUILLER. (Secamente.) Haz el favor de dejarme a solas con Jimmy.
- KETTY (Con aspecto de mosquita muerta.) ¿Por qué estás incomodado?
- GUILLER. ¿Quieres dejarnos solos, sí o no?
- KETTY Sí, sí, ya os dejo. (Prorrumpiendo a llorar.) ¡Mira, Jimmy, cómo me trata! (Al hacer mutis por la izquierda.) ¡Ay, Dios mío, qué desgraciada soy!

ESCENA IV

JIMMY y GUILLERMO

- GUILLER. (Exasperado.) ¡Aún incomodado!
- JIMMY (Muy turbado y haciendo un gran esfuerzo para no turbarse.) Como te decía, al pasar por aquí... para ir a hacer un pago en el Banco... he subido a saber noticias.
- GUILLER. ¿Y Ketty te ha puesto en autos?
- JIMMY Sí; siento sinceramente que hayáis tenido otra diferencia..
- GUILLER. ¿Tú llamas a eso una diferencia? (Se sienta a la derecha de la butaca.) Ha tenido la desfachatez de ir al Saboya, donde nos conocen todos los camareros, y almorzar a solas con un imbécil...
- JIMMY (Protestando atolondradamente.) ¿Un imbécil?

¿Tú qué sabes?

GUILLER. ¡ Pronto lo sabré !

JIMMY ¡ Si me ha dicho que comió sandwichs !...

GUILLER. (Irónico.) ¡ y un pudding !...

JIMMY En una pastelería.

GUILLER. (Levantándose.) Para que llegue a comprometerse así públicamente en un restaurant es necesario, no solamente que haya perdido todo recato, toda dignidad, sino que esté locamente enamorada de ese animal. ¿ Y llamas a 'esto una diferencia?...

JIMMY (No sabiendo qué decir.) ¡ Sí, es algo fuerte !

GUILLER. (Con violencia.) ¿ Algo?

JIMMY ¡ Vamos, hombre, no te incomodes ! Tengo la seguridad de que es inocente. No creo que pueda estar enamorada de ese animal, como tú le llamas. Háblala con amabilidad, inspírala confianza, y tengo la convicción de que te dirá toda la verdad.

GUILLER. ¡ Toda la verdad ! ¿ Pero Ketty sabe lo que es la verdad? Si la viese con un microscopio no la reconocería. La mentira es para ella un elemento vital : necesita mentir como todos necesitamos respirar. Ketty es de esas mujeres que mientén sin necesidad, por capricho, por *sport*. (Pasando a la izquierda.)

JIMMY Vamos, por hacer boca:

GUILLER. Sí. Me convencí de ello antes del mes de casado. Acostumbrada a sentarse por la noche frente al reloj, y yo de espaldas. Si la preguntaba la hora que era, mentía invariablemente diciendo diez o quince minutos más o menos, únicamente por no perder la costumbre. Cuando exclama : « Te voy a decir la verdad. Toda la verdad. » Entonces me pongo frenético, me vuelvo loco... ¡ Ah, es una artista, indiscutiblemente, es una perfecta comedianta !

JIMMY (Filósofo.) ¿ Una mujer que no mintiera, sería una mujer?

GUILLER. ¡Pero constantemente es insoportable!
Ya estoy cansado de trabajar todo el santo día para comprarle trajes, sombreros y joyas, mientras que ella asiste a los restaurantes con cualquier zascandil.

JIMMY ¡Zascandil! ¡Qué expresiones usas!

GUILLER. (Suspirando.) Un hijo quizás me indemnizará de tantos sinsabores... Siempre he anhelado tener hijos, pero...

JIMMY ¿Pero?...

GUILLER. (Pasándose a la derecha.) ¡Ketty les tiene horror! ¡Le gusta demasiado brillar, ir al teatro, bailar el tango! Comer con... Dios sabe con quien...

JIMMY (Enfadado.) Francamente, te confieso que tampoco soy partidario de esos... cachorritos gordos y colorados...

GUILLER. ¡Pero yo le pescaré! ¡Antes de una hora caerá en mis manos! (Cogiéndole por el hombro.)

JIMMY (Asustado.) ¿Cómo?

GUILLER. Gracias a Enrique, el Maitre d'hotel del Saboya. Es un hombre serio.

JIMMY ¿No se ríe nunca?

GUILLER. ¡Nunca!... Excepto cuando ve que alguien se cac.

JIMMY ¿Y le vas a contar al camarero?

GUILLER. ¡Tranquilízate!... Me valdré de medios hábiles...

JIMMY (En tono que trata de parecer indiferente.) ¿Y si al fin sabes... quién es... el imbécil?

GUILLER. (Enérgico.) ¡Le mataré como a un perro!
• ¡Es el principio del fin!

JIMMY (Aterrado.) ¡Sí, del fin de un desgraciado!...
¿Y los tribunales?

GUILLER. ¡No te inquietes; contaré mis desdichas a los Jurados y me absolverán!

JIMMY ¿Para qué matar a ese pobre hombre cuando hay tantos otros?...

GUILLER. ¿Que hacen la corte a mi mujer?

JIMMY (Vivamente.) ¡No he dicho eso!

- GUILLER. Porque es el único que ha almorzado a solas con ella.
- JIMMY No comiencés por matar a ese individuo, porque los muertos no hablan. Déjale antes justificarse.
- GUILLER. ¿Justificarse? ¡No le creería una palabra ni aunque fuera uno de los doce apóstoles!
- JIMMY (Siguiendo su propio pensamiento.) ¡Es espantoso!
- GUILLER. ¿Qué?
- JIMMY ¡Que no tengas confianza siquiera en los apóstoles!
- GUILLER. ¡Prefiero ser incrédulo! (Cogiendo el album del velador.) Mira este album... Contiene los retratos de todos mis amigos...
- JIMMY (Inquieto.) ¡Oh!
- GUILLER. Y como es probable que con uno de ellos haya almorzado ayer...
- JIMMY (Tratando de tener valor.) ¡Sí, es muy bonito el album!
- GUILLER. Regalo de mi suegra.
- JIMMY (A media voz.) ¡De su suegra tenía que ser!
- GUILLER. ¿Qué?
- JIMMY (Vivamente.) Digo que fué bonita la idea de tu suegra. ¿Y mi retrato está aquí?
- GUILLER. (Afectuoso.) Naturalmente. ¡Y en el sitio más visible! (Abre el album.) Mira. ¡El parecido es maravilloso!
- JIMMY (Aparte, mientras Guillermo deja el album en el velador.) No vuelvo en mi vida a retratarme. (A Guillermo.) Con tu permiso, chico, tengo un asunto urgente que despachar... (Coge el sombrero de la mesa.)
- GUILLER. ¿Te vas?
- JIMMY Sí... tengo que hacer un pago en el Banco...

ESCENA V

Dichos, JUAN, después ENRIQUE.

- JUAN (Por el foro.) Ahí está el individuo a quien espera el señor...
- GUILLER. (Vivamente.) Que pase. (Vase Juan. A Jimmy.) ¡Es él!
- JIMMY (Inquieto.) ¿Quién?
- GUILLER. El Maitre d'hotel.
- JIMMY (Aparte a punto de desmayarse.) ¡El Maitre d'hotel!
- GUILLER. ¡Quédate, luego te irás!
- JIMMY (Aparte sosteniéndose difícilmente.) ¡Estoy perdido!
- GUILLER. (A Enrique, que aparece en el foro.) Pase, Enrique, pase usted.
- ENRIQUE (Saludando a Guillermo.) ¡Señor Hárrison! (Saludando a Jimmy como a persona que se reconoce.) Caballero...
- JIMMY (Que le devuelve el saludo, aparte.) ¡Me ha reconocido!
- GUILLER. Le agradezco mucho que haya venido en seguida.
- ENRIQUE Siempre a sus órdenes, señor Hárrison.
- GUILLER. Verá usted de lo que se trata... (Señalando a Jimmy.) Mi excelente amigo el señor Jimmy Scott ha apostado conmigo cien dólares a que no reconoce usted a la persona que almorzó ayer con mi mujer... (Aproximándose al velador para coger el album.)
- ENRIQUE (Mirando a Jimmy, que le hace señas con la mano sin ser visto de Guillermo.) Pero... (Jimmy, con el dedo en los labios, le hace señas vivamente de que se calle. Enrique comprende la seña y dice.) Ayer cayó un *primo*.
- GUILLER. (Volviendo con el album, a Enrique, indicándole la mesa.) Siéntese. Enrique deja su sombrero en la esquina de la izquierda de la mesa.) Aquí tiene usted un album con los retratos de todos mis amigos... Si reconoce usted a la per-

sona en cuestión cobrará usted la mitad de la apuesta. (Deja el album sobre la mesa.)

ENRIQUE ¡Cincuenta dollars si le reconozco !

GUILLER. ¡ Sí !

ENRIQUE (Sin dejar de mirar a Jimmy.) ¡ Cincuenta dollars !

GUILLER. ¡ Siéntese usted ! (Enrique se sienta detrás de la mesa, frente al público. Guillermo coge un pitillo de la caja que había encima de la chimenea, después, un encendedor que hay en la repisa y enciende, vuelto de espaldas a Enrique y a Jimmy. Este tose por llamar la atención de Enrique, saca de su bolsillo un billete de Banco y lo mete en el sombrero de Enrique, que está sobre la mesa. Enrique no pierde de vista a Jimmy, sin dejar de aparentar que mira las fotografías.)

JIMMY (Aparte.) ¡ Cien dollars : creo que es bastante !

ENRIQUE (Aparte, cantando a media voz con música de «La Viuda Alegre».)

...pero añadiéndoles dinero
aun inspiran más pasión !

JIMMY (Aparte.) ¡ Pues no es bastante ! (Saca de su bolsillo un segundo billete de Banco y lo deja caer en el sombrero.)

GUILLER. (A Enrique, mientras enciende el cigarro.) ¿ Qué dice usted ?

ENRIQUE Nada. Un estribillo que ha venido a mi memoria. Antes de ser Maitre d'hotel fui cantante... (Reanudando el canto y mirando a Jimmy.)

...pero añadiéndoles dinero
aun inspiran más pasión !

JIMMY (Aparte, sacando otro billete del bolsillo.) Maitre d'hotel. ¡ Y aún se hace pagar más caro que Titta Ruffo !

GUILLER. (Algo nervioso, señalando al album.) ¡ Fíjese usted bien !

ENRIQUE Ya me fijo, señor Hárrison, ya me fijo...

- JIMMY. (Suspirando pone en el sombrero un tercer billete de Banco; después, por un gesto, hace comprender a Enrique que no tiene más.) ¡Trescientos dollars, valiente pillo !)
- GUILLER. (A Enrique.) ¿Dió usted con él?
- ENRIQUE (Volviendo las hojas.) Estoy mirando... (Llega al fin del album. A Guillermo.) y francamente, el retrato del señor que almorzó ayer con su esposa no está aquí. (Se levanta y va a dar el album, mientras que Jimmy da un suspiro de satisfacción.)
- GUILLER. (Contrariado.) ¡ Ah !
- JIMMY ¿Está usted seguro? ¿Está usted ya completamente seguro?
- ENRIQUE Como si lo estuviera viendo.
- JIMMY (A Guillermo.) ¡ Ya lo oyes, he ganado !
- GUILLER. (Que ha dejado el album en su sitio.) ¡ Sí ! (A Enrique.) ¿ Y qué señas tiene ese individuo?
- ENRIQUE (Sin dejar de mirar atentamente a Jimmy, que es bajo y delgado, y lleva el pelo largo.) Muy alto... grueso... calvo.
- JIMMY (En el foro, con satisfacción.) ¡ Lo contrario que yo ! ¡ Mi antípoda !
- ENRIQUE ¡ Y de aspecto inteligentísimo !
- JIMMY (Aparte.) Lo contr... (Rectificándose.) ¡ No, ese no es mi antípoda !
- GUILLER. ¿ Y no puede usted suministrarme más datos? (Pasando al centro.)
- ENRIQUE Lo siento, señor Hárrison, pero no sé más.
- GUILLER. Mil gracias, Enrique. Tome usted su sombrero. (Coge el sombrero de Enrique y se lo va a entregar cuando ve los billetes de Banco y mira con estupefacción.)
- JIMMY (Aparte.) ¡ Diablo !
- GUILLER. (Asombrado.) ¿ Qué es esto? ¡ Billetes de Banco !
- ENRIQUE (Que ha recobrado su sangre fría.) Sí... meto siempre los billetes bajo el forro de mi sombrero, por los rateros únicamente, y como el forro está descosido... (Se guarda los billetes en el bolsillo.)

- GUILLER. (Admirado.) ¡Qué procedimiento tan raro!
- JIMMY (Respirando tranquilamente.) ¡Verdaderamente!
- GUILLER. (Sacando dinero de su cartera.) En fin, como no quiero molestarle a usted más...
- ENRIQUE (Sin dejar de mirar a Jimmy, sonriente.) ¡Oh; yo no me molesto por nada!...
- JIMMY (Aparte.) Bien lo puede decir.
- ENRIQUE (Continuando.) ...Puesto que he tenido el honor de saludar a usted...
- GUILLER. ¡Muy amable! ¡Tome usted diez dollars!
- ENRIQUE Gracias, señor Hárrison. (Saludando.) Caballero... (Se dirige hacia la puerta de la izquierda.)
- GUILLER. (Viendo que se equivoca de puerta.) ¡Por aquí!
- (Indicándole el foro.) ¡Por aquí!
- ENRIQUE (Excusándose.) ¡Usted dispense, adiós. (Vase foro.)
- JIMMY (Aparte.) ¡Y pensar que si en el mundo no hubiera más que personas decentes, yo estaría perdido!

ESCENA VI

JIMMY y GUILLERMO.

- GUILLER. (A Jimmy.) ¿Qué te parece?
- JIMMY (Tratando de disimular su emoción.) ¡Que no está en el album de tu suegra!
- GUILLER. ¿Quieres que te diga mi opinión? ¡Lo han comprado!
- JIMMY (Con aspecto inocente.) ¿Han comprado a tu suegra?
- GUILLER. ¡No, a Enrique! Me miraba de un modo tan sonriente...
- JIMMY No me he fijado...
- GUILLER. ¡Claro! ¡El miserable le ha dado dinero para que se calle!
- JIMMY (Moviendo negativamente la cabeza.) ¡No lo puedo creer!
- GUILLER. ¿Por qué?

- JIMMY (Vivamente.) Por nada.
- GUILLER. Esos billetes que llevaba en el sombrero, quién sabe si serán el precio de su silencio.
- JIMMY (Con risa forzada.) ¡Qué imaginación tienes!
- GUILLER. (Cogiéndole la mano derecha y apretándosela con energía.) Y lo que más me irrita es la idea deirme sin haberle roto la cabeza.
- JIMMY (Llevándose maquinalmente la mano a la cabeza.) Sí... ¿pero te vas a ir?
- GUILLER. ¿Crees que voy a permanecer una hora más aquí? ¡Tanto como antes adoraba a Ketty, ahora la detesto! He logrado esta vez cogerla en un renuncio, y me voy. Que haga lo que quiera, incluso pedir el divorcio, me tiene sin cuidado.
- JIMMY ¡Guillermo!
- GUILLER. Si permaneciera en Nueva York después de esta aventura, no podría encontrar a un amigo, estrecharle la mano. (Estrechando la mano a Jimmy.) sin decirme en seguida: «¿será quizás él...» ¡Y sin sentir el deseo loco de estrangularle!... (En su furor echa las manos al cuello de Jimmy.) ¡Sería un suplicio superior a mis fuerzas!
- JIMMY (Más muerto que vivo.) ¿Y a dónde vas?
- GUILLER. Dentro de una hora saldré para San Francisco, donde me embarcaré para Chile; de allí a Buenos Aires, a Río Janeiro; en fin, a todas las poblaciones a donde tenemos sucursales. Mi socio quedará aquí.
- JIMMY ¿Y cuándo volverás?
- GUILLER. Cuando sepa quién es.
- JIMMY (Inquieto.) ¿Quién?
- GUILLER. El que almorzó con Ketty.
- JIMMY Pero si' el Maitre d'hotel no lo ha reconocido...
- GUILLER. ¡Es que aún no te he dicho todo! Me he dirigido a un detective particular y le he mandado que no economice ni trabajo ni dinero hasta dar con él.

- JIMMY (Despavorido.) ¿Luego el asunto no ha terminado?
- GUILLER. ¡Ni terminará hasta que yo le arranque la piel!
- JIMMY (Con fingida preocupación.) ¿Y a qué detective te has dirigido?
- GUILLER. A... (Parándose.) ¿Pero me guardarás el secreto?
- JIMMY (Con fingida indignación.) ¡Por Dios, Guillermo!
- GUILLER. No me faltaba más sino que le compraran también. (Bajo al oído.) ¡A Tomás Merry!
- JIMMY (Con una exclamación.) ¡El más caro de los Estados Unidos!
- GUILLER. ¡Y el más hábil!
- JIMMY Un policía que comprueba el adulterio en las pulgas. (¡Me va a arruinar!)

ESCENA VII

Dichos y MARGARITA.

- MARGARI. (Por el foro, alegremente, sin ver a Jimmy.) ¡Buenos días, Guillermo!
- GUILLER. ¡Hola, Margarita!
- MARGARI. ¿Está Ketty?
- GUILLER. Sí, en su cuarto.
- MARGARI. ¡Estoy muy disgustada con ella! (Viendo a Jimmy.) ¿Tú aquí, Jimmy?
- JIMMY (Muy disgustado por la llegada de Margarita.) ¡Sí, creo que soy yo!
- MARGARI. ¿Cómo no estás en la oficina?
- JIMMY (Turbado.) Porque al ir al Banco... he subido a saber noticias de nuestros amigos...
- MARGARI. Has hecho bien.
- GUILLER. (A Margarita.) Decía usted que estaba muy disgustado con Ketty...
- MARGARI. Sí; hace un instante, al salir de casa, encontré al abogado mister Sparkler, y me dijo que almorzó ayer con usted en el

Saboya. ¿Por qué Ketty no aprovechó la ocasión para almorzar conmigo? Ya sabe que yo almuerzo siempre sola.

GUILLER. (Conteniéndose difícilmente.) ¿Por...?

MARGARI. Sí, ¿por qué?... .

GUILLER. Porque, a su vez, también almorzó en dicho restaurant.

MARGARI. ¿Con quién?

GUILLER. Pregúnteselo usted a su marido. El la informará. Con su permiso, tengo que guardar algunos papeles en la maleta... (Vase derecha.)

ESCENA VIII

JIMMY y MARGARITA.

MARGARI. (Asombrada.) ¿Qué le pasa?

JIMMY (Que se ha sentado en la silla junto a la mesa con afectado desdén.) La eterna cuestión con su mujer.

MARGARI. ¿Por culpa tuya?

JIMMY (Levantándose nuevamente.) ¿Por culpa mía?
¿Tengo yo aspecto de reñir con nadie?

MARGARI. (Tranquilizada.) Lo celebro. ¡Qué tonta soy!
¿No había supuesto que Ketty había almorzado contigo?

JIMMY ¿Conmigo?... (Esforzándose por reír.) ¡Tiene gracia! (Cesando de reír repentinamente.) Y ya que hablamos de almorzar: he tomado la resolución, a partir de hoy, de almorzar siempre en casa.

MARGARI. (Alegre.) ¿De veras?

JIMMY La cocina del restaurant me echa a perder el estómago... y, además, me resulta muy cara.

MARGARI. ¿A qué obedece esa resolución... tan repentina?

JIMMY (Adoptando aspecto de ofendido.) ¡Ah! ¿Te empeñas en que almuerce fuera? ¡Bueno! No hablemos más... Yo creí darte con eso

una prueba de cariño. Y de una vez para siempre. Cuando tengas que hacerme una observación, hazla cuando no haya nadie.

MARGARI. ¡Pero, Jimmy, si no hay nadie!

JIMMY (Con indignación cómica.) ¿Y yo... es que yo no soy nadie?

MARGARI. (Sorprendida.) ¿Qué te pasa? ¡Nunca me has hablado en ese tono! ¿Estás malo?

JIMMY Acabo de decirte que no me sentía bien. Que me falta estómago... y creo tener derecho, puesto que mis medios me lo permiten.

MARGARI. ¡Pobrecito! Sí, tienes muy mala cara... (Tiernamente.) Bien sabes que tendré un placer inmenso en almorzar todos los días contigo. Voy un instante a casa a decir a la cocinera que prepare varios platos de los que te gustan... Después veré a Ketty.

JIMMY ¡Muy bien!

MARGARI. ¿Deseas algún plato especial?

JIMMY ¡No, un almuerzo ligero!

MARGARI. Bueno.

JIMMY (Pasándose la mano por el bolsillo.) Siento aquí un vacío...

MARGARI. (Haciendo mutis por el foro, enternecida.) Sí, hijito, tienes mala cara.

ESCENA IX

JIMMY y GUILLERMO.

JIMMY (Solo tristemente, sentándose en la butaca.) ¡En mucho tiempo creo que no me sentará bien ninguna comida!... ¡Ahora tendré necesidad de comprar al detective!

GUILLER. (Saliendo por la derecha.) ¿No decías que tenías que hacer un pago en el Banco?

JIMMY (Levantándose vivamente.) ¡Mecachis! Has hecho bien en recordármelo!... Necesito ir a la oficina a buscar el dinero. Se me ha olvidado cogerlo.

- GUILLER. (Asombrado.) ¿De veras?
JIMMY Me voy corriendo... Nos veremos en la estación. ¿A qué hora sale el tren?
GUILLER. (Acercándose a la mesita de escribir que está en la primera izquierda y abriendo un cajón.) A las once y media.
JIMMY Buenos días. (Al salir, aparte.) ¡Ay, este almuerzo me va a costar un ojo de la cara!

ESCENA X

GUILLERMO, luego KETTY, después JUAN y MARY.

- GUILLER. (Mientras coge papeles del cajón y los guarda en el bolsillo.) Tiene que hacer un pago y se le olvida el dinero... (En este momento abre la puerta del primer término izquierda y Ketty saca la cabeza sin atreverse a entrar y sin ser vista por Guillermo. Este mira la manga de su americana y pasa al centro de la escena.) Sin duda la maleta me ha manchado de polvo. (Saca un pañuelo del bolsillo y se da unos golpecitos en la manga para quitarse el polvo. Ketty desaparece un instante y luego vuelve a entrar con un cepillo de ropa. Se acerca cautelosamente y le cepilla el cuello de la americana. Guillermo se vuelve con rabia y lanza un grito.) ¡Qué!
- KETTY (Con un gesto encantador y suplicante.) ¡Guillermo! (Guillermo la mira furioso, le quita el cepillo de las manos, va y abre la puerta de la izquierda, desaparece un instante para dejar el cepillo entre bastidores. Durante este juego escénico Ketty ve el sombrero de Guillermo, que se halla sobre la chimenea, lo coge vivamente y lo oculta detrás de la espalda, subiendo luego al foro. Guillermo sale de nuevo, va al sitio en que había dejado su sombrero en la escena tercera, y no hallándole allí, busca en diferentes sitios.) ¿Buscabas algo, cielo mío?
- GUILLER. ¡Ya no soy tu cielo! ¿Dónde está mi sombrero?
- KETTY (Con inocencia.) No sé. ¿Quieres que vaya a ver?...

GUILLER. ¡Déjame en paz !

KETTY (Con semblante de sufrir con resignación injustos agravios.) Pero mi Guillermito...

GUILLER. ¡Ya no soy tu Guillermito, y te repito que me dejes en paz ! (Llama varias veces rabiamente.)

KETTY Pero, Guillermo...

GUILLER. ¡Todas tus hipocresías son inútiles, lo único que pido al cielo es mi sombrero !...

(Juan en el foro y Mary por la izquierda. A Juan.)

¡Mi sombrero ! ¿Dónde está mi sombrero ?

JUAN (Turbado.) No sé... señor.

GUILLER. (A Mary.) ¿Y usted, Mary ?

MARY ¿Yo?... ¡Tampoco !

GUILLER. (Exasperado.) ¡Búsquenlo ! (Juan y Mary desaparecen. Mientras estas réplicas, Ketty ha puesto el sombrero en la butaca y luego saca un cepillito de la cintura o de un bolsillito y se aproxima a Guillermo.) ¡Es inaudito ! ¡No puedo irme sin sombrero ! (Ketty se ha puesto de rodillas y cepilla suavemente el pantalón de Guillermo. Este se vuelve furioso.) ¡Otra vez !

KETTY (Con la más seductora de las sonrisas mostrando el cepillo.) Te había traído dos... (Guillermo cierra las manos con rabia.) ¡Algunas veces te pones tan nervioso !

GUILLER. (Exasperado.) ¡¡Tan nervioso !! (Quiere coger el cepillo para hacerle seguir el mismo camino que el anterior, pero Ketty no le deja tiempo.)

KETTY (Acercándose graciosamente.) Yo te ruego, déjame que te cepille... Quiero que vayas irreprochable. (Guillermo se muerde los labios furiosamente. Ella se levanta.) ¿Te acuerdas de aquella levita que tenías cuando nos casamos ? No éramos ricos entonces, y tu pobre levita estaba tan estropeada que la tenía que teñir con tinta todas las mañanas. ¡Lo que nos reíamos !...

GUILLER. ¡Sí, pero ya hemos terminado de reir ! Hasta ahora siempre has sabido halagar-

me con lo de la levita ; pero te prevengo que ya está fuera de uso.

KETTY (Sin prestar atención a lo que dice Guillermo y lanzando un grito al ver sus botas.) ¡Guillermo !

GUILLER. Qué.

KETTY Se te han olvidado los chanclos y va a llover.

GUILLER. (Conteniéndose difícilmente.) Te ruego de una vez para siempre que no te ocupes de mí.

KETTY El deber de toda buena esposa... (Disponiéndose a llamar.)

GUILLER. (Exaltado.) ¡Yo te aconsejo que no me hables de deberes !

KETTY (Atemorizada.) ¡Me das miedo ! ¡No grites de ese modo que vas a alborotar toda la casa.

GUILLER. ¡Me tiene sin cuidado !

KETTY (Con gran acento de sinceridad.) ¿Qué te he hecho yo?

GUILLER. ¿Qué? (Dominándose.) ¡Bah, es preferible que me vaya !

KETTY Al menos es más cómodo que formular una queja.

GUILLER. (Sube, va a irse bruscamente, después, y de pronto, se aproxima a Ketty mirándose fijamente ambos.) ¿Con quién has almorzado ayer?

KETTY (Como si estuviera atónita.) ¿Aun sigues con la misma cantinela?

GUILLER. ¿Con quién almorzaste?...

KETTY Si te lo he dicho mil veces... Con nadie ; entré en una pastelería...

GUILLER. ¿Con quién?

JUAN (Por el foro.) Dispense usted, señor.

GUILLER. (Nervioso porque le interrumpen y no acordándose ya del sombrero.) ¿Qué quiere usted?

JUAN No lo he encontrado.

GUILLER. ¿Qué no ha encontrado usted?

JUAN El sombrero.

GUILLER. ¿Qué sombrero?

JUAN El del señor.

GUILLER. (Furioso.) ¿Y por eso viene usted a molestarte?

- JUAN Pero señor...
- GUILLER. ¡Váyase usted al diablo! (Juan vase vivamente. A Ketty.) ¿Luego te empeñas en sostener esa mentira?
- KETTY (Con aire de mártir.) Guillermo...
- GUILLER. ¡Sea, pero no te asombre que después de esta aventura haya resuelto marcharme de Nueva York.
- KETTY ¿Irte de aquí? (Alegremente.) ¿Dónde vamos?
- GUILLER. Nosotros no; ¡quien se va soy yo!
- KETTY (Vivamente.) ¡No te irás solo!
- GUILLER. ¡Ya lo verás!
- KETTY (Desesperada, asiéndose a él.) Riñeme cuanto quieras. ¡Pégame si quieres; pero no tienes derecho para abandonarme!
- GUILLER. ¿Que no tengo derecho?
- MARY (Por la izquierda.) No sé dónde está, señor.
- GUILLER. (No sabiendo ya de qué se trata.) ¿Qué?
- MARY El sombrero.
- GUILLER. ¿Qué sombrero?
- MARY El del señor.
- GUILLER. (Furioso por haber sido interrumpido.) ¿Otra vez? ¿Es que se han puesto ustedes todos de acuerdo para fastidiarme con lo del sombrero?
- KETTY ¡Si le preguntaste por él hace un instante, lo mismo que a Juan!
- GUILLER. ¡Es cierto! (A Mary.) Bueno; retírese usted. (Mary vase.) ¿Luego no tengo derecho para abandonarte y tú sí para ir a almorzar con el primer cretino que quieras?
- KETTY (Desesperada.) ¡Siempre tus eternos celos! Bien sabes que yo no quiero en el mundo a nadie más que a ti.
- GUILLER. En otro tiempo, quizás; pero hoy...
- KETTY ¡Hoy también; hoy más que nunca!
- GUILLER. (Furioso.) ¡Falso! ¡Falso!
- KETTY Además, supongamos que yo hubiera almorzado en el Saboya...
- GUILLER. ¿Luego lo confiesas?
- KETTY (Vivamente.) He dicho supongamos... ¿Tú

nunca has almorzado con otra mujer desde que nos casamos?

GUILLER. ¡Jamás!

KETTY (Con un gesto de orgullo y de alegría.) ¿De veras? (Después en tono de sincero arrepentimiento.) Pues, lamento sinceramente lo que he hecho y te prometo no volverlo a hacer.

GUILLER. (Triunfalmente.) ¿Lo confiesas?

KETTY Sólo por complacerte.

GUILLER. (Furioso.) ¿Por complacerme?... ¿Luego te imaginas que es agradable para mí saber que me pones en ridículo? ¿Su nombre?... ¿Su nombre?...

KETTY (Encogiéndose de hombros.) ¿Para ir a buscarle y dar a esta historia una importancia de que carece? ¿Para qué?

GUILLER. ¡Tienes razón! Que le conozca o no, poco importa; después de todo nuestra felicidad está completamente destruída. (A un gesto de Ketty.) ¡Sí, destruída para siempre; ni siquiera hay entre nosotros, para reunir los pedazos dispersos, las manitas inocentes y amorosas de un hijo.

KETTY (Enternecida.) ¡Guillermo!

GUILLER. ¿Me hubieras mentido como lo has hecho constantemente? ¿Cuántas veces, antes de nuestro matrimonio, me dijiste que te gustaban los niños, porque sabías que yo los adoraba?... En aquel tiempo besabas en las calles a los golfillos más desarraigados, a los más andrajosos, creyendo complacerme, pero una vez casados...

KETTY ¡Guillermo!

GUILLER. (Prosiguiendo.) Me declaraste fríamente que te causaban «horror».

KETTY (Absorta y abriendo desmesuradamente los ojos.) ¿Que yo he dicho semejante cosa?

GUILLER. (Sin escucharla, siguiendo su pensamiento.) ¡Afortunadamente, es mejor! Si tuviéramos un hijo, me creería quizás obligado a continuar esta vida de querellas y mentiras, y

puesto que no lo tenemos, ambos somos libres.

KETTY (Mostrándose agresiva.) ¡No digas más! ¡Tu libertad es lo que deseas! ¿Por qué no empezaste por ahí? ¡Tú amas a otra mujer!

GUILLER. (Dirigiéndose a ella y con rabia.) ¡No! ¡Bien sabes que no es verdad!

KETTY (Con alegría.) ¿Luego no quieres a nadie más que a mí?

GUILLER. ¡No he dicho semejante cosa!

KETTY (Arrojándose al cuello.) ¡Amor mío! (Se agarra a él y hace esfuerzos para lograr alcanzarle.) ¡Si todavía me quieres un poquitín no te vayas!...

GUILLER. Desde que nos casamos no ha habido un día sin que mi alma haya sufrido una cruel desilusión.

KETTY Nunca te mentaré en lo porvenir... Yo te juré que me enmendaré.

GUILLER. (Encogiéndose de hombros.) ¿Tú? ¡Ja, ja, ja!... (Se deja caer riendo burlonamente en la butaca sobre la cual está el sombrero.)

KETTY ¡¡Te lo juro!!

GUILLER. (Levantándose de un salto y mirando sobre lo que se ha sentado.) ¿Qué es esto? (Cogiendo el sombrero.) ¿Mi sombrero? ¿Y eres tú quién lo había ocultado?

KETTY (Protestando.) ¿Yo? ¡Si ni siquiera lo he visto! ¡Guillermo, no mentaré jamás, y prueba de ello es que te voy a decir toda la verdad!...

GUILLER, (Levantando los brazos al cielo en una explosión de rabia.) ¡Toda la verdad! ¡¡Toda la verdad!! ¡Ya esperaba yo esas malditas palabras! (Se encasqueta violentamente el sombrero hasta las orejas y vase precipitadamente por el fondo, dando un portazo.)

ESCENA XI

KETTY, luego MARY, después MARGARITA.

- KETTY (Con un grito desesperado.) ¡Guillermo! (Pero su llamada no tiene respuesta.) ¡Guillermo! ¡Se ha ido!... ¡Se ha ido! (Hace ademán de irse, pero indicando la bata que lleva.) ¡No, no puedo salir así! (Ve el teléfono a la derecha, se acerca a la chimenea y se dirige al aparato. Llama nerviosamente, suena el timbre.) ¡Oiga... oiga... con el 53-86; es muy urgente!... (Pausa.) ¡Dios mío, cuánto tardan!... (Timbre. Hablando en el receptor.) ¿Es Hárrison y Compañía?... Aquí la señora de Hárrison... Haga usted el favor de telefonarme en cuanto llegue ahí mi marido... (Escuchando con gran ansiedad.) ¿Qué?... ¿Que sale a las once y media para San Francisco donde embarcará?... (Pausa. Solloza silenciosamente.) ¡Adiós! (Cuelga el receptor y se echa a llorar.)
- MARY (Por el foro.) Señora, es... (Pero al ver llorar a Ketty comienza a llorar ruidosamente sacando el pañuelo.)
- KETTY (Volviéndose al ruido que hace Mary.) ¿Qué pasa, Máry?
- MARY (A quien las lágrimas le impiden hablar.) Es... es... es...
- MARGARI. (Por el foro.) ¡Soy yo!
- KETTY (Arrojándose en los brazos de Margarita.) ¡Margarita!... ¡¡Margarita!!
- MARY (Haciendo mutis llorando.) ¡Así lloraré todo el santo día!
- KETTY ¡Si supieras!
- MARGARI. ¡Lo sé!... ¡Jimmy me lo ha contado todo!
- KETTY (Vivamente inquieta.) ¿Todo?
- MARGARI. Sí, que has tenido una cuestión con tu marido. ¿Qué le has hecho?
- KETTY ¡Absolutamente nada! ¡Y se va y me abandona!
- MARGARI. ¿Por qué?

KETTY ¡ Porque dice que su alma ha sufrido una cruel desilusión ! (Sentándose en la butaca, rabiosa.) ¡ Pretextos y nada más para abandonar a su mujer !

MARGARI. ¿ Y esa cruel desilusión a qué obedece ?

KETTY ¡ A nada ! A que almorcé ayer en el Saboya con un caballero.

MARGARI. (Escandalizada.) ¿ Y a eso le llamas nada ?

KETTY (Encogiéndose de hombros.) ¡ Si yo te dijera con quién ! (Con desdén.) ¡ Pero ese me tiene completamente sin cuidado !

MARGARI. Es igual, querida ; has cometido una ligereza... En cuanto al caballero que te invitó...

KETTY (Levantándose vivamente.) Es el verdadero culpable, estoy conforme contigo... ¡ Mi acción es excusable, porque no pensé en las consecuencias ! Me he arrojado a los pies de Guillermo jurándole que no lo volveré a hacer más. ¿ Y sabes por qué se niega a perdonarme ? ¡ Porque no hemos tenido hijos !

MARGARI. Sí... es una queja que tu marido tiene de ti...

KETTY (Suspirando.) ¡ Ay, cuánto lo deploro ! ¡ Yo no pensaba más que en salir, en ir al teatro !... ¡ Si las cosas se pudieran hacer dos veces, todos los años le hubiera dado dos !

MARGARI. ¿ Dos hijos anualmente ?

KETTY ¡ Dos gemelos !

MARGARI. ¡ Ah, vamos !

KETTY ¡ Ahora es demasiado tarde !

MARGARI. ¡ Nunca es demasiado tarde !

KETTY Habiéndose ido...

MARGARI. Verdad...

KETTY (Sentándose en el canapé.) No se pueden tener hijos así, a distancia...

MARGARI. En resumen, el problema es hallar el medio de obligar a tu marido a que regrese...

KETTY Sí, pero sería necesario que tuviese un

hijo, y como no es posible, el problema es insoluble. (Sollozando.) ¡No volverá jamás!

MARGARI. ¿Y si adoptases uno... para obligarle a regresar?

KETTY (Moviendo la cabeza negativamente.) ¿Adoptar un hijo? ¡Bah, yo conozco a Guillermo, le gustan los propios, no los ajenos.

MARGARI. Oyeme; hace tres años, en los baños de mar, tuve de vecina en el hotel a una joven cuyo marido, oficial de marina, estaba ansioso de tener un hijo... Era en él una idea fija. Hasta el punto que se volvió neurasténico y temían por su salud, ¿y sabes lo que ella hizo? Aprovechando un largo viaje de su marido se dirigió a una casa-cuna, adoptó un recién nacido y cuando su marido volvió...

KETTY (Interrumpiéndola con alegría.) ¡Comprendo! ¿Y no dudó nunca?...

MARGARI. No le dijo la verdad hasta tres meses después de ser padre verdadero de otro niño.

KETTY (Entusiasmada.) ¡Margarita, tu recurso es admirable! ¡Me salvas la vida! ¡Voy a adoptarle hoy mismo! (Se levanta y va al foro centro.)

MARGARI. (Asombrada.) ¿Estás loca? (Levantándose.)

KETTY (Ingenua.) ¿Por qué?

MARGARI. Reflexiona que tu marido te ha abandonado hace diez minutos.

KETTY Es cierto.

MARGARI. Necesitas esperar algunos meses.

KETTY (Suspirando.) ¡Algunos meses!

MARGARI. Pasado ese tiempo, su cólera le habrá aplacado; entonces le envías un telegrama...

KETTY (Tristemente.) Una ausencia tan larga.

MARGARI. El tiempo pasa pronto... Nos ocuparemos de la cuna.

KETTY (Entusiasmada nuevamente.) ¡Sí! ¡Y de la canastilla!... ¡Lo que nos vamos a divertir!

MARGARI. Escribes de vez en cuando a Guillermo,

teniendo buen cuidado de deslizar en tus cartas ciertas alusiones para prepararle gradualmente a que trague la píldora.

KETTY (Con admiración.) ¡Empiezo a creer que mientes mejor que yo!

MARGARI. (Con sincera indignación.) ¡Esto no es una mentira, sino un subterfugio!

KETTY (Vivamente.) ¡Tienes razón! ¡Además, he jurado que no volveré a mentir en la vida!

MARGARI. ¡Yo nunca le he mentado a Jimmy desde que nos casamos, como debo reconocer que él siempre me ha dicho la verdad!

KETTY (Turbada.) ¡Sois muy buenos los dos!

MARGARI. (Mirando la hora en la pulsera-reloj.) ¡Las doce menos diez!... ¡Me voy!... Jimmy almuerza en casa... dice que le sienta muy mal almorzar en el restaurant...

KETTY (Con fingido asombro.) ¡Cree siempre a tu marido!

MARGARI. Pero lo que me parece es que se vale de este pretexto para estar más tiempo junto a mí.

KETTY (Sonriendo.) ¡Eso es evidente!

MARGARI. ¡Hasta luego, Ketty, hasta luego! ¡Anda, anda, sonríe, que ya es hora! (Ketty sonríe, se abrazan y besan.) Enhorabuena y adiós. (Vase foro.)

KETTY (Sola.) ¡Adiós! (Suspirando.) ¡Algunos meses!... ¡Me van a parecer una eternidad! (Dirige una mirada indecisa por la habitación sin saber qué hacer y sintiéndose cada vez más sola.) Voy a escribirle... con su retrato ante mis ojos... (Coge el retrato de Guillermo, que se encuentra en un marco sobre la chimenea y lo coloca sobre la mesa.) ¡Así!... (Se sienta ante él; después empieza a hacer pucheros; luego saca fuerzas de flaqueza, coge una hoja de papel secante, papel de cartas y sobre, y mientras moja la pluma en el tintero, exclama como si hablase con el retrato.) ¡Yo te juro, Guillermo mío, que no te mentaré nunca en la vida! (Escribiendo emocionadísima y con voz llo-

rosa.) «Mi adorado Guillermo : Desde que te fuiste me encuentro muy mal. Te escribo desde la cama...» (Continúa escribiendo mientras el telón cae lentamente.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La alcoba de Ketty. Una noche de invierno, seis meses después. Habitación muy bonita en la que predomina el color rosa. Paredes tapizadas, en tono rosa pálido, con flores blancas. Primera derecha, una cama de matrimonio, con la cabecera hacia la pared y los pies hacia la parte del público. Segunda derecha, una puerta; entre esta puerta y el lecho un armario ropero de pared. En el foro una amplia y hermosa ventana moderna, por la que se ve a lo lejos las luces de la ciudad de Nueva York y uno o dos de esos grandes edificios llamados rascacielos en los Estados Unidos. Esta ventana está medio oculta por unos cortinajes de seda rosa que sirven de viso á otros de muselina con encajes. En el foro izquierda, puerta que da al recibimiento; entre esta puerta y la ventana, un precioso tocador, con accesorios y una silla. Primera y segunda izquierda, dos puertas. Entre ambas puertas, una chimenea. Un canapé cerca de la chimenea: a la derecha del canapé una mesita y una silla. Al pie de la cama, sobre la parte delantera, una butaca. Una mesita «etagere» con dos tableros; cerca del lecho, y en la primera derecha, libros en la tabla de arriba y en la de abajo. En el techo una araña. En la cabecera de la cama, en la pared, una lámpara eléctrica. Por encima del espejo del tocador otra lámpara eléctrica. A la derecha de la puerta del foro, un teléfono instalado en la pared: se deben ver los hilos perfectamente; los dos hilos suben á lo largo del muro. En medio de la escena, una cuna adornada de seda rosa con lazos y puntillas y cerca de ella una canastilla con ropa de niño. Delante de la ventana, una banquetita. Entre la ventana y la puerta de la derecha, un mueble elegante. La cubierta de la cama, el canapé, la banquetita de la ventana, son de igual estilo que las cortinas de la ventana.

ESCENA PRIMERA

MARGARITA y KETTY.

Al levantarse el telón, Ketty, sentada en la silla junto a la mesa, se halla ocupada cosiendo un lazo para la cuna. Atrae ésta hacia sí, lo suficiente, para que el público vea que está vacía. Margarita, en el canapé, hilvana una cinta a un traje de niño. Ambas trabajan febrilmente.

KETTY ¡ Margarita !

MARGARI. ¿ Qué ?

KETTY ¿ Qué me dices de este lazo ?

MARGARI. Que no me distraigas a cada momento, porque de lo contrario no acabaré nunca.

KETTY ¡ Tienes razón !... ¡ Ay, he roto el hilo !

MARGARI. ¡ Estás tan nerviosa !

KETTY ¿ No lo estarías tú en vísperas de volver a ver a tu marido, después de tantos meses de separación ? (Enhebrando la aguja.)

MARGARI. ¡ Ten paciencia ! Mañana por la noche desembarcará y le tendrás aquí.

KETTY ¿ Y decir que debo su regreso, a tu admirable subterfugio ?

MARGARI. Era el medio infalible.

KETTY ¡ El único ! Hoy hace ocho días que Jimmy le telegrafió...

MARGARI. (Continuando la frase.) ...« Eres padre de un hermoso niño... »

KETTY (Idem.) ...« La madre y el hijo admirablemente. »

MARGARI. Esta aventura te servirá de lección, y en lo porvenir...

KETTY (Vivamente y yendo a arrodillarse cerca de Margarita.)
¡ Tranquilízate ! ¡ Desde que se fué mi marido me he impuesto una gimnasia moral : no miento ya ni en las cosas más insignificantes ! Al principio me costó mucho trabajo, pero hoy la más ligera mentira me causa horror y sólo la idea de tener que engañar a Guillermo... (Se levanta y se pone a trabajar en la cuna.)

- MARGARI. ¡ Lo celebro ! (Pausa.) ¿Cuándo mandará el nene la directora de la Casa-cuna?
- KETTY ¡ Mañana por la mañana ! (Se levanta y empuja la cuna cerca de la cama.)
- MARGARI. ¡ Qué hermosa es !
- KETTY ¡ Te vas a burlar, pero desde que está aquí esta cuna, no sé lo que me pasa !... A veces permanezco una hora mirándola... sin decir nada... la sonrío, me enternezco y pienso que en la vida hay algo más que los bailes, los banquetes, las modistas y sobre todo el tango.
- MARGARI. (Levantándose.) Opino igual que tú.
- KETTY (Interesada y candorosa.) ¿Tú crees...?
- MARGARI. ¡ Estoy completamente convencida ! ¿Sabes lo que le dije esta mañana a Jimmy?... ¡ Que me gustaría tener un hijo todos los años.
- KETTY ¿Y qué te contestó?...
- MARGARI. Que no estaba conforme.
- KETTY ¡ Ya lo harás cambiar de opinión !
- MARGARI. Así lo espero. (Volviendo a sentarse en el canapé.)
- KETTY ¡ Lo primero que debieras poner en un equipo de boda es una cuna ! (Entra Jimmy por el foro.)

ESCENA II

Dichos y JIMMY.

- MARGARI. ¡ Hola, Jimmy !
- KETTY ¿ Vienes de la agencia de nodrizas ?
- JIMMY (De mal humor, quitándose el abrigo y el sombrero que deja en la banqueta de la ventana.) ¡ Sí ; pero permitidme que os diga que ese género de comisiones no es para hombres !
- KETTY ¡ Ya empiezas !
- JIMMY Generalmente son las mujeres las que escogen las amas.
- MARGARI. No podíamos ir porque están sin terminar

la canastilla y la cuna, y como mañana traerán el niño...

KETTY (Que se ha sentado a los pies de la cama.) ¿Has elegido ama?

JIMMY Sí, he escogido una entre las ciento noventa y ocho que me presentaron para elegir... ¡Todas querían irse conmigo!

KETTY (Riendo.) ¡Y encima te quejas!

JIMMY ¡Hubieran creído los transeuntes que era una manifestación! Ya supondréis que he elegido una suiza.

MARGARI. ¿Y por qué ya supondréis?

JIMMY Porque siempre he oído decir que la de Suiza es más nutritiva... (Margarita y Ketty sueltan una carcajada. Jimmy sorprendido.) ¿De qué os reís?

MARGARI. (Riendo.) ¡Si te refieres a los pastos!

KETTY ¡Las confundes con las vacas!

JIMMY (Desconcertado.) ¿Y qué más da? (Nuevas risas de Ketty y Margarita.) ¿Es que os vais a burlar de mí?

MARGARI. (Levantándose y poniendo la labor en el canapé.) ¡No! ¡Tú eres un buen marido!

JIMMY (Refunfuñando.) ¡Todo lo bueno que quieras, pero no he cenado todavía y tengo que irme a la ópera para un asunto de negocios!

MARGARI. ¡Pobrecito!

KETTY Creímos que cenarías en el restaurant.

JIMMY (Vivamente.) ¡No voy nunca al Saboya!

KETTY ¿Ni siquiera por casualidad?

JIMMY (Con amargura.) ¡Ni por casualidad siquiera!

MARGARI. La cocina del restaurant no vale nada... ¿verdad, Jimmy?

JIMMY (Con amargura.) ¡Y cuesta un dineral!

KETTY (Con mirada maliciosa.) ¡Dices bien! (Levantándose.) Voy a mandar a Mary que te traiga un tente en pie... (Se dirige para llamar.)

MARGARI. Yo te lo traeré... (Al mismo tiempo de hacer mutis por la segunda izquierda.) ¡El trabajo que me va a costar convencerle!

ESCENA III

KETTY y JIMMY.

KETTY (Maliciosamente y volviéndose a sentar a los pies de la cama.) No cenarás tan bien como en el Saboya.

JIMMY (Estallando.) ¡No, por favor, no me recuerdes nuestro almuerzo! ¡Me ha costado demasiado caro...!

KETTY (Con fingida ingenuidad.) ¡Cuatro dollars, sin vino!

JIMMY ¡Pero qué vino! ¡Trescientos dollars el Maitre d'hotel y quinientos que el detective ha exigido!

KETTY ¿Es posible?

JIMMY No quería dar al detective más que cuatro cientos, pero me contestó que las conciencias están muy caras este año... ¡Todo ha subido de precio!

KETTY Así aprenderás a no invitar a una mujer casada. (Se levanta.)

JIMMY ¡Te juro que no volverá a ocurrir!

KETTY (Vivamente.) ¡No jures jamás! ¡Lo que la mujer quiere, Dios también!

JIMMY (Con arrogancia.) ¡Sí; pero yo no soy Dios, yo soy un hombre!

ESCENA IV

Dichos y MARGARITA, después MARY.

MARGARI. (Entrando con una bandeja con fiambres, a Jimmy.) ¿Tienes buen apetito? (Dejando la bandeja en la mesa.)

JIMMY He estado a punto de caerme desmayado de inanición contemplando a la suiza.

MARGARI. ¡Por fortuna, aún quedaba un muslo de pollo!

KETTY (Que se ha vuelto hacia la cuna.) ¡Ea! ¡Ya está terminada la cuna!

MARY (Por el foro.) Un radiograma para la señora.
(Vase foro.)

KETTY (Que ha abierto el radiograma y lanza un grito.)
¡ De Guillermo !

MARGARI. ¿ De tu marido ?

KETTY (Con alegría.) ¡ Sí, ha llegado a Nueva York !

MARGARI. ¡ Cómo ! ¡ Si no debía desembarcar hasta mañana !

KETTY (Leyendo.) « El vapor no ha hecho escala en Veracruz. Hemos ganado un día. Acabamos de fondear. A las nueve y media estaré en tus brazos... »

MARGARI. ¿ A las nueve y media... ?

KETTY (Continuando.) « ...te envía mil besos, así como a mi hijo, tu Guillermo. » (Hablando loca de alegría.) ¡ Esta noche estará aquí !

MARGARI. ¡ Pero desgraciada, si todavía no han traído al niño !

KETTY (Sobrecogida.) ¡ Ya no me acordaba... ! (Mirando de nuevo el radiograma.) El radiograma está puesto a las seis...

JIMMY (Que se ha instalado en la mesa y se dispone a comer.)
¡ A las nueve y media y son las nueve y cuarto !

KETTY ¡ Estamos perdidos !

MARGARI. ¡ No hay que aturrullarse !

JIMMY Tienes razón, no hay que aturrullarse ; yo, por lo pronto, voy a tomar un bocadillo...

MARGARI. (Obligándole a levantarse y quitándole la servilleta de un tirón.) ¡ Ca ! ¡ Lo que vas a tomar inmediatamente es un auto y traerte el niño de la Casa-cuna !

JIMMY (Protestando.) * ¿ Yo ?

KETTY ¡ Sí, tú !

JIMMY (De mal humor.) ¿ Pero es indispensable que sea yo quien vaya a buscar el rorro ? (Margari va a buscar el sombrero y el abrigo.)

KETTY ¡ Date prisa !

MARGARI. Aquí tienes tu sombrero y tu abrigo...

KETTY En auto puedes ir y volver en diez minu-

tos... Le dices a mis Petickton, la directora de la Casa-cuna...

JIMMY (Con energía.) ¡Que aún no he cenado!

KETTY (Con indignación.) ¡Y piensas en cenar cuando estamos sin el niño!

JIMMY (A media voz.) ¡Mal rayo le pártala!

MARGARI. ¿Qué dices?

JIMMY (Exasperado.) ¡Nada! ¡No digo nada! ¡Voy a buscar a ese becerro! (Al hacer mutis por el foro, aparte.) Y me proponía que saliésemos a becerrito por año...

ESCENA V

KETTY y MARGARITA.

KETTY (A Margarita.) ¡Llama a Mary! (Se acerca rápidamente al tocador y empieza a arreglarse los cabellos.)

MARGARI. ¿Para qué?

KETTY Para que me traiga mi sombrero y mi abrigo.

MARGARI. ¿A dónde vas?

KETTY ¡Al muelle, a esperar a Guillermo! ¡Tengo un ansia de verme en sus brazos!

MARGARI. ¿Estás loca? ¿Le haces creer que has dado a luz hace ocho días y quieres salir?

KETTY (Lanzando un grito.) ¡Verdad! ¡Ya no me acordaba!

MARGARI. Es preciso que te metas en la cama en seguida. (Se acerca al armario de la pared y saca de él un peinador, que deja sobre la cama.)

KETTY (Desnudándose vivamente.) ¡Tienes razón!

MARGARI. (Preparando la cama.) Al verte Guillermo, seguramente desconfiaría...

KETTY (Poniéndose el peinador.) Y hubiera tenido que lanzarme a una serie de mentiras, ahora que he perdido la costumbre. (Guarda la ropa que se ha quitado en el armario.)

MARGARI. ¿Les has enseñado bien la lección a los criados?

- KETTY (Poniéndose el peinador.) Esta misma mañana... se arrojarían al fuego por mí... Además, les he aumentado el sueldo.
- MARGARI. ¡Es lo más práctico! (Indicando la silla junto al tocador.) Siéntate aquí para que te haga un peinado apropiado.
- KETTY ¿Un peinado apropiado?
- MARGARI. Hasta que salgas a misa debes peinarte con trenza.
- KETTY (Sentándose.) ¿Tú crees...?
- MARGARI. Estoy segura de ello. (La peina.)
- KETTY ¡Ay, Margarita; dentro de un instante estará aquí, junto a mí, y podré estrecharle contra mi pecho, pasarle los brazos alrededor del cuello... y cuando una mujer logra poner los brazos alrededor del cuello de su marido, está segura de lograr de él cuanto quiera.
- MARGARI. ¡Haz el favor de estarte quieta!
- KETTY ¡No lo puedo remediar! ¡Tengo unas ganas de saltar, de bailar...!
- MARGARI. Ya bailarás, cuando yo termine... (Pausa.) ¡Ajajá! ¡Ya está!
- KETTY (Levantándose y mirándose en un espejito y lanzando un grito de horror.) ¿Qué me has hecho?
- MARGARI. El peinado que te corresponde.
- KETTY ¡No quiero que Guillermo me vea con esta cola de gata!
- MARGARI. (Con autoridad.) ¡Te aseguro que te sienta muy bien!
- KETTY ¿De veras no estoy ridícula?
- MARGARI. No, y con este gorrito... Ahora, ponte pálida.
- KETTY ¿Pálida?
- MARGARI. Estando convaleciente... debes darte crema y polvos...
- KETTY ¡Eres una mujer admirable, piensas en todo!
- MARGARI. Naturalmente, puesto que tú no piensas en nada.
- KETTY ¿Cómo en nada? ¡Pienso constantemente en mi marido!

MARGARI. (Mirando detenidamente a su alrededor.) La cuna en su sitio... Sí, todo está perfectamente en orden.

KETTY ¿Estoy bastante pálida?

MARGARI. ¡No exageres! ¡Espera! (Le frota el rostro con un pañuelo.) ¡Así! Y ahora no se te olvide hablar con voz débil: ¡He sufrido muchísimo, bien mío!

KETTY (Con vocecita de enferma.) ¡Bien mío, he sufrido muchísimo!

MARGARI. ¡Muy bien!

KETTY (Con una explosión de alegría.) ¡Qué feliz soy...! (Coge a Margarita por la mano y la lleva, a su pesar, bailando sin dejar de cantar.)

ESCENA VI

Dichos y MARY, después GUILLERMO.

MARY (Por el foro.) ¡Señora... el señor acaba de llegar!

KETTY }
MARGARI. } ¡Dios mío!

KETTY (Atolondrada.) ¡Y el niño que no está aún aquí! (Se quita el peinador, que deja caer detrás del lecho, y luego se acuesta rápidamente, dejando caer con languidez la cabeza sobre la almohada, con un brazo debajo de la cabeza y el otro sobre la colcha y hacia la parte del público.)

MARGARI. ¡Calla y aparenta que duermes! ¡No se te olvide que estás muy débil! (Margarita se acerca al conmutador eléctrico que está junto al teléfono y hace girar la llave. La araña se apaga, la lámpara que está encima del lecho se enciende, así como la que se encuentra encima del espejo del tocador y finge que trabaja. Mary se ha ido, entra nuevamente y dice dirigiéndose a entre bastidores.)

MARY (En el dintel de la puerta.) Muy despacito, señor, muy despacito... (Aparece Guillermo excitadísimo, en traje de viaje y con una maleta en la mano. Se detiene muy emocionado.)

- MARGARI. (Que se ha puesto de pie, señalando al lecho.) Duerme....
- GUILLER. (Con emoción.) ¡ Mi querida Margarita... !
(Guillerino estrecha emocionadísimo la mano de Margarita. Mary hace mutis por segunda izquierda.)
- MARGARI. ¿ Ha sido bueno el viaje?
- GUILLER. (Dejando la maleta detrás del canapé y quitándose después el gabán y el sombrero, que deja en la silla del tocador.) ¡ Excelente, pero creí que no llegaba nunca !... ¿ Cómo está? (Contemplándola con ternura.)
- MARGARI. Todo lo bien que puede estar.
- GUILLER. ¿ Y mi hijo?
- MARGARI. Admirablemente.
- GUILLER. (Viendo la cuna, emocionadísimo.) ¡ Su cuna !
- MARGARI. (Sonriendo para disimular su turbación y llevándole de la mano hacia el lecho.) Sí.
- KETTY (Con voz muy débil como si se despertase.) ¿ Quién está ahí? (Fingiendo ver a su marido.) ¡ Guillermo !
- GUILLER. (Precipitándose hacia el lecho.) ¡ Ketty ! ¡ Mi tesoro ! ¡ Amor mío !
- KETTY (Olvidándose de su enfermedad le abraza febrilmente. Margarita le hace señas enérgicas de que se acueste. Ketty lo advierte y se deja caer sobre la almohada, murmurando tierna y cariñosamente.) ¡ Guillermo !...
- MARGARI. (Aparte.) ¡ Y Jimmy sin volver !
- KETTY (Abrazando amorosamente a Guillermo.) ¿ Tú? ¿ Eres tú?... ¡ Por fin !...
- GUILLER. ¡ Sí, yo soy, esposa mía ! (Volviéndose hacia Margarita y señalando a Ketty.) ¡ Qué pálida está !
- MARGARI. ¡ La infeliz se halla tan débil !
- KETTY ¡ He sufrido mucho, Guillermo !
- GUILLER. ¡ Bien de mi vida !
- KETTY (Vivamente.) ¡ Abrázame otra vez !
- GUILLER. ¡ Amor mío ! ¡ Amor mío ! (Nuevo abrazo.)
- MARGARI. (Aparte.) ¡ Y hace veinte minutos que se fué !
- KETTY (Que tiene entre sus manos las de Guillermo.) Como Margarita es tan buena no me ha aban-

donado un segundo desde hace ocho días.

GUILLER. ¡No lo olvidaré nunca !...

MARGARI. (A Guillermo.) ¡Por Dios !

GUILLER. (De repente, prestando atención.) ¡Pst !... ¡Callaos ! (Se levanta.)

KETTY (Inquieta soltándole las manos a Guillermo.) ¿Qué pasa?

GUILLER. El niño se ha movido en la cuna.

KETTY (Atolondrada queriéndole volver a coger.) ¡Guillermo !

MARGARI. (Aparte aterrada.) ¡Dios santo !

GUILLER. (Acercándose a la cuna y levantando las cortinas.)
¡Hijo de mi alma ! (Las dos mujeres se miran aterradas. Se dirige ansioso hacia la cuna. Ketty se incorpora y cambia miradas alarmadas y de inteligencia con Margarita. Guillermo, al ver que no hay nadie en la cuna, se vuelve hacia ellas nervioso.) ¿Dónde está? ¡La cuna vacía !... (Las mira aterrado creyendo que el niño ha muerto.) ¿Acaso?... (Le es imposible pronunciar la palabra.)

KETTY Es que...

MARGARI. Sí, es que...

KETTY (Rápida, fuerte y atolondradamente.) Ha salido.

GUILLER. ¿Salido? (Asombrado.)

MARGARI. (Vivamente.) ¡Con Jimmy !

GUILLER. (Estupefacto.) ¿Salido con Jimmy?

MARGARI. Sí... a tomar un poco el aire...

GUILLER. ¿Y no os parece demasiado pequeño para salir de noche?

KETTY ¡Es lo moderno ! ¡Los niños deben estar al aire todo el tiempo posible !

MARGARI. El doctor lo ha recomendado mucho.

GUILLER. Si el doctor lo ha recomendado... ¿Y por qué le pasea Jimmy y no el ama?

KETTY Porque el ama no llegará hasta mañana.

GUILLER. ¿Cómo? ¿El pequeño no tiene nodriza aún?

MARGARI. (Vivamente.) La tenía.

KETTY Pero se sintió algo mala...

MARGARI. ¡Y se ha vuelto loca de repente !

GUILLER. ¡Pobre mujer !

- KETTY Y entonces Jimmy se ofreció a sacar al niño...
- GUILLER. ¡ El, que les tenía horror !
- KETTY ¡ A este le quiere con locura !
- MARGARI. ¡ Es tan hermoso !
- KETTY ¡ Y tan inteligente para su edad !
- MARGARI. ¡ Todo el mundo le adora !
- GUILLER. Tengo ansias de verle. ¿ Hacia qué parte se fué Jimmy ? (Cogiendo el sombrero.)
- KETTY Hacia la plaza seguramente.
- GUILLER. (Acercándose a Ketty.) Voy a buscarle. (Ketty le agarra de la americana.)
- MARGARI. (Aparte.) ¡ Ay !
- KETTY (Con reproche a Guillermo.) ¿ Me abandonas ya ?
- GUILLER. (Carinoso.) ¡ Comprenderás fácilmente el ansia que tengo de besar a mi hijo ! ¡ Vuelvo en seguida ! (Besa a Ketty.)
- KETTY. (Lanzando un grito de dolor.) ¡ Ay !
- GUILLER. ¿ Qué te pasa ?
- KETTY ¡ Me has hecho daño con la barba !
- GUILLER. No tuve tiempo de afeitarme esta mañana...
- KETTY (Mimosa.) Pues no quiero que beses al nene sin afeitarte.
- MARGARI. ¡ El pequeñito tiene la piel tan tierna !
- KETTY ¡ Tan delicada !
- MARGARI. ¡ Y tan sensible !...
- KETTY ¡ Que le harías daño ! ¡ Anda, a afeitarte !...
- MARGARI. ¡ Sí, aféitese usted ! (Confidencialmente a Guillermo y dirigiéndole una mirada significativa a Ketty.)
- GUILLER. ¡ Bueno ! ¡ Me afeitaré !... No quiero que la primera entrevista con su padre le produzca una impresión desagradable... (Asintiendo a las señas de Margarita se acerca a Ketty, la obliga a acostarse, pasando cariñosamente la mano por la frente de ella.) ¡ Vamos, querida Ketty, acuéstate y ten tranquilidad ! ¡ Vuelvo en seguida ! (Al hacer mutis.) ¡ Un hijo ! ¡ Tengo un hijo ! (Vase primera izquierda.)
- KETTY (Sentada en la cama.) ¿ Qué hará Jimmy que

no viene? (Sacando los pies del lecho y disponiéndose a levantarse.)

MARGARI. Quizás no haya encontrado auto.

GUILLER. (Dentro.) ¡ Margarita ! (Ketty lanza un grito y se mete en la cama. La puerta de la izquierda se abre y aparece Guillermo.)

GUILLER. (En voz baja. Con precaución a Margarita.) Mi maleta.

MARGARI. (Cogiendo la maleta y dándosela afectuosamente a Guillermo.) Tome usted.

GUILLER. (Mirando a Ketty, que finge dormir, en voz baja.) ¡ Se ha vuelto a dormir !

MARGARI. La emoción y la alegría de volverle a ver la han rendido.

GUILLER. ¡ Pobrecilla ! Llámeme en cuanto vuelva Jimmy.

MARGARI. (Cariñosamente.) ¡ Descuide usted ! (Guillermo vase por la primera izquierda, con precaución, y cierra despacito la puerta.)

ESCENA VII

KETTY, MARGARITA, luego JIMMY, después MARY.

KETTY. (Sacando los pies para levantarse, impaciente y golpeando en la cama con las dos manos.) ¡ Ese Jimmy me va a matar !

MARGARI. Voy a telefonar a la Casa-cuna.

KETTY. ¡ Sí !

MARGARI. (Prestando atención.) ¡ Alguien viene !

KETTY. ¡ Ay ! (Volviéndose a meterse en la cama.)

MARGARI. (Idem.) Pero que esta vez es por el recibimiento.

KETTY. (Con ansiedad.) ¿ Será Jimmy ? (Ambas miran al foro esperando que entre Jimmy y luego a la puerta por donde hizo mutis Guillermo, temiendo que entre. La puerta del foro se abre y aparece Jimmy con el sombrero echado a un lado, algo despeinado, la respiración anhelante y el rostro sudoroso. Las mantillas de un niño se ven colgar por debajo de su abrigo. Ketty, poniéndose de rodillas y llamándole desde los pies de la cama.) ¡ Jimmy !

- MARGARI. ¡ Pues no has tardado que digamos ! (Acercándose á él.)
- KETTY (Saltando del lecho.) ¡ Es imposible que no te hâyas entretenido en el camino !
- JIMMY (Indignado, con voz estentórea.) ¡ Para entretenimientos estoy yo !
- MARGARI. ¡ No grites así, que está ahí Guillermo ! (Dirigiendo miradas inquietas a la habitación.)
- JIMMY (Alto.) ¿ Ha llegado?... (Ambas le imponen silencio.)
- KETTY Hace rato.
- MARGARI. ¿ Cómo has tardado tanto?
- JIMMY (En voz baja sacando al niño de debajo del abrigo.) No querían dârmelo.
- KETTY ¿ Por qué?
- JIMMY Porque no se habían cumplido todas las formalidades.
- MARGARI. ¿ Las formalidades?
- JIMMY La madre no ha dado su consentimiento por escrito. Han ido a buscarla, pero yo no he querido esperar.
- KETTY ¡ Por fin el niño está aquí ; nos hemos salvado ! (Contemplando al nene, que ha cogido de los brazos de Jimmy.) ¡ Duerme el angelito !... ¡ Mira qué monín es !
- MARGARI. ¡ Una preciosidad !
- JIMMY (Con disgusto y pasando a la izquierda.) ¡ Un embudo precioso !
- KETTY Ponle en su cunita antes que entre Guillermo. (Ketty y Margarita instalan al niño en la cuna.)
- JIMMY ¿ Qué hace ahí?
- KETTY ¡ Se hace la barba !
- JIMMY ¿ Qué?
- KETTY ¡ La barba !
- JIMMY (Disgustado, a media voz.) ¡ Vaya un modo de contestar ! ¡ La barba ! ¡ Sacrifíquese usted para esto !
- MARGARI. ¿ Por qué gruñes de nuevo?
- JIMMY (Amargamente.) ¡ Yo no gruño ! Lo que voy es a comerme el muslo...
- KETTY No piensas más que en tragar.

JIMMY (Sentándose a la mesa.) ¡ Ingratitud, tienes nombre de mujer !

MARY (Por la izquierda.) Señora, ahí está la directora de la Casa-cuna.

KETTY ¿ Miss Petickton ?

MARGARI. Traerá sin duda el consentimiento de la madre.

KETTY ¿ Le has dicho que lo traiga aquí y lo están esperando en la Casa-cuna ?

JIMMY (Asombrado.) ¡ Yo no he dicho una palabra !

KETTY ¡ Por eso te reñimos !

MARGARI. ¡ Si se hubiera encontrado la directora de manos a boca con Guillermo !

JIMMY Os repito una vez más...

KETTY ¡ Sí, que no has pensado en nada ! El día en que pienses en algo... Pero, ¿ a qué esperas ? ¡ Sal a recibirla ! ¡ Sé útil siquiera una vez !

JIMMY (Conteniéndose difícilmente.) ¡ Ya voy ! (Se levanta furioso. Aparte.) ¡ Me hacen andar de coronilla, no me dejan cenar y además me contestan se hace la barba ! (Vase foro.)

MARGARI. (A Ketty.) ¡ Está precioso en su cunita !

MARY (Que ha ido junto a la cunita.) ¡ Parece un niño Jesús !...

KETTY (Suspirando.) ¡ Ay ! ¡ Tengo unas ganas de tener uno como ese !

MARGARI. (Idem.) ¡ Ay ! ¡ Y yo !

MARY (Idem.) ¡ Y yo también !

KETTY ¡ Ay ! ¿ También usted, Mary ?

MARY Sí, señora, desde que la cuna está aquí sólo pienso en eso !... (Vase por la segunda izquierda.)

MARGARI. Decididamente todas las mujeres somos iguales.

KETTY (Dirigiéndose al niño mientras lo mece.) ¡ Duerme, hijito, duerme tranquilo ; te querré y te miraré como si fueses realmente mío, puesto que eres quien has traído la felicidad a esta casa ! (Las dos mujeres permanecen inclinadas sobre la cuna.)

ESCENA VIII

KETTY, MARGARITA, JIMMY, después GUILLERMO.

- JIMMY (Por el foro, aterrado, aparte.) ¡Catástrofo! ¡La madre ha cambiado de opinión, niega su consentimiento y reclama a ese monigote!
- KETTY (Sin levantar la cabeza.) ¿Tienes ya el consentimiento? (La puerta de la izquierda se abre muy despacito.)
- GUILLER. (Dentro.) ¿No ha vuelto aún Jimmy?
- MARGARI. (Señalando a la puerta.) ¡Pst!... ¡Guillermo! (Ketty de un brinco salta a la cama. Guillermo aparece por la primera izquierda con la cara llena de jabón y una brocha en la mano.)
- GUILLER. ¡Jimmy! (Viéndole.)
- JIMMY (Muy turbado.) Querido Guillermo...
- GUILLER. ¿Y mi hijo? ¿Dónde está mi hijo?
- KETTY ¡En su cuna!
- JIMMY ¡Y yo en mi panteón!
- GUILLER. (Precipitándose hacia la cuna y contemplándole amorosamente.) ¡Es monísimo!
- MARGARI. ¿Verdad?
- GUILLER. Ha abierto los ojos... me mira... me sonríe... (Le coge en brazos.) ¡Sí, hijito de mi alma, soy yo, tu papá! ¡Ketty, tiene un hoyuelo en la barbilla como yo!
- KETTY ¡Sí, se te parece mucho!
- GUILLER. ¿De veras?
- MARGARI. ¡Es su mismo retrato!
- GUILLER. (A Jimmy.) Y tú, ¿le encuentras parecido?
- JIMMY (Turbado.) ¡Sí, mucho... tiene tu misma nariz... reducida a una berruga!
- GUILLER. ¿Qué nombre le habéis puesto?
- KETTY (Aparte.) ¡Caramba! ¡Se me ha olvidado preguntarlo!
- GUILLER. ¿Cómo se llama?
- KETTY (Ocurriéndosele una idea, vivamente.) ¡Ah! ¡Jimmy!
- JIMMY (Que se ha sentado en el canapé y cree que le llaman.) ¿Qué?

- GUILLER. ¡ Jimmy ! (Sin entusiasmo.)
JIMMY ¿ Qué ?
MARGARI. (A Guillermo.) ¡ Jimmy !
JIMMY ¿ Qué queréis los tres ?
GUILLER. Nada.
MARGARI. (Haciendo señas a Jimmy.) Ya sabes que el niño se llama Jimmy.
JIMMY (Asombrado.) ¡ Eh ! ¿ Jimmy ? ¡ Ah, sí ! (A Guillermo.) ¡ Creí que me llamabas !
GUILLER. (A Ketty, sentándose en el lecho visiblemente contrariado.) Ya ves, se confundirá constantemente. Has hecho mal en ponerle ese nombre. Además no es bonito.
JIMMY (Incomodado.) Gracias.
MARGARI. Fuí yo quien me permití rogar a Ketty...
KETTY Sí.
GUILLER. (Calmado.) Bueno, que se llame Jimmy, pero entre nosotros le llamaremos Mimi.
JIMMY (Aparte.) Como al gato.
GUILLER. (Acariciándole.) Cuando seas mayorcito, ¿ qué quieres ser ? ¿ Abogado ? ¿ Ingeniero ? ¿ Almirante ?...
KETTY ¡ Almirante !
JIMMY (Que se ha sentado en la butaca.) ¡ O conductor de tranvía !
GUILLER. (Al nene.) ¡ Pobrecito mío ! (Va a besarle.)
KETTY (Vivamente.) ¡ Guillermo ! ¡ Le vas a poner perdido de jabón !
GUILLER. Es verdad, después le besaré. (Dirigiéndose a dejarle en la cuna.)
MARGARI. ¡ Démelo !
GUILLER. No, quiero acostarlo yo. (Mientras deja el niño en la cuna, dirigiéndose alegremente y orgulloso a Jimmy.) Oye, Jimmy... (Jimmy no responde.)
¿ Jimmy ?
MARGARI. ¿ Jimmy ?
JIMMY ¡ Ah ! ¿ Es a mí ahora ? ¿ Qué ?
GUILLER. ¿ Cuándo tendrás tú uno como éste ?
JIMMY (Aparte.) ¡ Como ese no es difícil !
GUILLER. (Acercándose a Jimmy.) Dispénsame que no haya estrechado tu mano aún, comprenderás el ansia que yo tenía...

- JIMMY ¡ Sí, sí !...
- GUILLER. ¿ Es cierto que estás loco por él ?
- JIMMY ¿ Por quién ?
- GUILLER. ¿ Por quién ha de ser ? ¡ Por mi hijo !
- JIMMY (Se queda atónito.)
- GUILLER. Ketty y Margarita me han contado...
- JIMMY (Vivamente.) ¡ Ah ! ¿ Han sido Ketty y Margarita ?... ¡ Sí, sí ; estoy loco... loco perdido !
- GUILLER. ¡ Y también que te has prestado a reemplazar a la nodriza !
- JIMMY (Atónito.) ¿ Reemplazar a la nodriza ?... ¿ Yo ?
- KETTY (Vivamente y haciendo señas a Jimmy.) ¡ Para llevar de paseo al nene !
- JIMMY (Vivamente.) ¡ Sí, sí !
- GUILLER. (Sonriente.) ¿ Para qué otra cosa iba a ser ?
- JIMMY (Esforzándose por reír.) ¡ Naturalmente !
- GUILLER. (Entrando en la izquierda, después de haber recogido su brocha, que había dejado en la chimenea.) ¡ Este Jimmy siempre tan atontado !

ESCENA IX

Dichos, menos GUILLERMO.

- KETTY (Riñendo a Jimmy.) ¡ No comprendes nunca a medias palabras !
- MARGARI. (Idem.) ¡ Te quedas hecho un papanatas !
- JIMMY ¡ Quisiera veros en mi lugar ! ¡ Si supierais lo que ocurre !
- KETTY)
- MARGARI.) (Inquietas.) ¿ Qué ?
- JIMMY ¡ Que la madre se ha vuelto atrás y reclama su hijo !
- KETTY (Incorporándose en el lecho.) ¿ Qué ?
- JIMMY (Dirigiéndose a la cama.) Dice que si no le devolvemos a la Casa-cuna, antes de una hora, vendrá a buscarle.
- MARGARI. (Asustada.) ¡ Dios de mi vida !
- KETTY (Cogiendo de un brazo a Jimmy y sacudiéndolo.) ¡ Falso ! ¡ Dime que es falso !

- JIMMY. ¡ Es la pura verdad !
KETTY. ¿ Y no le has dicho a miss Petickton que no tiene derecho a volverse atrás ?
JIMMY. ¡ Le he dicho todo cuanto le podía decir, pero como la madre no quiere firmar !...
KETTY. (Saltando del lecho.) ¡ Y en vez de advertirnoslo, no nos dices nada ! .
JIMMY. ¿ Cómo, estando presente Guillermo ?
MARGARI. ¡ Se hacen señas !
KETTY. ¡ Es natural !
JIMMY. ¿ Señas ?
KETTY. ¡ Sí ! ¿ No sabes hacer señas ?
JIMMY. ¡ Ya lo creo que sé ! ¡ Pero no creáis que es fácil explicar por señas que la madre se niega a firmar !
KETTY. ¡ Y no solamente nos dejas contradecirnos delante de Guillermo, sino que le dices que su hijo se le parece !
JIMMY. (Indignado de tanta injusticia.) ¡ Pero si habéis sido vosotras !...
KETTY. (Disgustada.) Bien dice el refrán : « Cada minuto nace un tonto. »
JIMMY. (Vivamente y encolerizado.) ¡ Pero yo nací entre dos minutos !
KETTY. (Sentándose en la butaca.) ¡ Estoy perdida ! ¡ Si se entera Guillermo de esta farsa, me tiro por la ventana !
MARGARI. ¡ No digas semejante cosa !
JIMMY. Me veo en trabajos más forzados.
KETTY. ¿ Qué voy a hacer si se lo llevan ?
MARGARI. ¡ Nos procuraremos otro !
JIMMY. ¡ Preparémonos a bien morir !
KETTY. Pero mi marido verá que hemos cambiado de niño...
MARGARI. ¡ A esa edad todos los niños se parecen !
KETTY. ¡ Tenemos una hora para ello !
KETTY. ¡ Tienes razón !
MARGARI. (A Jimmy, que se ha sentado a la mesa y se ha puesto a comer.) Vas inmediatamente a tomar un auto. (Quitándole la servilleta de un tirón.)
JIMMY. (Levantándose.) ¿ Otro ?
KETTY. Y a recorrer todas las Casa-cunas de

Nueva York hasta que encuentres un niño.

JIMMY (Incomodándose gradualmente.) ¿Pero creéis que están abiertas toda la noche como las farmacias?

MARGARI. Las abrirán en un caso tan excepcional.

JIMMY ¡Estás en un error!

KETTY ¡Sin contar con que hay recién nacidos en otros sitios!

MARGARI. ¡Evidentemente!

JIMMY ¡Qué cosas se os ocurren! ¿Queréis que me lance en medio de la noche a llamar de puerta en puerta preguntando: «Dispense, ¿tiene usted un rorro disponible?»

KETTY ¡Jimmy!

JIMMY ¡Un niño no se alquila por temporadas como una estufa de gas!

KETTY ¡Compóntelas como puedas! ¡Tú que me has puesto en este compromiso, debes sacarme de él.

JIMMY ¿Cómo? ¿Yo? (Margarita va y coge el sombrero y el abrigo de Jimmy.)

KETTY ¿No fuiste tú quien telegrafió a Guillermo diciéndole que era padre?

JIMMY ¡Esto es el colmo! Lo que hice fué llevar el telegrama a la Central...

KETTY Cuando se da una palabra a una señora, se la mantiene...

JIMMY ¿A la señora?

KETTY ¡No, la palabra!

MARGARI. (Interrumpiéndoles.) Vamos, no disputéis; toma tu sombrero y tu abrigo.

JIMMY ¡Esta no te la perdono! (Llaman dentro.)

KETTY (Atemorizada.) ¡Han llamado! (Todos temblando miran a la izquierda.)

MARGARI. ¿Vendrán a buscar al niño? (Poniéndose delante y tapando la cuna.)

KETTY (A Jimmy.) Vete y dile que espere en la cocina, que vas a buscar otro.

ESCENA X

Dichos, luego MARY y después MAGDALENA.

MARY (Por segunda izquierda.) Dispense usted, señora, es la chica de la lavandera que trae la ropa.

JIMMY
KETTY } (Dando con alegría un suspiro.) ¡ La lavandera !
MARGARI. }

MARY Generalmente la trae por la mañana, pero anda todo tan revuelto en aquella casa... Como el ama ha dado a luz dos gemelos...

MARGARI. } ¿ Dos gemelos ?
KETTY }

MARY Hace una semana. (Las dos miran a Jimmy, que se halla en el centro del foro. Este, adivinando la intención, trata de escabullirse, pero Margarita le impide que se escape.)

MARGARI. (Agarrándole de un brazo.) ¡ Jimmy ! (Aparece Magdalena en la segunda izquierda. Es una joven gorda y coloradota, pobremente vestida y con una cara de tonta que tira de espaldas. Lleva un cesto de ropa.)

KETTY (Recobrando su sangre fría.) ¡ Mary, llévase ese cesto al cuarto de costura ! (Mary coge el cesto y vase por la derecha. Magdalena intenta seguirla.) ¡ No, usted quédese aquí ! (Magdalena mira con aspecto temeroso.) ¿ Su ama acaba de tener dos nenes ?

MAGDALE. ¡ Señora !... (Se echa a reir estúpidamente.)

KETTY ¿ Cree usted que se negaría si una familia rica se ofreciese a criarle uno ?

MAGDALE. ¡ Señora ! (Como antes.)

KETTY (Exasperada.) ¿ Qué señora ?...

JIMMY (Aparte.) ¡ Es idiota !

MARGARI. ¿ Comprende usted lo que la preguntan ?

MAGDALE. ¡ Señora ! (Idem.)

KETTY ¿ Aceptaría o no ?

MAGDALE. ¡ Señora !... (Idem.)

MARGARI. No conteste usted siempre « señora »,

MAGDALE. ¡ Señora !...

- KETTY (Furiosa.) ¿Otra vez?
- JIMMY (Aparte.) ¡Esta mujer es una codorniz!
- MARGARI. (A Jimmy.) Te la vas a llevar...
- JIMMY (Asustado.) ¿A dónde?
- MARGARI. A casa de su ama.
- JIMMY (A Margarita.) ¿Acompañar yo por esas calles a semejante lechuza? (Moviendo negativamente la cabeza.)
- MARGARI. Llevándola en auto no te verán.
- KETTY Es un niño que nos depara la Providencia.
- JIMMY ¡Si os lo depara la Providencia, es inútil que vaya yo a buscarle; ella lo traerá hasta aquí!
- MARGARI. ¡Vamos, Jimmy, no seas malo!
- KETTY ¡Es cuestión de unos minutos; ni siquiera tienes tiempo de pensarlo!
- JIMMY ¡Disponéis de mí como de un monigote: pero esta vez lo he pensado y no quiero aceptar! (Sentándose en la butaca.)
- KETTY ¿Serías capaz? ¡Bueno! ¡Tú tendrás la culpa de mi muerte!
- MARGARI. ¡Y yo, no solamente me moriré de dolor, sino que me iré a casa de mi madre y jamás me volverás a ver!
- JIMMY (Levantándose resignado y dirigiendo una mirada al cielo.) ¡Cielos! ¿por qué habré nacido yo tan tonto? ¡Vamos allá!
- KETTY (Alegremente.) ¡Aceptas! ¡Gracias! ¡Date prisa!
- MARGARI. Y sé elocuente, ¿eh?
- JIMMY (A Magdalena, bruscamente.) ¡Pase usted delante! (Magdalena lo mira con terror.) ¡Señora, le repito que pase usted delante! (La empuja. Magdalena se va por la segunda izquierda.)
- KETTY No empujes a la chica.
- JIMMY ¡Lo que siento es ganas de estrangularla! (A punto de hacer mutis.)
- MARGARI. ¡Jimmy!
- JIMMY (Medio mutis.) ¿Qué?
- MARGARI. Como Guillermo podría estar en esta ha-

bitación cuando vuelvas, te esperas en la calle y silbas para avisarnos.

JIMMY ¿Silbar?

KETTY ¿Sabes?

JIMMY ¡Sé muchas cosas! (Tratando de silbar.) ¡pero no sé silbar!

KETTY ¿Qué demonios sabes?

JIMMY Si lo hubiera previsto hubiera tomado lecciones, pero no sé!

MARGARI. ¡Imita el chillido de cualquier animal! (Jimmy imita al pato.) ¿Vas a hacer el pato a las nueve y media de la noche?

KETTY ¿No sabes maullar?

JIMMY (Maullando rabiosamente.) ¡Miau!... ¡Miau!... ¡Miau!...

KETTY Por fortuna, admirablemente.

MARGARI. Si Guillermo no está en la habitación, levantaré el visillo de la ventana y puedes subir.

KETTY ¿No te equivocarás? Si el visillo está levantado te quedas en la calle.

MARGARI. ¡No, al contrario!

JIMMY ¡Si la calle está levantada me quedo en el visillo!

KETTY ¡Ah, sí!

JIMMY (Disgustado. Girando los ojos en las órbitas.) ¡Vaya, poneos de acuerdo!

MARGARI. No subas hasta que esté levantado.

JIMMY ¿Guillermo?

MARGARI. No. El visillo.

JIMMY ¡Bueno!

MARY (Por la derecha con el cesto.) ¡Ya he puesto la ropa sucia en el cesto!

KETTY (Señalando el cesto.) Dáselo al señor Scott.

JIMMY (Exasperado.) ¿También tengo que llevar la ropa sucia?

KETTY Y se la entregas a la lavandera. (Mary entrega el cesto a Jimmy y luego vase por la segunda izquierda.)

MARGARI. ¡Date prisa!

JIMMY Si... (Medio mutis, acercándose a Ketty.) Oye,

¿quieres que lleve la ropa limpia a la planchadora?

KETTY ¡Anda, date prisa !

JIMMY (Exasperado al hacer mutis por la segunda izquierda.)
¡Y sin poderme comer el muslo !...

ESCENA XI

KETTY, MARGARITA, después GUILLERMO.

KETTY ¡Dios quiera que acepte !

GUILLER. (Por la primera izquierda y afeitado entra con precaución y frotándose las manos satisfecho. Ketty no tiene tiempo de meterse en la cama y se queda indecisa en el centro de la habitación. El se detiene y la mira asombrado.) ¿Tú levantada?

KETTY (Sobrecogida.) ¡Guillermo !

GUILLER. ¿Qué haces ahí?

KETTY Yo... yo... quise ver al nene... (Se lleva las manos a la cabeza fingiendo un desvanecimiento.)

GUILLER. (Afable y cariñoso.) Haz el favor de acostarte... ¡Qué imprudencia ! (La coge en sus brazos y la conduce al lecho.)

MARGARI. ¡Ríñala usted ; nunca me quiere hacer caso !

KETTY ¡He sufrido mucho, bien mío !

GUILLER.. Si deseas ver a tu hijo yo te lo llevaré...

MARGARI. ¡No ! Duerme y el doctor ha recomendado mucho que no se le despierte.

GUILLER. Y yo que me he afeitado para besarlo.

KETTY Ya le besarás mañana.

GUILLER. Al menos déjame que le vea.

MARGARI. ¡Mañana le verá usted !

GUILLER. ¿También me lo vais a impedir?

MARGARI. Cuando una criatura duerme, nadie se debe acercar a su cuna.

KETTY El médico lo ha recomendado muchísimo.

MARGARI. ¿Usted no querrá que caiga malito?

GUILLER. ¡Qué he de querer !... Y a propósito : ¿qué médico te ha asistido?

KETTY (Sobrecogida.) ¿Qué médico?

GUILLER. ¡Sí !

- MARGARI. El primer tocólogo de Nueva York.
GUILLER. ¿El doctor Spickler?
KETTY
MARGARI. } ¡ El mismo !
GUILLER. (Sentándose en la cama, frente al público.) Es muy hábil, según dicen.
MARGARI. De una habilidad extraordinaria.
KETTY ¡ Oh ! ¡ Extraordinaria !
GUILLER. ¡ Y pensar que en la oficina le he mandado varias veces al diablo !
KETTY (Asustada.) ¿ Le conoces ?
GUILLER. De nombre solamente... Tenemos el número del teléfono muy parecido y constantemente nos hablábamos por equivocación. ¿ A qué hora vendrá mañana ?
MARGARI. (Vivamente.) Hoy vino por última vez.
GUILLER. ¿ Cómo ?
MARGARI. Vió que Ketty y el niño estaban divinamente y se despidió considerando inútiles sus visitas.
GUILLER. Mañana iré a verle.
KETTY ¿ Para qué ?
GUILLER. Para darle las gracias y decirle cómo sigue mi hijo.
KETTY ¡ No piensas más que en tu hijo !
GUILLER. ¿ Estás celosa por ventura ?
KETTY (Mimosa.) ¡ Desde que llegaste sólo te ocupas de él !
GUILLER. ¡ Bah !
KETTY ¡ Y apenas me has hecho una caricia !
GUILLER. ¡ Bah !
KETTY Ni siquiera me has dicho una vez que me quieres. ¿ Verdad, Margarita ?
MARGARI. Yo no se lo he oído
KETTY ¿ Lo ves ?
GUILLER. ¡ Te adoro, amor mío ! (Acariciándola.)
KETTY Estréchame contra tu corazón y repítelo de nuevo...
GUILLER. ¡ Te adoro... te adoro !...
KETTY Y... lo pasado... pasado... ¿ verdad ?
GUILLER. (Muy emocionado.) No hablemos del pasado,

- cielo mío ; una nueva vida comienza para nosotros dos...
- KETTY. Ahora no somos dos, sino tres... y quién sabe...
- GUILLER. ¡ Ay, Ketty, Ketty !... (Largo abrazo.)
- MARGARI. (Viendo que el tiempo pasa. Con un gran bostezo.)
¡ Ah !
- GUILLER. Dispense usted, mi querida Margarita...
(Levantándose.)
- MARGARI. (A Guillermo.) Se va haciendo tarde y debe estar usted muy cansado.
- KETTY. Sí. Has pasado todo el día de viaje... Vete a dormir a tu cuarto.
- GUILLER. No ; pasaré la noche en ese canapé.
- KETTY. ¡ Imposible ! (Vivamente.)
- GUILLER. ¿ Por qué ?
- MARGARI. Porque quien duerme aquí soy yo, y así velo al niño.
- KETTY. Y comprenderás...
- GUILLER. Margarita será quien duerma en mi cama y yo velaré esta noche a mi hijito. (Se oye maullar.)
- MARGARI. }
KETTY } (Sobrecogidas.) ¡ Jimmy !
- GUILLER. (Viendo la bandeja.) ¡ Pollo frío ! ¡ Qué buena idea habéis tenido de prepararme este bocadillo !
- KETTY. Creímos que tal vez tendrías debilidad...
- MARGARI. (Que se ha sentado en el canapé.) ¡ Se come tan mal en los barcos !
- GUILLER. ¡ Cierto ! (Se oye de nuevo el maullido.)
- MARGARI. (Levantándose, a Guillermo.) Pero aquí está usted mal. Voy a llevárselo todo al comedor. (Queriendo llevarse la bandeja.)
- GUILLER. (Impidiéndolo.) ¡ No !
- KETTY. ¡ Allí estarás mejor !
- GUILLER. Os aseguro que estoy bien aquí. (Se oye maullar de nuevo.)
- KETTY. (Aparte.) ¡ Se va a impacientar ! (Nuevos maullidos.)
- GUILLER. (Mientras come, con la boca llena.) ¿ Eh ? ¿ Hay gato en la casa ?

- MARGARI. (Que se ha sentado en el canapé: vivamente.) ¡No, en la casa no!
- KETTY ¡Alguno de la vecindad que anda por el tejado! (Nuevos maullidos.)
- GUILLER. ¡Algún minino que llama a su amada!
- KETTY ¿Tú crees?...
- GUILLER. Sabido es que cuando un gato se pasea de noche es que está enamorado... (Nuevos maullidos.) ¡Pero la novia debe ser sorda!
- MARGARI. ¡Quizás esté flirteando en otra parte! (Nuevos maullidos, gradualmente más rabiosos.)
- GUILLER. ¡Ya escampa! (Maullidos.) ¿Es que va a maullar así toda la noche?
- KETTY (Aparte.) ¿Cuándo se callará? (Maullidos.)
- GUILLER. ¡Ya me está fastidiando ese animal! Levantándose.) ¡Espera un poco!
- MARGARI. ¿Qué va usted a hacer?
- GUILLER. A mandarle maullar a otra parte.
- KETTY ¡Está en el tejado!
- GUILLER. Debe estar en el balcón o en la calle y desde la ventana...
- KETTY (Vivamente.) ¡No levantes el visillo!
- GUILLER. (Creyendo que se niega por pudor.) ¡Nadie te verá!
- KETTY ¡Yo te ruego!...
- MARGARI. ¡No la contraríe usted! (Nuevos maullidos.)
- GUILLER. ¡Es intolerable! ¡Acabaría por despertar al niño! (Levanta el visillo.)
- MARGARI. (Lanzando un grito y haciendo señas a Ketty.) ¡Dios mío! ¡Le ha dado un ataque nervioso!
- KETTY (Lanzando un grito y simulando un ataque.) ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! (Se agita en el lecho.)
- GUILLER. ¡Diablo!
- MARGARI. ¡Ha hecho usted mal en contrariarla!
- GUILLER. (Precipitándose hacia el lecho.) ¡Ketty! ¡Esposá mía!...
- (En vez de responder Ketty lanza gritos inarticulados.)
- MARGARI. (Que ha cogido del mueblecito de la derecha de la ventana un frasco de sales y se lo ha metido en el bolsillo, sin ser vista de Guillermo.) ¡Vaya usted

- corriendo por el frasco de sales ; debe estar en el gabinete de toilette !
- GUILLER. Sí, ya sé...
- MARGARI. Desde que dió a luz está muy nerviosa, y la menor contrariedad...
- GUILLER. ¡ Ketty, tranquilízate ! ¡ Voy a telefonar al doctor Spickler que venga inmediatamente !... (Se precipita hacia el teléfono.)
- KETTY ¿ Eh ?
- GUILLER. ...La recetará un calmante...
- MARGARI. ¡ Es inútil que telefonee ; el doctor está de viaje !
- GUILLER. ¡ Me darán las señas del sustituto ! (Llamando en el teléfono. Timbre.) Oiga... 53-90 !... ¡ ¡ No !! ¡ No ! ¡ Señorita ! 86-90.
- KETTY (Aterrada, en voz baja a Margarita.) ¡ Impídelo !
- MARGARI. (Idem.) Pero, ¿ cómo ?
- KETTY ¡ No sé ! ¡ Inventa algo !
- GUILLER. (Al teléfono.) ¿ El doctor Spickler ?
- MARGARI. (Ocurriéndoselo una idea genial.) ¡ Oh ! (Va rápidamente y coge las tijeras que están encima del tocador y corta los hilos del teléfono, que van pegados a la pared, durante las frases siguientes.)
- GUILLER. (En el teléfono.) ¿ Es usted, doctor ? ¿ Luego no está usted de viaje ?... ¿ Quién soy ?... Pues el papá... (En este preciso momento Margarita corta los hilos.) ¿ Eh ? ¿ Eh ?... ¡ Han cortado !... ¡ Oiga... oiga !... ¡ Señorita !... ¡ No contesta !
- MARGARI. (A Guillermo.) Traiga usted el frasco de sales, yo no me moveré de su lado.
- GUILLER. Voy... ¡ Si llaman es el 86-90 ! ¡ Acuérdesse usted !
- MARGARI. Descuide.
- GUILLER. ¡ Estas telefonistas !... (Vase rápidamente por la derecha.)

ESCENA XII

KETTY, MARGARITA, después JIMMY.

- KETTY (Saltando abajo del lecho.) ¡ Creí que no se iba nunca !

MARGARI. (Enseñando el frasco de sales, que saca del bolsillo.)
¡Trabajo te mando para que lo encuentres!

JIMMY (Por el foro, ocultando un niño bajo el abrigo.) ¿Se puede?

MARGARI. ¡Jimmy! ¡Ya era hora!

KETTY ¿Ha aceptado?

JIMMY A condición de que le críes hasta que sea mayor de edad.

KETTY (Con energía.) ¡Nos hemos salvado!

MARGARI. (Cogiendo al niño.) ¡Dame, pronto!

JIMMY (Desabotonándose el abrigo.) ¿Pero no me oíais?

KETTY Has estado a punto de comprometernos.

JIMMY ¿Yo?

KETTY En vez de maullar una vez... lo hacías como si cantara una señorita cursi. ¡Cuándo será el día que hagas algo bien!

JIMMY (Indignado de tanta ingratitud.) ¡Gracias!

MARGARI. (Que ha cogido el niño y dándoselo a Ketty.) ¿Tenía yo razón al decir que a esta edad todos los niños se parecen?... Tenlo un momento mientras cojo el otro.

KETTY Es igual, aunque éste es algo más gordito.

MARGARI. (Cogiendo al otro niño de la cuna.) Diremos que ha engordado durante la noche.

JIMMY ¡Justo! ¡Como los hongos! (Sacando un biberón del bolsillo.) ¡Toma el biberón de la pequeña!

KETTY }
MARGARI. } ¿De la pequeña?

KETTY ¿Es una niña

JIMMY Sí.

KETTY (Exasperada.) ¿Y te has traído una niña?

JIMMY ¡Puesto que eran gemelas no podía traer un niño!

KETTY ¿Y crees que Guillermo no verá que su hijo ha cambiado de sexo? ¡Eres idiota!

JIMMY (Indignado.) ¡El colmo de la injusticia! Me dices: «¡vete a buscar al nene de la lavandera; es la Providencia quien nos lo

- envía...» ¿Es culpa mía si la Providencia se ha equivocado de sexo?
- MARGARI. ¡Pst! ¡Más bajo! Le dejaremos aquí esta noche...
- KETTY ¡Sí, y mañana buscaremos 'otro! (Deja el segundo recién nacido en la cuna y luego se mete en la cama.)
- JIMMY (Exasperado.) ¡No seré yo quien lo busque!
- MARGARI. Mientras tanto, vete a devolver éste a la Casa-cuna.
- JIMMY (Con los dientes apretados.) Siento tener que deciros...
- MARGARI. ¡Lárgate pronto!
- JIMMY (Con rabia, aparte, mientras coge el niño, que oculta bajo su abrigo, y subiendo.) ¡Y yo sin haber cenado aún! (Bajando.) ¡Me comeré el muslo durante el camino!... (Viendo que el plato está vacío y lanzando un grito.) ¡Ah!
- KETTY } (A la vez, asustadas.) ¿Qué?
- MARGARI. }
- JIMMY (Con cómica desesperación.) ¡Me han comido el muslo!

ESCENA XIII

Dichos y GUILLERMO.

- GUILLER. (Por la derecha.) No puedo encontrar el frasco.
- KETTY } (A la vez aparte.) ¡Guillermo!
- MARGARI. }
- JIMMY }
- GUILLER. (Viendo a Jimmy, que trata de irse sin ser visto.) ¿Dónde vas?
- JIMMY (Turbado.) A ninguna parte... es que vuelvo.
- GUILLER. (Poniendo la mano en el hombro de Jimmy y mirando el bulto que está oculto bajo el abrigo.) ¿Qué ocultas ahí?
- JIMMY (Mirando al techo.) ¿Dónde?
- GUILLER. No arriba, bajo el abrigo.
- JIMMY (Mirando turbado el bulto.) Nada...

- KETTY (Aparte.) ¡ Dios santo !
- GUILLER. (Dándose cuenta de lo que oculta.) ¡ ¡ Si es mi hijo ! !
- JIMMY Voy a llevarle a tomar un poco el aire.
- GUILLER. (Furioso.) ¿ Te has vuelto loco ? ¿ A las diez de la noche ? (Quitándole el niño.) Dámelo en seguida y le pondré en su cunita. (Meciéndole cariñosamente le lleva a la cunita.)
- KETTY (Aparte.) ¡ Estoy perdida !
- GUILLER. (Lanzando un grito al ver otro niño en la cuna.) ¿ Qué es esto ? (Mirando alternativamente a los tres.)
- MARGARI. (Vivamente y muy nerviosa.) ¡ El otro !
- GUILLER. ¿ Qué otro ? (Asaltándole una idea repentina y con indescriptible alegría marcada en su rostro.) ¡ Ah ! ¿ Luego son gemelos ?
- KETTY
- MARGARI. } (A la vez, insistiendo.) ¡ Sí !
- JIMMY }
- GUILLER. (Radiante de alegría cogiendo al otro niño que está en la cuna.) ¡ Hijos de mi corazón ! (Bajando al centro con un niño en cada brazo y dirigiéndose a Ketty.) ¿ Por qué no lo dijiste antes ?
- KETTY (Turbada y ruborosa.) ¡ Me dió vergüenza ! (Se oculta rápidamente bajo las ropas de la cama.)
- MARGARI. ¡ Era una sorpresa !
- GUILLER. ¡ Este es el colmo de la felicidad !
- JIMMY ¡ El colmo ! ¡ ¡ El colmo ! ! ¡ ¡ ¡ El colmo ! ! !
- (Guillermo, loco de alegría, se sienta en la silla y les hace saltar en sus rodillas, cantando una canción infantil. Ketty se deja caer sobre la almohada. Margarita, no pudiendo soportar este cuadro, se vuelve de espaldas levantando los brazos al cielo ; mientras que Jimmy, de reojo, contempla atontado a Guillermo. Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La misma decoración del acto segundo. Algunos minutos después.

ESCENA PRIMERA

KETTY, MARGARITA, JIMMY y GUILLERMO. Al levantar el telón, Guillermo está sentado, con los dos niños sobre sus rodillas. Kitty y Margarita cambian miradas de angustia: A la derecha de Guillermo se halla de pie Jimmy, balanceando su reloj por un extremo de la cadena ante el rostro de los niños.

GUILLER. Más bajo, Jimmy, más bajo... (Jimmy baja su reloj.)

JIMMY Si no he abierto la boca.

GUILLER. Mirales... Tienen los ojos fijos en tu reloj.

JIMMY Para ver la hora que es.

GUILLER. ¿A su edad?... ¡Qué tonto eres!

JIMMY (Disgustado.) ¡Gracias!

GUILLER. ¿Qué nombre le habéis puesto?

JIMMY. ¿A quién?...

GUILLER. ¿Cómo a quién?... ¡Al segundo niño!

JIMMY Pregúntale a tu mujer... Yo tengo tan mala memoria para los nombres...

GUILLER. (Sorprendido.) ¿No te acuerdas?...

KETTY (Vivamente.) ¡Se llama Guillermo!

JIMMY Como Shakespeare, como el Kaiser...

GUILLER. Y como yo... ¡Excelente idea!... Así, cuando el papá falte, siempre habrá un Guillermo.

JIMMY (Aparte.) Y cuando el hijo falte también lo habrá.

GUILLER. (A Jimmy.) ¿Quién me habla de decir que

al volver a Nueva York me encontraría con dos niños?...

JIMMY (Aparte.) ¡ Uno de ellos es niña !

GUILLER. (Levantándose.) ¡ Tengo unas ganas de verlos desnuditos !

KETTY (Idem.) ¿ A estas horas?... ¿ No comprendes?...

JIMMY (Púdico.) ¡ Que estoy aquí yo !

KETTY Están fajados para la noche.

GUILLER. (A Ketty.) ¡ Ah, entonces !...

MARGARI. (Acercándose a Guillermo.) Bastante ha jugado usted con ellos ; ya es hora de acostarles.

GUILLER. (A Margarita.) Bueno... ¿ dónde está la cuna del otro?

KETTY (Sobrecogida.) ¿ La cuna... del otro?

GUILLER. (Como si estuviera en autos.) La habéis ocultado para que yo no la viera al llegar.

KETTY No... la traerán mañana.

GUILLER. ¿ Cómo?...

KETTY Cuando encargamos ésta, no podíamos preveer...

GUILLER. (Alegremente.) ¡ Naturalmente ! Esperabas sólo un heredero y han venido dos.

JIMMY (Aparte, indicando a Ketty.) ¡ Nunca ha dicho tantas mentiras seguidas como desde que no miente !

MARGARI. Mientras tanto, duermen los dos en la habitación de los huéspedes, junto a mí ; y así no les pierdo de vista. Démelos. (A Guillermo.)

GUILLER. No, yo los llevaré.

KETTY (Impaciente.) ¡ Y dale !...

MARGARI. Pues déjelos usted en la cama, en seguida voy.

GUILLER. (A Ketty.) Guillermito es más pesado que Jimmy.

JIMMY Allá se van.

GUILLER. ¡ Lo menos pesa una libra más ! ¡ Voy a tener que ganar mucho dinero para criar a mis nenes ! (A los niños.) ¿ Verdad, bribones? (Vase por la derecha con los niños.)

ESCENA II

Dichos, menos GUILLERMO, después, MARY.

- KETTY (A Margarita.) ¡Cierra la puerta!
- JIMMY ¡Ahora me van a poner verde!
- KETTY (Saltando del lecho, a Jimmy.) ¡Puedes vanagloriarte de habernos puesto en este compromiso!...
- JIMMY (A media voz.) No te decía yo...
- KETTY ¿Qué?
- JIMMY ¡Nada, nada! Continúa.
- KETTY ¡Tuviste tiempo sobrado para escapar con el niño, pero no; tú no pensabas más que en el muslo del pollo!
- JIMMY ¡Quisiera veros en mi lugar y sin comer desde esta mañana!
- MARGARI. Ketty tiene razón. Lo has tomado con mucha tranquilidad.
- KETTY ¡Le tiene sin cuidado el apuro en que nos encontramos!
- JIMMY (Rabioso.) ¡Cierto! ¡Estoy tan satisfecho como si me hubiera comido a mí mismo!
- MARGARI. (A Jimmy a media voz.) ¡Jimmy!...
- JIMMY (Rabioso.) ¡Mal rayo me parta!
- MARGARI. (A Jimmy.) ¡Es la primera vez que te oigo jurar!
- JIMMY ¡Y no será la última si esto continúa!... (Timbre dentro.)
- KETTY ¡Han llamado!
- MARGARI. ¿Será Miss Petickton?
- KETTY (Enloquecida.) ¡Vendrá por el niño! (A Margarita.) ¿Qué hacemos?
- JIMMY ¡Devolvérselo y que la ahorquen!
- KETTY ¿Estás loco? ¿Y Guillermo?
- JIMMY ¡Le quedará su Guillermina!
- KETTY ¿Ahora que le has dado dos gemelos?
- JIMMY ¿Yo?
- KETTY ¿No dirás que se los he dado yo?
- MARGARI. Si te hubieras largado a tiempo, no estaríamos como estamos.

JIMMY ¡ Naturalmente ! ¡ Yo soy el asno de la fábula, yo soy el asno !
KETTY ¡ Para ser un asno no te falta nada !
MARY (Por el foro.) Es Miss Petickton... viene furiosa y dice que no se irá sin el niño.
KETTY ¡ Dios mío !...
MARGARI. Rúégale que espere...
MARY Bueno, señora. (Mutis por foro izquierda.)

ESCENA III

Dichos, menos MARY, después, GUILLERMO dentro.

JIMMY ¿ Pero se esperará hasta que el niño sepa leer ?
KETTY (Encogiéndose de hombros.) No se trata de que espere tanto, sino hasta que dispongamos de otro.
JIMMY (Levantándose.) ¿ Pero te figuras que se fabrican niños al por mayor, como se sacan circulares en las máquinas de escribir ?
KETTY Tú ya has sacado dos.
JIMMY Y no sacaré el tercero ; la máquina se ha estropeado. (Gira los ojos en las órbitas mirándolas y refunfuñando.)
MARGARI. (A Jimmy.) Vamos, no empieces de nuevo ; ve a casa de la lavandera.
KETTY ¡ Sí, vete a buscar el otro gemelo !
JIMMY ¡ Y tendréis dos niñas !
KETTY ¡ Mañana encontraremos dos niños !
JIMMY (Exasperado.) ¡ Sería el cuento de nunca acabar ! ¿ Creéis que voy a pasarme la vida en este género de comisiones ? ¡ No ! ¡ Suceda lo que suceda no vuelvo a casa de la lavandera !
KETTY }
MARGARI. } (Suplicantes.) ¡ Jimmy !...
JIMMY (Sentándose en la silla.) ¡ Soy un asno y no podéis figuraros lo testarudos que son !
KETTY (Muy zalamera.) ¡ Jimmy !... ¡ Mi querido Jimmy ! Te he agraviado injustamente y te pido perdón.

- JIMMY ¡ No admito tus excusas !
KETTY (Idem.) En el fondo, no eres malo ; tienes buen corazón...
- JIMMY ¡ No !
MARGARI. ¡ Sí ! ; Tú eres muy bueno, muy cariñoso !
JIMMY (Moviendo la cabeza negativamente.) Ya pasó ese tiempo !
KETTY. Somos amigos desde la niñez... Cuando éramos chiquitines, jugábamos juntos... ¿ te acuerdas ?
JIMMY (Levantándose.) Sí, me pegabas siempre y me echabas acíbar en los caramelos...
KETTY ¡ Son cosas que se recuerdan siempre con placer !
JIMMY (Sentándose en la butaca.) ¡ El acíbar, no !
MARGARI. (Suplicante.) ¡ Mi querido maridito !
JIMMY Es inútil que tratéis de convencerme. He cedido una vez a vuestras súplicas y me he cansado...
MARGARI. (Llorosa.) ¡ Jimmy !
KETTY (Levantándose muy indignada.) ¡ No insistas más, puesto que nada le conmueve, tanto peor ! ¡ Se lo confesaré todo a Guillermo !
JIMMY ¡ Es la primera cosa razonable que te oigo decir !
KETTY (Con intención.) Le confesaré con quién almorcé en el Saboya...
JIMMY (Aparte, muy inquieto.) ¿ Eh ?
KETTY Y como es violento y celoso, seguramente nos matará a los dos.
JIMMY (Aparte, levantándose.) ¡ Maldito almuerzo !
KETTY ¡ Qué me importa ya la vida !
MARGARI. (A Jimmy.) ¿ Y podrías vivir con dos cadáveres sobre tu conciencia?...
JIMMY (Con rabia contenida.) ¡ Tienes razón ; no podría vivir con dos cadáveres sobre mi conciencia... (sobre todo si uno de ellos era el mío !)
MARGARI. (Con alegría.) ¡ Estaba segura !
GUILLER. (Dentro.) ¡ Margarita !... (Ketty se precipita en el lecho.)

KETTY }
MARGARI. } ¡Guillermo !...
JIMMY ' Esta sarta de mentiras es insoportable.

ESCENA IV

KETTY, MARGARITA, JIMMY, GUILLERMO, después MISS PETICKTON, dentro.

GUILLER. (Entrando por la derecha.) ¿Quién ha venido?

MARGARI. }
KETTY } ¡¡ Nadie !!
JIMMY }

GUILLER. ¿Cómo? ¡ Si han llamado hace un instante !...

KETTY (A Margarita.) ¿Tú has oído llamar?

MARGARI. ¡ No !

KETTY (A Jimmy.) ¿Y tú?

JIMMY ¡ Si hubieran llamado lo hubiera oído !

KETTY ¿Lo ves? (A Guillermo.)

GUILLER. Pues yo hubiera apostado... Puesto que los niños duermen, voy a charlar un rato con Jimmy.

MARGARI. (Vivamente.) ¡ Imposible, porque se va ahora precisamente !

KETTY Sí, precisamente.

JIMMY Precisamente.

GUILLER. ¿A dónde vas a estas horas?

JIMMY A tomar el aire.

GUILLER. ¿No lo tomaste hace poco con tu tocayo?

JIMMY Yo gozo de buena salud por la costumbre de tomar el aire con frecuencia.

KETTY No insistas, puesto que se quiere ir.

GUILLER. Ya tomará el aire después. (A Jimmy.) Ahora vas a quedarte un rato y jugaremos una partida de dominó.

JIMMY ¡ No juego ya al dominó !

GUILLER. ¿Por qué?

JIMMY Es un voto que hice desde que te fuiste.

GUILLER. ¿Un voto?

PETICK. (Desde dentro.) No, joven ; es inútil...

- KETTY)
MARGARI. } ¡ Miss Petickton !
JIMMY
GUILLER. ¡ Bien decía yo que alguien había llama-
do !...
PETICK. ¡ No puedo esperar más !
GUILLER. ¿ Quién es esa mujer ?...
MARGARI. (Con súbita inspiración.) ¡ El ama !
JIMMY }
KETTY } ¡ El ama !
GUILLER. (A Jimmy.) ¿ La que se volvió loca ?...
JIMMY (Estupefacto.) ¿ Eh ?
MARGARI. (Haciendo señas a Jimmy.) Ya sabes que por
eso tuvimos que despedirla...
KETTY (Idem.) Empezó con rarezas...
MARGARI. Y se volvió loca de repente...
JIMMY (Vivamente.) ¡ Ah, sí... sí !... ¡ Loca de re-
mate !
MARGARI. ¡ Se pasaba el tiempo tocando el timbre !
KETTY Creía que le habían robado una criatura...
MARGARI. (Continuando.) ¡ Que era la directora de una
Casa-cuna y un sin fin de extravagancias
por el estilo...
GUILLER. ¡ Pobrecita !
JIMMY (¡ Por lo menos debieran avisarme !...)

ESCENA V

Dichos y MISS PETICKTON.

- PETICK. (Dentro.) Déjeme usted pasar... quiero ha-
blar con el señor Hárrison... (Entrando por
el foro.) ¿ Dónde está el niño ? Devuélva-
menle inmediatamente.
GUILLER. Cállese, cállese. Tenemos mucho inte-
rés por usted, pero no venga aquí a ar-
mar escándalo.
PETICK. ¿ Escándalos ? ¡ Soy la directora de la Ca-
sa-cuna !
GUILLER. Sí, ya lo sabemos...
PETICK. Y no es culpa mía que la madre quiera
que la devuelvan su hijo...

- GUILLER. ¡ Es evidente !
 KETTY
 MARGARI. } ¡ Evidentísimo !
 JIMMY
 GUILLER. (Bajo a Jimmy.) ¡ Está completamente loca !
 JIMMY (Bajo a Guillermo.) ¡ Rematada !
 PETICK. ¿ Dónde está ?
 GUILLER. ¡ Tranquilícese usted, que se lo vamos a
 devolver ! (A Jimmy en voz baja.) (¡ Llévatela
 a un Asilo !)
 JIMMY (Idem a Guillermo.) ¡ Buena idea !
 GUILLER. (A Miss Petickton.) Va usted a ir con mi ami-
 go el señor Scott que se lo entregará...
 PETICK. ¿ No está aquí ?
 GUILLER. ¡ No !
 KETTY
 MARGARI. } ¡ ¡ No !!
 JIMMY
 PETICK. ¿ A dónde le ha llevado usted ? (A Jimmy.)
 JIMMY Se lo diré por el camino. ¿ Vamos ?
 KETTY
 MARGARI. } ¡ Ande, váyase usted !
 GUILLER.
 PETICK. (A Ketty.) Dispénsenme por haber entrado
 tan bruscamente...
 GUILLER. ¡ Está usted dispensada !
 KETTY
 MARGARI. } Sí, sí...
 JIMMY
 PETICK. ¿ Vamos ya ?
 PETICK. (Dirigiéndose a Ketty.) Yo buscaré otro niño
 que pueda usted adoptar.
 GUILLER. ¿ Adoptar un niño cuando tenemos dos
 gemelos ?
 PETICK. (Estupefacta.) ¿ Dos gemelos ?
 JIMMY (Llevándosela a la fuerza.) ¡ Pero ande usted !
 PETICK. (A Jimmy.) ¿ Tiene dos gemelos ?...
 JIMMY ¡ Sí !... ¡ Sí !... (Aparte, al hacer mutis con Miss
 Petickton.) (¡ A esta sí que la extrangulo !)
 (Hacen mutis.)

ESCENA VI

Dichos, menos JIMMY y MISS PETICKTON.

- GUILLER. ¡ La infeliz no tiene cura ; está en un estado lamentable !
- MARGARI. ¡ Lamentable !
- KETTY ¡ Lamentabilísimo !
- GUILLER. Hasta se le ha olvidado que tienes dos gemelos.
- KETTY ¡ Infeliz !
- MARGARI. ¡ Pobre mujer !
- GUILLER. ¿ Cómo se llama esa desgraciada ?
- KETTY Se llama... Julia.
- MARGARI. ¡ Julia Jinck !
- GUILLER. ¿ Julia Jinck ?
- KETTY ¡ Sí !
- GUILLER. (Que se aproxima al lecho.) ¡ Qué pálida estás !
- KETTY Al ver a esa pobre mujer...
- MARGARI. Es tan nerviosa...
- GUILLER. Estas emociones son malas para ti... Y ahora que caigo, ¿ querrán admitirla en un Asilo sin una orden del jefe de policía ? Voy a la Dirección...
- MARGARI. (Con espanto.) ¿ A la Dirección ?
- GUILLER. No estaré tranquilo mientras que Julia Jinck esté en libertad.
- KETTY (Sentándose en la cama.) ¡ No vayas a ver a la policía !
- GUILLER. ¿ Por qué ?
- KETTY Porque esa mujer no merece que te ocupes de ella.
- MARGARI. ¡ Su locura es debida al alcoholismo !
- KETTY Al alcoholismo.
- GUILLER. ¡ Razón de más ; es una mujer peligrosa ! No tengo ganas de volverla a ver. Voy a la Dirección, que está en la esquina de esta calle y hablaré con el jefe de policía.
- KETTY (Bajo a Margarita.) Impídele que se vaya.
- MARGARI. Quédese usted ; yo iré a la Dirección.
- KETTY (Suplicante.) ¡ Sí, ella irá !...

GUILLER. ¡No! (A Margarita.) Su presencia aquí es más útil que la mía. ¡Cálmela, Margarita, vuelvo en seguida!

KETTY ¡Yo te ruego!...

GUILLER. ¡Vuelvo en seguida, Ketty, vuelvo en seguida! (Vase foro.)

ESCENA VII

Dichos menos GUILLERMO, luego JIMMY.

KETTY (Desesperada, sentándose en la cama.) ¡A ver al Director de policía! ¡Esta vez sí que estamos perdidos!

MARGARI. Tranquilízate; yo le visitaré mañana, es íntimo amigo nuestro y no nos traicionará.

KETTY ¡Cuán agradecida te estoy, querida Margarita!

MARGARI. ¿No harías tú lo mismo en mi lugar? Y además, pensándolo bien, es preferible que no esté aquí Guillermo cuando Jimmy vuelva con la otra nena.

KETTY ¡Sí, es verdad! (En este mismo instante se abre la puerta de la segunda izquierda y aparece Jimmy, el vestido destrozado, el sombrero apabullado y llevando en la mano roto en dos el paraguas que llevaba miss Petickton.) ¿Quién?

JIMMY (Con voz entrecortada.) ¡Soy yo! ¡O al menos lo que resta de mí y de un paraguas!

KETTY } ¡Jimmy!

MARGARI. }
JIMMY ¡Me ha molido a golpes!

MARGARI. ¿Quién?

JIMMY ¡Esa bruja!

KETTY ¿Qué bruja?

JIMMY ¡Esa histérica, la Petickton! ¡Al llegar a la esquina de esta calle la dejé plantada y eché a correr a casa de la lavandera... me siguió y logró darme alcance!

KETTY ¡Debiste correr más de prisa!

- JIMMY (Con naturalidad cómica.) Mira, no se me había ocurrido.
- MARGARI. (Impaciente.) ¿Y después?...
- KETTY (Idem.) ¿Y después?...
- JIMMY Me echó mano, quise rechazarla... y gritando como una furia me rompió el paraguas en la cabeza. Entonces, para librarme de ella, la solté unos cuantos puñetazos y rodamos ambos hechos una pelota hasta el borde de la acera. (Se sienta en la silla junto a la mesa.)
- KETTY (Ansiosa.) ¿Y ahora, dónde está?
- JIMMY (Con mucha flemma.) Debe estar muerta.
- KETTY } ¿Muerta?...
- MARGARI. }
- JIMMY ¡Al menos así lo creo!
- MARGARI. ¡Oh!
- JIMMY La he dejado inerte. Su cuerpo formaba una barrera y el agua ha debido empujarla poco a poco hasta la boca de la alcantarilla... Con tal que la boca sea bastante grande para que se la trague...
- MARGARI. ¡Jimmy!
- JIMMY Creerán que se trata de un suicidio.
- KETTY ¿Y no has ido a casa de la lavandera?
- JIMMY (Levantándose y mostrando el traje.) ¿Cómo presentarme así?
- KETTY ¡Ay, qué hombre!
- JIMMY He vuelto corriendo y he subido por la escalera de servicio.
- MARGARI. Pues ahora voy a ir yo.
- KETTY ¡Sí, sí, vete!
- JIMMY ¡Ha llegado la ocasión de que me reemplaces! (Se oye dentro llorar a los niños.)
- MARGARI. ¡Se han despertado los niños!
- KETTY Vete; yo me ocuparé de ellos. (Se levanta.)
- JIMMY (Llamándola.) ¡Margarita!
- MARGARI. ¿Qué?
- JIMMY ¡Si pasas por alguna salchichería, cómprame un jamón!
- MARGARI. (Despectivamente.) ¡Bah! (Vase indignada por el foro.) Buenas estamos para bromas.

- JIMMY Pues no conozco nada más serio para la vida... ¡Tengo una bulimia!...
- KETTY (Sin comprender.) ¿Eh?
- JIMMY ¡Hambre canina!
- KETTY ¡Qué hombre!
- JIMMY (Sentándose en la silla con amargura.) ¡No, qué hambre! ¡Puedes quejarte; ayer tenía yo un nombre honorable en la fabricación de neumáticos antiestallables, y tú has hecho de mí un asesino! (Cogiendo un pedazo de pan.) Como Macbeth, cada vez que me mire al espejo veré a miss Petickton... (Trágico.) ¡Vete, maldita mancha... vete!... Todos los perfumes de Arabia no lograrán desinfectar estas pequeñas manos homicidas...
- KETTY ¡Si he hecho de ti un asesino, al menos no has perdido el apetito!
- JIMMY ¡Porque soy un criminal hambriento!
- KETTY Di mejor un pobre diablo. (Vase por la segunda derecha.)

ESCENA VIII

JIMMY, después MISS PETICKTON.

- JIMMY (Solo, indignado.) ¡Así es el mundo.) ¡Mate usted a alguien para obtener esta recompensa!
- PETICK. (Dentro.) ¿Dónde está ese miserable?...
- JIMMY (Levantándose con espanto.) ¡Miss Petickton! ¡La boca de la alcantarilla era demasiado estrecha!
- PETICK. (Dentro.) ¿Dónde está?...
- JIMMY (Ocurriéndosele una idea.) ¡Me ha seguido! (Salta rápidamente a la cama y se oculta debajo de la colcha. Miss Petickton entra, la manteleta destrozada, el sombrero de medio lado, desgreñada y llevando en la mano el resto del paraguas.)
- PETICK. ¡Se me ha escapado, pero ha entrado aquí! (Aproximándose al lecho.) ¡Ah, la seño-

ra Hárriſon ; hace usted bien en ocultarse bajo las sábanas ! ¿Dónde está el ſeñor Scott ? ¿Y el niño ?... ¿No contesta usted ?... Duerme... Bueno, me dirigiré a la policía. ¿Por dónde se habrá escapado ese bandido ?... (Viendo la puerta de la izquierda.) ¡ Ah, por aquí !... (Vase furiosa por la primera izquierda.)

JIMMY

(Sacando la cabeza.) ¿ Se ha ido ?... ¡ Por fin ! (Levantándose.) ¿ Es que esta histérica me va a perseguir ?...

PETICK.

JIMMY

(Dentro.) ¿ Dónde está ese miserable ?

¡ Aquí viene ! (Al irse a subir a la cama se detiene.) ¡ No ; es muy capaz de levantar las sábanas !... (Asaltándole una idea.) ¡ Ah !... (Se oculta rápidamente debajo del lecho.)

PETICK.

(Por la primera izquierda.) ¡ No está aquí !... (Aproximándose a la cama.) ¡ Ah ! ; También ha huído !... (Mirando a la puerta de la segunda izquierda.) ¡ Veamos por esta parte !...

JIMMY

(Sacando la cabeza de debajo del lecho y viéndola irse.) ¡ He hecho bien en bajarme de piso !

ESCENA IX

JIMMY, KETTY, después GUILLERMO.

KETTY

(Apareciendo en la puerta de la derecha.) Los niños se han dormido.

GUILLER.

KETTY

(Dentro.) ¡ Bueno, perfectamente !
¡ Guillermo !

JIMMY

(Aparte.) ¡ Cáspita ! (Ketty salta al lecho mientras que Jimmy desaparece debajo.)

GUILLER.

(Por el foro.) Ya ves que no he tardado. El jefe de policía ha telefoneado al Asilo para anunciar la llegada de esa desgraciada y del amigo Jimmy... ¿ Dónde está Margarita ?

KETTY

(Desconcertada.) Se ha ido a su casa.

GUILLER.

¿ A qué ?

KETTY

A buscar ropa para mudarse.

- GUILLER. (Inquieto.) ¿Y los niños están solos?
- KETTY ¡Duermen!
- GUILLER. Voy con ellos mientras vuelve Margarita.
- KETTY ¡Les vas a despertar!
- GUILLER. ¡No meteré ruido!
- KETTY (Suplicante.) ¡Guillermo!
- GUILLER. Te lo aseguro...
- KETTY (Interrumpiéndole imperiosamente.) Parece que te complaces contrariándome. Acabaré por caer enferma.
- GUILLER. ¡Oh! ¿Qué sería de esos angelitos si su mamáita cayera enferma? Me estaré contigo: ¿estás contenta? (Se sienta en la butaca.) Vamos, procura descansar un poquito.
- KETTY (Inquieta.) ¿Y tú vas a pasar la noche con ese traje? Cámbiate de ropa.
- GUILLER. ¡Sí!... (Se levanta.) Haré cuanto tú quieras...
- KETTY (Protestando.) ¿Todo?
- GUILLER. ¡Todo! (Cariñoso.) ¡Duerme, hijita, duerme! (Vase por primera izquierda, después de hacer girar el conmutador eléctrico que se encuentra junto a la primera derecha. La araña se apaga.)
- KETTY ¿Y esa Margarita sin volver? (Callándose, con espanto.) ¡Dios mío! ¡Se ha movido la cama! (Gritando.) ¡Socorro! ¡Socorro!
- JIMMY (Sacando la cabeza.) ¡Cállate, mujer, soy yo!...
- KETTY (Estupefacta, inclinándose.) ¡Jimmy!
- GUILLER. (Dentro.) ¡Ya voy, querida!
- KETTY }
JIMMY } ¡Guillermo! (La cabeza de Jimmy desaparece.)
- GUILLER. (Entrando rápidamente y dando vuelta al conmutador eléctrico. La araña vuelve a encenderse.) ¿Qué te pasa?
- KETTY ¿A mí? ¡Nada! (Con aire inocente.)
- GUILLER. Como has gritado socorro...
- KETTY (Vivamente.) ¡No he sido yo, ha sido en la calle!
- GUILLER. (Aproximándose a la ventana.) ¿En la calle?
- KETTY ¡Sí! Dos borrachos que reñían.

- GUILLER. ¡Qué susto me has dado ! Hubiera jurado que era tu voz.
- KETTY No.
- GUILLER. (Inquieto.) Con tal de que no hayan despertado a los niños...
- KETTY Si estuvieran despiertos llorarían.
- GUILLER. (Escuchando en la puerta de la derecha.) ¡ Duermen !... (Se ve aparecer la cabeza de Jimmy por debajo de la cama, coge un libro de la tabla de abajo de la mesita-etagere y se pone a leer tranquilamente. Guillermo se sienta en el lecho, pero de frente al público.) ¡ Dime, Ketty !
- KETTY ¿Qué, amor mío?
- GUILLER. ¿Qué haremos del segundo?
- KETTY ¿Del segundo?
- GUILLER. ¡ De Guillermito ! El primero será almirante.
- KETTY Comprenderás que no es hora de hablar del porvenir de Guillermito ; van a dar las once.
- GUILLER. Sí, mañana hablaremos. (Abraza a Ketty, después se levanta y se dirige hacia la puerta izquierda. Jimmy desaparece bajo el lecho.) Ya veo a Jimmy mandando un acorazado. ¡ Qué guapo estará de almirante ! (Vase primera izquierda.)

ESCENA X

JIMMY y KETTY.

- KETTY (Inclinándose y dando golpes sobre el lecho.) ¿Qué haces ahí?
- JIMMY (Sacando la cabeza.) ¡ Mecachis ! ¡ Qué bajo está el techo !
- KETTY (Impaciente.) ¡ Contesta !
- JIMMY ¡ Deja primero que salga !... (Sale de debajo del lecho.)
- KETTY Vamos, habla.
- JIMMY La Petickton no ha muerto. Me ha seguido hecha una furia y...
- KETTY (Saltando de la cama.) ¿ Está aquí ?

- JIMMY ¡Tranquilízate, se ha ido!
- KETTY ¡Y no le has dicho que le devolveremos el niño!
- JIMMY ¿Hablar a esa fiera? ¡Dios me libre!
- KETTY (Irónica.) ¡No has oído más que a tu valor y te has ocultado! ¿Por qué no esperaste cinco minutos más, cobarde?
- JIMMY ¡Porque es preferible ser cobarde cinco minutos, que no ser cadáver el resto de mi vida! ¡Como no me vieses hecho pedazos como un rompecabezas, no estarías satisfecha!
- KETTY ¡No sería yo quien reuniese los pedazos!
- JIMMY (Rabioso.) ¡Oh, si no me contuviera!...
- KETTY (Desafiándole.) ¿Qué?...
- JIMMY Le diría a Guillermo... ¡yo fui... yo fui quien almorzó con tu mujer en el Saboya; mátanos si quieres, pero que esto acabe! Yo estoy hartos.
- KETTY Tengo la seguridad de que no lo harás.
- JIMMY (Con energía.) No... porque soy un hombre galante...
- KETTY Y porque tienes miedo por tu piel.
- JIMMY ¡Justo! Y porque tengo miedo por mi piel.

ESCENA XI

Dichos y MARGARITA.

- MARGARI. (Por el foro con un niño envuelto en un chal.) Aquí estoy.
- KETTY ¡Por fin!
- MARGARI. Traigo la nena.
- KETTY (Yendo rápidamente a correr el pestillo de la puerta de la primera izquierda.) Ha vuelto Guillermo y, para mayor seguridad, le encierro.
- MARGARI. ¡Lo que he corrido... imposible encontrar un auto!
- KETTY ¡Pronto, dámelo, voy a buscar el otro!
- (Coge la nena.) ¡Ay, Margarita; no eres una amiga, sino una hermana!

MARGARI. ¡ Bueno, date prisa !

KETTY (Yéndose por segunda derecha con la nena.) ¡ Nos hemos salvado !

MARGARI. (A Jimmy, que se ha sentado en la butaca.) ¿ Y no dices nada ?

JIMMY (Rabioso.) ¡ No digo nada porque pienso ; nunca he podido hacer dos cosas al mismo tiempo !

MARGARI. ¿ Y en qué piensas ?

JIMMY En que las gentes que sostienen que el continente debe ser más grande que el contenido, son unos imbéciles ; porque si fuera verdad, el corazón de una mujer no podría contener tanta ingratitud.

MARGARI. ¿ Qué te pasa ?

JIMMY (Levantándose.) ¿ A mí?... ¡ Nada ! Todo lo que aquí ocurre es tan encantador, que desde hace dos horas nado en un mar de felicidad. Y ahí te quedas. Yo necesito reponer mis fuerzas.

KETTY (Entrando con el primer niño.) ¡ Si supieseis la pena que me cuesta separarme de él !... (A Jimmy.) ¡ Toma, Jimmy !

JIMMY (Fríamente.) Gracias. ¡ No tomo nada entre horas !

KETTY ¿ Te niegas a llevarle a la Casa-cuna ?

MARGARI. ¿ Te niegas ?

JIMMY (Feröz y cogiendo al nene.) ¡ No ! Cargaré con él. Quiero apurar el cáliz hasta las heces ! (Vase por el foro.)

KETTY ¡ Ahora ya puede entrar Guillermo !

MARGARI. ¡ Yo me voy con los niños ! (Vase segunda derecha.)

ESCENA XII

KETTY, después GUILLERMO.

KETTY (Volviéndose a acostar.) Ya estamos tranquilos hasta mañana.

GUILLERMO. (Por la primera izquierda. Se ha puesto una camisa de seda.) ¿ Con quién hablabas ?

KETTY Con Margarita, que acaba de regresar.
 GUILLER. Y Jimmy, ¿no ha vuelto todavía?
 KETTY No.
 GUILLER. Con tal de que el ama no se le haya escapado...
 KETTY No me hables de esa desgraciada.
 GUILLER. Afortunadamente, nada tenemos que temer ; la casa está vigilada.
 KETTY (Inquieta.) ¿Eh?
 GUILLER. El jefe ha puesto un policía en la puerta, y si tratase de robarnos nuestros hijitos...
 KETTY (Lanzando un grito.) ¡Dios mío !
 GUILLER. (Asustado.) ¡Ketty !
 KETTY (Aterrada, poniéndose de rodillas en la cama.) ¿Un guardia abajo?
 GUILLER. Para vigilar la casa.
 KETTY (Retorciéndose las manos.) ¡Dios Santo !
 GUILLER. ¿Qué te pasa? (Ruido de voces y disputa dentro.)
 ¿Qué ocurre? (Aparece en la segunda un Policía, llevando por el brazo a Jimmy, que lleva un niño.)

ESCENA XIII

Dichos, JIMMY y el POLICÍA.

POLICÍA Tendrá usted razón, sígame usted.
 GUILLER. (Lanzando un grito de estupefacción.) ¡Ah !
 KETTY (Desesperada, aparte, indicando a Jimmy.) ¡Qué torpeza !...
 JIMMY (Gritando.) ¡Suélteme ! ¿Sabe usted quién soy ? ¡ Formularé una queja !
 GUILLER. ¡ El Policía y Jimmy !
 POLICÍA Dispensen ustedes si molestamos...
 GUILLER. (Viendo el niño.) ¡ Mi hijo !... (Cogiéndole.) ¡ Hijo mío !...
 POLICÍA Se lo traigo a usted, caballero.
 GUILLER. ¿Dónde lo ha encontrado usted?
 POLICÍA En los brazos de ese individuo, que se escapaba con él. (Señalando a Jimmy.)
 JIMMY (Furioso.) Yo no soy un «individuo»...
 GUILLER. ¿Te escapabas con mi hijo?

- JIMMY ¡ Qué me había de escapar ! ¡ No sabe lo que se dice !
- POLICÍA (Furioso.) ¿ Que no sé lo qué me digo ?
- JIMMY (Sin hacerle caso, a Guillermo.) Yo salía tranquilamente...
- POLICÍA (Rectificando.) Usted corría.
- JIMMY (Prosiguiendo.) Yo salía tranquilamente corriendo. ¿ Está usted satisfecho ?
- GUILLER. ¿ Y por qué corrías ?
- JIMMY (Señalando al niño.) Para hacerle tomar un poco de aire.
- GUILLER. ¿ Otra vez ?
- KETTY (A Guillermo.) Oyeme...
- GUILLER. (A Ketty.) Deja que me entienda con Jimmy.
- KETTY (Llorando.) ¡ Margarita ! ¡ Margarita !
- GUILLER. ¿ Pero estás loco ? ¿ Hacerle tomar el aire a las once de la noche ?

ESCENA XIV

Dichos y MARGARITA.

- MARGARI. (Por la derecha, entrando sonriente con los dos niños en los brazos.) ¿ Llamabas, Ketty ?
- GUILLER. (Volviéndose y lanzando un grito de estupefacción.) ¡ Ah !
- MARGARI. (Aparte.) ¡ Plancha ! (Al ver al otro niño.)
- JIMMY (Aparte.) ¡ Siempre fuí admirador de Herodes !
- GUILLER. (Permanece estupefacto, su mirada va del niño que tiene a los que Margarita lleva en los brazos. Se frota los ojos, después se pasa la mano por la frente como preso de un vértigo, tratando de articular un sonido que no logra emitir. Ketty permanece ansiosa y muda.) Pero... pero... ¿ son míos esos dos ?
- MARGARI. (Tranquilamente y con voz dulce.) ¡ Claro está !
- GUILLER. (A Ketty.) ¿ Son míos, Ketty ?
- KETTY (Esforzándose por sonreír.) Nuestros.
- GUILLER. (Mostrando al que tiene en los brazos.) ¿ Y éste ?
- MARGARI. (A Guillermo.) ¿ No le ha dicho a usted Jimmy... ?

- JIMMY. (Vivamente.) ¡Yo no he dicho nada!
- MARGARI. Comprenderá usted que era preciso prepararle...
- GUILLER. (Comenzando a comprender.) ¿Prepararme?
- KETTY. Sí.
- MARGARI. Y por eso le rogamos a Jimmy que se fuera con ese.
- GUILLER. (Lanzando un grito de alegría!) ¡Tengo tres hijos!
- MARGARI. }
KETTY } ¡Sí, sí!
JIMMY }
- JIMMY. ¡Un tresillo!
- GUILLER. (Con alegría loca.) ¡Tres hijos!
- POLICÍA. (Estrechando efusivamente la mano de Guillermo.)
¡Eso se llama trabajar por la patria!
- GUILLER. (Precipitándose hacia el lecho y abrazando a Ketty.)
¡Tesoro mío! (Abrazando a Margarita.) ¡Querida Margarita! (Acercándose a Jimmy.) ¡Querido Jimmy! (Le abraza.) ¡Tres gemelos. (Parándose.) ¿Supongo que no habrá más?
- KETTY. }
MARGARI. } ¡Sí, sí!
JIMMY }
- GUILLER. ¿Un cuarto?
- KETTY. }
MARGARI. } ¡No, no!
JIMMY }
- POLICÍA. (Sentenciosamente.) ¡Vaya un individuo con progeñe!
- GUILLER. (A Margarita.) Démelos. (Coge los tres niños.)
¡Hijitos de mi alma! (Se sienta en la silla junto a la mesa.)
- POLICÍA. ¿Luego no tengo que detenerle? (Señalando a Jimmy.)
- GUILLER. (Indignado.) ¿Detener al excelente Jimmy? (Moviendo negativamente la cabeza.)
- JIMMY. ¡Detenga usted a quien quiera, a mí no!
- POLICÍA. ¿Bajo de nuevo al portal?
- GUILLER. Sí, y de paso diga usted en la còcina que le den un vaso de whisky.

POLICÍA ¡ Gracias ! (Saludando.) ¡ Señoras y la compañía !

GUILLER. ¡ Hasta la vista !

KETTY }
MARGARI. } ¡ Adiós !

(Vase el Policía por el foro.)

JIMMY (Aparte.) ¿ Preso yo? Preso es poco. ¿ Y por qué no electrocutado?

ESCENA XV

Dichos menos el POLICÍA.

GUILLER. Quisiera besar los tres a la vez.

MARGARI. ¡ Tenga cuidado, que los va usted a ahogar !

KETTY Por Dios, Guillermo.

GUILLER. No, Ketty, cálmate. Voy a repartirlos. Tome usted a Jimmy (A Margarita.) y tú, (A Jimmy.) coge a Guillermo. (Margarita coge unorro y Jimmy otro. A Jimmy.) No se te vaya a caer, ¿ eh?

JIMMY ¡ Descuida ! ¡ Soy una perfecta ama seca !

GUILLER. (A Jimmy.) ¡ Ahora comprendo todo lo que has hecho por nosotros !

JIMMY ¡ Yo soy así !

GUILLER. Habéis hecho muy bien en prepararme gradualmente...

JIMMY Cuántas veces he estado a punto de gritar... « Guillermo, tienes tres hijos... » Pero me he contenido.

GUILLER. (A Jimmy.) ¡ Eres un águila, como Napoleón. (A las señoras.) ¡ Es un águila !

KETTY (Aparte.) ¡ Un aguilucho !

GUILLER. ¿ Y éste, cómo se llama? (Por el niño que tiene en los brazos.)

KETTY ¡ Napoleón !

GUILLER. (Asombrado.) ¿ Napoleón?

KETTY }
MARGARI. } ¡ Napoleón !

JIMMY

GUILLER. ¡ Lo celebro ! ¿ A quién se le ocurrió la idea ?

MARGARI. ¡ A Jimmy !

GUILLER. ¿ A tí ? ...

JIMMY (Sonriente.) Así parece.

GUILLER. ¿ Cómo, así parece ?

MARGARI. Mi marido es un gran entusiasta del gran hombre ; sueña siempre con batallas.

GUILLER. ¡ Jimmy ! ¡ Guerrero ! ¡ Nunca me has hablado ! ...

JIMMY . Soy modesto y no me gusta vanagloriarme.

KETTY (A Guillermo.) Pero si prefieres otro nombre aún se le puede cambiar.

GUILLER. (Vivamente.) ¡ No, es glorioso, y puesto que se llama Napoleón, ya sabemos la carrera que tendrá ! ¡ Será general ! (Al niño.) ¡ Adelante ! ¡ March ! (El nene empieza a llorar.) ¡ Napoleón está disgustado ! ¡ Europa va a temblar !

JIMMY (Lanzando un grito.) ¡ Ah !

KETTY

MARGARI. } ¿ Qué ?

GUILLER. }

JIMMY ¡ Este niño se derrite !

GUILLER. ¡ Guillermin !

JIMMY Guillermin, que es un copito de nieve, puesto al sol...

KETTY ¿ Y gritas por tan poca cosa ?

JIMMY Poca cosa por ti, que no sufres el deshielo.

MARGARI. (A Jimmy.) ¡ Dámelo !

JIMMY (Dándole el niño.) ¡ Ahí va ! Es un bizcocho borracho.

GUILLER. (A Margarita.) ¡ Tome usted también a Napoleón.

KETTY ¡ Acuéstales, Margarita !

MARGARI. En seguida... (Haciendo mutis por segunda derecha.) ¡ Ahora sí que estamos divertidos !

ESCENA XVI

Dichos menos MARGARITA; después MISS PETICKTON.

GUILLER. No ceso de acordarme de esa desgraciada de Julia Jinck.

JIMMY ¿Julia Jinck? No la conozco.

KETTY (Vivamente.) ¡Sí, hombre, el ama!

JIMMY ¡Verdad...! Es que tengo tan mala memoria para los nombres...

GUILLER. ¿La dejaste encerrada en el asilo?

JIMMY ¿Que si la dejé encerrada? ¡Y hasta con camisa de fuerza!

PETICK. (Por segunda izquierda.) Lo he buscado por todas partes...

KETTY

JIMMY

GUILLER.

} ¡¡¡ Ah!!!

PETICK. (Viendo a Jimmy.) ¡Por fin le encuentro!

GUILLER. (Aparte a Jimmy.) ¡Se ha evadido!

JIMMY (Idem.) ¡Ha roto la camisa!

PETICK. ¡No me iré de aquí sin el niño!

GUILLER. (A Jimmy.) ¡Me está fastidiando esta mujer!

JIMMY (Aparte.) ¡Y a mí también!

PETICK. (A Guillermo.) Dijo usted que me lo entregaría el señor Scott, ¿y sabe usted lo que ha hecho el señor Scott?

GUILLER. (Vivamente.) ¡Lo sé!

PETICK. ¿Y aprueba usted su conducta?

GUILLER. Tranquilícese, por favor; en efecto, mi amigo Scott se ha conducido como un miserable, y puesto que insiste usted en llevarse al niño, siéntese, que yo mismo voy a buscarle. (La hace sentar en la banqueta delante de la ventana. Bajo a Jimmy.) ¡Vigílala, que voy a mandar subir al Policía. (Vase foro.)

ESCENA XVII

KETTY, JIMMY, MISS PETICKTON; después GUILLERMO,
dentro.

KETTY (Saltando del lecho, a Miss Petickton.) ¡Yo le suplico que tenga usted paciencia hasta mañana!

PETICK. ¡No, señora!

KETTY ¡No me pierda usted! ¡He hecho creer a mi marido que es usted el ama!

PETICK. (Indignada, levantándose.) ¿Ama yo? ¡Si soy soltera!

JIMMY ¡Eso no es obstáculo!

KETTY Sálveme usted.

PETICK. Pero, señora, yo...

JIMMY (Enérgico.) ¡Sálvenos usted!

KETTY ¡Cree que ese niño es nuestro!

JIMMY (Continuando con volubilidad.) ¡Y que usted está algo mal de la cabeza; mejor dicho, que está usted loca de remate.

PETICK. (Sobresaltada.) ¿Qué dice este hombre?

KETTY ¡Por Dios, no me desmienta usted!

JIMMY ¡Déjese usted llevar a un asilo!

PETICK. ¿A un asilo?

JIMMY A su edad y soltera, ¿dónde mejor?

KETTY ¡De lo contrario se irá para siempre!

JIMMY ¡Y no volverá!

GUILLER. (Dentro.) ¡Sígame usted!

KETTY }
JIMMY } ¡Guillermo! (Ketty se precipita rápidamente en la cama.)

PETICK. (Asustada, aparte.) ¡No cabe duda, están locos!

ESCENA XVIII

Dichos, GUILLERMO y el POLICÍA; después MARY y
MAGDALENA.

GUILLER. (Por el foro seguido del agente e indicándole a Miss Petickton.) ¡Ahí tiene usted a esa desgraciada de Julia Jinck!

- PETICK. (Atónita.) ¿Julia Jinck?
POLICÍA. Usted dispense, pero esta señorita es Miss Petickton, la Directora de la Casa-cuna. La conozco.
- KETTY (Aparte, aterrada.) ¡Dios mío!
JIMMY (Aparte.) ¡Abrete, tierra!
GUILLER. (Estupefacto.) ¿Miss Petickton?
PETICK. ¡Sí!
GUILLER. ¿No es usted la nodriza?
PETICK. ¡No, señor; no soy ni nodriza ni loca!
GUILLER. (A Ketty.) ¿Pero por qué no me dijiste...?
KETTY (Turbada.) Pregúntaselo a Jimmy...
JIMMY. ¡A mí no me preguntes nada! (Tratando de escabullirse.)
- GUILLER. (Viendo el movimiento de Jimmy.) ¡No, no te irás!
- JIMMY. ¡Si no me voy...!
- GUILLER. Responde.
- JIMMY. Yo no sé nada; pregunta a Margarita.
- GUILLER. ¿A tu mujer?
- PETICK. Lo diré yo. Su esposa de usted quería adoptar un niño, y el señor (Por Jimmy.) fué a buscarle a la Casa-cuna, pero la madre lo reclama.
- GUILLER. ¿Eh?
- KETTY (Suplicante.) Escucha, Guillermo...
MARY (Por el foro.) Señora, la criada de la lavandera.
- KETTY (Viendo entrar a Magdalena por el foro y dejándose caer desesperada en el lecho.) ¡Oh!
- MAGDALE. Traigo un *recao* pa la señora de parte de mi amo.
- JIMMY (Aparte, viendo a Magdalena.) ¡La otra ahora!
- GUILLER. (Disgustado.) ¿Qué amo?
- MAGDALE. ¿Qué amo ha de ser? ¡El marido de la lavandera que desea saber si puede venir todos los días a ver a sus hijos!
- GUILLER. ¿Qué hijos?
- MAGDALE. ¡Los dos gemelos que ha prestado a la señora de Hárrison!
- GUILLER. ¿A mi mujer?... (A Ketty.) ¿Luego... Jimmy, Guillermo y Napoleón?...

- KETTY (Agotada, incapaz de mentir más largo tiempo.) ¡ Los busqué para obligarte a regresar !
- GUILLER. (Indignado.) ¿ Luego yo?...
- JIMMY ¡ Eres un padre... huérfano !
- PETICK. ¡ Pronto, el niño ! No aguardo más.
- GUILLER. ¡ Un instante ! (A Mary.) Acompañe usted a Miss Petickton y a esta muchacha a la habitación en donde está la señora Scott y que les devuelvan los niños.
- PETICK. ¡ Por fin !
- MAGDALE. Pero...
- GUILLER. Y digan ustedes a sus padres que yo me encargo del porvenir de esas criaturas.
- PETICK. Gracias, señor Hárison...
- MAGDALE. ¡ Mil gracias !
- (Mary, Miss Petickton y Magdalena se van por la derecha.)
- POLICÍA ¿ Y yo, sigo de guardia abajo ?
- GUILLER. (Con amargura.) ¿ Para qué ? ¡ Ya no puedo temer que me los roben ! Gracias por sus servicios.
- POLICÍA Cumpló con mi deber. (Vase foro, aparte indicando a Jimmy.) ¡ Me hubiera gustado prenderle !

ESCENA XIX

KETTY, JIMMY, GUILLERMO y MARGARITA.

- MARGARI. (Que acaba de entrar por la derecha.) ¡ Guillermo !
- JIMMY Amigo mío...
- GUILLER. (A Margarita y Jimmy.) ¿ Y vosotros dos, vosotros a quienes creía buenos amigos, os habéis prestado a esta mentira ?
- MARGARI. (Dulcemente.) ¡ La última, Guillermo !
- GUILLER. ¡ ¡ La última ! ! (Dejándose caer en la butaca.)
- JIMMY ¡ Pongamos la penúltima !
- KETTY (Que se levanta después de salir el Policía y se ha puesto rápidamente el peinador, poniéndose de rodillas ante Guillermo, suplicante.) ¡ Guillermo !
- GUILLER. ¡ Oh, vete, vete !

- KETTY Guillermo, la mujer que abandonaste, frívola, ligera y no pensando sino en divertirse, no es la misma que está a tus pies.
- GUILLER. (Levantándose.) ¡Vete!
- KETTY ¡La de ahora también ama a los niños, y también, como tú, los quiere... pero era preciso emplear una mentira para hacerte regresar y, una vez junto a ti, implorar tu perdón!
- GUILLER. ¡No te perdono! ¡Y ya que no quieres irte, me iré yo, pero esta vez para siempre!
- KETTY (Suplicante.) ¡Guillermo!
- GUILLER. ¡Ya te consolaré el que almorzó contigo en el Saboya! ¡Adiós!
- JIMMY (Cortándole el paso y en tono decidido.) ¡No te irás!
- GUILLER. ¡Jimmy!
- JIMMY ¡Si no perdonas a tu mujer es porque sigues pensando en el desconocido, cuya piel querías!
- GUILLER. ¡Métete en lo que te importe!
- JIMMY ¡Por eso me meto! ¡El zascandil y el imbécil era yo!
- GUILLER. }
MARGARI. } ¿Tú? (Rápidamente.)
- JIMMY ¡Sí, yo! Ketty no te dijo la verdad por miedo de que la riñeses. Eso es todo. No se lo perdonaré nunca, pues por vez primera en mi vida, me ha obligado a mentir a mi mujer. (Cayendo de rodillas a los pies de Margarita.)
- GUILLER. ¡Júrame, sobre la cabeza de tu mujer, que eras el imbécil!
- JIMMY (Levantándose.) ¡Te lo juro!
- KETTY ¡Esposo mío! ¿Me perdonas?
- GUILLER. (Alegremente.) Buena broma me habéis jugado con los tres niños.
- JIMMY ¡No lo sientas! ¡Napoleón era niña!
- GUILLER. ¡Ketty!... (Ketty se arroja en los brazos de Guillermo.)

MARGARI. (Cariñosamente a Jimmy, haciendo gestos de reñirle.)
¿Con... qué?...

JIMMY (Interrumpiéndola.) ¡Pst! (Señalando a Guillermo y Ketty que están abrazados.) ¡Vámonos!
¡Pues bien dice el proverbio latino: *Conyugium sine prole, est mundus sine sole*.

MARGARI. (Sin comprender.) ¡No entiendo una palabra!

JIMMY ¡Que un matrimonio sin hijos, es el mundo sin sol!...

TELÓN

FIN DE LA OBRA

OBRAS DRAMATICAS

DE

FEDERICO REPARAZ

publicadas por TEATRO MUNDIAL

LA DONCELLA DE MI MUJER (1)

Comedia en tres actos

LOS HIJOS ARTIFICIALES (2)

Comedia en tres actos

LA LLAMARADA

Drama en tres actos

LLUVIA DE HIJOS

Comedia en tres actos

(1) Colaboración de TOMÁS LUCEÑO.

(2) » » JOAQUÍN ABATI.

16-18
JOSÉ FOLA IGÚRBIDE

EL CACIQUE

O

LA JUSTICIA DEL PUEBLO

Drama en cuatro actos



MADRID

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1915

EL CACIQUE

O

LA JUSTICIA DEL PUEBLO

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la «Sociedad de Autores Españoles» son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Edición autorizada para «Teatro Mundial».

EL CACIQUE

— 0 —

LA JUSTICIA DEL PUEBLO

Drama en cuatro actos y diez cuadros

original de

José Fola Igúrbide

Representado en Barcelona por la compañía ROSAS
y en Valencia por la de MUÑOZ



*mf 1-96
200 palabras*

BARCELONA

BIBLIOTECA «TEATRO MUNDIAL»

15, Barbará, 15

1915

PERSONAJES

TÍA QUICA. (Anciana de 70 años.)

JACINTA. (Hija de don Tomás, el cacique.)

DOÑA BALDOMERA. (Gran señorona de Madrid.)

ANASTASIA. (Criada de la tía Quica.)

MIGUEL. (Ingeniero mecánico.)

MALALENGUA. (Tipo genial del pueblo.)

DON TOMÁS. (El cacique.)

TÍO SIMÓN. (Tipo clásico de honradez del pueblo, esposo de la tía Quica.)

PACO. (Hijo de doña Baldomera y diputado a Cortes.)

DON BERNARDINO. (Juez de Primera Instancia.)

EL RULLET. (El valiente o matón del pueblo.)

EL ALCALDE. (Primera autoridad Constitucional del pueblo.)

CIUDADANO 1.^o

CIUDADANO 2.^o

CIUDADANO 3.^o

PEDRO.

TENIENTE.

UN MÚSICO.

ORDENANZA DE TELÉGRAFOS.

Cantadores de la región valenciana, Músicos, Labradores y Labradoras

La acción en uno de los pueblos de la región valenciana.



ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Una plaza en uno de los pueblos de la región valenciana. A la derecha, la casa de don Tomás, el cacique de la provincia. A la izquierda, la del tío Simón, de modesta apariencia. Avenidas al foro laterales.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón aparecen en la plaza multitud de mozos y mozas del pueblo con típicos y vistosos trajes del país. Al son de guitarras y canto valenciano algunas parejas bailan al estilo de la región. En el balcón de su casa DON TOMÁS, que dice al terminar el baile:

TOMÁS Muy bien, muchachos, muy bien. Idos a la estación que no tardaré en reunirme con vosotros. Hay que obsequiar a los forasteros que vienen en el tren. Hasta luego. (Se retira.)

PUEBLO ¡Vamos, vamos! (Vanse todos por el ángulo de la derecha.)

ESCENA II

LA TÍA QUICA. Saliendo de su casa, que es la del tío Simón.

QUICA Gracias a Dios que se han ido. Bueno está mi corazón para cantos y bailes. (Pausa.) ¡Me decido!... ¡Vaya si me decido!... ¡Le guste o no le guste a Si-

món!... ¡Yo necesito deshacer este nudo!... Y poco que me aprieta. (Se aproxima a la casa de don Tomás con ánimo de penetrar en ella, pero se detiene al llegar junto a la puerta.) ¡Tiemblo como un pajarillo!... ¡Lo mismo que si fuera a cometer una mala acción! Esta política *too* lo enreda... desfigura y confunde las cosas de un modo que la atolondra a una. ¡Bah! ¡Bah!... Yo necesito saber porque no nos escribe mi hijo, y don Tomás puede sacarme de esta duda... Adelante... ¡Ah! Tanto mejor... Aquí viene.

ESCENA III

Dicha y DON TOMÁS, saliendo de su casa.

- QUICA ¡Don Tomás!...
- TOMÁS (Secamente.) A mí no tenéis que dirigirme la palabra ni tú ni tu marido.
- QUICA ¡*Too* sea por Dios!... ¡Y cómo pone la política a esos hombres!... Borra hasta el recuerdo de las buenas acciones.
- TOMÁS (Que ya le había vuelto la espalda para irse, se vuelve y le dice.) ¿Qué quieres?
- QUICA ¡Vamos!... Al fin le ha *tocao* en el corazón el agradecimiento.
- TOMÁS Despacha pronto.
- QUICA No ponía usted esa cara cuando nos vino a pedir aquellos diez mil reales...
- TOMÁS ¿Y no pagué religiosamente mi deuda?
- QUICA Al cabo de los años mil, y sin rédito alguno.
- TOMÁS ¿Y es esto lo que tenías que decirme?
- QUICA No, señor, no... Lo que tenía que decirle es otra cosa... Pero con esos modales... ¿quién le pone el cascabel al gato?
- TOMÁS (Procurando endulzar el tono seco de su voz.) Ya te escucho. Habla.
- QUICA Eso es otra cosa... No sé si recuerda

usted, don Tomás, que mi hijo Miguel se fué al país de los Estados Unidos a estudiar las máquinas hace dos años justitos y cabales. Ayer se cumplieron... Y desde entonces que yo no vivo... ni duermo... ni sosiego... Como que llevo la cuenta día por día...

TOMÁS

Al grano ; al grano.

QUICA

¡ Y bien que estoy metida en el grano !...
¡ Y que es poco maligno ! Ha de saber usted, que mi hijo nos escribía *en antes* todas las semanas, y de *un súbito*, sin saber por qué, ha *dejao* de hacerlo, y Miguel no deja de escribir a su madre sin una causa muy gorda.

TOMÁS

¿ Y qué tengo yo que ver con todo eso ?

QUICA

Usted es el único que nos puede sacar del *atollaero*.

TOMÁS

Explícate.

QUICA

¡ Flojas relaciones que *tié* usted con todos los *presonajes* que andan *metíos* en el ojo de la política !...

TOMÁS

¿ Y qué falta te hacen a ti esas relaciones ?

QUICA

Será cosa de decírselo *too* de un rondón. Usted puede valerse del menistro *pa* averiguar lo que ha sido de nuestro hijo.

TOMÁS

¡ Vaya una salida !

QUICA

No soy yo ninguna lerda ; que tengo *toos* mis cinco *sentíos*... Digo que usted puede averiguarlo porque tiene medios para ello. Los menistros de España se entienden con los de aquel país, y usted hace lo que quiere de los menistros.

TOMÁS

¡ Ya te entiendo... Ya te entiendo ! Quieres que se averigüe el paradero de tu hijo nada menos que por la vía diplomática.

QUICA

Eso debe ser.

TOMÁS

¿ Y a quién te diriges ? Al cacique de la provincia... Al *tío calzones*, como me llama tu marido. ¡ Anda ! ¡ Que te saque

tu Simón de esos agobios !... ¿No dice que soy un vividor?... ¿Que me he enriquecido con la política?...

ESCENA IV

Dichos y el TÍO SIMÓN. Saliendo de su casa.

SIMÓN Y lo repito.
TOMÁS Ahí le tienes. Contéstale tú.
QUICA Mira, Simón. No sé porque has venido a enredar la madeja.
SIMÓN Calla tú, Francisca.
TOMÁS Poneos de acuerdo, que no está bien que mientras va por un lado el marido hablando pestes del cacique, vaya por otro la mujer pidiéndole favores.
SIMÓN (A Francisca.) ¿Qué te *paee* de ese latigazo? Aprende.
QUICA Y tanto como aprendo, que me voy a quedar sin saber lo que ha sido de nuestro hijo.
SIMÓN Ya lo oye usted, don Tomás : el ansia que le come las entrañas le ha hecho olvidar sus deberes... Esto únicamente se le puede perdonar a una madre... Conste que no ha seguido mis consejos... Demasiado sabe mi Francisca, porque se lo tengo dicho un millón de veces, que del cacique no debe recibirse ni agua bendita.
TOMÁS ¡Durilla es la frase ! Debes haberla leído en algún periódico de esos que salen a diario predicando la revolución.
SIMÓN ¡Ya salió la revolución !
TOMÁS Paciencia si te escuece, que no está tan malo el cacique como le pintas.
SIMÓN Y peor mil veces que *too* lo malo que yo pudiera decir.
TOMÁS Entonces aguarda a que triunfen tus amigos para hacerle justicia, y mientras, puedes seguir ladrando a la luna.

- SIMÓN ¡ Polaina ! (Irritado.)
TOMÁS ¡ Ya salió la polaina !
SIMÓN Y *too* va a salir ahora.
QUICA Vamos a casa, Simón, que las palabras son como las cerezas. No se te vayan a enredar en los labios y tengamos un disgusto.
SIMÓN No será sin decirle a este hombre *too* lo que merece.
TOMÁS Empieza, que ya veremos hasta donde aguantó el chaparrón.
SIMÓN (Colérico, a Francisca, que se interpone.) ¡ Apártate, Francisca !
QUICA (Asustada, santiguándose.) Bueno, hombre, bueno.
SIMÓN Pues digo que los caciques son la perdición de España.
TOMÁS Eso ya estoy cansado de oirlo.
SIMÓN Pero el cacique no es usted solo. Es el conde que le favorece desde Madrid.
TOMÁS Ahí duele.
SIMÓN Han formado ustedes unas *caenas* con los malos políticos que corrompen *too* el aire que estamos respirando los españoles, y nos tienen *ataos* peor que en un presidio. Por causa de los caciques están echando salivazos sobre nuestra peseta *toos* los extranjeros... y no tenemos ni administración, ni justicia, ni *na...* Cierto es que he dicho que se ha *enriquecido* con la política, pero es *pa* honra de la verdad, aunque sea *pa* deshonra de usted.
TOMÁS (En alta voz, con acento muy colérico.) ¡ Ojo con lo que se dice, tío Simón !
SIMÓN Paciencia si le escuece, que aun falta decir lo más gordo.
QUICA ¡ Por Dios, Simón !
SIMÓN Repito que me dejes.
TOMÁS Déjale, que puede que la ofensa le cueste muchas lágrimas.
SIMÓN Las derramaría con mucho gusto, aun-

que fuesen de sangre, con tal de que se hiciese con *toos* los caciques lo que tengo *pensao*. Un montón bien grande, y luego prenderle fuego para que ardiese como una hoguera... Más *en después* aventaría las cenizas hasta que desaparecieran por completo, y no quedase ningún rastro de esa mala semilla, que es la vergüenza de los hombres *honraos* y el sonrojo de *toos* los buenos españoles. He dicho.

TOMÁS Te has valido de tus canas para decirlo.
SIMÓN Y de mis puños.

TOMÁS (Adelantándose hacia Simón.) ¡Ira de Dios!

QUICA (Atajando la acción de don Tomás.) ¡Don Tomás!

SIMÓN (Enarbolando el palo que lleva.) Déjale, que si se aproxima le hago saltar los sesos de un palo.

TOMÁS ¡Me las pagaréis todas juntas! ¡Os lo prometo! (Vuelve la espalda y se dirige al foro para hacer mutis por la derecha.)

SIMÓN (Siguiéndole un corto trecho.) Estamos a la recíproca, que no somos mancos.

ESCENA V

TÍA QUICA y TÍO SIMÓN.

QUICA ¡Me has perdido, Simón!... ¡Me has perdido!...

SIMÓN ¡Quita allá!... Que no has *parao* hasta ponerme en ridículo.

QUICA En peor estado me habéis puesto vosotros.

SIMÓN ¡Polaina con la mujer esta!... Qué manera de dejarse vencer por el cariño de su hijo.

QUICA Yo voy a lo verdadero, mientras que vosotros, con tanto afán por la política, solo vais a lo falso.

SIMÓN Pero ¿qué es lo que tú pretendes? ¿Que

nos entreguemos *ataos* de pies y manos al cacique, para que él haga su santa voluntad?

QUICA Mira, mira. No gallardees conmigo como con el otro, que ahora estamos solos y nadie nos oye... *Demasiado* sé yo que el clavo que llevo aquí dentro *metió*, lo llevas tú también *clavao* en las entrañas. Conque a ver cómo lo sacamos y sabemos bien pronto la causa del silencio de nuestro hijo.

SIMÓN Me has *tocao* en la herida; pero no hay más remedio que esperar a que den resultado las cartas y cablegramas que se han dirigido a Nueva York.

QUICA ¡Así estamos!... Y pronto hará dos meses. *Pa* nosotros de bien poco sirven esos hilos, que se dice que corren tanto. Y a mí el mal presentimiento no se me quita... *Mucha prisa* te diste tú *pa* que se fuera... Aguarda a que vuelva.

SIMÓN ¡Polaina!... No es lo malo que yo lleve el clavo en las entrañas, sino que lo ahondes tú con tus martillazos... Por si acaso, no quiero que se me pudra una cosa que tengo aquí dentro, y que te había *ocultao*.

QUICA ¡Ya irá saliendo el misterio!

SIMÓN Yo tomé a tanto empeño que Miguel se fuera con aquel señor ingeniero, en primer lugar porque hiciera carrera, y en segundo, porque observé que estaba *enamorado* como un loco de Jacinta, la hija de don Tomás.

QUICA Por lo primero, pase... Por lo del amor, hiciste una tontería. Si Miguel estaba *enamorado* de Jacinta, ella estaba ciega por él, y vaya lo uno por lo otro, que las mujeres se han hecho *pa* los hombres.

SIMÓN ¿Tú sabías que?...

QUICA Naturalmente, hombre, naturalmente.

SIMÓN ¿Y por qué no me lo dijiste?

QUICA
SIMÓN

¿Y por qué me lo callaste tú?

Bueno... Pues es el caso que una noche, ya muy tarde, yo les sorprendí donde ellos menos podían figurarse. Al ver que se olvidaban demasiado de sí mismos, me acordé de una frase que leí en una historia... no recuerdo cual, y dije para que me oyeran: «¡Miguel, el amor pasa... la mancha queda!» Ella se marchó precipitadamente, desapareciendo entre las sombras del jardín, y él vino a ponerse de rodillas para pedirme perdón y darme las gracias por haberle evitado aquel mal pensamiento y aquella mala hora. ¡Nunca podrá creer don Tomás que si hoy tiene honra su hija se la debe a su adversario político, al tío Simón!

QUICA

Eso es muy hermoso efectivamente, pero no veo las ganancias que nos ha *reportao*.

SIMÓN

Deja que concluya. A Miguel le hice las debidas reflexiones, y el chico se hizo cargo a las mil maravillas... Tal y como estaban las cosas, interrumpida su carrera de ingeniero por la falta de recursos en que nos hallábamos, *embargá* la tierruca de naranjos y la mayor parte de nuestra hacienda, por no poder pagar la contribución, a causa de los malos tiempos y las malas cosechas, el padre de Jacinta la hubiera *matao* antes que dársela a nuestro hijo. Entonces se terció aquella ocasión que ya conoces. Y el chico dijo: «Pues a los Estados Unidos a hacer carrera.» Fué necesario vencer tu oposición, y aunque las lágrimas se me caían por dentro, tuve que demostrar la mayor entereza para que aquel buen propósito no se malograra. Ahí tienes explicado *too* el misterio de mi conducta. Y Miguel desapareció una mañana en el tren que le condujo a Barcelona, *pa* em-

QUICA

barcarse en el vapor, y lo malo es que se llevó el alma de su madre, porque yo sin alma me encuentro desde que le tenemos áusente, y si fuera a contarte las penas que oculto y que me paso yo solita por los rincones de la casa, así como las lágrimas que derramo para suavizar algo el nudo que me aprieta... casi te arrepentirías de haber obrado tan honradamente como lo hiciste.

SIMÓN ¡ Eso nunca, Francisca !...

QUICA Al freir será el reir, digo yo.

SIMÓN Cualquiera, al oírte, diría que nuestro hijo...

QUICA Mira aquella nubecilla, Simón. Todas las mañanas se coloca encima de aquel picacho desde que no recibimos carta de Miguel.

SIMÓN ¿ Y eso qué significa ?

QUICA *Pa* ti no significa *ná*. *Pa* mí significa mucho, porque a la misma hora se me pone a mí otra nubecilla en el pensamiento...

SIMÓN ¡ Tonterías tuyas, mujer !... ¡ Tonterías tuyas !...

QUICA Tonterías o no, voy a decirte su *significao*. Esas nubecillas, una y otra, me envuelven el corazón, y entonces éste me dice con una voz que oigo yo sola : « No te canses ni suspires con engañosas esperanzas. ¡ No volverás a ver a tu hijo Miguel ! »

SIMÓN (Tratando de disimular la profunda emoción que siente.) ¡ Polaina !... ¡ Qué cosas dice esta mujer !

QUICA Y los hechos me dan la razón.

SIMÓN ¿ Pero tú crees que nuestro hijo ?...

QUICA Lo que me dice éste, que no me engaña, y que palpita aquí *drento*. Que no volveré a verle...

SIMÓN (Sin poderse contener, abriendo los brazos.) ¡ Francisca !

QUICA ¡ Simón ! (Precipitándose en ellos.)

ESCENA VI

Dichos y MALALENGUA.

MALALEN. (Por el foro derecha.) ¿Qué estoy mirando?
¿Qué os pasa?

QUICA ¡Malalengua!

SIMÓN Buenos días, Pascual.

MALALEN. ¿Por lo que colijo no habéis recibido todavía carta de Miguel?

QUICA Lo has *acertao*.

MALALEN. Enjугue esas lágrimas, abuelica. Ya escribirá... Y tanto como escribirá. Y además, que un par de cartas se las lleva el diablo con la mayor facilidad del mundo. ¡Buenos están los correos en España!... Conque, a tranquilizarse y a esperar otro día más feliz... Acabo de ver a don Tomás. No va ese triste ni pesaroso; al contrario; satisfecho y orondo como un Padre Provincial... (Pausa.) ¿Os habéis quedado mudos?

SIMÓN Esperamos a que acabes para meter baza.

MALALEN. Harto dicen por ahí que hablo mucho y que tengo mala lengua, pero unos gozan la fama y otros cardan la lana. ¿Sabéis dónde se dirige el tío Calzones? Pues se encamina a la estación a esperar a la señorona de marras que viene de Madrid con su hijo, aquel goma que se dejó ver el año *pasao* por aquí.

QUICA No nos dices nada de nuevo, Malalengua.

MALALEN. Lo que no sabéis de fijo es el motivo que trae a doña Baldomera, la querida del personaje que hace mangas y capirotos de esta provincia. Voy a decíroslo, porque yo tengo un duende que *too* me lo cuenta. Viene a presentar a su hijo, porque lo quieren sacar *diputao* en las pró-

ximas elecciones a Cortes ; y para algo todavía más gordo y positivo... Para atrapar la mano de Jacinta, la hija del cacique.

QUICA Eso no es verdad, Malalengua. ¡ Eso no puede ser !

MALALEN. Tú te has caído de un nido. Doña Baldomera busca cuartos para llevar adelante sus trapionderías, y como don Tomás los tiene, bien o mal *adquiríos*...

QUICA Pero Jacinta no consentirá en ello... Jacinta verá que el hijo de doña Baldomera la quiere solo para llevar a cabo su negocio, y no aceptará. ¿ No es verdad, Simón, que no aceptará ?

SIMÓN Que *quiés* que te diga, mujer ; que *quiés* que te diga.

MALALEN. La chica se dará con un canto en el pecho... ¡ Ahí es *ná* ser la mujer de un *deputao* a Cortes *protegío* por el señor conde !

QUICA Repito que eso es imposible. Simón, ayúdame a convencer a Malalengua. Jacinta no ha de vender el afecto de su corazón como si fuera una caja de naranjas... Eso no. Respondo de Jacinta... Ese Malalengua *too* lo confunde, lo bueno y lo malo ; el estiercol y la hortaliza ; la podre y el trigo... Convéncele tú, Simón.

SIMÓN A mala parte te arrimas, porque yo opino como Malalengua.

QUICA ¿ Tú también ?

SIMÓN No ha sido chorro de palabras sino ristra de perlas las que ha *soltao* por esa boca. La mujer se pierde por la vanidad, y Jacinta se dará con un canto en el pecho como dice Malalengua, casándose con el hijo de doña Baldomera.

MALALEN. Hay que rendirse a la evidencia, abuelica... Los hombres somos como los vinos... Grado más, grado menos, todos tenemos nuestro espíritu, que es la par-

te volátil de la persona... Pero en lo tocante a la vanidad de las mujeres, de ahí no sale más que agua o vinagre, porque la mujer no tiene espíritu:

SIMÓN ¿Y para qué tanta discusión? ¡Que se case con quien le dé la gana!

MALALEN. Miradla; por ahí asoma hecha un *puñado* de flores.

ESCENA VII

Dichos y JACINTA.

JACINTA (Saliendo de la casa de don Tomás.) ¡Ah! ¿Son ustedes? ¡Buenos días!

QUICA ¿Dónde vas tan compuesta, que *paeces* un manojo de rosas y claveles?

JACINTA A la estación, donde ya debe estar mi padre aguardando. Adiós.

QUICA Un momento, Jacinta. Dispensadme; quiero hablar con ella aparte dos palabras. (Se acerca a Jacinta.)

JACINTA Usted dirá, tía Quica.

QUICA ¿Con qué es verdad que te casas?

JACINTA Pronto se ha corrido... Dígame antes: ¿y de Miguel?

QUICA Nada. Ni una letra.

JACINTA Usted no sabe las angustias que estoy pasando. Todos los días tengo que sostener una batalla con mi padre. ¡Estoy loca!... ¡desesperada!... Antes hemos reñido de un modo atroz porque yo me negué a ir a la estación... El se marchó furioso, diciéndome: «Allí te espero. Tú sabrás lo que haces.» Unas veces quiere matarme... Otras encerrarme en un convento... Al fin tendré que ceder. ¡Soy muy desgraciada!... ¡Adiós, tía Quica, adiós!

QUICA Que Dios te ilumine, Jacinta. (Vase Jacinta por el foro derecha.)

ESCENA VIII

TÍA QUICA, SIMÓN y MALALENGUA.

MALALEN. Poco ha durado la conferencia.

SIMÓN ¿Qué has sacado en limpio?

QUICA Que *pué* que tengáis razón...

MALALEN. Eso ya lo sabíamos.

QUICA Y *pué* que no la tengáis.

SIMÓN ¿Pero se casa, o no se casa?

QUICA Tal como la encuentro, por el estado de su ánimo, lo mismo puede casarse que puede muy bien que no se case.

MALALEN. Pa ese viaje no se necesitaban alforjas.

QUICA Pues el que quiera saber más, que vaya a estudiar a Salamanca. (Dentro, izquierda, grandes rumores, como de una muchedumbre que se acerca)

SIMÓN ¿Qué rumor es ese?

MALALEN. El pueblo *degrada*o que se aproxima. Son los corifeos del cacique.

SIMÓN ¿Y dónde van?

MALALEN. A la estación, con el propósito de festejar la llegada de esa señorona.

SIMÓN Metámonos dentro de casa, Francisca. Me abochorna este espectáculo. Quiero evitar la tentación que me acosa de cerrar a palos con todos ellos. Adiós, Malalengua.

MALALEN. Que Dios os sea propicio. (Entran en su casa Simón y la tía Quica.)

ESCENA IX

MALALENGUA y CIUDADANOS 1.^o y 2.^o, seguidos de una gran multitud de gente del pueblo, por la izquierda.

CIUDA. 1 Aquí está Malalengua.

CIUDA. 2 ¡Viva Malalengua!...

TODOS (Con mucha sorna.) ¡Viva!

- MALALEN. (Con acento muy reposado y tranquilo.) Seguid vuestro camino, y no os metáis con quien no se mete con vosotros.
- CIUDA. 1 ¿Qué haces ahí tan solo, sin hablar mal de alguno?
- MALALEN. Más vale estar solo que mal *acompañao*.
- CIUDA. 2 Ya la soltó.
- TODOS ¡Ja, ja, ja!
- MALALEN. ¡Alcornoques!... Idos a vitorear a vuestro amo. Al cacique.
- CIUDA. 1 Echanos un discurso, Malalengua.
- CIUDA. 2 ¡Que hable!
- TODOS ¡Sí, sí! ¡Que hable!
- MALALEN. Vosotros sois de los que gritan: ¡*Vivan las caenas*! Ya que me habéis *tirao* de la lengua, ahora ya no os queda otro remedio que aguantar el chaparrón que va a caer sobre vuestras cabezas.
- CIUDA. 1 ¡Venga!
- TODOS ¡Venga, venga!
- MALALEN. Habéis de saber que vuestra ignorancia es la causa de vuestra ruina y vuestra miseria. Os vendéis al cacique por un par de cántaros de vino, sin comprender que así le llenáis la bodega. Hay otra clase de obreros, quienes trabajan y sudan como vosotros, pero que no venden su libertad por todo el oro del mundo. Esos ya comienzan a ver claro, porque han abierto los ojos a la luz de la inteligencia, que es la única que puede llevarlos por buen camino. Sabed que un hombre sin libertad en su conciencia y en sus acciones, es lo mismo que una bestia de carga. Vosotros, a regocijaros en la taberna; ellos, a instruirse a la escuela. Comparad vuestra conducta con la suya, y apreciaréis la diferencia. De aquellos trabajadores saldrá una generación de ciudadanos libres y *honraos*; de vosotros saldrá una generación de idiotas, *pegaos* al terruño, siervos del amo, sin concien-

cia de sus derechos ni de sus deberes, miserables y *embrutectos*, sin dignidad en la frente y sin luz en el entendimiento.

CIUDA. ¡ Este tira *demasiado* de la lengua. Vámonos.

TODOS Sí, vámonos.

MALALEN. ¡ Buen viaje! (Vanse todos por el foro menos Malalengua.)

ESCENA X

MALALENGUA, solo.

Vinieron por lana y se van *trasquilaos*. Luego dicen que hablo mal de *too* el mundo. ¿Voy a echarles flores a esos porros? Da repugnancia verles marchar tan *decididos* a vitorear al cacique... Y estos menos mal, porque son hijos del pueblo sin instrucción de ninguna clase. Lo que da más repugnancia todavía es el espectáculo que ofrecen los señores de levita que siguen al cacique tan dóciles y serviles que *paecen* una rehata de juementos... El señor Alcalde... Este trae malas intenciones... Voy a escurrir el bulto. (Trata de hacer mutis, entrando en la casa del tío Simón, pero le detiene la voz del Alcalde.)

ESCENA XI

Dicho, el ALCALDE y el ALGUACIL. Por la derecha. El Alcalde ha de sostener y revelar un tipo bien definido y característico.

ALCALDE ¡ Alto allá, Malalengua!

MALALEN. (¡ Me atrapó!) (Deteniéndose en el umbral.) Buenos días, señor Alcalde.

ALCALDE Ya tenía ganas de echarte la vista encima.

MALALEN. La vista de la autoridad no le pesa nunca a ningún hombre de bien.

ALCALDE. Se me acaba de decir que ha interrumpido usted la libre circulación del pueblo, increpando a la muchedumbre como si fuese usted el juez de primera instancia.

MALALEN. Han faltado a la verdad. Ellos son los que me tiraron de la lengua.

ALCALDE. Sepa usted que esos ciudadanos tienen mi permiso para hacer lo que hacen, y se hallan, por consiguiente, en el uso de todas sus facultades físicas y legales.

MALALEN. Está muy bien.

ALCALDE. Sepa usted que van a vitorear a don Tomás porque así conviene a las instituciones. ¿Estamos?

MALALEN. Líbreme Dios de meterme con las instituciones para nada, señor Alcalde.

ALCALDE. A usted se le va mucho la lengua.

MALALEN. No tanto como se dice en perjuicio de mi buena reputación.

ALCALDE. ¿Qué tiene usted que murmurar de mi gobierno?...

MALALEN. Nada absolutamente. Creo que mejor servidos ni mejor *gobernaos* nunca lo estaremos bajo la férula de ningún otro alcalde de *rial* orden.

ALCALDE. ¿Qué es eso de la férula?

MALALEN. Si le ha molestado a usted, la retiro.

ALCALDE. ¿Trata de levantarme la voz?

MALALEN. No he pensado en semejante cosa.

ALCALDE. Yo soy más liberal que Riego, pero ojo con lo que se dice, porque le meto en la cárcel más pronto que canta un gallo. Yo no tolero que se falte a la libre circulación del pueblo con permiso de mi autoridad. Para eso soy alcalde constitucional; para defender la constitución y la *regia prerrogativa* de todos los ciudadanos. ¿Estamos?

MALALEN. Sí, señor, sí.

- ALCALDE (Encampanándose de nuevo.) ¿Qué osa usted decir?
- MALALEN. Nada, señor Alcalde, nada.
- ALCALDE ¡Ojo al Cristo, que es de plata! Hasta otra.
- MALALEN. Vaya usted con Dios. (Vase el Alcalde por el foro izquierda.)

ESCENA XII

MALALENGUA, solo.

Este es un alcalde más liberal que Riego, pero mete en la cárcel al primer ciudadano que se le ponga por delante más pronto que canta un gallo. Así somos la mayor parte de los españoles. (Dentro, derecha, música y grandes vivas.) Ya ha llegado al pueblo esa señorona.

- CIUDA. 1 (Dentro.) ¡Viva don Tomás!
- PUEBLO (Dentro.) ¡Viva!
- CIUDA. 2 (Dentro.) ¡Viva nuestro futuro *deputao*!
- PUEBLO (Dentro.) ¡Viva!
- MALALEN. Hacia aquí se dirigen.

ESCENA XIII

Dicho y DON TOMÁS, DOÑA BALDOMERA, JACINTA, PACO, CIUDADANOS 1.^o y 2.^o y el pueblo, que les sigue con bandera y música.

- CIUDA. 1 ¡Viva don Tomás!
- PUEBLO ¡Viva!
- CIUDA. 2 ¡Viva nuestro futuro *deputao*!
- PUEBLO ¡Viva! (Cesa la música.)
- PACO Gracias, muchachos.
- BALDOME. ¡Estoy encantada!... ¡Qué gente tan alegre y bulliciosa!
- TOMÁS Entremos en casa para tomar el refresco que les tengo preparado.

- BALDOME. No, don Tomás. Esperemos un momento. La fatiga ha sido muy poca. Hemos hecho escala en Valencia; déjeme saborear este hermoso espectáculo... Aquí se ven la sinceridad y la nobleza del pueblo... En Madrid todo es intriga y farsa.
- TOMÁS Como usted quiera.
- BALDOME. Jacinta se ha convertido en una real moza.
- JACINTA Muchas gracias.
- PACO ¡Ya irás viendo, mamá!... ¡Ya irás viendo!
- BALDOME. Se conoce que el pueblo le quiere a usted con delirio.
- TOMÁS Algo, algo.
- CIUDA. 1 ¡Viva don Tomás!
- PUEBLO ¡Viva!
- CIUDA. 2 ¡Viva nuestro futuro *deputao*!
- PUEBLO ¡Viva!
- MALALEN. (Adelantándose y con voz estentórea.) ¡Vivan los hijos de este pueblo que tienen dignidad y vergüenza! (Pausa. Nadie contesta.)
- BALDOME. ¿Por qué os calláis, muchachos?
- MALALEN. Porque este viva no entra en el programa.
- TOMÁS Tú habías de ser, Malalengua.
- BALDOME. ¿Quién es este hombre?
- TOMÁS Un tipo muy conocido en la población. Habla mal de todo el mundo, y así regocija a las gentes. No hay que hacerle caso.
- BALDOME. ¿Con qué es usted el bufón de este pueblo?
- MALALEN. Presente, señora.
- BALDOME. Dí algo que nos haga reír y te daré una moneda.
- MALALEN. Con mucho gusto; pero la moneda se la guarda usted para los pobres. La risa pueda ser que también se la guarde.
- TOMÁS Ojo con lo que se dice, Malalengua.
- MALALEN. Hablaré cuanto me venga en gana para complacer a esta señora.

- TOMÁS Creo que lo mejor sería...
- BALDOME. No, don Tomás. Repito que no me siento fatigada. Me enamoran las costumbres populâres, y este tipo ha despertado mi curiosidad.
- CIUDA. I ¡Qué hable! ¡Qué hable!
- PUEBLO Sí, sí. ¡Qué hable!
- MALALEN. No hay que impacientarse. Ya deberíais estar escarmentados. En primer lugar, para que no se enamore demasiado de las costumbres de este pueblo, debe saber la señora que estos ganapanes que tanto vociferan, no lo hacen por gusto ni fina voluntad. Les han prometido algunos cántaros de vino para remojar el gaznate, y darán vivas hasta echar los bofes por la boca.
- PUEBLO ¡Ja, ja, ja!
- TOMÁS ¿Lo ve usted, doña Baldomera? Su eterna manía. Muerde a todo el mundo. Dejémosle que dispare a solas.
- BALDOME. Al contrario, debemos oírle, porque a mí me resulta delicioso... Prosiga usted, Mala... Mala...
- MALALEN. Malalengua, para servir a su mercé. Es un *atlas* que me han puesto, pero no se maraville por eso. También a don Tomás le llaman por acá el tío Calzones.
- TOMÁS (Bastante corrido.) Son costumbres de los pueblos.
- BALDOME. Ya me hago cargo, don Tomás.
- PACO Dí algo de mí, Malalengua.
- MALALEN. ¿Usted también, señorito?
- PACO Habla todo lo mal que quieras, pero con gracia, para que nos hagás reír.
- MALALEN. No hay inconveniente... Por regla general, la pícara fortuna se ofrece a los mortales en forma de cucaña. Arriba, en lo más alto; la joya, o dígase la suerte. Abajo, el palo escueto y desnudo, y además *enjabonao*, *pa* que resbale *too* el que quiera apoderarse de la joya. Pues bien;

usted le ha hecho gracia a la fortuna, bien sea porque realmente la tenga, o por lo de aquel refrán que dice que más vale caer en gracia que ser gracioso. Ello es que quiere hacerle *deputao* a Cortes, y darle además la rosa más linda, que se cría en estos jardines, en doce leguas a la *reonda*. Y así, bien *atiborrao* de dicha, lo va a poner en lo más alto de la cucaña, para que todas las fatigas y sudores que emplean los otros para subir, tenga usted que pasarlos para bajar... Y vamos ; aun reconociéndole mucho mérito, me *paece* que es usted demasiado joven, y que no va a poder bajar de la cucaña sin romperse alguna de las partes más *delicás* que tiene la persona.

PACO Malalengua, no eres tan tonto como pareces.

MALALEN. La peor de las tontunas es la que pone cara de sabio. Esa es la mala.

CIUDA. I Nos has dejado con la miel en la boca.

MALALEN. No se hizo la miel para la boca del asno.

PUEBLO ¡ Ja, ja, ja !

BALDOME. ¿ Sabe usted, don Tomás, que las bufonadas de este hombre son muy notables ?
¡ Me encanta este tipo !

TOMÁS Lo celebro, señora.

BALDOME. ¡ Qué costumbres tan sencillas y deliciosas tienen los pueblos ! ¡ Cuánto va a gozar el conde cuando le haga el relato de estas pintorescas escenas !

MALALEN. Ahora vaya una por mí ; con permiso de la señora.

TOMÁS ¡ Basta !... ¡ Basta !

BALDOME. Diga, diga, Malalengua.

MALALEN. Pues digo que esta huerta es muy hermosa. Ya se habrán fijado en el camino si han mirado por las ventanillas del tren. La tierra de por acá produce todo lo que siembran en ella. Plantan naran-

jos, y salen naranjas... Si patatas, patatas; si cebollas, cebollas... Pero mire la señora qué prodigio. Admírese para contárselo al señor conde cuando regrese a Madrid. En la huerta de este pueblo se plantan melones y salen...

PACO ¿Qué?...

MALALEN. ¡Deputaos!

PUEBLO ¡Ja, ja, ja!

TOMÁS Vamos, señora, que el refresco está esperando.

BALDOME. Vamos.

CIUDA. 1. ¡Viva don Tomás!

PUEBLO ¡Viva!

CIUDA. 2. ¡Viva nuestro futuro *deputao*!

PUEBLO ¡Viva!

(Entran en la casa de don Tomás, éste, doña Baldomera, Jacinta y Paco.)

ESCENA XIV

MALALENGUA, CIUDADANOS 1.^o y 2.^o y pueblo.

MALALEN. (Llamando aparte a los músicos) Muchachos, es menester que obsequiemos a esta señora que ha venido de Madrid, dándole una serenata mientras se halla tomando el refresco.

MÚSICO Eso pensábamos hacer.

MALALEN. ¿Cuánto os ha ofrecido don Tomás?

MÚSICO Poca cosa; dos cántaros de vino.

MALALEN. Aquí hay un billete de diez duros para vosotros.

MÚSICO ¿Eso es cierto?

MALALEN. La palabra del tío Pascual es una escritura. Vuestros son los diez duros si hacéis lo que yo os mande.

MÚSICO Aceptado.

TODOS Aceptado.

MALALEN. Te lo diré a ti al oído para que nadie se entere, y tú se lo dices a tus compañeros

en la misma forma. (Malalengua hace como que habla al oído al músico.)

MÚSICO. Conformes. (Este a su vez habla a los demás de la banda en la misma forma.)

MALALEN. (Situado a la puerta de la casa de don Tomás.) Venid todos acá... ¿Estais preparados?

MÚSICO. Sí, señor.

MALALEN. A una... a dos... a tres. (La música toca la Marsellesa.)

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

CUADRO II

Sala en casa del cacique, con puertas laterales y al foro. En un ángulo, una consola, y sobre ella la imagen de una Virgen con marco de flores y alumbrada por dos cirios.

ESCENA PRIMERA

JACINTA, soia, con traje de desposada de rodillas a los pies de la Virgen.

Mis fuerzas se han agotado. Ya no tengo valor para resistir a las imposiciones de mi padre. Mi entereza se ha estrellado contra aquella voluntad de hierro. He de obedecerle uniéndome a un hombre a quien no amo... ¡Virgen de la Luz, a ti me encomiendo!... (Pausa.) ¡Ampara a esta pobre criatura! (Pausa. Después se levanta.) ¡Ay! ¡La Virgen no me oye!... ¡Sueños de amor, vais a morir al pie de un altar!... La bendición del sacerdote caerá sobre nosotros como la hoz sobre la nuez. Tiemblo al pensar en aquel instante decisivo... ¿Podré pronunciar el sí que trata de arrancar a mis labios el mandato paternal? Allí, en presencia de Dios y del pueblo, ¿tendré valor para mentir?... ¡Oh, Miguel... Miguel!... ¿Qué ha sido de ti? ¿Cuál es la causa de tu prolongado silencio? ¿Por qué no

has vuelto? ¿Por qué no habrán llegado hasta ti mis desmayos y congojas?

ESCENA II

Dicha y DON TOMÁS, por la primera derecha.

- TOMÁS ¡Jacinta! (Con gran severidad.)
JACINTA ¡Padre! (Enjugándose los ojos.)
TOMÁS ¿Llorando a las puertas de la felicidad?
¿En qué piensas?
JACINTA En que voy a ser muy desgraciada uniéndome con Paco.
TOMÁS ¿Desgraciada, con el brillante porvenir que te espera?
JACINTA No trates de engañarme. Yo solo me uno a ese hombre por tu voluntad. Por no oírte decir tantas veces que soy mala hija. Porque termine la lucha de angustia y dolor que venimos sosteniendo. Por eso me caso... Por eso solo.
TOMÁS Y por algo que me ocultas. Ya estoy harto de tantos disfraces y lloriqueos. Tú no le has tomado cariño a Paco porque amas a Miguel, el hijo del tío Simón. A ver si así acabamos de una vez.
JACINTA ¡Tú!... ¿Tú has sabido que?...
TOMÁS Lo que sabe todo el mundo, porque no es un secreto para nadie.
JACINTA Entonces, si ya conoces la causa de mis angustias, no extrañes que salgan las lágrimas a mis ojos, a punto de perder la ilusión de mi vida.
TOMÁS ¿Luego confiesas que le amas?
JACINTA No quiero engañarte. ¡Le amo!
TOMÁS ¿Amar a Miguel, al hijo de mi más encarnizado enemigo?
JACINTA ¡Padre! ¡No se manda al corazón!
TOMÁS Valiente pretexto para disimular tu ingratitude y desobediencia. No te he criado yo con los más exquisitos cuidados,

ni he cubierto tu cuerpo con las mejores galas, para que tu persona sirva de regocijo y satisfacción a ninguno de mis adversarios políticos. Esto es lo que no puede llegar hasta tu alma porque nada te importa tu padre, porque no eres buena hija.

JACINTA ¿Acaso me niego a obedecerte? ¿No me ves en traje de novia?

TOMÁS Mas no por tu voluntad, sino como una víctima a quien llevan al suplicio. ¡Esto es lo que me irrita!...

JACINTA Aun así y todo le pido fuerzas a la Virgen para llevar a cabo el sacrificio que me impones. Al pie del ara santa, cuando el cura me pregunte si quiero al hombre que me destinas para esposo, temo que el corazón se me suba a los labios y que él conteste por mí.

TOMÁS ¿Serías capaz de ponerme en ridículo?...

(Irritado, cogiéndola de un brazo.)

JACINTA ¡Me asustas, padre!

TOMÁS Te advierto, Jacinta, que no te perdonaría jamás una acción semejante... No olvides que tu boda obedece a un pacto formal que debe cumplirse irremisiblemente. Así lo exigen el honor y los compromisos políticos de tu padre.

JACINTA La política es la causa de mi desventura.

TOMÁS ¿A quién debo lo que soy? ¿A quién debes tú lo que eres? Si no fuera por la política, no vestirías trajes de seda, ni lucirías arracadas de perlas y brillantes.

JACINTA Vestiría de percalina... Vestiría de estameña, pero no sacrificaría mi dicha en prenda de un pacto político... ¡Cuánto más me valiera ser pobre y tener libertad para disponer de mi corazón! No me hables de esa madrastra sin entrañas que se llama la política. ¡Están muy llenas de espinas las flores que produce!

¡ Cuestan muy caras las joyas que presta !... Sin querer has puesto el dedo en lo más doloroso de mi herida... Lo que para ti es causa de regocijo, para mí es motivo de llanto y desesperación. La vanidad y el orgullo para ti... El dësengaño y la tristeza para mí... No me hables de trajes de seda, ni de sortijas de brillantes. ¡ Bendita sea la libertad que da la pobreza !... ¡ Malditas sean las joyas y riquezas que se deben a la política !

TOMÁS ¡ Estás loca, Jacinta !

JACINTA

No estoy loca, ño. Al fin tú mismo has descubierto el motivo por el cual me obligas a dar mi mano a un hombre que no me ama, y que sólo busca mi dote.

TOMÁS

(Mirando con recelo al cuarto izquierda.) ¡ Silencio, desventurada !... ¡ Que Paco no te oiga, porque no responde de mí !

JACINTA

Te enojas sin razón. ¿ Acaso me resisto a tus deseos ? Tranquilízate. Iré a la iglesia con Paco. No rodará tu prestigio político por los suelos. No se gozará ninguno de tus adversarios con la posesión de tu hija... pero en esta hora solemne, callar lo que pugna por salir a los labios sería un crimen. Así mañana podré decirte : « Acuérdate, padre, de mis reconvencciones cuando era tiempo todavía. »

TOMÁS

¡ Calla !

JACINTA

¡ Bueno ! Callaré.

TOMÁS

¡ Quisiste irritarme y lo has logrado !

JACINTA

Pero...

TOMÁS

Ni una palabra más... Faltan solo algunos instantes. Ve a disponerte para la boda.

JACINTA

¡ Por última vez !...

TOMÁS

Nada escucho.

JACINTA

Te obedezco. (Vase por la derecha.)

ESCENA III

DON TOMÁS, solo.

Muy rebelde la encuentro. Y eso que no sabe que Miguel está a punto de llegar a España. Tanto cuidado que puse en interceptar sus cartas, merced a mi influencia en correos. ¿Para qué? Para que todos mis planes y compromisos fracasasen en el momento crítico, en el instante solemne. ¡Siento que me abrasa la ira, ahogando en mi pecho todo afecto paternal! Es preciso casarla hoy mismo, antes de que llegue al pueblo el hijo del tío Simón... Verificada la boda desaparece todo peligro. El matrimonio irá a Madrid a pasar la luna de miel. Paco será diputado, y yo aumentaré de un modo extraordinario mi prestigio político... Jacinta me dará al cabo la razón. Esto debe hacerse, y esto se hará.

ESCENA IV

Dicho y EL RULLET, por el foro.

RULLET ¿Se puede entrar?
TOMÁS ¡Hola, Rullet! Adelante. Me alegro que vengas, porque tenemos que hablar.
RULLET Y yo también he de decirle alguna cosa.
TOMÁS Traes mal gesto. Desembucha, hombre.
RULLET El caso es, don Tomás, que el indulto no llega.
TOMÁS Ya llegará... ya llegará... La cosa es gorda, porque pesan sobre ti dos o tres procesos, pero así y todo, cuando vaya don Paco a Madrid, ten por seguro que...
RULLET Sucederá lo de siempre.

TOMÁS No lo creas... ¡ No faltaba más ! El conde...

RULLET Buena carta le he escrito.

TOMÁS ¿Tú?

RULLET O mi mujer, que da lo mismo. Yo no sé de letra.

TOMÁS Pero hombre de Dios... ¿Qué has hecho? Alguna barbaridad.

RULLET Le he escrito lo que venía al caso... Hace dos años, cuando hizo una visita a este pueblo, me lo prometió en persona, ¿y qué ha hecho de su palabra? Los señores como él deben tener palabra. Estoy harto de oír que se hallan agradecidos de los servicios que he *prestao* y sigo prestando a la política, pero la capa no aparece.

TOMÁS Vamos a ver... vamos a ver. ¿Tienes queja de alguno? ¿Te persigue acaso la guardia civil? ¿No haces vida de canónigo, durmiendo a pierna suelta con toda tranquilidad? Que de uvas a peras tienes que ocultarte en la sierra un par de semanas para cubrir las apariencias... Y ¿eso qué importa?... Total, que haces tu santísima voluntad.

RULLET Todo eso está muy bien, pero el indulto no llega, y lo que dice mi mujer, que sabe mucho y tiene más olfato que un perro pachón: «Mira, Rullo: que no tengas el indulto no viviremos tranquilos; y si no está ya en tu poder es porque don Tomás no hace lo que debe.» Al fin, cuando me canse de tanta informalidad, ésta lo arreglará todo. (Dando con la mano un fuerte golpe sobre la pistola que lleva en la faja.)

TOMÁS (Acercándose al Rullo y dándole una palmadita en el hombro.) No seas malo, Rullet, no seas malo.

RULLET Así, con palmaditas, engañan al Rullo. Bueno, don Tomás, en usted confío.

Valga su palabra. Don Paco irá a Madrid en cuanto salga diputado. Veremos si él consigue el indulto.

TOMÁS Te lo aseguro o dejo de ser quien soy...
¡Basta de contemplaciones! O se consigue el indulto, o le retiramos nuestro apoyo al Gobierno.

RULLET Así me gusta. O *semos* o no *semos*, como dice mi Blasa. Ahora ya puede usted decirme lo que guste.

TOMÁS Sentémonos aquí como dos buenos amigos. Te voy a confiar un secreto de Estado.

RULLET Venga de ahí.

TOMÁS Estamos *abocados* a un gran peligro.

RULLET Explíquese usted.

TOMÁS Probablemente habrá llegado ya a Barcelona el vapor que conduce a España a Miguel, el hijo del tío Simón.

RULLET ¿Aquel que se fué a los Estados Unidos a terminar su carrera de ingeniero?

TOMÁS Cabal.

RULLET ¿Y vuelve al pueblo?

TOMÁS Está para llegar de un momento a otro.

RULLET ¡Malo, don Tomás, malo! (Pausa.)

TOMÁS ¿Supongó que a ti?...

RULLET A mí no me asusta nadie; pero ese Miguel es un mozo de mucho *cuidiao*... pero de mucho *cuidiao*.

TOMÁS Eso mismo creo yo, y por eso he querido consultar contigo.

RULLET En mala ocasión viene... Estando en puerta las elecciones... Miguel tiene mucho *partío* en el pueblo.

TOMÁS Más que su padre; y eso que al tío Simón le sobran agallas...

RULLET Pues no hay más remedio que aguantar el chubasco.

TOMÁS (Después de una pausa.) ¿A ti qué te parece?

RULLET Que hay que quitarle de en medio sea como fuere.

TOMÁS Conste que yo no te he dicho nada. El

- partido político que yo represento en la provincia, tiene en ti depositada toda su confianza. Eres nuestro brazo derecho. Procura arreglarlo del mejor modo posible, y en paz.
- RULLET No hay que andarse con remilgos. Tratóndose de hombres como Miguel, si la cosa se enreda, no habrá más remedio que soltarle un trabucazo.
- TOMÁS Eso es lo que yo trataba de evitar.
- RULLET Entonces diríjase usted al cura del pueblo, a ver si lo arregla él por medio de unas cuantas bendiciones.
- TOMÁS (Levantándose.) Bueno, Rullet... Aquí no ha pasado nada... Tú tienes buen entendimiento y no hay que darte más instrucciones. En cuanto a lo del indulto, chócala. (Tendiéndole la mano.)
- RULLET Prenda por prenda... Duerma usted tranquilo... Yo me las apañaré con ese mozo.

ESCENA V

Dichos y EL ALCALDE, por el foro.

- ALCALDE Buenos días, don Tomás. ¡Hola, Rullet!
- RULLET Bien venido, señor Alcalde. Ustedes tendrán que hablar de política... Hasta otro día, don Tomás... Adiós, Alcalde.
- (Vase el Rullet por el foro.)
- ALCALDE ¡Adiós, hombre!

ESCENA VI

DON TOMÁS y EL ALCALDE.

- ALCALDE ¿Habré venido a estorbar?
- TOMÁS No por cierto.
- ALCALDE Ese Rullet es un bello sujeto.

- TOMÁS Con mucha reserva, Alcalde. (Sacando un oficio y entregándoselo al Alcalde.) Entérese usted... Es un oficio dirigido al jefe de la guardia civil de este destacamento. El gobernador ha tenido la atención de mandarlo por mi conducto.
- ALCALDE (Después de haber leído.) ¡Ave María Purísima!... ¿Qué estoy leyendo? Que se prenda al Rullet, a la columna más firme que en este pueblo tienen las instituciones.
- TOMÁS Cabal.
- ALCALDE ¿Pero cómo puede ser esto?
- TOMÁS El Rullo va sacando los pies del plato. Antes me amenazó de muerte por la cuestión del indulto, pero no es esto lo peor. Ha cometido la barbaridad de escribirle al conde de mala manera, y el conde, naturalmente, quiere ponerle a buen recaudo.
- ALCALDE Tendremos que darle aviso para que escurra el bulto como de costumbre.
- TOMÁS No puede ser hasta que pasen las elecciones... Y a propósito, tenía muchas ganas de verle. Dejemos al Rullo, que eso corre de mi cuenta. No estoy nada satisfecho de la marcha que siguen los trabajos electorales.
- ALCALDE Pero don Tomás...
- TOMÁS Alcalde; las cosas claras.
- ALCALDE Hay que contrarrestar las ideas que...
- TOMÁS Las ideas no influyen para nada en la marcha de unas elecciones.
- ALCALDE Ciertamente que no; pero los contrarios son muchos, y esta vez se han *confabulado* para derrotarnos.
- TOMÁS Apriételes las clavijas.
- ALCALDE Ya lo hago, don Tomás, amenazando a todos, caso de que no voten a nuestro candidato, con las más rigurosas y públicas vejaciones. Si le contara las arbitrariedades que estoy cometiendo...

TOMÁS Para eso le hicimos Alcalde. Solo faltaba que nos saliese usted ahora con escrúpulos de monja. Bastante tenemos con el juez que nos ha tocado en suerte.

ALCALDE Por mi parte estoy dispuesto a meter en la cárcel a todo el que nos estorbe, hasta que sean pasadas las elecciones, y eso que ya sabe usted que soy más liberal que Riego.

TOMÁS A liberal no me gana nadie... pero la libertad nada tiene que ver con los trabajos políticos que llevamos entre manos. Las elecciones no tienen más que un principio y un fin: o se ganan o se pierden. Todo lo demás es música celestial.

ALCALDE Sí, señor, pero hay ciertos requisitos legales que...

TOMÁS Cuando digo, Alcalde, que se le está cayendo la vara de las manos!... Tratamos de lo apuradas que se presentan las elecciones, y nos sale usted con la gaita de los requisitos legales... ¿Para qué queremos al conde en Madrid?

ALCALDE Bueno, bueno. Se hará todo lo que usted mande.

TOMÁS Paco tiene que salir diputado, pese a quien pese.

ALCALDE No hay más que hablar.

TOMÁS Sepa usted que el núcleo principal rebelde, formado por el médico y el boticario, puede considerarse como deshecho.

ALCALDE ¿Se han pasado a nuestro bando?

TOMÁS A la fuerza ahorcan. Ayer se presentó una denuncia al Juzgado, delatando el hecho de haber fallecido un enfermo repentinamente, después de haber tomado cierta medicina, equivocada sin duda.

ALCALDE Eso es grave.

TOMÁS Don Bernardino quería proceder a la detención inmediata de los responsables, y tuve que sudar tinta para disuadirle de su propósito. Ahora ya no les queda

más remedio que votar a nuestro candidato, sino quieren verse envueltos en papel sellado.

ALCALDE Me asombra usted, don Tomás. ¡ Eso es lo que se llama tener genio político !

TOMÁS Ya hablaremos.

ESCENA VII

Dichos y ANTONIO, por el foro. Con la gorra típica de ordenanza de telégrafos. Trae un despacho.

ANTONIO ¿ Dan licencia ?

ALCALDE ¿ Qué hay, Antonio ?

ANTONIO En busca de usted venía, señor Alcalde.
(Enseñando el despacho.)

ALCALDE ¿ Un parte ? Venga. Con permiso, don Tomás.

TOMÁS Usted lo tiene.

ANTONIO ¿ Mandan alguna otra cosa ?

ALCALDE Nada. Puedes irte. (Vase Antonio por el foro.)

ESCENA VIII

DON TOMÁS y EL ALCALDE.

TOMÁS ¿ Qué es ello ? (Al Alcalde.)

ALCALDE Una desgracia. (Después de haber leído.)

TOMÁS Explíquese.

ALCALDE ¿ Se acuerda usted de Miguelón, del hijo de la María Pepa ?

TOMÁS ¡ Miguelón ! ¿ Aquel buen mozo que era la envidia del puebló ?

ALCALDE Justamente.

TOMÁS ¿ Que se hallaba de fogonero en uno de los buques de la Armada ?

ALCALDE El mismo. Ha estallado un tubo de la caldera y le ha hecho pedazos. Así me lo comunica el Capitán General del distrito, contestando a una reclamación que por mi conducto le hizo la familia.

- TOMÁS A ver... a ver. (Toma y lee el despacho.) «Por consecuencia de haber estallado tubo caldera vapor, Miguel ha fallecido.» (¡Miguel!... ¡Oh, qué idea!) Alcalde, no diga una palabra de haber recibido este despacho. Déjelo en mi poder. Así evitaremos que la madre tome un disgusto de sopetón... Ya la iremos enterando poco a poco. Hagámosle esta obra de caridad.
- ALCALDE Como usted quiera. ¿Y la novia?
- TOMÁS Poniéndose de mil alfileres.
- ALCALDE Entonces hasta luego. Ya nos veremos en la iglesia.
- TOMÁS Hasta luego, Alcalde. (Vase el Alcalde por el foro.)

ESCENA IX

DON TOMÁS, solo.

La casualidad me favorece. El hijo del tío Simón también se llama Miguel... La idea no es mala, pero temo que Jacinta se impresione demasiado... En cambio evito el peligro de que al llegar la hora solemne, al pie mismo del altar, se acuerde de su Miguel y eche a rodar por el suelo todos mis planes... (Pausa.) ¿Por qué vacilo?... Ella lo sentirá al pronto, pero luego, perdida ya la esperanza que la alienta en su rebeldía, optará por casarse con Paco, que al fin y al cabo es el mejor partido que puede tomar. Después, cuando se advierta la equivocación, aceptará los hechos consumados y *Laus Deo*. (Vase, por la derecha.)

ESCENA X

PACO. Aparece por el foro vestido de frac.

Héme aquí dispuesto para la boda. ¿Y la novia? Se estará arreglando. No hay que impacientarse. (Se sienta.) Verdaderamente que no puedo quejarme de mi suerte. Don Tomás me regala un acta de diputado y además me concede la mano de su hija, acompañada de una magnífica dote... Pronto me hallaré en lo alto de la cucaña, como dijo aquel ciudadano, aquel famoso Malalengua... ¡Ja, ja, ja!... Dígase lo que quiera, descender es siempre mucho más fácil que subir. (Pausa.) Solo hay un lunar en mi dicha: Jacinta no me ama. No he podido conseguir que brote ni una chispa de cariño en su corazón, y eso que me he desvivido por agradarla; siempre obsequioso y galante con ella... Pero esto no es un obstáculo... El amor vendrá luego, cuando se vea en Madrid rodeada de alhagos y atenciones... (Levantándose.) ¡Eh!... ¿Quién solloza?... Jacinta. ¿Qué pasa?

ESCENA XI

Dicho, JACINTA y DON TOMÁS, por la derecha. Jacinta viene apoyada en el hombro de don Tomás, como si le faltasen las fuerzas.

TOMÁS Aquí tienes a Paco.

PACO ¿Qué le pasa a Jacinta?

TOMÁS (Acompañando a su hija para que tome asiento en un diván.) No seas chiquilla... El mal ya no tiene remedio. Desahógate de una vez.

JACINTA ¡Virgen de la Luz!... ¡Virgen de la Luz!...

PACO ¿Pero qué ocurre?
TOMÁS Bien venido, Paco. Consuela a tu novia.
 Está afectada por una noticia que acaba de recibir. Tranquilízate, hija mía. No hay mujer en el mundo que pueda alabarse de no haber sufrido alguna desilusión en su vida. ¡Adiós! (¡He triunfado!) (Vase por la izquierda.)

ESCENA XII

JACINTA y PACO.

PACO (Observando que Jacinta sigue sollozando sin preocuparse de su presencia.) Estoy yo aquí, Jacinta. (Pausa.) ¿No me oyes? ¿Quieres decirme tus penas?

JACINTA (Súbitamente, como tomando una resolución.) Sí. Lee lo que dice este telegrama.

PACO (Con mucha frialdad, después de haber leído el telegrama que le entrega Jacinta.) ¿Quién es este Miguel?

JACINTA El hijo del tío Simón.

PACO ¡Ah! ¿El hijo del tío Simón?

JACINTA El mismo.

PACO ¿Y qué nos importa que haya o no fallecido? Era ingeniero, ejercía su profesión, estalló un tubo de la caldera y le hizo pedazos... Es muy sensible, pero no me explico que te haya producido tan inmenso dolor.

JACINTA Paco, voy a serte franca.

PACO Así lo espero.

JACINTA ¿Tendrás bastante nobleza de alma para apreciar mi franqueza en su justo valor?

PACO Habla.

JACINTA Ese Miguel ha tenido amores conmigo. Era la única ilusión de mi vida.

PACO (Sin inmutarse en lo más mínimo.) Franqueza por franqueza. Nada me dices de nuevo. Ya lo sabía.

JACINTA ¡Ah! ¿Lo sabías?

PACO Sí por cierto. Lo supe hace algún tiempo. Chiquilladas de la juventud y de tu poca experiencia.

JACINTA Pues bien; voy á exigirte una prueba de cariño.

PACO ¿Cuál?

JACINTA Mi corazón se siente dolorido. Mi alma se considera viuda. Háblale a mi padre. Suspondamos la boda. Te pido dos meses de plazo para restañar la profunda herida que acabo de recibir.

PACO Me pides un imposible.

JACINTA La palabra impósible no debiera salir de tus labios tratándose de un deseo tan vehemente y legítimo de la mujer a quien quieres hacer tu compañera.

PACO Ese deseo es, sencillamente, absurdo, y hasta me parece mentira que haya pasado por tu imaginación.

JACINTA Medítalo, Paco. Si me quieres por esposa, comienza por hacerte digno de mi agradecimiento. De la gratitud al cariño no hay más que un paso. Accede a lo que te pido.

PACO Ni tu padre ni yo nos hallamos dispuestos a soportar el ridículo que caería sobre nosotros.

JACINTA ¿No te conmueve mi dolor?

PACO Me conmueve, pero no me convence.

JACINTA ¿Ni mis lágrimas?

PACO Tampoco.

JACINTA (Resueltamente y con tono muy seco y decisivo.) Entonces... Entiéndalo bien, Paco. Seré tu esposa, pero no tendrás mujer... No te amo, ni sé cuando podré amarte. ¡Adiós!

(Vase por la derecha.)

ESCENA XIII

PACO, solo.

¡Bah !... ¡Bah !... ¡Bah !... Una flor que lleva dentro cincuenta mil duros de dote, bien puede rodearse de algunas espinas. Ya se amansará después que el cura nos haya echado la bendición. ¿Y este telegrama? Va dirigido al Alcalde... No importa ; yo le daré el curso correspondiente para que llégue a manos de nuestro acérrimo adversario el tío Simón, de ese ridículo vegestorio que afirma que yo no seré diputado. La noticia es gorda, pero no le hará reventar del disgusto. (Vase por el foro.)

MUTACIÓN

CUADRO TERCERO

Telón corto, representando en su fondo el interior de una habitación de casa pobre con el mobiliario correspondiente a la misma. Las entradas a esta habitación son laterales.

ESCENA PRIMERA

EL TÍO SIMÓN y MALALENGUA, que al levantarse el telón aparecen por la derecha.

SIMÓN Me alegro que hayas venido para charlar un rato. ¿Qué boda tan rumbosa, eh?

MALALEN. Ha habido de *too*. Música y cohetes ; dulzaina y baile... Qué sé yo cuantas cosas.

SIMÓN Don Tomás ha tirado la casa por la ventana.

MALALEN. Como no lo ha *sudao*, le cuesta poco tirarlo.

- SIMÓN ¿Has visto a mi Francisca?
- MALALEN. Allá la encontré camino de la iglesia.
- SIMÓN A la pobre le cuesta mucho trabajo creer que Jacinta consienta en ese matrimonio.
- MALALEN. Porque no conoce el paño.
- SIMÓN No puedes negar que la hija de don Tomás es una buena muchacha.
- MALALEN. Todos duermen bajo el mismo techo. Aun no he visto yo que salga ninguna mariposa de un nido de víboras.
- SIMÓN ¡Polaina con tus comparaciones!
- MALALEN. ¿Quién los ha *enriqueció*? La política... ¿Por qué se casan? Por la política. Conque échales un galgo.
- SIMÓN Por esta vez no han de valerle sus artimañas. El yerno no saldrá diputado.
- MALALEN. Simón, no me hagas de reir, como se dice en una comedia.
- SIMÓN Saldrá *derrotao*; no tengas duda. Contamos con mayoría de votos.
- MALALEN. No importa. Al hacerse el escrutinio resultaréis en minoría.
- SIMÓN Acudiremos al juez en demanda de justicia.
- MALALEN. No creo que don Bernardino tenga ganas de perder el puesto que ocupa.
- SIMÓN ¡Polaina! Y qué lengua la tuya. ¿Cuándo hablarás bien de alguno?
- MALALEN. Cuando lo merezca; pero me *paee* que ese día no está en el calendario.
- SIMÓN ¿Para ti no hay medio alguno de que el ciudadano haga valer sus derechos?
- MALALEN. Te diré... El ciudadano, por regla general, no es de mejor pasta que el cacique. Si hubiera valor y vergüenza abajo, pronto se acabaría la desvergüenza que hay arriba.
- SIMÓN En eso *pué* que llesves razón.
- MALALEN. Los españoles somos de una casta muy especial... Levantamos una viga, y nos dejamos atropellar por una paja.

SIMÓN ¿De manera que según tu parecer no es posible derribar a don Tomás?

MALALEN. Al cacique sólo le derriba el puñal de Bruto.

SIMÓN ¿Y qué es eso del puñal de Bruto?

MALALEN. He ahí lo que tiene no haber leído la historia de los tiempos *pasaos*. Has de saber que Bruto era amigo de César, y que este César era un cacique como el tío Calzones, *mal comparao*. Esto ocurrió, no me acuerdo si fué en Nápoles o en Portugal, más dá lo mismo *pa* la verdad del hecho. Ello es que Bruto le pegó una *puñalá* al César; que le dejó seco, en castigo de sus desafueros y tiranías, y el pueblo se vió libre de aquel cacique.

SIMÓN ¿Y qué dice la historia de Bruto?

MALALEN. Que era un hombre en toda la extensión de la palabra.

SIMÓN Entonces tenemos cacique para rato.

MALALEN. Porque no hay hombres. Es decir, *pué* que haya alguno en el pueblo y no lo separamos.

SIMÓN Ahora siento no haber leído más que la historia de Oliveros de Castilla.

MALALEN. Más te valiera haber leído la del Quijote.

SIMÓN ¿Tú la has leído?

MALALEN. Ya lo creo. Y que es una historia muy *maja*.

SIMÓN ¿Y qué has aprendido tú con semejante historia?

MALALEN. Muchos y muy buenos refranes.

SIMÓN ¿Y quién era el Quijote?

MALALEN. *Too* lo contrario de don Tomás. Leyendo ese libro sabes todas las faltas que tiene el cacique.

SIMÓN Aquí vuelve Francisca.

ESCENA II

Dichos y LA TÍA QUICA, por la izquierda, con mantilla.

MALALEN. ¿Qué tal? ¿Le ha regocijado la fiesta?

QUICA ¡Válgame Dios! ¡Quién lo había de *icir*!

SIMÓN Ya te dije que no fueses, que te costaría un disgusto.

MALALEN. ¿Te has *convencio* de que *toos* son lobos de una misma camada?

QUICA Al fin he tenido que apear-me de mi burro.

MALALEN. Porque tienes la desgracia de ser buena. Tuvieras las ideas que yo tengo, que son las únicas que cuadran a esta gente, y no sería preciso que cayeses de lo alto de ninguna cabalgadura, porque no dejarías de ir por tu pie ni un solo momento.

QUICA No tanto, hombre, no tanto. Tú te *pae*-ces al albaricoque podrido, que tiene el hueso dulce. Toda la maldad te sale por la carne, pero el hueso está sano.

SIMÓN En resumidas cuentas. ¿Ya se han *ca*-sao?

MALALEN. Y la Jacinta tan risueña.

QUICA Eso no. Cuando el cura la preguntó si quería por esposo a don Paco, se puso más pálida que la cera.

MALALEN. Pero dijo que sí.

QUICA Aguarda, hombre. Déjamè acabar... Si lo dijo debió decirlo en voz muy baja, porque nadie lo oyó; como no lo oyese el cura que estaba más cerca.

SIMÓN Buen rato habrás *pasao*.

QUICA A mí me dieron ganas de gritar: «Acuérdate de Miguel.» Pero se me puso un nudo en la garganta.

MALALEN. Ello es que el cura les echó la bendición.

QUICA Así fué; mas juraría que Jacinta...

MALALEN. A otro perro con ese hueso.

QUICA La mujer que está satisfecha de su boda no sale del brazo de su marido como ha salido Jacinta : blanca de rostro como la nieve, que parecía el de una Virgen Dolorosa.

SIMÓN Dejemos eso. Ni ella había nacido para Miguel, ni Miguel había nacido para ella.

MALALEN. Bueno es don Tomás. Antes la hubiera rapao el pelo.

QUICA Este Malalengua da muchas en la herradura, pero cuando dá en el clavo, aprieta de firme... Hombre. A ver si tienes una buena *corazoná*. ¿Qué te parece a ti del silencio de Miguel?

MALALEN. Esa es una pregunta difícil de contestar.

QUICA ¡Echa tu opinión!

MALALEN. ¡Qué sé yo!... ¡Qué sé yo!

QUICA Ya has dicho bastante. Ya sé que no opinas cosa buena.

MALALEN. Ni buena ni mala.

SIMÓN No te apures, mujer... Ya saldrá el sol por Antequera.

QUICA ¿Y qué es eso de Antequera? Simón, a mí no me vengas con misterios ni palabras de doble *sentío*... Prefiero que me digas la verdad, si os ha llegado alguna mala noticia.

SIMÓN ¡Polaina! Y qué suspicáz te hace el ansia que sientes...

MALALEN. Eso de Antequera *quién* decir que *too* se pone en manos de la suerte, y que sea lo que Dios quiera.

QUICA ¡Vaya un alivio!...

SIMÓN (A Malalengua.) No te canses, que no la sacarás de su eterna manía.

QUICA Tú andas muy *ocupao* en las elecciones. Ya tienes donde entretener te.

SIMÓN Pero mujer, ¿tú crees que los Estados Unidos se encuentran al volver la esqui-

na? Has de saber que sólo para ir y volver necesita un barco más de un mes.

QUICA Eso no está claro, Simón, eso no está claro. No hay necesidad de que tarden más de un mes en venir las cartas, porque mientras hay unos barcos que van, hay otros barcos que vienen. Miguel sólo deja de escribir a su madre por una cosa.

MALALEN. ¿Por qué cosa?

QUICA Ésa me la tengo yo *reservá* aquí *drento*. Tú, que eres tan mal *pensao*, a ver si lo adivinas.

MALALEN. ¡Diablo! ¡Diablo!

QUICA Ráscate la cabeza, a ver si sale la mentira que andas buscando.

MALALEN Estará muy *ocupao* con sus máquinas... Le habrán *mandao* en comisión a alguna isla donde no habrá correos ni telégrafos.

SIMÓN Eso es. Ahí lo tienes *explicao*.

QUICA Pero antes de salir, bien pudo habérselo escrito a su madre.

SIMÓN Dale vueltas a la noria.

QUICA Y mil que le daré como no se deshaga este nudo que tengo en el corazón. Y lo peor es que a medida que el tiempo pasa se pone más *apretao*, con una ansia que me quita las lágrimas de los ojos, que eran las únicas que me daban antes consuelo. ¡Vaya! cómo se conoce que no lo habéis llevado vosotros en las entrañas, ni sabéis lo que padece una madre por un hijo, desde que lo saca a la luz del día hasta que lo vé hecho un hombre. No andarías tú tan *ocupao* en la política, y estarías ya en Valencia, revolviendo medio mundo.

ESCENA III

Dichos y ANASTASIA, por la izquierda, con un pliego en la mano.

SIMÓN ¿Qué hay, Anastasia?

ANASTA. Un papel que han traído.

SIMÓN (Tomando el pliego que entrega Anastasia.) Ven-
ga.

MALALEN. Es un parte telegráfico.

QUICA ¿De Miguel? (Con alegría.)

SIMÓN Naturalmente.

MALALEN. Por fin has salido de penas.

QUICA ¡Loado sea Dios!... Y cuánto ha *tardao*.

SIMÓN (Entregando el papel a Malalengua.) Léelo tú, que
a mí con la emoción se me ha *oscureció* la
vista.

MALALEN. (Leyendo en alta voz.) «Por consecuencia ha-
ber estallado tubo caldera vapor, Miguel
fallecido.» ¡María Santísima!

SIMÓN (Llevándose las manos a los ojos.) ¡Jesús, Dios
mío!

QUICA (Se queda como alelada por la terrible noticia. Luego
exclama, con acento angustioso, como si le faltara el
aliento para decirlo:) ¡Hijo mío!... ¡Hijo
mío!...

MALALEN. (Al verla en aquel estado.) ¡Francisca!

SIMÓN ¡Francisca!

QUICA (Deteniéndoles con una calma cuya interpretación solo
puede confiarse a la actriz, inspirada en la profunda
psicología de aquel súbito dolor.) ¡No os apu-
réis!... Esto ya me lo daba el corazón.
Llevadme a la cama, y que venga el Viá-
tico... Pronto, que no puedo respirar.

SIMÓN ¡Vamos, Francisca, no te póngas así,
que aun estoy yo en el mundo!

QUICA ¡Pronto, que me muero! ¡No tardéis,
que me muero!... ¡Que me muero! ¡No
tardéis!...

SIMÓN Ayúdame, Pascual. (Entre ambos conducen a
Francisca al cuarto de la derecha.)

MUTACIÓN

CUADRO CUARTO

La plaza del pueblo. La misma decoración del acto primero.

ESCENA PRIMERA

ANASTASIA. Verificada la mutación sale precipitadamente de la casa del tío Simón.

¡Ay, Virgen María! ¡No tengo ni gota de sangre en las venas! ¿Estará el cura en la iglesia o en su casa? Iré primero a la iglesia. (Vase por el foro derecha.)

ESCENA II

DON TOMÁS y PACO, saliendo de la casa del primero.

TOMÁS Te recomiendo mucha calma.

PACO No quiere verme, ni que permanezca a su lado.

TOMÁS Esto se le pasará.

PACO La lástima es que mi mamá haya tenido que volverse a Madrid sin presenciar nuestra boda. Ella se hubiera encargado de suavizar todas estas asperezas.

TOMÁS Ya saldrás del paso teniendo cuidado de obrar con diplomacia.

PACO Seguiré sus consejos.

TOMÁS Después de la boda, el acta de diputado.

PACO ¿Cree usted que triunfaremos?

TOMÁS En mi larga vida política aun no se ha dado el caso de que haya perdido unas elecciones.

PACO De modo que...

TOMÁS Serás diputado.

PACO Aquí viene el Alcalde.

TOMÁS Veamos la embajada que trae.

ESCENA III

Dichos y EL ALCALDE, por el foro izquierda.

ALCALDE ¡ Don Tomás, vengo todo *sofocao* !

TOMÁS ¿Qué ha ocurrido?

ALCALDE Don Bernardino se niega a poner en libertad a los detenidos.

TOMÁS Vaya un juececito que tenemos para unas elecciones dificultosas.

ALCALDE Hay que echarle fuera, o nos aguardará el vino siempre que pueda.

TOMÁS Vamos a ver si es tan fiero el león como lo pintan. O se pone a nuestras órdenes, o le hago saltar de aquí por telégrafo.

(Vanse todos por el foro izquierda.)

ESCENA IV

ANASTASIA, por el foro derecha, y JACINTA en la ventana practicable de la casa de don Tomás.

ANASTA. ¡ Ay, Virgen María ! ¡ Virgen María !...

¡ Qué desgracia tan grande ! (Se detiene un momento.) ¡ Me falta el aliento !

JACINTA ¡ Anastasia !... ¡ Anastasia !...

ANASTA. No puedo detenerme, señorita.

JACINTA ¿Ocurre algo en la casa del tío Simón?

ANASTA. Mi ama se está muriendo de un agobio. Vengo de la iglesia de dar aviso para que venga el Viático.

JACINTA ¿Qué me dices, Anastasia? ¿Acaso la tía Quica se ha enterado de que su hijo?...

ANASTA. Sí, señorita, sí.

JACINTA ¡ Ay, Dios mío !... Aguarda, que bajo al momento. (Desaparece de la ventana.)

ANASTA. Jacinta quería a Miguel. Le quería con toda su alma. ¡ Y esto le costará un río de lágrimas !... Cuando la desgracia cae

sobre una casa, no cae sola, siempre va acompañada o seguida de otra mayor... ¡Cuánto tarda! ¡Señorita... pronto, que no puedo detenerme!

JACINTA (Saliendo de la casa.) Cuéntame lo que ha ocurrido.

ANASTA. Un hombre trajo un papel, diciéndome que se lo entregase a mi amo, el tío Simón. Yo lo tomé y cumplí el encargo. Lo leyó el tío Pascual... ¡Válgame Dios, lo que oí qué decía aquel papel!

JACINTA ¿Qué decía? ¿No te acuerdas?

ANASTA. Que había estallado una caldera y que Miguel había fallecido. Mi ama se quedó *alelá* sin saber lo que le pasaba. Luego ella misma pidió que la llevasen a la cama, porque se le había cubierto el corazón, y que avisasen al Señor inmediatamente.

JACINTA ¡Dios mío! ¡Qué desventura!

ANASTA. ¡Adiós!

JACINTA No, detente. ¿Ese papel era de color?

ANASTA. Sí, creo que verde.

JACINTA (Oyendo un gran rumor, como de una gran muchedumbre que se acerca.) ¿Qué es eso?

ANASTA. Gente del pueblo.

PEDRO (Dentro, con voz estentórea.) ¡Viva Miguel!

PUEBLO (Dentro.) ¡Viva!

JACINTA ¡Qué escucho! ¿Oyes, Anastasia?

ANASTA. Sí. Dan vivas a Miguel.

JACINTA ¡El corazón quiere escapárseme del pecho!

ESCENA V

Dichas y MIGUEL, seguido de PEDRO y rodeado del pueblo, que le agasaja con demostraciones de afecto.

JACINTA ¡Jesús!... ¡Miguel!...

MIGUEL ¡Jacinta! (Aproximándose a ella.) ¿Tú en ese traje?... ¿Y mis padres, por qué no bajan a recibirme? Corro a verles.

ESCENA VI

Dichos y MALALENGUA. Apareciendo en el umbral.

MALALEN. ¡ Miguel !... ¡ Detente !

MIGUEL . . (Asombrado.) ¡ Que me detenga ! ¿ Por qué causa ? (En este momento aparece por el foro derecha el Viático. (Procúrese evitar aquí toda nota ridícula.) Delante, un monaguillo tocando la campanilla. Todos se arrodillan. Malalengua dice con gran solemnidad :)

MALALEN. ¡ Ya es tarde !...

MIGUEL (Comprendiendo instintivamente la verdad y entrando en la casa de sus padres, gritando con todas sus fuerzas :) ¡ Madre mía !... ¡ Madre mía !

PAUSA Y TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Antes de levantarse el telón óyese dentro, al compás de una rondalla de guitarras, el cantar siguiente:

*Para festejar tu boda
venimos esta mañana,
con un ramito de flores
de la huerta valenciana.*

CUADRO QUINTO

Sala en casa de don Tomás. En el foro, alcoba con lecho nupcial.
En la sala, candelabros con luces.

ESCENA PRIMERA

JACINTA y PACO.

Jacinta en traje de boda, aparece reclinada en un sofá. Paco, al extremo opuesto, aparece sentado junto a un velador, leyendo un diario. Así permanecen un buen espacio de tiempo después de levantarse el telón, hasta que Paco deja el diario sobre el velador y consulta su reloj.

PACO ¡ Las cinco !... ¡ Horrible noche ! (Pausa.)
Esta situación no puede prolongarse, Jacinta. (Pausa.) Mi paciencia se va agotando. (Nueva pausa.) ¿ No me oyes ?

JACINTA Sí. (Siempre muy seca y nerviosa.)

PACO ¿ Eres o no mi esposa ?

JACINTA No.

- PACO ¿Fué esa tu respuesta al pié del altar?
- JACINTA Sí.
- PACO ¿Cómo?
- JACINTA Lo que mis labios dijeron no lo sé. Lo que quiso decir mi pensamiento, ni tú mismo lo ignoras.
- PACO (Levantándose y acercándose a Jacinta.) Pero los lazos que nos unen ya no pueden romperse... No seas niña. La fortuna nos sonríe. Mi triunfo ha sido completo. Soy diputado. Madrid nos espera. Allí brillarás por tu hermosura... Daré satisfacción a todos tus gustos... Realizarás hasta el menor de tus caprichos. Seré tu esclavo para ganar tu afecto.
- JACINTA ¿Dices que quieres ganar mi afecto?
- PACO Con toda la fuerza de mi voluntad.
- JACINTA Solo hay un medio.
- PACO ¿Cuál?
- JACINTA Devuélvele la vida a la madre de Miguel.
- PACO ¿Vuelves a tu tema?
- JACINTA ¿Quién la ha matado? ¿Quién mandó a su casa aquel funesto telegrama? Tú.
- PACO ¡Jacinta!... (Con tono amenazador.)
- JACINTA Tú.
- PACO Yo no sabía que aquel parte...
- JACINTA Faltas a la verdad. Tú sabías que aquel parte se refería, no a Miguel, el hijo del tío Simón, sino al otro Miguel, hijo de la María Pepa.
- PACO Te juro que...
- JACINTA No jures en vano. El Alcalde se lo dijo al Rullo, y el Rullo te lo dijo a ti.
- PACO ¿Quién te ha dicho eso?
- JACINTA Alguien que te vió hablar con el Rullo, dándole el parte para que lo llevase a la casa del tío Simón. Conque, no añadas a tu crimen la mentira, y déjame en paz.
- PACO ¿Olvidas que soy tu dueño? ¿Tu señor?
- JACINTA Te equivocas. Mi único dueño es el remordimiento.

- PACO ¿De qué te acusa la conciencia?
- JACINTA De no haberme hecho matar, antes que ceder a las imposiciones de mi padre. Ese ha sido mi flaco. Ese...
- PACO ¿Luego me crees un monstruo? (Pausa.) Habla. Ten valor para decirlo.
- JACINTA Quizá te considero mejor de lo que eres en realidad.
- PACO (Adelantándose hacia Jacinta con tono amenazador.) ¿Qué estás diciendo?
- JACINTA (Levantándose e irguiéndose con mucha dignidad y nobleza.) ¡Atrévete a poner las manos en mi persona...!
- PACO (Retrocediendo.) No... No debo hacerlo.
- JACINTA Pero lo harás al fin, porque te conceptúo capaz de todo.
- PACO ¡Jacinta!... No agotes mi paciencia... Yo soy en extremo frío. Mi carácter no se aviene a estas escenas violentas... Indícame un medio cualquiera para que yo pueda reivindicarme a tus ojos. Lo aceptaré, por difícil y espinoso que sea.
- JACINTA (Muy secamente.) Ya lo he dicho. Devuélvele la vida a la madre de Miguel.
- PACO Pero...
- JACINTA Terminemos. ¿Por qué has venido a mi gabinete? Aquí no está el amor que ambicionas. ¡Vete! Déjame con mi dolor y mi desgracia.
- PACO ¿Me despides? ¿Quieres que la desesperación me haga cometer un acto indigno de un hombre? No me iré. No abandonaré mi puesto. (Vuelve a ocupar su puesto.)
- JACINTA Tu empeño es completamente inútil.
- (Pausa. Oyese en la calle la música típica de Valencia. Luego una voz que canta la siguiente copla:)

VOZ (Dentro.) *Ya asoma el alba en Oriente
con hermoso resplandor.
Despierta, bella Jacinta,
en los brazos de tu amor.*

- PACO ¿Has oído?
- JACINTA Sí. ¡Qué irrisión!
- PACO ¡En brazos del amor!
- JACINTA ¡Pobre amor de mi vida! (Pausa.)
- PACO (Levantándose.) Vamos a ver, Jacinta...
- JACINTA ¿Por qué te has casado?
- JACINTA ¿Por qué te has casado tú, sabiendo que no te amaba? ¿Sabiendo que amaba a Miguel?
- PACO Mas no con esa ceguera maldita.
- JACINTA ¡Sufre las consecuencias de tu error!
- PACO Por última vez... ¿No hay esperanza?
- JACINTA No.
- PACO (Acercándose rápidamente a Jacinta y cogiéndola bruscamente de un brazo.) ¿Sabes tú de lo que es capaz un hombre?
- JACINTA Suelta, que me haces daño.
- PACO ¡Responde!
- JACINTA (Logrando desasirse merced a un violento esfuerzo.) ¡Suelta, miserable!... ¡Mis sienes arden!... ¡Mi cabeza quiere estallar! Solo mi corazón está frío; frío como el mármol para ti. El contacto de tu persona me produce una repugnancia invencible. Entre tú y yo no puede existir vínculo de ninguna especie. Nuestra unión tiene que romperse de un modo o de otro... ¡Piensa cómo ha de ser!
- PACO ¡Ah! ¡Por fin tu corazón asoma a los labios! Ahora... ahora dices lo que sientes. Tratas de huir del amor honrado para cobijarte en los brazos de un amante...
- JACINTA ¡Mientes! ¡Huyo de ti porque se interpone entre ambos un cadáver: el de la madre de Miguel! Yo no puedo querer al hombre que fríamente arranca la vida de una pobre anciana.
- PACO ¡Siempre Miguel!...
- JACINTA Entre Miguel y tú hay una inmensa distancia. El es el hombre digno y generoso, que busca en la ciencia y el trabajo

su gloria y la de su país. Tú eres el político sin entrañas que al violar el derecho de los demás para ser diputado y destrozar con malas artes la vida de una pobre madre, clava por dos veces el puñal homicida en el corazón de su patria.

PACO

¡Jacinta! (Va a arrojarle sobre ella.)

ESCENA II

Dichos y DON TOMÁS, por la izquierda.

TOMÁS

(Atajando la acción de Paco.) ¡Paco, detente!

JACINTA

¡Mi padre! (Tomando asiento de nuevo.)

PACO

Tu hija... (Respirando con dificultad por la inmensa emoción que siente.)

TOMÁS

(Interrumpiéndole.) No me digas ni una palabra. Comprendo tu situación... Déjame solo con Jacinta.

PACO

(Muy conmovido.) Me ha insultado de un modo inconcebible... ¡Me ha llamado ladrón y asesino!...

TOMÁS

¡Calma!... Vete y espera en la sala. (Vase Paco por la izquierda.)

ESCENA III

JACINTA y DON TOMÁS.

TOMÁS

¿Qué significa esto, Jacinta?

JACINTA

Significa que Paco y yo no podemos vivir juntos.

TOMÁS

¿Y mi mandato? ¿Y la obediencia que me debes?

JACINTA

Terminó ayer al pie de un altar. Me has entregado a un hombre; tu misión ha concluido.

TOMÁS

Pero ese hombre es tu esposo y debes seguirle. Así lo disponen las leyes.

JACINTA

Dios es más grande que las leyes, y

- Dios me manda que no mezclè mi sangre con la de un malvado.
- TOMÁS ¿Y los sacrificios que me cuestas?
- JACINTA Si estás seguro de haber cumplido con tu deber, tranquilízate
- TOMÁS ¿Y eres tú mi hija?
- JACINTA ¿Y eres tú mi padre?
- TOMÁS ¡Me debes la existencia!
- JACINTA Pero me has arrancado la dicha. Estamos en paz.
- TOMÁS Esas palabras solo las dice una mujer indigna.
- JACINTA Tú no puedes ser mi juez. Me has hecho víctima de un miserable engaño. De una infame traición.
- TOMÁS Lo hice por tu bien.
- JACINTA No todos los medios son buenos para conseguir el fin. El corazón no es lo mismo que la política.
- TOMÁS ¿Pero quién te ha enseñado a hablar de esa manera?
- JACINTA ¡La desesperación!
- TOMÁS Transijamos, Jacinta... Pongamos término a esta situación. ¡Vaya una noche de bodas que le estás dando a tu marido! Uníos en paz y en gracia de Dios. Ayúdame a buscar una fórmula de reconciliación.
- JACINTA No te canses, padre. No viviré con Paco.
- TOMÁS ¿Qué osas decir?
- JACINTA Lo repito. No viviré con Paco.
- TOMÁS Mañana te irás con él a Madrid.
- JACINTA No, mientras no me falte el aliento.
- TOMÁS Te llevará por fuerza la guardia civil.
- JACINTA Me arrojaré a la vía por una de las ventanillas del tren.
- TOMÁS ¿Tendrías valor?
- JACINTA Para todo. Estoy decidida. Primero muerta que vivir con ese hombre... (Pausa.) ¡He aquí tu obra, padre! Me has hecho desgraciada para siempre... Ayer me dijiste que cuanto eres y cuanto soy

se debe a la política... Pues bien, ya que la política ha desgarrado mi dicha, no quiero nada suyo. Voy a despojarme de todas las joyas que debo a esa madrastra infame. No quiero lucir collares de perlas ni sortijas de brillantes que sirviendo de adorno al cuerpo destrozan el alma. Voy a ponerme el traje negro que me sirvió de luto el día en que murió mi madre. No. No quiero estas víboras sobre mi cuerpo. (Vase por la derecha.)

ESCENA IV

DON TOMÁS.

(Como tratando de seguirla, con una explosión de cólera.) ¡Ira de Dios! (Deteniéndose.) No... No... Será inútil cuanto haga. Aunque ahora la matase, no depondría su actitud. Conozco bien su carácter. (Pausa.) ¡Vaya una situación! ¿Y ese Rullo?... ¿Qué diablos ha hecho?... ¡Valiente modo de sacarnos del conflicto!... Será preciso entregarle a la guardia civil. (Vase por la izquierda.)

MUTACIÓN

CUADRO SEXTO

Telón corto de cementerio.

ESCENA PRIMERA

Sale MIGUEL por la derecha, vestido de luto riguroso. Le siguen PEDRO y CIUDADANOS 1.^o y 2.^o, todos callados y silenciosos, con muestras de muy profundo pesar.

MIGUEL Amigos. Aquí se despide el duelo. Quiero ir solo a la casa de mi dolor,

- PEDRO Miguel, resignación. Al fin todos hemos de hacer el mismo camino.
- MIGUEL (Estrechándole la mano.) Pedro, es muy grande mi pena.
- CIUDA. 1 Para todo lo que haga falta aquí tienes a un hombre.
- MIGUEL Gracias, Antón... Ya sé que mi madre te quería entrañablemente.
- CIUDA. 1 ¡Y tanto! ¡Pobrecica!
- CIUDA. 2 Yo no te digo *na*, porque se me ha puesto un nudo en la garganta. Adiós.
- MIGUEL Adiós a todos, y muchas gracias. (Vanse todos por la derecha.)

ESCENA II

MIGUEL.

Allá quedas, madre de mi corazón, hasta que vaya a hacerte compañía el hijo a quien adorabas más que a las niñas de tus ojos... ¡Me ahoga la pena! ¡No puedo moverme! Parece que mis pies hayan echado raíces en el suelo. No hay nada más misterioso que la muerte... ¿Ya qué es mi madre? Un puñado de tierra. Y sin embargo no me considero con valor para abandonarla. Ese camino de cipreses me tira hacia ella con fuerza irresistible.

ESCENA III

MIGUEL y MALALENGUA, por la izquierda.

- MALALEN. ¡Miguel!
- MIGUEL ¡Tío Pascual!
- MALALEN. La hemos hecho buena. ¡Estamos llorando como dos chiquillos!... ¡Mira que llorar Malalengua!

MIGUEL ¿Y mi padre?

MALALEN. Allá quedó atroncado con su dolor.

MIGUEL ¿No ha conseguido calmarle?...

MALALEN. Hice cuánto me fué posible para conseguirlo, pero es lo mismo que decirle a un pájaro que vuele tras de haberle *cortao* las alas.

MIGUEL ¡Padre mío!... ¡Padre mío!...

MALALEN. Aquí quiero ver yo a los hombres, Miguel.

MIGUEL Bueno está usted para dar consejo.

MALALEN. ¿Cómo? ¿Qué dices? Todavía no sabes tú quién es el tío Pascual. ¡Ea, se acabó! Hay que tener más coraje. Hemos de hacernos la cuenta que dentro de cien años todos calvos... ¿Me entiendes ahora?

MIGUEL Y tanto como le entiendo.

MALALEN. Entonces sigue mi ejemplo. Aquí tienes un pecho más duro que una roca para todo lo que sean aflicciones, y un alma más grande que una plaza de toros, *pa too* lo que haga falta. ¿Me explico?

MIGUEL Sí, señor, sí.

MALALEN. Ya veo que no me has oído.

MIGUEL ¿Qué estaba usted diciendo?

MALALEN. Que todo en este mundo tiene que tener su fin, y que con toda clase de amarguras debe pasar lo mismo.

MIGUEL Sí... sí... Tiene usted razón. Comprendo que en estos casos debe hacerse el hombre superior. ¿Dónde va usted?

MALALEN. Ya me has cogido. Has de saber que yo quería a tu madre tanto como quise a la mía... Y, naturalmente, he sentido mucho su muerte, pero no tanto como tú, porque yo soy de una pasta más dura. El caso es que voy a verla por última vez, porque también quiero echar sobre su sepultura mi *puñaico* de tierra.

MIGUEL Le acompaño. Vamos.

MALALEN. No, Miguel. Tú ya has cumplido con tu deber. Hay que respetar la naturaleza.

MIGUEL Quiero verla por última vez.

MALALEN. No seas niño y piensa que haces falta en otra parte.

MIGUEL ¡Ah! Es verdad... Debo ir al lado de mi padre. Debo estrecharle contra mi corazón en esta hora de angustia... Adiós, tío Pascual.

MALALEN. Hasta luego porque ya sabes que tenemos que hablar largo y tendido.

MIGUEL Ya entraremos en esa segunda parte. Hasta luego. (Vase por la izquierda.)

ESCENA IV

MALALENGUA.

¡Llorar Malalengua! ¡Polaina, como dice el tío Simón! Esto sí que daría que hablar en veinte leguas a la redonda. Afortunadamente no me ha visto nadie. ¡Vaya! ¡Vaya! Esto es vergonzoso. Aquí lo que hay que hacer es una de *populo bárbaro*. Yo no he nacido para blanduras de ninguna especie. Tengo el corazón muy duro y la sangre muy negra... Voy a verla. Me despido de la pobre abuelica y luego se acabaron las contemplaciones. Malalengua volverá a ser lo que era. Un tío sin entrañas para todo el mundo.

ESCENA V

Dicho y PEDRO, por la derecha.

PEDRO ¡Malalengua!

MALALEN. ¿Qué te trae? Sospecho por tu cara que nada bueno.

PEDRO No perdamos tiempo. Vamos en pos de Miguel.

MALALEN. ¿Para qué? Explicate, hombre.

PEDRO He visto al Rullo detrás de unas tapias.

MALALEN. ¿Anda por aquí ese foragido?

PEDRO Y con malas intenciones.

MALALEN. ¿Tú crees?...

PEDRO Lo que hemos *hablao*... Miguel va solo.

MALALEN. Tienes razón. Sigámosle a distancia. ¡Perdóname, abuelica! (Vanse por la izquierda.)

MUTACIÓN

CUADRO SÉPTIMO

Sala en casa del tío Simón. Puertas laterales.

ESCENA PRIMERA

MIGUEL. Aparece por la izquierda.

Ya estoy aquí. ¡Descansa en paz, madre mía!... Ya te he llorado bastante... Deja que mi pensamiento se separe de tu imagen para hacerte justicia.

ESCENA II

Dicho y SIMÓN, vestido de luto, por la derecha.

SIMÓN ¡Miguel!

MIGUEL ¡Padre!... Ven acá. Siéntate en tu 'viejo sillón. Así.

SIMÓN (Mirando a su hijo y sin poder contener las lágrimas.)
¿Con qué ya la hemos enterrado?

MIGUEL No llores, padre, porque tus lágrimas caen sobre mi corazón como gotas de plomo derretido.

SIMÓN Es muy grande esta pena, Miguel, es

muy grande... Y eso que yo todavía no estoy *convencido* del todo de que mi Francisca ha muerto. El día que caiga de mi burro, yo mismo iré al cementerio para que me den sepultura.

MIGUEL ¿Y tendrás valor para dejarme, cuando tú eres mi único consuelo?

SIMÓN Tú no sabes lo que son cuarenta años de matrimonio sin habernos *separao* en *too* ese tiempo arriba de veinticuatro horas... No había dolor para ella que a mí no me alcanzase con su daño correspondiente. ¿Estar mi Francisca alegre, y no bailar yo de alegría? ¡Imposible! Nuestras almas se habían hecho ya una sola... y así es que nuestros pensamientos no discrepaban en lo más mínimo. Solamente que me ha *quedao* una espina *atravesá*. ¿Te lo digo, Miguel?

MIGUEL Sí, padre, sí. Desahoga tu pena.

SIMÓN Me ha *quedao* la espina de que la política ha *matao* a mi Francisca... Como no puede haber cosa perfecta en el mundo, la política era la única sombra que había en nuestro hogar. La única que me separaba algunas veces de mi Francisca. Y ahora que ya la hemos *enterrao* no puedes figurarte, Miguel, la pena que siento, y lo arrepentido que estoy de no haber seguido sus consejos, para haberme dedicado exclusivamente a cultivar su dicha y la mía, sin dejar un momento de mirar por la tuya, con el pedazo de pan que debemos a nuestra pobre hacienda. Eso es lo que debía haber hecho, porque todo se lo merecía tu madre... Y ahora voy a decirte una cosa muy en serio, Miguel. Has de saber que tu madre era más buena que tú y que yo, y que los dos juntos. Has de saber que tu madre era una santica... (Esto último dicho con voz temblorosa y con lágrimas en los ojos.)

MIGUEL (Que ha escuchado atentamente a su padre, da violentamente un puñetazo sobre la mesa.) ¡Ira de Dios!

SIMÓN ¿Qué es eso, hombre? ¿Qué te pasa?

MIGUEL (Con súbita transición, pasando de aquel arranque de cólera a un tono dulce, aproximándose a su padre, dice:) ¡Padre de mi corazón!... ¡Deja que te estreche en mis brazos!... ¡Deja que todo el calor de mi alma se propague a la tuya! ¡Calma tu pena, viejecito de mi vida!

SIMÓN Bueno, Miguel, bueno... Tenemos que hacernos fuertes. ¿No es verdad?

MIGUEL Eso quiero. Ya es hora, padre, de que hablemos de algo que nos interesa mucho conocer.

SIMÓN Pregunta lo que quieras. Ya estoy tranquilo. Y tengo ánimo para todo.

MIGUEL ¿Desde cuándo que no recibíais mis cartas?

SIMÓN Desde hace dos meses.

MIGUEL ¿La última que os mandé... la guardáis?

SIMÓN Todas ellas las tenía tu madre *guardás* en el cofre como oro en paño, formando un paquetito *atao* con una cinta de seda.

MIGUEL ¿Así pues, no habéis recibido mi carta en la que os decía que terminados mis estudios de ingeniero regresaba a España?

SIMÓN No por cierto.

MIGUEL ¿Ni tampoco mi cablegrama expedido desde Nueva York, anunciando mi salida?

SIMÓN Tampoco.

ESCENA III

Dichos y MALALENGUA, por el foro, vestido también de luto.

MALALEN. ¿Hay permiso?

MIGUEL Adelante, tío Pascual. Adelante. (Saliedo a su encuentro y abrazándole afectuosamente.)

MALALEN. Simón... ¿cómo va eso?

SIMÓN ¡Pascual! (Conmovido.)

MALALEN. ¡Dame la mano, y aprieta de firme! (Se dan las manos.)

SIMÓN Aquí me tienes sin mi Francisca.

MALALEN. Pues no hay más que tener resignación. La vida es un soplo.

MIGUEL Siéntese aquí, tío Pascual... Estábamos celebrando consejo, y a usted le consideramos como de la familia.

MALALEN. Muchas gracias.

MIGUEL Supongo que me ayudará con todas sus luces.

MALALEN. Y con mi garrote, si hace falta.

MIGUEL Necesito aclarar ciertos hechos y atar algunos cabos sueltos para convencerme en absoluto de que con mi anciana madre se ha cometido un crimen espantoso.

MALALEN. Dalo por hecho.

MIGUEL ¿Qué dices tú a esto, padre?

SIMÓN Ya lo dije *en antes*. La política infame ha *matao* a mi Francisca.

MALALEN. Pero la política en sí, no tiene cuerpo ni figura humana. Solo tiene alma, y ésta es más negra que la boca de un lobo. Y lo que se trata de buscar es la figura humana. ¿No es así, Miguel?

MIGUEL Exacto; y para eso le he mandado llamar.

MALALEN. Pues aquí me tienes.

MIGUEL ¿Usted qué opina?

MALALEN. ¡Hombre!... ¡Vaya un escopetazo!... ¿Qué opinas tú?

MIGUEL Lo mismo que usted. Que los autores del crimen viven muy cerca de aquí En la casa de enfrente.

MALALEN. Como si dijéramos don Tomás y su yerno.

MIGUEL Cabal. ¿Me equivoco?

MALALEN. Más claro ni agua.

MIGUEL Padre, ¿y tu opinión cuál es?

SIMÓN No es tan clara como la vuestra, pero por ahí se van mis sospechas.

MIGUEL Anoche, en medio del dolor que sentía mi cerebro, fui tejiendo todos los hilos que lleva ocultos la misteriosa trama... Yo tenía relaciones con Jacinta... Su padre quería casarla con Paco... Era preciso que la boda se llevase a efecto antes de que yo regresase al pueblo. Esto indica que don Tomás tenía noticia de mi regreso, y que la había adquirido interceptando mi última carta.

MALALEN. Ya veo que traes mucha inteligencia. Yo me he vuelto tarumba pensando anoche en lo mismo, y no he caído en ello.

MIGUEL Como una mala acción tiene por fuerza que ir acompañada de otra, también interceptó mi cablegrama... Luego la casualidad hizo lo restante. Se recibió en la alcaldía el despacho anunciando la muerte del hijo de la María Pepa, que también se llamaba Miguel. La coincidencia no pudo ser más fatal. El era fogonero de la Armada, yo ingeniero mecánico. Por nuestra profesión nos hallábamos en contacto con las máquinas. Estalló un tubo de una caldera; falleció el pobre Miguel, y nada más sencillo que substituir a uno por otro en el ánimo de Jacinta. Así, ésta, creyéndome muerto, desmayó en su fortaleza y consintió en la boda. El ardid no pudo ser más indigno, pero decidió la victoria en favor del padre desnaturalizado.

MALALEN. Eso es tener entendimiento.

MIGUEL Ahora viene la segunda parte del drama; la más negra y horrible. Aquí se confunde mi inteligencia. ¿Cómo, en vez de mandar el siniestro telegrama al domicilio de la María Pepa, vino a parar a esta casa?... ¿Se hizo esto con maldad

preconcebida, o fué por causa de alguna mala interpretación?...

MALALEN. Pido la palabra.

SIMÓN. *Cuidiao* con la lengua, Pascual, que no tiene hueso y pudiera causar el daño de alguna persona inocente, moviéndose con demasiada ligereza.

MALALEN. Tendré presente el consejo, Simón.

MIGUEL. Déjale, padre. Siga usted, tío Pascual.

MALALEN. Yo, lo que creo, es que el despacho se ha *mandao* a esta casa con malá intención, y sabiendo que iba a producir una catástrofe. Si fué don Tomás o si fué don Paco... eso es lo que yo no me atrevo a decir, siguiendo aquel buen consejo.

MIGUEL. Hay que averiguarlo a toda costa. (Se acerca a la segunda puerta izquierda y llama.) ¡Anastasia!... ¡Anastasia!... Ahora veremos si podemos sacar por esta parte alguna luz.

ESCENA IV

Dichos y ANASTASIA, por la izquierda.

ANASTA. ¿Llama el señorito?

SIMÓN. Yo me iré a recostar un poco. Estoy muerto de fatiga, y *paece* como que me quiera entrar un sueño dulcecico.

MIGUEL. Bien pensado.

SIMÓN. ¡Adiós, Malalengua!

MALALEN. ¡Animo, Simón!

SIMÓN. ¡Solo te encargo una cosa, Miguel: que andes con pies de plomo!

MIGUEL. Vé a descansar, padre, y déjalo todo en mis manos. (Miguel acompaña a Simón al cuarto de la derecha, y mientras Malalengua dice:)

MALALEN. ¡Qué sacudida tan tremenda la que ha sufrido el alma del pobre viejo! ¡Parece otro!

ESCENA V

MIGUEL, MALALENGUA y ANASTASIA.

- MIGUEL Hay que hacer memoria, Anastasia.
- ANASTA. Ya le he dicho a usted, señorito, que por más que le doy vueltas no caigo en la cuenta de quién pudiera ser aquel hombre. No recuerdo haberle visto en ninguna otra parte. Me dijo que entrase el pliego. Lo entré, y no me fijé mayormente en su persona.
- MALALEN. Parece mentira que no le conocieses, cuando todos aquí en el pueblo nos conocemos.
- MIGUEL ¿Pero sí te fijarías en las señas que tenía?
- ANASTA. Pregunte usted, a ver si por el hilo se saca el ovillo.
- MIGUEL ¿Qué edad tendría?
- ANASTA. La del tío Pascual, poco más o menos.
- MIGUEL ¿Era alto o bajo?
- ANASTA. Ni alto ni bajo. De estatura mediana.
- MALALEN. ¿Cómo iba vestido?
- ANASTA. No me acuerdo muy bien, pero me parece que llevaba pantalón de pana, alpagatas y chaquetón; con una faja... ¿de qué color era la faja? No me acuerdo.
- MALALEN. Marras por el punto más *delícao*.
- MIGUEL Y el aspecto, ¿qué tal era el aspecto?
- ANASTA. Yo no sé lo que es eso, señorito.
- MALALEN. Te pregunta, el amo, si era un hombre bien *encarao* o mal *encarao*.
- ANASTA. Más tiraba a lo segundo que a lo primero.
- MALALEN. Aprieta un poco el magín, a ver si te acuerdas del color de la faja.
- ANASTA. (Pausa. Haciendo memoria.) Vaya, que no me acuerdo.
- MALALEN. ¿Era *morao*?
- ANASTA. Eso es, *morao*.

- MIGUEL ¿Sospecha usted de alguno?
- MALALEN. Sospechar... por sospechar... Sí que sospecho... Pero tanto como sospechar, no sospecho... porque en este pueblo la mitad de los vecinos llevan la faja *morá* y más tienen la cara de vinagre que de mona de Pascua.
- MIGUEL Vete a tus faenas. (A Anastasia.)
- ANASTA. Queden con Dios, y mucho ánimo, señorito.
- MIGUEL Gracias, Anastasia. (Vase Anastasia por la izquierda.)

ESCENA VI

MIGUEL y MALALENGUA.

- MIGUEL Dígame al punto sus sospechas, tío Pascual.
- MALALEN. Hombre... Saltas como la pólvora al contacto del fuego. Deja que se maduren las uvas.
- MIGUEL ¿Quién es? ¡Pronto!
- MALALEN. No habrá más remedio que decírtelo, pero ponlo en cuarentena, no sea cosa que demos un palo de ciego.
- MIGUEL ¡Dígame el nombre de ese miserable!
- MALALEN. ¡El Rullo! (Bajando la voz y aproximándose mucho a Miguel.)
- MIGUEL ¿El perro de presa del cacique?
- MALALEN. En cuerpo y alma.
- MIGUEL ¡Ya tenemos uno! ¡Ya va tomando carne la sospecha!
- MALALEN. Del Rullo me encargo yo, Miguel.
- MIGUEL De ningún modo, tío Pascual. O hace justicia el juez, o la hago yo.
- MALALEN. ¿Qué piensas hacer?
- MIGUEL Lo primero, ejercer mi derecho. Pedir justicia contra los asesinos de mi madre.
- MALALEN. No conseguirás nada.
- MIGUEL ¿Por qué razón?

MALALEN. Porque el cacique lo es todo, y no hay poder alguno que le humille. No es autoridad, y hace lo que quiere del alcalde. No es sacerdote, y dispone a su antojo del cura del pueblo. No es representante de la ley, y se mete en el Juzgado como Pedro por su casa. Nada conseguirás. Tira por donde quieras.

MIGUEL. Entonces, a lo segundo. Mi madre no ha de quedar sin justicia o sin venganza... ¡Que todo el derecho moderno en España es una mentira!... ¡Que las ideas de civilización que ha inculcado en mi cerebro un pueblo culto no prevalecen en la patria que me vió nacer!... ¡Que aquí la ley sólo figura en el Código escrito como letra muerta!... ¡Que ni religión, ni autoridad, ni justicia dan satisfacción a mi alma herida en sus más caros sentimientos!... ¡Que aquí el derecho de ciudadanía es un mito y una sombra vana las honradas aspiraciones del ciudadano!... Entonces lo que debía ser justicia que se trueque en venganza. ¡Qué haga la violencia lo que no puede hacer la ley! ¡Entonces, Pascual, me vengaré a estilo americano! ¡Al machete! ¡Al machete!

MALALEN. ¡Cálmate! Así no quedará la cosa; te lo prometo el tío Pascual! Tu madre era mi ojito derecho, Miguel... La pobre ancianica se me había metido en el corazón... Y no te digo más. Ahora... Adiós.

MIGUEL. ¿Se va usted?

MALALEN. Para averiguar lo que falta, que todavía es mucho.

MIGUEL. Adiós, y gracias por todo.

MALALEN. Quitá allá, hombre. (Luego dice, haciendo mutis por el foro:) ¡Al Rullo le cambio yo la boleta de alojamiento!)

ESCENA VII

MIGUEL, solo.

Bien dijo el sabio... ¡Que todo animal está en el hombre! En el fondo de mi ser ha resurgido ya la fiera ávida de sangre humana... Es la primera vez que el pensamiento me ha dicho con vehemencia irresistible: «¡Mata! ¡Mata, hasta que se sacie la rencorosa sed de venganza que se va apoderando de todos tus sentidos!» ¡No... no!... ¡Yo no quiero venganza!... ¡Yo quiero justicia! ¿No es verdad, madre, que mi anhelo es el tuyo? (Pausa.) No importa que no contestes... Bajo ese silencio adivino la respuesta. Tu deseo iba envuelto sin palabras, en la mirada que me dirigiste con la última boqueada de tu agonía... Se dibujó en aquella sonrisa piadosa que entreabrió tus labios cadavéricos... ¡Calma!... ¡Calma, Miguel!... Lo grande... lo hermoso, sería mandar a presidio a los autores de la infamia, pese a toda su influencia política... Pero ¿cómo?... El tío Pascual tiene razón. Para esto se necesita un juez que no prevarique... Necesaria es una fuerza que se ponga al servicio de la ley... ¿Y ese juez, esa fuerza, dónde están? Interceptando el camino de la justicia se encuentra siempre el cacique... Ya vacilo de nuevo viendo como se derrumba mi esperanza. Mi fe no tiene brújula... Mi razón no tiene punto de apoyo. Faltando el principio de la moral, todo se mueve, todo gira hasta llegar a la solución bañado en sangre... En tanto mi madre no vuelve a la vida. Sólo hay dos hechos inmutables en el caos que me rodea. La muerte de mi

pobre anciana, y el dolor que me muerde aquí dentro... ¡Y qué dolor tan grande! ¡Madre mía! ¡Madre mía! (Se deja caer de nuevo sobre la silla que habrá junto a la mesa, apoyando los codos sobre ella. Sepulta la cabeza en las manos y solloza.)

ESCENA VIII

Dicho y ANASTASIA, por el foro.

- ANASTA. (Después de una gran pausa.) ¡Está llorando! ¿Quién le dice nada en tales momentos? En mala ocasión ha venido esa desventurada ¡Animo! Yo se lo digo. Señor...
- MIGUEL (Levantando la cabeza.) ¿Eres tú? ¿Qué ocurre?
- ANASTA. Que ahí, en la sala inmediata, se encuentra...
- MIGUEL ¿Quién?
- ANASTA. Por el semblante pálido y lloroso que trae, parece la Virgen de los Dolores.
- MIGUEL No te comprendo.
- ANASTA. Ha venido, aprovechando la ausencia de su padre y de su marido, que han salido juntos.
- MIGUEL ¿A quién te refieres?
- ANASTA. ¿A quién me he de referir? A Jacinta, señorito, a Jacinta.
- MIGUEL ¿Jacinta aquí? No, que no entre. No quiero verla.

ESCENA IX

Dichos y JACINTA, por el foro, vestida de negro.

- JACINTA ¡Aquí estoy, Miguel!
- ANASTA. ¡Tenga usted lástima, señorito!
- MIGUEL Vete. Déjanos solos. (A Anastasia, que se va por la izquierda.)

ESCENA X

MIGUEL y JACINTA.

- MIGUEL ¿Tú en mi casa? ¿A qué has venido?
- JACINTA Para decirte... ¡No puedo más!... (Cae en una silla sollozando.)
- MIGUEL (Aproximándose a ella.) ¡Olvidaste la fe jurada! ¡Me hiciste traición para realizar tus dorados sueños de vanidad! ¿Por qué no levantas la frente? ¿Por qué lloras en presencia de tu víctima? ¡Tuya es la victoria! ¡Gózate en el triunfo! Aquí no hay más que dos corazones destrozados. Vete a la estancia del placer. Vuelve la espalda al dolor. ¡Vete, Jacinta, vete!
- JACINTA ¡Me he unido a un hombre infame!
- MIGUEL Trátale mejor, porque es tu dueño.
- JACINTA Mi dueño, no... Reniego de los lazos que nos unen.
- MIGUEL Esos lazos ya no pueden romperse. Están vinculados por la ley y consagrados por la religión. Al destruir mi dicha has destruido la tuya.
- JACINTA Miguel, tú eres bueno... Perdóname.
- MIGUEL Yo soy bueno, pero no tanto como Dios, que es la bondad infinita. ¿Crees tú que se puede hacer pedazos el corazón de un hombre? ¿Crees que se le puede engañar miserablemente, haciéndole concebir esperanzas para luego abandonarle a la desesperación?
- JACINTA He sido débil, lo confieso. La lectura de aquel telegrama enflaqueció mi voluntad... He venido para decirte: ¡Tu dolor es el mío! La desesperación que sientes es mi propia desesperación. Una noche te juré que había de ser tuya o de nadie. ¡Pues bien; mi juramento está en pie, irrevocable... decisivo!

- MIGUEL Baja la voz. No despiertes al pobre viejo que descansa ahí dentro.
- JACINTA Pues con el aliento... con la voz de la verdad que apenas se oye, repito que no he faltado a mi juramento.
- MIGUEL Eso ya no es virtud. Os echó el cura la bendición... Pertenece a tu marido. Yo también he tenido mi noche de boda. Mi madre aquí, en esta habitación, en medio de cuatro cirios, y yo mirándola fijamente. Así estuvimos hasta rayar el alba. Éramos dos novios fúnebres. Fué aquella una escena de amor que durará eternamente en mi memoria.
- JACINTA Y yo, en el balcón de enfrente, encerrada por dentro, en la cámara nupcial, con mi traje de desposada, alma sin alma, esposa sin esposo, adivinando lo que aquí pasaba, por el resplandor de los cirios y por la sombra que se destacaba en el fondo, que debías ser tú, inclinada sobre otra sombra que debía ser tu madre. ¡Noche por noche! ¡Boda por boda, Miguel!
- MIGUEL Pero tú olvidas que allí, en tu casa... No... No quiero decirlo...
- JACINTA Habla.
- MIGUEL No quiero ser tan cruel contigo.
- JACINTA Habla; te lo suplico por aquel amor...
- MIGUEL ¡Calla! No me hables de amor. Aparta, Jacinta...
- JACINTA ¡Mátame, Miguel!... ¡Qué feliz sería viniendo la muerte de tus manos!
- MIGUEL Aquel amor que un día me inspiraste se ha convertido en hambre y sed de justicia. Dime. (Cogiéndola bruscamente de un brazo.) ¿Dónde se halla el asesino de mi madre? ¿No se oculta en tu casa?
- JACINTA ¡Jesús!... ¡Qué horror!
- MIGUEL Se han trocado los papeles. Ahora soy yo quien te dice: ¡Habla, habla, Jacinta!

- JACINTA ¡ Por Dios, Miguel ! Tenme lástima. La muerte de tu madre ha destrozado para siempre mi dicha. Ha roto los vínculos sagrados de mi matrimonio. ¡ Tu sospecha me hace un daño horrible !
- MIGUEL Si tan grande es tu amor[®] deberías decirme la verdad... ¿ No conoces al asesino ?
- JACINTA ¡ Ay de mí !
- MIGUEL ¡ Pronuncia su nombre !... Pero, ¿ cómo una hija ha de delatar a su propio padre ? ¡ Sería monstruoso !
- JACINTA ¡ No ha sido mi padre !
- MIGUEL ¿ Luego ha sido tu marido ? ¡ Oh ! ¡ Gracias, Jacinta ! ¡ Gracias !
- JACINTA ¡ Perdón !... ¡ Perdón !... (Arrodillándose a los pies de Miguel.)
- MIGUEL Hemos concluído... ¿ No ves quién se interpone entre ambos ?
- JACINTA ¿ Quién ?
- MIGUEL El cadáver de mi madre.

ESCENA XI

Dichos y SIMÓN, por la derecha.

- SIMÓN ¡ Perdónala, Miguel !
- MIGUEL ¡ Padre !
- SIMÓN ¡ Ven acá, hija mía !
- JACINTA (Aproximándose hasta ampararse en los brazos del tío Simón.) ¡ Tío Simón !
- MIGUEL ¿ La recibes en tus brazos ? ¿ Qué haces ?
- ¡ Piensa de dónde viene esa mujer !
- SIMÓN ¡ Polaina ! Y qué arisco te ha vuelto el dolor.
- MIGUEL ¿ Olvidas que es la hija del miserable autor de nuestra desdicha ?
- SIMÓN ¡ Que lo sea !... Parece mentira que hayas venido de un país tan libre y adelantado. Enjuga tus lágrimas, hija mía... Amortigua tus sollozos. Las culpas de los padres no deben pagarlas los hijos.

No ha de poner el dolor una venda en nuestros ojos, de manera que buscando al culpable atropellemos al inocente.

MIGUEL Me dejas confundido. Si mi madre viese...

SIMÓN Estás en un error muy grande. Tu madre ampararía a Jacinta como yo lo hago. ¿Quieres hacerla responsable de los extravíos de su padre? Eso no es justo. El padre tiene un guijarro por corazón, y la hija tiene una perla por alma... ¿Vas a confundir una cosa con otra? Entonces dí que todas las cosas son iguales, y que todos somos unos. En cuyo caso, igual da justicia que injusticia. Tanto importa crimen como virtud. Los hijos no son responsables de las culpas de los padres; no, Miguel... Tú, que eres un mozo tan instruído, no caigas en esa doctrina tan fea, propia solo de hombres sin entendimiento y de gentes que se han *dejao* vencer, o por el yugo de la ignorancia, o por la torpeza del fanatismo.

MIGUEL ¡Absorto te escucho, padre! Me has dado una gran lección. (Dentro grandes rumores.) ¿Qué rumor es ese?

SIMÓN La voz del pueblo, que es la voz de Dios.

PEDRO (Dentro, en la calle.) ¡Mueran los asesinos de la madre de Miguel!

PUEBLO (Dentro también.) ¡Mueran!

PEDRO ¡Mueran los que atropellan los derechos del pueblo!

PUEBLO ¡Mueran!

SIMÓN El pueblo se ha soliviantado. Corre, Miguel a tranquilizarle, antes de que sobrevengan el estrago y la violencia; y luego dirígete a la casa del juez en demanda de justicia. Yo me encargo de Jacinta. Digna y honrada la separé un día de tus brazos, y digna y perdonada la volverá este pobre viejo a su hogar.

JACINTA ¡ Gracias, gracias, tío Simón !
MIGUEL ¡ Te admiro y te respeto !
SIMÓN En marcha, Miguel.
MIGUEL Voy a llamar a las puertas de la ley.
¡ Padre, hasta luego ! ¡ Adiós para siempre, Jacinta ! (Vase por el foro.)

TELÓN

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

CUADRO OCTAVO

El despacho del Juez, con salidas laterales y al foro.

ESCENA PRIMERA

EL JUEZ, solo.

Al levantarse el telón aparece el Juez sentado junto a una mesa escritorio.

El pueblo se ha indignado con razón... Se han escarnecido sus legítimos fueros. El cacique ha triunfado como siempre, avasallándolo todo en desprestigio de la ley... y en tanto ¿qué hace el Juez? Metido en su despacho espera a que surja el conflicto para rodearse de la fuerza armada y perseguir al culpable, porque el mayor delito lo cometen aquellos que atentan contra el derecho. Esta es una herida que no se vé, que no se palpa, pero que en el fondo es mucho más lesiva para el orden social que las más graves que pudieran inferirse al individuo. (Grandes rumores dentro.) ¿No lo dije? Ya empieza el motín en la calle. Estas son las consecuencias de la violación del derecho.

ESCENA II

Dicho y MIGUEL, por el foro.

MIGUEL ¿Hay permiso, señor Juez?
JUEZ Adelante.
MIGUEL Vengo en demanda de justicia.
JUEZ ¿Creo que es usted?...
MIGUEL El hijo del tío Simón.
JUEZ Don Miguel Morera, ingeniero mecánico.
MIGUEL El mismo.
JUEZ Tengo de su persona muy buenas referencias, y siento en el alma el motivo que le trae.
MIGUEL Gracias, señor Juez. Voy a referirle los hechos, que ya debe conocer.
JUEZ No importa; refiéralos.
MIGUEL Hace dos meses próximamente escribí a mis ancianos padres notificándoles que en breve regresaría a España... Esta carta no llegó a su poder. Extrañándome su silencio, les puse un cablegrama anunciándoles mi salida desde Nueva York, cablegrama que tampoco llegó a sus manos. Desembarqué en Barcelona, y sin pérdida de tiempo me vine al pueblo en el tren más inmediato. ¡Cuál sería mi dolor al llegar a la casa paterna! El Viático dirigiéndose a ella... En el umbral, un amigo intentando detenerme con el semblante demudado. El corazón se me volcó dentro del pecho, haciéndome presentir la horrible desgracia. Entré en mi hogar... Mi madre había ya muerto a juicio de todos, pero al oír el grito que salió de mi alma, abrió nuevamente los ojos para mirarme por última vez. ¡Aun sintió el calor del beso que deposité en su frente helada, y debió reconocerme, porque ha bajado a la sepultura con la sonrisa en los labios!

- JUEZ ¡ Pobre madre !
- MIGUEL Señor Juez... Mi madre ha sido víctima de una infamia. Un hombre, un desconocido, llevó a mi casa un telegrama dirigido al Alcalde de esta población. En él se daba cuenta del fallecimiento de un mártir del trabajo que era fogonero de la Armada, y que también se llamaba Miguel, hijo de la María Pepa, vecina de este pueblo. La lectura de este telegrama produjo la muerte de mi madre, ¡ Justicia pido contra los autores de esa infamia !... ¡ Aquí se halla el cuerpo del delito ! (Saca un telegrama, que toma el Juez, colocándolo encima de la mesa.)
- JUEZ Conozco los hechos que usted relata porque ya pertenecen al dominio público. Efectivamente, existe una acción penable ; pero, ¿ quiénes son los autores ?
- MIGUEL Todo el pueblo los señala con el dedo.
- JUEZ Diga sus nombres.
- MIGUEL Don Tomás y su hijo político.
- JUEZ Miguel, los informes que yo tengo sobre el particular, no son un secreto. El Alcalde dejó olvidado ese telegrama en casa de don Tomás. Este afirma que aconsejó al primero que nada dijese a la María Pepa del fallecimiento de su hijo, obedeciendo a un sentimiento humanitario, pero que nada sabe del destino ulterior que tuvo dicho telegrama, el cual le fué substraído por persona desconocida. ¿ En qué se funda el pueblo ? ¿ En qué se funda usted para acusar a don Tomás y a su yerno ?
- MIGUEL Mi padre era enemigo político de ambos. Mi padre trabajaba para que no fuesen secuestrados los votos del pueblo en las elecciones que acaban de verificarse, y que constituyen una vergüenza para el sistema representativo y un escarnio para la libertad.

- JUEZ Eso no basta.
- MIGUEL Sólo el cacique tiene aquí influencia en correos para interceptar mis cartas y cablegramas.
- JUEZ Semejantes acusaciones no tienen ningún valor legal sin pruebas documentales o de testigos.
- MIGUEL Yo hago la acusación... Al Juez le toca averiguar la verdad, por los medios inquisitivos que la ley le concede.
- JUEZ Como Juez instruiré proceso tomando por base la denuncia de usted. Mi interés y la profunda simpatía que me inspira su causa, son los que me mueven a decirle que sin prueba muy notoria el resultado final será un sobreseimiento. La política en España se impone a las leyes. Don Tomás es un personaje casi inviolable, y su yerno, como diputado, bien o mal elegido, no puede ser procesado sin consentimiento de las Cortes. La realidad es muy dura y nos aplasta con sus inexorables imposiciones. En el reino del cacique, el Juzgado no es el templo donde se rinde culto a la ley; es la tumba del derecho. ¡Aquí no impera el Juez!... ¡Aquí yace el Juez!
- MIGUEL ¡Absorto le escucho!
- JUEZ Voy a serle todavía más franco, porque sé que me dirijo a un caballero. Por haber querido cumplir con mi obligación, llevo ya cuatro traslados en menos de un año. Mi paga, con tanto viaje, ya no es suficiente para sostener con decoro a mi familia. Salgo de un cacique para encontrarme con otro. ¿Qué poder ni qué autoridad moral ha de tener un ministro de la ley a quien las influencias políticas llevan de Scila a Caribdis, porque no tiene el impudor de someterse a los caprichosos mandatos del cacique? Esta es la realidad; saque usted las consecuencias.

MIGUEL ¿De modo que don Tomás y su yerno son invulnerables?

JUEZ Como Aquiles.

MIGUEL ¿A qué espantosa confusión hemos llegado, que el cumplimiento del deber resulta un peligro?

JUEZ Esa es la verdad.

MIGUEL Se comete una infamia. Se nos hiere de un modo cruel, y no podemos tomar justicia. Para castigar a los autores es necesario apelar a la violencia. El hombre honrado tiene que armar su diestra con el puñal homicida. El pueblo se subleva indignado. Se perturba el orden social. Se derrama la sangre. Vienen las represalias, y entonces la justicia manda a presidio al ciudadano con honor que ha sido arrastrado al crimen precisamente por la falta de la justicia.

JUEZ Es espantoso, pero es cierto.

MIGUEL Dígase de una vez que el derecho es una palabra vana, y el código una mentira. Dígase que la moral es un convencionalismo hipócrita y que aquí sólo impera la ley del más fuerte, o del más ambicioso. Que no se nos engañe con la apariencia de un derecho... ilusorio para que sepamos a qué atenernos, haciendo de la fuerza de nuestros puños y del empleo de nuestras armas la suprema razón que nos ponga en condiciones de natural defensa contra enemigos traidores sin honor y sin vergüenza.

JUEZ Nada puedo objetarle, pero me permito darle un buen consejo. El dolor, cuando esclaviza la voluntad del hombre, es tan pernicioso como cualquier otro yugo.

PEDRO Y PUEBLO (En la calle.) ¡Justicia! ¡Justicia!
MIGUEL ¡El pueblo herve en la calle porque han hollado sus derechos! ¡El cadáver de mi madre pide inútilmente justicia!

JUEZ Se incoará el proceso.

MIGUEL No quiero justicia de pura fórmula, llevada a cabo por un ministro de la ley que también es juguete y víctima del caciquismo. No es una parodia ridícula la que puede dar satisfacción a la vindicta pública. ¡Caiga moralmente sobre quien deba caer la responsabilidad de mis actos. Usted ya ha hecho pedazos su toga. ¡Nuestro vínculo se ha roto! ¡Para usted la vergüenza! ¡Para mí el presidio! Quede con Dios. (Vase por el foro.)

MUTACIÓN

CUADRO NOVENO

Telón corto, representando una calle en las afueras del pueblo.

ESCENA PRIMERA

Al hacerse la mutación aparecen por la derecha PEDRO, CIUDADANOS 1.^o y 2.^o y un grupo de pueblo.

PEDRO Ya lo habéis oído. El juez no puede hacer justicia, y eso que es el juez más honrado que ha venido a este pueblo.

CIUDA. 1 Esto clama al cielo.

PEDRO Ya es hora de que tomemos alguna determinación. Todos sabéis que el pueblo, en su inmensa mayoría, ha votado contra el yerno de don Tomás.

CIUDA. 2 ¡Cierto!

TODOS ¡Cierto!

PEDRO Todos sabéis que al hacer el escrutinio, no sé por qué malas artes, han desaparecido nuestros votos y ha triunfado el cacique.

CIUDA. 1 ¡Muera don Tomás!

TODOS ¡Muera!

PEDRO ¿Quién llega?

CIUDA. 1 Es Malalengua.

ESCENA II

Dichos y MALALENGUA, por la derecha.

MALALEN. ¡Buenos días! ¿También os habéis metido a conspiradores?

PEDRO Y te pedimos consejo.

MALALEN. Mi opinión la conoce todo el mundo, porque estoy predicándola todo el año.

PEDRO ¿No te ha indignado el resultado de las elecciones?

MALALEN. Yo estoy curado de espanto. De antemano sabía que el yerno del cacique se llevaría el acta de diputado.

CIUDA. 2 ¡Eso es un robo, y el hombre que roba es un ladrón!

MALALEN. Los amigos de don Tomás le llaman a eso genio político. De modo que cada cual habla de la feria según le va en ella.

PEDRO El pueblo está indignado.

MALALEN. ¡Me río yo de la indignación del pueblo!... Allá, en la plaza, dejé a un grupo vociferando. Eso cuesta poco; mas cuando llega la ocasión de poner remedio a tales atropellos... ¿qué ocurre? Que cada mochuelo se va a su olivo.

PEDRO Tantas veces va el cántaro a la fuente que al fin se rompe.

MALALEN. ¡Bah, bah!... No sé en qué historia he leído que el pueblo que no tiene valor para sacudir su yugo merece que lo esclavicén.

PEDRO Ahora has dicho una verdad más grande que un templo.

MALALEN. Y todo lo que yo digo son verdades. A don Tomás le importan poco estos clamores. Tiene la sarten por el mango, y nos da con ella en mitad de la cara, porque sabe que este pueblo es un corral donde no hay más que gallinas.

PEDRO Silencio. ¡El Rullo!

CIUDA. I ¡ El Rullo !

MALALEN. Ya se os ha *mudao* el color de la cara. Idos todos. Dejadme solo con ese bandido.

PEDRO No lo consentimos.

MALALEN. Lo que el tío Pascual dice tiene que cumplirse. Ya es hora de que empece-mos a demostrar que somos hombres. Uno para otro. No tantos contra uno. Idos, o por Cristo Padre que la emprendo contra vosotros. Dejadme con el Rullo, os lo suplico. (Vanse todos por la izquierda.)

ESCENA III

MALALENGUA.

Tenía yo que buscarle, y él viene a mi encuentro. Tanto mejor.

ESCENA IV

Dicho y EL RULLO, por la derecha.

RULLET ¡ Hola ! ¿ Te han dejado solo aquellos valientes ?

MALALEN. No hay que calumniarlos. Se han ido obedeciendo a un mandato. Te he visto venir desde lejos y he dicho para mi sa-yo : « Buena ocasión para hablar con el Rullo. Voy a obsequiarle con un buen tabaco. »

RULLET Bien *pensao*.

MALALEN. (Saca la petaca y le entrega un cigarro puro, diciendo :) Aquí está el *interfeto*.

RULLET Muchas gracias... ¿ Es habano o filipino ?...

MALALEN. Japonés.

RULLET Entonces pegará de firme.

MALALEN. (Encendiendo un fósforo y entregándoselo al Rullo.)
Fúmatelo... Aquí tienes lumbre. Yo encenderé otro, y de *chupá* en *chupá*, hablaremos de algo que nos interesa mucho a ambas partes beligerantes. (Enciende otro cigarro y fuma.)

RULLET No es tan fiero el león como la gente lo pinta.

MALALEN. ¿Lo encuentras suave?

RULLET Como un guante.

MALALEN. Sigue chupando, que ya le hallarás la vena. (Fuman.)

RULLET ¿Qué es eso que tienes que decirme?

MALALEN. Supongo que te habrás *enterao* de la muerte de la pobre ancianica.

RULLET ¿Qué ancianica?

MALALEN. No te hagas el desmemoriado.

RULLET ¿Te refieres a la mujer del tío Simón?

MALALEN. Cabalmente.

RULLET Noticia fresca.

MALALEN. Lo que no será tan fresco para ti es que la tía Quica y yo nos queríamos mucho. ¿Cómo te lo diré?... Con ese cariño que sale de las entrañas.

RULLET Buen provecho.

MALALEN. Ella bajó a la sepultura, pero su recuerdo lo llevo aquí dentro *metío*.

RULLET ¡Demonio con el cigarro! Es más blando que un higo.

MALALEN. Fuma, que ya llegarás a lo fuerte. (Pausa.)

RULLET ¿Y a mí qué me cuentas?

MALALEN. Se lo contaré al Nuncio, si te parece.

RULLET ¿Qué tengo yo qué ver con todo eso?

MALALEN. Algo te toca... Como que tú fuiste quien llevó el parte telegráfico que le produjo la muerte.

RULLET ¿Yo?

MALALEN. Sí, hombre, sí.

RULLET ¿Quién lo ha dicho?

MALALEN. El hijo de mi madre.

RULLET Pues a lo hecho pecho. Adelante.

MALALEN. Así me gustan los hombres. Franqueza sobre todo.

RULLET Yo soy así, Malalengua.

MALALEN. Nadie puede cambiar de naturaleza... ¿Pero qué diablos estás haciendo? Mascas tan fuerte y de prisa que te vas a quedar sin el tabaco antes de haberle *tomao* el gusto. Enciende de nuevo. (Le ofrece un fósforo.)

RULLET Venga... (Pausa.)

MALALEN. ¿No lo encuentras ahora un poco más fuerte?

RULLET Va picando.

MALALEN. Eso no es nada. Verás luego.

RULLET Acaba tu relación. Te advierto que a sangre fría nadie me gana.

MALALEN. No echés por el atajo. Sigue la senda que has emprendido.

RULLET Habla.

MALALEN. Como íbamos diciendo. Tú le diste a la Anastasia el parte telegráfico con encargo de que se lo entregase al tío Simón. A éste se le obscureció la vista con la emoción que le produjo el recibo de aquel parte, y lo puso en mis manos para que yo lo leyese. La tía Quica, al oír lo que allí había escrito, se quedó suspensa como pajarillo *atontao*. ¡Quería mucho a su hijo, la pobrecica! Se sintió morir de la congoja y nos encargó que la llevásemos a la cama *prontico*... Y para qué referirte lo demás... Al día siguiente la enterramos. (Pausa. Fuma, mirando tranquilamente al Rullo.)

RULLET Bueno... ¿Y qué?

MALALEN. No seas impaciente... Sigue fumando.

RULLET Ya fumo. (Pausa.)

MALALEN. La enterramos, y yo, al volverme a casa con la pena que es consiguiente, en vez de tirar por el camino llano me vine por la senda que se encuentra a un tiro de

bala de la Ermita, y por la cual debes haber *pasao* más de una vez.

RULLET La senda del diablo.

MALALEN. Llamada así porque se halla situada entre dos precipicios.

RULLET Uno a la derecha y otro a la izquierda.

MALALEN. Me fuí por aquella senda para que nadie viese a Malalengua con los ojos *enterne-cíos*. Y en llegando que llegué a su mitad, me puse a mirar las dos bocazas negras que abre allí el terreno como si quisieran tragarse a todo el que se atreve a pasar por la vereda. Se me enredó en la memoria un recuerdo con otro como un *puñado* de cerezas, y acabé por acordarme de ti. Entonces me hice la siguiente reflexión: Quisiera ver yo al Rullo, navaja en mano, en medio de esta senda, *encarao* con otro hombre de corazón, porque me figuro que no tendría *reaños* para acabar con él, así como los tuvo para quitarle la vida a una pobre ancianica. (Pausa.) ¿Qué te parece?

RULLET Que hace rato que te estoy viendo venir.

MALALEN. ¿Pica ahora el tabaco?

RULLET Pica, pero no tanto como un cuchillo que se mete en los hígados... ¿Has *terminao*?

MALALEN. Supongo que sí. (Pausa.)

RULLET ¿De qué color ves tú el humo de mi cigarro?

MALALEN. Negro como la boca de una sepultura.

RULLET Pues yo veo el que despide el tuyo del color de la sangre.

MALALEN. Por que tienes la vista *mareá*. Eso nos sucede siempre que temblamos ante un peligro.

RULLET ¿Temblar el Rullo?... ¡Truenos y rayos!

MALALEN. Por fin el japonés ha *llegao* a lo vivo.
(Pausa.)

RULLET ¿Traes navaja?

MALALEN. De tres muelles.

RULLET La mía es de cuatro.

MALALEN. Me ganas de un muelle, pero no importa... Como tengo más razón y más alma que tú, bien puedo dar esa ventaja.

RULLET No hay más que hablar. Mira que tranquilo estoy. Desde aquí me dirijo a la senda del diablo. El hombre que se sienta con agallas y coraje, que siga al Rullo.

MALALEN. Echa *pá adelante*. (Vanse por la izquierda.)

CUADRO DECIMO

La decoración del acto primero.

ESCENA PRIMERA

MIGUEL, solo, mirando a la casa de don Tomás.

¡ La fiera permanece en su cubil ! No sale ese bandido de levita de su escondrijo. Su alma fría y cobarde solo se siente con valor para llevar a cabo el mal cuando cree asegurada su impunidad... Es inútil que rehuyas mi encuentro, vil asesino de mi madre. Te he de matar aunque ocultes tu persona en las entrañas de la tierra... Si no quieres luchar como los hombres, iré a tu casa con la tea del incendiario para que el fuego te haga salir de tu madriguera.

ESCENA II

Dicho y MALALENGUA, por la avenida de la derecha.

MALALEN. ¡ Miguel !

MIGUEL ¡ Tío Pascual !

MALALEN. ¡ El Rullo ya está fuera de combate !

MIGUEL ¿ Cómo ?

MALALEN. Reñimos y es claro, le maté. Allá cayó, al abismo, rebotando su cuerpo como una pelota por la pendiente de rocas erizadas.

MIGUEL Venga esa mano.

MALALEN. ¿ Qué haces aquí ?

MIGUEL Esperar.

MALALEN. ¿ A quién ?

MIGUEL Al otro.

MALALEN. ¿ Al diputado ?

MIGUEL Sí, al diputado. Como no aceptó el duelo a muerte que le propuse, le aceché desde los primeros albores del día, esperando a que saliera. Salió por fin. Le ultrajé ferozmente, retándole a luchar conmigo, hasta que uno de los dos sucumbiese. Aceptó, diciendo que iba en busca del arma que no traía... Y aquí me tiene usted, esperándole inútilmente hace ya más de dos horas.

MALALEN. Miguel, no te desesperez. El pueblo te hará justicia. Nuestros amigos se hallan ya reunidos en la plazuela de San Marcos. Dos de ellos se han subido al campanario para dar la señal en cuanto que disparemos un cohete... Esa casa maldita será consumida por el fuego.

MIGUEL Haced lo que queráis. Tanto el pueblo como yo nos hallamos repudiados por la justicia. Esta es la hora de que la razón se encarne en la fuerza.

MALALEN. Ven conmigo.

MIGUEL Eso no. Este es mi puesto de honor y no le abandono. Vaya usted, tío Pascual, a dar aliento a nuestros amigos.

MALALEN. No insisto porque conozco tu carácter. ¡ Si sale ese hombre... no te fíes ! Acaba con él, antes de que te hiera a traición.

MIGUEL Lucharemos hasta morir.

MALALEN. Dame un abrazo, Miguel,

MIGUEL Adiós, tío Pascual. (Se abrazan efusivamente, y vase Pascual por el ángulo de la izquierda.)

ESCENA III

MIGUEL, solo.

Ya está echada la suerte. No creía en la lógica del mal. Ahora lo creo necesario.

ESCENA IV

Dicho y JACINTA, con los cabellos en desorden y saliendo precipitadamente de la casa de don Tomás.

JACINTA ¡ Miguel !... ¡ Ampárame, Miguel !
MIGUEL ¡ Que yo te ampare ! ¿ Contra quién ?
JACINTA Contra un infame.
MIGUEL Ese es tu marido.
JACINTA Mira mi mejilla afrentada.
MIGUEL ¡ El !... ¿ El te ha puesto la mano encima ?
JACINTA Con toda su fuerza.
MIGUEL ¿ Cómo ha sido ?
JACINTA Volvió a casa. Entró en mi cuarto y me dijo : « En la calle tienes a tu Miguel. »
MIGUEL ¡ Miserable !
JACINTA « Corre en su busca ; aprovecha la ocasión. »
MIGUEL Porque no le dijiste : « ¡ Cobarde ! Corre tú a su encuentro. »
JACINTA Eso le dije.
MIGUEL ¿ Y él, entonces ?
JACINTA Estampó su diestra en mi mejilla... Aquí viene. Mirale.
MIGUEL Mal destino trae. Calla.

ESCENA V

Dichos y PACO, receloso y frío, saliendo de la casa de don Tomás.

PACO ¡ Jacinta ! ¡ Vuelve a tu hogar !
MIGUEL ¿ Quién lo manda ?

PACO Quien es su dueño.
JACINTA ¡Jamás!
MIGUEL (A Jacinta.) Silencio.
PACO Esa mujer es mía.
MIGUEL ¡Venga usted! ¡Arránquela de mis brazos!
PACO La ley está conmigo. Soy el esposo.
MIGUEL La ley... ¡Ja, ja, ja!... Aquí no hay otra ley que la del más fuerte... Jacinta: ayer te amparó mi padre. Hoy te amparo yo. Has cambiado de hogar. Desde hoy mi casa será la tuya. Ve a buscar refugio en ella.
JACINTA ¡Miguel!
MIGUEL ¡Obedéceme, Jacinta! (Jacinta entra en la casa de Miguel.)
PACO ¡No lo consiento!
MIGUEL Atrévase usted a seguirla... (Pausa. Paco lucha entre su propósito de seguir a Jacinta y la actitud resuelta de Miguel, que permanece inmóvil.)

ESCENA VI

MIGUEL y PACO.

MIGUEL Ha asesinado usted a mi madre.
PACO ¿Yo asesino?
MIGUEL Ha sido usted tan cobarde, que en vez de luchar conmigo ha desahogado su ruín encono abofeteando a una débil mujer.
PACO ¿Con qué soy un cobarde?
MIGUEL Se ha dedicado a la política para usurpar una investidura que no merece, y ha contraído matrimonio para robar una dote.
PACO ¿Con qué también ladrón?
MIGUEL Usted, y muchos políticos como usted, deberían arrastrar una cadena en presidio.
PACO ¿Qué más?... ¿Qué más?...
MIGUEL El bandido que sale a robar a la carrete-

ra, es cien veces más honrado y digno que usted, mal caballero !

PACO (Sacando un revólver que trae y disparando contra Miguel, sin hacer blanco.) Allá va mi respuesta.

MIGUEL (Al ver que Paco hizo ademán de sacar el arma, sacó también su revólver.) ¡ Muere !

PACO (Soltando el arma y llevándose las manos al pecho.) ¡ Muerto soy ! (Cae en medio de la escena.)

MIGUEL ¡ Madre, ya estás vengada ! ¡ Jacinta, ya eres libre !

ESCENA VII

Dicho y el TÍO SIMÓN.

SIMÓN ¡ Miguel !... ¿ Qué ha sido ?

MIGUEL (Señalándole, el cadáver.) ¡ Mírale, padre !

SIMÓN ¡ Le has matado !

MIGUEL El disparó primero y no hizo blanco... Yo tuve más fortuna y le hice morder la tierra.

SIMÓN ¡ Bien muerto está el asesino de mi Francisca ! (Dentro campanas tocando a arrebato y rumor de pueblo que se aproxima.) ¿ Qué es eso ?

MIGUEL El pueblo, que también está sediento de justicia. Retírate, padre. Ve a la casa de tu dolor.

SIMÓN Yo no temo al pueblo.

MIGUEL Déjame en completa libertad. Te lo suplico.

SIMÓN No insistas, Miguel.

ESCENA VIII

Dichos, MALALENGUA y PEDRO, seguidos del pueblo, con picos, hachas y azadones. Algunos con teas encendidas.

MALALEN. Aquí está Miguel.

PEDRO ¿ Muerto el yerno de don Tomás ?

MALALEN. Uno que se ha caído de lo alto de una caña.

MIGUEL Yo le he matado, pero cara a cara, como matan los hombres.
PEDRO ¡ Viva Miguel !
TODOS ¡ Viva !
MALALEN. ¡ Ahora, al otro ! ¡ Al cacique !
PEDRO ¡ Al cacique !
TODOS ¡ Al cacique ! (Entrán con las teas encendidas en la casa de don Tomás. Un grupo rodea la casa.)

ESCENA IX

TÍO SIMÓN y MIGUEL.

SIMÓN Van a incendiar la casa. No debemos consentirlo.
MIGUEL Inútil afán el tuyo.
SIMÓN Evitemos una catástrofe, Miguel.
MIGUEL Ya no es posible. Antes caeríamos aplastados. La ira del pueblo es como el río desbordado. Rompe todos los diques y arrasa todos los campos.
SIMÓN ¡ Frutos de la política !
MIGUEL No ; del infame caciquismo. Padre, ten valor para afrontarlo todo. Nuestro corazón ya está hecho pedazos. ¿ Qué nos importa que se desplome el Universo ?
(Empieza a arder la casa.)
SIMÓN ¡ Mira !... Ya ha empezado el fuego.
MIGUEL ¡ El fuego quema, pero alumbra !
SIMÓN ¡ Me espanta esa justicia, Miguel !
MIGUEL Justicia tiene que haber. Dónde no la hace el juez, la hace el pueblo. Dónde no la hace el pueblo, la hace el hombre atropellado y ofendido.

ESCENA X

Dichos y JACINTA.

JACINTA ¡ Qué miro ! ¡ Voy corriendo !
MIGUEL (Deteniéndola.) ¡ Detente ! ¿ Dónde vas ?

JACINTA ¡A salvar a mi padre!
MIGUEL Ya es inútil. Percecerías entre las llamas.
JACINTA ¡No importa! ¡Déjame, Miguel!
MIGUEL No, Jacinta... Tú eres inocente.
JACINTA ¡Padre!... ¡Padre mío!
MIGUEL No. No irás.

ESCENA ÚLTIMA

Dichos, MALALENGUA y PEDRO, saliendo de la casa de don Tomás.

MALALEN. Ya estamos satisfechos.
PEDRO El fuego nos ha hecho justicia. ¡Pereció la infamia!
JACINTA ¡Jesús! (Cae desmayada en brazos de Miguel.)
MALALEN. ¡Huyamos, Miguel!
MIGUEL ¿Volver la espalda a mi obra? ¡Nunca!
SIMÓN ¡Bien dicho, hijo mío!
MALALEN. ¡Te llevará preso la guardia civil!
MIGUEL ¡Que me lleve!
PEDRO ¡Irás a presidio!
MIGUEL ¡Que vaya!... ¡Padre! ¡Aquí! ¡Junto a Jacinta! ¡Los tres juntos! ¡Apiñados como víctimas de una misma infamia! ¡Como náufragos de una misma tempestad! Aquí, a esperar al juez para decirle cuando venga: Señor juez, faltando la moral arriba se desencadena la violencia abajo. ¡Mire usted el espectáculo que ofrece la justicia en el reino del cacique!

TELÓN

FIN DEL DRAMA

47. 194
SHAKESPEARE



EL MERCADER DE VENECIA

Drama en cinco actos



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
1915

EL MERCADER DE VENECIA

Esta obra es propiedad de Luis Millá.

Los comisionados y representantes de la "Sociedad de Autores Españoles" son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Edición autorizada para TEATRO MUNDIAL.

-3-

EL MERCADER DE VENECIA

DRAMA EN CINCO ACTOS Y EN PROSA

DE

WILLIAMS SHAKESPEARE

TRADUCCIÓN Y ARREGLO ESCÉNICO

DE

LUIS MILLÁ



Handwritten: 88-1-60
no p. 12

BARCELONA

BIBLIOTECA «TEATRO MUNDIAL»

15, Barbarrá, 15

1915

PERSONAJES

PORCIA, rica heredera.

NERISA, doncella de Porcia.

JESICA, hija de Silok.

SILOK, judío.

ANTONIO, mercader de Venecia.

BASANIO, amigo de Antonio.

GRACIANO,

LORENZO, amante de Jesica.

EL DUX DE VENECIA.

EL PRÍNCIPE DE MARRUECOS.

EL PRÍNCIPE DE ARAGÓN.

TUBAL, judío, amigo de Silok.

*Señores de Venecia, Empleados del Tribunal de
Justicia, Un carcelero, Criados.*

La escena en Venecia y en Belmonte.



ACTO PRIMERO

Una calle en Venecia.

ESCENA PRIMERA

ANTONIO, GRACIANO y LORENZO.

GRACIANO ¿Podremos saber, amigo Antonio, la causa de tu tristeza?

ANTONIO No sé... ¡Ni yo mismo me lo acierto a explicar! Estoy triste, y no sé porque estoy triste; sólo sé que lo estoy, y eso es todo sin ser nada. Misterios del ser humano.

LORENZO A mí ver vuestra alma se halla al embate de las olas del Océano, por donde navegan vuestros grandes buques repletos de riquísimos géneros. El temor de un contratiempo en los negocios confiados al mar, es inevitable.

GRACIANO Si en empresas tan arriesgadas hubiera empeñado toda mi fortuna, no dormiría tranquilo, ni durante el día gozaría de una hora de sosiego. Me veríais a cada momento consultando la dirección de los vientos, temeroso de sus rápidas mudanzas en beneficio o peligro de mis cargamentos en navegación.

LORENZO A mí me estremecería soplar en la sopa para enfriarla, pensando que un soplo de viento puede causar estragos en el mar. La vista de un reloj de arena haría recordarme los bancos de arena donde se atas-

can los buques. El ruido del arrastre de una silla lo creería un trueno precursor de fiera tempestad, y la chispa desprendida de la llama de un candil el rayo que ha de incendiar los buques en alta mar. Ahí es nada acostarse rico y amanecer sin un ducado por capricho del incierto e indómito poder del mar. No hay que dudarle; nuestro amigo Antonio se halla inquieto porque piensa en sus mercancías.

ANTONIO No, creedme, nada de eso. A Dios gracias no he expuesto la totalidad de mi fortuna ni en una sola especulación ni en un solo buque. Por más que la desgracia se cebara en mis negocios, no es de creer quedase arruinado: uno u otro de mis buques llegaría a puerto. No es el comercio la causa de mi tristeza.

GRACIANO En tal caso es que estás enamorado.

ANTONIO ¡Enamorado yo!

LORENZO ¡Porque no! El amor es causa de muchas cosas en hombres y mujeres de todas clases y condiciones; que nadie escapar puede a las flechas del niño vendado, que vendado y todo, acierta en sus disparos, mucho más que los ballesteros con ojos bien abiertos.

ANTONIO El amor será causa de todo cuanto queráis, sí, no lo pongo en duda, pero no es el amor la causa de mi tristeza, os lo aseguro.

LORENZO (Mirando hacia la izquierda.) Aquí se acerca el amigo Basanio; veamos si su amistad acierta a penetrar en tu corazón.

ESCENA II

Dichos y BASANIO.

BASANIO ¿De qué se trata, mis buenos amigos?

GRACIANO De la inexplicable tristeza de Antonio.

LORENZO El niega que la causa sea amor.

GRACIANO O sus intereses puestos a merced de las olas.

BASANIO Todo ello puede contribuir en poco para amontonar un mucho.

GRACIANO Cosas del mundo.

ANTONIO ¡El mundo! ¡Bah! Yo tomo el mundo tal cual es: un gran teatro en el que cada cual tiene repartido su papel para la interminable representación: mi papel es estar triste.

GRACIANO De loco sea el mío, y me daré por muy satisfecho. Vengan a sorprenderme los cabellos blancos de la vejez en medio de las carcajadas, los juegos, los licores y el amor. Prefiero la locura a sentirme el corazón helado por la indiferencia de la vida. ¿Creéis posible que un hombre de carne y hueso pueda permanecer tieso como la estatua de mármol del abuelo Sócrates? ¿De qué aprovecha vivir ensimismado sufriendo histeria de pura tristeza? El mundo ofrece tristezas y brinda placeres. Venga lo segundo y cargue el diablo con lo primero, para descargarlo donde quiera, menos en mi casa. Antonio, más que amigo, hermano; te hablo por la sincera amistad que te profesó: hombres hay cuyo rostro cúbrele una costra como el agua corrompida de los estanques, que se encierran en una obstinada inmovilidad para ostentar fama de gravedad y sabiduría, y que parecen decir con su mutismo: «Yo soy el oráculo. Nadie marque opinión hasta que yo despliegue los labios.» ¡Ay, querido Antonio! A cuantos de esos hombres conozco que su fama de sabio es debida solo a su silencio. Seguro estoy de que muchas personas se descubrirían ellas mismas al proferir media docena de palabras seguidas. En otra ocasión continuaré mi dis-

curso. De momento me concretaré a decirte que si famoso quieres ser, no busques la fama en la melancolía del silencio. Vamos, Lorenzo. Adiós, amigos; después de cenar continuaré mi sermón.

LORENZO Sí, sí, vamos: así no atormentarás a Antonio con tu charla, y a mí me convertirás en sabio con el jugo de tus peroraciones.

ANTONIO Hasta la noche, amigos.

LORENZO Hasta la noche. (Vanse Graciano y Lorenzo.)

ESCENA III

ANTONIO y BASANIO.

ANTONIO ; Cuánta palabra vacía de sentido!

BASANIO Para charla sobre asuntos sin importancia en toda Venecia no hay otro como el amigo Graciano. Lo más sólido de su conversación es como un grano de trigo en un saco de salvado: pasáis todo el día buscándolo, y al hallarlo veréis que no valía la pena tanto trabajo.

ANTONIO Justo es el simil. Mas pasemos a otro asunto. ¿Qué dama es esa de la que estás secretamente enamorado?

BASANIO ¿Cómo sabes?...

ANTONIO Recuerda que nuestra amistad no admite secretos: algo sé, pero deseo saberlo todo.

BASANIO Y todo vas a saberlo. No ignoras que aparentando en el mundo una posición que no podía sostener mucho tiempo he disipado casi toda mi fortuna, y preciso es poner coto a mi modo de ser pródigo en demasía. Mi único anhelo es satisfacer honrosamente las deudas que tengo contraídas por mi desordenada conducta. A ti te debo tanto dinero como amistad, y nuestra amistad es mucha, y pre-

cisamente en esa amistad apoyo la confianza que me impulsa para confiarte los planes que he formado para satisfacer todas mis deudas y ser hombre bien diferente del que hasta ahora he sido.

ANTONIO Te suplico, querido Basanio, seas explícito en todo, y si como creo no te apartas de la senda del honor, ten por cosa bien segura que mi bolsillo y mi persona hallarás siempre a tu disposición.

BASANIO De niño, en mis juegos, al perder una flecha disparaba seguidamente otra en la misma dirección, pero siguiendo con mucha más atención su vuelo para encontrar la primera. Cierto es que me exponía a perder una y otra, pero casi siempre encontré las dos. Pongo este ejemplo de mi infancia porque quiero hablar con el lenguaje del candor.

ANTONIO Así lo deseo, Basanio.

BASANIO Mucho te debo, Antonio, y lo que te debo está perdido; pero si quieres aventurar la segunda flecha en la misma dirección que se perdió la primera, seguro estoy de recobrar las dos, sin dejar por eso de ser tu deudor de agradecimiento por todos los días de mi vida.

ANTONIO Escuchándote estoy, y paréceme mentira que conociéndome tan a fondo pierdas el tiempo dando vueltas en torno de mi amistad con figuras retóricas y precauciones oratorias. Dime sin rodeos lo que crees puedo hacer, y del dicho pasaremos al hecho, pues estoy dispuesto a todo.

BASANIO Gracias, mi buen amigo. (Abrazándole.) Pues bien: en Belmonte vive una riquísima heredera de espléndida belleza y de las más raras virtudes. Ha tiempo que de sus ojos recibo amorosos mensajes. Su nombre es Porcia, y no es menos digna de admirar que la misma hija de Catón, la Porcia de Bruto. Nada tiene de

- extraño que de las cuatro partes del mundo le lluevan pretendientes.
- ANTONIO ¡ Si tanta es su belleza, riqueza y virtud !...
- BASANIO Lo imponderable. Su morada de Belmonte resulta un nuevo Colcos, a donde numerosos Jasones llegan ambicionando su conquista. ¡ Ay, amigo mío ! Si contase con los medios precisos para disputarla a 'esos rivales, abrigo la completa esperanza de que saldría vencedor.
- ANTONIO No debes ignorar que en estos momentos tengo todas mis riquezas en el mar, mis negocios esta vez son algo atrevidos, por cuya causa me encuentro sin dinero para proporcionarte una cantidad crecida. Así y todo, calcula cual es mi crédito en Venecia y dispón de él para presentarte dignamente en Belmonte pretendiendo la encantadora Porcia. Busca por tu parte, como yo lo haré por la mía, donde podremos encontrar dinero ; no dudo que lo encontraremos, ya sea por mi crédito, o por amistad, o por las dos cosas a la vez.
- BASANIO ¡ Oh, casualidad ! Aquí se acerca Silok, el judío. Si él quisiera y tú no te opones...
- ANTONIO Comprendo. Por mi parte no habrá oposición ninguna. Trata tú con él, y cuando mi presencia sea precisa hazme seña y me presentaré. (Señalando el último término de la derecha.)
- BASANIO A él me dirijo y en cortas palabras entablo la negociación.
- ANTONIO Hazlo así, y allí aguardo.

ESCENA IV

BASANIO y SILOK, por primer término izquierda.

- SILOK (¡ Uno que retrocede y otro que avanza !
¿ Qué será esto ?)

- BASANIO Dios os guarde, señor Silok.
SILOK De salud gocemos, señor Basanio.
BASANIO De negocios quisiera hablaros.
SILOK ¿De negocios? Sed rápido y conciso.
BASANIO ¿Me prestaréis tres mil ducados?
SILOK ¿Tres mil, decís?
BASANIO Sí. Por tres meses.
SILOK ¿Por tres meses?
BASANIO Justos y precisos.
SILOK Bien. ¿Y garantía?
BASANIO Un recibo de Antonio.
SILOK ¿Un recibo de Antonio? (Pausa.)
BASANIO ¿Qué contestáis?
SILOK Dejadme juntar las condiciones. Tres mil ducados... Plazo: tres meses... Un recibo de Antonio...
BASANIO ¿Dudáis en algún punto?
SILOK No, por cierto; no, por cierto. Antonio es garantía, garantía, pero...
BASANIO ¿Hay pero?...
SILOK Antonio es garantía, pero en estos momentos su fortuna está algo expuesta. Tiene un buque con rumbo a la India, otro para Trípoli, otro para Inglaterra y otro en Méjico.
BASANIO Ya véis su comercio.
SILOK Comercio, sí; pero los buques son tablas a merced de las olas. El mar tiene peñascos, bancos de arena, abismos... A más, si en tierra no faltan ladrones, en el mar sobran piratas... Así y todo, Antonio ofrece buena garantía... Tres mil ducados... Sí; creo... Me parece que podré sacaros de apuros... ¿Será fácil hablar con Antonio?
BASANIO Facilísimo. ¿Queréis comer con nosotros?
SILOK ¿Con vosotros? ¿Sentir el olor del cerdo para entrar en la mansión donde el nazareno, vuestro profeta, instaló en otros tiempos al diablo con sus conjuros?...
¡ Oh, no, no !... (Basanio hace señas a Antonio

para que se acerque.) Con vosotros puedo comprar, vender, prestar, negociar, entablar conversación, pasearnos; en una palabra, todo lo que se quiera, menos comer, beber y rezar. Eso no, no, de ninguna manera. ¿Comprendéis?

BASANIO Comprendo.

SILOK ¡Qué veo! ¿No es Antonio el que se acerca?

BASANIO Antonio es. Con vuestro permiso voy a hablarle del asunto.

SILOK Sí: es mejor que vos toméis la palabra por adelantado. (Basanio habla bajo con Antonio durante el soliloquio de Silok.)

SILOK ¡Cuán parecido es a un hipócrita publicano! Mucho le odio porque es cristiano, pero más le odio todavía porque es un estúpido que presta dinero sin mirar el interés, siendo esto la causa de que baje la tasa del préstamo en Venecia. ¡Ah! ¡si mi suerte quiere que algún día caigas al alcance de mi mano, descargaré sobre tu alma todo el odio que la mía oculta! Hace desprecio en público de nuestra religión. En los lugares de reunión de los comerciantes se mofa de mi comercio y de mis legítimas ganancias, que califica de usura... ¡Oh! ¡Si alguna vez llego a perdonarle, la maldición caiga sobre mi tribu israelita!

BASANIO ¿Qué nos decís, Silok?

SILOK Estoy calculando que los fondos que tengo disponibles no llegan a la suma de tres mil ducados... Sin embargo, el rico israelita Tubal me ayudará en el préstamo.

ANTONIO Que el diablo os ayude, Silok, nada nos importa. No ignoráis que no es costumbre mía prestar ni tomar prestado al más mínimo interés; pero se trata de servir a un amigo mío, y rompo la cos-

tumbre y paso por todo, en gracia a la brevedad.

SILOK Decís tres meses... Tres mil ducados...
Un recibo vuestro...

ANTONIO Sí, todo eso ha dicho mi amigo, todo eso sostengo yo.

SILOK Conforme, conforme... Pero también habéis dicho que no teníais por costumbre prestar ni pedir prestado a interés ninguno.

ANTONIO Así es en efecto.

SILOK Cuando Jacob, tercer descendiente de nuestro santo Abraham, llevaba a pacer las ovejas de su tío Laban, ¿sabéis lo que hacía?

ANTONIO ¿Prestaba a interés?

SILOK No, no prestaba a interés como vos lo entendéis. Tenía convenido con Laban que en vez de salario le diera todos cuantos corderos nacieran en sus rebaños con manchas en el vellón. Y el astuto pastor, ¿sabéis lo que hacía a fines de otoño, llegada la época de procreación de las lanudas?

ANTONIO No sé...

SILOK Pues ponía cortezas de árboles delante de los ojos de las ovejas, y de este modo lograba que todos los corderos nacieran con la piel manchada, perteneciéndole por derecho de trato convenido. Este ardid le resultó muy ganancioso, y Jacob fué bendecido por su justo lucro, pues el lucro, cuando es legítimo, es un don del cielo. ¿Qué os parece?

ANTONIO Paréceme que el amigo Jacob aventuraba sus servicios por una ganancia incierta, puesto que no a su ardid, sino al poder de Dios, se debía todo. Y decidme: ¿eso se ha escrito para hacer la apología de la usura? ¿Vuestras monedas de oro y plata son ovejas y carneros?

SILOK Lo ignoro: pero el caso es que yo pro-

curo que mi dinero se multiplique de un modo u otro.

ANTONIO Ya lo vés, amigo Basanio, hasta el mismo diablo, en caso de apuro, puede apoyarse en el texto de la Sagrada Escritura. Un alma, la más perversa, que busca manera de autorizarse con el testimonio de los Libros Santos, es un malvado con la sonrisa en los labios. (Movimiento de Silok.) Y si no lo queréis tan fuerte, diré: una hermosa manzana por fuera y podrida por dentro. La falsedad bien sabe adornarse con bellas apariencias.

SILOK El caso es que tres mil ducados es una respetable suma... Y tres meses... Al doce por ciento... ¡A cuánto asciende el interés!...

BASANIO ¿Vais o no a servirme, señor Silok?

SILOK Más de mil veces, señor Antonio, en el Rialto habéis echado discursos sobre mis préstamos e intereses que exijo. Siempre he soportado vuestros ultrajes con la paciencia propia de mi raza. Me habéis calificado de *impío*, me habéis llamado *perro maldito* y habéis escupido mi túnica de judío. Hoy puedo seros útil, venís a mí y me decís: «Necesito dinero, Silok.» En estos momentos no me cabe el derecho de contestar: «¿Acaso tienen dinero los perros?» ¿Es que creéis que he de bajar la cabeza y contestar humildemente: «Mi nobilísimo señor y amo: escupisteis sobre mí, me descargasteis un puntapié, me llamasteis perro, pero yo, agradecido de vuestra cortesía voy a prestaros el dinero que deseais?»

ANTONIO Pudiera muy bien ser que repitiese los mismos epítetos, escupinazo y puntapié. Si quieres prestarnos ese dinero que pedimos, préstalo, pero no como amigo, sino como enemigo el más encarnizado. Cuanto más comprendas que lo necesita-

mos, más podrás exigirnos por gozar en nuestro castigo.

SILOK Hacéis mal en enfadaros conmigo. Yo quisiera ser amigo vuestro, alcanzar vuestro afecto, poder borrar de mi memoria todas cuantas veces me habéis humillado y seros útil sin exigir ningún interés, y sin embargo os negáis a oír mis justas quejas. ¿Mi oferta merece desprecio?

ANTONIO No por cierto, digna es de agradecimiento.

SILOK Bien va. Y para daros prueba del deseo que tengo de servirlos, venid conmigo a casa del notario para firmar la escritura de préstamo. ¿Os parece bien?

ANTONIO Perfectamente.

SILOK (Con forzada sonrisa.) Permitid... En este asunto quisiera... desearía el cumplimiento de un capricho... una broma, eso, una broma.

ANTONIO ¿Qué es ello?

SILOK Me complacería que en la escritura constase la cláusula de que si en tal día, lugar y hora determinada no se efectúa el pago, quedaréis comprometido a perder una libra de carne que yo podré cortar de la parte de vuestro cuerpo que se me antoje escoger. Ya lo he dicho, un capricho, una broma.

ANTONIO Consiento en ello sin vacilación de ninguna clase, y después de firmar diré que el judío me resulta muy complaciente.

BASANIO No, no puedo consentir que se firme esa cláusula. Prefiero no obtener el dinero.

ANTONIO Nada temas, amigo mío; no me alcanzará tal condición. Un mes antes del vencimiento de pago tendré caudal de sobra para pagar nueve veces mayor cantidad.

SILOK ¡Oh dios de Abraham! ¡Cuánta desconfianza se anida en el pecho de los cristianos! ¡Qué ganaría yo no cobrando al

vencer el plazo? Una libra de carne de hombre no es tan provechosa como lo es la de vaca o carnero. Al hacer esta oferta de afecto es solo con el objeto de granjearme su amistad. Si aceptais, bueno: si no aceptais, bueno también. Os suplico que no veáis mala intención en mis amistosas proposiciones.

ANTONIO Sí, hombre, sí, firmaré el recibo.

SILOK En tal caso voy a casa a buscar el dinero. Esperadme en la del notario, e instruidle sobre la chistosa cláusula. ¿Os parece bien?

ANTONIO Bien nos parecerá si no tardáis.

SILOK Al instante soy con vosotros. (Vase por la derecha.)

ANTONIO He ahí un judío que se va humanizando; quizá algún día haremos de él un buen cristiano.

BASANIO Poco me satisfacen las dulces palabras en los labios de un miserable.

ANTONIO ¡Bah! Sea como sea, nada hay que temer. Mis buques llegarán a puerto un mes antes de vencer el plazo. (Vanse por la izquierda.)

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Calle corta. En la izquierda, casa del judío Silok, con puerta y ventana practicable. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

ANTONIO y GRACIANO.

GRACIANO Este es el sitio donde ha dicho Lorenzo que le esperemos.

ANTONIO Pronto ha transcurrido la hora.

GRACIANO Es raro que no se halle aquí, pues los enamorados se adelantan al reloj.

ANTONIO Las aves de Venus suelen volar diez veces más rápidas cuando extienden las alas para formar nuevos lazos, que cuando han de mostrar fidelidad a antiguas promesas de amor.

GRACIANO Cosas del mundo. Siempre se despliega más ardor en la pretensión que en el goce.

ANTONIO Aquí llega el amigo y enamorado Lorenzo. En rigor no se hizo esperar.

ESCENA II

Los mismos y LORENZO. Después JESICA.

LORENZO Perdonad mi involuntaria tardanza. Si algún día se os antojare robar doncellas o casadas, prometo hacer centinela por vosotros con sumo gusto.

ANTONIO En muchos casos el ladrón resulta el robado.

LORENZO ¡Ay, amigos! Jesica, la hija del judío, es hermosa, y robada o robado ya poco me importa, con tal de verme en sus brazos. Esa es su casa y este el momento propio del lance, que las sombras de la noche protegen y vuestra amistad ampara.

GRACIANO Animo, pues, que a toda dificultad estamos prontos. (Desenvainan la espada y se retiran un poco. Lorenzo da tres palmadas. Pequeña pausa. Jesica se asoma a la ventana.)

JESICA ¿Quién llama?

LORENZO Soy yo, hermosa Jesica.

JESICA Creo conocer la voz, pero no distingo el cuerpo. Volvedme a hablar.

LORENZO Mil y mil veces pronunciaré la misma palabra: «hermosa». Añadiendo: es tu Lorenzo, el dueño de tu corazón el que tienes al pie de tu ventana, ansioso de que la luz de tus ojos iluminen nuestros pasos por las calles de Venecia.

JESICA Ahora sí que bien te conozco, Lorenzo: solo dudo de la verdad de tus palabras.

LORENZO Para que de ellas no dudes, vengo a buscarte, deseoso de convertir en hechos todas mis promesas de amor.

JESICA Toma esta arquilla y espera un momento, que me dore con unos cuantos escudos más. Bajo al instante. (Se retira de la ventana.)

GRACIANO ¡Vive Dios, que la moza resulta muy graciosa para hija de un judío!

ANTONIO Graciosísima como nunca llegué a pensar. Y que os ama de veras.

LORENZO De la sinceridad de su amor tengo pruebas, y yo también la adoro con todo mi corazón.

GRACIANO ¿Hasta cuándo?

LORENZO Hasta siempre. Creedme, amigos, el

amor es el rey del mundo ; no hay más remedio que declararnos sus vasallos.

ESCENA III

Los mismos y JESICA, por la casa.

JESICA Aquí estoy ya. (Reparando en Antonio y Graciano.) ¡ Eh ! ¿ Quiénes son estos señores ?

LORENZO Nada receles ; son dos buenos amigos que nos acompañarán esta noche de carnaval, en la que la alegría debe guiar nuestros pasos.

JESICA Sin embargo...

GRACIANO Nada temais, hermosa ; somos la misma discreción.

ANTONIO Garantizamos la formalidad.

GRACIANO Y sobre todo, hoy por ti y mañana... Dios dirá.

LORENZO ¡ El brazo, y a la mascarada ! (Vanse todos.)

CUADRO II

Sala rica en casa de Porcia.

ESCENA PRIMERA

PORCIA en un diván, a la izquierda, y NERISA en pie junto a ella.

PORCIA ¡ Ay, Nerisa, la vida me pesa !

NERISA Mucho más os pesara, señora, si vuestras penas fueran tantas como lo son vuestros triunfos. Mas por lo que voy comprendiendo de la vida, los que abun-

dan de toda satisfacción se hallan tan enfermizos como los que de nada pueden gozar en el mundo. De ello deduzco que solo en la medianía existe alguna felicidad, y que más tiempo se vive cuando ni falta ni sobra nada.

PORCIA ¡Magníficas sentencias son las tuyas, Nerisa!

NERISA Y mucho más lo serían si fuesen observadas.

PORCIA Si tan fácil fuera obrar bien como saber lo que es mejor, no dudes que las capillas fueran suntuosas iglesias y las casas de los pobres ricos palacios de príncipes. El que sigue sus propios conceptos es el buen predicador. Por lo que a mí atañe, confíesote que seríame más fácil aconsejar a cien personas, que ser una de ellas dispuesta a observar mis propios preceptos. Esposo he de elegir, y entre todos mis pretendientes no puedo decidirme por el que más me gusta, ni tampoco desdeñar puedo al que más me agrada. He aquí la causa de mis tristezas en medio de mis felicidades, y he aquí también el motivo del desorden de mis pensamientos en el querer y no poder de mi poderío en el querer. ¿Comprendes mi situación, Nerisa?

NERISA Comprendo vuestros pensamientos, señora, y el porque así razonais.

PORCIA La imposición de mi padre al dejarme dueña de inmensa fortuna, con la condición de no poder elegir marido sino bajo la lotería de las tres arquillas, una de oro, otra de plata y otra de plomo, me tiene en gran desasosiego.

NERISA Vuestro virtuoso padre, no cabe duda, que al morir solo anhelaba vuestra felicidad. (Señalando tres arquillas de oro, plata y plomo distintamente, que se hallan en una mesa del centro de la escena.) En una de esas tres archi-

llas se halla vuestra dicha de esposa ; el que sabrá elegirla será digno de vuestro amor bajo todos conceptos. Yo así lo creo, así lo espero y así será por la inspiración de vuestro difunto señor padre. Ahora solo cabe formular una pregunta, si la señora me la permite.

PORCIA Confianza tienes para hacerla.

NERISA Pregunto, pues : ¿A qué grado de amor se eleva por uno u otro de los pretendientes presentados?

PORCIA Nómbralos, y por mi descripción podrás juzgar tu misma.

NERISA Primero : el príncipe napolitano.

PORCIA Un verdadero caballo, puesto que no habla más que de los raros méritos de su regio corcel.

NERISA Segundo : ¿Y el conde paladino?

PORCIA Me asusta su fruncido ceño. Los chistes más ingeniosos no logran arrancarle una ligera sonrisa. Ese, si llega a viejo, será un insoportable filósofo. Preferiría para marido una calavera con la boca cerrada por garfios de hierro.

NERISA ¿Qué os parece entonces el caballero francés Mr. Lebon?

PORCIA Pecado es burlarse del prójimo, bien lo sé, pero en él hallo reunidos al príncipe y al conde, aumentando sus defectos.

NERISA ¿Y el joven barón inglés Faulconbridge?

PORCIA Es un ser de lo más raro que he visto, hasta en su manera de vestir. Paréceme que ha comprado la ropilla en Francia, los calzones en Italia, la gorra en Alemania, las armas en España y sus modales en todos los países del mundo.

NERISA Veamos entonces el fornido alemán, sobrino del duque de Sajonia.

PORCIA Me repugna por la mañana cuando se halla en ayunas, pero mucho más por la noche cuando ha bebido. En sus buenos momentos es algo menos que un

- hombre, y en los malos, poco más que un irracional. Suceda lo que suceda, confío encontrar medio de deshacerme de él.
- NERISA Sin embargo, si por terquedad se empeña en probar fortuna y acierta en la elección, no podríais desvirtuar las últimas disposiciones de vuestro señor padre.
- PORCIA Para que esa desgracia no suceda, pondrás sobre una de las arquillas reprobadas un gran vaso de vino del Rhin, y tú verás como ello le hará caer en la tentación. Antes que dar mi mano a un hombre grosero, determinada estoy a vivir soltera toda la vida.
- NERISA Nada temáis, señora, pues todos esos caballeros me han prometido no volver a importunaros con sus amores hasta conocer vuestra espontánea decisión.
- PORCIA Mi decisión está en la arquilla ideada por mi padre cumpliendo yo como buena hija.
- NERISA Habéis echado en olvido a un agraciado y galán veneciano, que se presentó aquí en vida de vuestro señor padre, acompañado del marqués de Monferrato?
- PORCIA Bien lo recuerdo. Basanio se llamaba, ¿no es así?
- NERISA Así es. Y por cierto que de todos cuantos hombres mis pobres ojos han visto, parecióme el más digno de...
- PORCIA (Con cierta emoción de rubor.) No prosigas, Nerisa, y ve a ver qué rumor es ese que hasta aquí llega. (Nerisa va al fondo.) Sin duda ello es que continúa el sorteo de mis pretendientes.
- NERISA El Príncipe de Marruecos y su lucido séquito.

ESCENA II

Las mismas y el PRÍNCIPE DE MARRUECOS, con gran séquito de pajes, que se quedan en el fondo.

PORCIA Retírate, Nerisa, y a la salida de uno anuncia la entrada de otro que le preceda como pretendiente.

P. DE M. Hermosísima Porcia, no os asuste el color de mi rostro, pues es la librea del sol abrasador de mi país. Venga un hermoso hijo del Norte, donde los rayos de Febo pocas veces llegan a derretir el hielo de los montes, ábranse nuestras venas y véase si su sangre es más roja que la mía. Sin que esto sea alabanza, puedo decir que mi cara ha hecho estremecer a los más valientes y suspirar a las más nobles damas de mi clima; pero así y todo, sólo ambiciono renunciar a su amor para obtener un lugar en vuestro corazón, reina mía.

PORCIA En la elección que para decidir marido debe efectuarse, no me guiará en manera alguna lo que halaga a los ojos de una joven. Esa lotería de las arquillas, me veda el derecho de hacer una elección voluntaria; a no ser así, noble príncipe, me hubierais parecido tan digno de amor como cualquiera de todos mis pretendientes.

P. DE M. Os doy las gracias por vuestra fineza. Juro, por este alfange, que logró arrancar la vida del Sofí, y supo ganar tres batallas al sultán Solimán, que mis fervientes deseos en estos momentos no son otros que el logro de vuestro amor, aun a costa de arrancar los pequeñuelos a una osa cuando los alimenta en sus pechos, o poniendo a prueba mi valor, batiéndome cuerpo a cuerpo con un furio-

so león hambriento. No hay peligro humano que me espante, y sin embargo tiemblo ante la sola idea de perder lo que otro menos digno que yo pueda ganar.

PORCIA Forzoso es probar fortuna. (Mostrando las tres arquillas.) Aquí están las tres arquillas. Elegid.

P. DE M. La primera es de oro, y su inscripción dice: «Quien me elija tendrá lo que muchos hombres desean.» La segunda es de plata y en ella se lee: «Quien me elija tendrá lo que merece.» La tercera de tosco plomo, dice: «Quien me elija deberá dar o arriesgar todo lo que posee.»

PORCIA Una de ellas contiene mi retrato, si la acertáis, vuestra seré, según el mandato de mi padre.

P. DE M. Dejadme meditar. (Poniendo la mano sobre la tercera.) ¿Arriesgarlo todo por plomo? Esta inscripción es una amenaza. Los que arriesgan todo lo que poseen, lo hacen con la esperanza de grandes beneficios. Las almas de oro no se fijan en las apariencias del vil metal. No quiero intentar nada por plomo. Desechemos esta arquilla y vamos a la de plata. (Lee en ella.) «Quien me elija tendrá lo que merece.» Si he de juzgarme yo mismo, ¿no merezco a Porcia por mi cuna, riqueza y figura? Créo que sí. ¡Pero si la merezco es seguramente por lo mucho que la amo! Tentado estoy por elegir esta arquilla. (Poniendo la mano sobre la arquilla de plata.) Pero esta otra de oro dícame: «Quien me elija tendrá lo que muchos hombres desean.» Los pretendientes muchos son, y yo uno de esos muchos. El retrato de vuestra hermosura debe ostentar marco de oro. Dadme la llavecilla; elijo la de oro, sea cual sea mi suerte. (Porcia le entrega la llave. El Príncipe abre el cofrecillo de oro y aparece en él una calavera.) ¡Eh! ¿Qué es

esto? ¡Un cráneo, y en la cavidad de sus ojos un papel! Veamos qué dice.

(Lee:) «Más de un hombre ha sacrificado su vida por gozar solo de mi vista.»

«Ya habrás oído decir que no es oro todo lo que reluce.»

«Los sepulcros dorados encierran gusanos.»

«Si hubieras sido tan prudente como resuelto, juventud de cuerpo y vejez de alma, no hubiera sido tu respuesta este papel.»

«¡Aléjate! No estuviste acertado en la elección.»

(Hablando.) Efectivamente, no acerté. Fallaron mis esperanzas de amor. (Ligera pausa.) Porcia, adiós. No quiero cansaros con larga y dolorosa despedida. Adiós. Así se retiran los que todo lo han perdido. (Saluda y vase.)

ESCENA III

PORCIA y NERISA. Seguidamente el PRÍNCIPE DE ARAGÓN con su servidumbre.

PORCIA Por fin me veo libre de su orgullo de hombre y riquezas, que para nada necesito. Quiera Dios que no elijan mejor todos los que tienen el rostro de color.

NERISA El nobilísimo Príncipe de Aragón.

PORCIA Bien venido sea.

P. DE A. Precisa, señora, ser conciso para ahorraros toda clase de fatiga. Al presentarme como pretendiente, sé que estoy obligado a no decir a nadie el cofrecillo de mi elección, a no hablar de matrimonio a mujer alguna, si es que yerro, y a alejarme prontamente de esta vuestra casa.

PORCIA Esas tres condiciones son las impuestas.

P. DE A. Y por mí aceptadas en todo. ¿Las arquillas?

PORCIA Estas son.

P. DE A. ¡Oro, plata y plomo! Fortuna, en tu mano pongo todas mis esperanzas! Dice el cofrecillo de plomo: «Quien me elija deberá dar todo lo que posea.» Poco es lo que yo daré por una arquilla de plomo, y tan poco, que nada doy por ella. Pasemos a la de oro: «Quien me elija tendrá lo que muchos hombres desean.» Estas palabras bien pueden aplicarse a esa insensata turba que juzga solo por las apariencias, que no ve más de lo que le presenta su mirada alucinada, que no se preocupa de penetrar en el interior de las cosas. ¡Oh! no quiero en modo alguno fijar mi elección en lo que «muchos hombres desean», pues no es mi idea seguir el camino de las almas vulgares y confundirme entre la ignorante multitud. Venga la arquilla de plata con su lama de: «Quien me elija tendrá lo que desea», pues nadie debe intentar engañar a la fortuna ni elevarse no llevando en el mundo el sello del verdadero mérito. Nadie aspire a los honores que no se haya hecho digno. Dadme la llave del cofrecillo de plata, y sépase al instante mi suerte.

PORCIA (Le entrega la llavecilla.) Mucho habéis vacilado para alcanzar fortuna.

P. DE A. (Abre la arquilla.) ¡Qué veo! ¡El retrato de un idiota guiñándome un ojo y presentándome un escrito! Veamos qué me dice en él. (Lee:) «Siete veces ha probado el fuego el metal, y otras tantas ha de ponerse también a prueba el juicio que nunca ha errado.»

«Hay muchos hombres que solo abrazan las sombras, y solo alcanzan la impalpable sombra de la felicidad.»

«Sé que en el mundo hay necios con solo el exterior de plata; juzga tú mismo si eres uno de ellos.»

«Adiós: buen viaje: cuánto más tiempo permanezcas aquí, más en el ridículo caerás.» (Cierra la caja.)

Porcia, cumpliré mi juramento y sobre llevaré con resignación mi triste destino. Quedad con Dios.

PORCIA El gué vuestros pasos. (Vase el Príncipe de Aragón y su servidumbre.) El moscardón se quemó las alas en la llama. ¡Cuánto reflexionan los necios! Cuando por fin se determinan a hacer una elección apenas les queda suficiente criterio para equivocarse.

ESCENA IV

PORCIA y NERISA. En seguida BASANIO, con varios pajes que se quedan en el fondo.

NERISA Señora, mensajera del tercer pretendiente soy, y al saber quién es, con seguridad no dejaréis de alegraros.

PORCIA El corazón me dice que Basanio es. ¿Acierto?

NERISA No os engañó el corazón: acertasteis. Miradle, aquí llega.

BASANIO Porcia, mi bien, mi dicha, mi ilusión; en busca de mi suerte vengo, sea cual ella fuere, con inspiración de amor.

PORCIA No os precipitéis, pues eligiendo mal tendría que renunciar a veros más, y ese sería el más grande de todos los dolores de mi corazón. Una doncella no posee más lenguaje que el de su pensamiento. Temerosa de perderos, quisiera reteneros aquí todo el tiempo posible antes de aventurar la elección de arquilla de la que depende nuestra dicha. Yo podría

indicaros los medios de salir afortunado en la prueba, pero entonces sería perjura, y eso no lo seré jamás. Vuestros ojos se han adueñado de mí, y han dividido mi ser en dos partes: una vuestra y la otra vuestra también, pues siendo mía, vuestra es, aunque no lo quiera, y queriéndolo, mucho más aun. Si en mis labios existe la mentira, ábrase el infierno para todas mis riquezas, pero no para mí. ¡Oh, qué locura la mía! Hablo por hablar, para burlar al tiempo, para gozar de vuestra presencia, para entretener mis pensamientos, para retardar la elección, la elección de arquilla inventada por mi padre.

BASANIO Dejadme elegir para poner fin a mi tormento.

PORCIA ¡Vuestro tormento decís! ¡Y el mío! En estos momentos a nada es comparable. ¡Yo quiero contenerlo y vos queréis precipitarlo! ¡Ah! mucho temo que seais uno de esos hombres que al verse vencidos por los dolores del tormento, confiesan todo lo que de ellos se quiere.

BASANIO A amar y confesar mi amor se reducirá mi total confesión. ¡Venturoso tormento! El tirano que me está torturando dícame que precisa contestar para salvarme. ¡Oh, por los santos cielos! Dejadme probar fortuna entre esos cofrecillos.

PORCIA Sea, y Dios os inspire. Leed sus inscripciones. Uno de ellos me contiene... Los otros... no quiero ni pensarlo, pues su contenido sé y nada puedo decir.

BASANIO (Que ha leído las inscripciones.) ¿Oro? Rey del mundo y de los crímenes, tú puedes dar riquezas, pero no felicidades. ¿Plata? Pálido metal, vil mediador entre los hombres. (Va apartando las arquillas.) ¿Plomo? Pobre plomo, que más que prome-

ter amenazas, la elocuencia de tu sencillez me convence. Amor me inspira. Te elijo. Venga la llave. (Porcia se la entrega.)
(¡ Oh ! ¡ La alegría me corta la respiración ! La dicha también mata.)

PORCIA

BASANIO

(Abre el cofrecillo.) ¡ Oh, felicidad ! ¡ El retrato de mi divina Porcia ! ¡ Se mueven sus ojos ! ¡ Sus miradas buscan las mías ! ¡ Sus labios se entreabren como para hablar ! ¿ Qué semidiós te ha hecho tan parecida a la realidad ? Mis elogios son inferiores a lo que merece la obra del artista. ¿ Un papel ? Sin duda contiene el fallo de mi destino. (Lee :) « Tú, que no elegiste juzgando por las apariencias, eres el afortunado : conténtate con tu ventura y no busques otra. » « Si consideras tu elección como verdadera dicha, dirígete a la señora de tus pensamientos y reclámale el primer beso. » ¡ Hermosa Porcia !...

PORCIA

Esta es mi mano. (La besa.) Tuya es. Mi persona, mis bienes, todo te pertenece. Más hermosa y más rica quisiera ser para ofrecerte más. Nerisa : haz que se presente mi servidumbre toda para que reconozcan desde este momento a Basanio como a mi señor y dueño. (Vase Nerisa, apareciendo a poco con la servidumbre de la casa, que cubre todo el foro.)

BASANIO

¡ Porcia adorada !...

PORCIA

Tal como me ves, soy. En mí no hallarás nunca fingimiento de amor. De mis numerosos pretendientes supiste elegir la arquilla que mi padre designó para obtener esposo : ni él se equivocó, ni creo haberme equivocado yo, si he de creer la voz de mi corazón.

BASANIO

También ese es mi creer. (Se presenta la servidumbre y Nerisa.)

PORCIA

Estos son tus criados. Este es vuestro amo desde hoy. (Todos se inclinan.) Amado

- Basanio : todo te lo doy con este anillo.
(Le entrega uno.) No te separes nunca de él. Si lo pierdes o lo das, sería el presagio de la ruina de nuestro amor.
- BASANIO Cuando este precioso anillo se separe de mí, de mi cuerpo se habrá separado el alma. Por Basanio podrás rezar, pues será prueba segura de que habré dejado de existir.
- PORCIA Así lo creo. (A los criados.) Podéis retiraros. (Lo hacen silenciosamente.)
- NERISA Señora.
- PORCIA ¿Qué deseas Nerisa?
- NERISA Ya que todo son felicidades, ¿podría atreverme a realizar la mía en sentido parecido a la vuestra?
- PORCIA No te comprendo, Nerisa.
- NERISA Que yo también amo y soy correspondida.
- PORCIA ¡Cómo es eso!
- NERISA Sí, y amigo del señor es mi pretendiente.
- BASANIO ¿Amigo mío, dices?
- NERISA Sí, por cierto.
- BASANIO ¿Y llámase él?...
- NERISA Graciano.
- BASANIO ¡Es posible! ¡Graciano!

ESCENA V.

Los mismos y GRACIANO.

- GRACIANO Aquí estoy. Esperaba ser llamado para presentarme, y puesto que se me nombra... (A Porcia, inclinándose.) Hermosa señora, os deseo toda suerte de felicidades como para mí las ambiciono al unirme con Nerisa.
- PORCIA Mil gracias os doy.
- BASANIO ¡Pero es posible, amigo mío!
- GRACIANO Ya lo véis. Tiempo hacía que esperába-

mos ocasión propicia, y vos mismo me la habéis proporcionado. Si vos habéis visto a la señora, yo he visto a su doncella. Si habéis amado, también he amado yo, e igual que vos dispuesto estoy a no retardar mi dicha. Se me tildaba de loco y charlatán, pero todo ello era para distraer penalidades.

BASANIO ¡Cómo es eso!

GRACIANO Vuestras esperanzas se hallaban en esos cofrecillos, y las mías también, pues mi bella Nerisa me había prometido concederme su amor si vos teníais la dicha de conseguir a su señora. Seguí vuestros pasos ocultamente, y ya sabéis lo sucedido.

PORCIA ¿Es cierto, Nerisa?

NERISA Ciertísimo. Y si me otorgáis vuestro beneplácito...

BASANIO ¿Pero habláis con sinceridad, Graciano?

GRACIANO Con el alma en los labios.

BASANIO Siendo así, vuestra unión aumentará en gran manera las fiestas de nuestras bodas.

PORCIA Todo ello es felicidad.

GRACIANO (A Nerisa.) ¿Apostamos con ellos cien ducados a quien tendrá antes fruto de bendición?

NERISA No continúes siendo loco.

GRACIANO El juicio me hace perder tanta dicha.

ESCENA VI

Los mismos, LORENZO y JESICA, acompañados de un CRIADO.

PORCIA ¿Quién llega?

LORENZO Señora...

BASANIO ¡Qué veo! ¡Mi amigo Lorenzo y Jesica!

GRACIANO ¿Cómo por aquí?

BASANIO Es un buen amigo nuestro y compatriota.

PORCIA Sean bien venidos a esta casa, que ya es la suya.

LORENZO Gracias, noble señora, en mi nombre y en el de mi Jesica.

PORCIA Que por ser vuestra, y vos amigo de mi futuro esposo, ya lo sois todos míos.

JESICA Señora... (Todos se saludan.)

PORCIA Hermosa joven...

BASANIO ¿Qué buenas nuevas os han traído?

LORENZO Esta carta, de nuestro buen amigo Antonio, dirá... (Entregándosela.)

BASANIO ¡Letras de mi amigo! ¡Oh! no quiero abrirla sin preguntar antes cómo está.

LORENZO En su rostro no se trasluce el sufrir de su alma.

BASANIO ¡Qué escucho! Leamos. (Lee. Pausa.)

PORCIA (Que forma grupo con Nerisa, Jesica y Graciano.) Noticias contiene ese escrito que hacen palidecer a Basanio. ¿Qué será? ¡Tal vez la muerte de un íntimo suyo! ¡Su palidez aumenta! (A ellos.) Permitidme. (Llegando hasta Basanio.) Basanio, soy una mitad de ti mismo. Tus alegrías y tristezas me pertenecen, y debò participar del dolor que la lectura de esa carta te causa. ¿Qué nueva contiene ese escrito?

BASANIO Amada Porcia, ¿ves estas breves líneas? Ellas son los más grandes dolores que han ennegrecido el papel. Jamás he ocultado que mi única riqueza era solo la noble sangre que circula por mis venas, y a nadie engañé. Al tasarme en tan poco diciendo que nada poseía, hubiera debido decir que menos que nada era lo mío, puesto que obligado estoy a un fiel amigo, Antonio, el cual, para atender a mis necesidades, hice que pidiera dinero prestado a su encarnizado enemigo el judío Silok. El plazo del préstamo

ha vencido, los buques de Antonio han naufragado, y...

GRACIANO Aunque Antonio tuviera suficiente dinero para pagar, Silok se negaría a recibir la cantidad, pues él lo que exige es... la pena del incumplimiento del contrato. Gran número de comerciantes, el mismo Dux, han intentado en vano convencer al judío. Su odio no tiene límites : no reconoce más que tres cosas : lo convenido, la justicia, y su recibo.

PORCIA ¿Y qué pena es esa que tanto pavor causa?

GRACIANO ¡Cortar una libra de carne del cuerpo de Antonio !

PORCIA ¡ Es posible !

NERISA ¡ Qué horror !

JESICA Cuando vivía con mi padre, puesto que mi padre es Silok, cien veces le oí decir a su compatriota Tubal, que al dinero prestado prefería veinte veces la carne de Antonio.

PORCIA ¿Y dices que es tu mejor amigo el que se encuentra en tan terrible conflicto?

BASANIO El mejor de mis amigos y de los hombres, el más generoso de los corazones.

PORCIA Léeme la carta.

BASANIO (Lee :) «Amigo Basanio : Se han perdido todos mis buques ; mis acreedores están desesperados. He faltado al contrato firmado al judío, y preciso es satisfacer su capricho. Quedaré satisfecho si antes de morir podemos vernos. Con todo, si el corazón no te induce a venir, no tomes esta carta como cosa obligatoria. Tuyo siempre, *Antonio*.»

PORCIA ¿Cuánto se debe al judío?

BASANIO Tres mil ducados.

PORCIA ¿Nada más? Pues démosle seis mil, doce mil, lo que quiera, antes que consentir que toque uno solo de los cabellos de Antonio.

JESICA No querrá.

PORCIA El dinero le hará cambiar de idea. Basanio, dame el brazo ; vamos a la iglesia para obtener el título de esposos y parte inmediatamente para Venecia. Llevarás contigo todo el oro que sea preciso para apagar la sed del judío Silok y salvar la vida de tu amigo. En tanto esperamos tu vuelta, Nerisa y yo viviremos como solteras, mejor dicho, como viudas. Muestra tu rostro risueño a todos tus amigos. Basanio, caro me cuestas y caro quiero amarte. Vamos al templo.

BASANIO ¡ Adorada Porcia, me devuelves la vida ! Ansío partir pronto para que más prontamente pueda verme entre tus brazos de desposada.

PORCIA Ellos no se abrirán hasta tu vuelta cual alas de inmensa felicidad. (Vanse todos.)

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La misma decoración de calle del primer cuadro del segundo acto.

ESCENA PRIMERA

SILOK. En seguida TUBAL, saliendo de su casa.

SILOK ¡Cuánto tarda Tubal, sabiendo que la impaciencia me devora! Verdad es que su trabajo de indagación no es cosa fácil, pues todos recelan de nuestra raza. Solo cuando han de regocijarse dándonos malas noticias es cuando son lenguaraces. (Paseándose inquieto.) Hoy las espero buenas y malas. ¡Mi hija! ¡Ah, qué mala hija! ¡Huir de casa!... ¡Saquearme! (Pausa.) ¡Antonio! ¡Buena presa, buena! Por fin me vengaré cumplidamente de todos sus ultrajes. ¡Qué satisfacción, qué satisfacción más grande! ¡Ah! aquí llega Tubal.

TUBAL Sí, aquí llegó cargado con el saco de las ansiadas noticias.

SILOK ¿Qué se dice por el Rialto?

TUBAL ¿Quieres saber lo bueno o lo malo?

SILOK Todo, todo lo que sea.

TUBAL Principiando por...

SILOK Por lo malo, para consolarme después con lo bueno.

TUBAL Pues bien, tu hija...

SILOK ¿Qué se sabe de mi hija?

TUBAL Nadie ignora su fuga, y se sabe además

- quién es el sastre que confeccionó las alas para volar el pájaro de la jaula.
- SILOK ¡ Ah, maldita, maldita !
- TUBAL El pájaro no estaba desplumado : tenía buenas plumas para volar fuera del nido.
- SILOK Por eso está condenada. ¡ Rebelarse mi propia carne, mi propia sangre !
- TUBAL ¿ Pero es mucho lo que ha desaparecido con ella ?
- SILOK Mucho, sí, mucho. En primer lugar, un grueso diamante que había dado por él en Francfort, y como cosa de ganga, dos mil ducados. Unos arretes de oro del más fino. Un collar de ricas perlas... y otras alhajas que de momento no acierto a recordar, pero todas ellas de mucho valor, de mucho. ¡ Ah ! Jamás ha descargado la maldición del cielo tan duramente sobre nuestra nación como estos días. ¡ Mi hija, mi hija ! Quisiera verla caer sin vida a mis pies, adornada con las joyas que me ha robado. Quisiera verla enterrada con mis ducados dentro del ataúd. ¡ Ay ! lo que más me duele es no poder alcanzar la satisfacción de la venganza. ¡ No hay desgracia que no se desplome sobre mi cabeza ! ¡ No hay suspiros dolorosos como mis suspiros ! ¡ No hay lágrimas amargas como mis lágrimas !
- TUBAL Para terminar diré lo que me han dicho haber visto en Génova.
- SILOK ¿ Qué han visto ?
- TUBAL Han visto a tu hija gastar ochenta ducados en una sola noche de diversión.
- SILOK ¡ Ochenta ducados ! ¡ Ah, el corazón me traspasa con un puñal !
- TUBAL Más aun. Dícese que por un mono dió una argolla de oro y pedrería.
- SILOK ¡ Calla, Tubal, calla ya, que me asesinan tus nuevas ! Vengan pronto las buenas noticias para mitigar todo lo posible la

crueldad de las malas, que lo son mucho más de lo que en un principio creí. Habla, Tubal, habla.

TUBAL Las buenas para ti, malas y rematadas son para Antonio.

SILOK ¡Antonio! ¿Qué hay de Antonio? ¿Qué se dice de ese condenado?

TUBAL Dícese que el único buque en el que le quedaba la última de sus esperanzas, también ha naufragado.

SILOK ¡Ah, por fin respiro con satisfacción de respirar! ¿De modo que ya no le queda la menor esperanza de poder pagarme?

TUBAL Ni la más mínima. Pero tú tampoco puedes esperar el cobro en dinero.

SILOK Pero sí en su propia carne, según trato convenido. Ese es mi mayor deseo.

TUBAL ¿Pero de qué te servirá esa carne?

SILOK ¿De qué, dices? De cebo para los peces. Ella saciará mi venganza. Se ha reído de mis préstamos, ha hecho escarnio de mi nación, ha entorpecido siempre mis especulaciones... y todo esto ¿por qué? Porque soy judío. ¿Es que un judío no tiene ojos, manos, pies, sentidos, afectos y pasiones? ¿Su cuerpo no se nutre con iguales alimentos que los demás seres humanos? ¿No pueden herirle las mismas armas? ¿No se halla propenso a las mismas enfermedades y le pueden curar las mismas medicinas? ¿No calienta y hiela al judío, igual que al cristiano, el mismo verano y el mismo invierno? ¿No nacemos, no morimos igualmente? Cuando un judío ofende a un cristiano, ¿no se somete éste humildemente? No, el cristiano se venga. Siendo así, cuando el judío se ve ofendido, justa es la venganza por ambas partes: en el caso presente el ofendido soy yo, la venganza está de mi parte. Yo sabré vengarme cum-

plidamente. Me vengaré, no lo dudes, Tubal, me vengaré.

TUBAL Yo, en tu caso...

SILOK Tú, en mi caso, obrarías igual que yo; si así no lo hicieras, no serías digno de nuestra raza.

TUBAL Pero...

SILOK No, Tubal, no me hagas objeción ninguna; todas las que puedan hacerme serían inútiles. No hay que perder momento. Vamos a ver al magistrado. Es preciso que dé orden de apresar a Antonio. Hasta que no le vea entre rejas no estaré contento; hasta que no le vea sentenciado no viviré tranquilo. Si ese hombre deja de existir, mi comercio prosperará grandemente en Venecia. Yo te juro que si no me paga, le arrancaré el corazón.
(Vanse por la izquierda.)

ESCENA II

PORCIA, NERISA, JESICA, GRACIANO y LORENZO por la derecha.

JESICA ¿Veis, señora? El más alto de los dos: aquel es.

PORCIA ¿Aquel es vuestro padre?

GRACIANO Sí, aquel es Silok.

PORCIA No le veo más que la espalda, pero advino su rostro.

LORENZO Señora, aunque delante de vos sea, preciso es que diga que con este fatigoso viaje nos dais pruebas de haberos formado una idea justa y noble de la santa amistad que une a Antonio con vuestro adorado esposo. Podéis estar bien orgullosa de vuestro proceder en todo y el éxito más feliz espero que coronará vuestra obra.

PORCIA Jamás me he arrepentido de una buena acción. La amistad es para mí la joya

que de más valía puede existir en el mundo. No conozco a Antonio más que de nombre, pero la amistad que le une a mi esposo me obliga a su salvación por todos los medios imaginables. Me he jurado arrancarlo de las garras del judío, y le arrancaré o pereceré en la lucha. Vosotros tenéis que ayudarme en mucho, pues vuestro apoyo me es de todo punto preciso.

LORENZO Mandad sin la menor vacilación. A todo estamos dispuestos.

JESICA A todo.

PORCIA Gracias, mis buenos amigos.

NERISA Por lo que a mí se refiere, inútil es repetir que sólo espero vuestros mandatos para ponerlos en práctica.

PORCIA Así lo creo. Mi plan es algo diabólico, pero creo triunfar en él.

GRACIANO Si hay riesgo en su desarrollo, solicito para mí el lugar de más peligro.

PORCIA No, peligro no le hay; riesgo sí que existe en cierto modo. Però la conferencia que en Padua he tenido con mi tío, el viejo y sabio jurisconsulto doctor Belario, me da ánimo para ganar la partida. Lo que debe procurarse ante todo, es que mi esposo no me vea en el tribunal. Procurad por todos los medios alejarlo de allí, pues seguro es que allí estará.

GRACIANO Comprendido.

JESICA (Mirando por la derecha.) Aquí vuelve mi padre con unos guardias que conducen a Antonio como apresado.

PORCIA Retirémonos, que no nos conviene ser vistos de nadie, y mucho menos de ellos. (Vanse por el lado opuesto.)

ESCENA III

SILOK, TUBAL, y ANTONIO, entre cuatro guardias.

SILOK Aquí en mi casa lo creo más seguro que en ninguna parte. Dos guardias os quedaréis a la puerta, y los otros dos dentro de la casa. Seréis relevados cada tres horas durante el día y cada dos por la noche. Pero con vuestra cabeza me respondéis del preso.

ANTONIO Inútil es que emplees tanto rigor, pues no pienso escapar, ni aun cuando escapar pudiera.

SILOK Eso es bueno para decir, pero...

ANTONIO Pero tú no lo puedes comprender, ¿verdad?

SILOK Yo lo que comprendo es que te tengo en mi poder y no te suelto por todo el oro del mundo.

ANTONIO ¿Tanto valgo para que así me cotices?

SILOK No lo sabes tú bien. No puedes calcular la presa que para mí representas. Míralo, Tubal, míralo bien. Este es el imbécil que prestaba sin interés. El que se mofaba de nosotros...

ANTONIO Atiende, Silok...

SILOK No atiende más que al contrato. Quiero que se cumpla en todos sus puntos, y se cumplirá. En otro tiempo me escarneceías y me llamabas perro judío... ¡Perro judío!... Pues si perro soy, guárdate de mis dientes. No soltaré mi presa con facilidad, no. El Dux hará cumplida justicia.

ANTONIO Pero, escucha...

SILOK Nada escucho que no sea el cumplimiento de lo estipulado. Lo quiero, e inútil es todo razonamiento en contra de mi idea. Nada, nada: por más que se me diga, nadie conseguirá convertirme en

uno de esos imbéciles de corazón de cera y ojos llorosos que delante de un cristiano se doblega como débil arbolillo a impulsos de la más ligera brisa. Mi cuerpo es de roble y mi corazón es de bronce.

TUBAL Calma, Silok, calma.

SILOK ¿Calma dices, Tubal? Si estoy tranquilo. Completamente tranquilo. Sin un grado de fiebre. Púlsame y verás si me hallo en mi estado normal.

ANTONIO ¡Eres el perro de presa más feroz que he conocido entre los hombres de tu raza! Quieres mi vida, y no se me oculta la razón del por qué la quieres. He arrancado de tus colmillos tantos infelices deudores, que justo es que yo pague por todos, ¿no es eso?

SILOK Eso es, y mucho más.

ANTONIO Venga ese *mucho más*, y sea lo que Dios quiera. Dispuesto estoy a pagar mi deuda. Lo único que deseo y pido al cielo, es que mi amigo Basanio pueda venir a ver como cumple la verdadera amistad. Guardas, llevadme a mi encierro.

SILOK Guardias, no le perdais de vista. (Entran en la casa.)

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

Sala del Tribunal en Venecia.

ESCENA PRIMERA

El DUX, los MAGISTRADOS, BASANIO; ANTONIO, entre dos guardias; SILOK y TUBAL en el lado opuesto.

DUX Basanio, decías que...

BASANIO Que en vez de pagar tres mil ducados, ofrezco seis mil.

DUX ¿Qué dices tú a esto, Silok?

SILOK Digo, que aun cuando cada uno de esos seis mil se pudiera dividir en seis partes y cada una de ellas fuera un ducado, tampoco aceptaría.

DUX Es decir que...

SILOK Que continuó solicitando la pena establecida en el contrato.

DUX Silok, la voz general da en decir, y yo soy de su parecer, que quieres representar hasta el último momento el papel de hombre sin entrañas, para mostrar después mayor clemencia de la que se te implora, perdonando, no sólo la libra de carne, a la que te da derecho el contrato, sino a la mitad de la deuda de la cual responde el infeliz mercader Antonio en aras de la amistad que le une con Basanio.

SILOK No habiendo pagado el uno, justo es que me cobre en el otro que por él respondió.

DUX Justo también es que toda humana criatura obre a impulsos de su corazón, y tú intentas sofocar los latidos del tuyo, pues quieres aparentar malo siendo bueno. Sí, tú apartas la vista de ese desgra-

ciado para no vender barato tu perdón. Míralo frente a frente y cederás más pronto, que humano eres, y a compasión debe moverte las pérdidas sufridas en el mar que ha arruinado totalmente a tu colega Antonio.

SILOK No he ocultado a nadie, ni mucho menos ocultar debo a Vuestra Gracia, cuales son mis intenciones en el cumplimiento y contrato de este negocio que nos ocupa. He jurado y sigo jurando por el santo día del sábado, que exigiría en todos sus puntos el cumplimiento del convenio firmado voluntariosamente. Si aquí se me niega tan sagrado derecho, desgraciados se vean por un siempre más la constitución y las libertades de vuestra República. Se me preguntará quizás con extrañeza porque prefiero una libra de carne a unas talegas llenas de ducados. A esto responderé que cada mortal tiene sus caprichos, y que éste es el mío. ¿Esto no es contestar? Pues contestar puedo que a nadie le importa nada el que yo por una libra de carne viva deje muerta una deuda de tres mil ducados.

BASANIO Bárbara es esta contestación en todos sus conceptos y en cada una de sus palabras.

SILOK Será lo que sea, pero yo no he prometido dar una contestación a vuestro gusto. Odio a Antonio y eso es todo.

BASANIO ¿Deben los hombres dictar sentencia de muerte a todo ser que no se ama?

SILOK Una cosa es no amar, y otra bien distinta odiarse.

BASANIO El odio será el tuyo, no el mío, puesto que ofrezco triplicar la cantidad marcada en el contrato.

SILOK Si no se cumplió a su debido tiempo, ¿cómo queréis que acepte lo que fuera objeto de remarcable usura?

BASANIO ¡ Muy honrados nos hemos vuelto a última hora, Silok !

SILOK Siempre lo he sido en todos mis actos, cumpliendo cuanto he firmado.

BASANIO Cumplir quiero con creces lo que por mí se firmó.

SILOK Cobrar quiero yo lo firmado y nada más. Esa libra de carne que he comprado a buen precio, me pertenece y la quiero sin que falte de ella un adarme. Y si el Tribunal me la niega, caiga el baldón sobre vuestras leyes. A partir de este momento los decretos del Senado de Venecia no tendrán ya fuerza ninguna. Para que así no sea, creo que se hará justicia. ¿Verdad que debe hacerseme justicia, Dux de Venecia?

DUX Os he dejado hablar a unos y a otros para ver si se conmovía vuestro corazón. No se ha logrado y lo siento. Si el sabio jurisconsulto Belario, a quien he mandado venir de Padua para resolver esta cuestión, no ha llegado hoy a Venecia, tengo derecho para aplazar la vista.

SILOK Yo creía que todo estaba previsto para la rápida terminación de este proceso.

DUX Terminado estaría ya si todos los hombres tuviesen corazón.

SILOK Yo solo pido justicia.

DUX Justicia se otorgará.

ESCENA II

Los mismos, un UJIER. Después NERISA vestida de pasante de abogado.

UJIER Monseñor, un mensajero acaba de llegar de Padua con cartas del doctor Belario.

DUX Que pase al momento.

BASANIO ¡ Animo, Antonio, amigo del alma ! El judío se podrá llevar una montaña de oro, pero no podrá obtener una sola gota de tu sangre.

ANTONIO Suceda lo que suceda no se me verá exhalar una sola queja.

BASANIO Animo, repito. Yo me retiro para practicar nuevas diligencias en nuestro beneficio. (Vase por la derecha, al mismo tiempo que por la izquierda aparece Nerisa.)

DUX Emisario, ¿decís que llegais de Padua, de parte del doctor Belario?

NERISA De su parte vengo, monseñor, y él saluda a Vuestra Gracia. (Entrega pliegos que el Dux lee.)

ANTONIO Judío, ¿por qué tan cuidadosamente afilas tu daga?

SILOK Para cobrar lo que se me debe.

ANTONIO No afiles la hoja en la suela de tu zapato, sino en la piedra de tu alma, que en su dureza más filo sacará al compás de tu odio.

SILOK Quizás no te falte razón, pero bien está así. (Continúa afilando.)

ANTONIO ¿Ninguna súplica puede enternecerte?

SILOK Nadie tiene suficiente talento para imaginarla.

DUX (Que ha terminado de leer.) En esta carta se me recomienda encarecidamente a un joven doctor en derecho, y en estos pliegos se le otorgan plenos poderes en representación del sabio doctor Belario para que obre a rigor de toda justicia. ¿Dónde se halla ese joven jurisconsulto?

NERISA En la antesala aguarda que os dignéis admitirle en audiencia.

DUX Salgan a recibirle dos jueces y cuatro ujieres, y que acompañado sea hasta aquí con toda suerte de atenciones. (Dos jueces y cuatro ujieres van a recibirlo.) Escuchad lo que me dice en su carta el eminente jurisconsulto Belario: (Lee.) «Recibo la carta de vuestra señoría, hallándome enfermo y en cama, viéndome privado de tomar parte personalmente en el proceso que se va a debatir. En mi total repre-

sentación os envío a un joven doctor de Roma llamado Baltasar; lleva todas mis instrucciones, y seguro estoy de que me reemplazará dignamente y aun con mayor mérito en todo al lado de Vuestra Gracia. Le recomiendo a vuestra nunca desmentida benevolencia, pero la prueba de su talento os harán juzgar de su preclaro conocimiento mucho mejor que mi recomendación.»

SILOK Venga ese sabio doctor y hágaseme justicia.

DUX Aquí llega ya.

ESCENA III

Los mismos y PORCIA, con traje de doctor en derecho, acompañada de los dos jueces y cuatro ujieres. Tras ella GRACIANO, NERISA y LORENZO, que se colocan en el lado opuesto de Silok.

DUX Dadme la mano y otorgadme un abrazo en nombre del anciano Belario, ya que de su parte venís.

PORCIA Sí, monseñor. De su parte y representación vengo. (Se abrazan.)

DUX Seais bien venido, y tomad asiento en su propio escaño.

PORCIA Con vuestra licencia. (Se sienta; Nerisa, a su espalda.)

DUX ¿Conocéis en todos sus puntos la causa que ha de fallar en esta vista el tribunal?

PORCIA La conozco en todas sus partes. ¿Quién es el mercader?

DUX Antonio. Vedlo allí.

PORCIA ¿Quién es el judío?

DUX Miradlo. (Señalándolo.)

PORCIA ¿Sois Silok?

SILOK Así me llamo.

PORCIA El proceso que seguís es de índole verdaderamente extraordinaria, pero así y todo, las leyes de Venecia no pueden desechar vuestra demanda, pues estáis en vuestro derecho. (Leves murmullos en to-

dos.) Vos, Antonio, os véis expuesto a ser víctima de este proceso, ¿no es cierto?

ANTONIO El judío así lo dice.

PORCIA ¿Reconocéis, pues, la escritura firmada?

ANTONIO Nunca la he negado, la reconozco.

PORCIA Siendo así, preciso es que Silok se muestre clemente.

SILOK ¡Clemente! ¿Quién puede obligarme a ello?

PORCIA La clemencia debe ser espontánea, la clemencia es el suave rocío del cielo que cae sobre la planta doblemente benéfica. Es el más elevado poder de la potestad soberana, mantiene mejor al monarca en el trono que su misma corona de oro. Un cetro no es más que el emblema del poder temporal y el atributo de la veneración y la majestad; en una palabra, es lo que hace temibles a los reyes. La clemencia está muchísimo más elevada que la rígida autoridad del cetro y la corona, tiene su trono de diamantes de mil facetas en el corazón de los reyes, y es uno de los más bellos atributos de la divinidad. El poder terrenal que más se asimila al de Dios, es la justicia, templada por la clemencia. Recapacita, judío, mis palabras inspiradas en las más humanas leyes, y piensa que aun cuando la justicia sea el argumento de que te vales en estos momentos, si solo alcanzásemos justicia en la tierra, no habría salvación ninguna para todos nosotros en el cielo. Oremos para alcanzar la divina misericordia, y estas nuestras oraciones nos enseñarán que debemos también realizar obras de misericordia en justa compensación. (Pausa corta.) Judío Silok, me he extendido tanto sobre este punto de humanidad con la intención de inducirte a moderar la rigurosa justicia de tus pretensiones en esta causa; mas si en ello continuas

- insistiendo, el tribunal de Venecia se verá obligado a sentenciar sobre el infeliz mercader Antonio. Tú tienes la palabra.
- SILOK Mi palabra es la de siempre. Caigan sobre mi cabeza todas mis acciones. Lo que reclamo es de ley : la pena y el total cumplimiento del contrato.
- PORCIA ¿No se te puede pagar lo que se te debe?
- GRACIANO Yo ofrezco delante del tribunal satisfacer doble suma.
- SILOK No.
- GRACIANO La triplico.
- SILOK No. Ya se me ha hecho esa propuesta.
- GRACIANO Si no lo crees suficiente, la doblo hasta diez veces, bajo pena de perder las manos y las piernas si no cumplo lo prometido en el espacio de una hora.
- SILOK No, no, y mil veces no.
- PORCIA Si al interesado no le place acceder a estas condiciones, ningún poder de Venecia puede violar un decreto vigente. La imposición de acceder por dinero sería sentar un mal precedente que daría origen a mil abusos en el Estado.
- SILOK ¡Oh, joven y sabio juez! Tú eres digno de todos mis respetos.
- PORCIA Mostradme ese convenio.
- SILOK Aquí lo tenéis. Vedlo, eminente doctor, vedlo. (Se lo entrega.)
- DUX Silok, te ofrecen diez veces la suma prestada. ¿No accedes voluntariamente?
- SILOK He jurado por el cielo. ¿Puedo ser perjuró? No, no, ni por todas las riquezas de Venecia.
- PORCIA Aquí terminan las súplicas. El plazo del contrato ha vencido, y el judío Silok está en su derecho reclamando una libra de carne que cortará cerca del corazón de Antonio. ¿No es ese tu deseo?
- SILOK Ese es. Sois un digno juez. Conocéis la ley en todo su rigor de cumplimiento. Habéis expuesto la cuestión con suma sa-

- biduría ; ello prueba vuestra pericia de hombre de leyes. Inútil será que nadie más tome la palabra intentando hacerme cambiar de resolución ; no existe lengua humana para ello. Lo escrito escrito está.
- ANTONIO Suplico al Tribunal dicte sentencia sin más demora.
- PORCIA Sea, y en tal caso será preciso prepararos para recibir el acero del judío en vuestro seno.
- SILOK ¡ Noble joven ! ¡ Recto juez ! ¡ Magistrado virtuoso !
- PORCIA Antonio, descubrid vuestro pecho.
- SILOK Eso es, eso es... El contrato lo marca así ¿verdad? Cerca del corazón ¿eh?
- PORCIA Sí. ¿ Habréis traído balanzas para pesar la carne, ¿no es así?
- SILOK De ellas vengo prevenido. Tubal...
- TUBAL Aquí están. (Mostrándola.)
- PORCIA Mercader Antonio, ¿tenéis algo que alegar?
- ANTONIO Nada, señor. Solo me resta solicitar al Tribunal una gracia.
- PORCIA Sepamos cuál es, y en la benevolencia del Dux está el concederla.
- ANTONIO Que antes de morir se me concedan unos breves instantes para despedirme de mi amigo Basanio, a quien no veo en esta estancia.
- DUX Sea. Que vayan en busca de Basanio.
- (Dos ujieres se van.)
- PORCIA (Nerisa, trata de ocultarme a la vista de mi esposo y que Graciano y Lorenzo lo alejen de aquí lo más pronto posible.)
- (Nerisa va a darles el aviso, y ellos se dirigen a formar grupo con Antonio y Basanio, que aparecerá por la derecha. Nerisa vuelve al lado de Porcia, cubriéndola con su cuerpo, a la vez que de espaldas a la puerta.)
- BASANIO ¡ Antonio !
- ANTONIO Basanio, no te aflija lo que me sucede por causas imprevistas. En medio de mi

inmensa desgracia puede decirse que soy feliz, pues generalmente los que pierden su fortuna y sobreviven a su ruina vense obligados a contemplar con lágrimas en los ojos el estado presente comparativo con el esplendor del pasado. Yo me veo libre de ese dolor, y eso es lo que he de agradecer a mi destino.

BASANIO ¿De manera que el tribunal...?

ANTONIO El tribunal falla como debe fallar en virtud del contrato.

BASANIO Pero ¿sin esperanza ninguna?

ANTONIO Todas han ido palideciendo al compás de la cruel tenacidad del judío.

GRACIANO ¡Maldito mil veces sea!

LORENZO ¡Maldito!

ANTONIO De todos vosotros me despido. Sé cuanto habéis intentado hacer por mí, y os lo agradezco infinito. Amigo Basanio, cuando vuelvas al lado de tu esposa háblale bien de mí después de mi muerte, y que te ame ella tanto como mujer como yo te he querido en razón de amigo del alma.

BASANIO Mucho es el amor que profeso a mi esposa, pero con verdadera satisfacción desharía todo lo hecho para poder devolverte la vida.

ANTONIO Imposible es lo que dices y lo que dices creo. ¡Adiós, amigo mío, adiós! Silok se impacienta por cobrar lo que suyo es, y no quiero que espere más.

BASANIO ¡Antonio, yo no te dejo, quiero morir contigo! (Abrazándose a él.)

LORENZO Vamos, vamos; no demos al judío motivos de júbilo con nuestro justo dolor. (se lo llevan.)

BASANIO Tienes razón. ¡Ay! Aquí dejo la mayor parte de mi alma. (Vanse Basanio y Lorenzo.)

ESCENA IV

Los mismos menos BASANIO y LORENZO.

DUX

Continúa el juicio.

PORCIA Decíamos : Judío, te pertenece una libra de carne del mercader Antonio. El Tribunal te la concede, la ley te la da.

SILOK Gracias mil, sapientísimo juez. (Avanzando hacia él empujando la cuchilla.) Antonio, prepárate a pagar tu deuda.

ANTONIO A ello estoy dispuesto.

PORCIA Aguarda un momento, judío, que aun no he terminado. El contrato firmado y reconocido por Antonio, te concede *una libra de carne*, sí, pero no te concede una sola gota de sangre. Toma lo que te pertenece, pero si al cortar viertes una sola gota de sangre cristiana, según las leyes de Venecia, todos tus bienes serán confiscados en beneficio del Estado. (Grandes murmullos de satisfacción.)

SILOK ¡Qué dices !

PORCIA Lo que la ley marca.

GRACIANO ¡ Oh juez equitativo ! ¡ Oh juez sapientísimo ! ¡ Verdad, judío !

SILOK ¡ Eso marca la ley !

PORCIA Tú mismo puedes leer el texto. No te azores : puesto que tanta impaciencia demuestras para que se te haga justicia, justicia se hará cumplida como deseas.

GRACIANO ¡ Qué gran juez ! ¡ Qué sabio más eminente ! (Imitando el tono anterior del judío.)

SILOK Siendo así... y sólo para dar pruebas de mi clemencia, consiento en que se me pague la suma triplicada tal como se me ha ofrecido anteriormente, y que pongan en libertad al mercader.

GRACIANO Aquí va el dinero.

PORCIA Aguardad, no nos apresuremos. Se ha de hacer cumplida justicia al judío. Debe pagársele la deuda. Toma la carne que te pertenece, pero no viertas sangre ni cortes una hebra más ni menos ; de lo contrario, a más de confiscarse tus bienes, debes morir.

GRACIANO ¡ Qué gran juez !

- SILOK Pero...
- PORCIA ¡Qué esperas, judío!
- SILOK Pero... ¿eso cómo puede ser?
- PORCIA Tú lo sabrás, ya que tantas veces has dicho que te pertenecía.
- SILOK Dadme la suma sin intereses y todo queda terminado.
- PORCIA Imposible. La has rehusado en pleno tribunal, y no nos podemos separar del contrato.
- SILOK ¿No puedo conseguir ni mi capital?
- PORCIA No puedes conseguir más que lo que el contrato estipula.
- SILOK Siendo así, que el diablo le dé el recibo. No quiero más discusión y me retiro. (Arroja el cuchillo al suelo y hace ademán de retirarse.)
- PORCIA Tampoco puede ser eso. La justicia, que has reclamado, tiene otros derechos sobre ti.
- SILOK ¿Qué derechos son esos?
- PORCIA Escrito está en las leyes de Venecia que al probarse que un extranjero ha atentado más o menos directamente contra la vida de un ciudadano, han de embargársele la mitad de sus bienes para entregarlos al que pudo ser su víctima.
- SILOK ¡La mitad de los bienes!
- PORCIA Sí; y la otra mitad han de entrar en las arcas del Estado, y todos los jueces deben decretar sentencia de muerte. Tú te encuentras de lleno en la penalidad marcada, puesto que has intentado directamente contra la vida del mercader Antonio.
- SILOK ¡Pena de muerte!
- PORCIA Sólo el Dux puede salvarte la vida. Arrodíllate ante él e implora su piedad.
- GRACIANO Judío, solicita del tribunal que puedas ahorcarte tú mismo, y como sea que tus bienes pertenecen al Estado, yo encabezo una suscripción para que se te compre una buena cuerda.

SILOK (¡ Maldito sea yo !)
DUX Sólo para que veas la diferencia que existe entre nuestros sentimientos y los tuyos, antes de que me la pidas te perdono la vida. Te concedo todo lo que concederte puedo. En cuanto a tus bienes, una mitad pertenecen al Estado y la otra a Antonio.

SILOK ¡ Por qué me dejáis la vida si me quitáis el dinero, que es lo que me hace vivir ! Matadme de un solo golpe y terminemos de una vez.

PORCIA Ved que os concede la piedad de Antonio.

GRACIANO Una cuerda gratis y nada más.

ANTONIO Solicito al tribunal y a monseñor el Dux, que le deje la mitad de los bienes que me pertenecen ; la parte que me corresponde yo la legaré al caballero que enamoró a su hija Jesica. Para ello, dos condiciones impongo : la primera, que a su muerte legue todos sus bienes a su hija, y la segunda que el judío se haga cristiano en el término de tres días.

DUX ¿ Acepta ?

SILOK Acepto.

PORCIA Escribano, preparad los pliegos que deben firmarse. Judío, ¿ estás satisfecho de la rectitud de la justicia que solicitaste ?

SILOK Lo estoy. Pero... dejadme salir de aquí... ¡ Me ahogo ! ¡ Me siento morir !

PORCIA Firma, y en libertad quedas. (Silok va a firmar.)

GRACIANO Dos padrinos te acompañarán a las pilas bautismales, pero si yo fuera tu juez, dos cientos te otorgaría para acompañarte a la horca.

TELÓN

FIN DEL ACTO CUARTO



ACTO QUINTO

La misma sala del cuadro segundo del segundo acto.

ESCENA PRIMERA

PORCIA, NERISA, JESICA, GRACIANO y LORENZO.

- PORCIA Afortunadamente hemos llegado antes que mi esposo, y no creo que nadie haya sospechado nada de nuestra partida ni de nuestra llegada.
- NERISA Todos los criados de la casa quedaron bien instruídos para el regreso de vuestro esposo.
- LORENZO Por esa parte no hay temor alguno, pues no logró veros ni un solo instante.
- GRACIANO Trabajo me costó el lograrlo. El pobre estaba desesperado. Mil veces intentó entrar en la sala del tribunal, y otras tantas le impedí el paso inventando estratagemas para distraerlo. Cuando supo la sentencia del tribunal creí que se volvía loco de remate. Quería abrazar al sabio juez que libertaba de la muerte a su amigo Antonio. En aquel momento imposible me fué retenerlo un instante más; con increíble fuerza me arrojó al suelo, pasó por encima de mi cuerpo y penetró como un rayo en la sala del tribunal.
- LORENZO Pero afortunadamente la señora ya había desaparecido, esquivando las felicitaciones de todos los jurados, y no logró hallaros en parte alguna.

- JESICA Pero juró y rejuró no descansar un instante hasta dar con el sabio jurisconsulto Baltasar.
- NERISA ¡Y qué bien estaba la señora con las togas de juez!
- PORCIA No digas, que tú con las de pasante de escribano estabas bellísima, sino que lo diga tu esposo.
- GRACIANO Su esposo no dice nada delante de la elocuencia de la señora y la expectación que causó al tribunal la justa interpretación de las leyes venecianas en asunto que hasta el mismo Dux creía que debía fallarse en beneficio del judío y que después tomó tan opuesto camino.
- PORCIA El caso era sencillísimo, lo difícil era representar mi papel de hombre, y eso lo conseguí gracias a mi tío Belario.
- GRACIANO Que mil años viva con semejantes sobrinos.
- TODOS ¡Ja! ¡ja! ¡ja! (Riendo.)
- PORCIA Silencio. Paréceme que alguien ha llegado a la puerta del jardín. Ve a ver Nerisa. (Vase Nerisa.)
- LORENZO Sin duda alguna será vuestro esposo, señora, pues la impaciencia le devorará para daros la noticia de la absolución del mercader Antonio.
- PORCIA Sí, él es, recibámosle con gran reserva. Retiraos todos a ese aposento contiguo. (Señalando el de la izquierda. Vanse.)

ESCENA II

PORCIA y NERISA, anunciando a BASANIO.

- NERISA Señora, vuestro esposo Basanio.
- PORCIA ¡Amado esposo! (Corriendo a él y deteniendo su paso al verlo sumamente triste.) ¡Qué es esto! ¡Por qué tan tristemente llegas de Venecia! ¿Acaso tu amigo Antonio ha sido

víctima de las malas entrañas del judío?
¿No has podido lograr nada, ni aun a fuerza de dinero?

BASANIO Todo se ha logrado mucho mejor de lo que era de esperar. Antonio se halla completamente libre.

PORCIA ¡Pues siendo así!...

BASANIO Pero no he sido yo quien le ha salvado, no ha sido nuestro oro, no, que con todo el oro del mundo no hubiera cedido el judío.

PORCIA ¿Pues quién si no...?

BASANIO El talento de un joven jurisconsulto que no conozco y a quien he buscado inútilmente por toda Venecia sin que nadie sepa darme el menor indicio de su paradero.

PORCIA ¡Caso extraordinario es lo que me dices!

BASANIO Su preclaro talento ha salvado la vida de mi amigo y a mí me da la muerte no pudiendo estrecharlo entre mis brazos.

PORCIA ¿Y tu amigo Antonio, tampoco le conoce?

BASANIO Tampoco. Antonio se ha venido conmigo y en la antesala espera tu venia para rendirte sus respetos.

PORCIA No te detengas en su presentación, que ansiosa estoy por conocer al hombre que tan buen amigo ha demostrado serte en toda ocasión.

BASANIO Al momento. (Vase.)

PORCIA Nerisa, no descorras ese cortinón hasta que yo avise. (El de la izquierda por donde marcharon Graciano, Lorenzo y Jesica.)

ESCENA III

Los mismos, BASANIO, presentando a ANTONIO.

BASANIO Amada esposa, aquí te presento al más amigo de mis amigos, a Antonio, el llamado «Mercader de Venecia».

PORCIA Sed bien venido a mi casa, que ya lo es vuestra, pues los amigos de mi esposo lo son míos, y mucho más el que expuso su vida en aras de la amistad.

ANTONIO ¡Gran Dios!

PORCIA ¿Qué tenéis?

BASANIO ¿Qué te sucede?

ANTONIO ¿Tenéis algún hermano, señora?

PORCIA Ninguno tengo, caballero.

ANTONIO ¡Pues entonces, cómo es posible un parecido semejante!

PORCIA ¡Parecido decís! ¿Qué parecido es ese?

ANTONIO No, no; no hay tal parecido, sino exactitud. Señora, vos me habéis salvado la vida. Vos sois... el sabio juez del tribunal de Venecia.

BASANIO ¿Qué dices, Antonio?

PORCIA ¿Os habéis vuelto loco, amigo mío!

ANTONIO Quizás sí.

PORCIA ¿Ello será porque debéis tener noticia de que dos de los buques que navegaban por vuestra cuenta han llegado felizmente?

ANTONIO Ignoro la suerte de mis buques. Poco me importan ellos al reconocer en vos al célebre abogado a quien debo la vida.

PORCIA Nada me debéis por cierto. Las noticias de que vuestros buques os doy, las sabía desde ayer, pero las he callado a todos para daros esta alegría en el momento de esta vuestra visita, que a decir verdad, esperaba de un momento a otro.

ANTONIO Continúo en mi estado de locura, y a la razón no quiero volver para seguir en ella y en la creencia de que vos, señora, sois...

PORCIA ¿El abogadillo que hizo justicia en el tribunal de Venecia?

ANTONIO El mismo. Y si loco estoy, la razón no quiero para seguir en mi creencia.

PORCIA Seguid en ella, y dad las gracias a todos vuestros amigos que han prestado su ayuda para salir triunfante en la empresa de

salvar la vida del gran amigo de mi esposo que la suya le debía. (Hace seña a Nerisa para que descorra el cortinón, y aparecen todos los que estaban ocultos.)

ESCENA ÚLTIMA

Los mismos, GRACIANO, LORENZO y JESICA, que corren a abrazar a Antonio.

ANTONIO ¡ Amigos míos !

GRACIANO En tus brazos. De momento aprieta fuerte. Después vendrán todas las aclaraciones que quieras y las que Basanio le sean precisas para salir de su sorpresa al saber que su esposa Porcia ha sido durante unas horas el célebre juez del tribunal.

BASANIO ¡ Tú ! ¡ Es posible !

PORCIA Sí, yo. He querido y he logrado probar la fuerza del amor entre marido y mujer. (Abrazándose con Basanio.) Salvando la vida de Antonio he salvado la de mi esposo, pues deber era el dar la suya por *El mercader de Venecia*.

TELÓN

FIN DE LA OBRA

ACLARACION

Corta aparece esta nueva edición de *El mercader de Venecia* en vista a otras en las que solamente se traduce la obra siguiendo palabra por palabra el original, pasando escenas, cuadros y actos como antiguamente se representaban, esto es, saltando de un bosque a un salón y del salón a una calle, en todo foro, haciendo así viajar la imaginación del espectador sin necesidad ninguna.

Mucho más que traducir he tratado de teatralizar la obra haciendo factible su representación suprimiendo cuadros unas veces, y bifurcando otros por no creer preciso tanto saltar del lugar de acción para volver, a las pocas escenas, al mismo punto de partida.

Antiguamente, en época que el teatro, por toda decoración tenía unos cortinajes y a cada cuadro aparecía un letreiro diciendo *Bosque, Salón, Calle, Mar*, etcétera, bueno era, bien estaban treinta cuadros en una obra. Pero hoy el teatro no se comprende así, y en ello me apoyo para suprimir cuadros y más cuadros que estorbaban el curso de la representación.

Personajes también he suprimido algunos, que más bien que aclarar, enturbiaban su acción capital, pues mi intención ha sido hacer la obra viable para su representación al uso del día.

Del cuarto acto, o sea el del tribunal, he ausentado todo lo posible el personaje *Basanio*, pues no he acertado a comprender cómo podía admitirse, hoy día, la inverosimilitud de que *Porcia*, por el mero hecho de presentarse vestida de hombre, no fuese

conocida a primera vista de su esposo Basanio en sus largas peroraciones actuando de juez en el tribunal.

El acto quinto, que es el más corto de todos ellos, lo es en razón de haber suprimido la inocente trama ocasionada por la entrega de dos anillos en situación inverosímil de no conocerse los personajes, como he dejado expuesto anteriormente.

Estas supresiones de acción inocente e innecesaria han hecho corta la obra, que bien se hubiera podido alargar con repeticiones de conceptos que he creído innecesarios de todo punto, pues mi idea ha sido en la totalidad de la obra, hacerla fácil de representación desde su principio, por eso escribo en la portada *arreglo escénico*.

Si mi atrevimiento merece censura, discúlpennme en gracia a la buena intención que ha movido mi pluma admirando a Shakespeare en esta su gran concepción dramática de *El mercader de Venecia*.

L. M.

Noviembre, 1915.

Vol. 145
EMILIO ZOLA

GERMINAL

Drama en siete actos y once cuadros



MADRID

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1915

GERMINAL

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la «Sociedad de Autores Españoles» son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Edición autorizada para «Teatro Mundial».

-3-

GERMINAL

Melodrama en siete actos y once cuadros

inspirado en la famosa novela del mismo nombre

de

EMILIO ZOLA

escrito por

JOSÉ PABLO RIVAS

Estrenado en el Salón Nacional, de Madrid,
la noche del 18 de Agosto de 1910



Handwritten note:
M. 1-86
no p. 10

BARCELONA
BIBLIOTECA «TEATRO MUNDIAL»

15, Barbará, 15

1915

REPARTO

<u>Personajes</u>	<u>Intérpretes</u>
MATILDE	Mercedes Guerra.
DOÑA ROSALÍA	Eloísa Bagá.
CECILIA	Rita Herrero.
LA NICANORA	Concepción Ester.
CATALINA	Angeles Hermán.
ADELA (jorobadita, 11 años)	Niña Vázquez.
LA LORENZA	Rita Herrero.
LA ROSA	Luisa Alcalá.
FILOMENA	Rita Vega.
MUJER 1. ^a	María Luisa Vega.
IDEM 2. ^a	Rita Herrero.
IDEM 3. ^a	Mercedes Guerra.
SEÑOR HENNEBEAU	Enrique Torrent.
DON TOMÁS	Ventura Vázquez.
PABLO NEGREL	R. Tejedor.
DANSAERT	José Balsalobre.
SEÑOR RICHOMME	Germán de Castro.
BELISARIO	José Balsalobre.
DOCTOR MOREL	Germán de Castro.
CHAVAL	Ramón Puga.
ESTEBAN	Emilio Portes.
BUENA MUERTE	Miguel Pigrau.
DEMETRIO	Enrique Torrent.
JUANILLO	Arturo Paniagua.
UN OFICIAL	R. Tejedor.
MINERO 1. ^o	Ventura Vázquez.
IDEM 2. ^o	Francisco López Silva.

Mujeres, niños, soldados, gendarmes, etc., etc.

*La acción en Montsou,
pueblecito minero del Norte de Francia.*

Derecha e izquierda, las del actor.

NOTA IMPORTANTE.—Como se ve por el reparto de esta obra, varios de los actores han tenido que doblar y aun triplicar sus papeles, sistema que permite el representarla aun por las compañías menos numerosas.



ACTO PRIMERO

CUADRO I

A LAS PUERTAS DEL INFIERNO

Sala de ingreso a la mina "La Victoria", situada a los alrededores de Montsou. A la derecha, en primer término, la boca de la mina. Más, allá hacia el fondo, en un compartimiento algo más alto, la máquina lanza sus reflejos metálicos. A la izquierda dos puertas; por la primera se entra en la sala; por la segunda a la lampistería. Algunas linternas plantadas allá y acullá, alumbran vivamente las rampas de hierro, los cables y las maderas del aparato por donde suben y bajan las jaulas ascensoras.

ESCENA PRIMERA

BUENA MUERTE. ESTEBAN por la primera puerta de la izquierda.
Lleva un paquetito debajo del brazo.

ESTEBAN ¡Buenos días, amigo!

BUENA Buenos días le dé Dios. (Pausa breve. Buena Muerte al recién llegado, con aire receloso.) ¿Qué sé le ofrece?

ESTEBAN Me llamo Esteban Lantier. Soy maquinista. ¿No hay trabajo para mí?

BUENA No.

ESTEBAN La respuesta de todos.

BUENA Ayer estuvieron aquí otros dos. Se les dijo lo mismo.

ESTEBAN Esto es una mina, ¿no es cierto?

BUENA (Tarda en poder contestarle porque se ve acometido

- ESTEBAN de un violento acceso de tos.) Sí. «La Victoria».
(Señalando al pozo de la derecha.) ¿Y esa es la boca?
- BUENA Sí.
- ESTEBAN Parece la de una bestia colocada ahí para engullirse a la gente.
- BUENA La nuestra. ¿No ha visto usted allá arriba el barrio de los obreros?
- ESTEBAN Sí. A la escasa luz del alba. ¿De modo que no hay trabajo para mí?
- BUENA Ya se lo he dicho.
- ESTEBAN Llevo ya una semana entera de correrías inútiles. Y a todo esto ni un pedazo de pan, ni un sitio donde resguardarse del frío. ¿No hay fábricas en Montsou?
- BUENA Sí, pero se van cerrando unas tras otras.
- ESTEBAN La miseria se cierne sobre nuestras cabezas. Parece que este viento de marzo arrastra consigo un inmenso grito de hambre al través de toda esta campiña desolada y vacía.
- BUENA ¿Es usted belga?
- ESTEBAN No. Soy del Sur.
- BUENA Yo soy de aquí, de Montsou, y me llaman Buena Muerte.
- ESTEBAN Será un apodo.
- BUENA Sí. (Señalando a la boca de la mina.) Me han sacado de allí dentro la friolera de tres veces casi medio muerto. Una vez convertido en un tizón, la otra con tierra hasta en el buche, y la tercera con el vientre más hinchado que una rana. Entonces, al ver que tenía yo siete vidas como los gatos, me pusieron en broma Buena Muerte. (Se ve acometido de otro violento acceso de tos.)
- ESTEBAN Tiene gracia.
- BUENA Por lo demás, estoy más fuerte que un roble. ¡Ah! Si no fuese por estas pícaras piernas. Hay días que no puedo mover una pata sin poner el grito en el cielo. (Otro golpe de tos.)

- ESTEBAN ¿Y por qué tose usted así?
BUENA ¿Le parece a usted poca la humedad de la mina?
- ESTEBAN ¿Escupe usted sangre?
BUENA (Enjugándose la boca con el reverso de la mano.) Carbón. Tengo en el cuerpo más del que me haría falta para calentarme hasta el día de mi muerte. Y eso que hace ya cinco años que no bajo hasta el fondo. Trabajo en el acarreo. Tenía todo esto (Volviendo a escupir.) por lo visto almacenado sin sospecharlo siquiera.
- ESTEBAN ¿Es rica la compañía?
BUENA Millones... millones y millones. La mar de dinero.
- ESTEBAN ¿La mina es del señor Hennebeau?
BUENA ¡Bah! El señor Hennebeau no es más que el director general. Le pagan como a nosotros.
- ESTEBAN ¿Pues de quién es todo esto?
BUENA ¡Qué sé yo! De los accionistas.
ESTEBAN ¡Valientes tíos estarán todos ellos!
BUENA Dispénsame, camarada. Me he detenido demasiado tiempo con usted. Mi obligación me espera. (Va a salir. En este momento el señor Richomme entra por la primera puerta de la izquierda para dirigirse a la lampistería.) Ahí tiene usted al señor Richomme, uno de los capataces de la compañía. Puede usted dirigirse a él. (Buena Muerte desaparece por la derecha segundo término, por detrás de la boca de la mina.)
- ESTEBAN (Deteniendo al señor Richomme, a la mitad de su camino, gorra en mano.) ¿Podría usted proporcionarme trabajo?
- RICHOM. (Continuando su camino y metiéndose en la lampistería.) Espere usted a que venga el señor Dansaert, el capataz mayor.
- ESTEBAN (Con desaliento.) ¿A qué esperarme más. si todo ha de ser inútil? El capataz mayor me dirá lo mismo que los otros. Y luego, ¿a qué negarlo? Ese pozo inmenso que

se traga hombres y más hombres como si tal cosa, me infunde un terror inexplicable. Me voy al aire libre. Siento que mi cerebro vacila. (Va a salir.)

ESCENA II

ESTEBAN, BELISARIO, CHAVAL, CATALINA, LA LORENZA, JUANILLO. Este entra haciendo cabriolas y gestos burlescos. Es pequeño, escrofuloso, paliducho, con esa inmensa palidez de todos los mineros, producida por la anemia; ojos muy chicos y orejas muy grandes. Grupo de mineros de ambos sexos. Las mujeres, a usanza de las minas francesas, llevan todas el mismo traje que los hombres.

ESTEBAN (Al ver a Catalina, dirigiéndose a ella.) Oye, camarada, ¿no hace falta aquí ningún obrero para cualquier clase de trabajo? (Catalina, como sorprendida de la brusquedad de la pregunta, le mira asustada.)

BELISARIO (Contestando en su lugar.) No se necesita a nadie. (Esteban, abatido y sin replicar palabra, sale por la primera puerta de la izquierda.) ¿Han visto ustedes a ese pobre diablo? ¡Quién sabe de dónde viene! ¡Quién sabe a dónde va! Cuando uno piensa que pudiera verse como él... Y aun nos quejamos. Nosotros al menos tenemos trabajo.

LORENZA ¿Qué? ¿No saben ustedes? Se han encontrado a la pobre de Florencia tesa en su cama. Dice el médico que de una aneurisma... Yo creo que de una curda de ginebra.

BELISARIO ¡Conchos! ¿Y qué hago yo ahora? He aquí mi cuadrilla descabalada.

CATALINA Oye, padre, ¿y ese hombre que buscaba trabajo?

BELISARIO Hombre, es verdad. Precisamente ahora llega el señor Richomme. (Este aparece en el umbral de la puerta de la izquierda. Le pediremos permiso. (Dirigiéndose al señor Richomme, gorra en mano.) Señor Richomme, me falta

uno de la cuadrilla. La pobre Florencia ha muerto...

RICHOM. Con reemplazarla con otra...

BELISARIO Es lo que yo digo. Acaba de llegar precisamente un hombre de fuera, buscando trabajo, y como conozco el deseo de la compañía de ir substituyendo poco a poco con hombres a las muchachas que trabajan en el arrastre, si usted me lo permite...

RICHOM. Lo que es por mí... Pero como ese proyecto de excluir a las mujeres de las faenas del arrastre, sé que os disgusta a todos... En fin, haz lo que quieras; se entiende, con tal de que no se oponga el señor Negrel...

JUANILLO Sí, echadle un galgo al hombre. No debe de andar ya poco lejos.

CATALINA Yo iré a buscarle. (Sale corriendo por la primera puerta de la izquierda.)

BELISARIO Pero volando, que ya es tarde, ¡conchos! (Catalina vuelve a entrar por la primera puerta de la izquierda, seguida de Esteban.) Pero, chica, ¿has volado por los aires?

CATALINA Estaba aquí mismo, a la puerta, hablando con el fogonero.

ESTEBAN ¿Qué se ofrece?

BELISARIO Hay trabajo para usted. ¿Se siente usted con valor para bajar hasta el fondo de la mina?

ESTEBAN ¡Pues ya lo creo! (Muy alegre y estrechando efusivamente la mano de Catalina.) ¡Gracias, camarada! ¡Eres un buen chico!

CATALINA (¡Qué gracia! Me sigue tomando por hombre.)

JUANILLO (Enlazando el talle de su hermana.) Anda, Catalina, bailemos un vals.

CATALINA Quita, diablillo... Para bailar estamos.

ESTEBAN (A Catalina.) ¡Ah! ¿pero eres una muchacha?

CATALINA (Sonriendo.) ¿Hasta ahora no lo has nota-

do? Así vestimos todas las mujeres en la mina.

BELISARIO ¡Eh! basta de palique... ¡Despachad!
¡Conchos, que es tarde!... (Todos los mineros se dirigen a la lampistería a proveerse de linternas.)

JUANILLO (Dirigiéndose también a la lampistería en busca de la suya.) ¡Ea! ¡Ya salen las luciérnagas!

BELISARIO Vaya usted a buscar la suya también.
(Esteban obedece la indicación de Belisario. Los mineros van entrando en la lampistería y vuelven a salir con sus linternas correspondientes.)

JUANILLO (Yendo al centro del escenario.) Señores, la lámpara maravillosa. (A Esteban.) No se ría usted, señor forastero. Soy yo el que voy a hacerle los honores de nuestro palacio, un palacio como no ha visto usted nunca, ni soñado siquiera. ¡Qué elevación de techos! ¡Qué amplitud de las salas! ¡Qué derroche de luz! ¿Usted no siente vocación de topo?

ESTEBAN (Sonriendo.) Me parece que no. (Todos los mineros se ríen estrepitosamente.)

JUANILLO Lo siento por usted, amigo. Si al menos tuviese usted la de culebra. (Los mineros vuelven a reírse estrepitosamente.)

BELISARIO Pero, ¿te quieres callar, arrapiezo? Hoy llevamos media hora de trabajo, ¡conchos! ¡A su puesto todo el mundo! (Los mineros van a colocarse al lado de la boca de la mina. Esteban busca instintivamente el lado de Catalina.)

ESTEBAN ¿Sabes que eres muy bonita?

CATALINA (Complacida.) ¡Gracias, Esteban!

CHAVAL (Mirando al grupo de los dos con hosco recelo.) ¡Me empieza a cargar el intruso!

JUANILLO Señor forastero, tengo el gusto de presentarle a usted a nuestro ministro de la guerra. (Los dos hombres se miran con antipatía y recelo. Nuevas y ruidosas risas de los mineros.)

CHAVAL (Complacido.) ¿Y por qué me llamas así, Juanillo?

JUANILLO Porque eres en la mina el encargado de

repartir todos los reveses de cuello vuelto. (Los mineros se ríen.)

CHAVAL (Con intención, mirando siempre a Esteban.) Pues mira, me parece que voy a ejercer muy pronto las funciones de mi ministerio.

ESTEBAN (Serenamente.) Cuando gustes. Verás que no tengo tampoco la mano muy ligera.

CHAVAL (Acercándose a Catalina.) Pero, ¿no te he dicho que no me gusta verte al lado de ningún hombre?

ESTEBAN ¿Es tu amante?

CATALINA No.

ESTEBAN ¡Pues entonces !...

CHAVAL ¿Encontráis bien, compañeros, que así de buenas a primeras se admita a nuestro lado a un desconocido?

VARIOS ¡No, no !

BELISARIO ¿Qué estáis ahí murmurando, conchos?

CHAVAL Que no es lícito que vengan extraños, a comerse el pan de nuestras mujeres.

MINE. 1 Tiene razón.

MINE. 2 Dice muy bien.

CHAVAL ¡Afuera el intruso !

VARIOS ¡Afuera !

BELISARIO ¡A callarse todos ! Quien manda, manda. ¡conchos ! Y al que no le guste, que se vaya. Pero, ¿qué hacemos aquí? ¿Tienen valor de hacernos tiritar de esta suerte?

RICHOM. (Saliendo de la lampistería.) ¡Ojo, Belisario, que las paredes oyen ! Tiene que hacerse la maniobra. Ya puedes ir embarcando con tu gente.

ESTEBAN (A Catalina, asomándose a la boca de la mina) ¿Y es eso muy profundo?

CATALINA Unos seiscientos metros.

ESTEBAN De modo que si el cable se rompiese. . .

JUANILLO ¡Ah ! Entonces no quedaba ni una rata.

BELISARIO ¡A embarcar ! ¡Ya era hora, conchos !
(Juanillo se pone a silbar la Marsellesa.)

CUADRO II

EN EL INFIERNO

Filón de la mina en que trabajan Belisario y su cuadrilla.

ESCENA PRIMERA

BELISARIO, ESTEBAN, CATALINA, LA LORENZA, JUANILLO y cinco o seis mineros que forman parte de la cuadrilla de Belisario, por la izquierda.

CATALINA (Que entra al lado de Esteban, que en su rostro y movimientos debe demostrar la terrible fatiga que lo domina.) ¡Valor, Esteban!

ESTEBAN No puedo más, Catalina. Sangran mis pies; terrible vértigo me nubla la vista; mis músculos doloridos se niegan al menor esfuerzo... Sostenme, Catalina; pues me parece que voy a rodar de pronto por el suelo como herido por un rayo.

CHAVAL (Saliendo de pronto por la derecha.) ¿Ya estáis ahí? Ya era tiempo. No parece sino que os burláis de la gente. Soy el que vive más lejos de la mina y, sin embargo, hace ya media hora que estoy aquí.

ESTEBAN No nos faltaba ahora más que este bruto.

CHAVAL (Reparando en el estado lastimoso de Esteban.) Pero calle, ahora me explico el motivo. ¡Ese zángano tiene la culpa! Pues mira, como nos estropees el trabajo, te echo por el ojo de una galería. (Esteban va a contestarle, da unos pasos hacia Chaval, pero vacila y hubiera rodado al suelo a no ser por Catalina que lo recoge en sus brazos.)

BELISARIO ¡Conchos! Ya empezamos.

CATALINA (De rodillas y sosteniendo en ellas la cabeza de Esteban.) Padre... padre...

- JUANILLO No te apures, chiquilla. Será un ataque de asfixia.
- LORENZA Es que hoy hay grisú a qué quieres boca. Cómo azulean las lámparas !
- BELISARIO No. Es que el pobre diablo no ha comido en casi toda una semana.
- CHAVAL Os está muy bien empleado. Queréis reemplazar a nuestras muchachas con hombres, y escogéis para ello a hombres que son más débiles que las mujeres. ¿No véis que eso es una damita?
- CATALINA ¡Qué pálido está ! Y ¡qué guapo es !
- JUANILLO A ver, Catalinilla. Saca tu frasco de café.
(Se lo aplica a los labios pretendiendo hacerle beber.)
- BELISARIO Dadle mejor aguardiente.
- CHAVAL ¿Aguardiente?... ¿A eso?... Mejor sería agua de colonia.

ESCENA II

BELISARIO, ESTEBAN, CATALINA, JUANILLO, LA LORENZA, CHAVAL, Grupo de mineros, PABLO NEGREL, el CAPATAZ MAYOR y SEÑOR RÍCHOMME por la derecha. Ambos con sus correspondientes linternas.

- PABLO (Alumbrando con su linterna el rostro de Esteban.)
¿Quién es?
- RICHOM. El hombre que admitimos esta mañana.
- PABLO Ya sabes que no me gustan advenedizos.
¡Que no se repita !
- CHAVAL Y que es un mandria para el trabajo.
- BELISARIO Hoy es el primer día. Mañana lo hará mejor.
- PABLO Pero, ¿qué hacéis ahí como unos babiecas? Sacadle al aire libre o sino este hombre va a morir ahí como un pájaro. (Van a llevárselo. Esteban lanza un suspiro.)
- CATALINA (Muy gozosa.) Ya vuelve en sí,
- ESTEBAN (Abriendo los ojos.) ¿En dónde estoy ? ¡ Ah ! sí... la mina... Perdí el sentido.
- JUANILLO (Tendiéndole un frasco de aguardiente.) Bebed, amigo.

ESTEBAN (Bebiendo un trago.) ¡Gracias! Ya me siento bien. (Poniéndose de pie.) Esto no ha sido nada. ¡A continuar, camaradas!

CATALINA ¡Buen susto me diste!

PABLO (Que ha estado examinando con el señor Richomme el andamiaje que sostiene las excavaciones hechas en la roca.) Oye, Belisario, ¿te has propuesto tú tomarle el pelo a la gente?

BELISARIO ¿Yo? ¿Por qué me dice usted eso, señor Negrel?

PABLO Porque el día menos pensado vais a quedaros aquí, bajo tierra.

BELISARIO No tenga usted cuidado. Está fuerte.

PABLO ¿Cómo fuerte? A vosotros, por lo visto, os entra por un oído y os sale por otro todo lo que se os manda. Pero, ¿no ves que la roca está ya agrietada y que no habéis puesto estacas suficientes? Sois todos iguales. Os dejaríais romper la crisma antes que abandonar el filón. (Suenan murmullos de descontento.)

BELISARIO (Entre dientes.) ¡Conchos! Si no hay paciencia...

PABLO Ahora mismo me vas a hacer eso. Y sin replicar.

CHAVAL Pero...

BELISARIO Señor Negrel...

CHAVAL ¿Quién va a querer su pellejo más que uno mismo?

PABLO ¡Pero voto a todos los santos de la corte celestial! Cuando os hayáis estampado los sesos, ¿quién va a pagar los vidrios rotos? La compañía será la que tenga que señalaros pensiones a vosotros y a vuestras familias.

BELISARIO Si nos pagaran como Dios manda, afianzaríamos mejor.

PABLO A trabajar. Y os advierto que la cuadrilla tiene tres francos de multa. (Se oyen nuevos murmullos de desaprobación. Pablo Negrel y el señor Richomme salen por la izquierda.)

ESCENA III

Dichos, menos PABLO NEGREL y el SEÑOR RICHOMME.

CHAVAL ¿Qué hacemos Belisario?

BELISARIO No mover ni una estaca. Si se hunde, que se hunda. Mejor, así dejaremos de penar.

ESTEBAN ¡Ah! sí, es verdad; Catalina, me voy. Vale más reventar de hambre en la cuneta de un camino que sufrir en este infierno por un sueldo irrisorio que no sirve ni para cubrir las necesidades más perentorias de un hombre. Catalina, siento una ansia ardiente de sol y de aire libre. ¡Este ambiente me sofoca, estas tinieblas me enloquecen!

CATALINA (Con tristeza.) ¿Te quieres ir? ¡Ah! ¿Por qué has venido?

ESCENA IV

Dichos, PABLO NEGREL y el SEÑOR RICHOMME por la izquierda.

PABLO (Al señor Richomme.) ¿Lo ves? Me lo figuraba. Cuando te digo que se están burlando de uno... (A Belisario.) ¡Rayos y truenos! ¿No sirves aquí para nada?

BELISARIO Es que...

PABLO Sí, ya sé lo que vas a decirme. Que se os pague mejor, ¿no es eso? Pues te advierto que vais a obligar a la Compañía a hacer una cosa: a pagaros el afianzamiento aparte y reducir proporcionalmente el precio de la carretilla. Richomme, vigila para que se cumplan mis órdenes. (Se va por la izquierda.)

RICHOM. (Brutalmente.) Todos los días he de sufrir una reprimenda por vosotros. Pues a fe que no serán tres francos de multa los que yo os imponga. Tened mucho ojo

- connmigo. Y tú, Belisario, ya sabes, lo que te toca. (Se va por la izquierda.)
- BELISARIO ¡ Ah! no, lo que no es justo no es justo. Estos canallas acaban por ponerle a uno como un perro rabioso. Será preciso defenderse ¡ conchos!
- CHAVAL ¡ Pues claro!
- ESTEBAN (Para sí.) Sí, sí, tienen razón.
- CHAVAL Pero, ¿cómo? ¡ Ah! si hubiese en la mina una cabeza...
- BELISARIO ¿Aún quieren pagarnos menos? ¡ Disminuir el precio de la carretilla!
- CHAVAL (Provocando siempre a Esteban.) ¡ Claro! Cogen para trabajar a gandules que se sirven de sus remos como un cerdo puede servirse de sus patas. (Movimiento de ira en Esteban. Catalina le contiene.)
- CATALINA No le hagas caso, Esteban. No seas tonto. ¿No ves que tiene ganas de disputa?
- CHAVAL (Yendo a interponerse bruscamente entre Catalina y Esteban.) ¡ Te prohibo que hables a esa mujer!
- ESTEBAN ¿A mí? ¡ Imbécil!
- CHAVAL A ti.
- ESTEBAN ¡ Eso lo veremos!
- CHAVAL Y pronto.
- BELISARIO ¿Aún tenéis humor de disputaros por mujeres, cuando nos quitan el poco pan que podemos llevarnos a la boca? ¡ Ea, basta! Y a afianzar. No nos queda otro remedio.
- CATALINA Estéban, ¿té vas por fin?
- ESTEBAN (Mirando a Chaval con gesto de desafío.) No, ya no me voy, Catalina. Por ti y por todos. Quiero sufrir a vuestro lado; luchar por vosotros.
- CATALINA (Estrechándole efusivamente la mano.) ¡ Gracias, Esteban!

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

CUADRO III

EL HUNDIMIENTO

Sala pobre en casa de la Nicanora. Puerta al foro. En el centro del testero derecho de la estancia, un chinero de pino pintado. Mesa de pino y sillas de la misma madera. A la izquierda, primer término, una puertecilla con escalera, que conduce a los altos.

ESCENA PRIMERA

La NICANORA sentada en una silla baja, cosiendo, con un niño de pecho en el regazo. ADELA, de pie, ante el chinero.

ADELA Madre, el chinero está vacío. No hay siquiera ni un triste pedazo de pan.

NICANORA Pues, mira, nos pasaremos como otras veces, con col hervida nada más.

ADELA Pero tú no puedes pasarlo así. Estrella mama sin parar. Y el pobre padre que trabaja tanto...

NICANORA ¡Qué quires, hija mía! Entre todos no me traéis más que diez pesetas. ¡Cómo quieres que dé abasto para todo, con esa miseria! Somos seis bocas en la casa.

ADELA ¿Y el franco de Esteban, que ahora vive con nosotros?

NICANORA Tú no cuentas con los domingos, ni con los días en que no hay trabajo.

- ADELA Si, madre, tienes razón.
- NICANORA Y que con el franco de Esteban no hay que contar, pues desde que atrapó las fiebres en la mina, más bien está a cargo nuestro, que nos beneficia.
- ADELA ¿No te dijeron las señoras de la Villacécilia que hoy vendrían a verte?
- NICANORA Sí, ayer tarde, que fué cuando me las encontré. Iban repartiendo vestidos a los niños pobres. Si hoy, al menos, me diesen algún dinero...
- ADELA ¡Qué bien nos vendría!
- NICANORA Mira, Adelita, no se adelanta nada charlando. A ver como te las compones para que, al menos, tengamos sopa. (La Nicanora se adormece y empieza a dar cabezadas.)
- ADELA Madre, te duermes. No vayas a tirar a Estrella.
- NICANORA Lleva una, una vida tan perra, que se dormiría en la punta de un chuzo.
- ADELA Madre, como Dios no haga un milagro, no sé con qué voy a hacer la sopa.
- NICANORA ¿Por qué no te llegas a la tienda a ver si nos quieren fiar dos panes?
- ADELA Ya estuve esta mañana.
- NICANORA ¿Y qué?
- ADELA Que por poco me pegan.
- NICANORA ¡Claro! les debemos una porrada de francos... Es un atraso que data de algunos meses y hasta ahora no hemos podido ponernos al corriente. ¡Ay! los atrasos son como las cuentas de un rosario, que se van engarzando unas con otras...
- ADELA ¿Qué hacemos?
- NICANORA No lo sé. ¡Y que cuando vuelvan los hombres de la mina, hay que darles de comer a todo trance!
- ADELA Estamos frescas.
- NICANORA Pues ¡digo cuando se levante el abuelo, que lo primero que pide es la sopa!...
- ADELA Ya baja. Le oigo toser,

ESCENA II

La NICANORA, ADELA y BUENA MUERTE, que baja por la escalera de la izquierda con su pipa en la mano.

BUENA (Yéndose a sentar en la mesa.) ¡ Buenos días !
La sopa.

NICANORA (A Adela.) En cuanto abre los ojos, abre el buche, como los pájaros. Dios la diera, abuelo. No hay de qué...

BUENA (Con filosófica resignación.) Fumaremos.

ADELA Pues, madre, piensa lo que hay que hacer, porque el tiempo pasa.

NICANORA Como no quieras que me vuelva yo dinero... Cuando pienso que quieren dejar al abuelo sin trabajo... Abuelo, ¿no es cierto que el médico de la Compañía se engaña, que aun puede usted trabajar?

BUENA ¿Quién lo duda? Las piernas nada tienen que ver. ¡ Cuentos que inventan para no tener que darme una pensión !

NICANORA ¡ Dios mío ! Pronto acabaremos, si esto continúa.

BUENA Cuando uno está muerto no tiene hambre.

ADELA (Que ha salido a la puerta para tirar algo.) Madre, las señoras de la Villa-Cecilia vienen a vernos.

NICANORA (Poniéndose de pie, muy gozosa.) ¡ Dios nos las envía !

ESCENA III

La NICANORA, ADELA, BUENA MUERTE, DON TOMÁS, DOÑA ROSALÍA y CECILIA, por la puerta del foro. Las dos mujeres llevan paquetes en las manos.

NICANORA (Precipitándose a su encuentro.) ¡ Oh ! señoras... Tanto bueno por mi casa... Siéntense ustedes. Adela, sillas para los señores. (Se sientan todos.)

ROSALÍA . (Por Adela.) Vamos, que ya tiene usted aquí una mujercita. ¡Qué ama de casa tan graciosa!

NICANORA Sí, me sirve de mucho. Es activa y muy servicial.

TOMÁS No es poca suerte.

ROSALÍA (Entregándole a Nicanora sus paquetes y los de Cecilia, que toma de sus manos.) Aquí les traemos a ustedes dos trajecitos de lana y otras frioleras.

NICANORA ¡Oh, gracias! Dios se lo pague a ustedes. Son ustedes muy buenos. (De seguro que me dan unos cuantos sueldos.)

ROSALÍA ¿No tiene más que estos dos, Nicanora?

NICANORA Y otros cinco que andan en la mina.

TOMÁS ¡Siete hijos! Pero ¿por qué?

ROSALÍA ¡Claro!

TOMÁS Es imprudente.

NICANORA ¿Qué quiere usted, señora, una no tiene cuidado, y los chicos vienen como los hongos. Pero a bien que nunca estorban. Acaban siempre por traer un pan a la casa. Sin embargo, hay épocas bien duras.

TOMÁS Todo no marcha en este mundo como Dios manda, buena mujer, pero tampoco puede negarse que los obreros carecen casi siempre de previsión. Así, que en vez de ahorrar como suelen hacer nuestros hombres del campo, los mineros beben, contraen deudas y acaban por no poder alimentar a su familia.

NICANORA El señor tiene razón. No siempre se porta uno como es debido. Es lo que yo les digo siempre a esos pícaros cuando se quejan. Yo no he tenido desgracia. Mi marido no bebe. Los domingos toma su copita de más, pero de ahí no pasa. Esto no quita para que una tenga días—por ejemplo, el de hoy—que por más que una registre ni desenvuelva los repliegues de

su bolsillo, no sale ni un mal sueldo por ninguna parte.

ROSALÍA Lo que decía mi marido... La falta de previsión... el vicio...

NICANORA ¡Ah! no, señora; es que uno no gana lo bastante. Y luego, que es preciso que se beba de cuando en cuando para barrer del estómago el polvo del carbón.

TOMÁS ¡Mal hecho!

NICANORA ¿Qué quiere usted? De todos modos estamos tan atrasados... Hoy, ya se lo he dicho a ustedes, aunque me cortaran en pedazos no me sacarían ni un céntimo. No tengo nada, absolutamente nada. (Silencio egoísta de don Tomás y doña Rosalía.) ¡Oh! no me quejo de vicio. Las cosas hay que tomarlas tal como vienen... Así como así no vamos a cambiar la marcha del mundo. Lo mejor es—¿no es verdad, señoritos?—portarse honradamente y contentarse con el puesto que Dios le ha dado a uno en la tierra.

TOMÁS ¡Muy bien, Nicanora! Con tales sentimientos se es superior al infortunio.

NICANORA Si los señoritos... quisieran...

TOMÁS (Levantándose.) No podemos. No acostumbramos a dar dinero. ¡Quédate con Dios, Nicanora! Con eso tus hijos no tendrán frío. (Por los paquetes que les han dejado.)

NICANORA (Acompañándolos hasta la puerta.) ¡Gracias! ¡Gracias, señoritos! Son ustedes muy buenos. (¡Tacaños, roñosos! Lástima de palique...) (Doña Rosalía, Cecilia y don Tomás se van por la puerta del foro.)

ESCENA IV

Dichos, menos DON TOMÁS, DOÑA ROSALÍA y CECILIA. La ROSA y la LORENZA por el foro, pocos momentos después de haber salido aquellos.

LORENZA / ¡Quéjate, Nicanora ! ¡ Vaya unas visitas que tienes !

ROSA (Fijándose en los paquetes.) Y productivas, por lo visto.

NICANORA Miseria y compañía. Mucho trapo, pero ni la sombra de un sueldo.

LORENZA Con eso creen que nos engañan esos señores accionistas que se engullen millones como si fuesen agua, mientras nuestros hombres se los ganan en la mina para morir después de hambre.

ROSA Pues ¿y la vida que se dan?

LORENZA Sí, la Julia, su doncella, nos ha dicho que se dan todos los gustos.

ROSA Y que todo les parece poco para la señorita.

LORENZA Sienten adoración por ella.

ROSA Tiene dos caballos... coches. Los trajes le vienen de París.

LORENZA Quisieran ponerla en un altar.

NICANORA En cambio, las nuestras, tienen que trabajar como unas arrastradas.

ADELA Madre, los hombres van a venir y no hay nada todavía.

NICANORA (Tomando los paquetes que le han dado los señores de la Villa Cecilia.) Toma, corre ; lleva a empeñar esto. ¡ Ah ! y tráete patatas y todo lo que te haga falta. Sobre todo el café. ¡ Que no se te olvide el café !

LORENZA ¡ Chica ! te tratas como una burguesa.

ROSA Todo está por las nubes.

LORENZA Hoy he pagado los huevos a veinte.

ROSA Es preciso que esto truene.

NICANORA ¡ Dios mío ! ¿ Por qué han de tener los unos tanto, y los otros tan poco ?

ESCENA V

Dichos y ESTEBAN, que baja por la escalera de la izquierda, a tiempo de oír las últimas palabras que pronuncia la Nicanora. Poco después BUENA MUERTE, que entra por la puerta del foro, fumando siempre en su pipa y silencioso, va a sentarse a la mesa que hay en la estancia.

ESTEBAN Es lo que yo me digo. ¿Por qué tanta miseria para unos, para qué tanta riqueza para otros? ¿Por qué han de sufrir los más el yugo irritante de los menos? ¿No sería mejor la igualdad de todos los hombres, una justa partición de todos los bienes de la tierra?

LORENZA (Oyéndole extasiada.) Pero ¡qué bien habla!

ROSA Y ¡cuánta razón tiene!

ESTEBAN Trabajamos como verdaderos brutos en una faena terrible, que en otros tiempos era el castigo de los presidiarios. Nos jugamos la vida a cada momento. Y todo ¿para qué? Para que al cabo no podamos tener carne en nuestra mesa.

NICANORA Lo triste es, Esteban, cuando uno se dice que la cosa no tiene remedio; cuando uno es joven, uno se figura que la dicha nos sonríe a pocos pasos. Se espera siempre un suceso imprevisto que ha de traérnosla consigo. Y luego, nada. Vuelve a comenzar la miseria; es una cárcel de la que uno no puede salir. Yo no quiero mal a nadie, pero hay veces que tanta injusticia me subleva.

BUENA ¡Bah! En mis tiempos no se devanaba uno los sesos así. Se nacía en el carbón y se moría en el carbón sin decir oste ni moste. Pero lo que es ahora sopla un viento de rebelión que nos viene no sé de dónde y que nos llena la chola de deseos imposibles. Los jefes son casi siempre unos canallas; pero serán siempre

jefes, ¿no es cierto? ¿Para qué dar co-
ces contra el aguijón?

ESTEBAN Si se puede tomar el puesto del vecino,
¿por qué no intentarlo siendo el más
fuerte?

NICANORA En cuanto uno se mueve le entregan su
libreta. El abuelo tiene razón. Siempre
será el minero el que pague el pato, sin
que la perspectiva de un pedazo de carne
le sonría de cuando en cuando. (En este
momento entra Adela por el foro con lo que ha traído
de la tienda, y se pone a mondar patatas delante del
chinero.) Si al menos existiera ese cielo de
que nos hablan los curas...

BUENA Lo único cierto es que estamos fastidia-
dos, bien fastidiados.

ESTEBAN (Exaltándose por grados.) ¿Es que tenéis vos-
otros necesidad de un Dios y del paraíso
que os promete para ser dichosos? ¿No
podéis vosotros mismos, con el sudor de
vuestra frente, con el esfuerzo de vues-
tras manos, con el poder omnímodo de
vuestra voluntad, labraros vuestra dicha
en la tierra? ¿No véis que el horizonte
se ilumina con un nuevo trazo de luz que
viene a iluminar de repente vuestro rudo
calvario de mineros? ¿Pues qué, vais a
contentaros siempre con la incesante re-
novación de vuestra miseria, con este
degradante trabajo de brutos, con este
triste destino de rebaño que da su lana
para que le degüellen? ¡No! Ya veo
surgir de entre los escombros de este
mundo podrido que se derrumba, a una
humanidad nueva que ha purgado ya sus
crímenes, a un pueblo de trabajadores
que ostenta por divisa: a cada cual se-
gún sus méritos, y a cada mérito según
sus obras. (Todos le escuchan como embelesados.)

NICANORA (Como volviendo de un sueño.) No, no puede
ser. Son sueños nada más. No debe uno
de pensar en eso, porque luego la vida se

- BUENA hace abominable y le entran a uno ganas de aniquilarlo todo para ser dichoso.
- BUENA No le hagas caso, Nicanora. ¿Pues qué, los burgueses habían de consentir nunca en trabajar como nosotros?
- ESTEBAN ¿Y la justicia, Nicanora? ¿No crees en la justicia?
- NICANORA ¡Ah, en eso sí! Cuando tengo razón me haría matar.
- BUENA (Pegando un puñetazo en la mesa.) ¡Rayos y truenos! No soy rico, pero daría un franco para no morirme antes de haberlo visto. (Con ironía.) ¿Y tardará esto mucho?
- ESTEBAN Eso depende de nosotros.
- ADELA Oye, eso de que nos hablas será como una casa muy bonita y muy caliente en donde los niños pueden jugar todo lo que quieran. (En este momento se oye como el estampido lejano de un trueno. Todos los personajes se quedan helados de espanto.)
- NICANORA (Levantándose, llena de terror.) Eso ha sido en la mina. ¡Dios mío! Adela, toma a la niña. (Se la entrega y se dispone a salir por la puerta del foro.)
- BUENA ¡Un hundimiento!
- LORENZA ¡Virgen bendita! Y los hombres aún no han salido.
- NICANORA ¿Qué nueva desgracia nos amenaza?... Corramos.

ESCENA VI

Dichos. Grupo de mujeres que invaden la escena. Algunas se quedan fuera del umbral de la puerta.

- MUJER 1 (A Nicanora.) ¿Oíste?
- NICANORA ¡Pues no...!
- MUJER 2 Estamos perdidas.
- MUJER 3 Nos matan los hombres.
- MUJER 1 Por un mendrugo de pan.
- MUJER 2 Para que nos muramos de hambre.

- MUJER 3 Es inicuo.
MUJER 1 Brutal.
MUJER 2 No debe tolerarse.
MUJER 3 No, no queremos pan amasado con sangre.
NICANORA Pero ¿qué hacemos así? Corramos. Yo aquí acabaría por volverme loca. (Va a salir por segunda vez.)

ESCENA VII

Dichos, CATALINA, por el foro, a todo correr. Todas se apartan para abrirle paso. Trae el dolor y el espanto retratados en el semblante. La Nicanora, casi en el umbral de la puerta, retrocede horrorizada al verla.

- NICANORA ¿Qué?... ¿Qué?...
CATALINA ¡Madre, madre!
NICANORA ¡Habla! ¿Tu padre? ¿Muerto?
CATALINA No, no.
NICANORA Pues ¿quién? ¡Habla!
CATALINA (Prorrumpiendo en amargo sollozo.) ¡Juanillo!...
¡Juanillo!...
NICANORA (Cayendo en una silla y poniéndose a llorar también.) ¡Dios mío! Y para esto hemos nacido...
ADELA ¡Madre, madrecita de mi alma, yo también me quiero morir!
ESTEBAN Calma. Sepamos primero lo que es.
BUENA (Pegando otro puñetazo sobre la mesa y poniéndose de pie.) ¡Calma! ¡Rayos y centellas que los partan a todos!
MUJER 1 (Desde el umbral.) Ya los traen.
MUJER 2 Son varios.
MUJER 3 (A la Mujer 1.^a) Uno de ellos es Roberto.
¡Tu marido!
MUJER 1 (Saliendo del grupo que está en la sala y echando a correr como loca, por la puerta del foro.) ¡Mi marido! ¡Infames! ¡Canallas! ¡Asesinos!

ESCENA VIII

Dichos, menos la MUJER 1.^a y un grupo pequeño de ellas, que sale en su seguimiento. Queda en escena otro grupo bastante numeroso. Dos mineros, que traen, en una camilla, el cuerpo exánime de JUANILLO. Detrás, BELISARIO, CHAVAL, grupo de mineros y el DOCTOR MOREL poco después.

BELISARIO ¡ Rayos y truenos ! ¡ Rayos y truenos !

NICANORA ¿ Muerto ?

BELISARIO Las dos piernas rotas.

NICANORA ¿ Nos lisan a los chicos ? ¿ Qué quieren que haga yo ahora con él ?

DOCTOR (Entrando por el foro.) ¡ Cállate ! ¿ Hubieras preferido que te lo trajeran muerto ? (Se arroja delante de Juanillo, que está envuelto en una manta, y comienza a examinarlo. Todos le rodean ansiosamente.)

NICANORA ¡ Ah ! suerte cochina, ¿ cuándo te cansarás de perseguirme ? Dígame usted, Doctor, ¿ y de dónde saco yo ahora el dinero para alimentar lisiados ? El abuelo ya no nos sirve, y ahora el chico pierde las dos piernas. ¡ Dios mío ! ¡ Dios mío !

BELISARIO ¡ Rayos y truenos ! ¡ Rayos y truenos !

MUJER 1 (Afuera.) ¡ Canallas ! ¡ Infames ! ¡ Asesinos !

JUANILLO (Abriendo los ojos.) ¡ Madre ! Tengo sed. Dame agua.

NICANORA (Echándose desolada encima de su hijo.) ¡ Juanillo ! ¡ Juanillo de mi alma ! (Se oye un fuerte sollozo de Buena Muerte. Todos los personajes se muestran hondamente conmovidos. Algunas mujeres lloran.)

DOCTOR ¿ Por qué lloráis ? ¿ No veis que no está muerto ? Mejor hiciérais en ayudarme. A ver, a su cuarto. Subidlo. Traedme, también, un balde de agua. (Dos mineros sacan a Juanillo de la camilla, envuelto en la manta y lo suben por la escalera de la izquierda.)

BELISARIO ¡ Rayos y truenos ! ¡ Rayos y truenos !

BUENA ¿ Qué aguardas, Esteban ?

- ESTEBAN (Como saliendo de un ensueño doloroso.) ¡ Oh, qué cosa tan triste ! Si me parece mentira. Y todavía estas mujeres extenuadas de fatiga, mordidas fieramente por el hambre, tienen el bárbaro valor de procrear hijos, carne no más de trabajo, carne de sufrimiento. ¡ No, jamás se ha de acabar esto ! ¡ Jamás se romperán los eslabones de esta triste cadena de desheredados ! ¿ No valía más que se negaran obstinadamente al hombre, como a la proximidad de la desdicha ?
- BELISARIO ¡ Rayos y truenos ! Esto es ya un degolladero.
- CHAVAL No te apures, Belisario. Hemos de ser los amos algún día.
- BUENA A costa de sangre.
- BELISARIO ¿ Sangre ? ¡ La tierra tiene sed !
- MINE. I ¿ Los amos ? ¡ Maldita sea ! Mucho tarda.
- CHAVAL Lo que es yo, por la justicia lo daría todo, el vino y las mujeres. ¡ No sabes como me enciende la sangre la idea de que vamos a barrer a los burgueses !
- ESTEBAN (Mirándolos a todos. Con decisión valerosa.) ¡ Ah, sí... ya es tiempo !...

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

CUADRO IV

EN «EL FILÓN DE ORO»

Interior de «El filón de oro», taberna de Francisco, en la única calle del barrio de obreros de Montsou. La sala está enjabelgada de blanco, con dos mesas de pino, bastante grandes, y sus correspondientes bancos alrededor. En el fondo, a la izquierda, el mostrador, sobre el que se ven unas cuantas docenas de vasos alineados en correcta formación y varias botellas de agua. Detrás, un armario lleno de botellas de licor. Sobre el mostrador se ve también un depósito de zinc con su espita de estaño, para la cerveza. La única puerta está a la izquierda.

ESCENA PRIMERA

DEMETRIO, sentado a una de las mesas de la derecha, fumando y con varios periódicos y folletos anarquistas ante sí. Durante todo el acto no hace más que apurar cigarrillos, unos tras otros. En las demás mesas se ven algunos parroquianos, campesinos, vendedores ambulantes, etc., etc. Tras del mostrador, FRANCISCO, el tabernero, que no quita la mirada de Demetrio, por quien se advierte en todo que siente una admiración profunda. ESTEBAN entra en cuanto se alza el telón y va a sentarse en seguida al lado de Demetrio.

ESTEBAN Francisco, cerveza. (Este se la sirve.) ¡Hola, Demetrio!

DEMETRIO ¿Qué tal, Esteban?

ESTEBAN (En son de broma.) Anoche te ví con una mujer.

DEMETRIO ¿A mí? Te equivocas. La mujer no es para mí más que un amigo, un compañe-

ro cuando es fraternal y valiente como un hombre. ¿Para qué exponerse a una cobardía posible? Ni amigo, ni mujer. No quiero ningún yugo. Así puedo disponer libremente de mi sangre y de la sangre de los otros.

ESTEBAN Sin embargo...

DEMETRIO Nada; no quiero nada, ni parientes, ni amigos, ni mujer que haga temblar la mano el día que haya uno de dar su vida o la vida de los otros.

ESTEBAN ¿Pero sigues abrigando en tu cabeza esas ideas terribles?

DEMETRIO Pues qué ¿soy acaso yo un visionario como vosotros? ¿Por ventura tengo yo fe en las fuerzas naturales? Nada de política, nada de conspiración ¿no es cierto? Luchar a la luz del día sin más objetivo que el alza de los salarios. ¡Maravillosa vuestra evolución! Pero, ¿a qué esperáis, imbéciles? ¡Prended fuego a las ciudades! ¡Diezmad los pueblos! ¡Aniquiladlo todo!, y cuando no quede nada de este mundo podrido, puede que de sus cenizas salga otro mundo mejor.

ESTEBAN Eso, sencillamente, me parece una barbaridad.

DEMETRIO Oid bien lo que os digo. Es preciso destruirlo todo, o el hambre retoñaría de nuevo. Sí, la anarquía, nada más que la anarquía. La madre tierra lavada por la sangre y purificada por el incendio. Ya veremos luego.

ESCENA II

Dichos, -CATALINA, con un traje de lana azul oscuro. Va a sentarse al lado de Esteban. Demetrio, al verla, no la saluda, adopta una actitud fría y reservada y acaba por enfrascarse, al parecer, en la lectura de uno de sus periódicos.

ESTEBAN ¡Hola, Catalina! ¿Tomas algo?

CATALINA Cerveza. (Francisco se la sirve.)

ESTEBAN ¿Qué hay?

CATALINA Que nos rebajan de nuevo el jornal.

FRANCIS. ¡Ah! pues entonces están perdidos. (Van entrando grupos de mineros, que así que llegan se sientan a las mesas. Francisco les va sirviendo a todos cerveza.)

MINE. 1 ¿No sabéis, camaradas? Dicen que la compañía va a suspender la extracción en todas sus minas.

ESTEBAN ¿Y eso?

MINE. 1 Porque a duras penas puede pagar nuestros jornales.

ESTEBAN Entonces esa gente tiene la intención, por lo visto, de hacernos estar con los brazos cruzados todo el tiempo que a ella se le antoje.

MINE. 2 No, todo el tiempo que a ella le convenga.

DEMETRIO ¡Claro! No quiere aumentar el número de existencias almacenadas, que es ya considerable.

MINE. 1 Y luego nos acribillan a multas.

MINE. 2 ¿Pues y el anuncio que han puesto en el despacho del cajero?

ESTEBAN ¿Qué dice?

MINE. 1 Que desde hoy en adelante se pagará aparte el afianzamiento, teniendo en cuenta para la cotización la buena labor que en ello se emplee.

MINE. 2 Y nos rebajan el precio de la carretilla en una proporción de cincuenta a cuarenta.

MINE. 1 ¡Ira de Dios! (Crispando los puños.)

MINE. 2 ¡Canallas! ¡Cómo abusan de su poder! Y de que tienen dinero.

MINE. 1 Pero eso es burlarse de nosotros.

MINE. 2 Nos roban quince céntimos.

MINE. 1 Economizan con nuestro sudor.

MINE. 2 No tenemos vergüenza si lo toleramos.

ESTEBAN (A Demetrio.) ¿Qué te parece?

DEMETRIO Era fácil de prever. Quieren agotar vuestra paciencia.

ESTEBAN ¿Y si fuésemos a la huelga?

DEMETRIO ¡Majaderías!

MINE. I ¡No lo creas! No dejaríamos de fastidiar a la compañía.

ESTEBAN Pues es fácil que tengamos que resolvernos. ¡Si nos obligan a ello!

DEMETRIO No os digo que sí... Tampoco os digo que no. Lo malo es que a ese paso se necesitan mil años para renovar el mundo. Pero ¡voto a Satanás! ¿Cuándo dejaréis de andaros por las ramas? Echad a un lado escrúpulos de monja, y volad de una vez ese presidio donde vais a dejar todos vuestros huesos. (Se eleva de entre todos los mineros un murmullo de aprobación.)

ESCENA III

Dichos, CHAVAL, que entra y va a sentarse a una de las mesas opuesta a la en que se halla Esteban.

CHAVAL (Sin cesar de mirar, hasta que estalla su disputa con Esteban, al grupo íntimo y cariñoso que éste forma con Catalina. Todas las palabras las pronuncia con la evidente intención de dirigirse a Esteban.) ¿Hablaís de una huelga? ¿Para qué tengamos luego que comernos nuestra lengua cuando tengamos hambre? No; la huelga es una cosa estúpida.

MINE. I ¿Con qué canción nos viene este ahora?
CHAVAL ¿Pues qué no sabéis todos que yo me burlo de vuestras ideas? ¡Valientes pampinas! Me río de ellas también. ¿Sabéis lo que yo únicamente deseo. Pues que se trate mejor al minero. Yo, que hace veinte años que trabajo en la mina, que la he regado toda con mi sudor de miseria y de fatiga, os digo que no conseguiréis nada con todos esos cuentos de las mil y una noches con que os halagan los oídos. Cuando el hambre os obligue a volver a

bajar a la mina, la compañía os tratará aun peor que antes y os castigará lo mismo que a un perro que se ha escapado y vuelve a la casa. He aquí lo que yo vengo a impedir.

MINE. 2 ¡ Ira de Dios ! No tiene sangre en las venas.

CHAVAL Pero ¿ no es estúpido el creer que se puede de golpe y porrazo cambiar la faz del universo poniendo al obrero en el sitio del patrón, partiendo el dinero como se parte una manzana ?

MINE. 1 Se ha vendido a los burgueses.

MINE. 2 Lo manda la Dirección.

MINE. 1 ¿ Cuánto te ha valido tu traición, Judas ?

MINE. 2 Échadle de aquí.

ESTEBAN No ; dejadle que hable. Cada cual debe ser libre de exponer sus ideas.

MINE. 1 Pero ¿ qué diablos te pasa ? ¿ No decías tú mismo que esto tenía que tronar ?

CHAVAL Sí, lo he dicho, y si truena veréis que no soy cobarde y que no me quedo atrás. Pero de esto a hacerle el caldo gordo a aventureros intrigantes que remueven nuestras pasiones para sacar de ellas partido, hay un mundo de distancia. (Fijando en Esteban una intensa mirada.)

ESTEBAN Eso lo dices por mí, según veo. ¿ Estás celoso ?

CHAVAL ¿ Celoso ? ¿ De qué ? Yo no me la echo de gran hombre, ni aspiro a pescar la jefatura de nuestros compañeros descontentos.

ESTEBAN Te compadezco.

CHAVAL Sé franco. Tú lo que quieres es echártela de caballero, viviendo como un marqués, a expensas nuestras. (Esteban se pone de pie en actitud amenazadora.)

CATALINA (Haciendo lo mismo.) ¡ Por Dios, Esteban ! No le hagas caso. ¿ No ves que te provoca ?

- ESTEBAN ¡Déjame, Catalina! ¡Si no hay paciencia!... (Vuelve a sentarse.)
- CHAVAL Le ha dado por vestirse como un señorito. Mirad sus botas... De charol nada menos... Mirad su traje... Mirad sus manos cuán distintas de las nuestras. (Mostrando a todos sus camaradas sus manazas rudas, deformes y ennegrecidas por el carbón.) ¡Qué asco! ¡Un obrero que huele a pomada!
- ESTEBAN (Levantándose de nuevo y dando un salto impetuoso hacia el Chaval.) ¡Ea! ¡Basta! ¡Se acabó!
- CHAVAL (Levantándose también.) ¡Gracias a Dios, hombre! Y que no hay que hacer poco para encenderte la sangre, ¡cochino! ¡cobarde! Ahora vas a pagar juntas todas las canalladas que has hecho. (Algunos mineros intentan interponerse entre los dos.)
- MINE. 1 ¡Fuera ese polizonte!
- ESTEBAN ¡Dejadnos, camaradas! Ese rufián merece su castigo.
- CHAVAL (Plantándosele delante provocativo y amenazador.) ¿No he dicho ya mil veces que no quiero verte con esa mujer?
- ESTEBAN ¿La quieres? ¿Te gusta? ¡Gánatela!
- CATALINA (Extendiendo hacia él sus brazos, suplicante.) Esteban... ven... no le hagas caso.
- FRANCIS. (Quitando los vasos de encima de las mesas.) No vayáis a romper los vasos.
- MINE. 1 Pero ¿vamos a dejar que dos camaradas se maten así?
- DEMETRIO A ti nada te importa. Hay uno de más. El terreno quedará por el más fuerte.
- MINE. 2 Este hombre es sublime.
- CHAVAL (Amenazando a Esteban con el puño. Esteban y Chaval quedan en medio del escenario en actitud de luchar. Los mineros se disponen a contemplar la lucha; unos sentados y otros de pie. Demetrio sigue en su asiento, impassible, encendiendo de nuevo un cigarrillo.)
- ESTEBAN No es tan fácil como te figuras. (Se ponen a luchar. Esteban boxea hábilmente, cubriéndose, según las reglas, la cara y el pecho con ambos brazos.)

- CHAVAL ¡ Te voy a deshacer la linda jeta que tienes para que las mujeres no vayan detrás de ti como ahora !
- ESTEBAN No charles tanto, que eso es propio de mujeres, ¡ fanfarrón !
- CHAVAL (Dándole un fuerte puñetazo en el hombro.) ¡ Toma ! Para que se te bajen los humos.
- ESTEBAN (Dándole uno en pleno pecho.) Y éste, ¿ qué te parece ? (Chaval vacila á impulsos del tremendo golpe y ahoga un rugido de dolor.)
- CHAVAL (Largándole un puntapié, que Esteban esquiva hábilmente.) ¡ Canalla ! ¡ Granuja ! Te voy a sacar las tripas.
- ESTEBAN ¡ Ah ! Eso no, bruto, o sino cojo un banco y te mato como a un perro. (Se agarra a él hasta que Chaval acaba por rodar al suelo.)
- MINE. 1 Está vencido. Basta ya.
- MINE. 2 Sí, basta ; ¡ basta !
- MINE. 1 Que se vaya.
- ESTEBAN (Soltándole.) Levántate. Si quieres volveremos a empezar.
- MINE. 1 No.
- VOCES No, no.
- CHAVAL (Levantándose con trabajo y sacando del bolsillo un cuchillo que esconde debajo de la manga de su chaqueta.) Ahora me las vas a pagar, burgués disfrazado.
- CATALINA (Que ha visto el cuchillo.) ¡ Ten cuidado, Esteban ; tiene un cuchillo !
- ESTEBAN (Lanzándose sobre Chaval vivamente y arrancándoselo tras breve lucha.) ¡ Vas a morir, asesino ! (Blandiéndolo.)
- CATALINA ¡ No, Esteban, no le mates, que te pierdes !
- ESTEBAN (Tirando el cuchillo lejos de sí.) Tienes razón, Catalina. (A Chaval.) ¡ Vete ! (Todos los mineros se levantan y forman en torno suyo un grupo amenazador.)
- MINE. 1 Si das un paso hacia Esteban, te acogoto.
- MINE. 2 ¡ Muera el traidor !
- MINE. 1 ¡ Que se vaya !

CHAVAL (Escupiendo al suelo.) ¡Toma! ¡Recoge eso, burgués! Y ten mucho cuidado; tú y esa... esa mujer, porque como Chaval me llamo, os habéis de acordar de mí... (Sale dando un portazo tras sí. Esteban y Catalina vuelven a sentarse en sus sitios. Los demás mineros hacen lo mismo.)

ESCENA IV

Dichos, la NICANORA, con Estrella en brazos; la LORENZA y la ROSA. Otro grupo de mineros poco después.

NICANORA ¿Mi marido no está con vosotros?

MINE. 1 No. No ha venido.

NICANORA Le esperaré. (Se sienta. A su lado la Lorenza y la Rosa.)

LORENZA ¡Pardiez! No se divierte una tan amenuado.

NICANORA (A Francisco, que ha ido a ver lo que querían.) ¡Café!

LORENZA Lo mismo.

ROSA Y yo. ¡Qué bien se está aquí hoy!

LORENZA ¡Qué animación!

ROSA Cómo se conoce que es día de pago.

MINE. 2 Ya véis como al cabo han hecho esa canallada.

MINE. 1 ¡Ira de Dios! (Se siente fermentar en todos ellos una sorda exasperación. Los puños se crispan. Frases violentas corren de boca en boca.)

MINE. 2 Nos han descontado dos domingos y cuatro días de paro forzoso.

MINE. 1 Y un franco de multa a cada uno.

MINE. 2 Ni para comprar pan.

MINE. 1 Y todavía le vienen a uno con malos modos.

MINE. 2 Y qué hacer ¡ira de Dios! Hay que doblar el espinazo.

MINE. 1 Y darles las gracias.

MINE. 2 Pueden más que nosotros.

ESCENA V

Dichos y BELISARIO.

NICANORA (Al ver a su marido.) ¿Y el café? ¿Y el azúcar? ¿Y la carne? (Al notar que lleva las manos vacías.) ¡Hombre, te portas!

BELISARIO (Con lágrimas en la voz.) Toma, ahí tienes lo que te traigo. (Echando sobre la mesa un puñado de francos.) Y es el jornal de todos.

NICANORA Pero oyes, tú, sueñas... Te han contado mal. Pero ¿cómo vamos a vivir nueve personas con esto? Pero esta es la muerte por hambre a breve plazo.

MINE. I Si ya no comíamos, ¿qué vamos a hacer ahora?

MUJER I (Mostrando a otra mujer otro puñado de pesetas.) Mira, mira lo que le han dado. (Por su marido.)

MUJER 2 ¿Pues y al mío? No tengo ni para pagar el pan de la quincena.

MUJER I Y yo tendré que empeñar hasta la camisa.

MUJER 2 Y pensar que he visto esta mañana a la cocinera del director comprando pescado. (Se eleva un clamor de ira.)

MINE. I Eso es insultar nuestra miseria.

MINE. 2 ¡Ah! No siempre ha de ser así.

MINE. I Ha de llegarnos nuestra vez.

MUJER I ¿Qué esperáis?

MUJER 2 Es que si os estáis así con los brazos cruzados, ya podéis ir os a comer a otra parte.

MUJER I Nosotras no podemos hacer milagros.

ESTEBAN (Levantando la voz.) Compañeros, ¿queréis ir a la huelga?

TODOS Sí, sí.

ESCENA VI

Dichos, JUANILLO, que entra casi corriendo. Cojea de las dos piernas. Su andar tiene en cierto modo semejanza con el del pato. Poco después cruza por el foro una pareja de gendarmes.

JUANILLO ¡ Compañeros ! ¡ Silencio ! Los gendarmes.

ESTEBAN Nos vigilan.

JUANILLO Todos los caminos están llenos. Acaba de llegar una compañía.

ESTEBAN Pues ya que no nos dejan hablar aquí, mañana, oidme bien, después de la puesta del sol, en el bosque de los Alamos.

VARIOS Iremos todos.

JUANILLO ¡ Chist ! Los gendarmes. (La pareja de gendarmes cruza por el foro fusil al brazo. Todos los mineros los miran con recelo y con odio.)

MINE. 2 (Por los gendarmes.) ¡ Valiente papel !

ESTEBAN (En voz baja y contenida. Todos se agrupan a su alrededor.) ¡ Oidme, compañeros ! Que no falte ninguno...

VOCES (Lo mismo.) No, no.

ESTEBAN Y ahora a la mina. Que no noten nada. Yo también bajaré con vosotros, y mañana, ya lo sabéis, en el bosque de los Alamos.

MINE. 1 La consigna.

ESTEBAN ¡ Patria y libertad ! (Empiezan a salir todos de la taberna.)

MUTACIÓN

CUADRO V

EL GRITO DE REBELION

Telón corto que representa el bosque de los Alamos, a dos leguas de Montsou. Arboleda corpulenta y frondosa. La luna en toda su plenitud se eleva serena y radiosa en el horizonte de un cielo pálido en que brillan algunas estrellas amortiguadas por el esplendoroso fulgor del astro nocturno.

ESCENA PRIMERA

Al alzarse el telón se ve apostado a cada lado del bosque a un minero, colocado allí por expresa orden de Esteban para que no deje pasar a nadie que no sepa la consigna dada a todos los mineros para poder llegar hasta el sitio de la reunión. JUANILLO y FILOMENA que llegan por el lado derecho del bosque.

MINE. I (Al ver a Juanillo y Filomena.) ¡Alto! ¿Quién va?

JUANILLO Pero, hombre, ¿no nos conoces? Somos Juanillo y Filomena.

MINE. I Yo no conozco ahora a nadie. La consigna o atrás.

JUANILLO (Riéndose.) Pero, hombre, ¿crees que no la sabemos? ¡Patria y libertad!

MINE. I Pasad.

JUANILLO Pasa, Filomena. ¡Vaya un rato que nos espera! (Frotándose las palmas de la mano en señal de alegría.) ¡Y poco que me gustan a mí estas cosas!

FILOMENA Juanillo, ¡qué bonito sitio es este!

JUANILLO Como que yo te iba a llevar a una parte que no valiese la pena.

FILOMENA Mira este... ¡No te das poco tono!

- JUANILLO Porque se puede. Filomenilla, mira la luna cómo nos mira. ¡Qué cara tiene tan risueña y complacida! Y cómo alumbra nuestro palacio al aire libre. Bien se ve que se ha puesto de nuestra parte.
- FILOMENA Pues yo creo que de la parte de nuestros enemigos. Si nos alumbra así es para descubrirnos.
- JUANILLO ¡Córcholis! Y qué penetración tenéis las mujeres. ¿Sabes que tienes razón?
- FILOMENA Como siempre. Oye, tú, va a hablar Estebán, ¿no es cierto? (Pronuncia el nombre de Esteban con una especie de religioso respeto.)
- JUANILLO ¿Te gusta Esteban, picaresca?
- FILOMENA Mucho. ¿Sabes lo que te digo? ¡Que me gustaría que fuese mi novio!
- JUANILLO ¡Miren a la mocosa esta! ¡Me gusta! ¡Qué pronto nos íbamos a quedar sin jefe!
- FILOMENA ¿Por qué?
- JUANILLO ¡Mira esta! Porque le mataría.
- FILOMENA ¿Tú?
- JUANILLO Sí, para que no le quisieses.
- FILOMENA ¡Tonto! ¡Malo! ¡Feucho! ¡Rabia, rabia!
- JUANILLO Así, así, que te pones muy mona. (Filomena se queda como triste y pensativa. Después dice de repente:) ¡Ay, Juanillo, tengo hambre!
- JUANILLO ¿Hambre tú, princesa, estando yo en el mundo? (Sacando del seno un puñado de fresas envueltas en unas hojas.) Toma, las he cogido para ti.
- FILOMENA (Apoderándose de ellas con ansiedad.) ¡Gracias, Juanillo! Desde ayer que no como...
- JUANILLO ¡Ay, qué cosa más rara!...
- FILOMENA ¿Qué?
- JUANILLO Nunca lo había notado. Tienes los labios más rojos que las mismas fresas.
- FILOMENA ¡Tonto! ¡Feucho!

ESCENA II

Dichos, ESTEBAN, que llega por la izquierda del bosque. Poco después grupos numerosos de mineros; compuestos de hombres, mujeres y niños, que van llegando apresuradamente por ambos lados del bosque

ESTEBAN ¿Hace tiempo que estáis aquí?

FILOMENA Ya lo creo. Este, a pesar de su cojera, corre más que una liebre.

ESTEBAN ¿Qué habéis visto?

JUANILLO ¡Gendarmes, muchos gendarmes! Han llenado el país.

FILOMENA Y qué miedo me dan a mí con aquellos bigotazos y aquellos ojos que les relucen más que las bayonetas de sus fusiles.
(Empiezan a llegar los mineros.)

MINE. 1 (Por la izquierda.) ¡Patria y libertad!

MINE. 2 (Por la derecha.) ¡Patria y libertad!

ESTEBAN Dejadlos pasar a todos. Son todos de los nuestros. (La escena se inunda de una compacta y abigarrada muchedumbre de mineros.) Camaradas... camaradas...

VOCES (De los que están más atrás.) ¡No se le ve! ¡No se le ve!

MINE. 1 Sí, es una lástima...

MINE. 2 Por poco os apuráis. Venid. (Desaparece por la izquierda. Algunos mineros le siguen. A poco vuelven a entrar por el mismo sitio cargados de un grueso tronco de árbol que colocan en el centro del escenario. Esteban se sube a él y recorre con la mirada todo el numeroso concurso que le rodea. Se hace un profundo silencio.)

ESTEBAN Camaradas, puesto que se nos prohíbe hablar, puesto que se nos espía como si fuésemos unos bandidos, es preciso que nos entendamos bien, lejos de esos esbirros y de sus asechanzas. Aquí nadie nos hostiga, aquí nadie nos molesta, nadie ha de venir a imponernos un ominoso silencio. Aquí estamos en el reino de los pájaros,

que son nuestros amigos. Esta es la patria de los hombres libres.

VOCES ¡ Bravo ! ¡ Muy bien !

MINE. I Sí, sí, el bosque es nuestro. ¡ Habla, Esteban !

ESTEBAN Camaradas, sabed todos que nos hemos reunido en este sitio, casi sagrado, para tomar una grave resolución. ¿Queréis la huelga? Y en este caso, ¿con qué medios contáis para triunfar de la compañía? (silencio profundo.) ¿Meditáis? ¡ Hacéis bien ! El caso no es para menos. Pero, yo os ruego, que no veais en mí al jefe que os manda, sino al apóstol que os predica la verdad. Yo no creo que haya entre vosotros cobardes que falten un día al solemne pacto de esta noche. Si vamos a la huelga ha de ser para no volver a bajar, vencidos, a la mina a volver a reanudar nuestra perpetua miseria. ¿No vale más morir en la lucha santa, contra la tiranía del capital, que mata de hambre al trabajador? Ya es tiempo de que llegue para nosotros, camaradas, el reinado de la justicia.

VOCES ¡ Justicia, sí, justicia !

ESTEBAN El salario es una forma nueva de la esclavitud. La mina debe ser del minero, como el mar es del pescador y la tierra es del campesino. La mina es vuestra, oidme ; vuestra, puesto que la estáis regando desde hace un siglo con vuestro sudor de sangre y de miseria.

VOCES Sí, sí... Tiene razón.

ESTEBAN Ha llegado nuestro turno. Para nosotros el poder y la riqueza.

JUANILLO Ya lo oyes, Filomenilla. ¿Qué quieres que te compre cuando yo sea capitalista?

FILOMENA Pues un collar muy grande, muy grande, que me pueda yo dar con él, al cuello, unas cinco o seis vueltas.

JUANILLO Cuenta con él, chiquilla.

CHAVAL (Surgiendo de pronto de entre la multitud.) Camaradas...

VARIOS ¡Que se calle ese!

OTROS ¡Fuera el traidor!

CHAVAL Camaradas, habréis de oirme aunque no queráis. Ese hombre os engaña. La mina no puede ser nuestra... No valdría más...

VARIOS ¡Silencio!

(La rechifla de sus compañeros y el estrépito que mueven no le dejan continuár. Esteban le mira con sonrisa de triunfo. Chaval, mordiéndose los puños de rabia y echando fuego por los ojos, vuelve a confundirse entre la multitud.)

CHAVAL ¡Sonríe! ¡Triunfa, qué pronto habrás de llorar! Ya veréis cómo esto acaba.

BUENA (Saliendo de entre la multitud y yendo a colocarse al lado del tronco donde se halla Esteban.) Camaradas, pues ese hombre tiene casi razón. Muy viejo soy, ya lo veís. Pues bien, aun no he visto ninguna huelga que acabe con bien. Vienen en seguida los soldados y ¡conchos! todo se lo lleva la trampa.

ESTEBAN Camaradas, ahí tenéis a uno de nuestros ancianos más venerables, que puede deciros todo lo que ha sufrido y todo lo que sufrirán nuestros hijos, si no acabamos pronto con nuestros verdugos. ¿Qué mejor bandera que su ancianidad maltrecha y dolorida, para excitaros a la venganza? Vedle extenuado y consumido por todas las crueles enfermedades que produce la mina, por la anemia, por la escrófula, por el asma que ahoga, por el reumatismo que paraliza los miembros. ¿Queréis también correr su suerte?

VOCES No, no.

ESTEBAN ¡Camaradas! ¿Qué resolvéis? ¿Votáis por la huelga?

TODOS Sí, sí.

ESTEBAN Y que nadie baje a la mina.

VARIOS ¡Muerte a los traidores y a los cobardes!

ESTEBAN Y si es que hay espías entre nosotros, que
 tengan cuidado. Les conocemos.
CHAVAL ¿Lo dices por mí?
ESTEBAN ¡Quizás !
CHAVAL No, es que te curas en salud.
ESTEBAN Camaradas, ¡ a la huelga !
VOCES ¡ A la huelga !
JUANILLO Y a la riqueza. Filomenilla, vamos.
FILOMENA ¿ A dónde?
JUANILLO ¡ A por tu collar de perlas !

TELÓN

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

CUADRO VI

LOS DRAGONES

Comedor lujoso en casa del señor Hennebeau. Puerta al foro. A la izquierda, el aparador, repleto de luciente cristalería. A la derecha el trinchante. Otra puerta a la izquierda. En el centro, la mesa puesta. A la derecha una amplia ventana que da a la calle. Sillas, etc., etc.

ESCENA PRIMERA

EL SEÑOR HENNEBEAU y el SEÑOR RICHOMME, que entra por la puerta del foro. Después un CRIADO.

HENNE. ¿Qué hay, Richomme?

RICHOM. Vengo a advertirle a usted, señor Hennebeau, que hoy no ha bajado ningún hombre a la mina.

HENNE. ¿Y eso?

RICHOM. Creo que es por el anuncio que puso ayer la Compañía en el despacho del cajero.

HENNE. Tenemos huelga, por lo visto.

RICHOM. Las señas son mortales. Vengo a recibir órdenes.

HENNE. Que esté todo preparado lo mismo que si se fuera a trabajar. Pudieran muy bien cambiar de opinión, venir algunos...

RICHOM. No lo creo. Acabo de recorrer el barrio de los obreros y he visto las casas cerradas a

piedra y lodo. Parece que todo Montsou duerme a pierna suelta.

HENNE. No importa. Y téngame usted al corriente de todo lo que suceda.

RICHOM. Descuide usted, señor Hennebeau.

HENNE. Es una contrariedad muy grande para mí. Mi mujer había convidado a almorzar hoy con nosotros a don Tomás y a doña Rosalía, con su hija Cecilia. Sí, mi mujer quiere casar a Cecilia con mi sobrino.

RICHOM. ¡Ah, ya !...

HENNE. Sí ; se le ha puesto esta idea entre ceja y ceja y ya sabe usted lo que son las mujeres cuando se empeñan en una cosa. El almuerzo debía de haber sido un almuerzo de aproximación. Sí, para que los chicos se traten y se vayan tomando cariño. Pero...

RICHOM. No creo yo que haya inconveniente...

HENNE. Sí, sí... No sabemos el sesgo que pueden tomar las cosas.

CRIADO. Señorito, acaban de traer estos despachos para usted. (Se los entrega y se retira por la puerta del foro.)

HENNE. (Abriéndolos y leyendo.) Esto se pone grave. La huelga se extiende como un reguero de pólvora. Me dice el administrador que en Santo Tomás y en la Magdalena nadie ha querido trabajar... En la Matilde sólo se han presentado los carreteros y los mozos de cuadra ; en San Esteban, la mina mejor disciplinada que tenemos, sólo una tercera parte de los obreros ha querido bajar al trabajo. ¡ Ah ; pero esto es un levantamiento en toda regla !

RICHOM. ¡ Ah, pícaros !... ¡ Y qué callado se lo tenían !

HENNE. Telegráfíe usted inmediatamente al prefecto del departamento, a la Compañía, que nos manden un escuadrón de dragones y algo de infantería. No me pierda usted un momento.

RICHOM. Está muy bien, señor Hennebeau. (Sale por el foro.)

ESCENA II

EL SEÑOR HENNEBEAU y MATILDE, por la puerta de la izquierda.

MATILDE ¿Un telegrama? ¿De quién es?

HENNE. De la Magdalena. Todos nuestros mineros se han declarado en huelga.

MATILDE ¡Ah! ¿sí? ¿Qué nos importa? Por eso no vamos a renunciar a nuestro almuerzo, ¿no es cierto?

HENNE. Pues mira, no estaría mal que lo aplazáramos.

MATILDE ¿Aplazarlo? De ningún modo. Ya sabes tú por qué he convidado a esa gente. Ese matrimonio debía de interesarte más que las majaderías de tus obreros. En fin, es un capricho que tengo. No me contraríes.

HENNE. Bien, hija mía, haz lo que quieras; pero conste que es una imprudencia.

ESCENA III

EL SEÑOR HENNEBEAU, MATILDE y PABLO NEGREL,
por el foro.

HENNE. ¿Qué hay, Pablo?

PABLO Nadie rechista. Pero creo que quieren enviarte una comisión.

MATILDE Pero ¿quién mete en esos líos a una gente que vive tan bien?

PABLO Tía, los aires del siglo.

ESCENA IV

DICHOS, DON TOMÁS y DOÑA ROSALÍA, por la puerta del foro.
Después SILVERIA.

MATILDE (Sale a su encuentro. Se dan la mano. Las mujeres se besan.) ¡Ah! ¿son ustedes? ¡Qué valientes! Así me gusta.

TOMÁS Pues, ¿qué pasa?
ROSALÍA ¿Ocorre algo grave?
MATILDE La huelga. ¿No se han enterado ustedes?
ROSALÍA No.

TOMÁS Nada sabíamos. Pero ¿eso qué tiene que ver?

PABLO Quizás...

TOMÁS ¡Bah! No hay por qué inquietarse. Son buenos chicos.

ROSALÍA Creo lo mismo que mi marido. Esa gente nunca se levanta.

CECILIA Con ir a visitarles y distribuirles limosnas...

TOMÁS Ya me tiene usted la fiera más mansa que un cordero.

MATILDE ¡Qué fastidio! ¿No podían haberse esperado a otro día? Van a echarnos a perder el almuerzo.

(La Silveria entra con el primer plato.)

HENNE. Señores, a la mesa.

MATILDE (Instalando a sus convidados.) Rosalía aquí... Cecilia a este lado; al lado de mi marido. Don Tomás a mi derecha. Pablo al lado de la novia. (Risas.) ¿Están ustedes contentos?

TOMÁS Tiene usted una mano de ángel, Matilde.

MATILDE Ustedes me dispensarán... Quería darles ostras, pero...

ROSALÍA Y eso, ¿qué importa?

TOMÁS Quiere usted callarse...

MATILDE La cocinera no quiso llegarse hasta Montsou. Tuvo miedo de que la apedrearán los huelguistas. (Risas.)

ROSALÍA ¡Qué tontería!

TOMÁS No había para tanto.

ROSALÍA No es tan fiero el león...

TOMÁS Tendría miedo de que la estropearan el palmito.

PABLO Después de todo, la pobre chica tuvo razón. ¿Verdad, Cecilia?

(Pablo y Cecilia, siempre que no toman parte en el diálogo, sostienen entre sí tierna y animada conversa-

ción. Pablo se muestra en toda la comida muy galante y solícito con ella.)

CECILIA Sí, Pablo.

TOMÁS Señores, he aquí un riquísimo salchichón, que de seguro no comerán los huelguistas.
HENNE. ¡Chist ! Baje usted la voz. (Mirando con inquietud a la calle.) No hay necesidad de que se sepa que estamos pasando aquí un buen rato.

PABLO (Poniendo cara de miedo para asustar a don Tomás.) No estaría de más que corriéramos la cortina.

HENNE. A ver, Silveria, corra usted esa cortina. (Por la de la ventana.) Sí, no hay que provocar a la gente.

(Silveria entra y sale del comedor a cada paso, trayendo y llevando el servicio.)

TOMÁS (A Silveria, que le cambia los cubiertos, riéndose, pero sin dejar por eso de lanzar miradas inquietas a la calle.) Cuidado, Silveria, no haga usted ruido.

ROSALÍA (Riéndose también.) Sí ; que no oigan el ruido de la plata.

TOMÁS (Al señor Hennebeau.) Creo que la crisis industrial se ha agravado.

HENNE. Tenía que suceder fatalmente. La prosperidad de los últimos años nos ha traído a esta situación.

TOMÁS (Al ver venir el nuevo plato que entra Silveria.) Señores, saludemos agradecidos este plato. Quién sabe si nos dejarán llegar al venidero... (Risas.)

HENNE. Cuando pienso que esa gente se ganaba antes en las minas el doble de lo que ahora ganan... Y vivían con holgura y adquirirían hábitos de lujo. Hoy, como es natural, les viene muy cuesta arriba el tener que volver a su frugalidad antigua.

MATILDE Don Tomás... Otra trucha. Están deliciosas, ¿no es cierto?

TOMÁS ¡Gracias, amiga mía ! Nunca como aho-

- ra se ha podido decir con más razón :
No se pescan truchas a bragas enjutas.
- HENNE. Pero, pregunto yo : ¿Tenemos nosotros acaso la culpa? ¿No somos víctimas lo mismo que ellos de la situación general?
- MATILDE Perdices, don Tomás.
- TOMÁS ¿También? Pues, señor, veo que nos perdonan la vida. (Risas.)
- SILVERIA (Viniendo de fuera.) Señorito...
- HENNE. ¿Qué hay? ¿Es algún telegrama? Dámelo. (A sus comensales.) Espero algunos.
- SILVERIA No, señorito. Es el señor Richomme que quisiera hablar con usted, pero no se atreve a entrar.
- HENNE. Que pase en el acto. Nos trae noticias.

ESCENA V

Dichos y RICHOMME, por el foro.

- HENNE. ¿Qué hay, Richomme?
- RICHOM. El barrio sigue tranquilo, pero han decidido una cosa... Va a venir una comisión de mineros, presida por Esteban.
- HENNE. Ese es el que les levanta los cascos. Habrá que ponerle a buen recaudo.
- RICHOM. Quizá dentro de pocos minutos estén aquí. (Intranquilidad en todos los personajes.)
- HENNE. Está bien. Infórmeme usted por mañana y tarde de todo lo que ocurra.
- RICHOM. Muy bien... Señores... (Sale por el foro.)

ESCENA VI

Los mismos menos RICHOMME.

- CECILIA ¡Ay! papá, vámonos a casa.
- PABLO ¿Tienes miedo, Cecilia?
- CECILIA Si quieres que te diga la verdad, ¡mucho!

- PABLO ; Tonta ! No tengas cuidado.
- TOMÁS Señores, apresurémonos a comer la ensalada rusa... No sea que nos la quiten de las manos.
- PABLO Silveria, ¿no hay pan?
- SILVERIA (En voz muy baja, en la que se refleja el miedo.) Sí, señorito. (Risas muy grandes.)
- MATILDE Habla más alto, hija mía ; todavía no están aquí.
- TOMÁS Cuidado, Silveria, porque esa gente se dedica al asesinato.
- PABLO Y a robar chicas bonitas.
- ROSALÍA ¿Y qué le parece a usted, señor Hennebeau? Durará esto mucho?
- HENNE. Todo lo más una semana. Pasarán el día en la taberna, y cuando el hambre les aco-se volverán al trabajo.
- PABLO Tío, yo no estoy tan tranquilo como usted. Esta vez están muy bien organizados. Ese Esteban... Tienen también una caja de socorros.
- HENNE. No importa. Dentro de ocho días, los diez mil hombres están en las minas.
- ROSALÍA Pero esa pobre gente va a morirse de hambre.
- CECILIA Les repartiremos bonos de pan y de carne, mamá.
- MATILDE Pero, ¿ustedes creen en la miseria de los mineros? Se quejan de vicio.
- TOMÁS Es lo que yo digo.
- MATILDE Pues qué, ¿no puede darse por dichosa una gente que tiene casa, lumbre, médico y luego el sueldo suficiente para que no se muera de hambre?
- TOMÁS El peligro está en que cuanto más se les dé, más han de pedir.
- PABLO Yo no comparto el optimismo de ustedes. Me temo graves desordenes. Don Tomás, le aconsejo a usted que cierre a piedra y lodo su Villa-Cecilia. Podrían muy bien saqueársela.

ROSALÍA ¡ Ave María Purísima ! No diga usted eso ni en broma, Pablo...

TOMÁS (Con sonrisa forzada.) ¿ Saquearme a mí ? ¿ Por qué ?

PABLO ¿ No es usted el primer accionista de « La Victoria » ?

TOMÁS ¿ Y qué ?

PABLO ¿ Le parece a usted flojo el motivo ? Usted no hace nada ; usted vive del trabajo de los demás... Representa usted para ellos el odioso capital. Con eso basta. Tenga usted la seguridad de que si la revolución triunfa, le obligarán a usted a devolver su fortuna como si fuese robada.

TOMÁS (Exaltándose por grados.) ¡ Cómo ! ¡ Mi fortuna robada ! Pues qué, ¿ mi padre no ganó acaso con el sudor de su frente el capital que yo he empleado más tarde en acciones de minas ? ¿ Acaso no he corrido todos los riesgos de la empresa ? ¿ Hago yo un mal uso de mi dinero ?

CECILIA No haga caso, papá ; son bromas de Pablo. ¿ No ves que quiere asustarte ?

MATILDE Cangrejos, don Tomás. ¿ No le gustan a usted ?

TOMÁS Mucho, amiga mía. Yo no digo que no haya accionistas que no abusen de su fortuna. Pero nosotros que vivimos sin escándalo y sin ostentación, que no especulamos ; que nos contentamos con vivir honradamente con lo que tenemos y que damos una parte a los pobres... ¡ Ah ! Sería preciso que los mineros fuesen unos bandidos para que robaran en mi casa un alfiler.

MATILDE Pero no me ha dicho usted nada de los cangrejos, don Tomás.

TOMÁS Riquísimos, Matilde. En cuanto a mis ideas políticas... Yo soy liberal.

PABLO Pues yo voy más lejos que usted... Yo soy republicano. Ustedes, los burgueses,

están representando una comedia muy peligrosa. Están ustedes afilándole los dientes al monstruo para que nos devore, y el monstruo nos devorará.

SILVERIA (Entrando con el café, muy asustada.) Señoritos... ahí está...

PABLO ¿Quién? ¿El monstruo? (Grandes risas.)

SILVERIA No, señorito. La comisión de mineros. Ya está aquí.

HENNE. ¿La recibimos aquí?

TOMÁS Sí, sí. ¡Quién dijo miedo!

CECILIA ¡Ay! pues yo tengo mucho.

HENNE. Sí. Que pase.

TOMÁS Pero antes guardemos el azúcar. No se lo vayan a llevar. (Se mete en el bolsillo unos cuantos terrones de azúcar. Grandes risas.)

CECILIA (Imitándole.) Sí... sí...

TOMÁS Y los cubiertos de plata. Esconde los cubiertos, Cecilia.

MATILDE (Al señor Hennebeau. Irónica.) ¿Podremos tomar el café?

HENNE. Pues ¡claro!

TOMÁS ¿Tú los has visto, Silveria?

SILVERIA Sí, señorito. Vienen todos muy limpios; con sus trajes de los domingos.

PABLO (Yéndose a asomar a la puerta del foro y volviendo a su sitio en seguida.) ¡Qué caras más patibularias!

TOMÁS ¡Quíá, son todos buenos chicos!

HENNE. ¡Silencio! Ya están aquí.

ESCENA VII

Dichos, ESTEBAN, BELISARIO y grupo de mineros; todos muy limpios, con sus trajes de cristianar, recién afeitados y con las gorras en la mano.

HENNE. (Abotonándose militarmente la levita. Pausa breve. Los mineros, desconcertados, confusos, bajan los ojos. El señor Ennebeau recorre todo el grupo con mirada escrutadora.) Señores, ustedes dirán...

BELISARIO (Dando un paso hacia adelante.) Señor director...

HENNE. (Interrumpiéndole.) ¡Cómo! ¿Eres tú, Belisario? Un obrero tan prudente como tú, tan razonable, tan honrado, tan trabajador... ¡Ah! ¡no sabes tú lo que me lastima verte a la cabeza de los descontentos!

BELISARIO (Con voz sorda y algo balbuciente.) Por eso, precisamente, señor director, porque soy un hombre tranquilo y razonable, es por lo que me han... por lo que me han escogido mis compañeros en ésta... en esta solemne ocasión. Esto debe de probaros, señor director, que no se trata de un simple motín de alborotadores, sino de algo más serio y más grave.

HENNE. Bien, ¿y qué es lo que ustedes quieren?

BELISARIO No queremos más que justicia, señor director.

HENNE. Pero ¿qué exigen?

BELISARIO Que se nos pague más y afianzaremos mejor.

HENNE. ¿Y nada más?

BELISARIO Nada más. Sí, señor director, para tener que morirnos de hambre trabajando, preferimos morirnos sin hacer nada. ¿A qué matarse por una miseria?

HENNE. Vuelvan ustedes a la mina, y entonces hablaremos.

BELISARIO ¡Nunca! La hemos abandonado voluntariamente, y ninguno de nosotros volverá a empuñar la piqueta hasta que la compañía nos aumente el sueldo.

HENNE. No es eso solo, no. Confesadme la verdad. (Mirando a Esteban.) Obedecéis en este momento a perversas excitaciones. Sí, ya veo que os han vuelto del revés, vosotros antes tan tranquilos, tan razonables... Se os alista en esa famosa Internacional, en esa partida de bandoleros,

cuyo único sueño es la destrucción del mundo.

ESTEBAN Os engañáis, señor director. Ningún minero de Montsou pertenece todavía a la Internacional; pero si se les empuja, si se les obliga a ello, todos se alistarán. Eso depende de la compañía.

HENNE. La compañía cumple con su deber; ustedes pueden hacer lo que tengan por más conveniente.

ESTEBAN ¿Es eso todo lo que tiene usted que decirnos, señor director?

HENNE. (Secamente.) Sí.

ESTEBAN Pues nos retiramos, dejándole a usted la responsabilidad de los sucesos que puedan sobrevenir. (Salen todos por el foro.)

ESCENA VIII

EL SEÑOR HENNEBEAU, MATILDE, PABLO NEGREL, DOÑA ROSALÍA, DON TOMÁS, CELIA y la SILVERIA. Después un CRIADO por la puerta del foro.

HENNE. Eso me suena a una amenaza.

PABLO Es una declaración de guerra.

TOMÁS Pero ¿se atreverán esos brutos?

PABLO Me parece que sí.

MATILDE Silveria, abre la ventana de par en par. Que se vaya el olor de esa gentuza. (Silveria abre la ventana.)

SILVERIA ¡Ay! señorita, forman grupos delante de la casa. Y por cierto nada tranquilizadores...

CECILIA ¡Ay, mamá, qué miedo tengo!

SILVERIA ¡Qué miradas echan hacia aquí!

PABLO Veo que esos bergantes acaban por enfadarse. (En este momento una piedra rompe un cristal y va a caer al centro de la habitación.)

HENNE. Y nos apedrean. Cierra, Silveria. (Suena un timbre. Aparece un criado por el foro.) Cierre usted todas las puertas de la casa.

TOMÁS Esto se pone feo. ¡ Miserables !
HENNE Y los dragones que no llegan.
TOMÁS Estamos enteramente a merced de ellos.
HENNE. No importa, venderemos caras nuestras
 vidas.
MINEROS ¡ Mueran los burgueses ! ¡ Viva la Inter-
 nacional !
TOMÁS ¡ Estamos perdidos ! (Se oye el toque de los
 clarines de los dragones que entran en Montsou.)
HENNE. ¡ Los dragones ! ¡ Estamos salvados !

TELÓN

FIN DEL ACTO CUARTO



ACTO QUINTO

CUADRO VII

LA COLISION

Plaza pequeña en Montsou. A la derecha se eleva el edificio de ladrillos en cuyo fondo está situada la mina de «La Victoria», coronado por una chimenea gigantesca. En el fondo se distingue el caserío de Montsou, sobre cuyos tejados se eleva el campanario de la iglesia del pueblo. A la derecha se ven, también, algunas casúchas de baja construcción. Acaba de amanecer.

ESCENA PRIMERA

DEMETRIO sale por la puerta principal del edificio de la mina.

ESTEBAN llega al mismo tiempo por la derecha.

DEMETRIO ¿Tú aquí? ¿Y tan temprano? Algo importante te trae.

ESTEBAN No te equivocas, Demetrio. Graves acontecimientos se preparan.

DEMETRIO Me los figuro.

ESTEBAN Dímelo, pues tú debes de saberlo mejor que nadie. ¿Es cierto que van a reanudarse los trabajos en «La Victoria»? ¿Es cierto que hay un centenar de hombres dispuestos a volver a la mina?

DEMETRIO Es cierto. Y ya debían de estar aquí. Anoche recibí ordenes del capataz mayor de tener encendidos los hornos y presta a funcionar la máquina a la hora de costumbre.

ESTEBAN ¿Y es verdad que van a devolvernos la libreta a todos los mineros rebeldes?

DEMETRIO Sí.

ESTEBAN ¡Ah! ¿pero eso es querer la guerra a todo trance?

DEMETRIO Este asunto ha de acabar mal para vosotros si os obstinais más tiempo en la resistencia.

ESTEBAN ¿Darwin, entonces, tiene razón? ¿El mundo no es más que una batalla donde los fuertes acaban por comerse a los débiles?

DEMETRIO ¿Si vacilas, por qué no se lo dices valientemente a tus compañeros?

ESTEBAN Tú tienes tus ideas y yo tengo las mías. Creo que si morimos arrollados por la fuerza, nuestra sangre ha de servir más a la causa del pueblo que toda tu política de odio y de destrucción.

DEMETRIO Vuestra sangre generosa empapará estérilmente la tierra.

ESTEBAN No importa, les venderemos caras nuestras vidas.

DEMETRIO Os diezmarán como a un rebaño de carneros. No es ese el sistema, creedme. ¡Ah! si yo pudiera, cogería la tierra con mis manos y la estrellaría contra los demás astros para que perecieran bajo sus escombros todos los tiranos.

ESCENA II

Dichos, BELISARIO, por el fondo, seguido de un grupo de mineros de ambos sexos. También se ve, entre ellos, algunos niños. Poco después CATALINA y otro grupo compacto de mineros.

BELISARIO ¿Qué aguardas, Esteban? Gran parte de nuestros compañeros van a bajar a la mina.

ESTEBAN (Con amargura.) Sí, ya lo sé.

BELISARIO ¡¡ Conchos! Por fin van a hacer esa canallada.

ESTEBAN Compañeros, creo que ha llegado la hora de vencer o de morir.

MINE. 1 Sí, sí, hay que impedir a todo trance una infamia semejante.

ESTEBAN No creo que haya ninguno entre vosotros que no piense lo mismo.

VOCES Ninguno, ninguno. (Muchos se callan.)

ESTEBAN Sí, ya veo que no nos han engañado. Entre nosotros hay traidores. Pero esos que cuenten con nuestros puños.

ESCENA III

Dichos y CATALINA.

CATALINA Padre... Esteban... Acaba de llegar al pueblo una compañía de cazadores.

MINE. 2 ¡Ah! entonces estamos perdidos...

CATALINA El señor Negrel está hablando, ahora mismo, con el oficial.

DEMETRIO ¡Claro! Vienen a proteger la bajada a la mina de los que quieren trabajar.

CATALINA ¿No sabes, Esteban, quién los capitanea? Chaval.

ESTEBAN ¡Ese traidor!

BELISARIO ¡Rayo de Dios! No se atreverán esos canallas... Si bajan les arrasamos la mina.

DEMETRIO Sueñas, Belisario. La tropa protegerá con sus fusiles su bajada. ¿Qué armas tenéis vosotros?

BELISARIO (Crispando los puños.) ¡Rayos y truenos! Esas bayonetas las siento clavadas aquí, en el corazón. Lo veo todo rojo, color de sangre, ante esta nueva injuria que se nos hace. ¡Rayo de Dios! ¡Soldados en nuestra casa!

ESCENA IV

Dichos, RICHOMME desde el umbral de la puerta principal del edificio de "La Victoria".

RICHOM. ¿Qué es eso, Demetrio? ¿Por qué no funciona la máquina? ¿Por qué no empieza el trabajo?

DEMETRIO Creo que va a haber lucha. La mayoría se opone a bajar a la mina.

RICHOM. ¿Qué es eso? ¿Qué pasa? ¿Vais a faltar a vuestra palabra? Explicaos y veréis qué pronto vamos a entendernos. (Silencio penoso en los mineros.) ¿Nada me respondéis? He prometido al director que ibais a bajar a la mina. Hablad. Os escucho. (Movimiento de unos cuantos mineros hacia la entrada de la mina.)

ESTEBAN (Interponiéndose entre ellos y la puerta de entrada.) ¡Atrás! El que de un paso hacia adelante está perdido.

RICHOM. Dejadles. Que todo el mundo sea libre de hacer su gusto: ¿Quiénes son los que quieren trabajar? (Los mineros que se hallaban dispuestos a bajar a la mina se callan, indecisos y turbados, mirando con recelo y temor a sus demás compañeros.)

ESCENA V

Dichos y CHAVAL, que llega por la primera derecha.

CHAVAL ¿Qué es eso, camaradas? ¿Tenéis miedo? (Señalando a Esteban.) ¿Os dejáis imponer por ese aventurero? El que quiera trabajar que me siga. (Un tropel numeroso de mineros se agrupa alrededor de Chaval.)

ESTEBAN ¡Ah! ¿eres tú, traidor? (A los otros.) ¡Atrás os digo! ¿Seréis capaces de ha-

cer causa común con nuestros opresores?

CHAVAL Nosotros lo que queremos es pan y trabajo. ¡Adelante, compañeros! (Chaval da un paso hacia la mina. Los suyos le siguen. Los de Esteban van a cerrarles el paso amenazadores.)

BELISARIO ¡Atrás, os digo, conchos! Si dais un paso arrasamos la mina.

RICHOM. ¡Ah! esas tenemos... Ya os meterán en cintura. (Se aplica un pito a los labios y lanza un penetrante y prolongado silbido. Poco después suena un toque de corneta.)

BELISARIO ¡Ah, canallas! Nos echan la tropa encima.

RICHOM. No es culpa nuestra. Con gente como vosotros, no hay más que la fuerza.

ESTEBAN Os ruego que no dejéis bajar a ninguno de vuestros obreros, o no respondo de la actitud de mis camaradas. Tened en cuenta que está en vuestra mano el evitar una desdicha.

RICHOM. Y en la tuya también. Decide.

VOCES ¡Mueran los traidores! ¡A las calderas! ¡Apagad los hornos! (En este momento, aparece por el foro un piquete de cazadores, con su oficial al frente y la espada fuera del cinturo.)

RICHOM. ¡Ah, bandidos! Ahora ya somos los más fuertes. (El piquete de soldados se coloca delante de la puerta de entrada para proteger la bajada á la mina, de los mineros resueltos a trabajar.)

ESTEBAN (Dirigiéndose al oficial que manda el piquete.) Señor oficial, ¿para qué verter sangre inútilmente? ¿No creéis que la justicia está de nuestra parte? Somos hermanos. ¿Por qué no entendernos? Os ruego que no disparéis contra el pueblo, aunque os lo manden.

OFICIAL ¡Atrás! No me obliguéis á que cumpla con mi deber.

BELISARIO ¡Conchos! Pues también nosotros cumpliremos con el nuestro.

OFICIAL ¡Atrás! he dicho, Me han dado orden de

proteger la bajada de todos los que quieran volver á la mina y he de cumplirla cueste lo que cueste.

ESTEBAN ¡Compañeros, todo es inútil! No nos queda más que luchar y morir.

VOCES ¡Abajo los cobardes! ¡Que mueran los traidores!

BELISARIO Soldados, idos. Esto no va con vosotros. (Llegan por el fondo, la Nicanora, Catalina, la Lorenza, la Rosa y otras mujeres.)

ESTEBAN (A los soldados.) ¡Camaradas, vosotros sois del pueblo como nosotros! ¡No podéis tirar contra vuestros hermanos.

NICANORA (Amenazando con los puños a los soldados.) ¡Canallas! ¿Seríais capaces de tirar contra mujeres y niños indefensos? (Los soldados escuchan ticsos, impasibles, todas las súplicas y todos los dicterios de la muchedumbre. Esta, les hace casi retroceder, echándoseles encima, hombres y mujeres y amenazándoles con los puños.)

OFICIAL ¡Calen! ¡armas!...

NICANORA ¡Matadnos! No hemos de retroceder.

BELISARIO (Plantándose delante de ellos, desabrochándose la camisa y mostrando al descubierto su pecho musculoso y velludo.) ¡Cobardes! Disparad. He aquí mi pecho. Es el de un obrero, el de un honrado hijo del pueblo.

NICANORA (Levantando en alto el cuerpo menudo y gracioso de Estrella.) Ahí tenéis un buen blanco. ¡Disparad, si os atrevéis!

ESCENA VI

DICHOS, JUANILLO y FILOMENA, por la izquierda.

JUANILLO ¿Lo ves, Filomena? ¿No te lo decía? Ya ha empezado la fiesta. Te juro que vamos a divertirnos.

FILOMENA ¡Ay, Juanillo, qué cara tienen los soldados!... Vámonos de aquí, que tengo miedo... Disparan con balas ¿no es cierto?

- JUANILLO No, tonta ; con peladillas.
RICHOM. (Volviendo a asomarse a la puerta del edificio.) ¡ Eh, despachemos ! Estamos perdiendo un tiempo precioso. ¡ Que baje todo el que quiera ! (Chaval y los suyos se disponen a entrar. Los hueguistas se ponen a arrojarles piedras, ladrillos, etcétera, etc.)
- OFICIAL ¡ Apunten ! ¡ Fuego ! (Suena una descarga cerrada de fusilería.)
- NICANORA ¡ Canallas ! ¡ Cobardes ! ¡ Infames !
BELISARIO ¡ Viva la... ! (Cae muerto de un balazo en el corazón. La plaza queda desierta en un santiamén.)
- NICANORA (Arrojándose desolada sobre el cuerpo exánime de su marido.) ¡ Habla ! ¿ Qué tienes, Belisario ?
¡ Me lo han matado ! ¡ Canallas ! ¡ Asesinos !
- RICHOM. ¡ Bajad ! La mina está libre.
CHAVAL ¡ Adelante, compañeros !
ESTEBAN (Amenazándole con el puño crispado.) ¡ Judas, gózate en tu obra !

TELÓN

FIN DEL ACTO QUINTO.



ACTO SEXTO

CUADRO VIII

MISERIA Y DESALIENTO

La misma decoración del acto segundo, pero casi despojada de todos sus muebles. Es de noche. Al alzarse el telón aparece la estancia débilmente iluminada por la luz mortecina de una vela.

ESCENA PRIMERA

La NICANORA está sentada a la derecha, en segundo término, en una silla baja. Tiene en su regazo a ADELA, arrebujada en una manta. A la izquierda, también en segundo término, se ve a BUENA-MUERTE ceñudo y sombrío. De cuando en cuando, agitan su cuerpo agarrotado por el reuma, ráfagas de ira, oleadas de desesperación.

NICANORA ¡ Pues, señor ! hoy también vamos a tener que acostarnos sin haber podido tomar, en todo el día, ni un solo bocado.

BUENA. Como ayer... como mañana... como siempre... ¡ Y ni un rayo de luz !

NICANORA Y que ya no hay nada que llevar al empeño. Nos hemos quedado sin muebles, sin ropa, sin lo más necesario para la vida.

BUENA ¡ Ah, huelga maldita !

NICANORA ¡ Qué desgraciados somos, abuelo ! Si hasta Dios se ensaña con nosotros. No bastaba con nuestra miseria, no bastaba con la muerte de mi pobre Belisario, para que se me enferme también esta niña, cuando

no puedo darle ni una taza de caldo, ni una medicina.

BUENA. Ni viene el médico.

NICANORA ¡ Ah ! ya se hubiese apresurado si fuésemos ricos.

ADELA (Con voz muy débil y apagada. Sus dientes castañean.) ¡ Madre !...

NICANORA ¿ Qué quieres, tesoro ?

ADELA Frío... tengo frío...

NICANORA Y sin lumbre. ¡ Virgen mía ! ¿ Se puede llegar a un extremo tan grande de miseria ?

ADELA Madre, no te aflijas así... ¡ Si vieras ! Ahora tengo calor... Madre, no me quites del sol que estoy muy bien... ¿ Me dejas jugar con esa niña ? Tiene una muñeca muy bonita con los ojos azules y el pelo rizado. Igual ¿ sabes ? que la de aquella niña rica que se llama Rosario...

NICANORA ¡ Angel mío ! Ahora delira. Su frente abrasa. Y el médico sin venir. ¡ Ah ! ya no le espero. Le habrán dicho que no venga.

BUENA. Pues, ¡ claro está ! (Se oyen pasos precipitados que se acercan.)

ESCENA II

Dichos y ESTEBAN, por el foro.

NICANORA ¡ Ah ! no es...

ESTEBAN ¡ Vaya una semana ! ¡ Y vaya un invierno ! Si no nos mata el hambre, ha de acabar con nosotros el frío.

BUENA. Y los patronos sin ceder.

ESTEBAN No importa, resistiremos a pesar de todo. Cuando se está al lado de la justicia, se acaba siempre por triunfar.

NICANORA ¡ Ah, sí, Esteban, antes morir que darles la razón !

ESTEBAN ¿ Y Catalina ?

NICANORA Ha salido. La he mandado a la mina a

buscar carbonilla. Ya que no comemos, que al menos tengamos lumbre.

BUENA. Y que no hay ningún compañero nuestro que pueda socorrernos. El barrio entero, Esteban, agoniza en estos instantes de hambre.

ESTEBAN Lo sé. Por donde quiera me acesa la horrible visión. Por todas partes veo á los nuestros luchando sin pan, sin fuego, sin luz, muertos de hambre, de frío, sombrios, mudos, ante los estériles lamentos de las mujeres y los niños. Y entonces, la terrible responsabilidad que sobre mí pesa, me anonada y me abate el ánimo y me llena la mente de dolorosas cavilaciones. ¿Debo aconsejarles todavía la resistencia cuando ya no tenemos nada, ni fuerzas, ni crédito, ni dinero? ¿Y cuál va a ser el desenlace? ¿Cómo conservar el valor ante el horrible cuadro de niños que agonizan, de madres que sollozan, de hombres fatídicos y escuálidos, que llevan ya en su cerebro, sin confesárselos a sí propios, el irrevocable designio de bajar a la mina? ¡Ah! la idea de que la compañía va a poder más que nosotros me aterra, me vuelve loco, Nicanora...

ESCENA III

Dichos y CATALINA, por el foro.

NICANORA ¿Eres tú, Catalina?

CATALINA Sí, madre.

NICANORA ¿Traes eso?

CATALINA No. Por poco me pega el vigilante.

NICANORA Quieren que nos muramos de frío.

CATALINA Pero traigo noticias. (Ansiedad en todos los personajes.) Ha llegado más tropa.

ESTEBAN Sí, han erizado todo el país de bayonetas.

CATALINA El número de nuestros compañeros que

están decididos a bajar a la mina aumenta por momentos.

BUENA. ¡Estamos perdidos!

ADELA Madre, madre mía, ¡qué cosas tan bonitas veo! Una casa toda azul... toda azul... Parece la casa de los ángeles.

NICANORA ¡No digas eso, cielo! ¡Ay! mi hija se muere...

BUENA. ¿Lo ves, Esteban? Esto no puede seguir así. Mi hijo bajo tierra, mi nieta allí, agonizando... ¿Qué es lo que esperamos?

CATALINA ¡Ah! abuelo... Tendremos que rendirnos.

NICANORA ¿Qué has dicho, Catalina? ¡Nunca! ¿Lo oyes? ¡Nunca!

CATALINA Pero, madre, ¿no ves que estamos desnudos, hambrientos, muertos de frío, que carecemos de todo? No nos resta más que morir. ¡Si esto parece el fin del mundo!

NICANORA Mira, Catalina, no hables más de rendirnos, porque voy a ponerte la mano en la cara. ¿De modo que después de habernos muerto de hambre dos meses enteros día por día, de haber vendido casi todo nuestro menaje, de haber matado a mi marido, de estar muriéndoseme esta niña, iba a resultar nuestro sacrificio estéril y la injusticia volvería a reinar sobre nosotros? ¡Ah! cuando pienso en esto, la rabia me ahoga. No, lo quemaría todo, lo destruiría todo antes que rendirme. Y óyelo bien, Esteban, si volvéis a la mina soy capaz de ir a esperaros a la mina para escupiros a la cara.

CATALINA Pues mira, madre, yo sí que voy a volver a la mina. Desengáñate, así no podemos seguir. Tendremos pan al menos.

NICANORA ¡Cállate, Catalina! Antes prefiero que nos saquen á todos entre cuatro.

ESCENA IV

Dichos y el DOCTOR MOREL, por el foro.

DOCTOR (Encendiendo una cerilla.) ¡ Diablos ! No se ve aquí ni una gota.

NICANORA ¡ A Dios, gracias, doctor !

DOCTOR Hija, no sabes tú el trabajo que me ha caído. Hasta ahora no he podido venir.

NICANORA Si no le digo a usted nada...

DOCTOR ¿ A ver, qué tiene ésta ? ¡ Pché ! Lo de todas. Os habéis obstinado en luchar con el hambre, y el hambre ha de poder más que todos vosotros.

NICANORA Dígame usted, doctor, ¿ encuentra usted bien que Dios me quite una niña tan dulce, tan inteligente, tan servicial, que me ayudaba tanto ?

DOCTOR ¡ Pobrecita ! No sufrirá ya más en este mundo...

NICANORA ¡ Adela ! ¡ Adela ! ¡ Hija mía !

DOCTOR Ha muerto de hambre la chiquilla. Nicanora, sábelo. Y no es la única. Acabo de ver a otra aquí al lado. Me llamáis para medicina y es carne lo que necesitan vuestros hijos. (Sale por el foro.)

ESCENA V

Dichos, menos el DOCTOR.

NICANORA (Sollozando amargamente.) ¡ Dios mío ! márame a mí también... ¡ ¡ Mata a todos los demás ! ! ¡ Por piedad, concluyamos de una vez ! ¡ Hija mía ! ¡ Hija de mi alma !

CATALINA (Llorando también.) ¡ Madre ! ¡ Madre ! ¡ Adelita ! ¡ Pobre Adelita !

BUENA. ¿ Carne ? ¡ Rayos y truenos ! ¿ Carne es lo que necesitan ? La tendrán... De nuestros verdugos...

ESTEBAN (Por la Nicanora.) Llévesela usted arriba, con la niña ; aquí no está bien.

BUENA. (Levantándose.) Anda, Nicanora, vamos arriba.

NICANORA ¡ Quita, padre ! ¿ No ves que la niña duerme ? No turbes su sueño, te lo pido.

ESTEBAN ¡ Infeliz ! El hambre y el dolor trastornan su cerebro.

NICANORA ¡ Ay ! desdichada de mí... ¿ No es un sueño lo que me pasa ? Antes de todos estos horrores aún se podía vivir. Es verdad que apenas ganábamos para comer, pero no faltaba ninguno de nosotros. Y ahora, ¿ qué es lo que ha pasado ? ¿ qué es lo que hemos hecho para sufrir una pena tan grande ?... Mi marido muerto, Juanillo lisiado, Adelita muerta también ; nosotros deseando que la tierra se trague nuestros restos. Es verdad que nos trataban peor que a bestias de carga y que no era justo que para nosotros solos fuera el palo y para otros el deleite. Uno se decía : esto no puede seguir así ; tienen que darnos nuestro puesto al sol. Pero esto no dejaba de ser también una ilusión. ¿ Es posible que uno pueda hacerse tan desgraciado luchando por el triunfo de la justicia ?

ESTEBAN No desesperes, Nicanora. De esta sangre nuestra, que ha empapado la tierra, ha de surgir el mundo nuevo, el mundo de los pobres y de los humildes.

ESCENA VI

Dichos y DEMETRIO, por el foro.

DEMETRIO Pero no por ese camino. Eres un iluso, Esteban.

ESTEBAN ¡ Ah ! ¿ Eres tú, Demetrio ? Tú siempre con tus ideas de odio, de destrucción, queriendo siempre reformar el mundo...

DEMETRIO ¡ Por la fuerza ! Sí, ¡ destruirlo todo ! No más naciones, no más gobierno, no más propiedad, no más culto...

ESTEBAN ¿ Y a dónde iríamos a parar sin todo eso ?

DEMETRIO A un mundo nuevo, a la renovación de todo lo existente.

ESTEBAN ¿ Medios de ejecución ?

DEMETRIO El fuego, el veneno, el puñal...

ESTEBAN ¡ Ah ! no; no... ¿ El asesinato ? ¿ el incendio ? ¡ Jamás ! Es monstruoso, es injusto. Todos mis compañeros se levantarían como un solo hombre para castigar al culpable.

DEMETRIO ¡ Está tan lleno de tinieblas vuestro cerebro ! Trabajáis para vuestros enemigos.

ESTEBAN La semilla está echada. Si no nosotros nuestros hijos la recogerán.

DEMETRIO ¿ No has leído los avisos que la compañía ha mandado poner esta mañana ?

ESTEBAN Sí. La compañía brinda con el perdón, aun a los mineros más comprometidos. ¿ Por qué me lo preguntas ?

DEMETRIO Porque estoy seguro de que todo el rebaño de que eres pastor ha de bajar a la mina. ¡ Sois unos cobardes !

ESTEBAN ¡ Ah ! no, no condenes a mis camaradas. Un hombre solo puede ser valiente ; pero no toda una multitud que se muere de hambre.

ESCENA VII

Dichos y un grupo de mineros, por el foro.

MINE. 1 Esteban...

ESTEBAN (Estremeciéndose ligeramente.) ¿ Qué hay ? ¿ Qué queréis, amigos míos ?

DEMETRIO Ahí tienes lo deleznable de tu obra. Los discípulos que empiezan a renegar del maestro.

MINE. 2 Venimos a decirte que no podemos resistir más.

MINE. 1 Que nosotros, que nuestras mujeres y nuestros hijos estamos agonizando de hambre.

MINE. 2 Y que hemos decidido bajar a la mina.

DEMETRIO ¡ Cobardes ! ¡ cobardes ! y ¡ cobardes !

MINE. 1 ¿ Qué dices ?

ESTEBAN Que no me opongo. Que nadie tiene derecho a imponer una muerte segura a ningún semejante suyo. Haced lo que os plazca.

MINE. 2. ¿ Y tú ?

ESTEBAN (Con fuerza.) Yo no bajo.

CATALINA Pues yo sí, Esteban.

ESTEBAN ¡ Catalina !

CATALINA Yo sí.

DEMETRIO Y él también, no tengas cuidado. Cuando una mujer se atraviesa en el camino de un hombre, ese hombre está perdido.

ESTEBAN Pues no te engañas, Demetrio ; si ella baja, yo también.

CATALINA ¡ Gracias, Esteban !

MINE. 1 (Alegremente.) ¡ Mañana !

ESTEBAN (Lo mismo sin poderlo remediar.) Mañana.

MINE. 2 (Lo mismo.) Sí, mañana.

DEMETRIO (Para sí.) El júbilo vil del perro que tras del palo entrevé la pitanza que le arroja el amo. ¡ Ah ! mísera humanidad... ¿ Vale la pena de escatimarte, acaso ? Mañana, infames, mañana será vuestro último día... ¡ Yo os lo juro ! (Alto.) Oye, Esteban, tú no bajas.

ESTEBAN Si ella baja, yo también.

DEMETRIO ¡ Te lo suplico !

ESTEBAN Pues bien, ¡ sea ! Un yugo menos...

MINE. 1 (Tendiéndose los tres las manos.) Mañana.

MINE. 2 Mañana.

ESTEBAN Sí, mañana.

MUTACIÓN

CUADRO IX

LA CATASTROFE

La misma decoración del cuadro primero.

ESCENA PRIMERA

El SEÑOR HENNEBEAU, PABLO NEGREL, en el centro del escenario. Grupo de mineros que entra atropelladamente por la derecha, con sus lámparas en la mano y con el pánico y el dolor en el semblante. El SEÑOR DANSAERT marcha a su cabeza.

HENNE. Pero, ¿qué pasa? ¿Qué es ese estrépito?
¿Qué son esas carreras?

DANSAERT La mina se derrumba. El agua mana por todas partes.

HENNE. Pero, ¿qué ha sido?

DANSAERT Se ha roto el revestimiento.

PABLO ¿Así como así se rompe un revestimiento?
El miedo le hace a usted exagerar, Dansaert. (Durante este diálogo, algunos mineros hacen en la plaza animados comentarios; otros se dispersan por el pueblo y llevan a todas partes la terrible nueva.)

DANSAERT Le digo a usted que no.

PABLO Será necesario verlo. Abajo no habrá quedado nadie, ¿no es eso?

DANSAERT Nadie. Al menos así lo creo. Sin embargo...

PABLO ¿Estáis en duda? ¿Y no os halláis en vuestro puesto? ¡Por vida de...! ¡Así abandona uno a su gente! (Dirigiéndose a los mineros que se hallan en la plaza.) A ver, muchachos, contad vuestras lámparas.

MINE. I Es que algunos de nosotros han perdido las suyas, señor Negrel.

PABLO ¡Diantre! Pues pase usted lista, Dansaert.

DANSAERT Tampoco es posible. Muchos de los mineros se han ido ya al pueblo.

PABLO Eso es, a esparcirme la nueva, a alarmarme a las mujeres. Y tengo casi la certeza de que abajo hay gente.

MINE. I Sí, señor Negrel; asomándose a la boca del pozo se perciben claramente, entre el ruido del agua y el crujir de la madera, quejidos desesperados.

ESCENA II

Dichos. Un tropel de mujeres que llega por la derecha invade la escena. La dirige la NICANORA. Con sus grandes gestos trágicos acaban de aumentar el horror de esta escena:

NICANORA Queremos saber los nombres de los que faltan, señor Negrel.

PABLO Aún no podemos decíroslo. Tened paciencia.

NICANORA ¡Paciencia! Guárdela para usted, señor Negrel, que no tiene a nadie de su sangre en la mina. (Dirigiéndose a uno de los mineros.) Oye, tú, no veo aquí a Catalina. ¿Dónde está Catalina?

MUJERES ¡Los nombres! ¡Los nombres!

PABLO Cuando los sepamos os los haremos conocer. No abriguéis ninguna inquietud. Los salvaremos a todos. Voy a ver cómo está eso. Preparaos a seguirme. (Negrel desaparece por la derecha.)

ESCENA III

Dichos, menos PABLO NEGREL.

NICANORA ; La Virgen bendita de los Desamparados venga en su ayuda ! (Dirigiéndose a los mineros.) Pero, contadnos, ¿cómo ha sido eso?

DANSAERT Ya a la bajada de la jaula sentimos un crujido terrible. Los hierros parecía que iban a romperse y la conmoción fué tan grande, que nos echó a los unos encima de los otros.

MINE. I Sin embargo, pudimos llegar abajo, pero en medio de una lluvia torrencial que nos calaba hasta los huesos.

DANSAERT Nos pusimos a trabajar de firme, pero no las teníamos todas consigo. De cuando en cuando ruidos extraños, ecos de lejanos y vertiginosos galopes al través de las galerías subterráneas llegaban a nuestros oídos...

MINE. I Como si nuestros demás compañeros que trabajaban en los otros filones huyesen a la desbandada.

DANSAERT En esto uno de los capataces viene sobre corriendo y nos grita : «Muchachos, sálvese el que pueda... ; A las escalas !»

MINE. I Y de pronto nos encontramos arriba, al aire libre, sin saber ni cómo habíamos subido.

NICANORA ; Dios misericordioso !

ESCENA IV

Dichos y PABLO NEGREL, que vuelve por la derecha.

DANSAERT (Ansiosamente.) ¿Qué?

PABLO Vengo lleno de terror. La catástrofe no

ha sido casual. Una mano criminal la ha producido.

DANSAERT Pero ¿cómo? ¿No se ha engañado usted?

PABLO No. Estoy seguro de ello; he visto las piezas aserradas; destornilladas las tuercas.

DANSAERT Pero ¿puede haber en el mundo un hombre con el valor suficiente para realizar tan espantosa tarea?

PABLO ¡Sí, los cabellos se me erizan al pensarlo!
¡Ah! no, jamás se ha visto tan soberano desprecio de la muerte.

MUJERES ¡Los nombres! ¡Los nombres! ¡Queremos que nos digan los nombres.

PABLO No podemos perder el tiempo ahora en eso. Hay que proceder en el acto al salvamento de los infelices sepultados.

MUJERES ¡Los nombres! ¡Los nombres!

PABLO Pero ¡callaos de una vez! Todavía no los sabemos. Ya os lo hemos dicho.

MUJER 1 Lo saben, pero no lo quieren decir.

MUJER 2 Quieren que nos muramos de angustia.

MUJER 1 ¡Que enloquezcamos de dolor!

PABLO Corramos, muchachos. No hay tiempo que perder.

(Sale por la derecha seguido de un numeroso grupo de mineros.)

MUJERES ¡Salvadlos! ¡Salvadlos!

MINE. 1 Allí está Esteban. Allí está también Catalina.

DANSAERT Sí, los hemos visto. Habrá como unos veinte hombres.

MUJERES ¡Salvadlos! ¡Salvadlos! (Los mineros restantes salen también por la derecha.)

NICANORA ¡Virgen mía de las Angustias! ¡Sálvala!

MUTACIÓN Á OBSCURAS

CUADRO X

EL AMOR Y LA MUERTE

La misma decoración del cuadro segundo. A la izquierda y derecha un pequeño montón de rocas que se han desprendido cuando la ruptura del revestimiento. Sobre las de la izquierda están sentados Esteban y Catalina; sobre las de la derecha, Chaval.

ESCENA PRIMERA

ESTEBAN, CATALINA y CHAVAL.

- CATALINA Esteban...
- ESTEBAN ¿Qué quieres, Catalina?
- CATALINA ¿Qué tiempo hará que estamos aquí?
- ESTEBAN Catalina de mi vida, no lo sé. He perdido por completo la noción del tiempo. ¿Siglos? ¿Horas? Yo creo que hace ya toda una eternidad.
- CATALINA Sí, sí, debe de hacer ya mucho tiempo... Mis ideas se confunden... Siento dos vacíos intolerables: el uno en mi cerebro y el otro en mi estómago. Y luego, Esteban, me parece que con unos garfios agudos me pinchan y me arrancan las entrañas.
- ESTEBAN Es el hambre, el hambre maldito que ha de acabar con nosotros. También yo empiezo a sentir sus atroces mordeduras en mi estómago.
- CATALINA Aun recuerdo, Esteban, aquel espantoso grito de nuestro capataz... «A las escalas. Sálvese el que pueda».
- ESTEBAN Nuestra penosa marcha por las galerías, colgada tú de mi cuello, pues el miedo y la fatiga te clavaban en el sitio de donde era preciso huir a todo trance...

CATALINA Luego el hundimiento repentino de la galería...

ESTEBAN El desplome de la roca enorme que nos cerró el camino.

CATALINA Y nos sepultó aquí en vida. Y para siempre. ¿Qué hacen nuestros compañeros? ¿Cabe mayor suplicio, Esteban, que el que nos condena a morir lejos del sol, lejos del mundo, en la flor de nuestra vida? ¡Oh! y ese hombre... ese hombre siempre con nosotros. (Señalando a Chaval, que, acurrucado en una roca, los contempla con odio y recelo.)

ESTEBAN (Mirando a Chaval.) El destino arrojólo a mi paso, entre los dos, desde mi llegada a la mina, y el destino quiere también que sea común nuestra suerte, como el odio que nos separa y como el rencor que nos divide.

CATALINA ¡Tengo hambre, Esteban!

ESTEBAN ¡Ah, pobre Catalina mía! No tengo nada que darte. Créeme que te daría mi carne, si la quisieras, para alimentarte.

CATALINA ¡Oh, calla, Esteban! ¡Qué horror!

(Chaval saca del seno media libreta de pan y se la come ansiosamente. Esteban y Catalina contemplan como come, con doloroso afán y con salvaje codicia.)

CHAVAL No me mires así, Esteban, porque no he de partir contigo mis provisiones. Todavía hay aquí sitio para dos hombres. Veremos quien sucumbe primero, a menos que no vengan antes a salvarnos, lo que se me antoja muy difícil.

ESTEBAN (Por la libreta que Chaval come.) ¿La quieres, Catalina? Será para ti.

CATALINA (Sujetándole impetuosamente.) ¡Ah! no, ¡nunca! Esteban, a ese precio ¡nunca!

CHAVAL Catalina, si quieres, te cedo la mitad, pero a ti sola.

ESTEBAN ¡Tómala!

CATALINA (A Chaval, con desprecio.) ¡Gracias, cómetela!

CHAVAL Ya vendrás a pedírmela. Mira, te la reservo, (Guardándose la mitad en el seno.) Pero

ha de ser con la condición de que cambies de compañero. Has de venir a sentarte aquí, a mi lado.

CATALINA No.

ESTEBAN (Retirando sus brazos, con que la tenía enlazada, tras una breve, pero tremenda lucha moral.) Anda, Catalina. Por mí estás libre. ¡Vete con él!

CATALINA ¡Nunca, Esteban!

CHAVAL ¡Anda, tonta, ven!

ESTEBAN ¡Dios mío! no me faltaba más que este horroroso suplicio. ¡Muerte cruel, muerte inclemente, no tardes en venir!

CATALINA (Sollozando amargamente.) No, Esteban, ¡nunca, nunca!

ESTEBAN (Levantando y yendo de una a otra parte de su tumba subterránea, como un león enjaulado.) ¡Oh, y no poder salir de aquí! ¡Verse preso entre estos muros malditos, sintiendo el aliento odioso de ese hombre! ¡No poder tener el consuelo de morir lejos de él, cuando menos! ¡Tener que sufrir que venga a disputarme a esa mujer, aun en la hora sagrada de la muerte! ¡Tener que vivir las pocas horas que me restan de vida con el pensamiento atroz de que si muero antes que él ha de profanarla con el asqueroso vaho de su lujuria! ¡No! ¡Dios inmortal!... ¡No! ¡Dios Todopoderoso, haz que mi mano sea un rayo, un ariete!... (Coge del suelo un pedazo de carbón y comienza a golpear furiosamente el muro. Después tiende el oído ansiosamente.) Nada... nada... (Tira el carbón al suelo con desesperado arranque.) Nos han abandonado. ¡La muerte, Dios mío, la muerte de ella y mía, antes que esta horrible promiscuidad con ese hombre!

CHAVAL (Levantándose y yendo hacia Catalina.) Toma, yo no quiero dejarte morir de hambre como ese amante que tienes y que no sé para qué te sirve.

ESTEBAN ¡En nombre de Dios, déjala!

CHAVAL No quiero.

- ESTEBAN Si no la dejas, ¡te mato !
CHAVAL (Sacando un cuchillo.) Sí, tienes razón. Ya es tiempo de que muera uno de los dos.
(Esteban saca también su cuchillo.)
CATALINA (Levantándose con penoso esfuerzo y yendo a interponerse entre ambos.) Esteban... Chaval... ¡por Dios !
(Esteban y Chaval se apartan a otro lado de la escena y se ponen a luchar con encarnizado furor. Catalina contempla la lucha, paralizada por el espanto. Esta dura poco. Chaval cae muerto de una certera cuchillada en el corazón.)
ESTEBAN ¡Por fin ! Ya no nos molestará más...
CATALINA (Aterrorizada.) ¿Ha muerto, Esteban?
ESTEBAN (Ferozmente.) ¿Lo sientes?
CATALINA (Dejándose caer, como desplomada, sobre la roca de la derecha.) ¡Ah, mátame a mí también !
¡Matémonos los dos !
ESTEBAN Si hubiese sabido que tenías que sentirlo tanto, me hubiese dejado matar por él.
CATALINA No es eso, Esteban. ¿Cómo vamos a vivir ahora con ese muerto a nuestro lado?
¡Ah ! lo voy a tener siempre delante de mí... Sí, sí, cierro los ojos y le veo siempre... Esteban, mira, mira cómo nos amenaza. ¡ Sácame de aquí ! ¡ Sácame de aquí !
ESTEBAN ¡Cálmate, Catalina, vida mía ! Estoy yo contigo.
(Suenan de pronto débiles y sordos golpes dados contra la parte exterior de la roca, por las piquetas de los mineros.)
CATALINA (Estremeciéndose y tendiendo el oído hacia la parte donde suenan los golpes.) ¿No oyes, Esteban?
ESTEBAN ¿Qué?
CATALINA Son ellos, son nuestros hermanos que vienen en nuestra ayuda.
ESTEBAN Es el grisú que sopla su llamarada de muerte, al través de las hendiduras de las rocas.
CATALINA ¡Quítame, quítame a ese hombre ! Lo tengo en pie, aquí, delante de mí. ¿No oyes esos pasos, Esteban ? ¡ Es la muerte, la

muerte que viene a buscarnos! (Llevándose las manos al estómago.) ¡Ay!

ESTEBAN ¿Qué tienes, Catalina?

CATALINA Unas tenazas... aquí... aquí... ¡me desgarran, me trituran! ¡quítamelas también!

ESTEBAN ¡Dios mío! Va a morirse de hambre. ¡Y no poder!... ¡Ah!... (Se arroja sobre el cadáver de Chaval, le busca ansiosamente en el seno y le quita el resto de comida que aun guardaba en él.) ¡Toma! ¡Toma!

CATALINA ¿De dónde has sacado esto? ¿De dónde? ¡Ah, sí, es de él! ¡Qué horror y qué asco! ¡Quita, quita, no puedo!

ESTEBAN ¡Toma, Catalina, toma! Tu vida, antes que todo.

CATALINA No, no... (Se echa, sin embargo, sobre la comida que le presenta Esteban y la devora ansiosamente.)

ESTEBAN ¿Te sientes mejor?

CATALINA Sí, sí, Esteban; ahora me siento muy bien. Y siento un calor... ¡En tus brazos! ¡Quiero estar en tus brazos! ¡Siempre así, siempre, Esteban mío!... ¡Ya no nos separaremos más!...

ESTEBAN ¡Catalina, amor mío!

CATALINA Dime, Esteban, ¿por qué está tan obscuro? Llévame al sol, llévame a la luz.

ESTEBAN Sí, sí, ahora mismo.

CATALINA ¿Qué es eso? ¿No es el canto de los pájaros? ¿No es el rumor del agua de una fuente? Sí, sí, oye, Esteban.

(Vuelven a sonar contra la roca golpes mucho más fuertes y distintos.)

ESTEBAN ¡Catalina! ¡Ya están ahí! ¡Son ellos, Catalina!

CATALINA ¡Chaval, Chaval, vete! ¡Vuélvele a matar! ¡Esteban! ¡Me quiere llevar con él! ¡Vete! ¡Vete, maldito! ¡Te aborrezco! ¡No quiero más que a Esteban, a Esteban, a Este...! (Cae muerta en brazos de Esteban. Suenan nuevos golpes.)

ESTEBAN ¡ Catalina ! ¡ Catalina ! ¡ Dios mío ! ¡ Llegan demasiado tarde !

ESCENA II

Dischos y la NICANORA, por la izquierda, seguida de un grupo de MINEROS con picos y azadones.

NICANORA (Precipitándose en la - galería.) ¡ Mi hija ! ¡ Mi hija ! ¿ Dónde está ?

ESTEBAN Ahí... ahí...

NICANORA ¡ Muerta ! ¡ Muerta ! (Lanza un grito estridente y cae desmayada.)

MINE. I ¡ Pronto, Esteban, a la luz, al aire libre !

ESTEBAN No. A la venganza, al exterminio... ¡ Lo juro por el cadáver de esa mujer !...

TELÓN

FIN DEL ACTO SEXTO



ACTO SEPTIMO

CUADRO XI

¡OJO POR OJO Y DIENTE POR DIENTE!

La misma decoración del cuadro tercero.

ESCENA PRIMERA

La NICANORA, sentada en una silla baja, a la derecha, en primer término. ESTEBAN está de pie, a su lado. Más allá, a la izquierda, casi en segundo término, se ve a BUENA MUERTE, también sentada, con las manos extendidas sobre las piernas rígidas e inmóviles. Su mirada de idiota, vaga por la estancia, con aire de fatiga y de embrutecimiento. Los tres personajes visten rigurosamente de luto.

ESTEBAN Quiero que se le haga a Catalina un entierro digno y decoroso.

NICANORA (Sollozando amargamente.) ¡Pobre hija mía!

ESTEBAN Quiero también que todos los mineros, sin excepción de niños y mujeres, la acompañen hasta su última morada. Yo iré el primero. Después, cuando la última paletada de tierra caiga sobre aquel cuerpo infortunado, saldré inmediatamente de este país maldito, empapado todo él con la sangre generosa de nuestros mártires.

NICANORA ¿Y no volverás, Esteban?

ESTEBAN Sí, sí, para redimiros y para vengaros.

ESCENA II

Dichos y JUANILLO, que entra por el foro precipitadamente.

JUANILLO ¡ Esteban, huye ! Los gendarmes te buscan.

ESTEBAN ¿ Lo ves, Nicanora ? ¿ Lo ves ? Esos infames ni siquiera me quieren permitir el lujo de que acompañe yo su cadáver.

JUANILLO Huye... No hay tiempo que perder.

ESTEBAN ¿ Por dónde ?

NICANORA Sube... Salta por la ventana. Intérnate en el bosque.

ESTEBAN (Conmovido.) ¡ Adiós !

NICANORA (Lo mismo.) Vuelve, Esteban.

ESTEBAN Sí, a ponerme al frente del ejército de obreros que ha de conquistar el porvenir.
(Desde los primeros peldaños de la escalera.) Entretanto, pon flores, en mi nombre, sobre su tumba. (Se. va.)

ESCENA III

Dichos, DON TOMÁS, DOÑA ROSALÍA y CECILIA, por el foro.
Vienen cargados de paquetes.

TOMÁS ¡ Buenos días, Nicanora !

NICANORA (Con gran frialdad.) ¿ Ustedes por aquí, señoritos ?

TOMÁS Sí, Nicanora, hemos sabido tu desgracia, que aunque en parte la tienes merecida, no puedé menos de excitar nuestra más viva compasión.

ROSALÍA Y te traemos esto.

CECILIA Vestidos y ropa blanca para ti... Zapatos para el abuelo.

NICANORA (Secamente, agriamente, sin alargar la mano para tomar los paquetes.) ¡ Gracias ! Lo que yo quisiera es que me devolvieran ustedes a los míos.

ROSALÍA Si en nuestra mano estuviera... Pero no te apures, mujer ; Dios aprieta, pero no ahoga.

NICANORA ¿Que no ahoga? ¡ Ah ! señorita... Dígamelo usted a mí.

TOMÁS Y bien, abuelo, ¿usted siempre con sus alifafes?

(Buena Muerte ni responde ni mueve un músculo de su rostro.)

ROSALÍA No responde. ¿Está sordo?

NICANORA Se ha quedado como imbécil. Se pasa las horas muertas, inmóvil en esa silla, sin decir una palabra. ¡ Ah ! dichoso de él... Así no sufre...

CECILIA ¿No te acuerdas, papá, que nos habían dicho que estaba así? Lo que tiene es que se nos había olvidado.

TOMÁS (Deshaciendo los paquetes.) Es cierto, hija mía. Mira, Nicanora, aquí tienes un par de bottellas. Es vino generoso. Y aquí están los zapatos del abuelo. Debe usted ponerse-los en seguida, porque hace mucho frío.
(Buena Muerte no responde tampoco. Su rostro espantoso tiene la frialdad y la dureza de la piedra.)

NICANORA No les dará ni las gracias.

TOMÁS (Poniéndoselo todo encima de la mesa, viendo que Nicanora ni siquiera se da el trabajo de tomárselos.) ¿Y dónde tienes a tu muerta, Nicanora?

NICANORA Arriba. ¿Por qué?

ROSALÍA Quisiéramos verla. ¿Sabes? El entierro corre de nuestra cuenta.

NICANORA ¡ Gracias ! Ya lo ha pagado Esteban. (Su celo filantrópico me huele más a miedo que a caridad.)

TOMÁS Vamos, Nicanora.

ROSALÍA ¿No vienes, Cecilia?

CECILIA No, mamá. Ya sabes que esas cosas me dan mucho miedo.

TOMÁS Bajamos en seguida. (Suben por la escalera de la izquierda la Nicanora, don Tomás y doña Rosalía.)

ESCENA IV

Dichos menos la NICANORA, DON TOMÁS y DOÑA ROSALÍA. En cuanto han acabado de subir la escalera, opérase en Buena Muerte una súbita y extraña transformación. Sus manos, siempre extendidas sobre sus piernas, se crispan; un sacudimiento nervioso agita todos los músculos de su cuerpo. Sus ojos, antes muertos y apagados, animados por salvaje expresión, buscan a Cecilia. Se fijan tenazmente en ella, la envuelven en una red de miradas dominadoras, profundas, terribles, destellantes de odio y de furor. Cecilia, a la repentina e inesperada metamorfosis de Buena Muerte, se queda aterrada, como fascinada, pendiente de todos sus movimientos y sin poder articular palabra.

BUENA. (Con voz lenta, reconcentrada, en que vibra un gran odio de raza.) ¡Qué cuello tienes tan blanco... tan delicado ...tan mórbido!... Es un verdadero cuello de burguesa, hija mía... (Cecilia le mira inmóvil, como petrificada, los brazos caídos a lo largo del cuello y las pupilas dilatadas por el terror.) ¿Qué dirías si yo le hiciera con mis manos, con mis rudas manos de obrero una caricia ¡fuerte! ¡inmensa! ¡brutal!

CECILIA (Cayendo a sus pies de rodillas.) ¡Perdón, abuelo! Yo nunca le he hecho a usted daño... Yo soy buena... Yo no quiero mal a nadie...

BUENA. (Poniéndose de pie, amenazador, espantoso, terrible.) ¡Ojo por ojo y diente por diente! ¿No dice eso la Sagrada Escritura? (Se lanza sobre ella con ímpetu salvaje y la ciñe el cuello fuertemente con ambas manos.)

CECILIA (Con voz ahogada.) ¡Papá! ¡Mamá! ¡Socorro!...
(Rueda al suelo estrangulada.)

ESCENA ÚLTIMA

Dichos, DON TOMÁS, DOÑA ROSALÍA y la NICANORA, por la escalera de la izquierda.

TOMÁS ¿Qué es eso? Gritos ahogados... Parecía la voz de Cecilia. (Reparando en el cuerpo exánime de Cecilia y cayendo de rodillas a su lado, lleno de amarga desesperación.) ¡Cecilia! ¡Hija mía! ¡Muerta!

ROSALÍA (Arrojándose desesperada sobre el cuerpo de Cecilia.) Pero ¿cómo? ¿Quién ¿Quién ha sido? ¡Hija de mi alma!

NICANORA (¡Nos ha vengado!)

TOMÁS (Poniéndose de pie, yendo hacia Buena Muerte, crispando los puños.) ¡Ah! viejo bandido... ¡Infame! ¡Asesino!

BUENA (Irguiéndose arrogante, retando a don Tomás.) ¡Asesino, no! ¡Vengador!

TELÓN

FIN DE LA OBRA

JOAQUÍN DICENTA

No. 145

La conversión de Mañara

Comedia en tres actos y en verso



MADRID

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1915

LA CONVERSION DE MAÑARA

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la «Sociedad de Autores Españoles» son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Edición autorizada para «Teatro Mundial».

LA CONVERSIÓN DE MAÑARA

Comedia en tres actos y seis cuadros, en verso

original de

JOAQUIN DICENTA

Estrenada en el Teatro Cervantes, de Málaga, la noche
del 2 de Diciembre de 1905



*Ms 1-78
200 folios*

BARCELONA
BIBLIOTECA «TEATRO MUNDIAL»

15, Barbarrá, 15

1915

REPARTO

Personajes

Intérpretes

INÉS	Sra. Badillo.
BRÍGIDA	» Castillo.
CRIADA	» Benito.
DON MIGUEL DE MAÑARA . .	Sr. Muñoz.
DON JUAN	» Viñas.
DON RODRIGO	» G. de Leonardo
LOPE	» Jerez.
HERNANDO	» Norro.
CAPITÁN QUIRÓS	» Parera.
ANSELMO.	» Guirau.
AVENDAÑO	» Jiménez.
UN HÔSTELERO.	» Perlá.
CABALLERO 1.º	» Aguado.
IDEM. 2.º	» Gómez.
CRÍADO	» Vico.
BEBEDOR 1.º	» Torres.
IDEM 2.º.	» Vico.

Caballeros, soldados, criados, máscaras, etc.

La acción del primer acto en Flandes, la de los dos últimos en Sevilla. Fines del siglo XVII



ACTO PRIMERO

La escena representa el jardín de una finca situada en los alrededores de una población flamenca. Al fondo, la entrada y fachada principal de la finca con puerta y ventana practicables. A la puerta se llegará por una ancha escalera de cuatro peldaños con balaustrada de mármol. En el jardín, a la derecha, un bosquecillo de rosales; delante de él, un banco rústico. A la izquierda la entrada de la finca, constituida por una verja de hierro que estará cerrada al comenzar la representación, y será practicable. Los rosales ocultan el sendero del bosquecillo de la verja y parte del jardín. El resto del jardín a gusto o capricho del escenógrafo. A la izquierda habrá dos rompientes, y otra en el lateral derecha, en segundo término.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón aparece HERNANDO detrás de la verja, haciendo señas y silbando a BRÍGIDA, que sale de la casa y se dirige hacia donde está Hernando, mirando a todas partes y demostrando con sus actitudes precaución y recelo. Hernando vestirá traje de soldado en los tercios de Flandes. Brígida de dueña. Representará, el primero, 25 años; la segunda, de 55 y 60.

BRÍGIDA (Con misterio.)

¡ Imprudente ! ¿ A qué te plantas
en mitad de la alameda
silbando como un forzado
y haciendo gestos y señas ?
¿ Crees que yo no te veo,
o pretendes que nos vean
los otros, y a mí me emplúmen

y a ti te paguen la urgencia
de los silbidos y gestos
con unos tratos de cuerda?

HERNAN. Hasta salir don Rodrigo
oculto tras de la cerca
anduve.

BRÍGIDA Pero bien sabes
que siempre en la casa quedan
criados que son espías
de que a doña Inés rodea.
Anselmo, hoy su mayordomo,
su paje, cuando el amo era
jóven y en viles hazañas
gastaba tiempo y hacienda,
está en la casa. Si Anselmo,
hablando, nos sorprendiera
aquí...

HERNAN. Para que no ocurra,
la conversación abrevia,
y este papel que me ha dado
don Juan, a doña Inés lleva.
Contestación dí que tiene;
añade que mi amo espera
a cien pasos de estos muros,
y trae pronto la respuesta.

BRÍGIDA Aquí no; la verja sigue
y da a los tapiales vuelta:
del edificio a la espalda
existe un postigo. Acecha
junto a él; junto a él no es fácil
que me observen ni te vean.
Allí me aguardas oculto;
allí iré con la respuesta,
y ¡ojalá! salgamos pronto
de epístolas y de rejas,
de citas y de misterios,
y estar como almas en pena
por su amor, galán y dama;
por sus huesos, paje y dueña.
Trae.

(Queriendo coger la carta que lleva Hernando. En
este momento aparece Anselmo en la puerta de la ca-

sa. Llevará el sombrero puesto y ceñirá espada y dos pistoletas al cinto.)

HERNAN. ¡Cuidado ; viene gente !

(Tratando de retirarse. Anselmo, al ver a Brígida hablando con Hernando, se dirige precipitadamente a la verja.)

BRÍGIDA (Bajo.)

(Trae la carta y no te muevas, que para tales apuros (Coge la carta.) tengo yo artes a centenas.)

(Deteniendo rápidamente a Hernando. Alto.)

Señor soldado, la casa porque preguntáis no es esta. Aquí mora don Rodrigo de Atienza. Don Luis Seseña, el gobernador, reside al cabo de la alameda. Llegue a su fin, tome luego hacia la mano derecha, y dará con lo que busca. Id con Dios.

HERNAN. Dios con vos sea.

(Vase Hernando. Brígida se vuelve, manifestándose muy sorprendida de ver a Anselmo.)

BRÍGIDA ¡ Vos !

ANSELMO ¿ Quién era ese ?

BRÍGIDA (Con naturalidad.) Un soldado que se equivocó de puerta.

(Brígida hace ademán de retirarse. Anselmo la detiene por un brazo.)

ESCENA II

BRÍGIDA y ANSELMO. Al final INÉS.

ANSELMO Brígida, siendo yo mozo anduve en tratos con dueñas y no es fácil que ninguna, ni vos, engañarme pueda.

BRÍGIDA ¿ Qué dices ? (Como sorprendida.)

ANSELMO Que el soldado ese más que de preguntar señas,

las tiene, para que acudan
a su reclamo de hacerlas.
Que hay en la casa una joven
hermosa como una perla ;
que es oficio de soldados
galantear a las hembras ;
que nunca hicisteis repulgos
a una bolsa bien repleta ;
que en doña Inés, mi amo tiene
esperanza y miras puestas,
y que vos tendréis el cuello
a dos dedos de la cuerda
si otra vez con hombre alguno
platicais junto a la verja.
Eso digo.

BRÍGIDA ¡Una y mil veces
Jesús! ¿Tales cosas piensa
de mí? Aunque mis desventuras
me hayan traído a sirvienta,
nací en hidalgos pañales.

ANSELMO ¿Aun los pañales recuerda?
¡Ya es memoria! Hoy ciñe tocas
dueñiles; debajo de ellas
es más fácil que con santas
toparse con...

BRÍGIDA (Interrumpiendo.) No me ofenda;
no me insulte; ¡a don Rodrigo
engañar yo! ¿Su obediencia
desconocer? Ni lo afirme
ni lo presuma siquiera.

ANSELMO ; Doña Inés !...

(Receloso.)

BRÍGIDA La pobrecilla
en Dios solamente piensa,
y en complacer a nuestro amo
que es su Dios sobre la tierra.

ANSELMO Por ser esto así, es preciso
que entre el amo y Dios y ella
no se entre el tercio de Flandes,
honrada e hidalga dueña.

(Aparece Inés en la escalera de la casa, y desciende al jardín, dirigiéndose donde está Brígida.)

BRÍGIDA ¡ Os juro que yo !

Sí, da tormento a las guardas ;
cierra, buen Anselmo, cierra ;
¡ cierra bien ! Lástima grande
que con toda tu experiencia
cuides el portón y dejes
descuidada la gatera.

(A Inés.)

Llamo gatera al postigo
y a esta llave contrahecha.

(Sacando una llave del bolsillo y enseñándosela a Inés.)

ESCENA IV

INÉS y BRÍGIDA.

BRÍGIDA

(Guarda la llave y dice cariñosamente.)

¡ Vamos ! ¡ Enjugad las lágrimas,
doña Inés ! Basta de penas.

INÉS

¿ Basta de penas me dices
hoy que mis penas aumentan ?
¿ No ves que ese hombre, ganoso
no de mi amor, de mi hacienda,
o mañana entre sus brazos
como esclava me sujeta
o en los muros de un convento
mi dicha y mi cuerpo entierra ?
¡ Infame ! Con sus mentidas
lealtades, la conciencia
ganó de mi infeliz madre
que al morir, bajo su plena
voluntad dejó mi suerte,
mi ventura y mis riquezas.
Hoy que mi oro le seduce
y mi juventud le tienta
por suya tomarme quiere...
¿ Quién habrá que me defienda
de su maldad ? A su influjo
los más fuertes se doblegan.
¿ Cómo pensar en librarme
de él, si el mismo en quien entera
puse mi alma, me abandona

y sin amparo me deja? (Con angustia.)

¡ Seis días ha que no viene !

¡ Seis días sin que una letra
de sus manos, la esperanza

y el sosiego me devuelvan !

¡ Seis días sin que sus labios
den a mi oído certezas

de su amor ! ¡ Y aun me dices
que eche al olvido mi pena !...

¡ Poco sabéis de infortunios ;
poco de amores recuerdas

cuando tales imposibles

me pides y me aconsejas !

(Rompe en sollozos y oculta el rostro en el pañuelo,
que sujetan sus manos. Brígida saca poco a poco del
pecho la carta que le entregó Hernando, y retira el
pañuelo del rostro de Inés, haciendo un gesto pica-
resco.)

BRÍGIDA

Para secar vuestro llanto

virtud no goza esa prenda. (Por el pañuelo.)

Quitadla de vuestros ojos

por inútil. (Poniéndole delante de los ojos la carta.)

Tomad esta.

INÉS

¡ Una carta !

(Coge la carta y después de mirar el sobre, dice con
mucha alegría.)

¡ Suya !... ¡ Es suya !...

¡ Y yo insensata, yo ciega,

dudé de él ! ¡ Juan de mi vida !

¡ Es suya ! (Enseñando la carta a Brígida.)

BRÍGIDA

¡ A quién se lo cuenta !

INÉS

¡ Juan mío !

BRÍGIDA

Romped el sello

en vez de dar tantas vueltas

al papel. Ved lo que escribe

y contestad, porque esperan

Hernando junto al postigo,

don Juan, de estos muros cerca.

INÉS

¡ Está aquí ! (Dirigiéndose al fondo.)

BRÍGIDA

(Conteniéndola.) ¿ Pero leéis

la carta, o vais a tenerla

sellada hasta que al palacio
dé vuestro tutor la vuelta?

INÉS

¡ Oh, no !

(Abriendo la carta precipitadamente. Luego de leer con
ansiedad los primeros párrafos.)

Me ama como siempre.

Como siempre. Aquí está puesta
la palabra. Por mandato
de sus jefes, a una empresa
militar fué con premura
tan grande, que ni siquiera
tuvo de avisarme tiempo.

¿ Lo ves ? ¡ Fué torpe sospecha
la tuya !

(En tono de reprensión.)

BRÍGIDA

Debo advertiros

que la sospecha fué vuestra.

INÉS

¡ Mía ! ¡ Perdón, no merezco
si fué mía, por tenerla !...

¡ Sospechar de él !

BRÍGIDA

¡ Adelante,

doña Inés, que el tiempo vuela !

INÉS

¡ Quiere verme ! ¡ Verme al punto ! (Leyendo)

« A nuestra dicha interesa,
Inés de mi alma, que hoy quede
esta situación resuelta. »

BRÍGIDA

Quedará ; que en el postigo
me planto de una carrera
y hago que Hernando le avise.

INÉS

¿ Dónde vas ?

BRÍGIDA

A hacer que venga.

INÉS

¡ Venir !

(Dudosa.)

BRÍGIDA

El tan sólo puede
libraros de la tremenda
desdicha que os amenaza.
Por él voy. Como no sea
vuestro gusto ser esposa
de don Rodrigo, o ser sierva
de Dios en lugar de serlo
del mozo con más nobleza,
y más rumbo, y más bravura
y más gallarda presencia

INÉS

que en los tercios castellanos
pisó la tierra flamenca.
¡ Ve, sí ! El es honrado ; él me ama.
¿ De quién fiarse pudiera
sino de él quien en el mundo
sola como yo se encuentra?
(Brígida desaparece tras el bosquecillo de rosales.)

ESCENA V

INÉS sola. Queda releyendo la carta que le entregó Brígida. Luego de mirarla un momento.

No ; no me basta seguir
con la mirada lo que él
en esta hoja de papel
escribió ; lo quiero oír.
¡ Palabras con que se invoca
mi amor, vuelveos sonidos !
¡ Venid hasta mis oídos
moduladas por mi boca ! (Leyendo alto.)
« Mal hiciste, si a dudar
has llegado, Inés querida,
de quien puso en ti su vida
y sin ti no puede estar.
Solo la honra del soldado
y el imperio del deber
pueden a tu Juan tener,
Inés, lejos de tu lado.
Mis horas y días son
enteros para adorar
a quien levanté un altar
dentro de mi corazón.
En ese altar como a diosa
te idolatro y te venero ;
como a una reina te quiero,
te miro como a una esposa ;
y eres tanto para mí
que tu existencia es la mía...
Yo sin ti no viviría
porque mi vida está en ti. »

(Levantándose. Hablando.)

¡ Mi alma y mi vida en ti están !

¡ No ! Primero que no verte
y que dejarte y perderte,
todo.

BRÍGIDA

(Saliendo.) ¡ Por aquí !

(Aparece don Juan al final del bosquecillo y se dirige
a Inés.)

D. JUAN

¡ Inés !

(Rodeando con sus brazos a Inés.)

INÉS

¡ Juan !

(Dejando caer la cabeza en el hombro de él.)

BRÍGIDA

(A Hernando, que ha salido con ellos.)

Ahora tras esa enramada
vigilaremos yo y vos,
porque lo que es estos dos
ya no se enteran de nada.

(Desaparecen Hernando y Brígida tras el bosquecillo
de rosales.)

ESCENA VI

INÉS y DON JUAN.

D. JUAN

Entre mis brazos. Así
han de mirarte, mujer.
¡ Nadie hay que tenga poder
para arrancarte de aquí !

INÉS

¡ Juan !

(Queriendo apartarse.)

D. JUAN

(Reteniéndola.)

Ni poder ni derecho
mientras lleve este soldado
su tizona en el costado
y tu amor dentro del pecho.

INÉS

¿ Sabes ? (Con ansiedad y separándose de don Juan.)

D. JUAN

Sé que don Rodrigo
es un cobarde rufián :
que para mañana están
prontas sus bodas contigo ;
sé que si haces a su intento
la más leve oposición,

tendrás mañana prisión,
en los claustros de un convento ;
sé que no hallará en la ley
favor quien por ti reclame
su justicia ; es el infame
favorito del virrey.

Porque lo es no retrocede
y de tu oro y tu hermosura
apoderarse procura.

Juzga que todo lo puede,
que para él no habrá castigo
y todo lo hace y lo intenta.

(Con firmeza.)

Pues ha echado mal la cuenta,
porque no contó conmigo.

INÉS

¿Tú?

(Entre alegre y espantada.)

D. JUAN

Arrostraré su poder
y su orgullo y sus furores :
para evitar tus dolores,
para cumplir mi deber
el puesto de honor reclamo.

INÉS

¿Tú?

D. JUAN

Yo. (Con energía y pasión.)

INÉS

¿Y me podrás salvar?

D. JUAN

¿Es que lo puedes dudar?

¿Pero no sabes que te amo?

(Coge entre sus manos las de Inés y después de mirarla la pregunta.)

¿Me amas tú?

INÉS

(Con pasión.) ¡ Juan de mi vida !

Demás la pregunta está.

¿No sabes que mi alma va
de tu voluntad prendida !

¡ Si le amo dice ! Encerrada
en esta casa viví,

y dentro de ella crecí
sin saber del mundo nada.

Ni tristeza, ni contento,
ni pena. ¿ Amor ? Mis amores
eran esas rojas flores
columpiadas por el viento.

Dos nombres, tan sólo dos

entre mis labios sonaban
cuando mis labios rezaban :
uno mi madre : otro Dios.

(Pausa.)

Un día al jardín salí ;
a esa verja me llegué ;
los ojos enderecé
hacia el camino y te vi.
Te vi arrogante y galán,
de brío y juventud lleno
pasar, recogiendo el freno
de un orgulloso alazán.
Los ojos en mí pusiste
y yo los míos bajé ;
sin mirarte, te miré ;
el caballo revolviste,
y obligándole a pasar
por la verja lentamente
en silencio y frente a frente
repetiste tu mirar ;
y ya desde aquel instante.
fué verte mi único anhelo
y fué mi sólo consuelo
tenerte de mí delante.

Angustia, fiebre y enojos
fué la vida para mí
hasta que decir te oí :

«Te adoro, Inés de mis ojos.»

Al escucharte aquel día
de amor dió el grito primero
mi espíritu, el cielo entero
se metió en el alma mía.

Y desde entonces mi afán
es oírte, es adorarte,
mirarte es... Si esto es amarte
tú debes saberlo, Juan.

D. JUAN ; Bien mío ! (Con pasión y ternura.)

¡ Ay de quien se opone (Con arrogancia.)
a este amor santo y honrado !

Quien a tal vileza ha osado
la vida en el juego expone.

INÉS

¿ Qué dices ?

(Asustada.)

D. JUAN

Que he de impedir

nuestro mal por cualquier medio,
y que para ello un remedio
solamente existe, huir.

INÉS

¿Huir?

(Con asombro y temor.)

D. JUAN

Huir sin tardar
antes que llegue mañana
y sea ya empresa vana
nuestra desdicha evitar.

INÉS

¿Huir, Juan? (Como antes.)

D. JUAN

(Con energía.) Huir conmigo.
Aquí esta noche vendré
y a salvo de él te pondré
para siempre.

INÉS

(Vacilante.) ; Huir contigo !
; Huir !

D. JUAN

¿Temes?

INÉS

Nada sé
del mundo ; todo lo ignoro
mas me dice mi decoro
que huyendo traición le haré,
que es en mujer deshonrosa
con su amante la huída.

D. JUAN

Cuando huye como querida ;
no cuando va como esposa.

(Con grandeza y solemnidad. Luego con acento de
amargura.)

Poco fías en mi amor
si has llegado a presumir
que yo te propongo huir
para arrancarte el honor.
Lo hago porque así no más
puedo tenerte, librarte ;
lo hago ansioso de salvarte,
de deshonorarte, jamás.

¡ No lo pienses nunca ! Este hombre

sufre en la vida por ver
deshonrada a la mujer

(Con tristeza.)

que le dió existencia y nombre.

Un infame seductor,
justicia es que así le llame,
aunque es mi padre, un infame
robó a mi madre el honor.

Disfrutó de sus favores
y gozó de su hermosura
con promesas de ventura,
con auxilio de traidores
a quienes por castigarlos
vine a Flandes a buscar
jurando en Flandes estar
hasta poder encontrarlos.
Mi anhelo está en que aquel hombre
devuelva a mi madre nombre,
fama y honra. (Con amor y grandeza.)

¿Quieres que hoy
yo que de mi madre vi
la vergüenza y la amargura,
por gozar de tu hermosura
te la haga sufrir a ti?
No temas ; por el sagrado
nombre de quien me dió vida
te juro, mujer querida,
que el amor mío es honrado ;
que no te arrepentirás
nunca de haberme querido,
que a ti estoy por siempre unido
y que mi esposa serás.

INÉS
D. JUAN

¡ Juan ! (Con pasión.)

Sólo huyendo podemos
conseguir nuestra ventura.
Si de mi lealtad segura
confías en mí, huiremos.
Tú a España, a la hermosa tierra
donde la luz del sol vi.

INÉS
D. JUAN

¿ Y tú ?

Yo seguiré aquí
en tanto dure la guerra ;
y luego, juntos los dos
haremos del patrio suelo
un nido ; ¡ qué un nido ! ¡ un cielo !
para dar gracias a Dios.
Por mi lealtad escudada
puedes seguirme. (Con recelo y amargura.)

A no ser
que al hijo de una mujer

ofendida y deshonrada,
a quien nació como yo
en este mundo nací
no juzgues digno de ti.

INÉS

(Con un arranque de grandeza y pasión.)

¡ Oh, no, Juan mío, eso no !
¡ No lo supongas jamás !
¡ No pienses en mí tal dolo !
¡ Tú para mí eres tú solo !
¿ Qué me importa lo demás ?

Dispón, ordena, por ti
a todo resuelta estoy.
Donde tú me lleves voy ;
haz lo que quieras de mí.

D. JUAN

¡ Inés ! (Estrechándola en sus brazos. Pausa.)

Esta noche espera.

Yo con Brígida hablaré
y todo lo dispondré.

INÉS

Pero...

D. JUAN

A la seña primera
bajais.

INÉS

Y si por acaso...

D. JUAN

Estoy yo para ampararte,
y ¡ ay de quien piense ultrajarte !
y ¡ ay de quien te cierre el paso !
¿ Huir hoy ?

INÉS

D. JUAN

Sí. Necedad
aguardar más tiempo fuera ;
gente prevenida espera
mi orden y mi voluntad.
Apenas concluya el día
libre y feliz vas a ser.
El nuevo sol te ha de ver
lejos de aquí, prenda mía.

(Aparece Brígida, corriendo por la senda del bosque-
cillo de rosales.)

ESCENA VII

INÉS, DON JUAN y BRÍGIDA.

BRÍGIDA

¡ Pronto !

D. JUAN

¿ Qué ?

BRÍGIDA Venid ligero,
que se acerca don Rodrigo.
INÉS ¡Juan, por Dios!
BRÍGIDA Venid conmigo,
que tomando este sendero
ninguno os podrá mirar.
D. JUAN Es que necesito hablaros.
BRÍGIDA Al postigo iré a buscaros.
¡Pronto, que van a llegar!
(Conduciendo a don Juan al término del sendero donde desaparece con él, volviendo inmediatamente al lado de Inés. A Inés.)
¡Volaverunt!
(Vese por entre los hierros de la verja a don Rodrigo y Anselmo que llegan.)
BRÍGIDA Vos sentada,
y platicando conmigo.
Ahora que entre don Rodrigo.
Aquí no ha pasado nada.
(Mientras Brígida habla, Anselmo abre la puerta de la verja y cede el paso a don Rodrigo, hombre de cincuenta años, que viste elegante traje flamenco de caballero. La verja queda abierta de par en par.)

ESCENA VIII

INÉS, BRÍGIDA, ANSELMO y DON RODRIGO.

ANSELMO Todo se halla prevenido,
señor.
(Se dirigen hablando donde están Brígida e Inés.)
RODRIGO Solamente falta
que a los pies de un sacerdote
sea mi esposa mañana.
ANSELMO Lo será.
RODRIGO (Con dureza.)
Si a ello se niega
que mire lo que hace. Aguarda
mis órdenes allá dentro;
ella está ahí, y he de hablarla.
(Anselmo entra en la casa. Don Rodrigo se dirige hacia Inés y Brígida.)

ESCENA IX

INÉS, BRÍGIDA y DON RODRIGO.

RODRIGO ¡ Dichosos los ojos míos,
Inés, que tras horas largas
de ausencia a mirarte vuelven !

(Con fingido cariño.)

INÉS ¡ Señor ! (Con sequedad.)

RODRIGO Salve la tardanza
motivarla mi deseo
de que en riquezas y galas,
en fausto y en homenajes
novia ninguna ventaja
te lleve.

INÉS (Con ironía.) ¿Y en alegrías
tampoco puede llevármelas?

(Don Rodrigo hace un ademán de ira que reprime
inmediatamente, volviendo a su cortesanía natural.)

RODRIGO De esto es mejor hablar solos.

¡ Brígida ! (Indicándole con el gesto que se retire.)

BRÍGIDA Voime.

(Inclinándose. Se dirige hacia la casa.)

(Tú, charla
con ella ; yo con don Juan
charlaré, y a ver quien gana.)

(Entra en la casa.)

ESCENA X

INÉS y DON RODRIGO.

RODRIGO Mal haces si por acaso
dudas que atento a tu dicha
quiero que lleves mi nombre.
De pequeña fuiste mi hija ;
de mujer serás mi esposa,
y en una sola alma unidas
verás de esposo y de padre
las generosas caricias.

INÉS Suprimid torpes halagos,
evitad ruines mentiras,
y habladme, si hablais, como habla
el verdugo con la víctima.

DODRIGO ¡Inés! (Con ira.)

INÉS No; no es el respeto,
no el amor quien os incita
a tomarme por esposa,
son la ambición, la codicia,
el ansia de poseerme
las que os impulsan y os guían.

RODRIGO ¡Inés! (Como antes.)

INÉS (Con sarcasmo.) Dejad los disfraces,
que nadie os oye ni os mira.

RODRIGO Pues bien, pasión o deseo,
apetito o avaricia,
júzgalo según tus odios
o tus caprichos lo exijan.
¡Qué me importa lo que pienses
si mañana has de ser mía!

INÉS ¡Vuestra!

RODRIGO Al pie de los altares.

INÉS Primero perder la vida.

RODRIGO La vida no. Es tu existencia
a mis designios precisa. (Breve pausa.)
Estás en el mundo sola;
la ley te hizo mi pupila;
con mi fama y valimiento
poder no trae la justicia.
Nadie estorbará que seas,
si no esposa, esclava mía.

INÉS ¿Estáis seguro? (Con sarcasmo.)

RODRIGO (Con burla.) Anda; busca
quien te ayude, hermosa niña.
Busca, que no has de encontrarlo:
y escucha, pues que te obstinas
en negarte a mis deseos,
y en desafiar mis iras:
o mañana ante las gentes
del palacio en la capilla
me ofreces nombre de esposa...

INÉS ¡Nunca! (Interrumpiéndole.)

RODRIGO O esta noche misma,
antes de que el alba apunte
sin ser por ninguno vista,
saldrás de aquí, y en un claustro,
torturada y reclusa,
estarás hasta que cedas.
INÉS ¡Torturas! ¿Y cuál sería
mayor que ser vuestra?
RODRIGO Escoge..
INÉS No escoge quien no vacila.
RODRIGO ¡Con qué no!
INÉS (Resuelta.) ¡Dicho está!
RODRIGO (Con furia.) ¡Anselmo!
Tienes de tiempo hasta el día.
INÉS Y mientras el día asoma
libradme de vuestra vista,
dejad siquiera que goce
en mis penas esa dicha.
(Se dirige hacia la casa, de donde habrá salido. Anselmo, y entra en ella. Anselmo llega a donde está su amo.)

ESCENA XI

DON RODRIGO, ANSELMO; a poco BRÍGIDA y DON JUAN por detrás de los rosales. Antes de concluir la escena entre Inés y don Rodrigo, ha empezado a hacerse de noche, en forma que, cuando aparecen Brígida y don Juan, es ya noche completa.

ANSELMO ¿Llamabais, señor?
RODRIGO Llamaba.
Que a las doce la litera
esté enganchada en el patio
y con la gente dispuesta.
ANSELMO ¿Ya con doña Inés hablasteis?
(Ademán afirmativo en don Rodrigo.)
¿Y qué; se niega? (Con asombro.)
RODRIGO (Con cólera.) Se niega.
ANSELMO ¿Es posible?
RODRIGO Tan posible
como en mí vengarme de ella.

La noche tiene por suya
para volver de su idea.
Si en su obstinación persiste,
si en su locura se encierra,
y de golpe me arrebatara
su fortuna y su belleza,
irá al convento. Veremos
si consigue la abadesa
que dome sus arrebatos
y sus voluntades tuerza.

ANSELMO Testarudez más extraña...

RODRIGO ¿En qué confía? ¿en qué espera?

(Aparecen don Juan y Brígida en el fondo del sendero cubierto.)

BRÍGIDA Andad despacio, que hay gente
en el jardín. Quizá sea
mejor aguardar. Son ellos.

(Luego de mirar por entre las ramas.)

D. JUAN Poco importa. Tú te llegas
al postigo; que dé Hernando
con los otros tres la vuelta
a los tapiales, y aguarde
mi aviso junto a la verja.
Tú por Inés, y en mi busca
lo antes posible con ella.

BRÍGIDA ¿Y esos?

(Temerosa.)

D. JUAN (Decidido.) Si a tanto se atreven,
que a estorbar mi paso vengan.
Anda tú.

(Brígida desaparece de puntillas por el ángulo del sendero cubierto. Don Juan avanza poco a poco oculto por los rosales, hasta donde están don Rodrigo y Anselmo.)

ESCENA XII

DON RODRIGO, ANSELMO; DON JUAN oculto.

ANSELMO

No desecheis
las esperanzas. Aun quedan
horas; y no horas, minutos
bastan para que las hembras

muden de opinión. En otras peores vuestra excelencia anduvo, y al fin y al cabo fué adelante con su empresa.

RODRIGO Sí.

(Pensativo.)

ANSELMO

¿No podéis con razones?

Obligadla por la fuerza.

Y si a la fuerza resiste,

aún el engaño os resta.

Engaños lo vencen todo,

si hábilmente se manejan.

RODRIGO

Cierto.

ANSELMO

Si no, haced memoria,

y recordaos de aquella

aventura en que a una dama

de calidad y de prendas,

burlásteis con vuestro amigo,

desposándole con ella.

D. JUAN

¿Qué dicen?

(Prestando gran atención.)

RODRIGO

(Sonriendo.)

Sí, fué buen lance.

Todo un hombre mi amigo era.

ANSELMO

¡Pues y vos!

RODRIGO

¡El pobre cura!

Tal vez de rabia y de pena

muriese.

ANSELMO

Vestí sus ropas;

vos llegásteis a la iglesia

cuando el alba despuntaba

con vuestro amigo y con ella;

yo los casé; su testigo

fuísteis vos. Segura presa

de su liviandad el mozo

hizo en doña Genoveva.

(Don Juan, que ha seguido con ansiedad y emoción creciente el relato, avanza al oír el nombre de doña Genoveva.)

RODRIGO

¡Linda farsa!

(Riendo.)

ANSELMO

(Riendo.)

¡Como suya!

(Don Juan sale del bosquecillo y se presenta ante los dos, que al verle se levantan sorprendidos.)

D. JUAN

Saber su final os resta.

(Se cruza de brazos ante don Rodrigo y Anselmo.)

ESCENA XIII

DON JUAN, DON RODRIGO y ANSELMO.

RODRIGO ¿Quién sois vos?
D. JUAN Quien viene a dar

su conclusión a la historia
infame, cuya memoria
os gozáis en evocar.
Cómplices de la jornada
en que se logró perder
el honor de una mujer
inocente y confiada.

¡Qué satisfechos vivíais
viendo vuestra impunidad!
¡Cómo ahora vuestra maldad
resucitando reíais!
¡Reid más! Dispuesto a hacer
coro a vuestra risa estoy.

RODRIGO Pero, ¿quién sois, vos? (Asombrado y confuso.)
D. JUAN (Con fiereza.) ¿Quién soy?

¡El hijo de esa mujer!
Alguien que de esa ofendida
criatura os pide la honra.
Uno que va su deshonra
a cobrarse en vuestra vida.

(Desnudando la espada. Don Rodrigo la desnuda también.)

ANSELMO ¡A mí! (Gritando.)

D. JUAN ¡Llamad!

(Con feroz ironía. Don Rodrigo y Anselmo hacen ademán de dirigirse hacia la casa. Don Juan les corta el camino.)

No intentéis
escapar.

RODRIGO ¡Paso!
D. JUAN Eso no.

Estais aquí, y juro yo
que de aquí no pasaréis.

RODRIGO ¡Con qué no!
D. JUAN ¡No! ¡Ay madre mía,

si él es mi padre, y valerte
no puedo contra él, la suerte
a sus cómplices me envía ! ;
y por más fortuna, uno es
el miserable que osaba
a mi dicha, el que intentaba
robarme el amor de Inés. (Con feroz alegría.)

RODRIGO
D. JUAN

¿Qué dice?

Que esa doncella
que tratas de esclavizar,
a mí solo puede amar,
y que yo vengo por ella.

RODRIGO
D. JUAN

¡Tú!

De aquí la arrancaré.

RODRIGO
D. JUAN

¿Cómo!

(Amenazador.)

La manera es clara.
Frente a frente ; cara a cara.
Yo de traiciones no sé.

(Avanzando hacia don Rodrigo. En este momento aparecen en la escalera de la casa doña Inés, Brígida y criados con luces y espadas. Anselmo desenganchando de la cintura un pistolete y disparando precipitadamente contra don Juan.)

ANSELMO

Pues yo sí que sé.

(No le hiere. Don Juan ha desenganchado casi al mismo tiempo el pistolete que lleva a la cintura, y apuntando a Anselmo dice.)

D. JUAN

Por Dios
que eres torpe al disparar.
Yo no yerro al apuntar.

(Dispara y cae Anselmo.)

ANSELMO

¡Ay!

(En este momento, Brígida e Inés llegan al lado de don Juan, mientras los criados van hacia don Rodrigo.)

D. JUAN

Ahora, nosotros dos.

(Acometiendo a don Rodrigo.)

INÉS

¡Juan!

(Dirigiéndose a él. Señalando a los criados que avanzan, al propio tiempo que aparecen en la verja Hernando y tres soldados con las espadas desnudas.)

D. JUAN

¡A mi espalda! (A Inés y Brígida.)

BRÍGIDA

La gente

de la casa va aumentando.

D. JUAN

Por nada temas.

(A Hernando, que avanza con los otros.)

¡Hernando!

Haz a esta canalla frente.

(Hernando y los tres soldados acometen a los criados, mientras don Juan pelea con don Rodrigo.)

¡Y tú, villano, a mis pies
vencido, muerto caerás!

(Don Rodrigo retrocede peleando y defendiéndose.)

Inútil ir hacia atrás.

¡Por mi madre!

(Dándole una estocada. Don Rodrigo vacila, luego acomete a don Juan, que le da otra estocada.)

¡Por Inés! (Cae don Rodrigo.)

RODRIGO

¡Ay de mí!

(Vacilante. Don Juan sostiene a doña Inés en sus brazos donde ella queda desmayada.)

D. JUAN

(A Brígida.) Brígida, vamos,
que al ruido puede venir
más gente. Es preciso huir;
pronto, el tiempo no perdamos.

(A Hernando, que se ha acercado a la verja, mientras los otros acuchillan a los criados, que se batan en retirada, con un caballo de la diestra.)

Ténla, mientras yo en la silla
monto. Al despuntar la aurora
tú, Hernando, con tu señora
y con Brígida a Sevilla.

(Inclinándose sobre el cuerpo desmayado de Inés.)

¡Inés, espérame allí!

Allí iré a exigir de un hombre
que me devuelva mi nombre
para entregártelo a ti.

(Besa a Inés en la frente, y la entrega a Hernando, y cogiendo las riendas, pone el pié en el estribo, mientras los soldados acometen en el fondo a los criados que huyen.)

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

Una plaza en Sevilla. A la izquierda, en primer término, y avanzando sobre el escenario, lo suficiente para ser bien visto del público, el ante-portal de una hostería cubierto con techumbre de madera y ocupado por tres o cuatro mesas. Encima de dos de éstas, habrá jarros y vasos de estaño, y en rededor de todas, taburetes y bancos. En segundo término, habrá una calleja, dos en el lateral derecha. El fondo estará constituido por una casa que esquina dos calles. Al levantarse el telón, cruzarán la escena hombres y mujeres vestidos de máscaras. En el velador más próximo al centro de la escena, estará sentado, escribiendo una carta, don Miguel de Mañara. Será hombre de cuarenta y tres a cuarenta y cinco años; elegantemente vestido, con canas en el pelo y en el bigote; pero fuerte, arrogante y gallardo; personaje con aspecto propio a inspirar en las mujeres amor, y en los hombres respeto. En la mesa próxima a Mañara, llena de vasos y botellas, estarán sentados cuatro bebedores, vistiendo traje matonesco. Llevarán al cinto largos estoques de atajar, dagas y pistoletas; a la cabeza, sombreros con la falda muy exagerada, y largas capas colgando de los hombros. A la parte fuera del ante-portal, platicarán Lope y el Hostelero. Lope será hombre de cincuenta años, vestirá como criado de un gran señor, llevará afeitada la cara y ceñirá espada y daga al cinto.

ESCENA PRIMERA

DON MIGUEL DE MAÑARA, LOPE, el HOSTELERO, BEBEDOR 1.^o, BEBEDOR 2.^o, dos Bebedores, Máscaras y Curiosos.

BEBE. I (Dando un pufetazo sobre la mesa.)
Hostelero del demonio,

¿vas a traer otras botellas pronto, o quieres que tus cascós haga trizas con los de esta?

(Cogiendo de la mesa una botella vacía.)

HOSTE. ¡Voy al punto!

(A Lope, con quien habla.) Con permiso.

(Entra en la hostería.)

MIGUEL (Alto.) ¿Lope?

LOPE (Acercándose.) ¡Señor!

MIGUEL (Bajo.) Esa dueña, ¿qué hora te dijo?

LOPE (Idem.) Las cuatro.

MIGUEL Corriente. Lugar nos queda.

(Vuelve a escribir. Lope se retira donde estaba. Antes de concluir este diálogo, habrá salido el Hostelero de la tienda con dos botellas, que coloca sobre la mesa donde están los cuatro bebedores. Las máscaras se retiran por el fondo.)

BEBE. I (Al Hostelero.)

No es este el vino que dije.

¿Por quién nos tomas, babieca?

Si no sirves bien, te expones a quedarte sin orejas.

Por lo pronto vé lo que hago con esta pócima.

(Dando un revés a las dos botellas que caen al suelo, una muy cerca de Mañara.)

MIGUEL

(Que ha dado señales de impaciencia mientras habla Bebedor 1.º, se encara con éste a seguida de caer las botellas al suelo.) Tenga

cuidado no me salpique;

y hablen con voz más queda que estoy escribiendo, y tanta conversación me molesta.

(Sin moverse de su asiento, pero con imperio. Los bebedores se levantan en actitud provocativa. Mañara les mira con tranquilidad.)

BEBE. I

(Luego de titubear unos momentos, dirigiéndose a Mañara.)

Hablaré como me plazca y haré lo que me parezca.

MIGUEL ¿Quién?... ¡Vos!

(Sin variar de postura y con burla.)

BEBE. 1 (Con arrogancia.) ¡Yo!

(Lleva la mano a la espada.)

MIGUEL (Riendo.) Quisiera verlo.

Por de pronto me despejan. (Con desdén.)

el sitio, porque me place
estar solo y no me suenan
bien los oídos, cuando oigo
a valientes de taberna
ofrecer lo que no cumplen
con una espada en la diestra.

¡Con qué listo, señor guapo,
listo! Como no prefiera
de don Miguel de Mañara
saber donde el hierro llega. (Levantándose.)

BEBE. 1 }
BEBE. 2 } ¡Mañara!

(Con espanto y retrocediendo con los otros dos que les acompañan.)

MIGUEL Ese nombre llevo.

Ea, dejadme la tienda
y marchaos a otro sitio
donde por bravos os teman,
mientras doy fin a mi carta
y concluyo mi botella.

(Vuelve a sentarse y apura con sosiego un vaso de vino.)

BEBE. 1 (A los otros, bajo.)

¿Qué hacer?

BEBE. 2 (Idem.) Largarnos. Mañara

no es un hombre, es una fiera:
ceder ante él no es deshonra,
que es el rey de la guapeza.

BEBE. 1 Por ser quien sois...

MIGUEL (Con sencillez.) Pues por serlo
os hablo de esta manera.

(Se pone a escribir. Los otros pagan al Hostelero y se retiran.)

ESCENA II

DON MIGUEL DE MAÑARA, LOPE y HOSTELERO.

HOSTE. No pasan por él los años.

(A Lope, por Mañara.)

LOPE Ojalá Dios que pasaran
y ojalá Dios encontraran
sus audacias desengaños
para acabar de una vez
con vida tan desvivida ;
para tener garantida
la quietud y la vejez.

HOSTE ¿Os quejáis?

LOPE Mil veces y una.
¿Creéis que estos lances son
para un hombre barrigón
y calvo como la luna?
Está bien que cuando yo era
flaco, joven y doncel,
y a más pobre, don Miguel
en andanzas me metiera.
Era fácil mi pellejo
jugar entonces, pero hoy
que gordo y casado estoy,
casi rico, casi viejo,
¿no es en mí demencia clara
escudear la locura
de ese otro loco sin cura
de don Miguel de Mañara?

HOSTE.

LOPE

¿Por qué estáis con él?

Primero,

porque él manda que lo esté ;
y luego porque no sé
hallarme sin él, ni quiero.

HOSTE.

LOPE

Entonces... Veintitrés años
ha que le sirvo y me ordena,
nos reúne una cadena
hecha con riesgos, engaños,
buenas y malas acciones,

que vivimos a la vez...
Ya próximo a la vejez
¿quién rompe los eslabones?

HOSTE.

Eso sí.

LOPE

(Con mal humor.) Mas lo otro, no.

HOSTE.

¿Qué?

LOPE

¡ Lo que me desespera !

Porque ¡ a ver !... ¿ Quién no creyera
— así lo creía yo —

que aquel que como Mañara
derrochó su mocedad,
al llegar a cierta edad,
enfermase o se cansara?

Con su manera de ser
¿ era necio presumir
que mi señor, al cumplir
los cuarenta, iba a tener
asma, reuma, fatiga,
esposa... u otra cualquiera
impedimenta?... Siquiera
la más sana : echar barriga.

¡ No hay de qué !... Con mi señor
los años no pueden nada.

Igual esgrime una espada
y hace torneos de amor
que antes : lo mismo vacía
cien vasos en un convite
y un caudal pone a un envite
que cuando treinta tenía.

Como presencia, ahí está.
Solo alguna hebra de plata
su cuarentena delata.

Pero con sus años va
de los jóvenes delante,
y antes que ninguno brilla,
y no hay en todo Sevilla
perdido más arrogante.

Como fué, hostelero amigo,
es y será don Miguel.

No hay quien concluya con él,
pero él concluye conmigo.

HOSTE.

¿ Y ahora venís ?...

LOPE

Qué sé yo.

De mil diversos lugares ;
de correr tierras y mares
de donde por ir le dió.
De este continuo aburrirse
y hacer daño a los demás,
sin ser dichoso jamás
a que llama él divertirse.

MIGUEL

¡ Lope !

(Cerrando la carta que acaba de escribir.)

LOPE

¿ Qué mandáis ?

(Llegando a donde está Mañara.)

MIGUEL

Ligero.

a la dueña este papel, (Dándole la carta.)
y tráeme respuesta de él
a escape, que aquí la espero.

LOPE

¡ Pues, señor !...

MIGUEL

¿ Qué ?

LOPE

(Confidencialmente.)

Hacéis mal.

El tiempo no corre en vano...

MIGUEL

(Con intención.)

Pues mira, Lope, esta mano
y este brazo andan igual.
Tú verás si de él y de ella
quieres memoria.

LOPE

(Asustado.)

¡ Prefiero.

correr, volar !

(Sale precipitadamente por la primera bocacalle de-
recha.)

MIGUEL

(Alto.)

Hostelero.

HOSTE.

¿ Señor ?

(Acudiendo.)

MIGUEL

Saca otra botella.

(El Hostelero entra en la tienda á tiempo que salen
por una de las bocacalles del fondo Avendaño y dos
caballeros.)

ESCENA III

DON MIGUEL DE MAÑARA, AVENDAÑO, DOS CABALLEROS.

Luego el HOSTELERO.

AVENDAÑO (Dirigiéndose hacia Mañara con los otros.)

¡ Mañara !

(Con gran alegría.)

MIGUEL (Igual.) ¡ Vos, Avendaño !

AVENDAÑO Anda la ciudad revuelta,
don Miguel con vuestra vuelta ;
y como va para un año
que no os veo, cuando oí
que en Sevilla os encontrabais
y en esta casa parabais,
a buscaros vine aquí.

MIGUEL Seis días ha que llegué.

AVENDAÑO ¿ Y cómo andáis tan oculto ?

MIGUEL Porque una empresa de bulto
para distraerme encontré.

AVENDAÑO ¿ Alguna mujer ? (Con curiosidad.)

MIGUEL (Evasivamente.) Quizás.

(Dirigiéndose a los otros.)

Tomad, señores, asiento,
que os servirán al momento.

(Aparece el Hostelero con una botella de vino en la mano.)

HOSTE. Aquí está el vino.

MIGUEL Trae más.

(Todos se sientan en torno de la mesa, ocupada por don Miguel.)

CABA. I Tal merced...

MIGUEL Vuestra es, no mía ;

(Sale el Hostelero. Don Miguel coge una botella y llena los vasos que todos levantan.)

que a vasos de Jerez llenos
unís de amigos tan buenos
la envidiable compañía.

(El Hostelero entra en la hostería.)

ESCENA IV

AVENDAÑO, CABALLEROS 1.º y 2.º, DON MIGUEL DE MAÑARA
Al final el CAPITÁN QUIRÓS.

AVENDAÑO ¿ Igual siempre ? (A Mañara.)

MIGUEL Siempre igual.

Tenéis razón, Avendaño,
¡ siempre igual ! Ese es mi daño.

¡Igual siempre! Ese es mi mal.
 Día tras día batallo
 en pos de algo que salvar
 pueda el ambiente vulgar
 de mi existencia, y no lo hallo.
 ¿Afectos?... En la mujer
 los busco, y sentir la veo,
 más que el amor, el deseo;
 más que la dicha, el placer.
 Astutas al engañar,
 fáciles para rendirse,
 prontas en arrepentirse
 y más prontas en pecar;
 el empeño de alcanzarlas
 empeño torpe sería,
 a no ser por la alegría
 que produce abandonarlas.
 ¿Los hombres?... ¡Cuán pocos son
 los que en el linaje humano
 os dan, al daros la mano,
 con la mano el corazón!
 En todos— y perdonad,
 pues la excepción os concedo—
 más que respeto, hallé miedo,
 y envidia más que amistad.
 Así por el mundo voy
 buscando algo que me lleve
 el alma, algo que me eleve
 de la miseria en que estoy,
 y no hallo. ¡Siempre igual!
 Tenéis razón, Avendaño,
 ¡siempre igual! Ese es mi daño.
 ¡Igual siempre! Ese es mi mal.
 Exageráis.

CABA. I
 MIGUEL

¡Si así fuese!
 Si yo hallara en mi camino
 algo grande, algo divino,
 que mi voluntad rindiase,
 ¿creéis que lo que hago hiciera?
 ¿Creéis que no rompería
 con esta existencia mía

que me aburre y desespera?

¡ Si ella !

(Con tono de esperanza.)

AVENDAÑO

¿ Quién ?

MIGUEL

(Reprimiéndose.) No me hagáis caso.

Se me fué al cielo el sentido.

Dad lo hablado por no oído

(A todos.)

y echad Jerez en mi vaso.

(Avendaño llena el vaso de don. Miguel y los otros.)

A vuestra salud.

(Bebe al par de los otros. A Avendaño.)

Y vos,

la crónica sevillana,

¿ qué contais ?

AVENDAÑO

Que esta mañana

llegó el capitán Quirós

de Flandes, con un tropel

de gente ; que aquí estais, sabe,

y en cuando deje la nave

vendrá y hablaréis con él.

MIGUEL

¿ Cuándo ha llegado ?

AVENDAÑO

No hará

tres horas. La gente suya,

hasta que el día concluya,

no se desembarcará:

El iba a hacerlo.

MIGUEL

Por Dios,

que verle ansío.

(Aparece por una de las calles del fondo el capitán

Quirós, hombre de 44 a 45 años.)

AVENDAÑO

No haréis

mucha espera. (Señalando a Quirós que avanza.)

Ahí le tenéis

en cuerpo y alma.

MIGUEL

(Avanzando hacia Quirós.) ¡ Quirós ! (Se abrazan.)

ESCENA V

DON MIGUEL DE MAÑARA, AVENDAÑO, CAPITÁN QUIRÓS.

Al final INÉS, BRÍGIDA y HERNANDO.

MIGUEL

¡ Bien venido de la guerra,

Capitán !

(Luego que todos toman asiento en torno de la mesa.)

QUIRÓS

Malo anda aquello.
La suerte volvió la espalda
a los españoles tercios.
Francia, Italia, Flandes, todas
las tierras que en otros tiempos
nos miraron vencedores,
vencidos pueden hoy vernos.

AVENDAÑO

Valor nos falta.

QUIRÓS

Nos faltan
la dirección y el dinero :
un general en la guerra
y un ministro en el consejo.

CABA. I

Cuidad no os oigan.

QUIRÓS

¡ Que me oigan !

Más alto decirlo pienso
ante el rey cuando le entregue
de mi general los pliegos.

MIGUEL

Vaya un vaso.

(Ofreciendo uno después de llenarlo.)

QUIRÓS

(Vaciándolo.) Y diez y veinte,
si es vuestro gusto. Por cierto
que aquel joven...

MIGUEL

(Con interés.)

¿ Juan ?

QUIRÓS

El propio.

MIGUEL

Ha tres años no le veo,
Quirós.

QUIRÓS

Pues bien, aquel mozo
que con decidido empeño
me pedisteis que atendiera
y protegiese, me ha puesto
en la situación más grave,
en el más terrible aprieto
que poner puede a su jefe
un oficial.

MIGUEL

¿ Y qué fué ello ?

Ya sabéis que por el mozo
muy de veras me intereso.

AVENDAÑO

¿ Es pariente

MIGUEL

Hijo del hombre
à quien más estimo y quiero.
Bochonoso no sería
su delito,

(A Quirós.)

QUIRÓS

Ni por pienso,
que es de condición hidalga.

MIGUEL

Le viene de sangre serlo.

QUIRÓS

Pero bravo y arrogante
y enamorado e inquieto,
más pronto que a la justicia
fía a la espada sus pleitos.
Y en amores, por lo visto,
mejor aún, por lo hecho
gusta más de los atajos
que de los caminos rectos.

MIGUEL

No me sorprende, también
le viene de sangre eso.

Vamos, ¿qué fué?

(Con interés.)

QUIRÓS

¡Casi nada!

Tomar por asalto el huerto
de don Rodrigo de Atienza,
matar a éste, a su escudero,
derrengar a cintarazos
a los sirvientes, y luego
a una niña, más hermosa
que las estrellas del cielo,
robar y salir con ella
por entre vivos y muertos.

MIGUEL

(Que ha seguido con muestras de aprobación y alegría el relato de Quirós.)

¡Bien por el muchacho!

QUIRÓS

Malo,

debéis decir, porque el dueño
de la casa, favorito
era del virrey. Saberlo
éste y mandar a mi alférez
prender, fué obra de un momento.

MIGUEL

¿Le prendió?

(Con inquietud.)

QUIRÓS

Pues está claro.

Arcabucearlo su objeto
era.

MIGUEL

¿Lo hizo? (Con sobresalto, angustia e ira.)

QUIRÓS

¡Don Miguel!

¿No sabéis que le protejo?

Del general me fuí en busca,
reclamé a Juan por el fuero

militar, y aquí le traigo,
bajo palabra, no preso,
vigilado.

MIGUEL

Ya.

QUIRÓS

En la corte

el asunto arreglaremos.

MIGUEL

Quirós, ¡gracias mil en nombre
de su padre!, y os advierto
que dando a Atienza la muerte,
sin quererlo y sin saberlo,
quizás cumplió sus deberes
e hizo justicia el mancebo.

(Llena de nuevo los vasos de todos y coge uno.)

Por él y por los favores
que le otorgásteis brindemos.

AVENDAÑO

Y también por esa dama,
que según creí entenderos,
retraído y amoroso
os pone.

QUIRÓS

¿Dama tenemos?

CABA. 1

Será hermosa.

MIGUEL

Más que hermosa.

CABA. 2

¿Joven?

QUIRÓS

¿Cómo no ha de serlo?

(Aparecen por una de las bocacalles del fondo, Inés,
Brígida y Hernando. Avendaño los ve.)

AVENDAÑO

No hay duda que hermosa y joven
será, para no ser menos
que la dama que mis ojos
miran en este momento. (Señalando a Inés.)

MIGUEL

¡Ella! (Levantándose y dirigiéndose hacia Inés.)

QUIRÓS

(Por Inés y aparte.) O mucho me equivoco
o es doña Inés la que veo.

(Don Miguel ha llegado junto a Inés, los otros se le-
vantán y salen del anteportal.)

ESCENA VI

INÉS, BRÍGIDA, DON MIGUEL DE MAÑARA, CAPITÁN QUI-
RÓS, AVENDAÑO y CABALLEROS 1 y 2.

MIGUEL

(A Inés.)

Hermosa niña, si Dios

a los mortales escucha,
¿será en mi pretensión mucha
pedir lo mismo de vos?

INÉS. Vamos. (A Brígida, avanzando.)

MIGUEL. No sintais agravios,
ni me miréis con enojos;
lo que os han dicho mis ojos
van a repetir mis labios.

Os adoro, y sin lograr
vuestro amor, no he de vivir.

INÉS. Yo sé que no os he de oír.

Dejadme, señor, pasar.

(Con gesto imperativo. Mañara se aparta. Inés sale por el primer lateral derecha y Mañará se queda mirándola, mientras Avendaño y los dos caballeros hablan en voz baja.)

ESCENA VII

DÓN MIGUEL DE MAÑARA, AVENDAÑO, CAPITÁN QUIRÓS
y CABALLEROS 1 y 2.

MIGUEL. ¿Qué poder conmigo tiene
que no tuvo otra jamás?

¿Un gesto suyo no más
mis arrogancias detiene?

¿Qué es esto?...

AVENDAÑO. ¡Ja, ja, ja!

(Riendo. Los Caballeros 1 y 2 ríen también. Mañara, al oírlos, se vuelve entre confuso e irritado.)

MIGUEL. (Con altivez.) ¿Os reís
de mí?

AVENDAÑO. De vos, no. De ver
que al gesto de una mujer
titubeáis y os rendís.

Si es esa dama la hermosa (Con sarcasmo.)
que inspira vuestra pasión,
no os saldréis con la intención.

MIGUEL. ¿No? (Con arrogancia.)

AVENDAÑO. (Con ironía.) Pensad en otra cosa.

MIGUEL. ¿Con qué no?... ¿Habéis olvidado

que yo jamás en mi vida
empeñé lance o partida
o azar que no haya ganado?
¿No sabéis que siempre fueron
desvío y oposición
espuelas que mi pasión
avivaron y encendieron?
¿No sabéis que quien se opone
a mí, y no se me doblega,
si es hombre, la vida juega,
y si es hembra, la honra expone?
Por lo que a esa dama toca
probaré que os engañáis.
¿Qué no la tendré afirmáis?

AVENDAÑO Digo que la empresa es loca.

MIGUEL Solamente el no creer
vos que la puedo ganar,
me basta para lograr
el amor de esta mujer.

AVENDAÑO Tal vez os equivocáis.

MIGUEL (En el mismo tono.)
A que esa mujer es mía
antes que nazca otro día
van cien onzas. ¿Las parais?

(A Avendaño, con arrogantes y desafiadoras voz y actitud.)

AVENDAÑO Puestas van.

QUIRÓS (Bajo a Mañara.) Eso es locura.

MIGUEL ¿Por qué? (Alto y como antes.)

QUIRÓS (Bajo.) Porque acaso hubiese
algo que no os permitiese
dar remate a la aventura.

MIGUEL (Alto y excitado más por la provocación.)

¡Algo!... ¡Qué! ¿Otro hombre? ¿Un
[amante?

QUIRÓS ¡Mañara! (Bajo, tratando de contenerle.)

MIGUEL Mejor. Quisiera
que el diablo en persona fuera
quien se pusiese delante.
Si el diablo me disputara
los favores de esa bella,
detrás del diablo, por ella

a los infiernos bajara. (Entra Lope.)
¿Lope? Escucha.

(Había bajo con Lope, que se va inmediatamente por la derecha. A Ayendaño.)

He de venceros
y gozarla. Estos amigos
de la apuesta son testigos.
Hasta más ver, caballeros.

(Se dirige hacia el fondo.)

MUTACIÓN (En negro a ser posible.)

CUADRO SEGUNDO

Telón corto de calle. Salen Brígida y Lope por la izquierda.

ESCENA VIII

BRÍGIDA y LOPE.

BRÍGIDA Vais a volverme loca.
Tanto ir, tanto venir,
escudero del diablo,
no se hizo para mí.

LOPE (Quitándose el sombrero y secándose el sudor con el pañuelo.)

Dueña de los infiernos.
¿Creéis que este trajín
a un hombre de mi facha
le puede convenir?
De tantos ajetreos
vos sacaréis al fin
una bolsa repleta
si le sabéis servir.
Yo, al cabo de tormentos
y de zozobras mil,
¿qué hallaré? Un linternazo,
que es lo que siempre a mí
en estas aventuras
me suelen repartir.

BRÍGIDA ¿Siempre?

LOPE

Sin que una falle.

Mientras a su gentil
dama, mi amo enamora
en rico camarín,
a mí del cirujano
me raja el bisturí,
o con sus manos suaves
me atrapa un alguacil.
Conque no puje, dueña,
de su ir y su venir,
y mireme con lástima
y compasión a mí.

BRÍGIDA

LOPE

¿A qué tu amo me busca?

Sería yo feliz

si a lo que os busca mi amo

me pudiéseis decir. (Señalando a la derecha.)

Pero no se atosigue

su corazón dueñil.

Pronto saldrá de dudas,
porque mi amo está aquí.

(Sale don Miguel por la derecha y se dirige donde
está Brígida. Lope se retira al último término iz-
quierda.)

ESCENA IX

DON MIGUEL DE MAÑARA, BRÍGIDA y LOPE

MIGUEL

(A Brígida.)

La carta que mi escudero
te llevó, ¿está ya en poder
de esa hechicera mujer?

BRÍGIDA

MIGUEL

BRÍGIDA

Debe de estar, caballero.
¿Debe?

En su escarcela yo,
sin ser vista la he metido,
pero ya la habrá leído.
¿Sería mujer si no?

Así ignorante de quién
en estos embrollos danza,
conservo su confianza
y os sirvo a vos.

MIGUEL Está bien.

Satisfecha quedarás
de mí, si soy bien servido.

BRÍGIDA He hecho cuanto habéis querido.

MIGUEL Es que tienes que hacer más.

BRÍGIDA ¿Más?

MIGUEL Mucho más. ¿Te parece
que siendo tu ama tan bella
no hay que hacer mucho por ella?

BRÍGIDA Y todo se lo merece,
que reúne a su hermosura
nobleza de corazón,
de trato y de condición.
Joven, inocente, pura,
de gracia y bondades llena,
es imposible encontrar
ni rostro a su rostro par,
ni alma como su alma buena.
Su rostro...

MIGUEL (Con pasión.) ¡Rostro adorado!

BRÍGIDA Es el de un ángel del cielo
cuando le sirve de velo
su cabello destrenzado.
Como son sus ojos, dos
astros del cielo caídos,
si al cielo, desvanecidos,
suben en busca de Dios.
Ni una sombra hay en la lisa
y blanca piel de su frente.
Rayo del sol en Oriente
en su boca es la sonrisa ;
y cuando en su cámara entra,
cuando es llegado el instante
que de peto y guardainfante
libre su cuerpo se encuentra,
es su cuerpo encantador,
bajo el ropón desceñido,

- mármol con sangre esculpido
por el cincel del amor.
- MIGUEL Sigue, que la pasión mía
por escucharte se muere ;
y siempre más oír quiere,
siempre más saber ansía.
- BRÍGIDA ¡ Pues y su alma !... Si hay virtud
en la tierra, en su alma está.
Un corazón no se da
de más noble, excelsitud.
Con los pobres, generosa ;
con los amigos, leal ;
con los grandes, una igual ;
con los humildes, piadosa ;
no existen como ella dos.
Para que dichoso sea
el hombre que la posea
la puso en la tierra Dios.
- MIGUEL Yo ese hombre tengo de ser.
(Con pasión y arrebató.)
- BRÍGIDA ¿ Vos ?
- MIGUEL Yo. Conseguirlo espero
y para intentarlo quiero
a tu ama ahora mismo ver.
- BRÍGIDA ¿ Verla ? (Sorprendida.)
- MIGUEL Y ser por ella amado.
Verla y gozar la ventura
de poseer la hermosura
que tus labios han pintado.
Eso quiero y eso harás.
- BRÍGIDA En casa no puede ser.
- MIGUEL Pues tú lo tienes de hacer.
El cómo, tú lo verás.
- BRÍGIDA Ni siquiera, caballero,
sé vuestro nombre.
- MIGUEL (Con impaciencia.) ¿ Mi nombre ?
¿ Qué te importa ? Soy un hombre
que te enterrará en dinero (Con desdén.)
si sus ansias satisfáces,
y te dará qué sentir
si no le quieres servir.
Conque tú verás lo que haces.

BRÍGIDA (Con la marrullería e indecisión propia a la tercera que quiere explotar su tercería.)

Si yo manera encontrara... (Pensando.)

En casa Hernando no está...

En volver aún tardará...

MIGUEL (Sacando una bolsa y poniéndola en manos de Brígida.)

Vé si esto el juicio te aclara.

BRÍGIDA ¡Oro! (Luego de mirar al interior de la bolsa codiciosamente.)

MIGUEL Tendráslo a montones
si su puerta se franquea.

BRÍGIDA Si así es...

MIGUEL Lo será.

BRÍGIDA Pues sea,

que las buenas ocasiones
no hay que perder. Id tras mí.

MIGUEL Tras de ti seguiré, dueña.

BRÍGIDA Abro, y cuando haga una seña...

MIGUEL Subo yo; ¿no es esto?...

BRÍGIDA Sí.

(Saliendo por la izquierda. Don Miguel hace ademán de seguirla, luego se detiene.)

MIGUEL ¿Buena y hermosa? Si puedo
hacer que me ame, alcanzo hoy
mi dicha.

(Hace ademán de salir y vuelve a detenerse.)

¿Por qué no voy
a buscarla?... Me da miedo
su morada profanar. (Como avergonzado.)

¿Miedo? ¡Cualquiera dijera
que es la aventura primera
que me propongo intentar!...

¿Será verdadero amor
el que en mí naciendo está,
y amor honrado, será
cobarde?

(En un arranque de soberbia y de arrogancia.)

¡Fuera temor!

Bien la gente se burlara
mirando mi cobardía.

¡Adelante! ¡Todavía

soy don Miguel de Mañara !

(Se dirige precipitadamente hacia la izquierda y sale seguido de Lope.)

MUTACIÓN (En negro también.)

CUADRO TERCERO

Habitación en la casa de Inés. Puerta al fondo. Una en la lateral derecha. En el izquierdo, en primer término, un balcón; en segundo, una puerta. A la derecha de la puerta del fondo, un bargueño; a la izquierda, un altarcito con una imagen de la Virgen. El resto del mueblaje propio á los gustos y estilo de la época; á la derecha, en primer término, habrá una mesa, y sobre ella, un velón grande de tres brazos. Al levantarse el telón, aparecen, Inés, sentada junto a la mesa. Brígida, en pie, a su lado.

ESCENA X

INÉS y BRÍGIDA.

INÉS ¡ Un mes sin que de él noticia
alguna a Sevilla llegue ! (Con tristeza.)

BRÍGIDA Descuido tal vez. (Con intención.)

INÉS (Con energía.) No digas
tal calumnia, ni la pienses.
¡Descuido! Aunque su descuido
para mi alma cruel fuese,
descuidado le quisiera
y no tal como lo teme
mi corazón.

BRÍGIDA Os repito
que tranquila estéis.

INÉS ¿Y crees,
Brígida, que puedo estarlo? (Con terror.)
Algo grave a don Juan sucede.
Su última carta decía
que apresado por la muerte

de don Rodrigo, aguardaba
la decisión de las leyes,
seguro de que del trance
le sacarían sus jefes.

(Con inquietud.)

¿Habló así por no afligirme?
¿Mintió por que no sufriese
yo? (Con seguridad.) Ni por eso mentido
hubiera. Mi Juan no miente.

(Cogiendo una escarcela que, metida en un cinturón,
habrá sobre la mesa, y abriéndola.)

Aquí está su carta..

(Mete la mano en la escarcela y saca de ella dos cartas.
Con sorpresa.)

¡ Hay otra
carta ! ¿Qué papel es este?

(Rompiendo el sello de la segunda carta y abriéndola.
Lec.)

«Hermosa Inés...»

(Con decisión y energía.) ¿Quién, osado,
a requebrarme se atreve?

La firma:.. «Un hombrè que os ama.»

(Arroja la carta desdeñosamente sobre la mesa. Luego
se queda mirando a Brígida con gesto de sospecha.)

¿Quién pudo?...

BRÍGIDA

Leedla. Puede
que así logremos el nombre
saber.

(Con tono persuasivo.)

INÉS

Primero conviene
averiguar quién traiciona
en mi casa sus deberes ;
quién dando á juego y olvido
lo que mi fama merece,
de galanes misteriosos
en tercera se convierte.

BRÍGIDA

Señora, yo...

INÉS

Si tú fuiste...

BRÍGIDA

No creais...

INÉS

Si tú te atreves
conmigo a tanto, y al oro
de un insensato te vendes,

ve y dile lo que con cartas,
con misivas de esta especie
hago yo.

(Rompe la carta en pedazos, que arroja al suelo con gesto de desdén.)

BRÍGIDA (Disculpándose.) No me hagáis cargos
que no merezco.

INÉS (Con energía.) Si tú eres,
sea esta vez, la vez última
que a medianera te metes. (Con dignidad.)
No creas, no crea nadie
que porque sola me encuentre
habrá en el amor que siento
por Juan, flaqueza. No pienses,
no piense nadie tampoco
que mi soledad ofrece
fácil presa a los galanes
que codician mis mercedes
y filón de oro a las dueñas
que a esos galanes se venden.
Sepan ellas que conmigo
el tiempo y las mañas pierden.
Sepan ellos que yo sola
basto para defenderme.

(Se aparta de Brígida con ademán lleno de dignidad y vuelve a tomar asiento frente a la mesa dando espaldas a la puerta del fondo. Desdoblando la carta de Juan y releyéndola.)

¿Si traerá Hernando noticias?
Dicen que de Flandes viene
un barco y a esperarle ha ido.

(Releyendo la carta.)

¡Preso mi Juan!

(Deja caer el rostro entre las manos.)

BRÍGIDA (Me parece
que el caballero a mala hora
llega. Pero en fin, lo quiere
y lo paga. Haré la seña

(Lo hace con un pañuelo por la vidriera del balcón.)
y que con ella se arregle. (Sale por el fondo.)

ESCENA XI

INÉS; a seguida BRÍGIDA y DON MIGUEL DE MAÑARA.

INÉS (Cogiendo la carta y leyéndola otra vez.)
¡Que no tema!... ¡Que no sufra!
¡Eso de mí, Juan pretende!...
¡Que no tema, y está preso!...
¡Que no sufra, y él padece!...
(Vuelve a su anterior actitud. Aparecen en el fondo Brígida y Mañara.)

BRÍGIDA Ahí está. (Señalando a Inés.)

MIGUEL Despeja.
(Avanza hacia Inés. Brígida se retira por el fondo. Mañara llega sin ser visto por ésta, al lado de Inés.)

MIGUEL (Inclinándose.) ¿Señora?

INÉS (Al oír la voz de Mañara se levanta sorprendida, asustada.)
¡Qué!... ¡Un hombre!
(Reconociendo a Mañara.) ¡Es él!
(Con asombro e indignación.) ¡El se atreve!

MIGUEL De amor es atrevimiento.
Ante aquella que se quiere
con amor, no se habla, se ora.
Inés, el que ora, no ofende.

ESCENA XII

INÉS y DON MIGUEL DE MAÑARA

INÉS ¿Qué no ofende?

MIGUEL No, por Dios.

INÉS ¿No es ofensa lo que osáis
en mi casa? ¿A qué llamáis
entonces ofensa vos?
(Con indignación y altivez.)
Idos. (Señalando la puerta.)

MIGUEL No. (Con firmeza cortés.)

INÉS (Con arrogancia.) Os haré arrojar.

MIGUEL ¡Arrojarme! Imposible es.

(Inés se dirige al fondo.)
Estamos solos, Inés,
Sería inútil llamar.

(Inés retrocede del fondo y queda un momento como aterrada. Mañara se acerca a ella.)

Oidme, y sabed primero
que el hombre que a vuestro lado
humilde y enamorado
suplica, es un caballero.

INÉS

(Que se ha repuesto de su temor. Con despreciativa altivez.)

¿Un caballero?... El vestido
os hace tal parecer.

MIGUEL

Lo soy.

INÉS

Vuestro proceder
os denuncia por bandido.

MIGUEL

No tengáis esa opinión,
no me toméis en tan poco.

(Con dulzura.)

De bandido, no; de loco
éstas mis acciones son.

(Con pasión.)

Loco, que vuestros favores
no los roba, los mendiga
y por lograrlos se obliga
a todo; loco de amores,
loco sí; ¿quién no cayera
al mirarlos en locura?

¿Quién, viendo vuestra hermosura
poseerla no quisiera?

¿Quién soportara el cruel
martirio, el horrible anhelo
de estar al lado del cielo
y quedarse fuera de él?

¡Mi cielo sois!... No es razón
mandarme que el cielo deje.

¡No me ordenéis que me aleje!

¡Oidme, por compasión!

INÉS

Por fuerza podréis lograr
que lleguen a mis oídos
de vuestra voz los sonidos.

Mas no podréis alcanzar
cosa otra alguna de mí.

Si a mi alma queréis mandarlos

mi alma no saldrá a escucharlos.
Está muy lejos de aquí.

MIGUEL También ella me oirá
cuando comprenda, señora,
cómo os admira y adora
el que a vuestro lado está.
Cuando conozca que este hombre
que de todo se burló,
y que siempre aparejó
al escándalo su nombre
renuncia a ser lo que es
si vuestro cariño alcanza,
si halla un eco de esperanza
en vuestros labios, Inés.
Inés Basta.

(Apartándose de Mañara, éste se acerca a ella.)

MIGUEL Dejadme seguir,
dejad al bravo torrente
de este amor puro y ardiente
por mi garganta salir.
Dejad que os diga, señora,
y dueña del alma mía,
cómo mi amor os ansía
y cómo mi alma os adora.
Esta pasión mía, no es
deseo que abrasa el pecho
hasta verse satisfecho,
y causa hastío después;
no solo la posesión
de ese cuerpo solicita.
Pretende más; necesita
gozar vuestro corazón.
No caricias que resbalen
por la carne, sentir quiere;
otras caricias prefiere:
otras que del alma salen,
en las que los besos son
incienso que el labio vierte;
otras en que se convierte
el abrazo en oración.
Así he soñado yo amar,
ser amado así merezco.

- El amor ese os ofrezco.
Ese amor vengo a buscar.
INÉS No puedo darlo.
(Con firmeza pero sin desprecio.)
MIGUEL (Con angustia.) ¿Qué no?... (Con ansiedad.)
Pero, ¿no me habéis oído?
¿o no me habéis comprendido?
¿o no sabéis quién soy yo?...
Ved lo que os ofrece este hombre
que siempre a su voluntad
tuvo bravura y beldad.
Yo soy...
INÉS Callad vuestro nombre
¿Para qué lo he de saber
yo, si nunca he de escucharos
y si jamás he de amaros,
ni he de volveros a ver?...
Aun siendo vuestra pasión
cual la pintáis, ¿qué valdría
si el alma, mía, no es mía,
si es de otro mi corazón?
MIGUEL ¿De otro? (Con sorpresa y enojo.)
(Con despecho.) ¿Y por él desecháis
vos a este hombre?
INÉS (Con sencillez.) Si el rey fuera
lo mismo se lo dijera.
MIGUEL Ved que a mucho os arriesgáis.
INÉS En el amor no se manda.
MIGUEL Sí se manda. Lo veréis
muy pronto. (Con tono de amenaza.)
INÉS (Con desdén) Veo que hacéis
amenaza la demanda.
MIGUEL Y yo veo que he rogado
y que el ruego inútil fué
porque otro, ¡otro hombre!
(Con furor y amenazadora decisión.) Os tendré
por fuerza si no es de grado.
(Avanzando hacia Inés con pasión y despecho.)
Os tendré porque lo quiero
y estáis a mi discreción.
INÉS (Sin retroceder, Con desdeñosa altanería.)
No hay duda que tal acción

es propia de un caballero.

(Mañara retrocede.)

Ante una infeliz mujer
que sin defensa se hallara
ante vos, si no contara
con ella, vuestro poder
mostráis. A todo arrestado
queréis disponer de mí.

MIGUEL

Yo...

(Confuso.)

INÉS

(Con desprecio.)

No lo hicierais así
si hubiera un hombre a mi lado.

(Con insultante ironía.)

MIGUEL

(Alzando la cabeza con bravura arrogante.)

¿Un hombre?

(Riendo con risa burlona.)

La hora no es
de risas, pero al hablarme
de otro y con él provocarme,
risa me causas, Inés.
¡Un hombre! ¿Piensas quizás
que un hombre me diera miedo?
pues si aun vacilo y aun cedo
es porque sola aquí estás.
Busca a otro hombre; ¡tráelo aquí,
venga si quieres con él
de valientes un tropel!
Yo juro volver por ti.
Y no a ti misma entregada,
cuando él su amparo te dé,
de él, de ellos te arrancaré
con la punta de mi espada:
y ante ellos, de los agravios
que ahora causándome están
tus labios, se vengarán
dándote un beso mis labios.

(Reponiéndose. Con cortesía y firmeza amenazadora.)

Vendré a las doce. Que a esa hora
esté vuestro amante aquí
y os proteja contra mí.

(Llegando hasta la puerta del fondo e inclinándose
con caballerosa cortesía.)

Hasta las doce, señora.

(Inés queda unos instantes como atarreda.)

ESCENA XIII

INÉS; al final DON JUAN.

INÉS

¿Qué pretende? ¿Qué se encierra
dentro de su alma?... ¡Qué hará!...
Su audacia espanto me da
y su energía me aterra.
¿Quién protección me daría?
¿Quién podría socorrer
y amparar a esta mujer?...
¿Quién?

(Mirando la imagen de la Virgen.)

¡Sólo Vos, Madre mía!

(Dirigiéndose hacia la imagen y cayendo a sus pies de rodillas.)

¡Señora, amparadme Vos!...

¡Virgen del cielo, valedme!...

¡Contra ese hombre defendedme,
bendita Madre de Dios!

(Inés queda de rodillas frente a la Virgen como si rezara. Aparece don Juan en el fondo vistiendo traje militar.)

ESCENA XIV

DON JUAN e INÉS.

D. JUAN

(Luego de contemplar a Inés en silencio.)

(Reza. Sus rezos serán
por mí.)

(Se dirige al lado de Inés y se arrodilla detrás de ella.)

Contigo a los pies
de Ella quiero estar, Inés.

INÉS

(Volviendo la cabeza.)

¿Qué escucho?

¡Eres tú! (Levantándose.)

D. JUAN (Levantándose.) Yo.
INÉS (Con alegría.) ¡Juan!
D. JUAN ¡Tu Juan, Inés de mi vida,
tu Juan que vuelve por ti!
INÉS ¡Juan! (Como dudando aún.)
(Con arrebato.)
¡Sí! ¡Es mi Juan! Está aquí.
(Dirigiéndose hacia la Virgen con los brazos abiertos.)
¡Oh, gracias, Madre querida!
(Cae de rodillas a los pies de la Virgen.)

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

El teatro representa el interior de la hostería donde vive Mañara. Al fondo la entrada de la hostería. Dos puertas en el lateral derecha; en el izquierdo en primer término una puerta; en el segundo una puertecilla que supone comunicar con la bodega. En el escenario habrá convenientemente distribuidas cuatro o cinco mesas con sus correspondientes taburetes o bancos. En las dos de último término aparecerán, al levantarse el telón, dos grupos de máscaras, hombres y mujeres, bebiendo y charlando. El hostelero entra y sale con botellas, jarros, etc., que sirve. Entran por el fondo Lope y Hernando, este último en traje de soldado, cogido al brazo de Lope y en actitud de sujeto a medio embriagar.

ESCENA PRIMERA

LOPE, HERNANDO, HOSTELERO y MÁSCARAS.

HERNAN. ¡ Basta ya ! (Desde la puerta.)

LOPE (Tirando de él.) Otro jarro.

HERNAN. (Resistiéndose.) No entro.

Me están aguardando en casa
y he de llevarles noticias.

LOPE. Si las noticias son malas,
cuando más tarde las lleves,
más la desazón retardas
de tus amos. Si son buenas,
la alegría de escucharlas
pondrá al regaño sordina
y excusas a la tardanza,

HERNAN. Pues tienes razón.

(Llegando al primer término.)

LOPE ¡Y tanto

si la tengo, camarada!

Pensar que si en el muelle
contigo no me topara,
todo un soldado de Flandes
estaría ya en la cama.

¡Valiente carnestolendas
para un mozo de tu planta!...

¡Y en Sevilla!

HERNAN. ¡Qué buen vino

en Sevilla se despacha!

En ese maldito Flandes
no hay más que cerveza amarga.

Solo allí se les ocurre
dar en vasos la cebada,
y hacer de los hombres burros
que toman el pienso en jarra.

¡En cambio aquí!...

LOPE ¡Esto es la gloria!

Del vino ya hiciste cata.

HERNAN. ¡Cómo calienta la sangre!

(Con alegría y embriagado.)

LOPE Si él la enciende, la achicharran
las mujeres.

HERNAN. ¡Qué mujeres!

(Ponderativamente.)

LOPE En el barrio de Triana
las hay...

HERNAN. (Con entusiasmo.)

¡Vámonos al barrio!

LOPE Aguarda, compadre, aguarda.

Antes de ir allá es preciso

probar un mosto que en facha
pone a un hombre de atreverse,
no a una mujer, a una sarta
de ellas.

HERNAN. Ese mosto a escape.

LOPE (Cayó la pieza en la trampa.)

(A Hernando.)

Siéntate junto a esta mesa,

HERNAN.

mientras pido yo el vino.

Anda.

(Sentándose junto a una mesa del primer término.)

¿Qué va a decir mi señora
cuando sepa...? ¡Bah!

(Encogiéndose de hombros con despreocupación e inconsciencia. Lope ha llegado donde está el hostelero, que acaba de cobrar su cuenta a las máscaras que se retiran por el fondo.)

ESCENA II

LOPE, HERNANDO y HOSTELERO.

LOPE

(Al hostelero.)

Destapa

dos botellas de tu vino
viejo, maese. Al destaparlas,
echas dentro de una un medio
de aguardiente y se la plantas
al lado a aquél. La otra al mío.

HOSTE.

Bien. ¿De emborracharle tratas?

LOPE

No es por mi cuenta, es que estorba
al amo. Nos hace falta
que se amostole y no vuelva
a ser hombre hasta mañana.
Rincón hallaremos donde
barrerle cuando se caiga.

HOSTE.

(Entra en la cueva, Lope se dirige donde está Hernando.)

LOPE

¡Flandes! ¡Gran tierra!

HERNAN.

¿Estuviste
allí?

LOPE

Claro.

HERNAN.

¿En la campaña?

(Sale el hostelero de la cueva con dos botellas descorchadas y dos vasos.)

HOSTE.

Aquí está el vino. Más bueno
no pare lagar.

(Pone una botella y un vaso al lado de Hernando. Otra al de Lope.)

LOPE

A usanz?

de los buenos bebedores,
tenemos que honrar la marca.
Una botella cada uno,
y a beber hasta apurarla.

(Llena el vaso de Hernando con la botella de éste, y el de él con la suya.)

HERNAN. ¡ Uf !

(Apenas probado el vino, como si le quemase la lengua.)

LOPE Un soldado no vuelve
al enemigo la cara.
¡ Arriba !

(Apurando su vaso. Hernando le imita. Lope vuelve a llenar los vasos como antes.)

El segundo en prenda
de amistad.

(Bebe.)

(Luego de una ligera pausa.)

Dices que tu ama...

HERNAN. (Levantándose.)

¡ Mi ama es el sol, y la luna
y las estrellas !... ¡ Se me anda
la hostería !

LOPE (Haciéndole sentar.) Estate quedo,
y verás cómo se pasa.

(Volviendo a lo anterior.)

¿ Es de Flandes ?

HERNAN. De allí vino.

LOPE (Volviendo a llenar los vasos hasta arriba.)

(Vamos con la puñalada
de misericordia.)

(Alto a Hernando.) Bebe.

HERNAN. (Bebe.) Venga ; y andando a Triana.

LOPE ¿ Tendrá amante ? (Llenándole el vaso otra vez.)

HERNAN. (Bebiendo.) Novio tiene.

LOPE ¿ Y quién es ? ¿ Cómo se llama ?

HERNAN. Se llama... se llama...

(En completo estado de embriaguez.)

Vamos

a Triana... Mozas guapas...

vino... (Cae de bruces sobre la mesa.)

LOPE *Requiescat in pace.* (Al Hostelero.)

Esta juventud no aguanta

la mitad que, cuando yo era
mozo, la gente aguantaba.

HOSTE.

Verdad es.

LOPE

Echa una mano.

(El Hostelero y Lope cogen a Hernando por debajo de
los hombros, obligándole a levantarse trabajosamente.)

Vamos, amigo mío, alza.

HERNAN.

¿Me llevas al barrio?

(Casi durmiendo y vacilante.)

LOPE

(Riendo.)

Al barrio. (Al Hostelero.)

Ten firme, que no se aguanta.

(Sale la criada por la primera puerta derecha.)

HOSTE.

¿Niña?

CRIADA

¿Qué mandáis?

HOSTE.

(Entrando por segunda derecha con Lope y Hernando.)

Un paño

por las mesas libres pasa.

CRIADA

En seguida.

(Limpiando las mesas.)

Está el soldado

como un zaque.

(Salen de la primera puerta derecha el Hostelero y
Lope, que el Hostelero encaja tras él.)

ESCENA III

La CRIADA, LOPE y el HOSTELERO.

HOSTE.

No levanta

el cuerpo en veinticuatro horas.

LOPE

Con la mitad me sobraba.

Mas por si acaso en la cuenta

te has equivocado, atranca

la puerta y dame la llave.

(El Hostelero lo hace, entregando a Lope la llave.)

Ya está el pájaro en la jaula.

No, pues yo no ando muy tieso.

También las luces me bailan;

me encuentro más ágil, más

decidido.

(Fijándose en la Criada, que va a retirarse, y retenién-
dola por un brazo.)

¡Oye, muchacha!

- HOSTE. ¡Cuidado, que es mi sobrina!
LOPE Con cuidado he de abrazarla,
por ser cosa de tal tío.
(Riendo y abrazando a la moza.)
- CRIADA ¡Quietas las manos!
(Procurando desasirse de Lope.)
- HOSTE. (Cogiendo a Lope por la ropilla, con violencia.)
¡Soltadla!
(La Criada se desase de Lope y huye por la primera
puerta izquierda.)
- LOPE (Encarándose con el Hostelero en actitud provocativa.)
¡Eh, maese, mucho tiento
con tocarme! No es muy santa
mi condición, y podríais,
por tener las manos largas,
lograr que os las acortase
con el filo de mi daga.
(Poniendo mano con bravura y matonería a su daga.)
- HOSTE. ¡A mí!
LOPE Y al diablo en persona,
si a la ropa me tocara
y se dedicase a tío
de sirvientas de posada.
- HOSTE. ¡Me insultáis! (Echando mano a un taburete.)
LOPE (Desnudando la daga.) ¡Más que insultos
voy a hacer!
(Lope avanza hacia el Hostelero en el momento que
aparece Mañara en el fondo.)
- MIGUEL (Con reposo.) Lope, ¿qué pasa?
(El Hostelero deja el taburete en el suelo. Lope retro-
cede unos pasos.)
- LOPE Mucho, si vos no vinierais.
Estando vos aquí, nada.
(Envainando la daga se retira a un extremo del esce-
nario.)

ESCENA IV

DON MIGUEL DE MAÑARA, LOPE y HOSTELERO.

- HOSTE. Don Miguel, vuestro escudero...
(Queriendo disculparse.)

MIGUEL Humor no traigo de charlas.
Déjame en paz.
HOSTE. Yo...
MIGUEL (Con mal humor.) ¿No he dicho
que me dejes en paz?... ¡Larga!
HOSTE. Con vuestra licencia.
(Sale por la primera derecha.)

ESCENA V

MAÑARA, LOPE. Al final, AVENDAÑO, CABALLEROS 1.º y 2.º

MIGUEL ¿Lope? (Lope se acerca.)
Dispuéstos, por si hacen falta,
ten un coche y dos caballos
junto...

LOPE (Interrumpiéndole.)

No añadáis palabra :
junto de doña Inés vive.

MIGUEL Eso, en la calle inmediata.

LOPE ¿Hora?

MIGUEL Al sonar de las doce.

LOPE Haráse como se manda.

MIGUEL Si estorbos hay...

(Como hablando consigo mismo.)

LOPE A lo menos,

el criado de la dama
no estorbará. En ese cuarto
a ronquidos se despacha.
Ha de dormir dos azumbres ;
conque tiene siesta larga.

MIGUEL Mal has hecho en impedirle
que a su dueña acompañara.

LOPE ¿Por qué?

MIGUEL Porque yo esta noche
encontrar en su morada
quisiera a Sevilla toda.

LOPE ¿A qué fin?

(Sorprendido.)

MIGUEL (Con ira y rencor.) A demostrarla
que el obstáculo más grande
y la barrera más alta

nada son y nada sirven
contra Miguel de Mañara,
cuando el de Mañara tiene
una decisión tomada.

(Con frialdad siniestra.)

En fin, al menos habrá uno
que en defensa de Inés salga :
y ese... ¡ Ese ! (Con furia celosa y reconcentrada.)

Nunca más grande
sentí de matar la gana. (A Lope.)
Vete, que las horas vuelan.

(Vase Lope por el foro a tiempo que entran por él
Avendaño y los Caballeros 1.^o y 2.^o con las máscaras
puestas. Se las quitan apenas traspuestos los umbrales
de la hostería. Se dirigen a Mañara.)

¡ Hola, señores !

AVENDAÑO En máscaras
hierva Sevilla.

MIGUEL Hostelero.

(Sale el Hostelero y don Miguel, le hace seña de que
traiga vino. El Hostelero sale y vuelve con cuatro bo-
tellas de vino que coloca sobre un velador de primer
término, junto al que toman asiento Avendaño, Caba-
llos 1.^o y 2.^o y Mañara. Todo esto se hace mientras
sigue el diálogo que va a continuación.)

AVENDAÑO Y nuestra apuesta, ¿ cómo anda ?

MIGUEL Si, cual presumo, la noche
os pasáis fuera de casa,
no habréis hecho bien dejando
allí la bolsa olvidada.

ESCENA VI

DON MIGUEL DE MAÑARA, AVENDAÑO, CABALLEROS 1.^o y 2.^o
A poco el CAPITÁN QUIRÓS y DON JUAN.

AVENDAÑO ¿ Tan seguro de ganarme
estáis ?

MIGUEL Como no me niegue
su apoyo el diablo, o no llegue
la muerte al paso a cortarme,

- AVENDAÑO vuestro oro contad perdido.
 Con gusto lo perderé,
 y disfrutar os veré
 satisfecho el bien querido.
- MIGUEL ¡Satisfecho! (Con remordimiento y amargura.)
 CABA. I ¿Tendréis vos
 remordimientos?
- MIGUEL (Pensativo.) Tal vez
 hago mal. (Procurando desear su preocupación.)
 En fin, mi juez,
 si es que existe, será Dios.
 De hombres yo no temo nada;
 en nada les considero,
 en tanto lleve dinero
 mi bolsa y filo mi espada.
- AVENDAÑO Una perla de hermosuras
 la doncella es.
- MIGUEL Reunida
 será esta noche y prendida
 al collar de mis locuras.
- AVENDAÑO ¿Esta noche misma?
- MIGUEL ¡A ver!
 Pero, ¿es que vos lo dudasteis,
 o es que conmigo apostásteis
 creyendo que iba a perder?
- CABA. I ¡Bravo! Hablas como conviene
 al hombre que es lo que vos.
 (A Mañara. Entran por el foro Quirós y don Juan.)
- AVENDAÑO Alguno llega.
- CABA. I Quirós.
- AVENDAÑO Es cierto. ¿Quién con él viene?
 (Quirós y don Juan se habrán detenido en el fondo.)

ESCENA VII

DON MIGUEL DE MAÑARA, DON JUAN, QUIRÓS, AVENDAÑO y CABALLEROS 1.^o y 2.^o. Quirós avanza donde están Mañara y los otros. Don Juan queda en la puerta mirando hacia la calle, vuelto de espaldas a la escena.

QUIRÓS (Luego de saludar a todos. A Mañara.)
 Sólo un momento. El oficio

Vos lo sabéis. Y excusad
que habiendo gente delante
haga punto en este instante.

(Se dirige al foro.)

MIGUEL Mi mano no rechazad.

D. JUAN El que como vos procede
no debe solicitarla.

QUIRÓS ¡Don Juan...!

D. JUAN De vos aceptarla,
quien es quien soy yo no puede.

MIGUEL Gracias a ser yo quien soy
y a ser quien sois debeis dar.

(Con cólera y altivez.)

AVENDAÑO (A Mañara.)

¿Así le dejáis hablar?

CABA. 2 Lo oigo y dudándolo estoy.

CABA. 1 ¿Vos toleráis...?

D. JUAN (A Quirós.) Capitán,
salgamos pronto de aquí.

AVENDAÑO ¿Vos sufrís?

(A Mañara, con sorpresa e indignación.)

MIGUEL Pues veis que sí,
tendré ese gusto. Don Juan,
respetadme.

(Con autoridad.)

D. JUAN (Con dureza.) Hicisteis vos
un día que concluyera
mi respeto y no existiera
lazo alguno entre los dos.
Mirad el mal que causásteis
y el bien que me habéis negado;
y no os mostréis extrañado.
Recogéis lo que sembrasteis.

MIGUEL ¡Oh, basta!

Poniendo mano al puño de la espada y avanzando ha-
cia don Juan.—Reprimiéndose.)

¡Qué iba yo a hacer!

Idos.

(Señalándole la puerta.)

AVENDAÑO (A Mañara.)

¿Soportáis tal mengua,
y no arrancáis esa lengua
que os ha llegado a ofender?

(Don Juan, que se dirige hacia el fondo, se vuelve al oír a Avendaño.)

MIGUEL

(Con ironía nerviosa y arrogante.)

¿Qué queréis? Yo soy así,
lunático. Ahora la luna
me dió por ahí. Alguna
vez me han de insultar a mí.

(Con ironía, dolorosa.)

CABA. I

¡A él! ¡A Mañara insultarle!

MIGUEL

¡A mí! ¡Qué asombro! ¿Verdad?

Pues bien, por la novedad
del caso quiero dejarle;

y ofrecerme la ocasión

de saber lo que es oír

fieros, e insultos sufrir

sin darles contestación.

Muy duro es lo que se siente

al encontrarse ofendido

y callar. Yo lo he sufrido.

No creí ser tan valiente.

AVENDAÑO

¡De un niño! ¡De un mozallete
aguantar!...

(Con sorpresa y casi despreciativamente.)

MIGUEL

¿A qué extrañaros?

Tengo yo caprichos raros.

(Con tono de amenaza.)

¡Ay del que no los respete!

AVENDAÑO

¡Mañara!...

MIGUEL

¡Ay de quien después

los tache! Al que esa osadía

tuviese, le tendería

de una estocada a mis pies;

y quien decirme intentara

las frases que de él recibo

callado, estaría vivo

lo que en decirlas tardara.

Yo...

(Como excusándose.)

QUIRÓS

MIGUEL

No os echo, capitán,

ninguna culpa. Evitaos

excusas.

(A don Juan, con tono tranquilo.)

Y vos marchaos,

marchaos pronto, don Juan,

que vuestro hablar es de loco
rematado, y ser pudiera
que más calma no tuviera
ni más paciencia tampoco.

AVENDAÑO (A don Juan.)

Sí, marchaos, o por Dios
que lo que, cuando escuchara
insultos, no hizo Mañara,
lo haga yo.

CABA. 1
D. JUAN

¡ Y nosotros !

¡ Vos !

¡ Y vosotros !

(Llevando la mano a la guarnición de la espada. Mañara se interpone con grandeza y solemnidad.)

MIGUEL

Por mi nombre,
si hay alguno tan demente
entre vosotros que intente
poner la mano sobre este hombre,
juro por lo que sufrí
en silencio y sin hablar,
juro, y no miento al jurar,
que no da un paso de aquí,
y que lleva de mi acero
marca en la carne. Está dicho.
¿ Qué queréis? Otro capricho.

(A don Juan.)

Idos en paz, caballero.

(La situación de los actores es la siguiente: Don Juan en el fondo con la cabeza baja. Quirós, al lado suyo. Avendaño y Caballeros 1 y 2, confusos y aterrados. Mañara, ocupando el centro de la escena.)

MUTACIÓN

(Esta mutación se hará dejando caer el telón, pero con gran rapidez, en forma que esté montada detrás de la primera, la segunda decoración, y no haya más que variar los bastidores y retirar los muebles.)

MIGUEL (Llegando.) El hierro quieto,
que soy yo.
LOPE (Señalando las bocacalles y la casa del fondo.)
Calma completa.

ESCENA IX

DON MIGUEL DE MAÑARA y LOPE.

MIGUEL ¿Sin novedad?
LOPE De un lado a otro
me paseo hace dos horas,
y está desierta la calle
y la casa muda y sorda.
MIGUEL Es temprano. ¿Y esos hombres?
LOPE Aguardando que dispongan
de ellos.
MIGUEL Cien años parece
cada minuto. (Paseando.)
LOPE (Mirando hacia el balcón.) Las hojas
del balcón rechinan.
MIGUEL Vamos.
Escondidos en la sombra
veremos.
(Se dirigen a la esquina de la calle de la derecha
completamente envuelta en sombras. Aparece Inés en
el balcón.) ¡Inés! ¿Qué aguarda?
Aguarda al otro. (Con despecho.)
(Con pasión y arrobamiento.) ¡Qué hermosa
bajo la luz de la luna
su figura se contorna!...
Besan los rayos su cutis
con suavidades mimosas,
y el rubio de sus cabellos
en nimbo de oro transforman;
en sus ojos se reflejan,
se detienen en su boca,
por la garganta resbalan,
en el alto seno tocan,
y desde allí, descendiendo
en haces sobre la ropa

con una lluvia de plata
envuelven su imagen toda.
¡ Oh, mujer, cuyos amores
fueran para mí la gloria,
la redención ; con desdenes
me insultas y me provocas !
Mal haces. Hasta mis brazos
soñé traer tu candorosa
imagen con blanca túnica
y con virginal corona.
No lo quisiste. Vendrás
forzada, rendida, loca,
salpicada con la sangre
del amante a quien adoras.

INÉS

¡ Cuánto tarda !

(Aparece don Juan en el fondo de la calle izquierda.)

Pasos.

MIGUEL

Pasos.

Que la gente se halle pronta (A Lope.)
para acudir a mi seña.
Tú con ellos.

LOPE

(Dios nos coja
confesados ; mejor dicho,
confesado esté el que ahora
por esa calle aparece.
Otro galán a la nota
de los muertos, y otra dama
al cartel de las deshonras.)

(Desaparece por la izquierda, a tiempo que llega jun-
to a la casa de Inés, Juan, que vestirá capa, traje de
caballero y llevará el rostro cubierto con un antifaz.)

ESCENA X

INÉS, DON MIGUEL DE MAÑARA y DON JUAN.

D. JUAN (Llegando al pie del balcón donde está Inés.)
Inés.

INÉS ¿ Tú, Juan ?

D. JUAN Sí : yo soy.

INÉS ¿ Con el rostro disfrazado ?

D. JUAN Por venir he violentado
la consigna. Si un jefe hoy
me llegara a conocer,
volver al barco me haría
y ya sabes, Inés mía,
que al barco no he de volver
sin que segura te vea
y libre del insensato
que, ofendiendo tu recato,
llegó a ti. Gozar desea
tu beldad; y, empresa rara
en ladrones, defendida
te apetece, no rendida,
no sola.

INÉS

¡Juan!

D. JUAN

Cara a cara,
si no mintió, he de encontrarle.
Dicha tan grande será,
que casi intención me da
de perdonarle, al matarle.

INÉS

Y si él tu vida...

(Con angustia.)

D. JUAN

(Con segura arrogancia.) ¿Mi vida?

Inés, desecha el temor.

Mi vida va por tu amor
amparada y defendida.

Tú eres su única señora;

¿quién robármela pudiera
si tú no mandas que muera?

INÉS

¡Juan mío!

(Suenan las doce en un reloj lejano, mientras sigue
el diálogo.)

D. JUAN

Las doce.

MIGUEL

(La hora.)

D. JUAN

La llave tira; y que acabe
su aventura ese traidor.

(Inés arroja una llave por el balcón. Don Juan la
coge y se dirige hacia el portal de la casa, mientras
Inés se retira del balcón, que cierra. Don Miguel si-
gue detrás de don Juan, y al ir éste a meter la llave
en la cerradura le detiene por el brazo.)

MIGUEL

¡Caballero!

D. JUAN

¿Qué?

MIGUEL

Un favor.

D. JUAN ¡Un favor! ¿Cuál?

MIGUEL

Esa ilave.

ESCENA XI

DON MIGUEL DE MAÑARA y DON JUAN.

D. JUAN ¿Esta llave?

(Contra.)

MIGUEL (Con calma irónica.) Para entrar

en esta casa la quiero.

Hay en ella, caballero,

mujer de tan singular

hermosura, que no ví

otra ninguna como ella

de codiciable y de bella,

y la quiero para mí.

D. JUAN Antes os falta saber

si la podréis alcanzar.

MIGUEL Eso es lo que he de intentar

y lo que vamos a ver.

D. JUAN Será inútil la intención.

Yo de la llave dispongo.

(Enseñándole la llave a Mañara y metiéndola después

por entre la ropilla, en el lado izquierdo de la misma.)

Y ya veis donde la pongo :

encima del corazón.

Hasta él ha de llegar quien

la apetezca.

MIGUEL.

La llegada

no es difícil. Con mi espada

llego yo ahí dentro muy bien.

D. JUAN Eso es lo que ahora veremos.

¡ Villano !

(Colérico y llevando la mano a la guarnición de su

espada.)

MIGUEL

(Con calma.) En vez de insultar

sería mejor probar.

D. JUAN Pues probemos.

MIGUEL

Pues probemos.

Enfrente arde un farolillo ;

no es de esperar que en la calle
curioso ninguno se halle.

De aquella luz bajo el brillo
fácil a dos caballeros

es un pleito dirimir.

Claramente ir y venir
podemos nuestros aceros
ver, bajo esa luz, los dos.

¿Os complace el sitio, amigo?

D. JUAN Sí. Tendremos por testigo
el mejor de todos : Dios.

MIGUEL ¿Dios?

D. JUAN Mi causa encomendada
le dejo.

MIGUEL Con El contad ;
pero, ante todo, fiad,
señor mío, en vuestra espada ;
que yo con la mía cuento
para ganar con la vida
vuestra mujer tan querida.

D. JUAN Y yo únicamente siento
que una vida nada más
tengáis ; si mil vuestras fuesen,
a mi rencor pareciesen
pocas : aún querría más.

MIGUEL Sólo una tengo. Pero esa
está muy bien amparada
por el hierro de esta espada,
y cuidarla me interesa.

D. JUAN ¡A mí destruirla !

MIGUEL Andamos
contrarios de parecer.
Si gustáis, vamos a ver
quien está en lo firme.

(Se dirigen frente a la imagen.)

D. JUAN (Siguiéndole.) Vamos,
que ya he tenido bastante
paciencia, y ya nada espero.

(Quitándose la capa, lo mismo que Mañara, y desnudando la espada al mismo tiempo que éste.)

¡Caed en guardia !

(Lo hace él.)

MIGUEL

Caballero,

si permitís un instante.

D. JUAN

¿Qué queréis?

MIGUEL

Pienso que fuera

cosa de desesperarnos

después esto de matarnos

sin conocernos siquiera.

Sea yo : sed vos cortés

y démonos nombre y cara.

(Quitándose el antifaz. Don Juan lo hace al mismo tiempo.)

Yo soy Miguel de Mañara.

D. JUAN

¿Qué escucho? ¡ Vos !

MIGUEL

¿ Tú ? ¡ Mi hijo es !

(Mañara retrocede aterrado. Don Juan baja la cabeza confuso. En este momento se abre el balcón y aparece en él Inés.)

ESCENA ULTIMA

INÉS, MAÑARA y JUAN. Inés mira hacia la puerta, luego dirige la vista a la calle y contempla a Mañara y a don Juan frente a frente.

INÉS

¡ Vas a reñir ! ¡ Juan amado !

(En un arranque de pasión.)

¡ No : no es posible que espere !

¡ Si Juan por mi causa muere

quiero morir a su lado !

(Desaparece del balcón.)

MIGUEL

¡ A mi hijo !... ¡ Qué horrible acción

intentaba mi locura !

¿ A él, existencia y ventura

iba a quitar?... ¡ Juan, perdón !

(Durante estas palabras, Inés habrá abierto la puerta de la casa y se dirige hacia don Juan y Mañara, poniéndose junto a éste en actitud de dolor y súplica.)

INÉS

¡ Juan !

(Con espanto.)

MIGUEL

No tengas más temores,

hermosa niña, por nada.

No destruiré la espada

de este hombre vuestros amores.

(Rompe la espada y la arroja a los pies de doña Inés.)

Mírala ; quebrada está

y rendida ante tus pies.

Ya nunca esta mano, Inés,
a empuñarla volverá.

¿De rodillas te he pedido
amor? Ahora compasión
pedirte quiero. ¡Perdón!

(Cae de rodillas a los pies de Inés.)

D. JUAN

(Conmovido y dirigiéndose hacia su padre con los
brazos abiertos.)

¡Padre mío!

MIGUEL

(Levantándose.) Me has vencido:

Me ha vencido su virtud

y el ser tú mi sangre. ¡No!

Hay algo que me venció

aun más ; vuestra juventud.

Ella hace en tierra caer
las ilusiones de este hombre.

INÉS

¡Señor!

(Con gratitud.)

MIGUEL

Juan, toma mi nombre
y dáselo a esta mujer.

(Arrojando a Inés en los brazos de don Juan.)

D. JUAN

¡Padre!

MIGUEL

Y así a disfrutar
las glorias con que os convida
la juventud. Ella es vida.
Gozadla. Os veré gozar.

(Con resignación y grandeza.)

¿Veros gozar? ¡Gozar yo
con el goce más honrado
que el cielo al hombre otorgó!
¡Contemplarse remozado
en la carne que engendró!

TELÓN

FIN DE LA COMEDIA

Federico Reparaz

Ms. 142

EL ENEMIGO DE LAS MUJERES

Juguete cómico en tres actos



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
1915

EL ENEMIGO DE LAS MUJERES

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la "Sociedad de Autores Españoles" son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés, pour tous ses pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Edición impresa como manuscrito, autorizada para
TEATRO MUNDIAL.

EL ENEMIGO DE LAS MUJERES

Juguete cómico en tres actos

basado en la obra PLACE AUX FEMMES! de

ALBIN VALABREGUE Y MAURICIO HENNEQUIN

Adaptación española de

Federico Reparaz

Estrenado en el Teatro Cervantes, de Madrid, el 23 de Diciembre de 1911,
por la Compañía Simó-Raso



*11,1-75
110 julab*

BARCELONA

BIBLIOTECA «TEATRO MUNDIAL»

15, Barará, 15

1915

REPARTO

<u>Personajes</u>	<u>Actores</u>
REGINA	<i>Srta. Palma.</i>
EMILIA	<i>Sra. Romero.</i>
LORETO	» <i>Toscano.</i>
MARGARITA	<i>Srta. Díaz.</i>
ROSA	<i>Sra. López.</i>
ANGELA	<i>Srta. Villamar.</i>
CONDESA DE PEÑAS ARRIBA.	» <i>Gracia.</i>
LA PORTERA	<i>Sra. Simó-Raso.</i>
ASUNCIÓN.	<i>Srta. Recatero.</i>
JOSEFINA	» <i>Calvo.</i>
DON PRUDENCIO	<i>Sr. Simó-Rasó.</i>
CLODOMIRO	» <i>Larra.</i>
RAFAEL	» <i>Del Cerro.</i>
PEPE	» <i>Thomas.</i>
JUAN	» <i>Pertusa.</i>
EL COCINERO	» <i>Hidalgo.</i>

La acción en Madrid. — Época actual.

Derecha e izquierda, las del actor.



ACTO PRIMERO

Sula en casa de Calzadilla. Puerta al foro que da al recibimiento y otra en la segunda izquierda. Dos puertas a la derecha. En la primera izquierda, chimenea; delante de ésta, una mesa. Sillas a cada lado de la mesa y un sofá a la derecha. Butacas, bibelots, etc. Mobiliario lujoso.

ESCENA PRIMERA

ANGELA, después RAFAEL.

Al levantarse el telón, Angela entra por la segunda derecha con una jardinera que coloca en un mueble en el foro izquierda. Llaman.

- Vase por el foro y abre.

RAFAEL (Por el foro, seguido de Angela, y pasando a la derecha.) Buenos días, Angela.

ANGELA Felices, don Rafael.

RAFAEL ¿Y doña Emilia? (Dándole su bastón y su sombrero.)

ANGELA Está en su bufete.

RAFAEL Olvidaba que es la hora que mi suegra, la notable *jurisconsulta* doña Emilia Rodríguez de Calzadilla, ha señalado para recibir a sus clientes. ¿Pero vienen clientes?

ANGELA Hasta ahora sólo ha venido uno.

RAFAEL ¡Imposible!

ANGELA Si, señorito... se equivocó de piso... Creía que llamaba en casa del abogado de arriba.

- RAFAEL (Aparte; sentándose en el sofá.) ¡ Ah, bien decía yo !...
- ANGELA ¡ Otra cosa sería si la señora pudiera informar ante los tribunales y darse a conocer como abogada !
- RAFAEL ¿ Y mi cuñada Regina, está visible ?
- ANGELA La señorita está en su estudio pintando el retrato de don Clodomiro Argumosa.
- RAFAEL ¿ Y mi cuñada Loreto ? A esa por lo menos se la podrá ver...
- ANGELA Ha ido a visitar a un enfermo.
- RAFAEL ¿ Y la dejan que vaya sola ?...
- ANGELA ¡ Para eso es doctora y cirujana !... Pero tranquilícese usted ; cuando la señorita va a visitar a un enfermo del sexo peligroso, la acompaña siempre la portera. (Angela deja el bastón y el sombrero en el perchero del recibimiento.)
- RAFAEL (Levantándose y contando por los dedos.) Mi suegra en el bufete ; Regina en su estudio, y Loreto visitando enfermos... ¿ Quién queda en esta casa para recibirme ?
- ANGELA (Bajando y pasando a la izquierda.) ¡ Yo !
- RAFAEL (Acordándose de repente.) ¿ Pero y mi suegro ?
- ANGELA Don Prudencio está muy ocupado en este momento.
- RAFAEL ¿ En qué ?
- ANGELA Contando la ropa... ¡ Hoy es el día de la planchadora !...
- RAFAEL Claro, como que el pobre es quien se ocupa de la casa...
- ANGELA Y a propósito de Rosa la planchadora : si yo fuera chismosa le contaría a usted...
- RAFAEL (Severo.) ¡ Nada de chismes !... (Bajo, interrogándola.) ¿ Y qué me contaría usted, poco más o menos ?
- ANGELA Como ha dicho el señorito que nada de chismes...
- RAFAEL Quise decir, nada de embustes. Pero si es verdad puede usted hablar. A mí no

me asusta la verdad... cuando se refiere a los demás.

ANGELA Pues mire usted: la semana pasada, cuando don Prudencio estaba con la planchadora, fui a ver si quería que yo la ayudase, y...

RAFAEL ¿Y qué?

ANGELA Y vi que estaba tapando con papel el ojo de la cerradura... (Se ríe significativamente.)

RAFAEL (Muy serio, después de haberse reído.) Para evitar corrientes de aire.

ANGELA ¡Quiá!

RAFAEL ¡Basta! Si otra vez vuelve a criticar a sus amos, la denuncio. (Pasando a la izquierda.) Sabe Dios lo que dirá usted de mí cuando yo no esté delante.

ANGELA ¡Eso sí que no! ¡Si usted supiera lo que le quieren todos los criados! ¡Aseguran que es usted muy gracioso!

RAFAEL Celebro que opinen así.

ANGELA Y en cuanto a la señorita Margarita...

RAFAEL ¿Qué dicen de mi mujer?

ANGELA Todo el mundo asegura que es una perla.

RAFAEL Están equivocados. La perla procede de la ostra, y eso es una ofensa para mi suegra. (Se acerca a la chimenea y se mira al espejo.)

ANGELA ¡A mí su suegra de usted me parece una mujer tan inteligente! ¡Hay que ser justos! ¡Nunca se ocupa de los criados, y esa es una gran cualidad!

RAFAEL Dispense usted si no la detengo más tiempo. ¿Quiere usted hacerme el favor de decir a don Prudencio que le espero aquí? No entro a ver a mi cuñada a su estudio, porque se pondría furiosa.

ANGELA ¿Se venden los cuadros de la señorita?

RAFAEL ¿Me parece que usted me interroga?

ANGELA ¿Hago mal?

RAFAEL (La mucha confianza es causa de menosprecio... Voy a hacerla comprender la distancia que nos separa.) ¡Angela!

- (Dándole una moneda.) ¡Tome usted un duro y váyase!
- ANGELA (Contenta.) Gracias, señorito.
- RAFAEL (Así cada uno queda en su sitio... excepto el duro.)
- ANGELA (¡Qué simpático es este hombre!) (Vase primera derecha.)

ESCENA II

RAFAEL solo; después DON PRUDENCIO.

- RAFAEL (Pasando a la derecha.) ¡Cada vez que pienso que mi mujer, tan buena y tan razonable, procede de esta familia de locos, comprendo que la Naturaleza tiene misterios insondables.
- PRUDEN. (Por la izquierda, sin ver a Rafael, y escribiendo el cuaderno de la planchadora.) «Ocho camisas de mujer, tres calzoncillos, seis chambras...»
- RAFAEL (¡Mi suegro!) ¡Hola, don Prudencio!
- PRUDEN. Buenos días, Rafael... «Un camisón, docena y media de pantalones...»
- RAFAEL ¿Qué tal?
- PRUDEN. (Sentándose a la mesa.) Bien... Estoy muy ocupado contando la ropa mientras viene la planchadora... Hoy toca planchadora.
- RAFAEL (Con malicia, sentándose a la derecha de la mesa.) ¡Y esta noche toca estar más cansado que de costumbre!
- PRUDEN. (Molesto.) ¿Eh, qué quieres decir?
- RAFAEL (Intencionado.) ¡Vamos, bien sabe usted a quien me refiero: a la Rosa!
- PRUDEN. Mira, yerno... Te aseguro...
- RAFAEL Un consejo. Si a su esposa se le ocurriese salir de su bufete para ir a... (Gesto de mirar.)
- PRUDEN. Ya lo he pensado y por eso echo la llave. (Gesto de echar la llave.)

RAFAEL (Alegremente.) ¿Ve usted? ¡Convicto y confeso!

PRUDEN. ¡Calle, es verdad! Rafael, ¿cómo sabes esas cosas?

RAFAEL (Levantándose y también don Prudencio.) ¡Yo lo sé todo!

PRUDEN. Puesto que lo sabes todo, sabrás que hoy se vota en el Congreso el proyecto relativo al acceso de la mujer a todas las profesiones...

RAFAEL ¡Valiente barbaridad! Si mi suegra tiene autorización para informar ante los Tribunales, será una desgracia para la familia.

PRUDEN. ¿Una desgracia?... ¡Chico, si es mi única esperanza!

RAFAEL ¿Habla usted en serio?

PRUDEN. Naturalmente. Cuando mi mujer pueda ejercer la profesión de abogado irá a la Audiencia y al Supremo y no estará aquí. ¡Mi mujer en el Supremo! ¡La suprema felicidad!

RAFAEL ¡Ah, vamos!

PRUDEN. ¡Hace veintiocho años que Emilia me aplasta, me apisona, me machaca, ¡me... cachis!

RAFAEL ¿Y por qué no trata usted de tener energía?

PRUDEN. ¿Tener energía...? ¡Sí, sí! Apabulla un sombrero de copa diariamente durante veintiocho años y pídele que se ponga tieso de repente. Tal es mi situación. No se me dice una palabra, ni se me consulta para nada. Mi mujer no me reconoce más que un derecho: ¡el de callarme! ¡Y aguantar que envenene mis días y mis noches!

RAFAEL ¿Las noches también?

PRUDEN. ¡Lo envenena todo! Se levanta diariamente a las tres de la mañana y se pasea por la alcoba, declamando en voz alta los discursos de Cicerón.

- RAFAEL. ¿En latín?
- PRUDEN. En latín, y con piedrecitas en la boca como Aníbal.
- RAFAEL. ¡Como Demóstenes!
- PRUDEN. ¡Como quieras! ¡Ay, Rafael, el día que toca planchadora es el único feliz para mí!
- RAFAEL. (¡Pobre don Prudencio!).
- PRUDEN. ¡Cada vez que pienso que me batí por casarme con ella!
- RAFAEL. ¿De veras?
- PRUDEN. (Sentándose a la mesa.) ¡Palabra de honor! Eramos dos pretendientes, un tal don Homobono Cañete y yo.
- RAFAEL. (Sentándose a la derecha de la mesa.) ¿Y quién salió herido?
- PRUDEN. Ninguno... El lance debía verificarse en el camino de Canillejas, y yo entendí en el camino de Carabanchel... Estuve allí esperando, y al cabo de una hora, viendo que no venía nadie, volví a mi casa y no sé qué se habrá hecho de él... (Escribiendo.) «Un trapo de cocina...»
- RAFAEL. (Sorprendido.) ¿Qué?
- PRUDEN. No, no es eso. Creo que entró en la magistratura.

ESCENA III

Dichos y CLODOMIRO.

- CLODOMI. (Por la derecha; a Rafael que se levanta.) Me han dicho que me esperabas... (Viendo a don Prudencio.) Creí que estabas solo.
- RAFAEL. (Presentando a don Prudencio, que se levanta.) El señor Calzadilla, mi suegro.
- CLODOMI. ¿Eh? ¿Pero doña Emilia no es viuda?
- PRUDEN. (Estupefacto.) ¡No, al menos hasta que yo suba al cielo! ¡que subiré!
- CLODOMI. Usted dispense... Creía... Hace una se-

mana que vengo aquí y es la primera vez que oigo hablar...

PRUDEN. (¡ Ni siquiera se ocupan de mí !)

RAFAEL (Aparte, mirando a su suegro.) (¡ Un cero a la izquierda !)

CLODOMI. ¡ Yo creí que era viuda !

RAFAEL (Presentando.) El señor Argumosa...

PRUDEN. Tengo mucho gusto... (Estrechando su mano.)

CLODOMI. (Idem.) El gusto es el mío... (Aparte, emocionado.) ¡ El padre de mi pintora !

PRUDEN. (Curioso, aparte a Rafael.) Oye, Rafael, ¿ a qué viene este señor a mi casa ?

RAFAEL Porque Regina le está retratando.

PRUDEN. ¡ Ah ! ¿ con qué es usted el caballero a quien está pintando ahora mi hija ?

CLODOMI. (Pasando al centro.) ¡ Sí, señor ! ¡ Qué talento ha transmitido usted a esa muchacha !

PRUDEN. Es favor. Se transmite lo más que se puede.

RAFAEL ¿ Luego estás satisfecho... ?

CLODOMI. ¡ Contentísimo, entusiasmadísimo... ! ¡ Es tan original ! ¡ Se sale tanto de lo corriente ! ¡ Mira, me está retratando de espaldas !

PRUDEN. }
RAFAEL } (A la par.) ¿ De espaldas ?

CLODOMI. ¡ Sí, en esta postura !... (Adoptando la postura y volviendo la espalda al público.) La cabeza graciosamente de perfil... la mirada interrogando al cielo...

PRUDEN. Como diciendo parece que va a llover.

CLODOMI. ¡ Por la derecha recibo una luz azulada y por la izquierda una luz roja que se armonizan y confunden en mi rostro !

RAFAEL ¿ Azul y roja ?

CLODOMI. Que se armonizan.

PRUDEN. Pues va usted a salir con la cara violeta.

CLODOMI. (Volviéndose.) ¡ No sé con qué cara voy a salir porque no entiendo una palabra de pintura, pero tengo la convicción de que es genial !

PRUDEN. ¿ Y se terminará pronto ?

CLODOMI. ¡ Desgraciadamente ! ¡ Son tan interesantes estas sesiones ! ¡ Hay que convencerse, una mujer vulgar no es más que una mujer, mientras que una mujer abogado, como doña Emilia, pintora como Regina o médico como Loreto, tienen un sello especial de originalidad que encanta !

PRUDEN. (¡ Desgraciado, cómo se conoce que no has visto más que el escaparate !

CLODOMI. (A Rafael.) Únicamente tu mujer es la que no tiene profesión en la familia.

RAFAEL. (Irónico.) Sí. ¡ Tiene el atrevimiento de contentarse con ser una mujer de su casa ! ¡ Se necesita desfachatez ! ¿ eh ? ¡ Y además es la única de la familia que no forma parte de la Liga emancipadora, regeneradora y universal de las mujeres !

CLODOMI. ¡ Pues estás en un error ! ¡ Yo soy feminista y me vanaglorio de ello ! Opino que desde que el mundo es mundo la mujer es la eterna sacrificada ; creo que entre los dos sexos no hay más que ligeras diferencias de construcción y mano de obra, y tengo intención de rogar a su esposa de usted (Indicando a don Prudencio.) que me inscriba como socio de la Liga de las mujeres.

PRUDEN. No, si a mí la Liga de las mujeres... no crea usted que me disgusta... al contrario... simpatizo y estoy muy satisfecho de que mi señora sea la presidenta, en primer término, porque nos pagan una parte del alquiler del cuarto ; en segundo, porque tiene una subvención para gastos de escritorio... y yo empleo los sellos para mi correspondencia.

RAFAEL. (Escandalizado.) ¡ Qué bonito ! ¡ Disfruta de franquicia por la Liga !

ESCENA IV

Dichos y LORETO; después ÁNGELA.

- LORETO (Por el foro.) Buenos días, Rafael. (Estrechando su mano.)
- RAFAEL ¡Hola, doctora!
- CLODOMI. ¡Doctora, es admirable!
- LORETO (A don Prudencio.) Buenos días, papá.
- PRUDEN. (Besándola.) Hola, Loreto.
- LORETO (Reparando en Clodomiro que está a la extrema derecha.) ¡Calle, el señor Argumosa!
- CLODOMI. Doctora, a los pies de usted.
- LORETO (Estrechando su mano.) ¿Qué tal esa salud?
- CLODOMI. Perfectamente.
- LORETO Lo siento.
- CLODOMI. ¿Cómo que lo siente usted?
- LORETO ¿No soy médico? Pues si todo el mundo estuviese bien... (Deja su sombrero en el foro.)
- CLODOMI. ¡Tiene usted razón!
- LORETO (Bajando, entre Rafael y Clodomiro.) ¿Qué noticias hay del Congreso?
- CLODOMI. ¿Del Congreso?
- LORETO ¿Pero no sabe usted que hoy la Cámara discute el proyecto de ley anulando todas las disposiciones que directa o indirectamente prohíben a las mujeres el ejercicio de las profesiones que actualmente monopolizan ustedes...?
- PRUDEN. (A Loreto.) ¿Y crees que eso prosperará?
- LORETO ¡Sí, papá!... (Con orgullo.) La licenciada en Derecho doña Emilia Rodríguez de Calzadilla informará ante los Tribunales... ¡Qué honor para la familia!
- RAFAEL (Con sorna.) ¡Iba a decirlo!
- ÁNGELA (Por la izquierda, a don Prudencio.) Señorito, se ha acabado el azúcar. (Vase.)
- PRUDEN. Bueno, mujer, ya voy. (Aparte, yéndose.) ¡Ay, Señor, inspira siquiera una vez a nuestros diputados! ¡Que las dejen ser obispas, senadoras, carteras, militares...!

¡ No, *militaras* ya las hay, porque mi mujer es *de caballería* !

ESCENA V

Dichos, menos PRUDENCIO y ANGELA, después PEPE.

LORETO (A Rafael que se halla en el centro.) Apuesto cualquier cosa a que tendremos 150 votos de mayoría... Mi madre debe estar calenturienta...
RAFAEL ¡ Pues anda a cuidarla !
PEPE (Por la segunda derecha.) Está ahí un cliente que pregunta por la señorita.
LORETO ¡ Diga usted que no estoy !... ¡ No es hora de consulta !
PEPE Dice que viene a pagar la cuenta.
LORETO (Vivamente.) ¡ Entonces es diferente ! Que pase a mi despacho. (Saliendo seguida de Pepe por la derecha.) ¡ Cuando le traen a una dinero siempre debe estar en casa. (Vase.)

ESCENA VI

RAFAEL Y CLODOMIRO.

RAFAEL (Aparte, irónico.) ¡ Qué encanto de muchacha !
CLODOMI. (Con admiración, viendo irse a Loreto.) Cuando pienso que esa joven es médico me siento empequeñecido.
RAFAEL (Pasando a la derecha.) Yo la encuentro sencillamente ridícula.
CLODOMI. (Sentándose a la derecha de la mesa.) ¡ Tú eres antifeminista !
RAFAEL ¡ No ! Si la mujer que reclama es una mujer *de verdad* la apoyo y la aplaudo, pero si son unas medianías grotescas y pretenciosas como las de esta casa, me burlo de ellas. La risa es una opinión.

CLODOMI. (Indignado.) ¿Luego crees que tu suegra y tus cuñadas son...?

RAFAEL Doña Emilia, Regina y Loreto no son ni hombres ni mujeres.

CLODOMI. Pues ¿qué son entonces?

RAFAEL Risibles. Pertenecen al tercer sexo.

CLODOMI. (Ofendido, levantándose.) Te agradecería que hablastes con más respeto de mi pintora.

RAFAEL No quisiera ofenderla. (Se sienta en el sofá.)

CLODOMI. (Poético.) ¡Y su pseudónimo es tan poético: «¡Ponche!»... Mi pintora se firma «¡Ponche!»... ¡Si la vieras trabajar... con la paleta en la mano izquierda, tan pequeña, tan redondita...! ¡Con el pincel en la mano derecha, tan pequeña, tan redondita! Un toque de amarillo aquí... un toquecito de encarnado allí... ¡Qué gracia!... ¡qué encanto!... ¡Si tú la vieras...! Yo no la veo... porque estoy de espaldas... interrogando al cielo... recibiendo una luz azulada... y otra luz...

RAFAEL Haz el favor de quitarte de la luz y sentarte aquí.

CLODOMI. (Sentándose en el sofá junto a Rafael.) ¿Qué quieres?

RAFAEL ¿Estás enamorado de Regina?

CLODOMI. ¡Como un tonto!

RAFAEL ¡Desgraciado!

CLODOMI. ¿Me llamas desgraciado, cuando mi alma está inundada de amor y mi corazón abierto a la esperanza? (Levantándose.)

RAFAEL ¿Quieres casarte con ella? (Levantándose también.)

CLODOMI. ¡Es el más ardiente de mis sueños!

RAFAEL (Cogiendo a Clodomiro del brazo y paseando a lo largo de la escena.) Oye, Clodomiro; nuestra amistad es antigua, somos amigos desde la niñez...

CLODOMI. Sí, nos conocimos muy pequeñitos.

RAFAEL Piénsalo antes de decidirte: ¡ten cuidado con el tercer sexo!

CLODOMI. (Encogiéndose de hombros.) ¡Me das lástima!

(Parándose.) Mira, Rafael ; las ideas de Regina son las mías. Estoy con ella en espíritu, de corazón y hoy pienso pedir su mano al señor de Calzadilla.

RAFAEL No te contestará.

CLODOMI. ¿Por qué? Llevo un apellido honrado, vivo de mis rentas...

RAFAEL ¡ No es eso, hombre !... Lo que quiero decir es que don Prudencio no tiene autoridad para concedértela. Todos los asuntos importantes y serios son de la exclusiva competencia de mi suegra.

CLODOMI. Bueno, pues la verá... ¿Puedo hablar ahora con ella?

RAFAEL Por última vez... ¿Estás decidido?

CLODOMI. (Con resolución.) ¡ Una y mil veces, sí !

RAFAEL (Dirigiéndose hacia la segunda derecha.) Está bien, voy a avisarla.

CLODOMI. Date prisa, Rafael, date prisa... Ardo de impaciencia.

RAFAEL (Al tiempo de irse.) ¡ No dirás que no te lo he advertido ! (Vase segunda derecha.)

ESCENA VII

CLODOMIRO y EMILIA, después ANGELA.

CLODOMI. (Solo.) Digan lo que quieran, una mujer que trabaja, vale más que una mujer que pasa el tiempo en casa de la modista, en los teatros, etc. Una mujer que pinta, eso halaga... ; todo el mundo le felicita a uno !

(Emilia por la segunda derecha. Su traje, de medio cuerpo arriba, imitará lo más posible el traje masculino. Una especie de americana, chaleco con cadena de reloj, camisa blanca planchada con cuello alto, corbata de hombre, una flor en la solapa de la americana, pelo cortado, etc., etc. Falda oscura. Botas de hombre forma americana.)

CLODOMI. (Que se halla delante del espejo arreglándose la corbata

advirtiéndole la entrada de Emilia, volviéndose y saludándola.) ¡ Señora... !

EMILIA Caballero, mi yerno acaba de decirme que desea usted hablarme.

CLODOMI. En efecto.

EMILIA Pero siéntese usted, hágame el favor...
(Sentándose en el sofá.)

CLODOMI. (Coge la silla que está a la derecha de la mesa y se sienta.) ¡ Señora, yo quisiera ser abogado, tener un talento para defender mi pleito.

EMILIA Puesto que usted no puede, confíemelo usted.

CLODOMI. Con muchísimo gusto. Yo soy un joven que tiene un modesto pasar...

EMILIA ¿ Un modesto pasar?... Por lo menos tiene usted cuatro millones.

CLODOMI. Tengo seis.

EMILIA Me habían dicho...

CLODOMI. Sí, hace cinco años, a la muerte de mi tío, en esa época tenía efectivamente los cuatro millones que me dejó el pobre señor al morir del sarampión... pero después...

EMILIA ¿ Ha logrado usted aumentar el capital con su trabajo?

CLODOMI. No ; únicamente añadí una tía al tío. Una apoplejía. ¡ Pobre señora !

EMILIA ¿ Y no tiene usted más familia?

CLODOMI. ¡ No ! Por tanto le quedaría a usted profundamente agradecido, si tuviera la bondad de defender mi pleito ante su hija Regina.

EMILIA ¿ Y cuál es el pleito de usted?

CLODOMI. Muy sencillo. Estoy enamorado de Regina y deseo ser su marido. ¿ Quiere usted interceder en favor mío? ¿ Cree usted que ganaremos en primera instancia o tendremos que apelar?

EMILIA Abrigo la esperanza de que mi hija no tendrá la crueldad de llevarle a usted hasta ese extremo.

CLODOMI. ¡ Ay, señora, qué alegría !

- EMILIA ¿Me permite usted que aborde algunos puntos importantes?
- CLODOMI. Usted dirá.
- EMILIA He dado a mis hijas una instrucción superior. Mi hija Margarita, a quien usted conoce, no ha sacado ningún partido de mis lecciones.
- CLODOMI. ¡Compadezco sinceramente por ello a Rafael!
- EMILIA En fin, no se trata de Margarita, sino de Regina. No espere usted hallar en ella una mujer dispuesta a todas las transacciones.
- CLODOMI. ¡Pero si yo no se las pediré! ¡No seré un carcelero; adoraré a mi mujer!
- EMILIA Regina es inteligente, se puede confiar en ella. La mujer y el marido deben tener los mismos derechos. Basta ya del indigno lema: «El marido manda... y la mujer obedece.» ¡Nadie manda ni nadie obedece! Ese es nuestro lema.
- CLODOMI. (Con entusiasmo.) ¡Opino lo mismo! (Aparte, indicando a Emilia.) ¡Es una mujer admirable!
- EMILIA En el matrimonio, tal y como nosotras lo entendemos, ambos esposos tratan de potencia a potencia. Cada uno de ellos respeta la voluntad del otro, y ambos respetan las cláusulas matrimoniales... ¿Supongo que usted deseará que mi hija le sea fiel?
- CLODOMI. (Con sobresalto.) ¡Demontre, ya lo creo!
- EMILIA ¡Pues nosotras exigimos que sea usted fiel a mi hija!
- CLODOMI. ¡Lo seré!
- EMILIA En cuanto a la dote...
- CLODOMI. (Muy noble.) Es inútil que hablemos de ella. Por pequeña que sea...
- EMILIA Precisamente lo mismo le iba a decir a usted. ¿De qué le iban a servir a usted doce o quince mil duros que a lo sumo es lo que podríamos darle?

CLODOMI. Si usted se empeña en que los tome, los tomaré por darle a usted gusto, pero de lo contrario...

EMILIA ¿Se burla usted?

CLODOMI. ¿Burlarme? ¡No!... Decía que... es una cantidad despreciable.

EMILIA Pues despreciémosla. Para tranquilizar a usted completamente sobre ese punto, añadiré aún más, y es que aunque tuviera la fortuna de Rothschild nunca dotaría a mis hijas.

CLODOMI. ¿De veras?

EMILIA ¡Palabra de honor! Es cuestión de principios. No puedo admitir que un hombre al tener una amante la cubra de oro y en cambio reciba dinero por casarse con una mujer honrada. (Se levanta.)

CLODOMI. (Entusiasmado.) ¡Tiene usted razón!

EMILIA (Pasando a la izquierda.) Y puesto que estamos de acuerdo en todos los puntos, concedo a usted la mano de mi hija, a condición, naturalmente, de que ella consienta... (Se aproxima a la chimenea y llama al timbre.)

CLODOMI. (Colocando de nuevo la silla junto a la mesa.) ¿Y cree usted que su esposo accederá?...

EMILIA (Pasando detrás de la mesa.) No se preocupe usted... ni siquiera necesita usted hablarle de ello. Todos los asuntos de importancia se resuelven aquí sin la anuencia del marido... ¡Soy yo el cabeza de familia!

CLODOMI. ¿Pero no hablaba usted hace un instante de la igualdad de los derechos?

EMILIA ¡Excepción hecha de cuando el marido es un lila!

ANGELA (Por la segunda derecha.) ¿Ha llamado la señora?

EMILIA ¿Quiere usted decir a la señorita Regina que deseo hablarla?

ANGELA Bueno, señora. (Vase por la primera derecha.)

EMILIA (Bajando al centro, a la derecha de Clodomiro.) Caballero, Regina será una gran pintora...

Quizás tenga usted algún día la gloria de haberse casado con una rival de Murillo o Velázquez... Gracias a ella podrá usted legar un nombre glorioso a la posteridad. Dirán...

CLODOMI. (Poético.) ¡ Se casó con una tal Argumosa !
EMILIA Eso es.

ESCENA VIII

EMILIA, CLODOMIRO y REGINA.

REGINA (Por la primera derecha.) ¿ Me has mandado llamar?

EMILIA Hija mía, el señor Argumosa, a quien ya conoces, acaba de hacerme el honor de solicitar tu mano. Este casamiento sería muy de mi agrado, pero tú sola tienes el derecho de disponer de tu persona. Conoces la vida, sabes lo que vale un hombre... no ignoras su utilidad y diversas aplicaciones...

CLODOMI. (Con entusiasmo.) ¿ Sabe todo eso?

EMILIA Sí, señor ; gracias a su madre y a varias obras técnicas. (A Regina.) Por consiguiente, puedes resolver con pleno conocimiento de causa.

REGINA ¿ El señor Argumosa conoce nuestras ideas, nuestros principios, la forma novísima que tenemos de comprender el matrimonio?

EMILIA Lo sabe todo y está conforme.

REGINA ¡ Libertad !

EMILIA ¡ Igualdad !

CLODOMI. ¡ Y algo más que fraternidad !

REGINA (A Emilia.) Dile a Loreto que venga.

EMILIA Bueno. (A Clodomiro, con una inclinación.) Caballero... (Aparte al tiempo de irse por la segunda derecha, sin dejar de mirar a Clodomiro.) ¡ Será el segundo papanatas de la familia !

ESCENA IX

REGINA y CLODOMIRO; después LORETO.

CLODOMI. (Emocionado.) ¡Señorita, espero con profunda emoción la sentencia que ha de decidir mi suerte!

REGINA Un instante nada más, señor Argumosa, que ahora vendrá mi hermana.

CLODOMI. (Sorprendido.) ¿Para qué?

LORETO (Por la segunda derecha, bajando al proscenio; a Regina.) ¿Qué quieres?

REGINA Loreto, nuestro amigo el señor Argumosa acaba de pedir mi mano.

LORETO Te felicito cordialmente. (Estrechando la mano de Regina.)

REGINA (Bajo.) ¿Sabes lo que tienes que hacer?

LORETO (Idem.) Comprendido. (Alto.) Vamos a ver. (Coge la silla que está a la derecha de la mesa, la coloca en medio de la escena y hace que se siente en ella Clodomiro.) ¡Saque usted la lengua!

CLODOMI. (Estupefacto.) ¿Eh?

(Regina se sienta tranquilamente en el sofá y observa.)

LORETO ¡¡Saque usted la lengua!! (Clodomiro saca la lengua, sin abrir mucho la boca.) Bueno, algo saburrosa.—Abra usted la boca. (Clodomiro, cada vez más estupefacto, no sabe qué hacer.) ¡Abra usted la boca, repito! (A Regina.) La dentadura no es bonita, pero está sana. (A Clodomiro.) Ahora levántese usted y respire. (Clodomiro se levanta. Loreto pega el oído a la espalda de Clodomiro.)

CLODOMI. (En el colmo del entusiasmo.) ¡Me está auscultando para ver si sirvo! ¡Como en las quintas!

LORETO No hable usted, respire.

CLODOMI. Sí. (Respira.)

LORETO Más fuerte.

CLODOMI. Sí. (Respira ruidosamente.)

LORETO Perfectamente. Veamos ahora el corazón.

CLODOMI. ¡Qué original, qué nuevo es todo esto!)
LORETO (Aplica el oído al pecho de Clodomiro.) (Algo de *taquicardia*. Es natural, la emoción...) (A Regina.) El corazón funciona divinamente.

CLODOMI. ¡Me late, me late! (Mirando amorosamente a Regina.)

LORETO (Mientras le toma el pulso.) ¿Las digestiones?

CLODOMI. Fáciles. La langosta es lo único que me hace daño.

LORETO ¿El sueño?

CLODOMI. Dulce y apacible... ocho horas de un tirón... No ronco, no me levanto en toda la noche.

LORETO (Examinando la musculatura de los hombros y de los brazos.) ¡Hermosos *deltoides*! Levante usted esta silla con el brazo extendido.

CLODOMI. (Levantando la silla en que está sentado.) Ya está.

LORETO Ande usted.

CLODOMI. (Andando de un extremo a otro del escenario con la silla en alto; aparte y con admiración.) ¡Y yo, que ni siquiera soy bachiller!

LORETO (A Clodomiro.) ¡Basta! (A Regina.) Es fuerte y está bien constituido. (A Clodomiro.) ¿No ha habido idiotas en su familia de usted?

CLODOMI. (Que ha dado la vuelta alrededor de la mesa con la silla en alto.) ¿Idiotas? (La deja en su sitio.)

LORETO Es decir, débiles de espíritu, simples...

CLODOMI. No, yo soy el único.

LORETO ¿Con qué usted?...

CLODOMI. (Rectificando.) Quiero decir que yo soy hijo único.

LORETO Bueno. (Como hablando consigo misma.) Digestiones fáciles, sueño tranquilo, constitución fuerte y sin idiotas en la familia. (A Regina.) ¡Puedes! (Pasa por detrás de Clodomiro y se sienta a la mesa.)

REGINA (Levantándose.) Señor Argumosa, esta es mi mano.

CLODOMI. ¡Qué alegría, qué felicidad! (La besa galantemente la mano.)

REGINA ¡Un retrato que me vale seis millones,

me parece que dejo chiquitos a los pintores más célebres !

LORETO (Que está sentada y se ha puesto a escribir.) Los bronquios están algo débiles, pero con esta receta...

CLODOMI. (A Regina.) Creo que vamos a ser muy felices.

REGINA Así lo espero.

LORETO (Levantándose y entregando la receta a Clodomiro.) Aquí tiene usted. Son veinticinco pesetas... Cuando esté usted casado con mi hermana no le llevaré más que cinco.

CLODOMI. (¡ Hasta esta ventaja !... Precios de la militar...) (Leyendo la receta.) «Tómese cuatro veces al día una cucharadita del jarabe a base de alquitrán de la doctora Loreto Calzadilla.»

(Regina pasa por detrás de Clodomiro y habla con Loreto, mientras que Clodomiro continúa leyendo la receta.)

ESCENA X

Dichos, EMILIA, después DON PRUDENCIO, luego RAFAEL, más tarde ÁNGELA y por último PEPE.

EMILIA (Por el foro muy agitada.) ¡ Hijos míos ! ¡ Aprobado, lo han aprobado !

CLODOMI. }
REGINA } ¿ Lo han aprobado ?
LORETO }

(Toda esta escena con gran animación.) (1)

EMILIA ¡ Acaban de telefonearme desde el Congreso ! ¡ Doscientos votos de mayoría !

REGINA } (Arrojándose al cuello de } ¡ Ilustre Presidenta !
LORETO } su madre.) } ¡ Gloria del foro !

EMILIA ¡ Por fin lo conseguimos ! ¡ Hijas de mi alma ; por fin voy a poder informar ante los Tribunales !

(1) Loreto—Regina—Emilia—Clodomiro.

- CLODOMI. ¿Puedo también expansionarme? (Señalando a Regina.) Me ha dicho que sí.
- EMILIA (Abriendo los brazos.) ¡Ven a mis brazos, yerno!
- CLODOMI. (Encantado.) ¡Me ha llamado yerno!... ¡La primera *abogada* de España! (La abraza.)
- LORETO ¡Ahora falta únicamente la aprobación del Senado!
- EMILIA ¡Si los senadores nos negaran su voto, todas las mujeres de España irán a incendiar el palacio de doña María de Molina!
- LORETO } ¡Sí, sí! }
REGINA } ¡Todas! } (Casi simultáneamente.)
- CLODOMI. Y yo iría al frente de ellas... con la bandera desplegada, la cabeza descubierta... la mirada interrogando al cielo... un rayo de luz azulada... digo, no... me voy a otra cosa...
- REGINA } (A don Prudencio, que aparece por la izquierda.)
LORETO } ¡Aprobado! ¡Lo han aprobado! ¡Ocho-
- PRUDEN. cientos votos de mayoría!
- PRUDEN. (Con alegría, bajando, entre Regina y Loreto.) ¿De veras? ¡Por fin, gracias, Dios mío!) (A Emilia.) Esposa mía, no puedes figurarte cuánto me alegro...
- EMILIA (Secamente.) Gracias.
- PRUDEN. (A Rafael, que aparece por la derecha.) ¡Aprobado, Rafael! ¡Lo han aprobado...! ¡Mil doscientos votos de mayoría!
- RAFAEL (Bajando, entre don Prudencio y doña Emilia.) Querida suegra, mi más cordial enhorabuena.
- EMILIA (Secamente.) Gracias. (Se acerca a Regina y Loreto.)
- PRUDEN. (A Clodomiro.) ¿Es verdad lo que he oído en la portería? ¿Qué se casa usted con mi hija?... Y perdone la curiosidad...
- CLODOMI. (Aproximándose a don Prudencio.) ¡Nada más cierto!
- EMILIA Ya te lo hubiéramos dicho antes de la boda.
- RAFAEL (A Clodomiro.) ¿Luego es un hecho?
- (Timbre dentro.)

- CLODOMI. ¡ Soy el más feliz de los hombres !
 RAFAEL (Abrazándole.) ¡ Cuñado !
 ANGELA (Entrando rápidamente por el foro con una tarjeta.)
 ¡ Señora, señora !
 EMILIA ¿ Qué pasa ?
 ANGELA Un redactor de *El Imparcial* que pregunta si la señora puede recibirle.
 EMILIA (Satisfecha.) ¿ Un redactor de *El Imparcial*... ? (A Angela.) Para *El Imparcial* siempre estoy en casa. Que pase a mi despacho. (Timbre dentro. Angela vase.)
 RAFAEL ¡ Ya principian las *interviews* ! (1)
 PEPE (Por el foro con una tarjeta.) Un redactor del *Heraldo* pregunta si la señora puede recibirle.
 EMILIA (Satisfecha.) ¡ Para el *Heraldo de Madrid* estoy siempre en casa ! ¡ Que pase a mi cuarto !
 PEPE Bueno, señora. (Vase.)
 EMILIA (Acordándose.) ¡ Demontre, y la cama que no está hecha !
 RAFAEL ¿ Y eso qué importa ? Como no viene a dormir la siesta...
 EMILIA (Secamente.) ¡ Nadie le pregunta a usted su opinión !
 CLODOMI. (A Rafael.) ¡ Muy bien dicho !
 ANGELA (Por el foro.) Dos periodistas, señora, uno de *La Correspondencia* y otro de *El Liberal*...
 REGINA }
 LORETO } (A la par.) ¡ Qué éxito ! ¡ Qué éxito !
 ANGELA También está ahí una vieja redactora de *El Imperio de la Moda*.
 EMILIA (Aturdida.) Que pase el redactor de *La Correspondencia* al cuarto de Loreto y el de *El Liberal* al de Regina...
 ANGELA ¿ Y la vieja ?
 PRUDEN. ¿ Dónde la metes ?
 EMILIA En tu cuarto. (Vase Angela.)

(1) Loreto—Regina—Emilia—Don Prudencio—Clodomiro—Rafael.

- PRUDEN. (Vivamente.) ¡No! ; En mi cuarto, no! ; Que la echen... al sótano... al sótano!
- CLODOMI. ; Esto es emocionante!
- RAFAEL (A Prudencio.) La van a matar entre todos.
- PRUDEN. (Tristemente, aparte a Rafael.) ¡No será verdad tanta belleza!
- PEPE (Entrando precipitadamente.) ¡Señora! ; Ahí están esas señoras de la Liga!
- EMILIA (Con orgullo.) ¡La Liga! ; Y la prensa esperándome!
- CLODOMI. (A Emilia.) ¡Por Dios, tranquilícese usted un ratito!
- EMILIA (A Clodomiro.) ¡Yerno: mi vida no me pertenece! ; Pertenece a mi causa! (A Pepe.) ¡Diga usted a la Liga que pase!
- PEPE ¡Si son lo menos quinientas!
- PRUDEN. ¡Quinientas mujeres surtidas! Bueno..., esas que pasen a mi cuarto.
- PEPE Se han quedado en la calle y traen con ellas una banda de música.
- EMILIA Entonces voy a hablarles desde el balcón. Seguidme todos. (Pepe vase foro.)
- LORETO ¡Vamos allá! ; Viva la Liga!
- CLODOMI. (Entusiasmado.) ¡Y yo voy a entrar en una familia como esta! (Ofreciendo el brazo a Regina.) ¡Querida Regina! ; Preciosa pintora! ; Divino *pinche*...!
- REGINA ¡Vamos, Clodomiro!
- (Emilia ha entrado en la segunda derecha seguida de Loreto. Se oyen voces y gritos de ¡Viva la señora de Calzadilla! ; Viva nuestra presidenta!)
- CLODOMI. (A voz en grito.) ¡Viva la Liga! ; Viva la Liga! (Entra en la segunda derecha con Regina.)
- RAFAEL (Aparte, mirando salir a Clodomiro.) ¡Ya me lo dirás dentro de poco! (Vase igualmente por segunda derecha.)
- EMILIA (Dentro: como si hablase a las manifestantes.) ¡Compañeras: Hoy ha muerto el despotismo del hombre! Hoy han tomado las mujeres esa fortaleza y acaban de plantar su bandera en el edificio social en que el hombre pretendía reinar únicamente... (Voces de

¡Bien! ¡Bravo! Aplausos. Cierran el balcón oyéndose muy débil y confusamente la voz de Emilia.)

ESCENA XI

DON PRUDENCIO, solo; después ROSA.

Mientras todos los personajes hicieron mutis con gran barullo, don Prudencio se ha sentado junto a la mesa y cogido el libro de la planchadora.

PRUDEN. A lo tuyo, Prudencio... (Leyendo.) «Cinco fundas, ocho enaguas, tres chambras!...»

ROSA (Entrando con una cesta vacía de planchadora.) ¿Se puede pasar?

PRUDEN. (Levantándose con alegría.) ¡La Rosa!

ROSA Felices, don Prudencio... Vengo por la ropa.

PRUDEN. ¡Rosa, Rosa de mi vida! (La hace bajar cogiéndola de la mano, después se sienta en el sofá.) Llegas a tiempo. Llegas como una ráfaga de aire fresco, como una bocanada de oxígeno fresco...

ROSA. (Bajando los ojos.) ¡Vamos, don Prudencio... no sea usted fresco!

PRUDEN. (Queriéndola abrazar. Ella se resiste.) ¡Por fin... una mujer! ¡Una mujer de verdad! ¡Una mujer con todos sus accesorios... completamente femenina! ¡Aun quedan escasos ejemplares...!

VOCES (Lejanas.) ¡Viva la Liga de las mujeres!

PRUDEN. ¡Viva tu cuerpo serrano, resalada! (Voces y vivas dentro.)

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Un estudio muy elegante en casa de Argumosa. Puerta en el foro izquierda que da al recibimiento. Dos puertas laterales a la izquierda. Después de la del primer término, una mesa despacho. Entre la del segundo y la del foro, una Venus de Miño sobre un pedestal. Primera derecha una puerta. Segunda derecha, una gran puerta vidriera. Junto a la misma, un sofá-diván. En el foro derecha y sobre un caballete, un cuadro grande sin terminar y que representa a "Calígula nombrando Cónsul a su caballo Incitato." Junto al caballete, mesita en la que hay pinceles y pinturas. Próximo al cuadro y algo a la izquierda, una silla, sobre la que se hallan un mantolín, un machete y un casco romanos. En las paredes cuadros firmados por "Ponche" y estudios del mismo, pero de colores sumamente chillones. La firma debe ser visible al público. A la izquierda un velador con dos sillas. Timbre en la mesa despacho. Un escabel delante del caballete. Sillás.

ESCENA PRIMERA

REGINA y DOÑA EMILIA.

REGINA (Al levantarse el telón, está sentada en el caballete preparando su paleta y tarareando el septimino de "La viuda alegre".)

¡ Las mujeres por siempre han de ser,
el secreto de nuestro placer !... etc.

EMILIA (Por el foro; lleva una cartera grande de piel bajo el brazo.) Buenos días, hija mía... ¿Molesto?

REGINA Felices. Tú no molestas nunca.

EMILIA (Dejando la cartera y el bastón sobre el velador.)

No dice lo mismo tu padre. (Pasa a la derecha.)

REGINA ¿Me permites que acabe esta paleta mientras charlamos?

EMILIA (Sentándose en el diván.) ¡ Con mucho gusto !
(Mirando el cuadro.) ¿ Llevas muy adelantado el cuadro para la Exposición?

REGINA « ¡ Calígula nombrando cónsul a su caballo ! »

EMILIA (Contemplando el cuadro; con énfasis.) ¡ Asombroso !

REGINA ¿ Te gusta de veras?

EMILIA ¡ Una verdadera maravilla ! ¡ En su vida Perea pintó un caballo azulado tan admirable como este ! Dime : ¿ estás contenta con ese tonto de Argumosa?

REGINA ¡ Qué seres tan inferiores son los hombres !

EMILIA ¿ Pero en seis meses de casados no has logrado dominarle?

REGINA ¡ Me da más guerra de lo que creía !... Con decirte que ayer se atrevió a armarme un escándalo !

EMILIA ¡ Ese es el mundo al revés ! (Sentándose en una silla a la izquierda del caballete.)

REGINA Dice que los lienzos cuestan mucho...

EMILIA ¡ No pretenderá que pintes en los manteles !

REGINA Que le arruino gastando tanto en colores y en marcos y que en la vida venderé un cuadro. Estuve a punto de contarle lo de esa cliente que Loreto me ha proporcionado para que la haga su retrato ; ya sabes, la condesa de Peñas-Arriba...

EMILIA ¿ Y por qué no le tapaste la boca?

REGINA Prefiero esperar a que me pague para decirle : « ¡ He hecho un retrato que me ha valido cinco mil pesetas ! »

EMILIA ¿ Cuándo lo concluirás?

REGINA (Levantándose.) Lo terminé esta mañana y lo he mandado a que le pongan el marco. La Condesa me ofreció hoy mismo

tida con pantalones, yo solicitaré el insignie honor de acompañarla.

EMILIA (No sabiendo si habla en broma o no.) ¿Habla usted en serio?

CLODOMI. ¡En serio y muy en serio! ¡Me vestiré de mujer y creerán que estamos en Carnaval!

EMILIA (Furiosa.) Usted... (Quiere precipitarse sobre Clodomi, pero Regina se interpone.) Prefiero no contestarle. (A Regina, bajo.) ¡Si no metes inmediatamente a ese hombre en un puño, estás perdida.

REGINA (Bajo.) Estate tranquila.

EMILIA Te dejo... ¡Hasta la vista, Miguel Angel mío!

REGINA (Besándola.) Adiós, mi querida letrada.

EMILIA (A Clodomi, con desprecio.) ¡Y usted váyase inmediatamente a su despacho!

CLODOMI. ¡No tengo nada que hacer!

EMILIA (A Regina.) ¡Estás perdida! (Vase foro.)

ESCENA IV

CLODOMIRO y REGINA.

CLODOMI. (Pasea agitado; después se detiene a la izquierda del caballete, tomando una resolución.) ¡Regina!

REGINA (Que ha reanudado su trabajo en el cuadro.) ¿Qué?

CLODOMI. Anoche te encerraste de nuevo en tu cuarto.

REGINA (Fríamente.) Bueno.

CLODOMI. ¿Cómo que bueno? Hace dos meses que te encierras diariamente y creo que tengo perfecto derecho a preguntar la causa...

REGINA ¿Por qué?

CLODOMI. (Sulfurado.) ¿Te parece que eso es voluptuoso? ¡Como marido yo tengo perfecto derecho a que me quieras! Dices que no a todo...

REGINA Menos cuando dices cosas que tienen

sentido común. Mientras no termine mi cuadro para la Exposición... (Haciendo un gesto negativo con la mano derecha.)

CLODOMIL. ¿Pero acaso pintas por la noche?

REGINA Por la noche descanso.

CLODOMIL. (Irónico.) ¿Y tienes para mucho tiempo con esa obra maestra?

REGINA (Con mucha calma.) Unos tres meses.

CLODOMIL. ¡Entonces durante tres meses más, o sean cinco en total, tendré que esperar! ¡No, no! ¡Ya estoy harto de Calígula y de su caballo «Incitato»!

REGINA ¡Durante las épocas de trabajo no soy una mujer, sino una intelectual!

CLODOMIL. ¡Pero yo no me he casado con el Ateneo!

REGINA ¡*Ars longa, vita brevis!* ¡El arte ante todo!

CLODOMIL. ¡¡El arte ante todo!! (Dirigiéndose a la Venus de Milo.) Venus, ¿has oído? ¡Ah, nunca hubieras tú contestado: el arte ante todo!... ¡a no ser que se tratara del arte de amar! Bondadosa Venus, tú me abrirías tu puerta, tú me abrirías tu corazón, tú me abrirías tus brazos... a pesar de carecer de ellos... (A Regina.) ¡Eso haría la diosa de la hermosura, mientras que usted, señora, con Calígula!...

REGINA (Encogiéndose de hombros.) ¡Bah, bah, bah!...

CLODOMIL. (Prosiguiendo.) ¿Qué es necesario para enternecer tu corazón de «Ponche»... digo, de roca? ¿Ponerme su casco?... (Coge con rabia el casco romano que se halla en la silla junto a un mantolín y al machete del gladiador.) ¡Ya está! (Se lo pone.) ¿Su mantolín? (Idem.) ¡Me lo pongo! ¿Blandir acaso su machete? (Cogiendo el machete.) ¡Lo blando! ¿Nombrar, quizás, cónsul a mi caballo? ¡Pues yo estoy dispuesto a nombrarle presidente del Consejo de Ministros!

REGINA (Riendo.) ¡Ja, ja; tiene gracia!

CLODOMIL. ¡Maldita la que a mí me hace!... Deseo que me quieras...

tida con pantalones, yo solicitaré el insigne honor de acompañarla.

EMILIA (No sabiendo si habla en broma o no.) ¿Habla usted en serio?

CLODOMI. ¡En serio y muy en serio! ¡Me vestiré de mujer y creerán que estamos en Carnaval!

EMILIA (Furiosa.) Usted... (Quiere precipitarse sobre Clodomi, pero Regina se interpone.) Prefiero no contestarle. (A Regina, bajo.) ¡Si no metes inmediatamente a ese hombre en un puño, estás perdida.

REGINA (Bajo.) Estate tranquila.

EMILIA Te dejo... ¡Hasta lá vista, Miguel Angel mío!

REGINA (Besándola.) Adiós, mi querida letrada.

EMILIA (A Clodomi, con desprecio.) ¡Y usted váyase inmediatamente a su despacho!

CLODOMI. ¡No tengo nada que hacer!

EMILIA (A Regina.) ¡Estás perdida! (Vase foro.)

ESCENA IV

CLODOMIRO y REGINA.

CLODOMI. (Pasea agitado; después se detiene a la izquierda del caballete, tomando una resolución.) ¡Regina!

REGINA (Que ha reanudado su trabajo en el cuadro.) ¿Qué?

CLODOMI. Anoche te encerraste de nuevo en tu cuarto.

REGINA (Fríamente.) Bueno.

CLODOMI. ¿Cómo que bueno? Hace dos meses que te encierras diariamente y creo que tengo perfecto derecho a preguntar la causa...

REGINA ¿Por qué?

CLODOMI. (Sulfurado.) ¿Te parece que eso es voluptuoso? ¡Como marido yo tengo perfecto derecho a que me quieras! Dices que no a todo...

REGINA Menos cuando dices cosas que tienen

sentido común. Mientras no termine mi cuadro para la Exposición... (Haciendo un gesto negativo con la mano derecha.)

CLODOMI. ¿Pero acaso pintas por la noche?

REGINA Por la noche descanso.

CLODOMI. (Irónico.) ¿Y tienes para mucho tiempo con esa obra maestra?

REGINA (Con mucha calma.) Unos tres meses.

CLODOMI. ¡Entonces durante tres meses más, o sean cinco en total, tendré que esperar! ¡No, no! ¡Ya estoy harto de Calígula y de su caballo «Incitato»!

REGINA ¡Durante las épocas de trabajo no soy una mujer, sino una intelectual!

CLODOMI. ¡Pero yo no me he casado con el Ateneo!

REGINA ¡*Ars longa, vita brevis*! ¡El arte ante todo!

CLODOMI. ¡¡El arte ante todo!! (Dirigiéndose a la Venus de Milo.) Venus, ¿has oído? ¡Ah, nunca hubieras tú contestado: el arte ante todo!... ¡a no ser que se tratara del arte de amar! Bondadosa Venus, tú me abrirías tu puerta, tú me abrirías tu corazón, tú me abrirías tus brazos... a pesar de carecer de ellos... (A Regina.) ¡Eso haría la diosa de la hermosura, mientras que usted, señora, con Calígula!...

REGINA (Encogiéndose de hombros.) ¡Bah, bah, bah!...

CLODOMI. (Prosiguiendo.) ¿Qué es necesario para enternecer tu corazón de «Ponche»... digo, de roca? ¿Ponerme su casco?... (Coge con rabia el casco romano que se halla en la silla junto a un mantolín y al machete del gladiador.) ¡Ya está! (Se lo pone.) ¿Su mantolín? (Idem.) ¡Me lo pongo! ¿Blandir acaso su machete? (Cogiendo el machete.) ¡Lo blando! ¿Nombrar, quizás, cónsul a mi caballo? ¡Pues yo estoy dispuesto a nombrarle presidente del Consejo de Ministros!

REGINA (Riendo.) ¡Ja, ja; tiene gracia!

CLODOMI. ¡Maldita la que a mí me hace!... Deseo que me quieras...

- REGINA (Con mucha calma, su paleta y el pincel en la mano.)
¡Dentro de tres meses hablaremos!
- CLODOMI. (Aproximándose a ella, después de haber dejado el machete en la silla.) ¡No se trata de una letra comercial!
- REGINA ¡Nada de tonterías! ¿eh? (Tratando de impedir que la coja.)
- CLODOMI. (Cogiéndola de un brazo y dirigiéndose a la estatua.)
¡Venus, dí a esta desgraciada que ella tiene deberes que cumplir!
- REGINA (Tratando de zafarse.) ¡Deberes! ¡Esperaba esa palabra!
- CLODOMI. ¡Diosa, dile que tengo derecho!
- REGINA (Idem.) ¡También esperaba esa! ¡No te falta sino invocar la ley!
- CLODOMI. ¡La invocaré! ¡Invocaré la ley de la Naturaleza, la única que no nos desune en España! (Con energía.) ¡Yo te quiero!
- REGINA ¡Pues yo no! ¿Lo quieres más claro?
¡Tengo que trabajar, déjame en paz!
(Se aproxima de nuevo al caballete y coge otra vez su paleta y un pincel.)
- CLODOMI. (Siguiéndola.) ¡No en mis días!
- REGINA ¡Clodomiro!
- CLODOMI. (Cogiéndola.) ¡No te suelto si no me juras!...
- REGINA (Resistiéndose.) ¡Clodomiro; suéltame! (De repente le da con el pincel en la cara.)
- CLODOMI. (Soltando a Regina y limpiándose la cara que está llena de pintura.) ¡Qué barbaridad!
- REGINA ¡Te está bien empleado!
- CLODOMI. ¡Caramba! (Sentándose a la derecha del velador.)
¡Me ha puesto la cara como el arco iris!
- REGINA ¡Así aprenderás! (Continúa pintando su cuadro.)

ESCENA V

Dichos y RAFAEL.

- RAFAEL (Por el foro.) ¡Hola, muy buenos días!
- REGINA Felices, Rafael.

- RAFAEL (Mirando a Clodomiro, sorprendido.) ¿Vas al baile de máscaras?
- CLODOMI. (Levantándose y con una mueca de rabia.) ¡Ja, ja! Es que estoy de buen humor... (Quitándose el casco y el mantolín.)
- RAFAEL (Aparte, observando la frialdad que reina entre ambos esposos.) ¡Oh! (Pausa.) ¡Ay, ay! (Otra pausa.) Vengo a ver cómo va ese nuevo cuadro.
- CLODOMI. (Irónico.) «Calígula nombrando cónsul a su caballo.»
- RAFAEL (Burlón.) ¡Bonito asunto! (Regina, nerviosa, se sienta en el diván. Clodomiro se halla a su izquierda. Rafael en el centro.)
- CLODOMI. Fíjate bien en ese caballo... Es azulado, ¡como un lagarto!... ¿Has visto en tu vida algún caballo azulado?
- RAFAEL (Mirando el cuadro.) ¡Dios mío!...
- CLODOMI. Pues ahí donde la ves, aspira a un premio.
- REGINA (Levantándose furiosa.) ¡Esto es el colmo! (Yéndose por la primera derecha; aparte.) (No hablarás así cuando te meta por los ojos las cinco mil pesetas de la condesa.) (Vase primera derecha.)

ESCENA VI

CLODOMIRO y RAFAEL.

- CLODOMI. (Exasperado, sentándose a la derecha del velador.) ¡Es desesperante!
- RAFAEL (Dejando su sombrero y su bastón en el diván.) ¡No te incomodes!
- CLODOMI. Cuando un casado sueña todas las noches que es soltero, ¿de qué es señal?
- RAFAEL De que al despertarse le espera una desilusión, ¿Luego tu casa continúa?...
- CLODOMI. Desmoronándose, hundiéndose, desplo-mándose... (Se levanta.) ¡Y decir que gracias a ti me casé con Ponche!

- RAFAEL Hombre, perdona, pero...
- CLODOMI. No te lo perdonaré nunca. ¡Y qué Ponche! ¡Si al menos no fuera un ponche... tan frío!
- RAFAEL Ya te lo advertí, pero como tú eras feminista...
- CLODOMI. ¡No me lo recuerdes, por favor! Me dejé seducir por una serie de frases hermosas de autores dramáticos y de novelistas. ¡Aquí los quisiera yo ver! Sin embargo, yo no me dejo dominar como mi desgraciado suegro... ¡No soy un imbécil! (Dirigiéndose a la puerta de la primera derecha.) ¡No, señora, no soy un muñeco del pim, pam, pum!

ESCENA VII

Dichos y DON PRUDENCIO.

- PRUDEN. (Asomando la cabeza por el foro izquierda.) ¡Pst!
- RAFAEL ¡Hola, don Prudencio!
- PRUDEN. (Temeroso.) ¿Está mi mujer?
- CLODOMI. Ya se ha ido. (Pasa a la izquierda.)
- PRUDEN. Lo celebro. (Entra llevando una maleta en la mano.)
- RAFAEL ¿Va usted de viaje?
- PRUDEN. No me es posible la vida en casa.
- CLODOMI. Lo mismo me sucede a mí. (1)
- PRUDEN. (Dejando la maleta en el suelo.) ¡No puedo más! Hace seis meses creía que cuando mi mujer pudiera informar ante los Tribunales me dejaría en paz... (Irónicamente.) ¡Sí, sí! Como no tiene clientes, no hay quien la pueda sufrir.
- CLODOMI. ¿Y dónde va usted con esa maleta?
- PRUDEN. A suplicarte que me des hospitalidad.
- CLODOMI. ¿Por unos días?

(1) Clodomiro.—Don Prudencio.—Rafael.

- PRUDEN. Sí, por los que me queden de vida.
- RAFAEL. ¿Y qué dirá su mujer?
- PRUDEN. Que diga lo que quiera, con tal de que yo no la oiga. Hijos míos, he vacilado entre vuestras dos casas, pero al fin me he decidido por la tuya, (Indicando a Clodomiro.) porque se come mejor.
- CLODOMI. ¡Ah, vamos!
- PRUDEN. (A Rafael.) Y para no disgustarte, siempre que venga mi mujer a comer aquí, iré a tu casa.
- RAFAEL. Conformes.
- PRUDEN. (A Clodomiro.) Soy muy prudente, no meto ruido... y seré siempre puntual a las horas de comer. Espero que no me rechazarás.
- CLODOMI. No sólo le acojo con gusto, sino que le pongo bajo mi protección.
- PRUDEN. ¿Pase lo que pase?
- CLODOMI. ¡Pase lo que pase!
- PRUDEN. (A Clodomiro.) Lo que hoy haces por mí te será recompensado en el cielo.
- CLODOMI. (Abriendo la puerta de la primera izquitrda.) ¡Noble víctima, esta es su habitación! Tiene para usted la ventaja de tener otra puerta que da a la escalera de servicio.
- PRUDEN. Lo celebro; así podré huir si viene mi mujer. (Recoge su maleta y se dirige hacia la puerta. Clodomiro vuelve de nuevo al centro, pasando por detrás del velador.) Oye, ¿tienes buena planchadora?
- CLODOMI. (Mirando significativamente a Rafael.) ¡Ah! Es verdad que...
- PRUDEN. (Protestando y cogiendo su maleta.) ¡No hagas suposiciones gratuitas!... Conozco una excelente que no destroza la ropa. (En el dintel de la puerta, a Clodomiro.) ¡En los cuernos no tiene rival! (Vase.)

ESCENA VIII

CLODOMIRO y RAFAEL; después MARGARITA.

RAFAEL (Riendo.) ¡Pobrecillo!

CLODOMI. Otra víctima del feminismo, y ya somos dos en la misma familia. Y tú, sin embargo, eres feliz... ¡Creeme, es para desesperarse! (Se oye dentro la voz de Margarita.)

RAFAEL (Alegre.) ¡Es Margarita!

CLODOMI. ¡Tu mujer!

MARGARI. (Por el foro, y hablando al interior.) ¿Está mi hermana en casa?... Gracias.

RAFAEL ¡Margarita!

MARGARI. (Sin ver a Clodomiro y arrojándose al cuello de Rafael. ¡Rafael! (Se abrazan.)

CLODOMI. (Que se ha sentado a la derecha del velador.) ¡Qué aún vivo yo!

MARGARI. (Turbada.) ¡Dispensa, no te había visto! (Tendiéndole la mano.) ¿Qué tal por aquí?

CLODOMI. ¡Sólo nos falta un ciclón!

MARGARI. ¡No te disgustes; Regina es joven... ya cambiará!...

CLODOMI. ¡Sí, cuando sea vieja!

RAFAEL (Mirando a su mujer.) Esta es la verdadera dicha: Una mujer que no vive con el cerebro, sino con el corazón; que no es pintor, ni abogado, ni doctor, que no es nada absolutamente...

MARGARI. ¿Eh?

RAFAEL ¡Más que mujer!

MARGARI. (Riendo y arrojándose en sus brazos.) ¡Que ya es bastante!

RAFAEL ¿Y los niños?

MARGARI. Están en el Retiro. Al salir de aquí iré a recogerlos.

RAFAEL ¡Oh, madre de familia, te quiero cada día más! (Abrazándola de nuevo.)

CLODOMI. ¿Otra vez? ¡Lo que es delante de mí, no!

RAFAEL ¡ Pues vuélvete !
CLODOMI. (Vólvíendose.) ¡ Bonita situación !
RAFAEL (Bajo a su mujer.) ¡ Dime que me quieres !
MARGARI. (Bajo.) ¡ Te adoro !
CLODOMI. ¡ Qué os oigo !
RAFAEL ¡ Tápatе los oídos !
MARGARI. (A su marido, indicando a Clodomiro.) Vamos, Rafael... (Desasiéndose de él.) Voy antes a saludar a Regina. Adiós, Clodomiro.
CLODOMI. Adiós.
RAFAEL Adiós, mi tesoro. (Vase Margarita primera derecha.)

ESCENA IX

CLODOMIRO y RAFAEL; después JUAN.

CLODOMI. (Llamando furioso al timbre.) ¡ Maldita sea mi suerte !
RAFAEL ¿ Qué te pasa ?
CLODOMI. ¿ Y me lo preguntas después de este suplicio de Tántalo ?
JUAN (Por la segunda izquierda.) ¿ Ha llamado el señor ?
CLODOMI. ¡ Mi sombrero, mis guantes y mi bastón !
JUAN En seguida, señor. (Vase segunda izquierda.)
RAFAEL ¿ A dónde vas ?
CLODOMI. A casa de mi íntima amiga la condesa de Peñas-Arriba.
RAFAEL ¿ Hay una Peñas Arriba en tu vida ?
CLODOMI. (Señalando el cuadro.) Al verme pospuesto a ese esperpento, es natural.
RAFAEL ¿ Y dónde la conociste ?
CLODOMI. En el ferrocarril, íbamos ambos al Escorial. Una mujer hermosa—que era la condesa—se hallaba sentada frente a un hombre triste, más triste que un sauce llorón—que era yo.
RAFAEL ¿ Luego ya estabas casado ?
CLODOMI. Sí. Hablamos, y esa mujer adorable me

contó durante el viaje que era hija natural de un marqués y de una frutera; su nobleza procede de las Cruzadas. «La que domina en mí es la sangre de mi padre—me dijo—y mis amistades las forman personas de la aristocracia.» (A Juan, que entra por la segunda izquierda y le entrega sus guantes, su bastón, y su sombrero.) ¡Gracias! (Juan vase; a Rafael.) ¿Crees acaso que al escuchar aquellas nobles palabras la contesté: Yo soy don Clodomiro Argumosa...? ¡Hubiera sido una torpeza, y dije que era el conde del Castillo!

RAFAEL (Riendo.) ¡Valiente embustero!

CLODOMI. Es encantadora. Vive a dos pasos de aquí, en la plaza del Angel... Diantre, ya se me olvidaba que mañana es su santo... (Se aproxima a la mesa de despacho y abre el cajón del centro.)

RAFAEL (Acercándose al velador.) ¿Y qué vas a hacer?

CLODOMI. Ayer al despedirme de ella le pregunté qué le gustaría que le regalara, y me contestó echándome los brazos al cuello: «Dame únicamente cinco mil pesetas, que te reservo una sorpresa.»

RAFAEL ¿Una sorpresa?

CLODOMI. (Cogiendo el dinero de la mesa de despacho.) Aquí está el dinero; cinco billetes nuevecitos de la última emisión que saqué esta mañana del Banco... (Los deja sobre la mesa mientras cierra el cajón de la misma.)

RAFAEL (Leyendo el sobre que contiene los cinco billetes.) «Banco Hispano-Americano.»

CLODOMI. ¡No queda un céntimo! Tendré que poner dinero para la pintora. Es la caja común. (Saca dinero de su bolsillo y lo mete en el cajón, y después recoge el sobre con los billetes y se lo guarda en la cartera.) ¡Y ahora, riéte de Don Juan Tenorio!

ESCENA X

Dichos y LORETO.

LORETO (Por el foro.) ¡Buenos días, cuñados!

RAFAEL (Recogiendo del diván su bastón y su sombrero.)
Buenos días, Loreto.

CLODOMI. (Friamente.) Doctora, a los pies de usted...
y hasta la vista.

LORETO ¿Dónde va usted tan de prisa?

CLODOMI. A casa de *mi planchadora*. (Vase apresuradamente por el foro.)

RAFAEL (Siguiéndole.) Te acompañaré hasta la puerta.

LORETO (Asombrada; a Rafael.) ¿Qué va a hacer en casa de la planchadora?

RAFAEL ¡Pregúntaselo a él, yo que sé! (Vase foro.)

ESCENA XI

LORETO sola; después REGINA y MARGARITA.

REGINA (Por la derecha, seguida de Margarita.) ¡Te repito que es inútil!

MARGARI. ¡Regina!...

REGINA (Disgustada.) ¡No insistas! (A Loreto.) ¡Ah! ¿Estás aquí?

LORETO Acabo de llegar. (Estrecha la mano de Regina, ésta se sienta después a la derecha del velador.)

MARGARI. ¡Hola, Loreto!

LORETO (Estrechando su mano.) ¿Por qué disputabais?

MARGARI. Porque su marido no es feliz.

LORETO ¿Qué más quiere ese mochuelo? (Sube hacia la derecha y deja la sombrilla en el diván.)

REGINA (A Margarita, que sube para irse.) ¡Ocúpate de tu hogar y no del mío! ¡Si quieres ser la eterna oprimida, eres muy dueña!

- LORETO ¡ Bien dicho ! (1)
- MARGARI. ¿ Pero aun sigues creyendo que la mujer es la eterna oprimida ? ¡ Qué tontería ! ¿ Cómo he de ser yo la oprimida , si hago de mi marido lo que quiero ? ¡ Y no soy la única , hay millones de mujeres que se encuentran en el mismo caso que yo ! ¡ Es tan sencillo... tan fácil !... ¡ Basta querer , basta con tomarse la molestia , basta... con ser mujer , con *ser una mujer de verdad* ! ¿ La eterna oprimida ? Con un beso o una sonrisa , ¿ qué no hacemos de un hombre... ? (Como si se dirigiera a las señoras que se hallan en el público.) ¿ La mujer más tonta del mundo , verdad que hace de un hombre lo que quiere ? (Después como si la hubiesen dicho : " sí ") ¡ Ya lo creo que estoy en lo cierto !
- REGINA (Que ha soltado su mano , como igualmente Loreto.)
- LORETO ¿ Y si yo no quiero rebajarme a sonreírle ?
- MARGARI. ¿ Y si ella no quiere rebajarse á... ? (Ruido de un beso.)
- MARGARI. Oye , ¿ sabes lo que te hace falta... ?
- REGINA ¡ No empieces con tus eternas monsergas sobre los hijos ! ¡ Estás muy atrasada !
- MARGARI. ¡ Y vosotras progresáis demasiado ! ¡ Ea , hasta la vista !
- REGINA ¡ Adiós !
- LORETO (Con desdén.) ¡ Bien se ve que no eres feminista !
- MARGARI. (En la puerta.) Porque tengo la convicción de que el feminismo es el enemigo de las mujeres. (Vase foro.)

ESCENA XII

REGINA, LORETO, después CLODOMIRO.

REGINA (Aproximándose al caballete.) ¡ Parece mentira que sea hermana nuestra !

(1) Regina.—Margarita.—Loreto.

- LORETO ¿Pero, en realidad, de qué se queja tu marido?
- REGINA Porque en mí, como en otros muchos artistas, la vida en absoluto está en el cerebro. (Se pone a pintar.)
- LORETO ¡Comprendido!
- CLODOMI. (Entrando por el foro; aparte.) La condesa no estaba en casa.
- LORETO (Bajo, a Regina.) ¡Silencio, es él! (Se levanta.)
- CLODOMI. (Aparte, bajando hacia la izquierda.) Le he dejado el dinero a su doncella.
- LORETO ¡Hola, cuñado!
- CLODOMI. (Alto, secamente.) ¡Hola!
- LORETO ¡Qué humor tan desagradable! (Aproximándose a Clodomiro.) Debe de estar enfermo del hígado. Déjeme usted que le examine.
- CLODOMI. ¡Tome un duro, pero no me toque usted! (¡Valiente matasanos!)
- LORETO (Subiendo hacia Regina.) ¡Gracias, señor *Ponche*!
- CLODOMI. (Furioso.) ¡No me llame usted así! ¡El nombre de una bebida! (Gritando como en los cafés.) ¡Mozo, un ponche!
- LORETO (Aproximándose al diván.) ¡Un nombre célebre!
- CLODOMI. (Irónico.) ¡Célebre! (Mirando al cielo.) ¿Velázquez, la has oído? El día que halle usted *un primo* que le de cinco duros por cualquiera de estos cuadros, incluyendo el marco, ese día diré: «¡*Ponche* vale... cinco duros... con marco! (Vase segunda izquierda.)

ESCENA XIII

REGINA, LORETO, después ASUNCIÓN y luego JOSEFINA.

- REGINA Es preciso ser tonta como yo para no llamarle...
- LORETO ¿Qué se puede esperar de semejante camueso? (Guardándose el duro de Clodomiro.) Yo al menos no esperaba este duro.

- ASUNCIÓN (Por el foro.) Señora.
- REGINA (Sin dejar de trabajar.) ¿Qué?
- ASUNCIÓN Está aquí la doncella de la señora condesa de Peñas-Arriba.
- REGINA (Lanzando un grito.) ¡Que pase, que pase inmediatamente !...
- ASUNCIÓN Bueno, señora. (Hace señas desde la puerta a Josefina, después vase.)
- REGINA (A Loreto.) Me traerá el importe del retrato.
- JOSEFINA (Por el foro.) ¿La señora de *Ponche*?
- REGINA Yo soy. (1)
- JOSEFINA Mi señora me ha encargado que si durante su ausencia me entregaba el señor Conde del Castillo el importe del retrato que se lo trajera a usted en seguida. (Entregándole el sobre llevado por Clodomiro.) Aquí tiene usted, señora, cinco billétes de mil pesetas.
- REGINA (Examinando los billetes y leyendo después el sobre.) «Banco Hispano-Américo.» (Dejando el dinero.) Gracias, voy a extender a usted el recibo. (Se aproxima a la mesa de escribir y escribe el recibo.)
- JOSEFINA (Pasando al centro.) Mucho se lo estimaré.
- LORETO Dígame, ¿forma usted parte de la Liga emancipadora, regeneradora y universal de las mujeres?
- JOSEFINA (Asombrada.) No, señora.
- LORETO ¡Pues debe usted hacerse socia, porque todos los hombres son unos tiranos !
- JOSEFINA (Sonriente.) Bien se ve que usted no conoce a mi novio...
- LORETO (Con piedad, aparte.) ¡Sacrifíquese usted por su sexo !
- REGINA (Acercándose a Josefina.) Tome usted el recibo.
- JOSEFINA Gracias, señora. (Saludando.) Ustedes lo pasan bien. (Vase foro.)

(1) Josefina—Regina—Loreto,

ESCENA XIV

REGINA, LORETO, después JUAN.

REGINA (Con loca alegría, recogiendo el dinero de la mesa.)
¡ Por fin voy a cerrar para siempre la boca a ese majadero !... (Mirando a la puerta de la segunda derecha.) ¡ Ya te diré yo ahora lo de los cinco duros...

LORETO ...con marco !

REGINA (Dirigiéndose a la mesa despacho.) ¡ Estas cinco mil pesetas no las daría yo ni por diez mil !

LORETO ¡ Harías mal !

REGINA (Rabiosa.) ¡ Se las voy a meter por las narices ! (Coge el dinero y lo guarda en la mesa.)

LORETO ¡ Mejor es que lo guardes ! (Coge su paraguas del diván.)

REGINA Te acompañaré. (Llama al timbre.) No se te olvide que cenas con nosotros.

LORETO ¡ Me es imposible : estoy de guardia en Cervantes !

REGINA (A Juan, que aparece en el foro.) Diga usted al señorito que deseo hablarle. (Vase Juan. A Loreto.) ¡ Le voy a apabullar !

LORETO ¡ Y harás muy bien, para que no vuelva a alzarle el gallo ! (Vanse foro.)

ESCENA XV

JUAN y CLODOMIRO.

CLODOMI. (Aparte, bajando al centro.) ¡ Esto no puede seguir así !... (Malhumorado.) ¡ Indudablemente será para pedirme dinero ! (Sacando billetes de banco de su cartera y abre el cajón de la mesa despacho para dejar el dinero viendo el sobre con las cinco mil pesetas dejadas por Regina en el mismo sitio donde él lo cogió anteriormente. Asombrado.) ¿ Eh ? (Guarda maquinalmente en el bolsillo los billetes que

sacó de la cartera.) ¡ Esto es célebre ! (Examina los cinco billetes del sobre y después se pasa la mano por la frente.) ¿ Padezco alucinaciones ? (Examinándolos nuevamente.) ¡ No cabe duda, son los cinco billetes que entregué antes a la doncella de la condesa ! ¡ Cinco billetes de la última emisión y (Leyendo la inscripción del sobre.) el sobre del Banco Hispano-Americano ! (Dejando el dinero en la mesa.) Alucinación de la vista... alucinación del tacto... ¡ Bah, bah ! (Llamá en el timbre.) ¡ Imposible !...

- JUAN (Por la segunda izquierda.) Señor...
- CLODOMI. Acércate, Juan, y mira. (Señalando el dinero de la mesa.) ¿ Qué ves ahí ?
- JUAN Dinero, señor, mucho dinero.
- CLODOMI. ¿ Qué dice en este billete ?
- JUAN (Leyendo.) « Mil pesetas. »
- CLODOMI. ¿ Y en este sobre ?
- JUAN (Idem.) « Banco Hispano-Americano. »
- CLODOMI. (Estupefacto.) (Luego, a no ser que padezca también alucinaciones del oído, debo deducir que no he cogido este dinero hace un instante, que no se lo entregué a la doncella... (Metiendo de nuevo los billetes en el sobre.) Es indispensable que se los envíe inmediatamente.) ¡ Juan ! (Cierra el cajón de la mesa y escribe el sobre.)
- JUAN Señor...
- CLODOMI. Lleva inmediatamente esta carta a la condesa de Peñas-Arriba en la plaza del Angel. Ya sabes, ¿ eh ?
- JUAN (Cogiendo el sobre.) Sí, señor, comprendido. (Vase rápidamente foro.)

ESCENA XVI

CLODOMIRO, luego REGINA y después ASUNCIÓN.

CLODOMI. (Solo, pasando a la derecha.) Yo que hubiera apostado la cabeza... ¡ para lo que me

sirve !... que había llevado este dinero a...

REGINA (Por el foro, viendo a Clodomiro.) ¡ El !)

CLODOMI. (Hablando consigo mismo.) (...y que se lo había entregado...)

REGINA Caballero...

CLODOMI. (Volviéndose.) ¡ Ah, la pintora !)

REGINA (Mirándole fijamente a los ojos.) Hace un instante me dijo usted en mi cara : « Cuando encuentre usted *un primo* que le dé cinco duros por cualquiera de esos cuadros—tales fueron sus palabras—incluyendo el marco, ese día diré... »

CLODOMI. (Con cómica indignación.) ¡ Sí, señora, la dije a usted eso en su cara y estoy dispuesto a repetírselo de perfil y de medio lado !

REGINA Pues ha de saber usted...

ASUNCIÓN (Por el foro, con una cuenta en la mano.) Una cuenta, señora. Vase foro.)

CLODOMI. (Cogiendo la cuenta y leyendo.) « Muñoz, molduras y marcos de todas clases.—Mil trescientas pesetas. » (Hablado.) ¿ Lo ve usted ?

REGINA (Triunfante.) Haga el favor de esa cuenta.

CLODOMI. (Asombrado, dándosela.) Tome usted.

REGINA (Mirándole fijamente.) Yo la pagaré.

CLODOMI. No hay ni un céntimo en la mesa...

REGINA (Idem.) Con mi dinero.

CLODOMI. ¿ Cómo dice usted ?

REGINA (Recalcando las palabras.) ¡ *Con-mi-di-ne-ro* !
(se dirige al cajón de la mesa y lo abre.)

CLODOMI. (Con extrañeza.) ¿ Su dinero ?)

REGINA (Lanzando un grito al ver que las cinco mil pesetas que dejó en el cajón han desaparecido.) ¡ Tendría que ver !

CLODOMI. (¿ Eh ?)

REGINA (Abriendo los cajones uno tras otro.) ¡ Ha desaparecido !) (Aproximándose a Clodomiro.) Sólo usted y yo tenemos llave de esta mesa... ¿ Ha cogido usted por casualidad el dinero que había aquí ?

CLODOMI. Sí, pero no por casualidad.

- REGINA (Conteniéndose a duras penas.) ¡ Se necesita desfachatez !
- CLODOMI. ¿ Desfachatez para coger mi dinero ?
- REGINA ¿ Su dinero de usted ?
- CLODOMI. (Recalcando las palabras.) ¡ Sí ; mi-di-ne-ro !
- REGINA ¿ Cinco billetes de mil pesetas metidos en un sobre del Banco Hispano Americano ?
- CLODOMI. ¡ Precisamente !
- REGINA (Exasperada.) Señor Argumosa : no me gustan las bromas de mal género. ¡ Sólo me faltaba ahora que me robara usted el precio de mi trabajo !
- CLODOMI. ¿ Quiere usted hacerme creer que ha ganado cinco mil pesetas ?
- REGINA Sí, señor.
- CLODOMI. ¿ Por pintar un lienzo ?
- REGINA. (Subiéndose de tono.) ¡ Sí, señor !
- CLODOMI. ¡ Se ha vuelto loca ! ¡ Pero infeliz, si te llaman en Madrid *Ponche la invendible* ! En política ese sería un elogio, pero en pintura...
- REGINA (Avanzando hacia él.) ¡ Oh, es demasiado... !
- CLODOMI. ¡ Ya lo creo que es demasiado ! ¡ Si me hubieras dicho treinta o cuarenta duros, quizás te hubiera creído !... ¡ Pero cinco mil pesetas... ! ¡ Ni que uno fuera tonto !
- (Vase segunda izquierda.)

ESCENA XVII

REGINA, luego ASUNCIÓN y después CONDESA.

- REGINA (Sola, a la derecha.) ¡ Qué desahogado !
- ASUNCIÓN (Por el foro, anunciando.) La señora condesa de Peñas-Arriba.
- REGINA Que pase. (Asunción hace pasar a la condesa y después vase.)
- CONDESA Buenos días, querida maestra.
- REGINA Señora... (Mientras habla la condesa, Regina expresa una estupefacción profunda.)
- CONDESA Al regresar a mi casa hace un instante,

encontré en la puerta al ayuda de cámara del Conde del Castillo que me traía las cinco mil pesetas ; inmediatamente tomé de nuevo mi coche para traérselas personalmente. Aquí tiene usted el precio de su trabajo : cinco billetes de mil pesetas...

(Deja el dinero en la mesa.)

REGINA Pero...

CONDESA Haga el favor de contarlos.

REGINA (Aproximándose y leyendo el membrete del sobre, estupefacta.) ¡ Cinco billetes nuevecitos ! Banco Hispano Americano. ¡ Su letra !

CONDESA ¿Qué le pasa?... ¿Está usted pálida...?

REGINA ¡ Nada... el calor... ! ¿Quiere usted hacerme el favor de pasar un instante a esa habitación ? (Indicando a la derecha.)

CONDESA (Asombrada.) ¿ Ahí ?

REGINA Quiero darla una sorpresa. No salga usted hasta que no oiga dar tres palmadas. Yo se lo ruego.

CONDESA (Cada vez más asombrada.) Bueno... (Al hacer mutis por derecha.) ¡ Todos los artistas son tan originales !)

ESCENA XVIII

REGINA, luego ASUNCIÓN y después CLODOMIRO.

REGINA (Sola, llama en el timbre.) ¡ Tendría que ver ! (A Asunción, que aparece por el foro.) Diga usted al señor que venga.

ASUNCIÓN Bueno, señora. (Vase segunda izquierda.)

REGINA (Sola, paseando agitada.) ¡ Ya lo creo que tendría que ver ! (Clodomiro por la segunda izquierda. Al verle ; dominante.) ¡ Caballero !

CLODOMI. (Lanzando un grito al ver el dinero en la mesa.) ¿ Eh ? (Admiradísimo. Se acerca, mira, lee y relee la inscripción del sobre.) « Banco Hispano Americano. » ¡ No hay duda ! ¡ Comienzan de nuevo las alucinaciones !)

REGINA ¿Qué le pasa a usted ?

- CLODOMI. Mande inmediatamente por un médico... pero no por su hermana.
- REGINA (Con gravedad.) ¿Se siente usted indispuesto?
- CLODOMI. (Sañalando al dinero y dejándose caer en el sillón.) Padezco alucinaciones.
- REGINA ¿Usted cree...?
- CLODOMI. (Sin dejar de mirar el dinero.) ¡Estoy completamente seguro de ello!
- REGINA ¡Es inútil que venga un médico! (Da tres palmadas. Clodomiro la mira sin comprender. Entra la condesa por la derecha.)

ESCENA XIX

REGINA, CLODOMIRO y la CONDESA.

- CLODOMI. (Lanzando un grito.) ¡La Condesa! (Se levanta.)
- CONDESA ¡El Conde del Castillo! (Ambos se miran con asombro.)
- REGINA (Irónica.) ¡Cuadro de... *Ponche!*
- CONDESA ¿Usted aquí?
- REGINA ¡Sí, señora, (Presentando.) mi marido, don Clodomiro Argumosa!
- CONDESA (Indignada.) ¿Eh?
- CLODOMI. (¡Agua va!)
- CONDESA (Aproximándose a Clodomiro.) ¡Un conde de pega...! ¡Caballero, me ha engañado usted villanamente!
- REGINA (Pasando a la derecha.) ¡Ah! ¿Usted cree que la engañada ha sido usted? (1)
- CLODOMI. (A la Condesa.) Yo la ruego, amiga mía...
- REGINA. ¿Pero se ha vuelto usted loco? ¡Atreverse a consolarla delante de mí!
- CLODOMI. ¿...qué significan estas cinco mil pesetas?
- REGINA Significan que he pasado por la humillación de hacer el retrato de su amante de usted.

(1) Clodomiro—la Condesa—Regina.

CONDESA ¡ El retrato que yo reservaba para darle una grata sorpresa !

REGINA ¡ Pues como sorpresa sobrepaja a cuanto usted había imaginado ! (A la Condesa.) ¡ Y ahora arreglaremos nuestros asuntos de familia !

CONDESA Comprendo, señora. (Sube. Clodomiro la hace una inclinación.) ¡ Le prohibo a usted que me salude, plebeyo ! (¡ Un Argumosa, qué horror ! (Vase foro.)

ESCENA XX

CLODOMIRO y REGINA.

REGINA ¿ Luego una artista como yo se ha casado con un hombre tan insignificante como usted para que la engañe de esa manera ?

CLODOMI. ¡ De ello tú tienes la culpa ! (Tratando de coger el dinero.)

REGINA (Precipitándose e impidiéndolo.) ¡ Deje usted eso ahí !

CLÓDOMI. ¡ Es mío !

REGINA ¡ Es fruto de mi trabajo !

CLODOMI. Es posible que sea el fruto, pero yo soy el árbol... ¡ Devuélvemelo !

REGINA (Pasando a la derecha.) ¡ Nunca ! Y ahora oiga usted mi resolución.

CLODOMI. Di.

REGINA Nada de escándalo. Nos separaremos amigablemente y usted me pasará una pensión de cincuenta mil pesetas.

CLODOMI. ¿ A una mujer que gana mil duros por un retrato ? ¡ Nunca en mis días !

REGINA ¡ Pues pleitearemos !

(Aparece doña Emilia en el foro.)

CLODOMI. ¡ Ya lo creo que pleitearemos !

ESCENA XXI

Dichos y DOÑA EMILIA.

- EMILIA ¡ Un pleito ! ¡ Por fin ! ¿ Contra quién ? (1)
- REGINA Ven, te necesito como madre y como abogada.
- EMILIA ¿ Qué pasa ?
- REGINA ¿ Sabes quién era esa Peñas-Arriba de pacotilla ?
- EMILIA ¿ Quién ?
- CLODOMI. (Con aire de desafío.) ¡ Mi amante !
- EMILIA ¡ Qué cínico !
- REGINA ¿ Le has oído ?
- EMILIA ¡ Tranquilízate, yo te defenderé contra este malhechor !
- REGINA ¡ No tienes sentido moral !
- CLODOMI. Pero tengo todos los demás sentidos.
- REGINA ¡ Adiós, señor mío, ya nos veremos en los Tribunales ! (Vase por la derecha.)
- EMILIA (A Clodomiro.) Voy a abogar por la mujer oprimida y traicionada contra el hombre que reclama para sí el derecho a la infidelidad y para la mujer el derecho a las lágrimas. ¡ La sagrada causa del feminismo !
- CLODOMI. (Exasperado, a Emilia.) ¿ Cuándo va usted a dejar de fastidiarme con el feminismo ?
- EMILIA (Amenazadora.) ¿ Eh ?
- CLODOMI. (Haciendo cara a doña Emilia.) ¡ Me tiene usted ya frito... harto !... ¡ ¡ Calígula !! (Vase furioso por segunda izquierda.)
- EMILIA ¡ Yo abofeteo a ese carretero !
- (Se lanza en su persecución. Apenas ha desaparecido ella, cuando se abre la puerta de la primera izquierda y entra Rosa seguida de don Prudencio.)

(1) Clodomiro—Doña Emilia—Regina.

ESCENA XXII.

DON PRUDENCIO y ROSA. Después DOÑA EMILIA.

ROSA (Con el cesto de la ropa.) Hasta la vista, don Prudencio.

PRUDEN. (Acarameliado.) ¡Adiós, Rosita!

ROSA (Pasando a la derecha.) No se olvide usted del mantón que me ha ofrecido.

PRUDEN. (Abrazándola.) ¡No!

ROSA (Dejándose abrazar.) ¡Los que más me gustan son los alfombrados!

PRUDEN. ¡Descuida, Rosa de Jericó, que tendrás uno!

ROSA (Con alegría.) ¡Gracias, don Prudencio! (Le da un abrazo tan impetuoso que le hace daño.)

EMILIA (Por el foro.) (¡Ha huído, el sin vergüenza!) (Deteniéndose estupefacta en el dintel al ver a Rosa y a don Prudencio.) (¿Qué veo?)

PRUDEN. (Abrazando a Rosa.) ¡Estoy harto de la loca de mi mujer!

EMILIA (Bajando hacia la izquierda, con voz de trueno.) ¡Señor de Calzadilla!

PRUDEN. (Aterrado.) ¿Eh?... (Volviéndose y lanzando un grito.) ¡Mi mujer!

ROSA (Lanzando un grito.) ¡Ah! (Huye rápidamente por la puerta del foro, que ha quedado abierta.)

PRUDEN. (Atontado.) ¡La loca! (Llamando.) ¡Clodomiro! ¡Clodomiro!

EMILIA (Amenazadora.) ¡Ahora te la vas a ganar por los dos!

PRUDEN. (Con voz desesperada.) ¡Clodomiro! ¡Clodomiro! (Prudencio quiere huir, pero Emilia le corta la retirada. Se esconde detrás del caballete y Emilia avanza hacia él terrible, tratando de cogerle.)

PRUDEN. (Temblando con todo su cuerpo y con voz ahogada.) ¡Clodomiro!... ¡Clodo...! (Ocurriéndosele de pronto una idea salvadora.) ¡Ah! (Coge de repente el peplo y lo arroja a la cabeza de Emilia, huyendo)

rápidamente por la segunda izquierda y cerrando la puerta tras sí.)

EMILIA

(Tratando de librarse del peplo que la cubre el rostro y la cabeza.) ¡No te me escaparás, adúltero, no te me escaparás!

TELÓN RÁPIDO

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La misma decoración del acto anterior.

ESCENA PRIMERA

ASUNCIÓN y MARGARITA.

Al levantarse el telón la escena está desierta. Entra Margarita por el foro seguida de Asunción.

MARGARI. ¿No ha vuelto aun mi hermana?

ASUNCIÓN. Todavía no.

MARGARI. Bueno, la esperaré.

ASUNCIÓN. ¡Qué lástima que un matrimonio termine así!

MARGARI. (Suspirando y sentándose a la derecha.) ¡Verdad!

ASUNCIÓN. Una mujer, pase lo que pase, nunca debe de abandonar a su marido...

MARGARI. Tiene usted razón.

ASUNCIÓN. (Prosiguiendo.) ¡...cuando este tiene sesenta mil duros de renta!

MARGARI. (Sonriendo.) ¡Ah, vamos...! (Llaman dentro.) Sin duda es mi hermana; abra usted inmediatamente.

ASUNCIÓN. (Sin moverse.) Deje usted que ya abrirá Juan.

ESCENA II

Dichos y REGINA.

MARGARI. (A Regina, que entra muy agitada y muy nerviosa.) ¡Gracias a Dios! ¿Han pronunciado la sentencia de divorcio?

REGINA Lo ignoro.

MARGARI. ¿Cómo que lo ignoras?

REGINA (Quitándose el sombrero.) ¡Ay, Margarita, qué escándalo! Mira, jamás... (A Asunción.) ¿Ha hecho usted ya mis baúles?

ASUNCIÓN Todavía no.

REGINA Pues hágalos en seguida y llévase mi sombrero. (Dádoselo.)

ASUNCIÓN Bueno, señora. (Vase foro.)

ESCENA III

REGINA y MARGARITA.

MARGARI. ¿Un escándalo? ¡Habla pronto!

REGINA ¡Y qué escándalo! La vista ha sido suspendida y papá se encuentra detenido.

MARGARI. (Inquieta.) ¿Detenido? ¿Por qué?

REGINA Debido a los relatos de la prensa, la vista había despertado extraordinario interés. Al acto acudió el público de los estrenos... ¡y qué publicuito! Nuestra entrada produjo gran sensación. Era imposible dar un paso en las galerías de la Audiencia. De pronto oigo la voz de Clodomiro que dice con sorna a mi oído: «¡Señora Calígula, a los pies de usted!» Y añade a continuación: «¡Mis recuerdos a Incitato!»

MARGARI. ¿Incitato?

REGINA ¡Sí, el caballo de Calígula! Mamá, que como abogada iba dispuesta a ponerle de oro y azul, como suegra estuvo a punto de estrangularle; pero se dominó, saboreando previamente el triunfo.

MARGARI. ¿Tan segura estaba de vencer?

REGINA ¡Naturalmente! El presidente de la Sala era nada menos que don Homobono Cañete, aspirante que fué a su blanca mano. La Sección quinta estaba completamente llena por las señoras de la Liga y por un

público que preveía un escándalo tremendo. La espectación subió de punto cuando el presidente, contemplando amorosamente a mamá, la concedió la palabra.

MARGARI. ¿Y estuvo afortunada?

REGINA ¡Elocuentísima! Ríete de las célebres filípicas de Cicerón ante las diatribas de mamá contra su yerno, las alusiones a su marido y argumentos que adujo contra el sexo peligroso, y que motivaron frecuentes rumores y protestas de los hombres. Puso fin a su discurso con un párrafo elocuente, solicitando para mí una pensión alimenticia de cincuenta mil pesetas anuales.

MARGARI. ¿Qué te han concedido?

REGINA Lo ignoro. Sólo sé que el abogado de mi marido, que es un ironista, y a quien llaman en el Colegio de Abogados el Benavente del foro, devolvió con creces a mamá sus reticencias y alusiones, coreado por las risas del auditorio. Tuve que oír sonrojada los más íntimos detalles de nuestro matrimonio y el que acaeciese la conducta de mi marido a haber sido rechazado constantemente por mí, viéndose obligado a buscar fuera de su hogar el amor que en el suyo le era negado.

MARGARI. ¡Es cierto!

REGINA Y por último, declaró que la culpa no era toda mía, sino de nuestra madre, que estaba completamente desequilibrada con lo del feminismo, y que me había educado, no a su imagen, sino a su caricatura.

MARGARI. ¡Qué vergüenza!

REGINA Mamá protestó de aquellas palabras, y pidió que constasen en el acta. El presidente trató de calmarla, pero todo fué en vano. Exasperada le llamó Juan Lanás, y aquí fué Troya. «¡Eso serías—exclamó papá avanzando en medio del estrado y dirigiéndose a Cañete—si te hubieras ca-

sado con ella, como hice yo!» Entonces se produjo un escándalo fenomenal. Mamá, furiosa e indignada, bajó de su asiento y le pegó una tremenda bofetada. Papá se precipitó sobre ella para devolvérsela, pero en aquel instante se interpuso un ujier y fué él quien la recibió. Enloquecida y avergonzada huí precipitadamente, mientras comenzaba una verdadera batalla campal y papá era detenido.

MARGARI.

¡Pobre papá!

REGINA

Por fin me vi fuera de la Audiencia. En aquel momento pasaba un simón, subo a él y doy las señas de casa al cochero, recomendándole que fuera de prisa... ¿Y sabes lo que oigo? (Imitando la voz del cochero.) ¡Arre, Calígula! ¡Arre, Calígula! ¡El caballo se llamaba!... Y durante todo el trayecto no he cesado de oír... Ese maldito nombre me persigue por todas partes. ¡Ay, yo me ahogo, haz favor de abrir la ventana!

MARGARI.

¡Pobre Regina!... (Abre la ventana.)

VOZ

(Dentro.) ¡Extraordinario de *Los Sucesos* con el escándalo de la Audiencia!

MARGARI.

REGINA

} ¿Eh

VOZ

(Idem.) ¡La familia Calzadilla!... ¡Un marido aburrido de Calígula!

REGINA

(Vivamente, tapándose los oídos.) ¡Cierra, cierra la ventana!

MARGARI.

Bueno... (Cierra la ventana.)

REGINA

(Desesperada.) ¡Y ahora los periódicos!...

ESCENA IV

Dichos y LORETO.

LORETO

(Por el foro, con un ojo completamente amoratado.)
¡Ah, canalla, más que canalla!

MARGARI.

REGINA

} ¡Loreto!

LORETO Un guardiá me ha puesto este ojo como una berengena.
 MARGARI. ¡Qué atrocidad! (1)
 LORETO Pero yo le he puesto la cara como un mapa en relieve.

ESCENA V

Dichas y ASUNCIÓN; después EMILIA.

ASUNCIÓN (Rápidamente por el foro.) ¡Señorita, aquí viene su mamá!...

REGINA Al fin vamos a saber...

ASUNCIÓN ¡Y en qué estado! (Aparece Emilia en un estado lamentable. Viste la toga de abogado, pero ésta se halla hecha trizas, el birrete aboyado y echado a un lado y lleva una cartera grande bajo el brazo.)

EMILIA (Entrando como una bomba.) ¡Ah, ladrón, bandido, foragido!

MARGARI. (Compasiva.) ¡Mamá!...

EMILIA (Exasperada, sentándose en una silla que Asunción ha puesto en el centro.) ¡Qué canalla! (A Regina y Loreto.) Apenas os habíais ido cuando entró con un papel en la mano... (2)

REGINA ¿Quién?

EMILIA Ese Juan Lanas de Cañete.

REGINA ¿Y qué?

LORETO (Señalando a Regina.) ¿Ha logrado ésta lo que quería?

EMILIA (Dándole la cartera, después de haber sacado de ella un papel.) ¿Logrado?... Oye... (Loreto entrega la cartera a Asunción, quien la deja en el velador. Emilia, leyendo.) «Resultando que, si el señor Argumosa se divertía fuera de su casa...» (Hablando.) ¿Divertía? ¡Qué estilo!

REGINA } Continúa, continúa.
 LORETO }

(1) Regina—Loreto—Margarita.

(2) Regina. —Emilia. —Loreto. —Margarita. —Asunción; ésta detrás de Emilia.

- EMILIA (Continuando.) «...la señora de Argumosa no debía de haber olvidado...» (Hablado.) ¡La parcialidad no puede ser más manifiesta!
- REGINA } Continúa, continúa.
LORETO }
- EMILIA (Prosiguiendo la lectura.) «...Resultando que el papel de la mujer en la sociedad moderna, como en la más remota antigüedad, consiste en ocuparse de su hogar y de su marido, y no exclusivamente de Calíg...»
- REGINA (Poniéndole rápidamente la mano en la boca.) No pronuncies ese nombre, que me crispa los nervios.
- EMILIA ¡Bueno, hija mía! (Continuando.) «...Y que, por otra parte, la señora de Argumosa ha sido educada por una madre...» (Hablado.) ¡Granuja, más que granuja!... (Prosiguiendo.) «...por una madre que no goza de todas sus facultades...»
- ASUNCIÓN (Afirmando.) Eso es verdad.
- EMILIA (Levantándose furiosa.) ¿Eh?
- ASUNCIÓN (Vivamente.) ¡Señora, se me ha escapado sin querer!
- EMILIA Váyase usted.
- REGINA (Con voz más dulce, mientras deja de nuevo la silla junto al velador.) Retírese, Asunción.
- ASUNCIÓN Bueno, señora.
- EMILIA No sé cómo me he podido contener sin abofetear a esa insolente.
- LORETO Cálmate.
- REGINA (A Emilia.) Prosigue, mamá.
- EMILIA (Prosiguiendo.) «...Resultando que, la señora de Argumosa ha sido educada por una madre...» (Hablado.) No, prefiero pasar también esto por alto. (Continuando.) «...Vistos los artículos... etc., etc., la Sala rechaza la demanda de divorcio presentada por la señora doña Regina Calzadilla de Argumosa, condenándola al pago de las costas y recordándola...»

REGINA ¿Qué?

EMILIA Que debes obediencia a tu marido. Pero tranquilízate, hija mía, recurriremos en alzada al Tribunal Supremo. Voy inmediatamente a telefonar... (Dirigiéndose hacia la primera derecha.)

REGINA (Siguiendo a Emilia.) ¿Luego quieres comenzar de nuevo con Calígula? (Se calla vivamente.)

LORETO }
EMILIA }

REGINA ¿Otro nuevo escándalo en los Tribunales?

EMILIA ¡Eso para ti es un reclamo tremendo! (1)

REGINA ¡Ah! ¿Luego crees...?

EMILIA ¡Naturalmente!

REGINA ¡No seas tonta! (Señalando a los cuadros.)
¡Ya verás cómo se venden todos esos como pan bendito!

REGINA (Decidida.) ¡No y cien veces no! ¡Ya es bastante! ¡Nos separaremos amigablemente y hemos terminado!

EMILIA ¿Y tu pensión, desgraciada?

REGINA ¡Renuncio a ella!

EMILIA ¿Estás loca?

MARGARI. ¡Tienes razón!

EMILIA (A Regina.) ¡Pero eso sería una retirada, una abdicación, una derrota!

LORETO ¡Acuérdate de la Liga!

EMILIA ¡Todo Madrid tiene fijo los ojos en nosotras!

REGINA ¡Pero yo no quiero que conozca mi vida íntima todo Madrid!

EMILIA Además, sería el triunfo de los Argumosa, de los Calzadilla, de todos esos miserables...

MARGARI. (A Emilia.) Yo te suplico que no hables mal de papá ante mí.

EMILIA (A Margarita.) ¡No faltaría más sino que defendieras a un hombre que ha querido

(1) Loreto—Regina—Emilia—Margarita.

devolverme la bofetada que le di, por lo cual ha sido detenido ! ; Si no le ponen en libertad hasta que yo salga fiadora, se va a divertir !

MARGARI. ¡ Pues yo saldré fiadora !

EMILIA Margarita, te prohibo...

MARGARI. ¡ Es inútil, mamá, voy por él ! (A Regina.)

¡ Y tú, ten juicio ! (Vase foro.)

EMILIA (Indignada.) ¡ Y esta es hija mía... ! (A Regina.) En cuanto a ti...

REGINA ¡ Ya he resuelto lo que tengo que hacer !

EMILIA ¡ Pues me opongo a ello como madre, como abogada y como presidenta !

LORETO ¡ Y yo como hermana y como secretaria !

REGINA (Queriendo protestar.) Pero...

EMILIA ¡ Tú te debes a tu causa ! (Yéndose por primera derecha.) Voy a telefonar a... (Mutis.)

REGINA (Exasperada.) ¡ Tendría que ver !

LORETO Tú te debes...

REGINA (Secamente, sentándose junto al velador.) ¡ Déjame en paz !

LORETO (Incomodada.) ¡ Buenò, mujer ! (Al ir por la derecha, mirando a Regina.) (¿ Será tal vez... ?
¡ No, no, imposible !)

ESCENA VI

REGINA y DON PRUDENCIO.

Abren la puerta del foro con precaución y aparece en ella completamente transformado don Prudencio ; levita, calzado de charol y botines, guantes de color, sombrero de copa, flor grande en el ojal, bastón de moda y monóculo. Lleva el pelo teñido de un color sumamente brillante.)

PRUDEN. (Sin ver a Regina, dejándose caer en el diván.) ¡ Ay, no puedo más !

REGINA (Volviéndose al ruido y lanzando un grito al ver a don Prudencio, a quien no conoce.) ¿ Quién es usted ? (Se levanta.)

PRUDEN. (Levantándose.) ¡ Hija mía !

REGINA (Estupefacta.) ¡Papá! Como hace tantos días que no has parecido por casa y vienes tan transformado, no te he reconocido.

PRUDEN. (Se acerca a la puerta del foro, y después de convenirse que no hay nadie, misteriosamente.) ¿Está tu madre?

REGINA ¡No! ¿Le han puesto a usted en libertad?

PRUDEN. Hace un instante. Mi antiguo rival, el señor Cañete, compadecido de mi triste situación, dió orden de que me soltaran, añadiendo que mi mayor castigo es haber vivido tantos años bajo el poder de esa harpía... (Limpiándose el sudor y enseñando su pañuelo completamente manchado de negro.) ¡Cómo se hubiera reído de mis canas, si yo no tuviera la precaución de teñírmelas!

REGINA ¡Pobre papá! ¿Y qué piensas hacer?

PRUDEN. Pues abandonar inmediatamente esta pícara tierra...

REGINA ¿Eh?

PRUDEN. (Levantándose.) ...Y divertirme en grande en París. (Muy emocionado.) ¡Ya ves a dónde me han conducido las locuras de tu madre: a tener que ir a divertir al extranjero al cabo de los cincuenta y nueve años cumplidos! (Cada vez más emocionado.) ¡La edad en que se debe vivir tranquilamente rodeado de sus hijos y de sus nietos...! (Llorando.) ¡Qué ejemplo para vosotras, pero ya es demasiado tarde!

REGINA (Emocionada.) ¡Papá!

PRUDEN. (Abrazándola.) Adiós... Abraza a tus hermanas de mi parte... y a Rafael, y al excelente Clodomiro... (Rectificando.) No, a ese no, puesto que...

REGINA Bueno, pero no te vayas...

PRUDEN. Son las cinco, y sólo me queda tiempo de ir a buscar a Rosa...

REGINA ¿A Rosa?

PRUDEN. Sí... nuestra antigua planchadora. ¡Le

estropean a uno tanto la ropa en París !

REGINA ¡ Ah !

PRUDEN. (Aproximándose a la puerta de la primera izquierda.)

¡ Adiós, hija mía !

REGINA (Acercándose a él y dándole su sombrero, que había dejado en el velador.) Papá, tu sombrero...

PRUDEN. ¡ Gracias ! Bajaré por la escalera de servicio...

REGINA ¿ Para qué ?

PRUDEN. (Ya en el dintel de la puerta.) ¡ Para despedirme y de paso abrazar a las criadas ! (Vase sollozando por primera izquierda.)

ESCENA VII

REGINA, después JUAN.

REGINA (Bajando a la izquierda.) ¡ Verdaderamente hay que confesar que no ha sido muy feliz !

JUAN (Por el foro.) Esta carta para la señora. (Se la entrega y vase.)

REGINA (Abre la carta, mira la firma y lanza un grito, sentándose al velador.) ¡ La condesa de Peñas Arriba ! ¡ Y se atreve a escribirme ! (Leyendo.) « Señora : Hace dos meses que mi retrato está colgado en el salón de casa, y los socios del Club, al contemplarle, lanzan gritos de horror. No solo no le hallan parecido, sino que un perito en pintura que lo ha examinado, me ha dicho que vale unas doscientas pesetas... debido al marco, pero que por el lienzo no daría dos duros. Ruego a usted, pues, señora, que envíe a recogerlo inmediatamente, y confío en su honradez para que me devuelva mi dinero. Caso contrario, me verá obligada a llevar a usted a los Tribunales... » (La lectura de esta carta, comenzada nerviosamente y con cólera, acaba con lágrimas

en la voz; luego Regina mira la carta algunos instantes, y silenciosamente, después de haberla metido en el sobre, la deja en la mesa y se enjuga una lágrima.)

ESCENA VIII

REGINA y CLODOMIRO.

CLODOMI. (Por el foro, muy excitado, aparte sin ver a Regina y pasando a la derecha.) ¡Con esa sentencia me voy a divertir!

REGINA (Viendo a Clodomiro y levantándose.) ¡Eh!

CLODOMI. (Al ver a Regina, aparte.) (¡Ella!) (Alto.) Señora, sabe usted...

REGINA (Con mucha calma.) Sí, señor. Y renuncio a apelar ante el Supremo.

CLODOMI. (Sorprendido.) ¿Eh?

REGINA Nos separaremos amistosamente.

CLODOMI. ¡No, prefiero el divorcio! Quiero recuperar mi libertad plena y completa.

REGINA Entonces apele usted, que yo no me opondré.

CLODOMI. (Asombrado.) ¿No? (Aparte, ocurriéndosele una idea.) (¡Desconfiemos, ella trama algo!)

REGINA En cuanto al motivo...

CLODOMI. Es inútil que nos molestemos en buscarlo. (Señalando el cuadro.) Usted me cerró su puerta por Calígula.

REGINA (Interrumpiéndole rápidamente.) ¡No pronuncie usted ese nombre, que me crispa los nervios!

CLODOMI. ¿Eh?

REGINA ¡Es lo único que le suplico, y se lo ruego, no sólo por mí, sino por usted! Evitemos que el público sepa secretos íntimos que solo sirven para ponernos en ridículo y que resultan molestos para ambos.

CLODOMI. ¿Luego es...?

REGINA Por eso y nada más que por eso.

CLODOMI. (¡No hay duda, trama algo!)

REGINA Busquemos otro motivo...

CLODOMI. En ese caso, ¿quiere usted que consultemos con un abogado?

REGINA (Dirigiéndose a la derecha.) Avisaré a mi madre.

CLODOMI. (Pasando a la izquierda; vivamente.) ¡No, a ella no!

REGINA Podemos elegir entre las injurias y sevicias graves...

CLODOMI. (Ocurriéndosele una idea.) ¡Sí, una bofetada ante testigos!

REGINA Estoy dispuesta a recibirla.

CLODOMI. (Indignado.) ¿Abofetear a una mujer?... ¡Nunca! (Noblemente.) ¡Será usted quien la dará! (Se dirige hacia el timbre y llama.)

REGINA (Ingenuamente.) Con mucho gusto... Es decir...

CLODOMI. (Después de haber llamado, acercándose nuevamente a Regina.) En cuanto a la pensión...

REGINA (Vivamente.) ¡No hablemos de ella, se lo ruego!

CLODOMI. (Estupefacto.) ¿Luego...

REGINA (Sonriente.) ¡Será el precio de la bofetada!

CLODOMI. ¿Cómo? ¿También renuncia usted...? ¿Y su madre lo sabe?

REGINA Sí.

CLODOMI. ¿Y no se ha muerto de repente?

REGINA No.

CLODOMI. (¡No me cabe duda, traman una venganza espantosa!)

REGINA He reflexionado bien hace un instante y quiero proceder noblemente con usted. (Pasa a la izquierda.)

CLODOMI. (Cada vez más asombrado.) ¿Pero desgraciada, qué vas a hacer para vivir?

REGINA (Contemplando melancólicamente la carta de la condeza que se halla sobre el velador.) Retratos. (Se sienta y rompe la carta.)

CLODOMI. ¡Retratos!... ¡No quisiera decirle nada desagradable en el momento de despedirnos en estas condiciones, pero...

¿quiere usted aceptar cincuenta mil pesetas anuales?

REGINA No.

CLODOMI. ¿Veinticinco mil, entonces?

REGINA No, señor.

CLODOMI. ¡Vaya!... ¿Doce mil quinientas... nada más que doce mil quinientas... para los marcos?

REGINA Le quedo sumamente agradecida por su generosidad, pero le repito... (Gesto de Clodomiro.) ¡Me disgustaré si insiste usted más!

CLODOMI. ¡Bueno! Pero como lleva usted mi nombre, si alguna vez lo necesitara... (Señalando a los cuadros que adornan las paredes.) estoy dispuesto a comprarle todos esos.

REGINA (Vivamente.) ¿Para usted?

CLODOMI. (Idem.) ¡No, para un museo provincial!

ESCENA IX

Dichos y JUAN.

JUAN (Por el foro.) ¿Ha llamado el señor?

CLODOMI. Diga usted que vengan a la Portera, al Cocinero y a la Doncella.

JUAN (Asombrado.) Bueno, señor. (Vase.)

ESCENA X

REGINA y CLODOMIRO; después la PORTERA, el COCINERO, ASUNCIÓN y JUAN.

CLODOMI. (A Regina.) Los testigos.

REGINA Bueno.

CLODOMI. Es preferible acabar en seguida con...
(Gesto de abofetear.)

REGINA Tiene usted razón.

PORTERA (Aparece en la puerta del foro, seguida del Cocinero

(ambos tipos muy cómicos), de Asunción y de Juan.)

¿Nos ha mandado llamar el señor

CLODOMI. ¿Es usted, Paca...? Pase usted. (Al Cocinero.) Y usted también, Manolo... Pasen, pasen ustedes.

PORTERA }
COCINERO } (Saludando.) Señor... Señora...

CLODOMI. ¡Siéntense ustedes! (La Portera y el Cocinero le miran asustados.)

CLODOMI. (Con imperio.) ¡Siéntense ustedes!

ASUNCIÓN (Indicando también a Juan.) ¿Nosotros también, señor?

CLODOMI. ¡Siéntense todos; vamos a comenzar en seguida! (Los cuatro se miran asombrados unos a otros. La Portera se recoge la falda y se sienta en una silla a la derecha. El Cocinero saca su pañuelo, lo extiende sobre una silla y se sienta encima. Asunción y Juan se sientan igualmente. Todos se hallan en fila.)

PORTERA (Bajo al Cocinero, que está sentado junto a ella.) ¿Qué será?...

COCINERO (Bajo, encogiéndose de hombros.) ¡No sé!

CLODOMI. Bueno, ahora que todos están sentados... (A Regina.) Señora, cuando usted guste...

REGINA (Levantándose.) Estoy dispuesta. (Los cuatro domésticos, cada vez más asombrados, se miran interrogativamente.)

CLODOMI. ¡Fíjense ustedes bien lo que vamos a hacer la señora y yo!

LOS CUATRO (Alternativamente y acercándose con curiosidad.) ¡Sí, señor! ¡Sí, señor!

CLODOMI. Dentro de algunos días el Juez os citará y os preguntará: Señora Francisca...

COCINERO ¿A mí también?

CLODOMI. (Encogiéndose de hombros.) ¡Hombre, no! A ti te dirá: Señor Manuel... (¡Qué bruto!) (Alto, prosiguiendo.) Os dirá: Señora Francisca... o señor Manuel... o Asunción... en fin, os preguntará a cada uno: ¿Ha pasado eso delante de vosotros?... Y vosotros responderéis...

- LOS CUATRO (Alternativamente.) ¡Sí, señor Juez! ¡Sí, señor Juez! (1)
- CLODOMI. ¡Eso es! Y yo os daré un duro a cada uno. ¡Y ahora fijaos bien!
- LOS CUATRO (Acercándose aun más, cada vez más intrigados.)
Sí, señor.
- CLODOMI. (A Regina.) Señora...
- REGINA (Aproximándose.) Caballero... (Clodomiro pone la mejilla a Regina; ésta se acerca y se dispone a abofetearle, pero se queda con el brazo suspendido en el aire y mira a su marido con emoción.)
- CLODOMI. (Esperando la bofetada, sin ver el juego escénico.)
¿Vamos, señora? (Pero Regina baja el brazo, pone la mano sobre su corazón, y después de haber comprobado sus latidos, con aspecto de decir al público con alegría: ¡Late!)
- CLODOMI. ¡Vamos, ande usted! (Finalmente, y sin decir palabra, Regina se inclina sobre su marido, y en vez de abofetearle le da un beso.)
- CLODOMI. (Con un salto de alegría.) ¿Eh?
- LOS CUATRO (Aplaudiendo.) ¡Bravo! ¡Bravo!
- CLODOMI. (Furioso. Pasando a la izquierda.) ¡Pues me gusta!
- LOS CUATRO (Levantándose.) Es natural, y lo hemos visto.
- CLODOMI. (Exasperado.) ¡No! Ustedes no han visto nada. (A Regina, que ha pasado a la derecha y permanece con los ojos bajos y sonriente,) ¡Es una infamia! (A los domésticos.) Siéntense ustedes de nuevo... (Aparte, mirando a Regina.) (Bien decía yo que tramaba algo.) (A los criados.) Principiemos nuevamente. (Los criados se miran estupefactos. Furioso.) ¡Repito que se sienten ustedes! (Los criados obedecen. Después, a Regina.) Señora, espero que no repetirá usted la gracia... (A los criados.) ¡Fíjense ustedes bien esta vez!
- LOS CUATRO (Alternativamente.) Sí, señor; sí, señor.

(1) La Portera. — Cocinero. — Asunción. — Juan. — Clodomiro.
— Regina.

CLODOMI. (A Regina, adoptando nuevamente la posición y presentando la mejilla.) ¡Señora, cuando usted guste! (Pero en vez de abofetear a Clodomiro, Regina se pone de rodillas con las manos unidas y extendidas hacia él, en actitud de perdón. Los domésticos comienzan a aplaudir; al ruido, Clodomiro se vuelve y da un salto al ver a su mujer.)

LOS CUATRO ¡Bravo! ¡Bravo!

CLODOMI. (Furioso.) ¿Otra vez?

PORTERA (Enjugándose una lágrima con el delantal.) ¡Qué cuadro!

CLODOMI. (Exasperado, a Regina.) Señora, esto no tiene nombre. Levántese usted. (A los criados.) Pueden ustedes retirarse.

COCINERO ¿Es eso lo que tenemos que decir?

ASUNCIÓN } ¿Es eso?
JUAN }

CLODOMI. (Gritando como un energúmeno.) ¡Déjenme ustedes en paz!

LOS TRES (Asombrados.) Ya nos vamos, señor. (Vanse los tres por el foro, comentando lo ocurrido. La Portera continúa sentada y llorando aún, tapándose la cara con el delantal.)

CLODOMI. (¡Pues me he lucido!) (Viendo a la Portera que continúa sentada.) Y usted, ¿qué hace ahí?

PORTERA ¡Qué cuadro! Yo se lo contaré a todo el barrio.

CLODOMI. (Exasperado, obligándola a levantarse.) Si tiene usted la desgracia de contar lo más mínimo, la pongo de patitas en la calle... ¿Ha oído usted?

PORTERA (Estupefacta.) Pero, señor...

CLODOMI. (Echándola a empujones.) ¡A la portería!

ESCENA XI

CLODOMIRO y REGINA.

CLODOMI. (Furioso.) ¿Y para eso les he hecho venir? (A Regina.) Señora, ¿quiere usted explicarme ...

REGINA (Aparte, pasando ante él y aproximándose a la estatua de Venus.) (No ha comprendido.) (Alto, dirigiéndose a la estatua.) Venus, dile que yo renuncio al feminismo, comprendiendo, aunque algo tarde en verdad, que la mujer tiene deberes, que el hombre tiene derechos...

CLODOMI. (Emocionado.) ¿Regina?

REGINA (Continuando.) Dile, por último, que estoy dispuesta a quererle tanto como él me quiere a mí.

CLODOMI. (Muy emocionado.) ¿No será una comedia? (Va a lanzarse hacia Regina; después, dominándose y ocurriéndosele un pensamiento. Aparte.) (¡Ahora vamos a verlo!) (Coge la paleta, que está en la mesita junto al caballete y la tira por la ventana.)

REGINA (Sonriente.) ¡Te olvidas de los pinceles! (Coge los pinceles, que están en la misma mesita, y los arroja a la calle.)

CLODOMI. (Abriendo sus brazos.) ¡Regina!... (Acordándose otra vez; aparte.) (¡No, la última prueba!) (Coge el machete de Calígula de una silla del foro y se dirige a agujerear el cuadro.)

REGINA (Comprendiendo su idea.) ¡No, deja que lo agujeree yo misma! (Coge el machete de sus manos y va a dar una estocada al cuadro.)

CLODOMI. (Deteniéndola.) ¡Perdón para Calígula!

REGINA ¿Pero es que él perdonó a alguien?

CLODOMI. ¡Duro con él! (Regina atraviesa el cuadro. Con verdadera alegría.) ¡Has matado a Calígula! (Tendiéndole los brazos.) ¡Esposa mía!

REGINA (Arrojándose en sus brazos.) ¡Clodomiro!

ESCENA ÚLTIMA

Dichos, EMILIA y LORETO. Después DON PRUDENCIO. Luego RAFAEL y MARGARITA. Mientras que Clodomiro y Regina se abrazan aparece por primera derecha Emilia, seguida de Loreto.

EMILIA (Aparte, al ver a Regina en brazos de Clodomiro.) (¡Mi hija en los brazos de ese foragido!)

REGINA (Volviéndose y viendo a Emilia.) ¡Mamá!

- CLODOMI. (¡ La lechuza !)
- EMILIA (Atontada.) ¡ Pero esto es un sueño, una pesadilla horrible !
- REGINA No ; es una hermosa realidad, y presento mi dimisión.
- LORETO (Indignada.) ¿ Luego nos abandonas ? (Prudencio por el foro, en traje de viaje. Ha recibido en la cara la paleta que tiró Regina por la ventana, y lleva la cara multicolor. En una mano la maleta y en la otra la paleta.)
- PRUDEN. (Con voz lúgubre, bajando al centro.) ¡ Me habéis dado con la paleta en la cara !
- CLODOMI. Perdone, he sido yo.
- PRUDEN. (En el mismo tono.) Ya no me voy a París ; estoy cansado de la vida. (Indicando a Emilia.) Incluso estoy dispuesto a volver a casa.
- CLODOMI. ¿ Por qué ?
- PRUDEN. Llegué a casa de la Rosa, entré en su cuarto con esta maleta...
- EMILIA (Severamente.) ¿ Eh ?
- PRUDEN. (Vivamente.) A recoger mi ropa. (Con amargura.) Y se había fugado por la mañana con otro...
- EMILIA ¿ Con otro ?
- PRUDEN. Sí, con otro maleta.
- EMILIA ¡ Bien hecho ! Así encanecerás de nuevo.
- PRUDEN. (Con cómica desesperación.) ¡ Desde mañana no volveré a llevar la cuenta de la planchadora ! (Sube hasta el caballete para dejar la maleta, y después baja a la extrema izquierda, después de la entrada de Rafael y Margarita.)
- RAFAEL (Entrando seguido de Margarita.) ¿ Es cierto lo que acaba de decirnos Asunción ?
- MARGARI. ¿ Ya no estáis de monos ?
- CLODOMI. No ; ahora nos queremos más que nunca.
- PRUDEN. (Estupefacto, bajando a la izquierda.) ¡ Me alegro ! (1)

(1) Loreto. — Emilia. — Rafael. — Margarita. — Regina. — Clodomiro. — Don Prudencio.

REGINA No, querida Margarita, ya no nos divorciamos. Decididamente tenías razón.

EMILIA }
LORETO } (Encogiéndose de hombros.) (¡ Pobrecilla !)

REGINA Y abandono el tercer sexo.

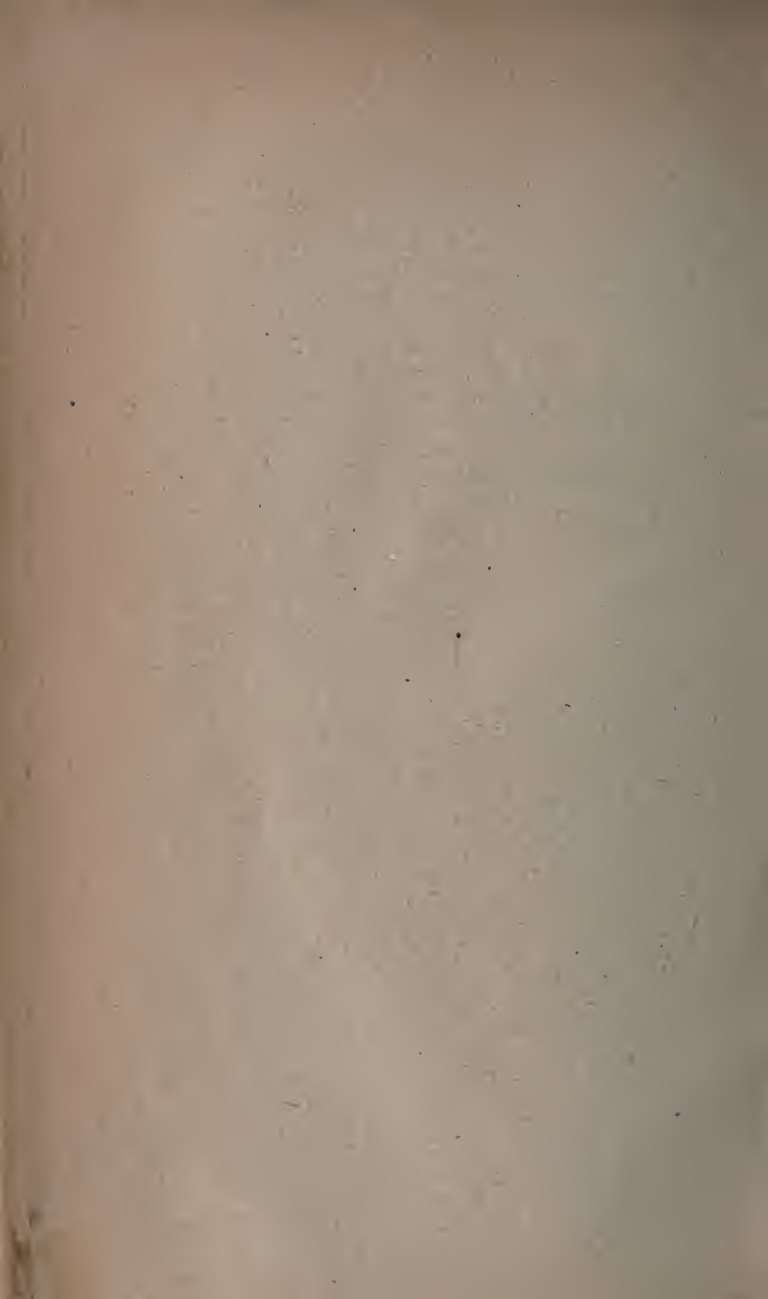
CLODOMI. (Abrazando a Regina.) Para entrar en el tuyo.

PRUDEN. Lo celebro. (Al público.)

Por fin esta familia
se ha convencido
del papel que en el mundo
tiene el marido.
No es decoroso
hacer de ama de llaves
siendo el esposo.

TELÓN

FIN DEL JUGUETE



OBRAS DRAMATICAS

DE

FEDERICO REPARAZ

publicadas por TEATRO MUNDIAL

LA DONCELLA DE MI MUJER ⁽¹⁾

Comedia en tres actos

LOS HIJOS ARTIFICIALES ⁽²⁾

Comedia en tres actos

LA LLAMARADA

Drama en tres actos

LLUVIA DE HIJOS

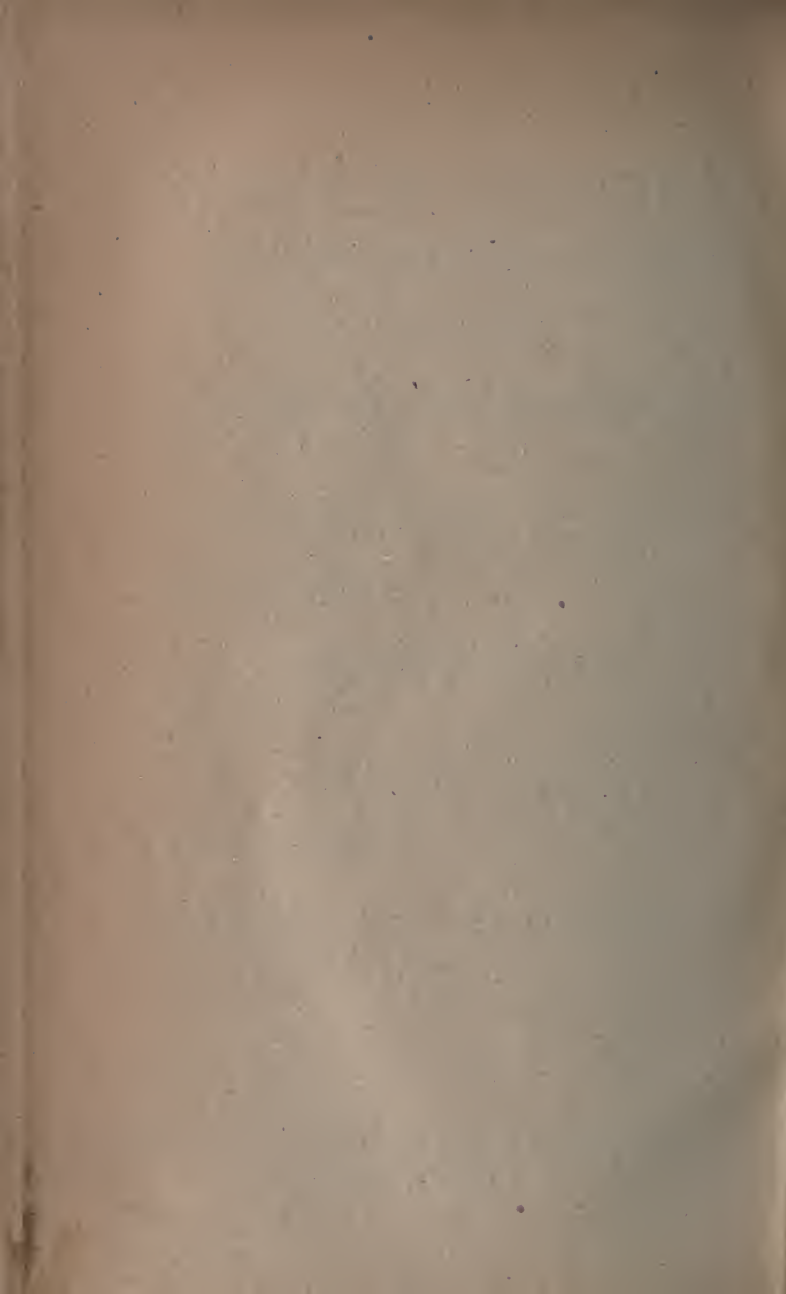
Comedia en tres actos

EL ENEMIGO DE LAS MUJERES

Juguete cómico en tres actos

(1) Colaboración de TOMAS LUCEÑO.

(2) » » JOAQUÍN ABATI.



PEDRO GIL

No. 148

LA TIA DE CARLOS

Comedia en tres actos y en prosa



MADRID

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES .

1915

10/18/1861

7. 1 1/2

1/2

LA TÍA DE CARLOS

Esta traducción es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se hayan celebrado o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la «Sociedad de Autores Españoles» son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Edición autorizada para «Teatro Mundial».

La tía de Carlos

Comedia en tres actos y en prosa

Traducida por

DON PEDRO GIL

Estrenada con extraordinario éxito en el Teatro de la Princesa, de Madrid,
la noche del 9 de Octubre de 1897



18-97
Don Gil

BARCELONA

BIBLIOTECA «TEATRO MUNDIAL»

15, Barbará, 15

1015

REPARTO

Personajes

Intérpretes

CARMEN.	Sra. París.
DOÑA LUCÍA.	» Alverá.
ANA.	Srta. Nestosa (J.)
IRENE.	» Palma.
JORGE.	Sr. García Ortega.
TELESFORO.	» Mendiguchía.
DON FRANCISCO.	» Valero.
CARLOS.	» Morano.
DON SERVANDO.	» Sánchez-Bort.
GASPAR.	» Valle.
MOZO 1.º	» Santiago.
MOZO 2.º	» Ferrer.

Derecha e izquierda las del actor.



ACTO PRIMERO

Gabinete elegante de un hotel en El Escorial. Puertas laterales y al foro; ventanas en las segundas puertas, con cortinas blancas, y forillo de jardín. Al foro, balaustrada y fondo del mismo; Mesa de despacho con papel, sobres, libros, periódicos, carpeta, plumas, cesto de papeles y sillón. Detrás de esta mesa, y entre la puerta del foro y la ventana de la derecha, otra mesa con libros. En la izquierda, al foro, otra mesa con tapete, bandeja con botella de agua y dos vasos; debajo de esta mesa cuatro botellas de Champagne. En primer término, izquierda y derecha, mecedora y sillas volantes de Viena.

ESCENA PRIMERA

JORGE y GASPAR.

JORGE

(Sentado y escribiendo.) ¡Tampoco! ¡Al cesto! Y dicen que es fácil escribir una carta amorosa. Lo que es para mí... (Rompe el papel y lo arroja al cesto.) Vamos con el vigésimo borrador. (Escribe.) «Sol de mi existencia, estrella de mi vida, lucero de la mañana.» ¡Anda! Ahora me he metido en el firmamento y no sé salir de él. (Rompe el papel. Toma otro y escribe.) «Señora doña Carmen de la Peña y Covarrubia. Muy señorita mía.» ¡Horror! (Rompe el papel y lo arroja al cesto. Escribe nuevamente.) «Carmen de mi alma...» (Como satisfecho.) Esto es otra cosa; esto ya quiere decir algo. «Carmen de mi alma.» (Leyendo lo escrito.)

Tía de Carlos.—2

- GASPAR (En la puerta del foro de la derecha.) ¿Hay permiso?
- JORGE (Sin levantar la cabeza.) No ; déjame : estoy muy ocupado.
- GASPAR Ya lo veo : mas...
- JORGE Que te vayas te digo. (Algo molesto.)
- GASPAR Bien, bien...
- JORGE (Leyendo.) «Carmen de mi alma, de mi...»
Ahora voy a tener que romperme el alma para poder seguir. (Levanta la vista y mira al cielo.) ¿Todavía?... ¿qué quieres?
- GASPAR Pues... dinero.
- JORGE ¿Dinero? ; Vete de aquí en seguida, estúpido ! (Escribe.) «El hombre que espera...»
(Pausa conveniente.)
- GASPAR Corriente.
- JORGE ¿Cómo?
- GASPAR ¿No dice usted que me espere?
- JORGE ¡ Oh ! (Como desesperado, amenazando a Gaspar con un libro : vase éste.)

ESCENA II

JORGE y CARLOS ; después, GASPAR.

- CARLOS (Entrando por el foro de la derecha.) Deseo consultarte...
- JORGE (Creyendo que le habla el criado.) Mira, si no te largas inmediatamente...
- CARLOS ¿Eh?
- JORGE ¡ Ah ! ¿Eres tú, Carlos? ¿qué te ocurre?
- (Levantándose y viniendo a primer término.)
- CARLOS No, si te molesto...
- JORGE De ningún modo. Hablaba con ese imbécil de Gaspar, que ha venido a meterme prisa en el preciso momento en que me disponía a escribir una carta importantísima. Perdóname ; estoy tan nervioso... tan excitado...
- CARLOS No me extraña ; también yo lo estoy.
- JORGE ¿Tú?

CARLOS ¡ Claro ! Como que también necesitaba escribir una carta importantísima.

JORGE ¿ A quién ?

CARLOS ¿ A quién ha de ser ? A Anita.

JORGE ¿ Y qué la dices ?

CARLOS « Ana de mi alma ».

JORGE ¡ Ya !... ¿ Y qué más ?

CARLOS No he pasado de ahí. Tú que eres práctico en esta clase de asuntos y a todo te atreves..

JORGE ¿ A todo ? ¿ Lo crees así ?

CARLOS Digo...

JORGE Pues te equivocas de medio a medio. Deberíamos morirnos de vergüenza al considerar lo que nos sucede. Dos hombres jóvenes, no mal parecidos, estudiantes modelos, próximos a terminar con brillantez la difícil carrera de Ingeniero de montes ; que en este Real Sitio de San Lorenzo viven con cierta holgura, casi en casa propia y enamorados perdidamente de las dos señoritas más lindas de la población...

CARLOS ¡ Y del mundo entero !

JORGE ¡ Y del mundo entero, sí, señor ! ; Haber tenido infinitas ocasiones de declararse á esos dos ángeles y estar aún en el prólogo de su novela amorosa !... ; Es inconcebible !—¿ Cuándo se marchan a Santander ?

CARLOS Creo que mañana. (Viveza en el diálogo.)

JORGE ¿ Mañana ? ¿ Y nos estamos así ?

CARLOS ¿ Y qué hacer ?

JORGE ¿ Y su tutor ?

CARLOS Pues su tutor, don Servando Juncas, es un hombre de genio terrible.

JORGE Ya lo sé.

CARLOS Antiguo agente de Bolsa.

JORGE Ya lo sé.

CARLOS Que hoy vive de sus rentas.

JORGE De sus cupones.

CARLOS Es lo mismo. Y ayer se fué a Madrid a cobrar el trimestre.

- JORGE ¿De modo que Carmen y Anita...?
CARLOS Hoy están solas con la vieja que les sirve de doncella y de aya.
- JORGE ¿Solas?
CARLOS Acabo de verlas en el jardín.
JORGE ¿Solas... y en el jardín?
CARLOS Y la puerta de par en par.
JORGE Pues ¡malditos sean los inconvenientes!
(Decidido, como tomando una resolución.) Ponte el sombrero y sígueme.
- CARLOS ¿Cómo?
JORGE Sígueme: estoy decidido.
CARLOS No te precipites, Jorge: reflexionemos sobre lo que vamos a hacer.
- JORGE ¡Sígueme!
CARLOS ¡Mira que nos jugamos nuestro porvenir!
JORGE ¡Sígueme!
CARLOS ¡No! no me pidas imposibles: ¡yo no tengo valor sin prepararme antes!...
- JORGE ¡Cobarde! (Con cómica seriedad.) Siéntate ahí y escribe: yo te dictaré.
- CARLOS Eso es otra cosa. (Se sienta a escribir.)
JORGE (Dictando.) «Queridísima Carmen».
- CARLOS (Sin escribir y mirando a Jorge.) Pero ¿quién se declara, tú o yo?
- JORGE Los dos. (Si me gusta sacaré una copia.)
CARLOS (Escribiendo.) «Queridísima Ana».
- JORGE (Dictando.) «La adoro a usted con locura».
- CARLOS ¡Hombre!
JORGE Así, nada de preámbulos ni tonterías.
CARLOS (Escribiendo.) «Con locura».
- JORGE La palabra *locura* subrayada. «Con ardiente pasión». *Pasión* subrayada.
CARLOS (Escribiendo.) «Pasión subrayada».
- JORGE (Mirando lo que escribe Carlos.) Pero ¿qué haces?
- CARLOS No lo sé: ¡estoy temblando! ¡esto es muy atrevido!
- JORGE Continúa. (Dictando.) «Los dos hemos nacido el uno para el otro, y usted debe pertenecerme por toda la vida y toda la eternidad».

CARLOS (Dejando de escribir.) ¡Imposible! eso sí que no lo pongo; yo no puedo comprometerme hasta ese punto.

JORGE ¿Por qué?

CARLOS Porque tengo una tía.

JORGE ¡Valiente novedad! ¿Quién no tiene una tía?

CARLOS Pero no una tía como la que á mí me ha tocado en suerte, que ha sido mi Providencia. Ella se encargó de mi educación desde la muerte de mi padre.

JORGE Bueno... ¿y qué? En idéntica situación me hallo yo respecto a mi tío Francisco, capitán retirado de la Marina mercante, soltero empedernido, y que me profesa tal afecto que, como sabes, ha comprado este hotel sólo para pasar algunas temporadas a mi lado.

CARLOS Y en cuyo hotel, con permiso de tu tío, me brindas generosa hospitalidad.

JORGE Nada de generosa, puesto que contribuyes con tu haber mensual a nuestra subsistencia. Pero, en fin... ¿decías?...

CARLOS Que según me anuncia de Madrid mi excelente tía, debe llegar aquí de un momento a otro.

JORGE ¿Hoy?

CARLOS Hoy mismo, con el único objeto de abrazarme y almorzar conmigo; y ya comprendes que antes de ligarme por siempre a una mujer, debo explorar el ánimo de mi tía.

JORGE Lo encuentro muy razonable. Por de contado que será una señora gruesa, de cierta edad...

CARLOS Si no la conozco ni he visto siquiera su retrato. No he tenido ni tengo otras noticias de mi tía que las que puedes leer en este periódico. (Da a Jorge un periódico.)

JORGE (Leyendo.) «Doña Lucía Castello Encantado da Selva Fermosa.» Estos no son apellidos; son un cuento de hadas. (Leyendo.)

«La millonaria brasileña que acaba de adquirir por una cuantiosa suma el magnífico palacio de Peñahonda, en la provincia de Avila, es una señora natural de Pontevedra, que durante su larga estancia en el Brasil, ha dado pruebas de ser un genio comercial de primer orden. Casada con un rico propietario portugués, quedó, al morir éste, por dueña absoluta de todos sus tesoros.» ¡ Chico !

CARLOS Continúa.

JORGE (Leyendo.) «El único pariente de doña Lucía, y por lo tanto su único heredero, es un sobrino que actualmente cursa en El Escorial la carrera de Ingeniero de montes.» ¡ ¡ Tú ! !

CARLOS Yo.

JORGE ¿Y no te desmayas?... es decir, ¿no te desmayaste al leer esto?

CARLOS Las riquezas me halagan, pero no me subyugan ; al presente sólo me subyuga...

JORGE Sí, tu amor por Anita ; y será tuya ; te casarás con ella ; yo te lo fío. Pero ahora lo urgente, lo principal, es preparar á tu tía un recibimiento, es decir, un almuerzo digno de sus millones. ¡ Gaspar ! (Llamando.)

GASPAR (Saliendo por el foro de la derecha.) ¡ Señorito !

JORGE A escape, de parte mía a la fonda de Miranda y que preparen un almuerzo espléndido, succulento, por cuenta de mi tío, ¿eh?

GASPAR ¿Para cuántas personas?

JORGE Para tres... no... no... para cinco personas... ¡ corre !

GASPAR ¿Dónde ha de servirse, aquí o en la fonda?

JORGE Aquí ; que lo traigan inmediatamente... ¡ Ah ! ¿Cómo andamos de Champagne?

GASPAR Creo que hay cuatro botellas.

JORGE ¿Cómo cuatro?... Ayer había seis, y yo no he bebido.

- CARLOS Ni yo.
- JORGE Este granuja se bebe nuestro Champagne.
- GASPAR Señorito, le juro...
- JORGE No jures y despacha.
- GASPAR Aquí están las cuatro botellas. (Mostrando las que hay debajo de la mesa.)
- JORGE Y procura adornar esta habitación y que la mesa resulte digna de nuestra ilustre huésped.
- GASPAR Pero ¿qué adornos he de poner, si nada tenemos, y además no hay tiempo?
- JORGE Que te los presten en la fonda.
- GASPAR Sí... sí... pero...
- JORGE No me repliques ; ve volando.
- GASPAR (Una orgía, y a fin de curso... ¡ valientes notas vamos a sacar.) (Vanse por el foro de la derecha.)
- CARLOS ¿Para quiénes son los cinco cubiertos que has pedido?
- JORGE Para tu tía y nosotros.
- CARLOS ¿Y los restantes?
- JORGE ¿Los restantes? Apóyate en la silla... para Carmen y Anita.
- CARLOS ¡Qué ! ¿vas a invitarlas?
- JORGE Ahora mismo.
- CARLOS ¿Personalmente?
- JORGE No ; estas invitaciones se hacen siempre por escrito.
- CARLOS ¿Y crees que aceptarán?
- JORGE Vamos a verlo.
- CARLOS ¡Ay, Jorge, si vinieran ! Pero no... no lo espero. ¡ Dos jóvenes solteras y honradas aceptar un almuerzo !...
- JORGE Dispuesto en honor de tu tía, una señora respetable ; además, ¿te olvidas de lo que repetidas veces he oído decir a Carmen? «La mujer que no desafía los peligros, es porque no tiene confianza en sí misma.»
- CARLOS ¡Ay ! cómo me late el corazón al considerar...
- JORGE Déjate de consideraciones y de latidos y

escribe : (Carlos se dispone a escribir y Jorge dicta.) «Encantadora Carmen.»

CARLOS ¡ Hombre !

JORGE ¡ Ay ! es verdad. (Dictando.) «Encantadoras señoritas. ¿Serán ustedes tan amables que nos concedan el honor de asistir al almuerzo con que festejamos hoy la venida de mi respetabilísima tía doña Lucía... etc., etc...., de cuyas grandezas y vida de aventuras tanto he hablado a usted? Una respuesta favorable constituirá mi mayor ventura.» Firma, y déjame sitio para escribir la postdata. (Firma Carlos: se levanta y Jorge toma la pluma y escribe:) «Y un desaire equivaldría a firmar nuestra sentencia de muerte.» Rompe esa carta de declaración ; ya es inútil.

CARLOS Sí ; tú ya das por seguro...

JORGE ¡ Gaspar ! ¡ Gaspar !

GASPAR (Saliendo por el foro con dos mozos con blusas, trayendo dos macetas con grandes plantas ; las dejan y vuelven a salir, trayendo otras dos, colocándolas : dos a los lados de la puerta del foro, y las otras dos en los costados de la decoración.) ¡ Señorito !

JORGE Deja eso. (Por las plantas.) ¿Avisaste a la fondá?

GASPAR Sí, señor.

JORGE Oye ; vas a llevar esta carta a las señoritas.

GASPAR (¡ Anda, morena !)

JORGE ¿Cómo?

GASPAR Que ya sé de qué señoritas se trata. (Vase.)

ESCENA III

JORGE y CARLOS.

JORGE Conque ten mucha cordura, y por atender a Anita no vayas a pecar de descortés e ingrato con tu buena tía,

CARLOS ¿Eh?

- JORGE Sí, señor ; hoy por hoy, lo primero es tu tía.
- CARLOS Pero ¿y tú?
- JORGE Yo no soy su sobrino.
- CARLOS De modo, que mientras tú te dedicas sólo a Carmen, yo... ¡adiós mis ilusiones !
- JORGE Pues no hay remedio.
- CARLOS Sí le hay ; o sobra mi tía, o falta un acompañante.
- JORGE ¿Un acompañante?... ; Ya di con él!... Telesforo...
- CARLOS ¿El ciclista?...
- JORGE Sí, y el cómico ; porque se pasa la vida entre la bicicleta y los bastidores.
- CARLOS Es un buen aficionado.
- JORGE Y un mal estudiante.
- CARLOS ¿Pero no estaba en Madrid?
- JORGE Ya ha regresado ; le he visto llegar ; ha batido hoy el record Madrid-Escorial, y ahora se halla en su casa celebrando su triunfo con otros compañeros de pedal. Vamos a buscarle.
- CARLOS ¿Y tú crees que se prestará?
- JORGE Ya le convenceremos. Es tan buen amigo como débil de carácter ; lo esencial es traerlo aquí, y una vez en nuestro poder, le secuestramos. Anda... (Invitándole a salir.) es ahí... al lado... en cinco minutos. (Vanse por el foro de la izquierda.)

ESCENA IV

TELESFORO, con traje de ciclista, saltando por la ventana de la izquierda, con una maleta en la mano.

TELESFO. ¡Nadie ! . . ; respiro !... ; ahora estarán en clase, de seguro, y el criado en el café, como siempre, jugando al dominó ! Cualquiera que me viera saltar con esta maleta por una ventana, me tomaría por un ratero, y efectivamente lo soy ; ratero de

Champagne. Jorge y Carlos son ricos y tienen siempre repleta su bodega; yo soy pobre, y no puedo permitirme ciertos lujos, lo que no quita para que tenga también mis compromisos. Seis botellas de la *Viuda de Clicot* les llevo robadas en dos asaltos. Salgo por la puerta trasera de mi casa; escalo dos tapias pequeñas y... zás... me cuelo en sus dominios. (Registra con la mirada la habitación y ve las cuatro botellas debajo de la mesa.) Aquí veo cuatro botellas... ¡Hijos míos, perdonad por Dios! (Coge las cuatro botellas y las guarda en la maleta.) El pobre criado cargará con el mochuelo. (Entran los camareros de la fonda por el foro de la derecha, y empiezan a poner la mesa que ha servido de escritorio.) ¡Demonio! ¡Los camareros de la fonda de Miranda! ¡Serenidad! ¡Qué no conozcan que no soy de casa! (A los criados.) Vais a poner la mesa, ¿eh? ¡Perfectamente! (Por lo visto se va a celebrar aquí una fiesta en toda regla; y nada me habían dicho! ¡Ah pérfidos! pero me vengaré; es decir, ¡ya me he vengado! (Disponiéndose a salir con la maleta donde ha puesto las cuatro botellas de Champagne.) ¿Y por qué salir por la ventana? No, señor; por la puerta, y muy tranquilo.

JORGE

(Que viene por el foro de la izquierda acompañado de Carlos, dice al ver a Telesforo:) ¡Hombre, si está aquí!

TELESFO. ¡Tableau!

ESCENA V

TELESFORO, JORGE y CARLOS. Los mozos siguen poniendo la mesa.

JORGE

¡Querido Telesforo!

CARLOS

Venimos de tu casa.

JORGE

Y por lo visto nos hemos cruzado en el camino.

- TELESFO. No ; yo he venido por otra puerta.
- JORGE ¿Cómo?
- TELESFO. Nada. ¿Qué tal me encontráis con mi traje de ciclista?
- JORGE Como siempre. ¡*Charmante* !
- TELESFO. Hoy lo estreno.
- JORGE Esas medias a cuadros son irresistibles. Estás elegantísimo.
- TELESFO. ¡Gracias ! Eso sólo quería saber. Adiós.
- JORGE ¡Cá ! tú no te vas ; almuerzas con nosotros.
- TELESFO. Imposible ; me esperan mis compañeros de pedal.
- JORGE Que esperen ; antes que el compañerismo está la verdadera amistad.
- TELESFO. Mira, Jorge, no abuses de mi carácter débil y del dominio que ejerces sobre mí. Volveré más tarde. ¡Adiós !
- CARLOS ¿No te dicen nada estos preliminarès ?
(Por la mesa.)
- JORGE ¿No te despiertan tu apetito y tu curiosidad?
- TELESFO. ¡Veo que se trata de un gran festín !
- JORGE En honor de la tía de Carlos...
- CARLOS Que debe llegar de un instante a otro.
- TELESFO. Y como yo no la conozco...
- CARLOS Es que ella tendrá mucho gusto en conocer a un joven de tus prendas.
- JORGE Y de tu reputación.
- TELESFO. ¿De mi reputación?
- JORGE ¡Digo !... ¡El campeón de España !
- TELESFO. Tanto como de España... (Con modestia cómica.)
- CARLOS (Pretende coger la maleta que durante el diálogo ha tenido Telesforo en la mano.) Deja la maleta.
- TELESFO. ¡Eso nunca !...
- JORGE ¿No?
- TELESFO. (Forcejeando con Carlos.) ¡Por Dios, que se van a romper !
- JORGE ¿Eh?
- TELESFO. Que se va a romper.

- JORGE Pierde cuidado. (Se ha apoderado de la maleta.)
- CARLOS Pues sí; se trata de mi tía, y necesito contarte...
- TELESFO. No; a mí, no; a ella.
- CARLOS ¿Cómo?
- TELESFO. Que se lo cuentes a tu tía.
- JORGE Te advierto que es una señora viuda.
- CARLOS Y millonaria.
- TELESFO. ¿Eh?
- CARLOS Y encantadora.
- JORGE ¡Y tan encantadora! Como que se llama doña Lucía Castello Encantado da Selva Ferosa.
- TELESFO. ¡Ya!
- CARLOS Una señora anciana simpática.
- TELESFO. ¿Una vieja?... Me lo figuré... ¡Hasta luego! (Pausa: da un paso como para marcharse.) A mí sólo me gustan las jóvenes.
- JORGE También asistirán al almuerzo.
- TELESFO. ¿Mujeres jóvenes?
- JORGE ¡Y tan jóvenes!
- TELESFO. ¿Bonitas?
- CARLOS ¡Y tan bonitas!
- TELESFO. Eso es otra cosa. ¿Y cuántas?
- CARLOS Dos.
- TELESFO. ¡Ah! ¡vamos, comprendo! Una para cada uno de vosotros, y para mí la vieja. ¡Adiós! (Quiere marcharse y le detienen.)
- JORGE Espera: los dos estamos enamorados.
- TELESFO. Ya lo sé, de las dos pupilas del ex-agente de Bolsa. ¿Y queréis casaros?
- JORGE ¡Naturalmente!
- CARLOS Pero aún no nos hemos declarado a ellas.
- TELESFO. ¡Ya!... ¿Y pretendéis que me declare yo por vosotros?
- JORGE No; eso correrá por nuestra cuenta, mientras tú te ocupas de la tía.
- TELESFO. ¡Bonito papel!
- JORGE ¿Serás capaz de negarte?
- TELESFO. ¡Ya lo creo!

CARLOS ¡ Ah ! ¡ no tienes corazón ni sabes lo que es estar perdidamente enamorado !

TELESFO. ¿ Qué no lo sé ? Hombre, precisamente me has tocado un punto...

JORGE ¡ Se queda ! ¡ se queda ! (Muy gozoso.)

TELESFO. (Con algo de gravedad cómica.) ¡ Miradme bien !
¿ No adivináis en mi rostro el melancólico estado de mi alma ? ¿ Por qué creéis que me he lanzado a esta vida de crápula y de locura ? ¿ Por qué no abro un libro hace seis meses ?

CARLOS ¡ Por holgazán !

TELESFO. ¡ Oh ! porque estoy obsesionado por el recuerdo de una mujer. Soy el romántico más melenudo que puede concebirse. Busco la soledad, y los paseos a la luz de la luna son mi delicia : el canto del ruiseñor es el único que suena agradablemente en mis oídos. Hago versos durante el día, y no puedo dormir durante la noche : en mi desesperación me entregué a la bebida ; pero la bebida no me prueba.

JORGE Lo suponemos.

TELESFO. Me lancé a la bicicleta... ¡ Nada ! ¡ no consigo curarme !

JORGE ¡ Pobre Telesforo !

CARLOS Estás perdido.

TELESFO. ¡ Os lo contaré todo !

JORGE Sí : la historia debe ser muy interesante.

CARLOS (Aparte a Jorge.) (Mira que el tiempo apremia.)

JORGE (Lo mismo a Carlos.) (Déjame.)

TELESFO. ¿ Recordáis que en los exámenes del último curso salí reprobado ?

JORGE } ¡ Ja, ja !...

CARLOS }

TELESFO. No, no es cosa de risa ; (Con seriedad cómica.) nadie puede decir : « Este curso lo aprobaré. »

LOS DOS Es verdad.

TELESFO. Pues bien ; para castigar mi holgazane-

- ría decidí abandonar los libros temporalmente.
- JORGE ¡ Gran decisión !
- TELESFO. Emprendí un viaje a Francia, estuve en París un par de meses, y por último recalé en Biarritz, donde trabé amistad con un compatriota nuestro que se encontraba en una situación apuradísima.
- JORGE ¿ Conspiraba ?
- TELESFO. Jugaba.
- JORGE Es lo mismo.
- TELESFO. La ruleta le tenía arruinado ; reducido a la miseria a él y a su bellísima hija.
- JORGE ¡ Ya !
- TELESFO. Iba a hacerle la tertulia todas las noches.
- CARLOS Es claro.
- TELESFO. Yo inventaba juegos ingeniosos ; pero al coronel sólo le distraían los juegos de cartas... Jugábamos a la *brisca*... al *tute*...
- JORGE Y al *monte* alguna que otra vez...
- TELESFO. Por distraerle. (Con seriedad cómica.)
- JORGE ¿ Resultados ?
- TELESFO. Que el infeliz murió al poco tiempo.
- JORGE ¿ Y qué ha sido de su bellísima hija ?
- TELESFO. No lo sé, y ahí tienes la explicación de mi locura. La perdí de vista sin haberla declarado mi amor. Sólo he conseguido averiguar que la recogió una rica señora americana.
- JORGE ¡ Hombre... lance sería !...

ESCENA VI

Dichos y GASPÀR, con una carta.

- JORGE ¿ Traes la respuesta ? (Adelantándose al encuentro de Gaspàr.)
- GASPÀR Aquí está. (Entregándole la carta.)

- LOS DOS ¡ Dame !... ¡ dame ! (Con ansiedad.)
- TELESFO. ¿Quién os escribe?
- JORGE (A Telesforo.) No seas indiscreto.
- CARLOS A ver... a ver...
- JORGE (Leyendo.) «Aceptamos con mucho gusto.»
- ¡ Aceptan !
- CARLOS ¡ Aceptan !... ¡ vendrán !... ¡ La veré dentro de un instante !
- TELESFO. Vaya, yo me marchó.
- JORGE (Deteniéndole.) Ahora menos que nunca.
- TELESFO. Pero ¿y mis compañeros de pedal?
- JORGE Gaspar irá a decirles que estás indis-
- puesto.
- TELESFO. Además, tengo ensayo a la una, de la co-
- media que representaremos el jueves, y
- quiero probarme mi traje de caracterís-
- tica, porque ya sabéis que ese es mi fuer-
- te ; las características.
- JORGE ¿Dónde tienes el traje?
- TELESFO. En mi casa ; sobre mi cama, en un cesto.
- JORGE Gaspar, tráetele.
- GASPAR En seguida. (Vase.)
- TELESFO. Pero...
- JORGE Que no te soltamos.
- TELESFO. ¿Y decididamente tengo que dedicarme a
- la vieja?
- JORGE Decididamente.
- TELESFO. ¿Y con este uniforme? (Por su traje de ci-
- clista.)
- JORGE Ya te he dicho que resultas *Charmantte*.
- TELESFO. Si a lo menos me pagaseis el favor ayu-
- dándome a buscar a mi...
- JORGE La buscaremos y la encontraremos ; yo
- te lo aseguro.
- CARLOS ¿No dices que la recogió una rica seño-
- ra americana?
- TELESFO. Sí.
- JORGE Pues esa señora es la tía de éste ; me lo
- da el corazón ; mira tú por donde vas
- a cobrarte con creces el favor que nos
- haces.
- TELESFO. ¡ Si Dios quisiera !...

- JORGE Bebamos a la salud... ¿Cómo se llama?
TELESFO. ¡Ay!... Irene.
JORGE A la salud de Irene de Barranquilla, por-
que ya puedes considerarla tu mujer ; res-
pondo de ello.
TELESFO. (A Jorge y Carlos.) Habéis conseguido re-
verdecer mis esperanzas.
GASPAR (Entrando por el foro de la derecha con una escusaba-
raja pequeña y dentro una prenda de señora.) Aquí
está la cesta.
TELESFO. Gracias, Gaspar. Aguarda ; voy a pa-
garte el viaje. (A Jorge.) ¿Quieres pres-
tarme un duro?
JORGE No le tengo aquí. Carlos, dame un duro.
CARLOS (A Gaspar.) Préstame un duro, Gaspar.
GASPAR Ahí va. (Dándole un duro a Carlos.)
CARLOS Toma, Jorge. (Le da el duro.)
JORGE (Dándole el duro a Telesforo.) Toma.
TELESFO. (Entregando el duro a Gaspar.) Para ti.
GASPAR Muchas gracias. (De todos modos me he
ganado un duro.) (Vase por el foro de la de-
recha.)
JORGE (Mirando el traje que está en el cesto.) Hombre,
no es feo el traje de característica.
CARLOS ¿A ver?
TELESFO. No lo permito ; me lo probaré, y juzga-
réis mejor así. (Se dispone a salir llevándose el
cesto.)
JORGE Pues anda pronto, que van a llegar nues-
tras futuras.
TELESFO. En dos minutos... (Vase por la primera puerta
de la derecha.)

ESCENA VII

JORGE, CARLOS, ANA y CARMEN ; después, TELESFORO y
GASPAR.

- ANA (Desde dentro.) Por aquí, ¿no es verdad?
JORGE ¡ Ahí están ! ¡ Son ellas... ellas !...
CARLOS ¡ Ay, Jorge !

- JORGE Te siguen los latidos, ya lo sé.
CARLOS Pero ¿y mi tía, que no ha venido aún?
JORGE Calla. (Salen al encuentro de Ana y Carmen, que vienen por el foro de la derecha.) ¡Oh! ¡señoritas! Tenemos una verdadera honra en besar sus lindísimas manos y en ponerlos a sus pies. \
- CARLOS Sí, en efecto.
ANA Gracias.
CARLOS Son ustedes muy amables.
JORGE Mi amigo y yo no sabemos cómo expresar a ustedes nuestra... nuestra gratitud por esta prueba de amor... de... de cariñosa amistad.
- ANA Era tan tentadora la invitación de ustedes...
- CARMEN Me parece que hemos venido muy pronto.
JORGE No; muy al contrario; ¡estábamos ya tan impacientes!
- CARLOS Mi tía llegará de un instante a otro.
CARMEN ¿Eh?
JORGE (A Carlos.) ¡Torpe! (A las señoritas.) ¡Nada!
- TELESFO. (Con faldá. Al salir ve a Carmen y a Ana y se oculta.) ¡Oye, Jorge!... ¡¡Uy!!
- CARMEN (Mirando la habitación.) Pero ¡qué precioso está todo esto!
- ANA ¡Qué bonitas plantas!
- CARMEN ¡Qué espléndida mesa!
- JORGE ¡Oh!... ¡Pues si nuestros medios llegarán donde nuestra voluntad!
- ANA (A Carlos.) Lo cierto es que su señora tía de usted merece tales agasajos.
- JORGE No; la tía de Carlos no merece nada.
CARMEN ¿Cómo no?
JORGE Quiero decir que Carlos no gasta cumplimientos con su tía... Ustedes... ustedes son las que... (Se alejan al foro Carmen y Jorge.)
- CARLOS (A Ana.) ¡Oh, señorita! Si usted pudiera comprender la emoción que en este instante...

- ANA Diga usted...
- CARLOS Nada, no me atrevo. ¿Es verdad que se marchan ustedes?
- ANA A Santander, sí, señor. Mi tutor es una especie de hombre de las selvas; sólo se encuentra bien en aquellas montañas.
- CARLOS ¡Cuánto mejor no es vivir aquí!
- ANA Ya lo creo.
- CARLOS Al fin este es un sitio Real, próximo a Madrid. ¿Le gusta a usted mucho la corte?
- ANA ¡Oh! según quien me la haga. (Con disimulada coquetería,)
- JORGE (A Carmen. Se aproximan al primer término de la derecha.) ¡El baile de la otra noche en la quinta del General no se borrará nunca de mi memoria!
- CARMEN ¿De veras?
- JORGE Aquel misterioso paseo bajo la bóveda de espeso follaje; la confidente de los enamorados suspendida como inmensa lámpara de la bóveda celestial; los jazmines y plantas trepadoras sirviendo de bóveda a... (¡nada, que no salgo del subterráneo!)
- CARMEN ¡Qué poético se ha vuelto usted, amigo mío!
- JORGE En presencia de usted, ¿quién no se siente romántico hasta la locura?
- «Poesía eres tú»
como dijo... el otro.
- CARMEN Gracias; pero procure usted que mi tutor no se entere de que me dice usted todas esas cosas, porque me lleva o me esconde donde no vuelva usted a verme más.
- JORGE ¿Tan antipático le soy?
- CARMEN Usted y todos los jóvenes que a nosotras se acercan. La palabra boda le horroriza.
- JORGE Comprendido. (Se alejan.)
- ANA (A Carlos: el mismo juego.) ¡Pero cuánto tarda en salir su señora tía!

CARLOS Si ya dije que aún no ha venido : llegará, llegará en el próximo tren.

JORGE (Aparte, oyendo a Carlos.) ¡ Nos mató !)

ANA (A Carmen confidencialmente.) ¿ Has oído, Carmen? No ha venido aún la tía de Carlos.

CARMEN (Aparte a Ana.) ¡ Oh ! Entoncès no podemos estar aquí un momento más... ¡ Qué vergüenza ! (Dirigiéndose a Carlos y Jorge.) Vamos a dar unas órdenes a nuestras doncellas... con la prisa nos habíamos olvidado...

JORGE (Aparte a Carlos.) ¿ Lo ves? (A Carmen y Ana.) Pero supongo que no serán ustedes tan crueles que tomen por pretexto la ausencia de la tía para escaparse y...

CARMEN Volveremos ; empeñamos nuestra palabra.

JORGE ¡ De ese modo !... Carlos va a marchar inmediatamente a la estación, y...

CARMEN (Despidiéndose y subiendo a la puerta por donde entraron.) Sí... sí... hasta ahora mismo... Volveremos... palabra que volveremos.

(Vanse. Carlos y Jorge las acompañan hasta la puerta ; se detienen un momento hasta que se supone que las pierden de vista, haciendo muchos saludos. Vuelven al proscenio algo precipitados.)

JORGE Y si por culpa tuya no vuelven... No pierdas un momento... a la estación... (Empujándole para que se marche.) y no te me presentes sin tu tía.

CARLOS (Saliendo precipitadamente.) A escape.

TELESFO. (Asomándose a la primera puerta de la derecha, en cuya habitación se habrá vestido de mujer.) ¿ Estás solo, Jorge?

JORGE Sí.

TELESFO. ¿ Tienes por ahí unas cuantas horquillas?

JORGE ¿ Yo horquillas? ¿ Por quién me tomas?

TELESFO. Pues da una voz a Gaspar.

JORGE (Llamando.) ¡ Gaspar !

GASPAR (Entrando.) ¡ Señorito !

TELESFO. (A Gaspar, desde la puerta.) ¿ Quieres ir a com-

prarme cuatro horquillas de concha para el pelo? Dale dos pesetas, Jorge.

JORGE Si ya sabes que no tengo.

TELESFO. Préstamelas tú, Gaspar. No olvides que antes te he regalado un duro.

GASPAR Sí, sí; muchas gracias. (Sale.)

ESCENA VIII

JORGE y DON FRANCISCO.

Al salir Gaspar se oye la voz de don Francisco y anuncia.

GASPAR ¡El señor!

FRANCIS. (Con una maleta en la mano por el foro de la derecha.) ¡Jorge! ¡Mi querido sobrino! (A Gaspar.) Pon por ahí esa maleta. (Se la lleva por la primera de la izquierda, y vase por el foro de la derecha.)

JORGE (¡Mi tío!... ¡esto se complica!)

FRANCIS. ¿Cómo estás? (Abrazándole.)

JORGE Perfectamente, mi querido tío. ¿De dónde viene usted?

FRANCIS. De Madrid; tengo que hablarte de asuntos muy serios; pero antes voy a entregarte tu pensión mensual.

JORGE ¡Gracias! Crea usted que no le pagaré nunca...

FRANCIS. Ya lo sé. (Dándole dinero.) Ahí tienes tu dinero... estas (Dándole unas facturas.) son las cuentas que has hecho en la fonda de Miranda, y que acabo de pagar por ti.

JORGE ¿Y ascienden?

FRANCIS. A más de mil pesetas.

JORGE ¿Es posible?

FRANCIS. Puedes convencerte.

JORGE (Examinando las cuentas.) Almuerzos... Cenas... Champagne... ¿Me he bebido yo tanto Champagne?

FRANCIS. ¡Ja!... ¡ja!... ¡buen provecho de haga!

Eres un buen estudiante, y tu tío está orgulloso de ti... ¡Ah!... ;y según me han dicho en la fonda, hoy has encargado un succulento almuerzo ! (Se sienta.)

JORGE Sí... un compromiso... ya le explicaré a usted... (Sacando un cigarro puro y ofreciéndoselo a tu tío.). ¿Quiere usted un cigarro? Habano legítimo.

FRANCIS. Bribón, como conoces mi flaco. (Toma el tabaco, y después de mirarle detenidamente dice.) Esta es comida cara para estudiantes.

JORGE Pero no para tíos capitalistas.

FRANCIS. ¿Capitalistas?... Oye... es fuerza que nos comprimamos y hagamos economías.

JORGE ¿Por qué?

FRANCIS. La muerte de mi cuñado me ha convertido en padre de una numerosa familia ; he heredado sus hijos y sus deudas.

JORGE ¿También sus deudas?

FRANCIS. Que por cierto son enormes ; así que lo menos en un par de años...

JORGE Eso sí que me llega al alma.

FRANCIS. La muerte de mi cuñado, ¿es verdad?

JORGE Sí ; sí ; señor.

FRANCIS. ¡Bah ! ¿Qué remedio? No te preocupes... Después de todo, dentro de un año tomas tu título de Ingeniero... y a Buenos Aires.

JORGE ¿Cómo?... ¿A Buenos Aires?

FRANCIS. Yo te buscaré allí un buen empleo.

GASPAR (Que viene de la calle, al dirigirse a la habitación en que está Telesforo.) Perdonen los señores.

JORGE ¿Qué llevas ahí?

GASPAR (Bajo a Jorge.) Las horquillas para don Telesforo.

JORGE Me ocurre una idea luminosa.

FRANCIS. ¿Respecto a tu porvenir?

JORGE Respecto a cierto enlace.

FRANCIS. Ya sabes que soy refractario al matrimonio.

JORGE Escúcheme usted ; el almuerzo que da-

mos hoy es en honor de la tía de Carlos... una señora viuda y millonaria.

FRANCIS. ¿Y qué? Un hombre de tus prendas no debe sacrificarse por el vil metal.

JORGE No; si no se trata de mí, sino de usted.

FRANCIS. ¿De mí?... ¿Casarme yo? Tú estás loco, sobrino.

JORGE Al contrario; reflexione usted...

FRANCIS. Nada; no quiero molestarme en reflexionar.

JORGE Por lo menos, asista usted al almuerzo.

FRANCIS. ¿En este traje?

JORGE En cinco minutos se cambia usted de ropa... Además, siendo usted el dueño de la casa, me parece lo más natural...

ESCENA IX

Dichos y CARLOS.

CARLOS (Entra precipitadamente por el foro de la derecha y trae un telegrama en la mano.) ¡Jorge!... ¡Jorge!... ¡estamos perdidos! (Viendo a don Francisco.) ¿Eh?

JORGE (Presentando a su amigo.) Mi amigo Carlos, de quien tantas veces he hablado a usted. (Se saludan.) Mi tío. (A don Francisco.) Este es el sobrino de su tía.

FRANCIS. Sí; ya lo supongo.

JORGE De la viuda millonaria; siente por ella verdadera adoración.

FRANCIS. Me lo explico.

JORGE (Dando prisa a su tío.) Conque no pierda usted tiempo; a cambiarse de ropa... y no olvide usted el ramito en el ojal; eso *viste* mucho, y sobre todo, rejuvenece.

FRANCIS. Pero si ya te he dicho que no...

JORGE No vale negarse; ¿a qué se obliga usted sólo con conocer a la viuda?

FRANCIS. Ciertamente que a nada. (Carlos durante este diálogo, y después de las presentaciones, se pasea y muestra su pesadumbre e inquietud por el telegrama que tiene en la mano.)

JORGE. Pues entonces...

FRANCIS. En fin, ya que tanto te empeñas... (Saluda y entra en la habitación de la izquierda.)

JORGE. (Después de acompañar a su tío hasta la puerta, se vuelve a donde está Carlos, muy de prisa.) Vamos a ver... ¿qué sucede?

CARLOS. Lee este telegrama.

JORGE. (Leyendo.) «Negocios imprevistos me detienen en Madrid; espérame un día de estos.—Lucía.» ¡Oh! (Como anonadado.)

CARLOS. ¡Ya lo ves! ¡no viene!

JORGE. Pues es preciso que venga a todo trance; ponla un telegrama.

CARLOS. ¿Estás en tu juicio?

JORGE. ¿Qué hacer? Si no tenemos tía... no tenemos novias, porque al enterarse...

CARLOS. Tenemos a tu tío.

JORGE. No es igual.

CARLOS. ¿Si vistiésemos con cierta elegancia a la portera?

JORGE. ¡Bah!... la conocen... y además, es una bestia con faldas.

CARLOS. ¡Y Carmen y Ana que llegarán de un momento a otro!

TELESFO. (Desde dentro.) ¡Jorge! ¡Carlos! ya podéis venir... ¿qué os parezcó?

JORGE. ¿Quién?... ¡Ah! Telesforo... ¡no me acordaba! (Se aproxima a la habitación donde está Telesforo y se supone que le ve vestido.) ¿Qué quieres? ¡Cielos!... ¡sí! (Ha abierto la puerta y al ver a Telesforo vestido, viene precipitadamente a Carlos.) ¡Magnífico! ¡nos hemos salvado!

CARLOS. ¿Cómo?

JORGE. (Remolcando a Carlos hasta la puerta de la habitación de Telesforo.) Fijate en Telesforo... y comprenderás.

CARLOS. ¿Qué vestido es ese?

JORGE Eso no es vestido. ¡ Eso es una tía !...
¡ Tu tía !
CARLOS ¿ Telesforo mi tía ?

ESCENA X

Dichos y TELESFORO.

TELESFO. (Vestido de mujer, con cierta elegancia, con sombrero, abanico e impertinentes.) ¿ Eh? ¿ qué tal? ¿ cómo me encontráis? (Se pasea por la escena abanicándose con cierta seriedad para no caer en lo chavacano o grotesco.)

JORGE (Entusiasmado.) ¡ Arrebatador !... digo...
¡ arrebatadora !

CARLOS Capaz de dar un chasco al hombre más experto. (Los tres personajes están en el proscenio; pero Telesforo no deja de pasear, reuniéndose a Carlos y Jorge según el diálogo.) ¿ Y esta caída de ojos? ¿ y este golpe de impertinentes?

JORGE Sí... sí... (Muy gozoso.) Un verdadero encanto. (Se oye la campanilla en la puerta del foro.)

CARLOS ¿ Lllaman? Ya están aquí.

TELESFO. ¿ Quiénes?

CARLOS Carmen y Anita.

TELESFO. ¡ Demonio ! (Pretende esconderse en seguida, y se dirige a la habitación de donde salió.)

JORGE ¡ Quieto !... (Le detienen.)

TELESFO. ¿ Eh?

JORGE (Serio.) ¡ Eres la tía de Carlos !

TELESFO. ¿ Yo?... ¿ yo la tía de Carlos? ¿ y por qué? ¿ quieres que me maten? (Jorge y Carlos le han cogido cada uno de un brazo.) ¡ Dejadme ! ¡ vaya una vergüenza !

(Forcejea un poco, y Jorge obliga a Telesforo a sentarse, haciendo que tome una actitud correcta. Gaspar abre la puerta y entran Carmen y Ana.)

ESCENA XI

Dichos, CARMEN y ANA.

Carlos y Jorge salen al encuentro de las señoritas.

CARMEN ¿Llegó su señora tía? (Adelantándose al proscenio.)

JORGE ¡Llegó felizmente!

ANA Lo celebramos... porque... de otro modo...

JORGE (Presentando a Carmen y Anita, dirigiéndose a Telesforo.) Las señoritas Carmen y Anita Peñarubia. (A las señoritas.) Doña Lucía Castellano Encantado da Selva Ferosa. (Le saludan.)

TELESFO. (¿Yo soy todo eso? (Las señoritas, después del saludo de presentación, se han aproximado a Telesforo.) ¡Señoritas!

CARMEN Mi hermana y yo teníamos verdaderos deseos de conocer a usted.

TELESFO. ¡Gracias! ¡muchas gracias!

ANA Si usted se digna aceptar estas flores de nuestro jardín... (Presentándole un ramito.)

TELESFO. (Tomando las flores.) ¡Gracias!... ¡muchas gracias!

CARMEN Estará usted muy cansada, ¿no es eso?

TELESFO. Sí; un poco... ¡gracias! (Carlos no deja de moverse y demostrar cierto aburrimiento.)

CARMEN Pues descanse usted, descanse.

TELESFO. Igualmente.

JORGE (Que antes se ha colocado a su lado.) ¡Ejem!... ¡ejem!...

TELESFO. (Aparte y bajo a Jorge.) ¿Qué hago yo con estas flores?

JORGE (Lo mismo a Telesforo.) Póntelas en el pecho.

TELESFO. (Lo mismo.) Se me olvidó de figurarle.

ANA (Fijándose en Carlos y notando algo extraño en él.) ¿Qué le pasa a usted, amigo Carlos? ¿no se encuentra usted bien?

- CARLOS ; Perfectamente, señorita ! Sólo que abri-
go ciertos temores...
- JORGE (Se interpone entre Carlos y Ana.) El pobre está
conmovido... y no es de extrañar...
- ANA ¿Acaso su tía?...
- JORGE Justo ; su tía, a quien ve hoy por vez pri-
mera. (Aparte a Telesforo.) ¡ Pero, estúpido... habla de algo !... (Le da un pellizco.)
- TELESFO. (Bajo a Jorge.) ¿ Y de qué voy a hablar?
- JORGE (Lo mismo.) Del tiempo.
- TELESFO. Hace un tiempo hermosísimo.
- CARMEN ¡ Oh, sí ; delicioso !
(Carlos y Jorge procuran no retirarse mucho de Telesforo. Jorge sobre todo, deberá estar casi constantemente a su lado sin separarse por eso del juego escénico ni olvidar lo que indica el diálogo.)
- TELESFO. (¡ En buen berengenal me habéis metido !
(Se le caen las flores.)
- ANA ¿ Le molestan a usted las flores ? Permítame usted... las pondré en agua... (Las pone en un vaso que habrá en la mesa de la izquierda.)
- CARMEN ¿ De modo que la variación de clima no le ha sentado a usted mal ?
- TELESFO. No ; estoy bien sentada... digo... el clima... (Bajo a Jorge, que está a su lado.) ¿ Por qué me pregunta eso ?
- JORGE Porque eres americana.
- TELESFO. (Como contestando a Carmen.) ¡ Ah !... sí... me gusta mucho este clima... (Bajo a Jorge.) ¿ Cómo dices que me llamo ?
- JORGE Doña Lucía.
- TELESFO. (Bajo y aparte a Jorge.) Espera ; así no se me olvidará. (Escribiendo con un lápiz en el abanico.) Doña Lucía...
- JORGE (Idem.) Castillo Encantado da Selva Fer-
mosa.
- TELESFO. ¿ Portuguesa ?
- JORGE (Idem.) Española ; casada con un portu-
gués.
- TELESFO. (Idem.) ¿ Viuda ?
- JORGE (Idem.) Y millonaria,

TELESFO. (Idem.) ¡Házmelo bueno! ¿Y tengo hijos?

JORGE (Idem.) No, imbécil. (Le da un pellizco.)

TELESFO. (Idem.) Necesito enterarme... Bien... ya estoy enterado. (Alto, dirigiéndose a Carmen.) Pues... sí... hace un tiempo hermosísimo.

CARMEN (A Carlos.) Es muy locuaz su señora tía.

TELESFO. (Bajo a Jorge.) ¿Las invito a dar un paseo por el jardín?

JORGE (Idem.) ¡Quieto!... eso es cuenta nuestra.

CARMEN (A Telesforo.) Cuando haya descansado de su viaje tendremos mucho gusto en acompañar a usted a visitar el célebre Monasterio.

TELESFO. No, si le conozco.

CARMEN ¿Eh?

JORGE ¡Ejem! ¡Ejem!

TELESFO. Le conozco de oídas y por las descripciones... ¿quién no conoce a Felipe II?

CARMEN ¡Visitaremos su silla, el Panteón de los Reyes, la Casita de Abajo!

TELESFO. (Y la de arriba... arriba y abajo... ¡Qué jóvenes tan lindas y qué placer siento!... (Jorge le da un puñetazo.)

ANA Y esté usted segura de que no ha sembrado en terreno erial sus favores, porque Carlos le está agradecidísimo, ¿verdad?

TELESFO. ¡Oh! ¡un ángel!... el retrato de mi difunto hermano...

CARLOS Hermana. (Bajo a Telesforo.)

TELESFO. Hermana... de mi difunta hermana. ¿Cómo era posible que yo abandonase a su única hija?

CARLOS ¡Hijo!... (Bajo a Telesforo.)

TELESFO. ¡Hijo... a su único hijo!

ANA Naturalmente. ¿Qué sería de ese pobre joven sin la protección de su excelente tía? Por mi parte, ¿a qué ocultárselo? yo la profeso a usted verdadero cariño.

TELESFO. Cuando me trate usted más íntimamente... (A Carlos, que le ha dado un puñetazo.) ¿Quieres no dar tan fuerte?

ANA ¡Veo en usted casi una madre!... ¿Me

- permite usted que la dé un beso? (Se levanta para darle un beso. Suena la campanilla.)
- CARLOS (Interponiéndose.) No... no; viene gente... (¡Bribón... granuja!)
- TELESFO. (No me desagrada mi papel.) (Gaspar entra muy de prisa y azorado, y al verle Jorge le pregunta.)
- JORGE ¿Qué hay, Gaspar?
- GASPAR Don Servando, el tutor de estas señoritas, se empeña en entrar.
- CARLOS ¡Dios mío!
- ANA ¡Ay, Virgen!
- CARMEN ¡Despídale usted! ¡va a armar un escándalo horrible!
- CARLOS Pero ¿no estaba en Madrid?
- JORGE (Indicando la puerta de la derecha, por donde desaparecen las jóvenes. Confusión. Telesforo también pretende esconderse; pero Jorge y Carlos le obligan a quedarse.) No... tú no te vas... tú tienes que recibirle; siéntate.
- TELESFO. ¿Pero qué le digo?
- JORGE Lo que tú quieras. Lo esencial es que nos libres de él. (Vanse Jorge y Carlos por la primera puerta de la derecha.)
- TELESFO. Esto ya no me gusta.

ESCENA XII

TELESFORO y DON SERVANDO.

- SERVANDO (Entra por el foro de la derecha con un quitasol y e sombrero puesto, precipitadamente.) ¿Dónde están estas señoritas, sin pizca de reflexión ni delicadeza? (Nota la presencia de Telesforo)
- ¡Ah!
- TELESFO. ¿Qué desea usted?
- SERVANDO Carlos... ¿dónde está Carlos?
- TELESFO. Ante todo, repórtese usted y no olvide que se halla delante de una señora.
- SERVANDO No lo olvido.
- TELESFO. Sí lo olvida... quítese usted el sombrero.

SERVANDO ¡ Es verdad ! (Se quita el sombrero y se sienta.)

TELESFO. No sé quién le ha dado permiso para sentarse : ¿no estoy yo de pie?

SERVANDO Perdóneme usted ; necesito hablar en seguida con Carlos.

TELESFO. ¿Lo ve usted aquí?

SERVANDO No.

TELESFO. Pues entonces...

SERVANDO Vengo a buscar a mis dos pupilas.

TELESFO. ¿Tiene usted casa de huéspedes?

SERVANDO Nada de bromas ; se trata de dos señoritas.

TELESFO. Aquí no hay más señorita que yo, caballero.

SERVANDO La portera las ha visto entrar.

TELESFO. ¿Y no las ha visto salir? ¿No puede equivocarse la portera?

SERVANDO No.

TELESFO. ¿Y me equivoco yo?

SERVANDO Concluyamos. ¿Dónde están?

TELESFO. En su casa probablemente.

SERVANDO ¡ Vengo de allí !... ¡ Oh !... ¡ Las buscaré ! Yo daré con ellas... y las aseguro... (Gritando.)

TELESFO. ¡ Ay ! ¡ No grite usted así, que me ataca los nervios ! (Don Servando ha cogido el sombrero, se le pone y se levanta para marcharse.) ¡ Y dale con cubrirse !... ¡ Descortés ! (Le pega con el abanico y se lo tira.)

SERVANDO ¡ No sé lo que hago ! ¡ estoy frenético !... ¡ loco ! ¡ Si las pillo !... (Vase por el foro de la derecha furiosamente después de recoger el sombrero.)

ESCENA XIII

TELESFORO, ANA, CARMEN, JORGE y CARLOS. Después, DON FRANCISCO por la primera de la izquierda, y GASPAS por la segunda de la derecha.

Ana, Carmen, Jorge y Carlos van saliendo con cierta precaución.

JORGE ¿Se marchó? (Timbre en la primera izquierda.)

CARLOS ¡ Adentro !... ¡ adentro !...

- JORGE No hay que asustarse ; es mi tío Francisco que acaba de llegar y nos acompaña a la mesa. (Se aproxima a Telesforo y le dice bajo y aparte.) A ver cómo te portas con él.
- TELESFO. (Bajo a Jorge.) ¿Con quién? ¿Somos parientes?
- JORGE (Bajo.) ¿Pero no has comprendido aún?... Eres la tía de Carlos... del Brasil.
- TELESFO. Sí... no me acordaba.
- FRANCIS. (Entra vestido como de sociedad con un bouquet en el ojal de la levita.) ¡Señores !... ¡señoritas !...
- CARLOS (Presentando a don Francisco.) Don Francisco Redondela... Doña Lucía Castello...
- TELESFO. Encantado da Selva Formosa, reciénvenida del Brasil ; "servidora de usted.
- FRANCIS. (A Jorge, bajo y aparte.) ¿Esta es aquella proporción?
- JORGE (Bajo a don Francisco.) ¿No le agrada a usted?
- FRANCIS. (Ídem.) Hombre ; ¡ la verdad !
- JORGE (Bajo.) Dile algo a mi tío. (A Telesforo.)
- TELESFO. Mi sobrino Carlos me ha contado tantas cosas de usted... (Jorge le da un puñetazo.)
- FRANCIS. Si hace un instante me ha visto por primera vez.
- JORGE Se engaña usted, querido tío ; Carlos le conoce a usted perfectamente, porque yo le he hecho el retrato de usted diferentes veces con una fidelidad fotográfica de primer orden..
- FRANCIS. (Aparte a Jorge.) ¿De veras pretendías casarme con esta mujer?
- CARLOS ¡ Señores, a la mesa ! (Ha llamado a Gaspar, y entre los dos colocan la mesa en el centro de la escena.)
- FRANCIS. ¿Me concede usted el honor?... (Le da el brazo y la lleva hasta la mesa.)
- TELESFO. ¡ Gracias ! ¡ Es usted muy amable ! (Todos se sientan ; pausa ; uno de los mozos saca una fuente con ostras.)

- FRANCIS. ¿De modo, señora, que usted ha corrido mucho?
- TELESFO. ¡Mucho! He batido el record... (Jorge le da un puñetazo.) a los principales viajeros.
- JORGE. ¿Ostras?
- ANA. Me gustan mucho.
- JORGE. ¿Pimienta?
- ANA. No; ¿para qué?
- CARLOS. ¿No le encanta a usted este almuerzo de familia? (A Ana.)
- ANA. (A su hermana.) ¿De familia?... ¿Oyes, Carmen? ¡Ja, ja!
- TELESFO. (Fijándose en el ramo que tiene en el ojal don Francisco.) ¡Qué bouquet tan precioso!
- FRANCIS. ¿Me permite usted ofrecérselo? (Se lo da.)
- TELESFO. ¡Gracias! Lo pondré en mi álbum.
- CARLOS. ¡Gaspar!... ¡Jerez!
- ANA. Yo preferiría un vaso de agua.
- JORGE. ¿Agua con las ostras?... ¡Champagne!... ¡Champagne a pasto; trae Champagne! (A Gaspar.)
- GASPAR. (A Jorge.) ¿Dónde están las botellas?
- JORGE. ¿No las pusiste en hielo?
- GASPAR. No, señor; me olvidé.
- TELESFO. ¿Falta alguna cosa?
- JORGE. ¡El Champagne!
- TELESFO. ¿No aparece? Nada hay perdido; yo soy muy previsora y traigo unas cuantas botellas en mi saco de viaje... ¡Allí está!
- JORGE. (Bajo y aparte a Telesfo.) ¡Ah, pilló!... ¡ya ajustaremos cuentas! (Le da un puñetazo. Gaspar saca las botellas del saco de viaje o la maleta con rabia. Llaman a la campanilla muy fuerte.)
- CARLOS. ¿Otra vez llaman?
- CARMEN }
ANA } ¡El tutor!
- JORGE. ¿Pero es que ese hombre no va a dejarnos tranquilos?

ESCENA XIV

Dichos y DON SERVANDO.

SERVANDO (Entra precipitadamente sin quitarse el sombrero.)
¡ Ah ! ¡ lo sospechaba ! ¡ aquí están !

CARLOS }
ANA } ¡ Por Dios !

JORGE (Muy complaciente; sonriéndose.) No se asuste usted. Señor de Juncuales... tengo mucho gusto...

SERVANDO (A Carmen y Ana.) ¿ De modo que ustedes aprovechan mi ausencia para entregarse a esta vida de crápula?

JORGE (Muy ofendido.) ¿ Cómo de crápula?... ¡ Señor mío !...

SERVANDO Yo no hablo con usted.

CARLOS Permítame usted que le explique...

SERVANDO No necesito explicación.

TELESFO. Pero, en fin ; podremos saber...

SERVANDO ¡ A usted no le importa, señora mía !

TELESFO. ¡ Y siempre con el sombrero hasta las orejas ! ¡ Descúbrase usted !...

SERVANDO Me descubriré si me da la gana.

TELESFO. ¡ Qué modales tan finos !

FRANCIS. (Con dignidad.) Le advierto a usted que está usted en mi casa y en presencia de una señora...

TELESFO. Distinguidísima.

SERVANDO ¡ De una vieja ridícula !

TELESFO. ¿ A mí tal insulto?... ¿ a mí ridícula?

SERVANDO (A Carmen y Ana.) Y ustedes, síganme... en casa hablaremos... (Se dispone a salir; pero don Francisco le detiene.)

FRANCIS. (Muy serio.) Antes exijo que retire usted las palabras... (A Jorge.) ¿ Pero quién es este bárbaro?

JORGE (Presentándolos.) Don Servando Juncuales. Don Francisco Rodondela, mi tío. (Saludos.)

SERVANDO Usted comprenderá, caballero, que cuan-

do un tutor se encuentra a sus pupilas fuera de su casa, comiendo mano a mano con dos jóvenes...

FRANCIS. Aquí no se trata de festines crapulosos, señor mío; se trata de un almuerzo de familia dispuesto en honor de la tía de Carlos.

SERVANDO ¿Y qué tengo yo que ver con la tía de Carlos? (Desabrido y casi groseramente.)

FRANCIS. ¡Cuando sepa usted quién es esta señora!... ¡Doña Lucía Castello Encantado da Selva Ferosa! (Con mucho énfasis.)

SERVANDO ¡Oh!... ¿Usted?... ¡Usted doña Lucía?

TELESFO. Sí, caballero; yo soy... *todo eso que acaba de oír.*

SERVANDO (Haciendo una gran reverencia.) ¡La viuda brasileña... de que hablan tanto los periódicos! ¿La millonaria? ¡Oh, señora!... perdone usted... estoy confundido... consternado...

JORGE (Bajo y aparte a Telesforo.) Invítale a almorzar.

TELESFO. (A Servando.) Me ha inferido usted una gran ofensa calificándome de vieja ridícula; pero una vez que solicita mi perdón...

SERVANDO ¡No uno; mil perdones!

TELESFO. Puede usted acompañarnos a almorzar.

SERVANDO (Muy contento.) ¡Acepto! ¡Qué noble venganza!... Usted me honra de tal modo... Pero, de veras: ¿no me guarda rencor?

TELESFO. (Dando a Servando el bouquet que antes le ofreció don Francisco.) Sean estas flores símbolo de paz entre nosotros. (Al dárselas, Servando le besa la mano.)

FRANCIS. (Asebrado.) ¡Y le da mi bouquet!

JORGE Puesto que la tormenta ya ha pasado... ¡a la mesa! (Los cuatro jóvenes van a colocarse como estaban antes. Don Servando se quita el sombrero y deja el quitasol.)

FRANCIS. (Ofreciendo el brazo á Telesforo, que estará retirado al lado de la ventana de la izquierda.) Doña Lucía... ¿quiere usted favorecerme?...

SERVANDO (Por el otro lado, haciendo el mismo ofrecimiento a Telesforo.) ¿Se dignará usted aceptar?

FRANCIS. (Viendo el ofrecimiento que hace Servando.) No; permítame... yo he sido el primero.

SERVANDO Sin embargo... yo no renuncio...

TELESFO. (Con mucha amabilidad.) Pues bien; los dos!... ¡acepto los dos brazos! (Da el brazo con mucha coquetería a los dos y van a la mesa. Francisco, Servando, Jorge y Carlos toman cada uno una silla, que ofrecen a Telesforo: éste vacila sin saber cuál aceptar, y los otros, creyendo cada uno que toma la silla del otro, las retiran en el momento que Telesforo va a sentarse, y se cae al suelo. Todos acuden a levantarle. Animación. Telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Hotel de Jorge, rodeado completamente por el jardín. Fachada a todo foro, con escalinata y un rótulo que diga: "Villa Redondela". Sillería y velador rústico en el centro de la escena.

ESCENA PRIMERA

GASPAR y JORGE; después, CARLOS.

GASPAR ¡Esto es graciosísimo! He visto en mi vida muchas viejas ridículas; pero una vieja de la especie de don Telesforo, jamás. ¡Y pensar que estamos a fin de curso y que dentro de un año los estudiantes calaveras de hoy se convertirán en respetables Ingenieros! (Ha ido colocando sillas alrededor de una mesa.)

JORGE (Saliendo por el tercer término de la derecha.) ¿Qué haces aquí?

GASPAR Pedir a Dios que salgamos con bien de esta diablura.

JORGE Gracias; pero no tienes por qué mezclarte en nuestros asuntos. Prepara el café; lo tomaremos aquí.

GASPAR Al momento. (Vase al hotel.)

JORGE Ese Telesforo es un bribón de siete sue-
las. Durante el almuerzo ha cometido mil
atrocidades y ha tragado por diez; por
fortuna, ninguno se ha quedado atrás.
Ahora están recorriendo el jardín, y yo he
aprovechado esta circunstancia para ro-
gar a Carmen que se extravíe y venga

aquí. Creo que es ella. (Mirando a la izquierda.) No; es Carlos.

CARLOS (Por la tercera de la izquierda.) ¡Hola!

JORGE Vete; déjame solo; espero a Carmen.

CARLOS Y yo a Anita.

JORGE ¿Aquí mismo?

CARLOS En este mismo sitio.

JORGE— Juguemos entonces a cara o cruz quién debe dejar el campo libre. (Saca una moneda del bolsillo y la tira sobre el velador.) Cara para ti, Ana; y cruz, Carmen. (Al tirar la moneda ha visto venir a Carmen.) ¡Ah!... Ella...

CARMEN (Por el fondo de la izquierda.) (Veremos si se decide... ¡Oh!)

JORGE La esperaba a usted con impaciencia. (A Carlos.) (¡Vete!)

CARLOS (Imposible; aguardo a Ana.)

ANA (Por el fondo de la derecha.) Amigo Carlos... ya ve usted... (Viendo que no está solo.) (¡Qué fastidio!)

CARLOS (A Anita.) Temía que se hubiera usted olvidado de su promesa...

JORGE (¡Qué situación tan deliciosa!) Carlos, ¿has enseñado a Anita todo el jardín?... Sé galante... llévala a la estufa... y después a ver los rosales... y después a la huerta, la gustará a usted... hay legumbres de todas clases... Dentro de media hora esperamos a ustedes para el café... ¡Anda, hombre! ¡anda! (Vanse por el tercer término de la izquierda.) (A Carmen). Y mientras ellos recorren el jardín... nosotros...

CARMEN ¿Qué?

JORGE Que tengo que pedirle a usted mil perdones por haber estado tan poco expresivo durante el almuerzo.

CARMEN (Sentándose junto al velador.) No lo creo yo así.

JORGE (Apoyando una mano en el respaldo de la silla que ocupa Carmen.) He debido dedicarme a usted por completo.

CARMEN Hubiese sido una falta de atención a los

demás invitados... En un almuerzo familiar las conversaciones deben ser generales.

JORGE Sí... es cierto... Después... es otra cosa...
(Pausa.) después... es otra cosa. (Pausa.)

CARMEN (Levantándose.) ¡ Uy ! ¡ qué calor hace !

JORGE ¿ Se marcha usted ya ?

ESCENA II

Dichos y DON FRANCISCO.

FRANCIS. (Que viene por el tercer término de la derecha.) ¿ Estorbo ?

JORGE (Bajo a su tío.) (Yo le diría a usted que sí ; pero va usted a incomodarse.)

FRANCIS. Es un solo momento. (Carmen da algunos pasos para marcharse.) No ; no se marche usted, señorita : quiero decir sólo dos palabras a mi sobrino.

CARMEN Ya me iba ; (Mirando significativamente a Jorge y marcando mucho las palabras.) me espera mi hermana... junto a los rosales, y después deseo ver la estufa y la huerta.

JORGE (¡ Ah !... ¡ Comprendo !)

CARMEN ¡ Caballero !... (Retirándose.) (Pobre Jorge... está verdaderamente enamorado. (Vase por la derecha.)

JORGE ¿ Qué tiene usted que decirme ?

FRANCIS. Que he tomado una enérgica resolución.

JORGE ¿Cuál ?

FRANCIS. Tú sabes muy bien que tu tío es capaz de todo por ti.

JORGE Lo sé.

FRANCIS. Y por labrar tu felicidad estoy dispuesto a saltar por todos los obstáculos y a seguir tu consejo ; me casaré con una mujer rica.

JORGE ¿ Ha encontrado usted una mujer rica, simpática y joven ?

FRANCIS. Ni joven ni simpática ; pero riquísima.

- JORGE Pues, francamente, tío, le agradezco a usted mucho el sacrificio que intenta usted hacer por mí... pero eso de casarse sólo por el dinero... ¿Y quién es ella?
- FRANCIS. La conoces mejor que yo, puesto que tú mismo me indicaste...
- JORGE ¿Yo?... No recuerdo.
- FRANCIS. Doña Lucía Castello...
- JORGE ¡ Oh !... (Asustado.) ¡ Imposible !... ¡ eso es imposible !... ¡ Casarse usted con él... digo... con ella !... Lo repito... eso... ¡ vamos !... que no puede ser, ¡ ca !
- FRANCIS. ¿ Y por qué no puede ser ¿ por qué te indignas de tal modo ? ¿ Hay algún obstáculo insuperable ?
- JORGE ¡ Inmenso !
- FRANCIS. ¿ Es casada ?
- JORGE No, señor ; viuda... pero no puede ser... ¡ vamos !
- FRANCIS. Te advierto que mi resolución es irrevocable... y que los inconvenientes son los mejores despertadores de la pasión.
- JORGE Pero si ella le rechaza a usted...
- FRANCIS. Al contrario : me distingue mucho y me prefiere a mi rival ; ¡ porque tengo un rival ! ¡ el señor de Juncas !
- JORGE ¿ También ese le hace la corte ? ¡ María Santísima ! Tío, reflexione usted...
- FRANCIS. ¡ No reflexiono nada ! ¡ Voy a beberme un par de copas de Champagne y me lanzo al abordaje ! (Jorge quiere hablar.) ¡ No ; no insistas... es inútil... es inútil !... (Entra en el hotel.)
- JORGE ¡ Ay ! ¡ esto se complica !... ¡ empiezo a perder la cabeza ! (Como anonadado.)

ESCENA III

JORGE y CARLOS, por la izquierda, precipitadamente, DON FRANCISCO, dentro del hotel.

CARLOS Mira, Jorge ; hay que tomar una determinación enérgica contra ese tunante de

Telesforo ; está abusando de su papel de una manera indigna ; ha cogido a Anita del brazo y no hay medio de que la suelte.

JORGE

¡ Si fuera esa la única contrariedad !

CARLOS

¡ Ya ! ; para ti no tendrá importancia ; pero para mí !... (Se oye un taponazo al descorchar una botella de Champagne.)

JORGE

¿ Oyes ese taponazo ?

CARLOS

¿ Qué ?

JORGE

Es mi tío Francisco que se está preparando para el abordaje.

CARLOS

¿ A quién trata de abordar ?

JORGE

¡ A Telesforo ! ; ¡ Va a pedirle su mano ! !

(Consternado.)

CARLOS

¿ Su mano ?

JORGE

A él no ; a doña Lucía.

CARLOS

¡ Jesucristo !... ¿ Y qué hacemos ?

JORGE

Buscar a Telesforo y advertirle... ¿ Dónde le has dejado ?

CARLOS

En la huerta ; pero cualquiera da con él ; esto es muy grande... y además, el muy pillo huirá de nosotros.

JORGE

Pues no hay remedio ; recorramos la posesión ; tú por un lado y yo por otro... anda !

CARLOS

¡ Le mato si no abandona su presa ! (Se va Carlos por la izquierda y Jorge por la derecha.)

ESCENA IV

DON FRANCISCO, por el hotel, y JUNCALES, por la segunda de la izquierda.

FRANCIS.

¡ Ya estoy preparado ! Ya me siento capaz de desposarme hoy mismo. (Mira el reloj.) ¿ Por qué no viene ? Pasa cinco minutos de la hora fijada... Creo que se acerca... sí... doña Lucía... (Entra Juncales.)
¡ Uf ! ; es mi rival ! (Se vuelve para no verle.)
¡ Viejo más estrafulario !... y siempre presumido con mis flores... (Pausa.) ¿ Busca usted a alguna persona ?

- JUNCALES No... no... (Este es el sitio que me ha indicado...) (A don Francisco.) Qué gran día, ¿eh? ¡Bien nos divertimos!
- FRANCIS. Sí; mucho.
- JUNCALES ¿No ha recorrido usted la posesión? ¡Es hermosa!
- FRANCIS. ¿Y me lo cuenta usted a mí?
- JUNCALES ¡Ah! sí... No recordaba que usted es el dueño...
- FRANCIS. (Sacando un cigarrillo.) ¿Quiere usted un cigarro?
- JUNCALES Gracias, no fumo. (Saca el reloj y mira la hora.) (¿Se habrá olvidado de la hora? ¿Queremos en que vendría ella aquí.)
- FRANCIS. (¡Hay que alejar a este importuno! Si al menos el humo del cigarro le hiciese mal...) (Se levanta; fuma muy fuerte y echa todo el humo a Juncales en pleno rostro.) ¿Le molesta a usted el humo?
- JUNCALES No; no, señor; nada de eso. (Tose; don Francisco se sienta otra vez.) (Y se sienta nuevamente.)
- FRANCIS. Voy a acabar aquí mi cigarro antes de volver a reunirme con las señoras; doña Lucía es muy delicada, y es natural que el humo... Ahora la he dejado...
- JUNCALES ¿A doña Lucía? ¿Dónde?
- FRANCIS. Paseando por la huerta.
- JUNCALES ¡Adiós!
- FRANCIS. ¿Se marcha usted?
- JUNCALES Sí; a tomar el aire. (Vase rápidamente por el cuarto término de la derecha.)
- FRANCIS. ¡Ja... ja!... qué paso lleva; le cacé en sus propias redes.

ESCENA V

DON FRANCISCO y JORGE.

- JORGE (Por la segunda de la derecha.) Nada... No le encontramos por ninguna parte. Se le ha

tragado la tierra... ¿Ha visto usted a doña Lucía?

FRANCIS. Aún no, desgraciadamente.

JORGE (Dios sea loado.)

FRANCIS. Y me extraña, porque me dijo que la esperase aquí... A no ser que haya entendido yo mal...

JORGE ¿No le habrá citado a usted junto a los rosales... o en la huerta?

FRANCIS. Creo que no... Allí acabo de mandar a ese estúpido de tutor.

JORGE Pues no hace mucho estaba en la huerta.

FRANCIS. ¿Quién (Sobresaltado.)

JORGE Doña Lucía.

FRANCIS. ¡Demonio! (Vase corriendo por la tercera de la derecha.)

ESCENA VI

JORGE y CARLOS; después, TELESFORO y ANA.

CARLOS (Que viene por la izquierda.) ¿Le has encontrado?

JORGE No.

CARLOS ¿Pero dónde se mete ese pillastre? Te juro que en cuanto le eche la vista encima... ¡Ah, mírale!... Voy... (Los dos ven a Telesforo venir muy tranquilo por la tercera de la izquierda dando el brazo a Ana. Carlos da un paso como para salir al encuentro. Jorge le detiene.)

JORGE ¡Calma! Que vas a descubrirlo todo...

CARLOS ¡Y siempre del brazo!

ANA Amigo Carlos... ¿Qué es de usted? Le esperábamos en el paseo de las lilas.

CARLOS Para que hubiera una más, ¿no es cierto?

ANA ¿Qué dice?

JORGE (Bajo a Telesforo.) ¿Dónde te has llevado a Anita?... ¡Mal amigo! (Le da un puñetazo.)

TELESFO. (Bajo a Jorge.) ¿Cómo mal amigo?

JORGE (A Telesforo.) Quieto aquí; tenemos que

hablar. (A Carlos, alto.) Carlos, ¿no le has enseñado a Anita los peces de colores que hay en el lago de la gruta?

TELESFO. ¡Ja... ja!...

JORGE ¿Qué?

TELESFO. Que me río yo de los peces de colores.

ANA ¡Ay! sí; me gustan mucho. ¿Quiere usted acompañarme, Carlos?

CARLOS Con mil amores, señorita. (Al marcharse, dice aparte y bajo a Telesforo.) (Contigo tengo que hablar muy despacio.) (Vanse por la izquierda.)

JORGE Ahora hablemos seriamente.

TELESFO. ¿Tú también?

JORGE ¿No te has comprometido a ayudarnos en nuestra empresa?

TELESFO. ¿Y no hago todo lo posible por complaceros? ¿Qué más podéis pedirme?

JORGE Que te dediques a distraer a los viejos.

TELESFO. ¡Hombre! ¡Eso ya es abusar!

JORGE Tú sí que abusas de nuestra paciencia, secuestrando a nuestras respectivas novias...

TELESFO. Son gajes de mi edad y de mi sexo.

JORGE Dejemos esto, y fíjate bien en lo que voy a decirte.

TELESFO. Ya escucho.

JORGE Mi tío trata de pedirte tu mano.

TELESFO. ¡Ah! ¿Y por complaceros a vosotros debo casarme con tu tío?... No; hasta aquí no llego... La amistad tiene sus límites.

JORGE No te las eches de gracioso. Rechaza su petición, pero dulcemente, mostrándote al propio tiempo reconocido.

TELESFO. Reconocida, querrás decir.

JORGE Sí; eso es, reconocida. Ponte en el caso de una verdadera señora de cierta edad, digna, respetable, discreta...

TELESFO. ¿Y qué sé yo lo que contestaría una señora de cierta edad, ante una declaración semejante?

JORGE (Mira, y se supone que va venir a su tío.) Silencio ; mi tío.

TELESFO. No me dejes solo ; mira que lo voy a echar a perder.

JORGE Es preciso que le oigas. Es preciso.
(Vase corriendo por la segunda puerta de la derecha.)

ESCENA VII

TELESFORO y FRANCISCO.

FRANCIS. (Por la tercera puerta de la derecha.) ¡ Por fin !
La he buscado a usted por todas partes.

TELESFO. Y yo aquí tan tranquilo... digo... tan tranquila...

FRANCIS. Esperándome, ¿ no es cierto ?

TELESFO. ¡ No ! Sí... sí... le esperaba a usted.
(Don Francisco le ofrece una silla.) Gracias. (Pe-
queña pausa.)

FRANCIS. Doña Lucía, soy un antiguo capitán de
la Marina mercante, y gusto poco de ro-
deos y vacilaciones. En presencia de us-
ted me sucede lo que al triste caminante,
que al atravesar la soledad del desierto
anda... y anda... y anda... hasta que por
fin... (Sentándose.)

TELESFO. Se sienta.

FRANCIS. Rendido de fatiga descubre en el oasis
encantador un prado lleno de flores... y
entre las flores una violeta modestísima y
pudorosa.

TELESFO. ¿ Y esa violeta soy yo ?

FRANCIS. ¡ Sí, doña Lucía ! Usted... usted... (Se
ruboriza ; buena señal.)

TELESFO. Es usted muy amable.

FRANCIS. (Esta mujer tiene lo menos cincuenta
años. ¿ Se imagina usted, señora, lo que
el pobre caminante del desierto ambicio-
na con más ardiente pasión ?

TELESFO. Sí... Una botella de cognac.

- FRANCIS. (Qué prosaica.) No, doña Lucía ; lo que ambiciona con más ardiente afán el pobre caminante que atraviesa solo el desierto de la vida, es estrechar contra su pecho la adorable violeta del prado.
- TELESFO. ¡ Ya ! (Agita mucho el abanico.)
- FRANCIS. ¡ Doña Lucía ! ¡ basta de vacilaciones !
- ¿ Quiere usted ser mi esposa ?... ¿ la violeta ?... (Con resolución.)
- TELESFO. Del prado lleno de flores...
- FRANCIS. ¿ De mi corazón ?
- TELESFO. (Abanicándose mucho.) No sé que contestarle... ¡ Estoy tan conmovida ! No me he visto jamás en un caso como éste... ¡ se lo juro !
- FRANCIS. Pero, bien... ¿ qué responde usted a mis ansias ?... ¿ Qué puedo esperar ?
- TELESFO. ¡ Niente ! ¡ *Lasciate ogni speranza* ! (Me parece que con más dulzura...)
- FRANCIS. (Levantándose.) ¿ Cómo ? ¿ ni siquiera una esperanza ?
- TELESFO. ¡ Es preciso !... ¡ Mi corazón no me pertenece ; amo a otra... digo... a otro !
- FRANCIS. ¿ A otro ? (A ese groserote de Juncales, no hay duda... ¡ Oh !)
- TELESFO. A usted sólo puedo brindarle con un cariño fraternal.
- FRANCIS. ¿ Fraternal ?
- TELESFO. Es el único que tengo disponible.
- FRANCIS. ¡ Qué remedio !
- TELESFO. Yo no soy una mujer como las demás ; yo soy un caso raro de la vida.
- FRANCIS. No hay más que resignarse. Ruego a usted que perdone mi atrevimiento...
- TELESFO. ¡ Bah !
- FRANCIS. Y que sumerjamos esta conversación en los mares del olvido.
- TELESFO. Sí ; ¡ sumerjámosla ! Si alguna vez necesita usted de mí y quiere favorecer mi casa, la recibiré... como a un hermano.
- FRANCIS. Tendré un verdadero honor. (Se inclina sa-

ludándola.) (Lo siento por mi sobrino ; yo no he podido hacer más.) (Vase al hotel.)

ESCENA VIII

TELESFORO y JORGE ; después, JUNCALES.

TELESFO. ¡ Uf ! Estoy sofocado de veras ; por poco suelto la carcajada.

JORGE (Saliendo por la derecha.) Lo he escuchado todo. (Habla con violencia.) ¿ Quién te manda burlarte de mi pobre tío ?

TELESFO. ¿ Quién me lo ha mandado sino tú ¿ Has oído cómo me llamaba ?

JORGE Sí ; la violeta del prado. ¿ Por qué no le despediste en seguida ?

TELESFO. Porque he tenido que esperar a que me pida mi mano ; y ya viste con qué dulzura se la negué. *Lasciate ogni speranza* ; pero, en fin, si no os doy gusto en mi papel... con quitarme las faldas...

JORGE No ; ¡ eso nunca ! ¡ todavía no !

TELESFO. (Mira a la derecha y se supone que ha visto al tutor que se dirige a él.) ¡ Cielos !... ¡ el tutor !... ¡ el otro pretendiente a mi mano ! ¡ Pues lo que es éste... no me pillará !... No resisto una segunda declaración. (Vase corriendo por la primera puerta de la izquierda.)

JUNCALES (Saliendo por la tercera puerta de la derecha.) Amigo Jorge... ¿ sabe usted por casualidad dónde se halla?... ¡ Ah ! ¡ allí la veo !

JORGE (Vase apresuradamente por la primera de la izquierda.) ¡ Otro loco por doña Lucía ! ¡ Esta es una casa de orates ! ¿ Por qué no habrá venido la verdadera tía de Carlos?... Corro en busca de mi Carmela. (Vase por la tercera puerta de la izquierda.)

ESCENA IX

DOÑA LUCÍA e IRENE.

LUCÍA (Por la derecha, tercer término.) Según dice el portero, en el jardín podremos encontrar a Carlos.

IRENE Pues no se ve a nadie.

LUCÍA (Leyendo el rótulo que habrá sobre la puerta del hotel.) «Villa Redondela»... Redondela, ¡qué casualidad!... ¡Mi sobrino viviendo en un hotel que lleva semejante apellido!... no creí que...

IRENE ¿Qué?

LUCÍA Que diera para tanto mi pensión mensual.

IRENE Quizás Carlos no viva aquí y pase el día con algún amigo suyo.

LUCÍA A esta quinta, no obstante, nos ha encaminado el conserje de la Escuela de Ingenieros: en fin... esperemos sentadas que alguien...

IRENE Y no debe usted molestarse porque no haya ido a la estación.

LUCÍA ¡Cierto! Mía ha sido la culpa; le telegrafié diciéndole que no me esperara hoy. Por fortuna, el negocio que me detenía se resolvió con más facilidad de la que sospechaba y decidí dar a Carlos esta sorpresa.

IRENE ¡Qué simpática es esta población!... ¡Qué aires tan puros!... ¡Y qué dulce reposo debe gozarse aquí!

LUCÍA La juventud todo lo ve de color de rosa.

IRENE Cierto; ¡y eso que mi juventud no ha podido ser más triste! Usted lo sabe bien.

LUCÍA Ya irán disipándose poco a poco las nubes que la obscurecían.

IRENE ¿Y a quién deberé yo tanta ventura?

- LUCÍA A ti, a las cualidades que te adornan y al interés que tu soledad inspira.
- IRENE A usted, que desde que murió mi padre ha sido mi providencia. ¿Qué sería de mí, huérfana y desamparada, sin una protectora como usted?
- LUCÍA Protección que me reporta a mí una gran alegría. ¿Quién saca más provecho de este negocio? Yo, que casi sin afec- ciones ya en el mundo y dueña de cuan- tiosa fortuna, he encontrado en ti una hija cariñosa; ¿no es verdad?
- IRENE Sí, madre mía; ¿me permite que la dé ese nombre?
- LUCÍA Sí; ese es mi único anhelo... ¡Tu ma- dre! Y voy a empezar a usar de mis prerrogativas... Vamos a ver: ¿de dón- de proceden esos miles de duros que te dejó al morir tu pobre padre? Según se decía, en Biarritz le había arruinado la ruleta.
- IRENE Es verdad; pero aunque estaba enfer- mo, siguió jugando hasta el último ins- tante.
- LUCÍA ¡Afición es!... ¿Y con quién jugaba?
- IRENE Con un joven que conocimos allí y que por hacer compañía a mi padre...
- LUCÍA ¡Ya! (Como comprendiendo todo lo que va a decir Irene.) Y ese joven ¿era rico?
- IRENE Creo que no; pero había ganado una fuerte suma en el casino.
- LUCÍA Y él, por hacerse simpático a los ojos del papá y conquistar al propio tiempo el corazón de su hija...
- IRENE ¿No le parece a usted que debo buscar a ese joven y devolverle su dinero?
- LUCÍA Sí, siempre que él te devuelva lo que te robó.
- IRENE ¿Qué buena es usted!
- LUCÍA ¿Y dónde se encuentra?
- IRENE No lo sé; desapareció repentinamente.
- LUCÍA No te querría, o sería uno de esos hom-

bres que no se atreven a descubrir sus sentimientos. ¡ Hay tantos de su clase !
IRENE ¿ Acaso usted también ha sido víctima ?
LUCÍA ¡ Es una historia muy añeja ! Hace muchos años, yo era joven, él muy tímido. Una noche, en un baile celebrado a bordo de una fragata en el puerto de Vigo, creí que iba a declararme su pasión ; pero, ¡ nada ! ¡ siguió callando !... Partió al otro día para América en calidad de grumete y no le he vuelto a ver más.
IRENE ¿ Cómo se llamaba ?
LUCÍA Francisco Redondela ; el mismo apellido del dueño de esta finca. ¡ Ya ves si es casualidad !
IRENE ¡ Y grande ! (Leyendo el rótulo.) « Villa Redondela. »

ESCENA X

Dichas y FRANCISCO ; después, TELESFORO, JUNCALES
y GASPAR.

FRANCIS. (Por el hotel.) Servidor. ¿ Buscan ustedes a mi sobrino, o nie buscan a mí ?
LUCÍA ¡ Oh !... ¿ Usted se llama ?...
FRANCIS. Francisco Redondela, servidor de usted.
LUCÍA ¿ Francisco ? (¡ Es él !) (Aparte y bajo a Irene.) (Sí ; el grumete de hace veinticinco años.) ¿ Y usted no conoció a cierto grumete de Vigo ?
FRANCIS. ¿ Que llegó a capitán y se retiró con sus galones ?... Ese soy yo.
LUCÍA ¿ Y mi semblante no le recuerda a usted a una joven ?...
FRANCIS. La verdad ; no recuerdo...
LUCÍA ¡ Hace veinticinco años !
FRANCIS. ¿ Veinticinco años ?...
LUCÍA (Me ha olvidado por completo.) ¿ No recuerda usted un baile celebrado a bordo de una fragata... en Vigo... el día antes de partir usted para América ?

FRANCIS. ¡Sí... sí... ya caigo!

LUCÍA ¿Quién fué su única pareja en aquel baile?

FRANCIS. ¡Ah!... ¡Torpe de mí!... Lucía... usted es Lucía... Perdóneme usted, señora. ¡Soy un necio! Aquella noche no debió borrarse nunca de mi memoria... ¡En fin, no estaría de Dios! pero también es casualidad que al cabo de veinticinco años... Yo, por supuesto, y en cierto modo, le he sido a usted fiel; no me he casado.

LUCÍA Yo sí.

FRANCIS. Lo supongo... ¿Esta señorita?...

LUCÍA Es mi hija.

FRANCIS. ¿Y su esposo de usted?

LUCÍA Murió.

FRANCIS. ¿Y ha venido usted al Escorial como simple *tourista*? ¿Viajan ustedes por puro recreo? Perfectamente. Si usted me lo permite, le presentaré a mi sobrino Jorge... Hoy estamos de fiesta... Mi sobrino vive aquí, en este hotel, que es mío... es decir, de ustedes. Vive en compañía de un íntimo amigo suyo, Carlos, que hoy da un almuerzo en honor de su tía.

LUCÍA ¿De qué tía?

FRANCIS. De la tía de Carlos; una señora que ha venido hace poco tiempo del Brasil. Doña *Lucía Castello Encantado da Selva Ferosa*. Las presentaré a ustedes a ella.

IRENE (Bajo a doña Lucía.) ¿Qué significa esto?

LUCÍA (Bajo a Irene.) ¡Calla!... ¿De modo que esa doña Lucía ha venido ya?

FRANCIS. Esta mañana; no hace diez minutos que se hallaba aquí.

LUCÍA (¿Qué enredo es este? ¿Quién usurpa mi nombre?) Tengo verdadera curiosidad por conocer esa dama brasileña.

FRANCIS. Pues si quiere usted, vamos en su bus-

ca ; anda por ahí con los demás invitados. La presentaré a usted a todos. ¿Cómo debo nombrar a usted?

LUCÍA

La señora de Monforte ; así se apellidaba mi difunto esposo.

IRENE

Pero mamá...

LUCÍA

Sígueme. (Vanse por la derecha. Cuando éstos han desaparecido, llegan corriendo, Telesforo por la primera de la izquierda, y al poco rato Juncales, por el mismo sitio, atraviesan la escena y desaparecen por la derecha ; el primero con las faldas muy recogidas y como huyendo de Juncales para que no le vea.)

GASPAR

(Por el hotel.) ¡ Calle ! Don Telesforo... digo... doña Lucía, jugando al escondite con el tutor... De aquí saldremos para la cárcel o para un manicomio.

ESCENA XI

GASPAR, CARMEN y JORGE.

(Carmen y Jorge vienen por la izquierda muy amartelados sin ver a Gaspar.)

JORGE

¡ Solos !... ¡ solos !... querida Carmen.

CARMEN

(Que ha visto ya a Gaspar.) ¡ Silencio !

JORGE

¡ Por vida ! ¿ Qué haces aquí ? (A Gaspar.)

GASPAR

Preparando el velador para el café.

JORGE

Lo tomaremos más tarde ; vete, necesito estar solo.

GASPAR

Sí ; ya me hago cargo.

JORGE

Que no te mezcles en nuestros asuntos ; márchate en seguida. (Le acompaña como empujándole hasta el hotel. En este momento atraviesan la escena. Telesforo seguido de Juncales por detrás del hotel, y vanse por el foro de la izquierda.)

JORGE

¡ Querida Carmen !

- CARMEN ¡ Por fin estamos solos ! Ya lo sé... me lo ha dicho usted cincuenta veces.
- JORGE ¡ Si es que siempre hay algún importuno ! En fin, al grano. (Se sientan junto al velador.)
- CARMEN (A ver si quiere Dios...)
- JORGE Usted me cree rico, ¿ no es verdad ? Pues se engaña usted. Yo no tengo más porvenir que mi trabajo.
- CARMEN ¡ Qué remedio !... El trabajo alegra la vida.
- JORGE Trabajaré... me labraré una posición... pero es necesario empezar por el principio...
- CARMEN Naturalmente.
- JORGE Que será muy modesto.
- CARMEN Es claro.
- JORGE Mi mujer, por lo tanto, tendrá que ser en sus aspiraciones...
- CARMEN Modestísima.
- JORGE No podrá tener coche...
- CARMEN Tendrá tranvías... ómnibus... buenos pies...
- JORGE ¿ Y se acomodará a todas estas privaciones ?
- CARMEN Y se dará por muy satisfecha...
- JORGE ¿ Luego usted me ama, Carmen ?
- CARMEN ¡ Gracias a Dios que me hace usted esa pregunta !... Sí, señor... sí... ¡ le amo !... te amo tanto por lo menos como tú a mí.
- JORGE ¡ Bendita seas !... ¡ A casarnos !
- CARMEN Por mí... Pero antes es preciso arrancar el consentimiento a mi tutor ; sin ese requisito...
- JORGE ¿ Y lo negará ?
- CARMEN ¡ Quién lo duda ! ¿ Qué tutor no hace lo propio ?
- JORGE Le rogaré.
- CARMEN Será inútil.
- JORGE Le amenazaré.
- CARMEN Peor aún.

JORGE ¿Pues qué haremos?
CARMEN Sólo conozco una persona a quien no ne-
gará nada.
JORGE ¿Y es?...
CARMEN Doña Lucía... la tía de Carlos...
JORGE ¿Telesforo?... digo... ¿doña Lucía?...
¡Pero eso es imposible! Mi porvenir en
manos de... ¿Y cuándo se descubra?
CARMEN ¿Eh?
JORGE Nada. (Esta madeja se enreda más cada
vez.)
CARMEN Déjalo a mi cargo: tú procura traerme
aquí a doña Lucía mientras yo me reuno
con Ana... Hasta luego... futuro esposo.
(Vase por el último término de la derecha.)

ESCENA XII

JORGE; CARLOS, por la izquierda, y después TELESFORO y
JUNCALES, por la izquierda, último término.

CARLOS Jorge, ¡abrázame! Soy el más feliz de
los mortales.
JORGE Y yo el más infeliz.
CARLOS He declarado a Anita mi pasión.
JORGE ¿Y qué te ha contestado?
CARLOS «¡Ya era tiempo!»; Pero me lo ha dicho
con una dulzura... y lanzándome unas
miradas!... Ahora lo importante es ob-
tener el consentimiento de su tutor.
JORGE ¡Casi nada! ¡Cualquiera lo logra!
CARLOS Sí; hay una persona,
JORGE Doña Lucía; es decir, Telesforo.
CARLOS ¿Cómo lo sabes?
JORGE Porque también estoy yo en el mismo
caso.
CARLOS Pues la cosa es muy sencilla; con bus-
car a Telesforo...
JORGE ¡Justo! Y se entera el tutor de la bur-
la... y entonces...
CARLOS ¡Y yo que me juzgaba ya dichoso!...
JORGE Reflexionemos; tengamos sangre fría.

(Telesforo atraviesa corriendo el escenario, como el que trata de despistar al que le persigue. Juncales viene como persiguiéndole; los dos por la izquierda; registra algunos sitios y desaparece. No ha visto a Telesforo, que se ha escondido en la primera de la derecha, detrás de unos macizos de flores. Jorge le ve, deja que desaparezca Juncales y vase furioso a donde está Telesforo.) ¡Bandido! (Le trae al centro.)

CARLOS Nos estás comprometiendo con tus fantochadas.

TELESFO. ¿Con mis fantochadas? ¿Queréis que me deje seducir por ese viejo? ¡Qué persecución! Comprendo que algunas mujeres se rindan... de cansancio.

CARLOS Tú tienes la culpa de cuanto nos sucede.

TELESFO. ¿Yo?

JORGE ¡Si tomaras en serio tu papel!

TELESFO. ¿Pero cómo voy a tomar en serio esto?

CARLOS Es indigno lo que haces.

TELESFO. ¿Sí? (Comienza a despojarse.)

JORGE ¡Valiente amigo!

CARLOS ¡Un egoísta!

JORGE ¿A él qué le importan nuestros sufrimientos?

CARLOS (Viendo a Telesforo como se desnuda.) ¡Mira!
¡Desnudándose!

JORGE ¡Oh! (Le cogen y le obligan a vestirse.) ¿Es que quieres perdernos?

CARLOS (Que ve venir por la derecha a Juncales.) ¡El tutor!

TELESFO. (Corre abandonando la escena y se esconde en la primera de la izquierda.) ¡Uy! ¡Mi sombra!...
(Vase)

JUNCALES (Por la derecha.) Carlos, ¿por dónde anda su señora tía?

CARLOS (Que ha salido al encuentro de Juncales.) Creo que está sentada en la glorieta; allá... en el extremo del jardín.

JUNCALES ¡Muchas gracias! (Vase corriendo por la izquierda arriba. Carlos y Jorge traen a Telesforo al centro de la escena, casi arrastrando.)

TELESFO. ¡Ya no puedo más! Estoy rendido... sofocado.

JORGE No es nuestra la culpa.

TELESFO. No sé de quién es.

JORGE ¡Del demonio!

CARLOS Tienes que terminar tu obra.

JORGE Es preciso que te atraigas al tutor.

TELESFO. ¿También a ese? ¡Me van a tomar por una vieja ridícula y escandalosa!

CARLOS Si no accedes se ha perdido todo.

TELESFO. Os advierto que estáis abusando.

JORGE ¡Silencio! Nuestras futuras. (Antes, y desde que sale Telesforo, después del mutis del tutor, Carlos y Jorge han puesto en orden los vestidos y adornos a Telesforo.)

ESCENA XIII

Dichos, CARMEN y ANA, por la izquierda.

CARMEN ¡Jorge!... Su tío y mi tutor están paseando por la huerta con dos señoras que no conocemos.

JORGE ¿Dos señoras?

CARMEN Sí; ve a ver quiénes son. (A Telesforo.) Mi hermana y yo tenemos que hablar a usted de un asunto importantísimo. Usted es nuestro ángel salvador. (A Jorge.) Déjanos solas.

ANA (A Carlos.) Acompaña a Jorge; déjanos con tu tía.

TELESFO. Márchense ustedes tranquilos; yo me quedo aquí con las señoritas.

LOS DOS Bien, bien.

CARMEN } ¡Hasta luego! (Carlos y Jorge se dirigen al fondo como para marcharse, pero se ocultan nada más. Telesforo, que se ha sentado en el centro de la escena, ve el juego de sus amigos. Carmen y Ana toman dos sillas y se sientan una a cada lado de Telesforo.)

ANA }

TELESFO. (¡Qué escamones! ¡Se quedan escondidos!) Conque, sepamos lo que tenían ustedes que decirme, hijas mías... Siéntense ustedes aquí... a mi lado... cerca... muy cerca... como si fuéramos un grupo de familia.

ANA. ¿De familia?... (A Carmen.) Díselo todo... ¡Es tan bondadosa!

TELESFO. Sí; díganmelo ustedes todo... todo.

CARMEN. Pues bien: supongo sabrá usted que el señor de Juncales es nuestro tutor.

TELESFO. Lo sé.

CARMEN. Pero lo que usted ignora seguramente, es que nuestro buen padre dejó dicho en su testamento que si nos casábamos antes de llegar a la mayor edad sin el previo permiso de nuestro tutor, éste no nos entregaría nuestra fortuna hasta transcurrir el tiempo marcado por la ley.

TELESFO. ¡Sabia resolución!

LAS DOS. ¿Eh?

TELESFO. Que me parece una medida demasiado previsora.

ANA. ¿Por qué ha de estar una condenada a no casarse hasta los veintiún años?

CARMEN. ¿Cuando el corazón a los quince es mayor de edad?

TELESFO. Como que hay corazones que a los veinte ya empiezan a encanecer.

CARMEN. Ya ve usted, yo tengo diez y nueve años.

ANA. Y yo diez y ocho.

CARMEN. Y hace dos años que amo a Jorge.

ANA. Y yo lo mismo.

TELESFO. ¿Son ustedes rivales?

ANA. No; porque yo amo a otro.

CARMEN. A Carlos; dílo de una vez. ¡Si doña Lucía es muy buena!

ANA. La suma bondad. (Carmen y Ana acarician a Telesfo; Jorge y Carlos se han aproximado, poniéndose detrás de la silla de Telesfo, y dan a éste pequeños y puñetazos, según se marca el diálogo.)

TELESFO. (¡Qué estacazo me van a costar estas

- caricias!) ¿Con que a mi sobrino, eh?
¡Ambiciosilla!
- ANA ¿Se opone usted, acaso?
- TELESFO. Al contrario; ¡me ha sido usted tan simpática!...
- ANA ¡Tía de mi alma! (Abrazando a Telesforo.)
- CARMEN ¡Es usted un ángel! (Lo mismo.)
- TELESFO. (Sintiendo los pellizcos.) ¡Ay!
- CARMEN (A Jorge.) ¿No te he dicho que nos dejes solas?
- ANA ¡Ahora que estábamos en el período más culminante!
- TELESFO. (Dirigiéndose a Jorge y Carlos.) ¿Qué buscan ustedes aquí? ¿No saben que queremos estar solas?
- CARLOS (A Jorge, algo retirados al fondo.) Imposible que esto continúe así.
- JORGE Déjalo por mi cuenta; ve a decir a Gaspar que sirva el café; yo, por mi parte, procuraré que los demás invitados vengán a interrumpir el terceto. (Carlos entra en el hotel y sale al poco rato y vase por la derecha arriba.
- Jorge por la izquierda.)
- TELESFO. ¡Hase visto los importunos! Continúen ustedes, hijas mías. ¡Uf! (Ana y Carmen se acercan más que antes a Telesforo.)
- CARMEN No te acerques tanto, Ana, que molestas a doña Lucía.
- TELESFO. Al contrario; que se acerque... Acérquese usted... y usted también, pimpollos... Soy muy amante de la juventud.
- CARMEN ¿En qué estábamos?
- TELESFO. En que querían ustedes casarse.
- CARMEN Pronto.
- ANA En seguida.
- TELESFO. (¡Qué ingenuidad!) Me parece muy bien.
- CARMEN Pero ¿y el tutor?
- ANA ¿Y el testamento?
- CARMEN ¿Cómo casarnos sin su permiso?
- TELESFO. Prescindiendo de él... no... es decir...

- CARMEN ¿Y de qué viviremos? Porque Jorge no tiene ya nada.
- TELESFO. ¡Desdichado!
- CARMEN ¡Ay, doña Lucía!
- ANA ¡Ay, querida tía!
- CARMEN De usted depende nuestra felicidad.
- TELESFO. ¿De mí?
- ANA ¡Si usted quisiera convencer a nuestro tutor!...
- CARMEN Y arrancarle el consentimiento por escrito!...
- TELESFO. Si yo no tengo ningún ascendiente.
- CARMEN ¿Que no? ¡Grandísimo! ¿Cee usted que no hemos notado la simpatía que ha despertado usted en él?
- ANA Sea usted nuestra Providencia.
- CARMEN Nuestra segunda madre.
- ANA Le deberemos a usted la vida.
- CARMEN Le bendeciremos eternamente.
- ANA ¿Sí?
- CARMEN ¿Sí? (Asediándole.)
- TELESFO. Despacio; despacio, hijas mías... No me comprometo... En fin, lo intentaré... ¿Quién resistiría en mi situación?
- CARMEN ¡Oh! no esperábamos menos. ¡Gracias!
- (Le besa en la frente.)
- ANA ¡Gracias!... Vamos a mandarle a usted nuestro tutor.
- CARMEN Y no olvide que el consentimiento ha de ser por escrito. (Le besan nuevamente y vanse: Carmen, por la izquierda, y Ana, por la derecha.)
- TELESFO. (Levantándose.) ¡Uf! esto es demasiado para un hombre solo. ¡Yo necesito refrescar... beber algo!...

ESCENA XIV

TELESFORO, GASPÁR, JUNCALES, DOÑA LUCÍA, DON FRANCISCO, CARLOS, JORGE, ANA y CARMEN; después, IRENE.

(Gaspar sale del hotel, con bandeja, ocho tazas, platillos, cucharillas y azucarero con tenacillas, y lo coloca en el velador.)

TELESFO. Gaspar, llegas a punto. Tráeme un vaso de agua con cognac; grande, muy grande... estoy ardiendo.

GASPAR. ¡Ja, ja!... Ahí tiene usted el estanque.

TELESFO. Anda. (Gaspar entra en el hotel.) (¡Adiós... ¡Mi sombra negra!) (Viendo a Juncáles que viene por la derecha.)

JUNCALES Doña Lucía, mis pupilas acaban de decirme que usted me buscaba. (Pone el sombrero de copa encima del velador.) ¿Es cierto? ¿Es posible que sea tanta mi fortuna? ¡Oh! (Gaspar viene y deja sobre el velador el cognac que ha pedido Telesforo; Juncáles bebe.) ¡Gracias!

LUCÍA (Por la derecha.) ¡Señor de Juncáles!

JUNCALES (Nada; no le dejan a uno.)

LUCÍA ¿Quiere usted presentarme a esta señora?

JUNCALES Con mucho gusto.—La señora de Monforte.—Doña Lucía Castillo Encantado da Selva Ferosa... (Se saludan, etc.)

LUCÍA ¿Tía de Carlos?

TELESFO. Efectivamente; yo soy la tía de Carlos, recién venida del Brasil.

LUCÍA Hace mucho tiempo que tenía vivos deseos de conocer a usted, porque he sido amiga íntima de su difunto esposo.

TELESFO. ¿Eh? (¡Horror! ¡Yo me desmayo!) (Se asusta de lo que acaba de oír, y se desmaya.)

JORGE (Por la izquierda.) ¿Qué? ¿Qué pasa?

TELESFO. (Que está señora ha sido amiga íntima de

mi difunto esposo.) (Todo esto como arrebatado y muy vivo todo el diálogo.)

CARLOS (Por la derecha.) ¿Qué sucede? (Va corriendo a Telesforo como para socorrerle.)

TELESFO. (¡ Nada ; que ahí tienes a la difunta amiga de mi íntimo esposo !)

JORGE ¡ Ay, dios mío !

CARMEN } (Por la izquierda.) Señores.
ANA }

TELESFO. ¿ No se han enterado ustedes ?... Esa señora es la íntima difunta de mi esposo.

CARMEN ¿ Qué dice ?

CARLOS (A Jorge.) ¿ Qué hacer ?

JORGE (A Carlos.) ¡ Calma !... ¡ calma !...

GASPAR (Viene del hotel con cafeteras: con café en una y leche en otra. Don Francisco por la derecha.) El café.

FRANCIS. Permítame, sobrino ; a mí, como amo de casa, me toca hacer los honores. ¿ Qué le pasa a doña Lucía ?

JORGE La emoción... el recuerdo de su esposo... Doña Lucía, ¿ quiere usted distraerse ?... Sírvanos el café.

TELESFO. Sí, yo le serviré ; son prerrogativas de la edad.

JUNCALES (Estoy que trino : ahora que ella misma me había llamado. ¡ Ah ! pero yo no renuncio.)

LUCÍA (A Telesforo.) ¿ Y hace mucho tiempo que vino usted a España ?

JORGE (Bajo y aparte a Telesforo.) (Procura cortar la conversación.)

TELESFO. Cortemos esa conversación.

JORGE (Bajo y aparte a Telesforo.) (Pregúntale si le gusta el café con mucha leche.)

TELESFO. ¿ Quiere usted azúcar o leche ?

JUNCALES (Presentando la taza a Telesforo.) A mí muy dulce, y ponga usted los terrones con sus propios dedos.

TELESFO. Bien... (Olerán a tabaco.) (No presta atención a lo que está haciendo, puesto que está mirando a doña Lucía: vierte la leche sobre el sombrero de Juncales, que está sobre el velador. Viendo su error,

- coge el sombrero, y al hacerlo, vierte toda la taza que tiene Juncales.)
- LUCÍA (¡Qué vejestorio más ridículo! ¡Y mi sobriño supone que yo puedo ser así!)
- JUNCALES (¡Oh! ¡qué idea se me ocurre!... excelente... excelentísima... así encontraré medio...) Señoras y señores: voy a hacer a ustedes una proposición.
- TELESFO. Silencio... atiendan ustedes, que el señor quiere hacernos una proposición.
- JUNCALES Que espero acepten ustedes.
- TELESFO. ¡Aceptada! Se termina la fiesta y nos retiramos a descansar, ¿eh?
- JUNCALES Todo lo contrario, yo debo corresponder...
- GASPAR (Por la derecha.) El coche del señor Juncales.
- TELESFO. (Sí, márchese usted.)
- JUNCALES Propongo a ustedes se sirvan honrar mi modesta casa y aceptar un pequeño *lunch*.
- CARMEN ¡Gran idea!
- ANA ¡Magnífica!
- FRANCIS. Por mí, siga la broma.
- TELESFO. (Por mí, que siga... ¡hasta que me maten!)
- JORGE (¡Hasta arrancarle el consentimiento!)
- JUNCALES (A doña Lucía.) Señora, ¿será usted tan amable que se digne aceptar un sitio en mi carruaje?... No... no admito *excusas*.
- LUCÍA ¿Pero me permitirá usted que lleve a mi hija Irene?
- TELESFO. ¿Eh? ¿Irene?
- LUCÍA ¿Dónde está?
- IRENE (Por la derecha.) Aquí, mamá.
- TELESFO. (¿He oído bien? ¡Irene!)
- IRENE ¡No me engañe!... Esa voz... ¿Será él?
- TELESFO. (Mirando a Irene.) ¡Ella... ella!...
- IRENE ¡No; es una mujer! (Con desaliento.)
- TELESFO. (Para no ser reconocido se tapa la cabeza con las faldas, cayendo en los brazos de Carlos.) ¡Es ella... y yo en esta facha!

JORGE (Pónese delante de él, arreglándole las faldas y procurando que no se le vean los pantalones de ciclista.)

¡ Por Dios !

TELESFO. ¡ Ella !... ¡ ella ! (Mucha animación en las figuras. Telón rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Gabinete en casa de don Servando. Puertas laterales y al foro. Detrás de ésta, balaustrada y fondo de jardín. En la izquierda, piano; a la derecha, sofá. En la izquierda, velador con escribanía; timbre y libros; carpeta con papel y sobres. Un biombo.

ESCENA PRIMERA

TELESEORO, JORGE y CARLOS.

TELESFO. (Viene por la primera izquierda rápidamente y como huyendo.) Ahora que están todos entretenidos con el *lunch*, huyamos.

JORGE (Que entra por el foro.) Ah, pilló! (Le agarra fuertemente del brazo.)

TELESFO. ¡Aparta! No puedo detenerme; me ha caído muy mal el helado.

JORGE Pues revienta. Pretendes dejarnos en la estacada, ¿eh?

CARLOS (Por la primera de la izquierda.) ¡No le sueltes! (A Jorge.) Te conocimos la intención. (A Telesforo.)

JORGE (A Carlos.) Cierra esa puerta... Así. (Carlos cierra la puerta del foro con cerrojo.)

TELESFO. Pero esto no se hace con ningún cristiano; esto es convertirme en eunuco de vuestro harem.

JORGE ¿Cómo de nuestro harem? ¿Eres capaz de ofender a nuestras futuras esposas?

CARLOS ¿Por qué no te has mostrado amable con el tutor?

JORGE ¿Por qué te has levantado repentinamente de la mesa?

CARLOS ¡Vaya un modo de conducirse una señora!

JORGE ¡Y una señora que pasa por la tía de Carlos!

CARLOS ¡Valiente tía!

JORGE (Agarrándole fuertemente del brazo y casi zamarreándole.) ¿Sabes lo que eres tú? ¡Una rabanera!

TELESFO. ¡Firme!... ¡firme!... Si por mucho que me insultéis, me merezco más todavía... ¡Oh! (Saca la petaca, toma un cigarro y empieza a fumar.)

JORGE ¿Qué haces?

TELESFO. (Que está sentado en el sofá.) ¡Fumo!... En todo el día he podido dar una chupada.

JORGE (Pretendiendo quitar el cigarro a Telesfo.) Ya fumarás más tarde; ahora llenarías esto de humo y es una falta de atención a las señoras.

CARLOS ¿No prometiste a nuestras novias conseguir el permiso de su tutor?

JORGE ¡Se lo prometiste!... promesa de caballero.

TELESFO. ¡Pero como yo soy una rabanera!...

CARLOS ¿No te enorgullece el tener en tus manos nuestra felicidad?

JORGE ¿No te parte el alma nuestra situación?

TELESFO. ¿Hay situación más horrible que la mía? ¡Estar tanto tiempo soñando con la imagen de esa criatura, y cuando el destino la pone ante mis ojos!...

CARLOS ¿A quién?

TELESFO. ¡A Irene!... ¡A mi ángel de Biarritz!

JORGE ¿La hija de esa señora?

TELESFO. ¡Qué hija!... ¡Si Irene no tuvo nunca madre!... Esa señora Monforte es sin duda la dama americana que la recogió... ¡Abur!... dejadme salir; es preciso que termine esta farsa; yo necesito recobrar mi sexo.

JORGE (Sujetándole.) ¡Escucha!

TELESFO. ¡No, dejadme!

CARLOS ¡Que pueden venir!

TELESFO. No me importa: ¡que vengan todos!

JORGE ¡Calla, condenado!

(Desde que Telesforo dice "¡abur!", Jorge y Carlos se vuelven a coger de los dos brazos, después de haber pretendido huir Telesforo. Se apoderan por fin de él y le traen al proscenio.)

TELESFO. (Gritando.) ¡Quiero salir de esta grillera!

JORGE ¡No grites así!

TELESFO. (Paseando muy agitado.) ¡Gritaré!... ¡pediré socorro!... ¡el ciervo grita cuando le acosa la sed! ¡Yo soy un ciervo sediento de amor!

CARLOS (Que va a escuchar a la primera de la izquierda, dice a Jorge.) ¡Tápale la boca!

TELESFO. Quiero echarme a los pies de esa criatura; ¡declararla mi pasión! ¡decirme mil ternezas!

JORGE ¡Está loco!

TELESFO. ¡Irene! ¡Irene!

JORGE (Amenazándole.) ¡Mira, si no callas...!

CARLOS (Viendo la desesperación de Telesforo.) ¡Es un energúmeno!

TELESFO. (Como loco.) ¡Irene!... ¡Irene!

JORGE En mi vida he visto animal semejante.

TELESFO. (Sentándose en la silla de al lado de la mesa.) ¡Cierro! ¡Un animal de mi especie no se halla sobre la tierra! ¡No pertenezco a ningún género! ¡Estoy sin clasificar!... ¡Abur!... (Levantándose.) Y decid a esas jóvenes amables que no vuelvan a demostrarme su gratitud, sobre todo delante de Irene.

JORGE De eso hablaremos después; ahora... (Llaman en la puerta del foro.)

CARLOS Silencio.

JORGE No se puede. (Como contestando al que llama.)

TELESFO. (Gritando.) ¡Sí se puede!

GASPAR (Desde dentro.) ¡Soy yo!... Gaspar... vengo de parte de don Francisco.

JORGE ¿De mi tío?
CARLOS Es verdad, que se quedó en su quinta con
no sé qué pretexto. (A Jorge.) Abre... se-
pamos lo que ocurre.

ESCENA II

Dichos y GASPAR.

GASPAR (Que trae dos cartas en la mano. A Jorge.) Su se-
ñor tío me ha dado esta carta para us-
ted; y para usted esta otra. (A Telesforo.)

JORGE ¿Mi tío me escribe?... Veamos.

TELESFO. (Leyendo la carta que le ha dado Gaspar.) «Ca-
ballero.» (Intenta devolver la carta a Gaspar.)
Estás equivocado, esta carta no es para
mí...

GASPAR ¡Sí, señor; estoy seguro!

TELESFO. ¿No ves que dice: «Caballero»? y yo soy
una respetable señora.

GASPAR Siga usted leyendo.

JORGE (Asustado por lo que le dicen en la carta.) ¡Jesu-
cristo!

TELESFO. (Asustado por lo que le dicen en la suya.) ¡María
Santísima!

CARLOS ¿Eh? ¿Qué os dicen?... ¿Qué es ello?...
¿Qué pasa?... Corre, Gaspar, presénta-
te en el comedor y procura entretener a
don Servando y a esas señoras: que no
vengan por aquí; di que te hemos man-
dado llamar para servir el *lunch*... (Vase
Gaspar.) ¡Hablad! ¿Qué exclamaciones
son esas?

JORGE (Dándole la carta.) ¡Toma!... ¡Lee!...

TELESFO. (Dándole la suya.) ¡No, no; lee antes esta...
¡No me faltaba más!...

CARLOS (Leyendo.) «Caballero: Lo sé todo.»

TELESFO. ¡Lo sabe todo!... Sigue.

CARLOS (Leyendo.) «Cualquier hombre puede ser
juguete de una mujer por ridícula y vieja
que sea. Bajo este supuesto, nada tengo

que decirle ; mientras siga usted usando faldas, mi honor está a cubierto de toda burla ; pero no olvide usted que el recoger los pantalones ha de costarle a usted una estocada de muerte.»

TELESFO. ¡ De muerte !... ¡ Y me la da !... ¡ Me pincha !... no me cabe duda... sopena de condenarme a perpetuas faldas... Yo me meto en el primer tren que pase ; y cruzo la frontera. ¡ Adiós, Irene !

CARLOS ¡ Bah ! Todo puede arreglarse.

TELESFO. ¡ Sí ; reformando mi partida de bautismo !

CARLOS ¿ Pero quién pudo decirle... ?

TELESFO. ¡ Cualesquiera !... Nosotros en la reyerta que sostuvimos en el jardín.

CARLOS ¡ Si te hubieras mostrado a la altura de tu papel !... ¿ Te convences de que eres el único culpable de cuanto nos pasa ?

TELESFO. El único culpable... y el único... víctima también.

JORGE ¿ El único víctima ? Lee... lee mi carta. (Da la carta a Carlos.) Es corta, pero contundente.

CARLOS (Leyendo.) « ¡ Sobrino ! Tu complicidad en la sangrienta burla de que he sido objeto es inconcebible. Ni olvido, ni perdono ; ¡ tu tío ha muerto para ti !—Esto es más serio.

TELESFO. ¿ Cómo ? ¿ más serio que la estocada que quiere propinarme ?

JORGE ¡ Adiós protección !... ¡ adiós carrera !... ¡ adiós boda !

CARLOS ¡ Ea ! no hay que amilanarse ; déjalo por mi cuenta : voy a echarme a los pies de tu tío.

TELESFO. ¡ Bravo !... y yo también ; es la mejor solución.

CARLOS No ; tú te quedas aquí. Es preciso que cumplas tu promesa.

TELESFO. ¡ Pero si ya estoy descubierto !

CARLOS Por el tío de éste tan sólo, y precisamen-

te para que no venga y entere a los demás, es por lo que voy en su busca.

TELESFO. ¡ Hombre !

CARLOS. Suponte que nos da su perdón. ¿Qué hemos logrado si no conseguimos el permiso del señor de Juncales? Nada, vosotros trabajad este asunto, que yo me encargo del tío. ¡ Hasta luego ! (Vase por el foro.)

ESCENA III

JORGE y TELESFORO.

TELESFO. Pero ¿eres capaz de pensar en el matrimonio cuando acabas de perder una gran fortuna?

JORGE. ¿Qué fortuna?

TELESFO. La de tu tío. ¿No te deshereda?

JORGE. ¿Qué me importa? Hoy por hoy mi única fortuna consiste en obtener la mano de Carmen... ¡ Ah ! ¡ una idea ! Tú no te has declarado aún a Irene, ¿no es verdad? Pues bien : yo voy a hacer que sea ella quien se declare a ti.

TELESFO. ¿De qué modo?

JORGE. Muy sencillo : sigues siendo la tía de Carlos, te la traeré a esta sala, procuraré que os dejen solos, y tú, con habilidad...

TELESFO. Entendido... entendido... Tráemela en seguida.

JORGE. No ; antes tienes que lograr el consabido papel... Viene gente... (Jorge obliga a Telesforo a sentarse en el sofá, y él se sienta a su lado en una silla, afectando indiferencia.) ¡ Silencio !

ESCENA IV

Dichos, CARMEN, ANA, DOÑA LUCÍA e IRENE, por la primera de la izquierda.

CARMEN. ¿Lo ven ustedes? Está aquí doña Lucía.

ANA. Nos extrañaba tanto que no volviera usted por el comedor...

TELESFO. ¡ Gracias !... ¡ gracias ! Me sentí algo indispuesta...

IRENE Yo lo supuse al ver que se levantaba usted tan de repente... ¿Y qué es ello?

TELESFO. Nada, hija mía, nada. (¡ Uy qué ojos me echa !) (Huyendo hacia la derecha.)

IRENE (¿Por qué huirá de mí esta señora?)

TELESFO. ¡ Hacía allí tanto calor !...

LUCÍA Pues mire usted, yo sentía frío.

JORGE Y doña Lucía también.

TELESFO. Sí ; yo también sentía frío... ya ve usted, estoy temblando.

ANA Acostumbrada al clima del Brasil...

JORGE Naturalmente ; en el Brasil, por la noche...

TELESFO. Se asan los pájaros.

CARMEN ¿Y por el día?

TELESFO. Se los come uno.

ANA Voy a cerrar esta ventana.

(Las figuras están colocadas en este orden: doña Lucía e Irene se han sentado en la izquierda, Ana y Carmen en el sofá y Telesforo entre las dos.)

TELESFO. Sí ; ciérrela usted del todo.

ANA (En la ventana.) ¿También las maderas?

TELESFO. ¡ Todo !... ¡ todo !

CARMEN Vamos a quedarnos a obscuras.

TELESFO. Pues de eso trato.

CARMEN ¿Eh?

TELESFO. Que no se trata de eso, sino de que no entre aire.

ANA ¡ Vamos... así... a media luz ! (¿Y Carlos?) (A Jorge.)

JORGE (¿No estaba con ustedes?)

ANA (No ; hemos dejado solo a mi tutor.)

JORGE ¡ Ah ! pues no es cosa de dejarle solo ; voy a fumar con él un cigarro !... (Y prepararle de paso el terreno...) (Vase por la primera de la izquierda.)

ESCENA V

TELESFORO, DOÑA LUCÍA, IRENE, CARMEN y ANA.

- CARMEN Nosotras haremos a usted compañía.
TELESFO. Gracias... gracias.
IRENE ¿Se siente usted mejor?
TELESFO. (Se sienta.) Me siento trastornado... digo, trastornada... ya respiro bien.
IRENE (A doña Lucía, bajo y aparte.) (¿Quién será esta señora?)
LUCÍA (Eso me pregunto yo desde que la vi: procuraré inquirirlo.) (Pausa.)
TELESFO. (¡ Otra vez en el potro ! ¡ No, pues yo no hablo !)

(Aquí los actores distraen la escena con miradas significativas, guiños, cuchicheos, risas contenidas; en fin, tonterías.)
CARMEN Si alguno escucha nuestra conversación...
ANA Está divertido.
TELESFO. (Queriendo fumar.) ¿Fuman ustedes?
TODAS ¿Eh?
TELESFO. (¡ Me vendí !... ¡ pícaro vicio !) Dispensen ustedes, creí que estaba en el Brasil... Allí el uso del tabaco es, más que costumbre, una necesidad, un contraveneno.
ANA ¿Un contraveneno?
CARMEN Lo contrario que aquí.
TELESFO. Naturalmente; como qué los brasileños son antídotos nuestros... digo... antípodas... Allí... ya se sabe... todo el que no se decide a fumar, amarillo en seguida.
CARMEN ¿Cómo?
TELESFO. ¡ Muerto !
ANA ¡ Qué horror !
LUCÍA En verdad que usted, que tan a fondo conoce aquellos países, podía referirnos cosas muy interesantes.
CARMEN Historias brasileñas.
ANA Algo de la vida de don Pedro.

- TELESFO. (Ya salió don Pedro.)
IRENE Háblenos usted de sus selvas vírgenes.
TELESFO. ¿De las selvas de don Pedro?
LUCÍA De sus aventuras... de sus riquezas.
CARMEN (A doña Lucía.) Usted también le conoció,
¿no es verdad?
LUCÍA Mucho.
TELESFO. Como que fué su amiga íntima.
LUCÍA Pero supongo que su esposa estará en
todos sus secretos...
TELESFO. No; porque yo no le toleraba nunca ciertas
licencias de lenguaje que ofendían
mis castos oídos.
IRENE ¡Ah! ¿Era un hombre poco respetuoso?
LUCÍA Al contrario; correctísimo, sumamente
amable, y si doña Lucía me permite...
ANA Sí... sí.
CARMEN ¿Verdad que permite usted a la señora
de Monforte que nos cuente alguna aven-
tura alegre de la vida de don Pedro?
TELESFO. ¡Todo sea por Dios!
LUCÍA Pues, como decía, don Pedro era el hom-
bre más bueno de este mundo. En cierta
ocasión sorprendió en la cantina de una
de sus haciendas a un esclavo en comple-
to estado de embriaguez.
TELESFO. Sí; el pobre Pedro tenía ese vicio.
LUCÍA ¿Cómo don Pedro?... El esclavo.
TELESFO. ¡Ah, ya!... el esclavo.
LUCÍA Don Pedro nunca probó el vino.
CARMEN Continúe usted.
LUCÍA Pues bien; ¿qué cree usted que dijo don
Pedro, viéndole en estado semejante?
TELESFO. ¿A mí?
ANA }
CARMEN } No; al esclavo.
TELESFO. ¡Ah, ya!... al esclavo.
LUCÍA Exclamó: «¡Per Baco!»
TELESFO. ¿Per Baco? ¡Ah! ya... ¡Per Baco!...
¡Per Baco!... ¿Y qué contestó el es-
clavo?
LUCÍA Una cosa graciosísima.

TELESFO. ¿Graciosísima? Aquí es donde debemos reírnos... ¡Ja, ja, ja!

CARMEN Pero si no sabemos todavía lo que contestó el esclavo.

TELESFO. ¿Qué importa? ¡Ja, ja, ja!

LUCÍA Como don Pedro exclamó: «¡Per Baco!» El esclavo contestó: «¡Per Dío!»

TELESFO. ¡Perdío!... ¡per Dío!

LUCÍA Es decir... ¡perdido!

TELESFO. ¡Perdido! No creo que tenga nada de particular.

CARMEN }
ANA } ¡Ja, ja!

TELESFO. ¡Ah, sí!... ¡Es gracioso! ¡graciosísimo!... ¡Ja!... ¡ja!... ¡ja!... (Exageradamente.) ¡Per Dío! *per dío*... ¿Y cómo se llamaba el esclavo?

LUCÍA Usted lo recordará mejor que yo; esta historia era la favorita de don Pedro; se la contaba a todo el mundo.

TELESFO. Pero no a mí; ya he dicho que no le permitía... Sin embargo, me enteré de otra historia más graciosa aún... algo delicada de...

CARMEN }
ANA } ¡A ver!... ¡a ver!...

TELESFO. La historia de cierta esclava que se escapó con un capataz.

LUCÍA ¡Doña Lucía!...

TELESFO. ¡Es verdad!! Las jóvenes no pueden oír estas cosas: hay que evitar el contagio.

CARMEN }
ANA } ¡Qué lástima.

TELESFO. Carmencita, ¿por qué no toca usted un poquito?

CARMEN ¡Ay! ¡Hace tanto tiempo que no practico!... Anita podrá cantar una romanza.

TELESFO. Sí.

CARMEN ¡*Vorrei morire!*

TELESFO. *Anque hío...*

CARMEN ¿Eh?

TELESFO. Que yo también en mi juventud... Ande usted.

ANA ¡Estoy tan afónica!...

LUCÍA ¡Pues usted, doña Lucía! Usted... háganos oír alguna de aquellas canciones tan lánguidas... tan originales... y que a don Pedro le entretenían tanto.

TELESFO. Sí; a don Pedro... (¡Maldito sea él y toda su casta!) Consideren ustedes que hace más de cincuenta años...

LUCÍA ¿Cincuenta años? (Esta mujer me aumenta la edad.) ¡Es imposible!

TELESFO. En fin, por complacer a ustedes... (Mientras canto no hablo.) (Se dirige al piano.)

ANA ¡Qué buena!

CARMEN ¡Qué amable!

(Canta Telesforo acompañado por Ana "Vorrei morire", exageradamente.)

ESCENA VI

Dichos y JORGE, por la primera de la izquierda.

JORGE (Saliendo.) ¡Bravo por doña Lucía!

ANA ¿Ha oído usted? ¡Tiene una voz angelical!

JORGE Algo aguardentosa.

ANA ¿Eh?

JORGE Patosa; digo, pastosa.

LUCÍA (Yo no sufro por más tiempo esta suplantación; me las pagará mi sobrino.)

CARMEN ¡Vamos; otra canción, doña Lucía!

ANA Sí, sí; otra.

CARMEN ¡Usted es muy buena! (Acaricia a Telesforo.)

ANA ¡Muy complaciente! (Idem.)

TELESFO. (Pero qué largas de mano son estas niñas!)

JORGE ¡Carmen!

ANA ¿Se sabe qué es de Carlos?

JORGE ¿No ha venido aún?

ANA ¿Pues dónde ha ido

JORGE Quiero decir que si no ha vuelto por esta sala.

ANA No.

JORGE (Confidencial, a Carmen y Ana.) (Dejemos sola a doña Lucía, el tutor ya está avisado.)
¿No han enseñado ustedes a estas señoras la riquísima colección de cuadros que posee el señor de Juncuales? ¡Hay firmas de primera!

CARMEN ¡Ay, sí! ¿Es usted aficionada? (A doña Lucía.)

LUCÍA Algo.

CARMEN Pues cuando usted guste.

IRENE ¿No nos acompaña usted, doña Lucía?

TELESFO. No, no; luego, con mil amores, iré a reunirme con ustedes.

IRENE (Aparte a doña Lucía.) (¿Sabe usted que esta señora me tiene a mí muy preocupada?)*

CARMEN ¿Vamos? (Vanse por el foro de la izquierda.)

ESCENA VII

JORGE y TELESFORO.

TELESFO. ¡Que venga el tutor! ¡Dadme fuerzas, Dios mío!

JORGE ¡No seas estúpido!

TELESFO. ¿Tú crees que podré contenerme? Me da el corazón que le voy a soltar un silletazo.

JORGE ¡Por Dios!

TELESFO. ¡Ah!... ¡espera! Ayúdame a traer este *biombo*.

JORGE ¿Para qué?

TELESFO. Ayúdame; es el único medio de que termine con bien esta entrevista.

JORGE Considera que tienes en tus manos...
(Colocan el biombo delante del sofá, tapando éste.)

TELESFO. ¡Sí, vuestra felicidad! Es una broma que me está saliendo muy cara. Sólo falta que se presente de pronto tu tío, y dómino con el seis doble... ¡Vete!

JORGE No me fío de ti... ¡El tutor! Desde ese cuarto lo oiré todo. (Vase por la primera de la derecha.)

ESCENA VIII

TELESFORO y JUNCALES.

Telesforo, detrás del biombo; saca un cigarrillo, lo enciende y fuma.

JUNCALES (Por la primera de la izquierda: mira la escena, no ve a Telesforo y se cree engañado.) ¡Cómo! ¡no está!... ¡ha sido una burla!...

TELESFO. ¡Qué decepción! ¿No me presiente usted?

JUNCALES ¡Ah! (Quiere ir a ver a Telesforo.)

TELESFO. No; no traspase usted la frontera si quiere que continúe la entrevista. (Jorge, que ve y oye esta escena, ha salido del cuarto y quita el cigarro a Telesforo.)

JUNCALES Sin embargo...

TELESFO. No me obligue usted a marcharme.

JUNCALES Me resigno. Pero esto es una crueldad. ¡Privarme de contemplar su divino semblante! ¡no permitirme que lea en sus ojos!...

TELESFO. En mis ojos no hay escrito nada; están en blanco, como mi corazón. (Como Telesforo habrá encendido un cigarro puro, el humo es visto por el señor de Juncales, que queda asombrado.)

JUNCALES En blanco... ¡Oh dicha! ¡Oh felicidad! ¿De modo que el recuerdo de su difunto esposo?

TELESFO. Completamente borrado.

JUNCALES ¡Oh ventura!... Pues bien, doña Lucía... yo... yo... (¿Fuma?) Yo quiero grabar, esculpir en ese virginal corazón estas solas palabras... «¡Lucía... yo te amo!» (Sale Jorge y le da un pellizco a Telesforo al ver que sigue fumando.)

TELESFO. ¡Ay!

JUNCALES ¿Qué?

TELESFO. ¡Ay!... Me ha llegado a lo hondo esa sentida declaración.

JUNCALES ¿De veras? (¡fuma! ¡fuma! Costumbres brasileñas... Un atractivo más.)

TELESFO. De veras, sí, señor; y ahora que ya me he vendido, deseo hacer una súplica.

JUNCALES Concedido, sea lo que fuere.

TELESFO. Se trata del porvenir de esas dos criaturas.

JUNCALES ¿Qué criaturas?

TELESFO. Sus dos pupilas; las dos tienen ya elegidos sus futuros esposos.

JUNCALES ¡Infames!

TELESFO. ¿No cree usted que permaneciendo a nuestro lado sería un estorbo a nuestra dicha? Inauguremos nuestro reinado con un acto de generosidad.

JUNCALES ¡Bien!... Que se casen.

TELESFO. Que se escriban esas palabras... porque no me fío. Cuando se encuentran los hombres en cierta situación, lo conceden todo... Después, ya es otra cosa.

JUNCALES Si la repito a usted...

TELESFO. Es inútil; deme usted su consentimiento por escrito... Sólo a esa condición seguirán nuestras relaciones.

JUNCALES ¡Por vida!...

TELESFO. ¿Duda usted?... ¿Y dice que me ama?

JUNCALES No, no dudo. ¿Pero ha de ser ahora mismo?

TELESFO. Ahora mismo; sobre esa mesa tiene usted todo lo necesario.

JUNCALES (No hay remedio.)

JORGE ¡Por fin!

JUNCALES ¿Eh?

TELESFO. ¡Que por fin he encontrado el hombre que soñaba!

JUNCALES ¿Sí?... ¡Un ruego! Un ruego a cambio de mi docilidad.

TELESFO. Diga usted... (Ahora le doy el silletazo.)

- JUNCALES Escribame usted sólo dos frases de cariño en una tarjeta.
- TELESFO. ¡ Por Dios !
- JUNCALES ¡ Sólo dos frases !... ¡ Serán el cimiento de nuestros amores.
- TELESFO. ¡ Bien !... *Toma y daça.*
- JUNCALES En seguida.
- TELESFO. (¿ Y qué le pongo yo ? ¡ Ah ! Ya sé.) (Juncales escribe en la mesa y Telesforo en una tarjeta.)
- JUNCALES Ahí tiene usted mi permiso en toda regla. (Le da un papel.)
- TELESFO. (Se lo da a Jorge, que desaparece por el foro sin ser visto de Juncales.) ¡ Gracias !... No sabe usted lo que ha hecho.
- JUNCALES ¿ Cómo ?
- TELESFO. Que... Lea usted.
- JUNCALES (Leyendo en la tarjeta.) « Fuya o del claustro. » Telesforo Barranquilla. ¿ Eh ? ¿ Telesforo.
- TELESFO. ¡ *Tableau !* ¡ He escrito en mi tarjeta !
- JUNCALES ¿ Qué significa esto ?
- TELESFO. Que sin reparar he escrito en la tarjeta de un amigo ; pero ¿ qué importa ? El autógrafo existe.
- JUNCALES Es verdad.
- TELESFO. Ea, retírese usted ; estoy muy nerviosa.
- JUNCALES ¿ Cuándo nos veremos ?
- TELESFO. Cualquier día.
- JORGE (Saliendo por el foro.) Pero señor Juncales, que le esperaban a usted nuestros invitados.
- JUNCALES Sí ; ya voy... ya voy... (A Telesforo.) ¡ Adiós, sol mío ! (Vase por el foro.)
- JORGE ¡ Ja, ja !

ESCENA IX

JORGE y TELESFORO.

- JORGE (Abrazando a Telesforo, que se reúne a él.) ¡ Eres un héroe ! Cuenta con nuestra eterna gratitud.

TELESFO. Empieza a demostrármelo enviándome a Irene. ¡Aguarda!... Coge de ahí. (Trasladan el biombo y lo colocan donde estaba, sin plegarle.) La entrevista con Irene no requiere biombo; al contrario...

JORGE. ¡Ja, ja! ¡Buena suerte!

ESCENA X

Dichos y DON FRANCISCO.

FRANCIS. (A su sobrino Jorge, que va a salir.) Un momento.

JORGE. (¡Mi tío!)

TELESFO. (¡El capitán! Llegó mi última hora!) (Se esconde detrás del biombo.)

JORGE. ¿No ha visto usted a Carlos?

FRANCIS. No. ¿Dónde está ese anfibio?

JORGE. ¿Qué anfibio?

FRANCIS. Ese hombre con faldas. Te juro que en cuanto le vea...

TELESFO. (Creo en Dios padre...)

FRANCIS. ¿Dónde está?

JORGE. ¡Chist!... ¡hable usted bajo!...

FRANCIS. ¿Eh?

JORGE. Que hable usted bajo.

FRANCIS. ¿Y por qué?

JORGE. ¡Silencio, por Dios!

FRANCIS. ¿Se está muriendo alguien?

TELESFO. (Sí, señor.)

JORGE. Es que tengo un plan: yo estoy tan indignado como usted, porque también yo ignoraba...

FRANCIS. ¡Mentira!... Tú has sido su cómplice.

JORGE. ¡Más bajo!... ¡que anda por ahí y puede enterarse!... Oígame usted y se enterará de mi inocencia... Quiero vengarme de él de un modo terrible. Quiero desnudarle delante de todo el mundo.

FRANCIS. ¿Cómo desnudarle? Eso es faltar a la moral y al respeto...

JORGE No precisamente desnudarle... confundirle...

FRANCIS. ¡Ya!

JORGE Escóndase usted en ese cuarto... (Segundo de la izquierda.) es cuestión de unos momentos, y cuando estén todos en esta sala...

FRANCIS. ¡Salgo y le divido!... Pero mira que si tratás de burlarme...

JORGE ¡Tío, por Dios!

FRANCIS. Es que no me fio de las apariencias, y mucho menos de ti.

JORGE (Que ha de fingir alguna intranquilidad, mirando por donde cree que ha de venir Telesforo.) Que creo que llega, y si le ve a usted...

FRANCIS. ¡Oye! ¿No sería mejor tirarle al estanco?

JORGE ¡Que viene! (Mete casi a empellones a don Francisco en la segunda puerta de la izquierda y cierra con llave.)

FRANCIS. (Desde dentro.) ¿Por qué me encierras?

JORGE Para evitar que venga alguno y le sorprenda a usted; yo me llevo la llave, es cuestión de unos instantes: confíe usted en mí.

FRANCIS. ¡Sobrino!

JORGE ¡Silencio! (Cierra completamente y echa la llave.)

ESCENA XI

JORGE y TELESFORO; después, IRENE.

TELESFO. (Saliendo de detrás del biombo.) ¡Gracias, te debo la vida! Ya me veía traspasado... ¡Adiós... hasta nunca!

IRENE (Saliendo por el foro.) Doña Lucía, deseaba hablar unos instantes con usted.

TELESFO. (¡Irene!... Y ahora, ¿quién se marcha?)

JORGE ¡Ahí se quedan ustedes! (¿Qué habrá sido de Carlos?) (Vase por el foro de la izquierda.)

ESCENA XII

TELESFORO e IRENE.

IRENE ¿No me juzgará usted pertinente y atrevida?

TELESFO. ¡Al contrario! ¿Quiere usted hacerme alguna confidencia?

IRENE Quiero hacer a usted algunas preguntas.

TELESFO. ¿Referentes a mi sexo?

IRENE A...

TELESFO. Siéntese usted... siéntese aquí... (En el sofá.) y procure no alzar la voz... pudieran oírnos algún indiscreto. (Se sientan.) (¿Habrá cerrado con llave? (Telesforo mira a hurtadillas a Irene con cierto arrobamiento.) ¡Qué hermosa está!) Hable usted, hija mía.

IRENE El caso es que no acierto a formular mi primera pregunta.

TELESFO. Atrévase usted; yo la autorizo a todo.

IRENE Pues bien... ¿Usted ha sido siempre tía?

TELESFO. (¡ Me descubrió! ¡ Estoy por echarme a sus pies!) ¿Cómo tía?

IRENE ¡Tía de Carlos!...

TELESFO. Diré a usted... Hasta hoy puede decirse que no he tenido con él tal parentesco.

IRENE ¡Ah!... ¿Luego no me engaño?

TELESFO. Pero es porque hasta hoy no le he conocido.

IRENE ¿Y usted no ha tenido familia?

TELESFO. Muy poca.

IRENE ¿Algún hijo?

TELESFO. Que yo sepa, no.

IRENE Pues es usted su vivo retrato...

TELESFO. ¿El retrato de quién?

IRENE De Telesforo.

TELESFO. ¿De Telesforo Barranquilla? ¡ Naturalmente, como que soy yo!

IRENE ¡Oh! ¡Dios mío!

TELESFO. No; no se asuste usted, hija mía. Quiero

decir que soy su vivo retrato... ¡ Me lo ha dicho tanta gente !... Y no le conozco... pero es algo pariente mío... Le conoció usted en Biarritz, ¿no es verdad? Si... allí pasó una gran temporada.

IRENE

¡ Una temporada que tiene para mí tristes recuerdos !... Allí murió mi padre... y allí conocí a Telesforo.

TELESFO. ¡ Ay ! (Asustado.)

IRENE ¿Qué?

TELESFO. ¡ Nada ; creí que se abría esa puerta ! Siga usted... Allí conoció usted a Telesforo... ¿Y qué más?

IRENE Que un día desapareció de repente.

TELESFO. ¡ Ingrato !... Se le acabaría el dinero.

IRENE No ; yo no puedo acusarle de ingratitud, puesto que ningún compromiso le ligaba a mí.—Vea usted.—Cuando supo que papá se hallaba enfermo, empezó a visitarnos con constante asiduidad ; por las noches, a fin de que papá se distrajese, jugaba a las cartas... mas no por pura distracción... dinero... mucho dinero... y el pobre Telesforo siempre perdía.

TELESFO. ¡ Claro !... Como que a él no le importaba el juego...

IRENE ¡ Justo !... Y eso es precisamente lo que más le realzaba a mis ojos : su generosidad, su nobleza de corazón... ¿Cree usted que se fijaba en el tapete verde?

TELESFO. Hubiera sido un crimen, teniendo delante esa cara...

IRENE Me lanzaba unas miradas...

TELESFO. ¿Así? (Mirando a Irene con pasión.)

IRENE Así... poco más o menos. Yo... ¿a qué negarlo? le correspondía del mismo modo, y todas las noches esperaba que me repitieran sus labios lo que constantemente me decían sus ojos... ¡ pero nunca se atrevió !

TELESFO. ¡ Estúpido !

IRENE ¡ Al contrario ! Si aquella timidez era lo

que a mí más me encantaba ; el verdadero amor debe salir por los ojos antes que por la boca... Yo juzgo por mí.

TELESFO. (¡ Me la comía !) ¿ De modo que si le encontrara usted...

IRENE ¡ Ay !... ¡ No quiero pensarlo !... ¡ Ante todo, le devolvería su dinero !

TELESFO. ¡ Qué dinero, ni qué... !

IRENE ¡ Sí, señora ! El lo perdió por mí... y después, si aun seguía amándome, le obligaría a hablar, porque no he de ser yo quien se declare, ¿ no es cierto ?

TELESFO. Sí ; no ha de ser usted... (Levantándose rápidamente y decidido a decir la verdad y explicar su situación.) (Ea, esto se acabó...) ¡ Irene !... (¡ No... no ! ¿ Qué va a pensar de mí ?... ¿ Cómo me declaro en esta facha ?) Espéreme usted unos instantes, y yo la prometo que verá usted a Telesforo.

IRENE ¿ De veras ?... ¡ Ay ! ¡ Estoy loca de felicidad !... (Quiere besarle.) Déjeme usted que la bese...

TELESFO. (Como huyendo.) Después... después. (¡ Aunque me cueste cien estocadas !) (Vase precipitadamente por el foro.)

ESCENA XIII

IRENE ; después, DOÑA LUCÍA.

IRENE ¡ Qué señora tan especial !

LUCÍA (Saliendo por el foro.) ¿ Dónde va tan de prisa esa vieja marimacho ? ¿ Has conseguido descubrir este enredo ?

IRENE No.

LUCÍA Pues yo lo conseguiré.

IRENE Me ha prometido volver al instante.

ESCENA XIV

Dichas y DON FRANCISCO.

FRANCIS. (Por el foro.) Lo he escuchado todo y no he podido resistir más ; he saltado por la ventana. Y esta pobre criatura, que le ha abierto su pecho. ¡Tunante ! ¿Dónde está ? Yo daré con él. ¡Y mi señor sobrino encerrándose, valiéndose de un engaño... Pero ya he tomado mi resolución. Se acordará de mí mientras viva. Señora...

LUCÍA ¡Capitán !

FRANCIS. No, me llame usted capitán. Yo soy aquel grumete que hace veinticinco años no se atrevió a declararse a usted ; pero el tiempo no pasa en balde, y estoy arrepentido de mi falta. Esta es mi mano, señora doña Lucía ; ¿se digna usted aceptarla ?

LUCÍA ¡Por Dios !

FRANCIS. Acéptela usted, aunque sólo sea por que mi sobrino se muera del disgusto.

LUCÍA ¡Eso es una locura !

FRANCIS. No, señora ; una venganza.

LUCÍA ¿Y me elige usted por instrumento ?

FRANCIS. Si no me acepta usted por marido, estoy dispuesto a lanzarme a una vida de crápula y derrochar en un año todo mi capital.

LUCÍA ¡Y una vez en la miseria !...

FRANCIS. ¡Que rabie mi sobrino !

LUCÍA ¡Bonita resolución !

FRANCIS. Es que usted no sabe todavía...

ESCENA XV

Dichos, JORGE, CARMEN, CARLOS, ANA y JUNCALES; después GASPAR. Todos por el foro.

La colocación de los personajes que están en escena es la siguiente: a la derecha del actor, don Francisco, próximo a la puerta. Irene en primer término, y doña Lucía en segundo. Don Servando Juncales, en el centro, primer término. A la izquierda, en segundo término, Ana y Carlos, separados. Gaspar, cuando lo mande el diálogo, se queda en la puerta del centro.

JUNCALES (Muy contento.) ¡Todos: vengan ustedes todos, que quiero obsequiarles con una gran sorpresa!

JORGE ¡Mi tío! (Se sorprende al ver a su tío.)

CARLOS (¡Ya podía yo buscarle por todo el pueblo!)

FRANCIS. (Aparte a Jorge.) ¿Te extraña verme, no es verdad, teniendo la llave en el bolsillo? Pero te olvidaste de cerrar la ventana; ya hablaremos.

JUNCALES (A Gaspar.) Tráenos algo con que remojar el fausto suceso. (Vase Gaspar por el foro.) Señores, presento a ustedes al hombre más feliz de la tierra, un viudo sin hijos... y al propio tiempo tutor, sobre el cual pesaba una horrible responsabilidad: el porvenir y la dicha de esas dos criaturas. De improviso, un benéfico rayo de luz penetra en mi alma y nos inunda a todos de felicidad con su brillo esplendente.

FRANCIS. Déjese usted de luminarias, y al grano.

JUNCALES Tenga usted paciencia. Bajo esta grata impresión, y con el mayor desinterés y no menor gusto, consiento en que mis dos entrañables pupilas se unan en eter-

no lazo con los dos jóvenes elegidos de su alma, que merecen por sus bellas cualidades todo mi afecto y toda mi simpatía. ¡Carlos! ¡Jorge! ¡abrazad a vuestras futuras esposas!

CARLOS }
JORGE } ¡ Oh !

CARLOS ¡ Usted no es un tutor !

JORGE Es un mirlo blanco.

JUNCALES Y ahora viene la gran sorpresa. (Todos se miran, y miran con verdadera sorpresa a don Servando.) El anuncio de un tercer enlace.

FRANCIS. ¿ El mío con esta señora ?

JUNCALES (Con cierta importancia.) No, señor. ¡ El mío con la otra señora, con la ilustre doña Lucía Castello Encantado da Selva Fermosa ! (Gaspar, que oportunamente llega por el fondo con una bandeja, en la que trae copas, etcétera, etc., para el refresco, deja caer la bandeja y copas como atontado en la puerta, ya en el escenario.)

TODOS ¿ Eh ?

FRANCIS. (Conteniendo la risa.) ¡ Puf ! ¿ Usted ? ... ¿ Casarse usted ? ... ¡ Puf ! (¿ Este también ha sido víctima ?)

JORGE (Aparte y bajo a su tío.) ¡ Y ya ve usted hasta qué punto !

FRANCIS. ¡ Puf ! ... ¡ Ja ... ja ! ...

JUNCALES No sé qué tenga de risible ...

CARLOS Señor de Juncas, (Serio.) resulte lo que resulte, mi conciencia no me permite ... yo no puedo tolerar ...

JUNCALES ¿ Cómo que no puede usted tolerar ?
¿ Pretende usted imponerse a su tía ?
¿ No me admite usted por su tío ? ¿ Es ese el pago que merece mi generosa acción ?

FRANCIS. ¡ Puf ! ...

CARLOS Yo no puedo callar por más tiempo ; ya es preciso que lo sepa usted todo. Ha sido usted víctima de un engaño.

FRANCIS. ¡ Tremendo ! ... ¡ Puf ! ...

JUNCALES ¿ Quiere usted no reirse ? ¿ De qué engaño se trata ?

- CARLOS Esa señora con quien usted pretende casarse, no es una señora, no es mi tía.
- JUNCALES ¿Cómo?
- CARLOS Habíamos preparado un almuerzo en honor de mi verdadera tía, que me había anunciado su llegada hoy. Ana y Carmen, accediendo a nuestras súplicas, debían asistir a ese almuerzo; a última hora recibí un telegrama de mi tía participándome que no podía venir...
- JORGE Y como única solución, yo propuse presentar una tía de contrabando.
- JUNCALES ¡Una falsa tía!... ¡He sido engañado vilmente!
- CARMEN ¡Qué diablura!
- ANA ¡Qué chasco!
- FRANCIS. ¡Puf!...
- JUNCALES ¡Hombre, su risa de usted me pone más nervioso!
- FRANCIS. (A Jorge y Carlos.) Os lo perdono todo en gracia al sofocón que se lleva éste. (A don Servando.) ¿No quiso usted robarme la novia?... ¡Ja... ja!...
- JUNCALES ¡Tenderme semejante lazo! ¡Una vieja ridícula con peluca y sin dientes!
- FRANCIS. ¡Ja... ja!... ¡No es mala vieja!...
- TELESFO. (Desde la puerta del foro, con el traje de ciclista del primer acto.) ¿Hay permiso? (Sorpresa general.)
- FRANCIS. ¡Adelante!... ¡adelante!... No tema usted... lo he reflexionado mejor.

ESCENA FINAL

Dichos y TELESFORO.

- FRANCIS. (A Juncales.) Ahí le tiene usted.
- JUNCALES ¿Quién es este señor?

- TELESFO. Yo soy la tía de Carlos, recién venida del Brasil.
- IRENE ¡ Es él !... ¡ él !...
- JUNCALES ¡ Un hombre !
- JORGE (Presentándole.) Nuestro amigo Telesforo Barranquilla.
- TELESFO. Servidor de ustedes. (A Irene.) He cumplido mi palabra. Aquí tiené usted a su Telesforo.
- IRENE ¡ Qué vergüenza ! Y le he declarado a usted....
- TELESFO. Naturalmente, como yo no me atrevía...
- JUNCALES Pero ¿ qué significa todo esto ?
- TELESFO. Significa que, contra nuestra voluntad, hemos representado todos una comedia.
- JUNCALES ¡ Es horrible !... ¡ inicuo !... Señor mío, devuélvame usted inmediatamente el consentimiento que me arrancó.
- TELESFO. Aquí está. (Mostrando un papel.)
- CARMEN }
ANA } ¡ Por Dios ! (A Telesforo.)
- JORGE No puede usted retractarse.
- JUNCALES Ese papel está dirigido a una persona que yo no conozco y que no se halla aquí.
- LUCÍA Perdone usted ; se halla. Ya es hora de que me presente yo... Doña Lucía Castello Encantado da Selva Fermosa.
- TODOS ¿ Usted ?
- CARLOS ¿ Mi tía ? (Va a abrazarla.)
- LUCÍA De modo que ese papel me pertenece...
- CARMEN }
ANA } ¡ Señora !
- CARLOS ¡ Usted mi tía !... ¡ tía !...
- LUCÍA Tu verdadera tía, que se asocia a tu felicidad y que os promete apadrinar vuestras bodas.
- JUNCALES ¿ De modo que esa es la millonaria ?
(¡ Buena la hice !) En cuanto a usted, caballero, nos veremos en los tribunales... Tengo una tarjeta...
- TELESFO. Una tarjeta en que le prometo ser suya o del claustro. ¿ Creen ustedes que ha-

brá tribunal capaz de condenarme a cumplir mi promesa?

TODOS ¡ Oh ! (Todos ríen.)

JORGE Colmada nuestra alegría,
la victoria cantar puedes.
Y si no aplauden ustedes
se lo cuenta éste a su tía.

TELÓN

FIN DE LA COMEDIA

JULIO DANTAS

Ms. 148

LA CORTINA VERDE

Drama en cuatro actos



MADRID

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1915

LA CORTINA VERDE

Esta traducción es propiedad, y nadie podrá, sin permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se hayan celebrado o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados y representantes de la «Sociedad de Autores Españoles» son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Edición autorizada para «Teatro Mundial».

LA CORTINA VERDE

DRAMA EN CUATRO ACTOS

DE

JULIO DANTAS

TRADUCCION CASTELLANA DE

I. RIBERA ROVIRA

Estrenado por la compañía cómico-dramática de Doña Margarita Xirgu en el teatro de la Princesa, de Madrid, la noche del 14 de Mayo, y en el teatro de Novedades, de Barcelona, la noche del 15 de Junio de 1915



BARCELONA

BIBLIOTECA «TEATRO MUNDIAL»

15, Barbará, 15

1915

PERSONAJES

ALEJANDRO BOTELLO.

DON MIGUEL DE NOROÑA.

PACO MONFALIN.

ANTONIO BARRADAS.

JUAN RENDÚFE.

SIR JOHN BARROW.

EL CHASSEUR.

UN CRIADO.

OTRO CRIADO.

MARTA.

LOLOTTE.

LA VIZCONDESA.

MIMÍ.

CRIADA 1.^a

CRIADA 2.^a

OTRA CRIADA.

*Los tres primeros actos pasan en Madrid. El cuarto
en Niza. — Época actual.*



ACTO PRIMERO

Sala de fumar. Maple, elegancia. Lacas blancas. Luces. Al fondo izquierda, en un ángulo, arco que limita el comedor iluminado; vajilla, cristalería. Aubussons. Al fondo derecha, puerta de entrada; corredor. A la izquierda baja, puerta de acceso a los aposentos interiores; espeso portier verde, de terciopelo. A la derecha alta y baja, balcones accesibles. Al fondo derecha, "couch-corner"; libros; almohadones. A la derecha un Pechstein. A la izquierda, un tremó estilo Luis XVI, blanco y oro; cofrecillo de plata; reloj de bronce dorado. Sofá maple, de terciopelo; porcelanas; una gouache de Boucher; faïences Wedgwood, Deift, Japón. Luz eléctrica: araña de cristal, lámparas encaminadas a ambos lados del tremó; interruptores de porcelana en las puertas del fondo derecha e izquierda baja. A los postres, ruido de vajilla y cristalería. Mujeres escotadas. Caballeros de frac. Risas; pasan criados. MONFALIN, atravesando la escena, echándose en un sofá riendo a carcajadas, lleva la servilleta cogida al cuello. MIMÍ persiguiendo a BARRADAS.

MONFALIN ¡Ja, ja, ja!

ALEJAN. (Desde el comedor, entre risas.) Paco, ¿de qué te ríes? Has de decirme de qué te ríes.

MONFALIN Yo... (Muerto de risa, señalando a Alejandro que se acerca con Lolotte.) Alejandro lo sabe.

LOLOTTE ¿Pero qué ha sido eso? ¿De qué se ríen ustedes? (A un criado.) Sirva el café. (Entran Barradas y Rendufe.)

ALEJAN. Qué sé yo. Yo no sé nada. Quién lo sabe es Barradas.

- LOLOTTE (A Barradas.) ¿Lo sabe usted? Pues diga, hombre, diga.
- BARRADAS (Riéndose.) Pero, señora... (A Rendufe, que se sienta en el "couch-corner", hojeando revistas.) Tú, Rendufe: dile porque se ríe Paco.
- RENDUFE (Aburrido.) Se ríe porque tiene ganas.
- MIMÍ (A Monfalin.) Me lo dirás. Es cosa de mujeres. No quiero que te rías por cosas de mujeres.
- ALEJAN. ¿Pues de qué se reirán los hombres, señora?
- MONFALIN Vamos: ¿quieren saber de qué me río? (Riendo nerviosamente.) ¡Puff!...
- LOLOTTE (Sirviendo café.) Es el champagne, déjalos.
- MIMÍ Ya me lo dirás luego. (A Lolotte.) Este me dice luego todo lo que yo quiero.
- ALEJAN. (Dando una taza a Mimí.) Bueno. Se lo voy a decir yo. (Sirviéndola.) ¿Más azúcar? Pues se trata de una aventura de Barradas con una inglesa, en Londres. Barradas, en Inglaterra, c'est un monsieur qui travaille les femmes du monde. Es el terror del Hyde-Park. Un Tenorio.
- BARRADAS (Mirando intencionadamente a Lolotte.) Te equivocas, querido. Son las españolas las que me hacen salir canas.
- LOLOTTE (Señalándole la calva.) ¡Qué calumnia! ¿Canas usted? ¡No sea exagerado, hombre!
- MIMÍ Pero ¿qué le hizo Barradas a la inglesa?
- ALEJAN. O qué le hizo la inglesa a Barradas... Eso no lo puedo decir. Son cosas que una señora debe oír a obscuras. (Al criado que sirve los licores.) Coñac.
- MONFALIN Yo prefiero decírcelas con la luz encendida.
- MIMÍ ¡Tontó!
- LOLOTTE (Sirviendo café a Rendufe que le sigue los movimientos y finge leer hundido ahora en una silla Maple.) Está usted muy callado, Rendufe.
- RENDUFE Estoy pensando en usted.
- LOLOTTE Pierde el tiempo. (Sirviéndole azúcar.) ¿Sabe usted qué le aconsejo?

- RENDUFE ¿Que me suicide?
- LOLOTTE (Marchándose.) Que se case.
- RENDUFE Es peor.
- ALEJAN. (Sirviendo coñac a Barradas.) Es un coñac riquísimo. Decididamente, Barradas, convenga usted que se come mejor en casa de mi amante que en casa de mi mujer.
- BARRADAS Un demi-monde agradable. (Encendiendo un puro.) Pues yo prefiero comer en casa de su mujer.
- ALEJAN. ¿Por qué?
- BARRADAS Por la institutriz alemana.
- ALEJAN. (Sonriendo.) ¿Fraülein?
- BARRADAS ¡Qué diez y ocho años!... ¡Qué cabello!... ¡Qué manos!... ¡Qué juventud!...
- ALEJAN. (Frotándose las manos temblorosas.) «Made in germany.» ¿Sabe usted? También a mí me van gustando las tobilleras. Envejecemos, Barradas, envejecemos.
- LOLOTTE (Pasando junto a Alejandro.) No bebas más coñac.
- ALEJAN. Tienes unos hombros encantadores... (Besándoselos.) Yo no hago cumplidos delante de los amigos.
- LOLOTTE El coñac te hace daño... Como te tiemblan las manos...
- MIMÍ (A Monfalin.) Has de regalarme un collar de perlas como el de Lolotte. Tú, Lolotte: Paco dice que me regalará un collar de perlas como el tuyo.
- MONFALIN. (Inmediatamente.) ¡No he dicho tal cosa! ¿Yo he dicho eso?
- LOLOTTE ¿Y qué? No es caro. Este lo compré en París en el Juclier. (A Alejandro.) Seis mil francos ¿verdad?
- ALEJAN. Seis mil francos.
- MIMÍ Ya ves tú: no es nada. Seis mil francos.
- MONFALIN No, seis mil francos no es nada... ¿Crees tú que yo soy Alejandro?
- LOLOTTE Llevas un vestido muy mono.
- MIMÍ Es del año pasado. Desde que estoy con Paco, todo es del año pasado.

- MONFALIN No se extrañen ustedes. Yo también soy del año pasado.
- MIMÍ Mis vestidos han ido tantas veces a la Opera, que serían capaces de ir por sí solos. Se saben a Wagner de memoria.
- LOLOTTE (Abriendo la arquilla de plata que está sobre el tremó Luis XVI y mostrando otro collar a Mimí.) Estas perlas sí que son buenas. Me las compró Alejandro en Londres, en el Mappin. Oxford Street.
- BARRADAS (Haciéndose el entendido.) ¡Oh! ¡Mappin!
- MIMÍ (Encantada.) ¡Qué bonito!
- RENDUFE (Leyendo en una revista.) «Después de tres días, un muerto, la lluvia y una mujer, son las tres cosas más desagradables del mundo.»
- MIMÍ ¡Oh!
- LOLOTTE ¿Y para leernos ese disparate ha estado usted tanto tiempo sin chistar?
- RENDUFE Está escrito aquí, Lolotte. Es un proverbio chino.
- BARRADAS Eso será verdad en la China.
- ALEJAN. Después de tres días, lo desagradable no es una mujer, es la falta de una mujer.
- MONFALIN O la falta de dos mujeres.
- RENDUFE ¿Pero ustedes están convencidos de que una mujer hace falta?
- LOLOTTE (A Rendufe.) Usted está peor de su neurastenia... ¿Sabe qué le digo?
- RENDUFE Ya lo sé. Que me case.
- LOLOTTE No. Que se suicide.
- RENDUFE (Sombrio.) Tal vez siga su consejo.
- BARRADAS Usted anda siniestro, hombre. Eso es del estómago. El pesimismo es una manifestación de las enfermedades del estómago.
- ALEJAN. Intestinos. Usted es un intoxicado. Necesita salir de aquí. Venga usted a Suiza con nosotros, el mes que viene.
- RENDUFE Prefiero aislarme. En fin: tal vez les acompañe.

BARRADAS ¿Van ustedes a Suiza?

ALEJAN. A Laussanne. A consultar al doctor Combe.

MONFALIN No se deje engañar. Combe es una «blague».

BARRADAS No tanto. .

MONFALIN Es una «blague». Un charlatán. Palabra de honor. Yo he estado allí.

BARRADAS ¿En Richemont?

MONFALIN No. En el Beau-Rivage, hace tres años. Me tuvo quince días viendo si yo dijera jalea de mirtos y a enseñarme mi flora intestinal dibujada a lápiz de colores. Me moría de hambre. Luego me mandaron al monte, a tomar baños de sol. ¿Saben ustedes? Yo soy un friolero. Ando siempre en Madrid con pellizas, *cache-col*, franelas, *chauffrettes*... Pues tuve que ponerme en pelo. Perdóne usted, Lolote... Tuve que exponerme desnudo al sol frío de Chésières, a mil quinientos metros de altura, un cuarto de hora del lado derecho, un cuarto de hora del izquierdo, un cuarto de hora de frente, un cuarto de hora de espaldas... Es claro: me constipé de todos lados, y después del segundo baño estornudé tanto, que de allí fui a parar a la cama, y se me iba llevando el demonio con reumatismo.

ALEJAN. El reuma también se coge aquí.

MONFALIN También se coge aquí, pero mucho más barato. Yo he gastado una fortuna y aun me resiento de esta pierna... (Viendo a Mimí reirse.) ¿De qué te ríes? (A Alejandro y a Barradas.) Ahora pregunto yo: ¿de qué se ríen ustedes?

MIMÍ ¿Qué te ponías cuando tomabas los baños de sol?

MONFALIN ¿Qué me ponía?... Un sombrero de paja.

BARRADAS (Riéndose.) ¿En dónde?

MONFALIN En la cabeza. ¡Vaya una pregunta!

(Sentándose en el banquillo del piano.) Te digo que es una «blague». Combe es una «blague».

ALEJAN. Pues yo me voy a consultar a la «blague». (La mano le tiembla al coger la copita.) Estoy aprensivo con este temblor de manos. Y tengo siempre las piernas dormidas.

BARRADAS Debe ser el alcohol.

ALEJAN. ¿Qué alcohol! Ustedes tienen la manía del alcohol. El alcohol nunca ha hecho daño a nadie. Es artritis. Son los nervios. (Bebiendo.) Luego iré al doctor Videmer. ¿Saben ustedes como el doctor Videmer cura a los neurasténicos? A fuerza de lecturas sobre San Francisco de Asís. Es lo que usted necesita, Rendufe. Mucho San Francisco de Asís. Descomplicar la vida.

RENDUFE (A Alejandro.) Cada vez la complico más. Deme un cigarro.

ALEJAN. (A Rendufe.) ¿Sabe usted? He comprado hoy un riquísimo Delft.

MONFALIN. (Viendo la música que está sobre el Bechstein.) El «Valse Dorée.» Esto hacía furor en París hace dos años.

LOLOTTE (Haciendo señas a una criada que pasa.) Debe estar vieja la Paulette Darty.

MONFALIN (Cantando al piano.)

«Un jour, dans la chambre rose,
Tes lèvres ont affleuré ma main;
Tu sais que cette simple chose
Ne fut pas sans lendemain...»

MIMÍ (A Monfalin.) ¿Cuándo me vas a llevar a París?

BARRADAS A mi vuelta, el último éxito de Mayol era «La dernière Chanson». ¿Conoce usted la «Dernière Chanson», Lolotte?

LOLOTTE No. (Bajito a la criada.) Quite usted aquella botella de coñac que está cerca del señorito.

MIMÍ (Tirando del frac a Monfalin, que continúa cantando

el "Valse Dorée". Dime, corre : ¿por qué no me llevas a París?

BARRADAS (Bajito a Lolotte.) ¿Sabe usted, Lolotte, que está usted más interesante ahora que en mis buenos tiempos?

LOLOTTE Con usted ocurre todo lo contrario. Está más ridículo ahora que hace diez años.

BARRADAS ¿No le ha quedado al menos un buen recuerdo del pasado?

LOLOTTE (Alejándose.) Yo no tengo pasado, amigo mío.

MIMÍ (A Monfalin.) Pero dime, hombre : ¿por qué no me llevas a París?

ALEJAN. (A Monfalin, que no deja de cantar.) ¡Que demonio ! ¿Por qué no se lleva usted a Mimí a París?

LOLOTTE Es verdad : ¿Por qué no se lleva usted a Mimí a París?

BARRADAS (En un gran gesto.) Realmente es una gran idea. ¿Por qué no se lleva usted a Mimí a París?

MONFALIN (Suspendiendo el vals, y volviéndose rápidamente en el banquillo del piano.) Pues yo no me llevo a Mimí a París... porque no tengo dinero. (Continúa cantando.)

...«Ce fut du plus charmant poème
La première page dorée...»

CRIADO (Entrando por el fondo y anunciando.) El señor don Miguel de Noroña.

LOLOTTE ¿Quién?

CRIADO El señor don Miguel de Noroña.

BARRADAS ¡Vaya un pillo !

ALEJAN. (Al criado.) ¿Le ha hecho entrar?

CRIADO Está en la sala.

ALEJAN. Que pase aquí.

BARRADAS ¿Pero usted recibe... «esò»?

ALEJAN. Le había dicho vagamente, de cumplido, que viniera a comer con nosotros.

BARRADAS ¿Pero usted no sabe quién es ese tipo?

ALEJAN. Ustedes eran amigos...

BARRADAS Es un «scroc», es un «cambricoleur». Es

- un punto a quien no hay derecho a alargarle la mano.
- RENDUFE No sabía que estuviese aquí. Lo creía en París.
- (DON MIGUEL, entrando por el fondo derecha. De frac. tipo fin de raza, recordando la cabeza de lord Wharton, de Van Dyck, rubio, distinguido, sobrio, una cicatriz en la cara.)
- MIGUEL Mi querido Alejandro Botello. Perdona si he llegado tarde.
- ALEJAN. Usted siempre llega a tiempo.
- MIGUEL El secretario de los Estados Unidos ha sido trasladado a Pekin. ¿Sabe usted? Mañana parte. Me convidó a comer. No pude excusarme.
- ALEJAN. (Presentando.) Miguel de Noroña. Lolotte.
- MIGUEL (Besándole la mano.) Señora... Me parece que ya nos hemos encontrado alguna vez en un mismo hotel.
- LOLOTTE En Monte-Carlo.
- MIGUEL Precisamente.
- ALEJAN. (Presentando.) Ya se conocen. Paco Monfalin.
- RENDUFE (Estrechándole la mano familiarmente.) Miguel...
- MIGUEL (Viendo a Barradas y dirigiéndose a él.) ¡Hola! ¿Cómo estás? ¿Cuándo has llegado?
- BARRADAS (Se mete las manos en los bolsillos y le vuelve la espalda.)
- MIGUEL (Hace un gesto imperceptible, sonríe y se encoge de hombros.) Está bien.
- ALEJAN. (Después de un silencio embarazoso.) Vaya, vaya... No sabía que el secretario de los Estados Unidos había sido trasladado a Pekin... (Sin saber qué decir.) Es curioso, realmente...
- MONFALIN (Secándose el sudor.) Es curioso...
- RENDUFE (Porque sí.) Es un chico muy simpático el secretario de los Estados Unidos...
- MIGUEL (Sentándose y readquiriendo todo el aplomo.) Y tiene una mujer encantadora... ¿Usted la conoce?... Una austríaca con quien casó cuando estuvo de segundo secretario en

Viena. Hemos pasado una noche agradable. Y usted, Alejandro, ¿cómo se encuentra?

LOLOTTE Dile a tu amigo que tome una taza de café.

MIGUEL Muchas gracias, señora. He tomado ya.

ALEJAN. Pues fume usted un habano. (Alejandro toma la caja de cigarros de manos del criado y ofrece a don Miguel.) ¿Qué me dice usted de aquella *Manon* de anteayer?

MIGUEL Detestable, amigo mío. La Boyer, detestable.

LOLOTTE ¡Ah! A mí no me pareció mal en el *andantino* de entrada y en el *racconto*.

RENDUFE En el «*racconto*», sí, señor.

MIGUEL Pero flaqueó en la escena del «*Cours-la-Reine*». (Encendiendo el cigarro en la vela que Lolotte le presenta.) Muchas gracias.

ALEJAN. Quien ha visto a la *Darclée*...

MONFALIN (Cambiando de partitura y tarareando.) «La tua non e la mano che mi toca»...

MIMÍ (Ingenuamente.) Pues a mí me gustó. ¡Estan monina!

MIGUEL (Levantándose.) Mañana vamos a oír *Werther*. Nunca he visto a Borgatti.

ALEJAN. ¿Ya se va usted?

MIGUEL Quería pedirle un momento de atención, querido Alejandro Botello.

ALEJAN. Usted dirá.

MIGUEL Dos palabras nada más.

ALEJAN. En mi despacho, si le parece.

MIGUEL Como usted quiera. (Inclinándose ligeramente.) Señoras... (Desaparecen por el fondo izquierda. Don Miguel y Alejandro.)

MONFALIN (Levantándose, a Barradas.) ¡Pero, Barradas! ¡Por Dios! ¿Qué ha sido eso Me ha dado usted escalofríos.

BARRADAS Perdonen, señores, esta escena desagradable. Palabra de honor. Si llego a saber que Alejandro me reservaba semejante encuentro, no hubiera venido.

LOLOTTE ¿Pero qué le costaba a usted alargarle la mano?

BARRADAS Querida Lolotte: yo acostumbro a escoger mis relaciones.

RENDUFE ¡Pero ustedes se trataban, qué demonio!

MONFALIN Eran amigos.

BARRADAS Amigos, no; conocidos. Le he sentado a mi mesa. Le he prestado dinero. Le he tolerado en cuanto le he creído un tipo sin sentido moral únicamente. Pero, no. «Eso» que ustedes aquí vieron es un auténtico *scroc*. Le eché de mi despacho, en París, porque tuvo la desfachatez de venirme a proponer un negocio de moneda falsa. Le eché a la calle para no tener que abofetearle. Nunca más apareció. No le he visto hasta ahora. ¿Ustedes le alargarían la mano? No señor. Es lo que yo acabo de hacer.

RENDUFE En estos momentos estará seguramente proponiendo lo mismo a Alejandro.

MONFALIN O a pedirle dinero prestado.

BARRADAS Es capaz de todo. Después de lo que ha pasado con su mujer... *C'est un sale type*.

LOLOTTE ¿Con su mujer?

RENDUFE ¿No lo sabe usted, Lolotte?

LOLOTTE Yo no sabía ni que estuviera casado.

BARRADAS Se ha vendido y se ha jugado la mujer varias veces. Es un *mangeur de blanc*, un *maquereau*. En París, en Madrid... Hoy a costa de una; mañana a costa de otra. La verdad es que ha tenido espléndidas mujeres, ese tipo.

MIMÍ (Ingenua.) ¡Qué lástima! ¡Un chico tan guapo! ¿Verdad, Lolotte?

RENDUFE Es un tipo distinguido.

MONFALIN Hidalgo. Conocí a su padre. Fué nuestro embajador en Viena. Murió loco. Y ese muchacho ha tenido dinero.

BARRADAS Ha derrochado dos fortunas. La suya y la de su mujer. Y las ha derrochado es-

túpidamente. Mujeres, juego, caballos, *bric-à-brac*... Un *grand seigneur*. Hacía cosas ridículas, idiotas. Vean ustedes. Cuando fué agregado de Legación en Rusia—ese tipo ha sido agregado de Legación como todo el mundo—una noche entró en el café más lujoso de San Petersburgo. Se instaló en una mesa. Pidió Champaña. Sacó un revólver del bolsillo y empezó a acribillar a balazos una figura de mujer desnuda pintada en el «plafond». Alarma general: pitos, gente. Aparecen los criados. Y ese tipo, sin inmutarse, se mete el revólver en el bolsillo y pregunta al *maître d'hôtel*: ¿cuántos rublos le debo, amigo?

MONFALIN (Riéndose.) Es un tipo pintoresco.

BARRADAS Pintoresco, no. Idiota.

MIMÍ ¿Y le prendieron?

BARRADAS Pagó. Hace cinco años que está sin un céntimo.

MONFALIN ¿Y de qué vive ahora?

BARRADAS Sablazos, *cambriolage*... Ya le conocen en París. Escribe tarjetas a todo el mundo con una corona de conde pidiendo cinco francos prestados. Un tipo así es una vergüenza en el extranjero. Si el conde de Montesquiou, en vez de marcarle el rostro le hubiera metido un palmo de acero en el pecho, nos habría librado de él para siempre.

RENDUFE ¿Por lo visto ese duelo no fué una comedia?

BARRADAS ¿Una comedia? Fué hace dos años, en París. Por una *cocotte*. Aquella cicatriz que tiene en la cara es un auténtico golpe de sable. Se ha batido cuatro o cinco veces. Y lo curioso es que se trata del hombre más cobarde que conozco.

LOLOTTE (Vivamente.) ¡Cobarde, no! Un hombre que se bate no puede ser cobarde.

BARRADAS Según y cómo. Es una cuestión de ner-

vios. Hay muchos hombres valientes incapaces de batirse en duelo. Si él no fuese un cobarde, me habría abofeteado cuando le he vuelto la espalda.

LOLOTTE Puede que aun lo haga.

BARRADAS No hará nada, amiga mía. Le conozco como a mis dedos.

LOLOTTE (Después de una pausa.) ¿Y su mujer? ¿Con quién vive ahora?

BARRADAS Con él. Ha vuelto a reunirse con él.

LOLOTTE ¿Con su marido? ¿Otra vez?

BARRADAS Con su marido, sí. Viven juntos en Madrid.

RENDUFE Pero si estaban separados.

BARRADAS Tanta vergüenza tiene uno como otro. ¿Usted la conoce?

RENDUFE ¿A Marta de Noroña? Ya lo creo. Desde la infancia.

MONFALIN Dicen que es una mujer hermosísima. Yo no la conozco.

BARRADAS Inteligente, *detraquée*. Esa criatura, un día, tuvo conmigo una frase que la define. Una frase que revela la psicología de una mujer. Yo sabía que ellos vivían separados. Lo sabía todo el mundo, en París. Una noche, entro en el Café Anglais y los veo juntos en la misma mesa. Me aproximo para hablarles y noto que ella se queda perturbada, nerviosa, al verme. A media conversación ya se había puesto y quitado veinte veces los guantes. De repente se vuelve y me dice: «—¿Es usted capaz, don Antonio Barradas, de responder a una pregunta que voy a hacerle?—Siempre hay manera de responder a todas las preguntas, señora.—¿Qué concepto forma usted de mí?—Una mujer encantadora, inteligente...—No. No es eso. ¿Qué concepto forma usted de mí al verme otra vez al lado de mi marido?—Pienso que es usted, señora, infinitamente generosa.—¿Qué quiere usted que le

haga? Reconozco que «eso» es un ser moralmente innoble, ¿sabe? Pero es interesante, es hidalgo desde las uñas de los pies a la punta de los cabellos... Tengo por él una especie de atracción enfermiza, semejante a la atracción del abismo...»

MONFALIN ¿Pero ella dijo eso a la cara del marido?

BARRADAS Se lo dijo a la cara.

RENDUFE ¿Y qué dijo él?

BARRADAS No dijo nada. Oyó, sonrió... Y nada más.

MONFALIN ¡Es chocante!

MIMÍ Eso es porque ella le quería. ¡Eso es querer a un hombre!

BARRADAS No lo crea usted... ¿Hay acaso una mujer que se pueda enamorar de un tipo semejante?

MONFALIN ¿Puede querer a un hombre que se la jugó a la ruleta?

RENDUFE Un *voyon*, un *scroc*...

LOLOTTE ¡Qué equivocados están ustedes!

BARRADAS ¿Pretende usted, Lolotte?...

LOLOTTE ¡Qué mal conocen ustedes a las mujeres!

BARRADAS ¿Le parece que un tipo así puede despertar pasiones?

LOLOTTE Son los únicos que las despiertan, amigo mío. Yo conozco mejor a las mujeres que usted...

BARRADAS (Interrumpiendo maliciosamente.) Permita que lo dude...

LOLOTTE (Con una sonrisa amarga.) Porque las conozco a través de los hombres. (Se oyen las voces de Alejandro y de don Miguel.)

ALEJAN. (Entrando por el fondo izquierda, a Miguel.) Mañana o pasado o el día que quiera. Usted va al Círculo, ¿no es verdad? Yo estoy allí todas las noches.

MIGUEL No corre prisa.

BARRADAS (Levantándose.) Le esperaba a usted, queriendo Alejandro, para despedirme.

ALEJAN. ¿Se marcha usted ya, Barradas?

BARRADAS Van a dar las once. Tengo que ir aun al

- «Riviera Palace», por causa de unos negocios de Londres.
- ALEJAN. (Riéndose.) Unos negocios, ¿eh?... Unos negocios de faldas, querrá usted decir.
- BARRADAS Bueno... sí: mujeres y negocios. (Besando la mano a Lolotte.) Mi querida Lolotte...
- MIMÍ Con tu permiso, Lolotte, nosotros también nos vamos.
- LOLOTTE (Tocando el timbre.) Tomen antes una taza de the.
- MONFALIN (A Alejandro.) Se nos está haciendo tarde. Tenemos que ir a casa a pie.
- BARRADAS No se apuren. Les llevo en el auto.
- ALEJAN. (Al criado, qué aparece por el fondo derecha.) Los abrigos.
- MONFALIN (A Barradas.) Va a ser una molestia para usted...
- BARRADAS Al contrario... un paseo agradable.
- LOLOTTE (A la criada, que aparece por el fondo izquierda.) Las pieles y el abrigo de la señora doña Mimí. (La criada sale por la izquierda, baja y vuelve con las pieles y el abrigo.)
- MIMÍ ¡Y poco que me gusta ir en automóvil!
- (A Barradas.) ¿Qué marca es el de usted?
- BARRADAS (Poniéndose el sobretodo ayudado por un criado.) Benz.
- MIMÍ ¿Benz? ¡Magnífico! (A Lolotte que la ayuda a ponerse el abrigo.) Si mañana vas al Real, no dejes de avisarme mandándomelo decir, oyes? ¿Te parece si aun está pasable el vestido?...
- MONFALIN (Oyendo lo que dice Mimí, a Alejandro, que le ayuda a ponerse el abrigo.) Es una buena chica, crea usted. *Pot-au-feu pendant la semaine, roti au dimanche...* (A don Miguel.) Tanto gusto en verle.
- RENDUFE (Besando la mano a Lolotte.) ¿Quedamos en que me suicide, Lolotte?
- LOLOTTE (Aburrida.) Sí. A ver si así me deja en paz.
- ALEJAN. Déjense ver más a menudo.
- RENDUFE (Estrechando la mano a don Miguel.) Miguel...

LOLOTTE (Riéndose, a Monfalin, que la besa la mano.) No se olvide usted de llevar a Mimí a París.

ALEJAN. Es verdad, Paco: no se olvide de llevar a Mimí a París...

MONFALIN ¡Adiós!... (Risas, cumplimientos. Barradas no se despide de don Miguel. Salen Mimí, Barradas, Monfalin y Rendufe.)

LOLOTTE (A don Miguel, que está en el sofá Maple de la izquierda hojeando distraidamente una ilustración de modas.) ¿Le interesan las revistas de modas?

MIGUEL ¡Ah! No me fijaba. (Dejando la revista.) Estaba hojeando maquinalmente.

ALEJAN. (Viniendo del fondo y dirigiéndose a la mesa.) ¡Demonio! Se me han llevado el coñac.

MIGUEL (Levantándose.) Si me permite, Alejandro... (Besando la mano a Lolotte.) Señora...

ALEJAN. No se vaya usted aun... Voy a enseñarle un Delft que he comprado hoy. Al salir de aquí va al Círculo, ¿no es eso?

MIGUEL Seguramente.

ALEJAN. Le acompaño. Iremos juntos. Es sólo el tiempo de ponerme el abrigo. (Dirigiéndose al "couch-corner" del fondo derecha, abriendo el armario y revolviendo bibelots para sacar el Delft.) Verá usted un Delft magnífico.)

MIGUEL (Sentándose de nuevo en el sofá Maple.) El pasado es un vértigo, señora. Hace ocho años estaba yo aquí, en este mismo sitio, sentado en un sofá como este...

LOLOTTE ¿Aquí?

MIGUEL Fué a esta casa donde vine a vivir cuando me casé.

LOLOTTE ¿Vivió usted en esta casa?

ALEJAN. (Desde el fondo.) ¿Ha vivido usted aquí?

MIGUEL Aquí mismo. Hace cinco años.

ALEJAN. ¡Qué casualidad!

MIGUEL (A Lolotte.) Todo está igual... poco más o menos... El comedor... Aquí una sala de fumar... (Con una indicación interrogadora.) Allí... (Señalando la izquierda baja.)

- LOLOTTE ¿La cortina verde? Cuarto de dormir y cuarto de *toilette*.
- MIGUEL Lo mismo, lo mismo... Estoy reviviendo ese tiempo. (Mirando a Lolotte.) Unicamente...
- LOLOTTE Unicamente no era yo la que estaba aquí hace cinco años...
- ALEJAN. (Bajando del fondo.) No sabía que había usted vivido en este piso. (Enseñándole la "faience".) Aquí está. Vea usted este plato armoriado del siglo xvii. ¿Es o no es una rica *faience* holandesa?
- MIGUEL (Examinando el plato.) No es un Delft.
- ALEJAN. ¿No es un Delft?
- MIGUEL Por lo menos no tiene marca.
- ALEJAN. No tiene marca, pero es un Delft. He visto muchos Delfts sin las tres campanas.
- MIGUEL Mejor parece un Ruan, porcelana francesa.
- ALEJAN. ¡Qué ha de ser Ruan!... Ruan, Ruan... Mire usted este barniz... Vea usted este color... Vea, vea, mientras yo me pongo el abrigo. Es un Delft magnífico... Con tu permiso Lolotte... (Pasando junto a la mesa donde han quedado las copitas y las tazas.) Esta manía de quitarme el coñac... (Sale por el fondo izquierda.)
- LOLOTTE (Abriendo la arquilla que está sobre el piano y sacando una llavecita dorada, con gestos que don Miguel va siguiendo.) Hace un momento oí contar de usted lo peor que se puede decir de un hombre.
- MIGUEL (Con una sonrisa.) ¿De veras?
- LOLOTTE Tanto mal me han dicho, que me han despertado una invencible curiosidad por conocerle a usted.
- MIGUEL ¿Dijeron mal de mí? *A la bonne heure*. Si hubieran dicho bien les pediría explicaciones.
- LOLOTTE, (Después de una pausa y acercándosele.) ¿Sabe usted lo qué es esto? (Gesto de don Miguel.) Es la llave de mi casa.

- MIGUEL (Sin comprender.) ¿La llave de su casa?
- LOLOTTE Sí. La llave de mi casa. (Entregándosela.) Aquí la tiene usted.
- MIGUEL ¡Pero, señora !...
- LOLOTTE Le espero a media noche.
- MIGUEL ¿Aquí?
- LOLOTTE Aquí.
- MIGUEL ¡Pero esto es una locura !...
- LOLOTTE (Indicando la llave que don Miguel conserva en la mano.) Dos vueltas suavemente... Sirve para las dos puertas : la de la calle y la del piso.
- MIGUEL ¡Lolotte !... ¡Yo no puedo abusar de un momento de perturbación !...
- LOLOTTE ¡Bah, bah, bah !... ¿Ahora viene con escrúpulos? ¿Es la primera aventura que ha tenido en su vida? ¿Es la primera mujer que hace esto por usted? (En otro tono.) Suba la escalera despacio. No conviene que los criados se enteren.
- MIGUEL Pero... ¿y Alejandro?... Será necesario ver si Alejandro...
- LOLOTTE Alejandro retira de madrugada. Son contadas las veces que duerme aquí.
- MIGUEL (Cogiéndola una mano.) Reflexione, Lolotte. Aun está a tiempo. Esto es una locura...
- LOLOTTE. ¡Venga !
- MIGUEL (Rozándola la espalda.) Yo no debo entrar en esta casa... Yo no debo aceptar esta llave... Lolotte. Yo soy un ser funesto... Yo...
- LOLOTTE (Rápida y en voz baja.) ¡Alejandro !
- MIGUEL (A Alejandro, mudando de tono y enseñándole la porcelana.) Es Delft. Tiene usted razón. Es un Delft magnífico.
- ALEJAN. (Vistiendo pardesú, poniéndose tranquilamente los guantes mientras don Miguel besa la mano a Lolotte.) ¡Ya le decía yo ! Vamos al Círculo.

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Dormitorio. Imperio. Encajes. Confort. Elegancia. Al fondo, puerta de entrada, a la derecha. Al fondo izquierda, en el ángulo y en la izquierda baja, ventanas o balcones; "brise-bises" de encaje inglés. A la derecha baja, puerta que comunica con el cuarto de baño. Cama; pequeña mesa de noche al lado, con lámpara eléctrica; biombo de seda. A los pies de la cama, sofá. Velador con libros franceses; "abat-jour". Armario de luna con columnas imperio e incrustaciones de metal. Cuando se abre la ventana del fondo, se ve la luz azulada del Paseo a la una y media de la madrugada.

MARTA (Sentada en el sofá leyendo.) Adelante.

CRIADA ¿Ha llamado la señorita?

MARTA Sí.

CRIADA ¿Le sirvo el the?

MARTA No. Enciende la luz del cuarto de baño.
Voy a acostarme.

CRIADA (Yendo a buscar la camisa de noche y saliendo por la derecha baja.) Voy, señorita.

(Marta, delante del espejo se quita un lazo de terciopelo y unas horquillas de la cabeza. La criada vuelve; saca unas flores del cuarto y abre la cama. Marta sale por la derecha baja. Se oye un automóvil que se detiene al pie de la casa.

MARTA (Desde dentro.) ¿Ha parado un automóvil?

CRIADA Sí, señorita.

MARTA Ve si es don Miguel.

(La criada abre la ventana del fondo izquierda. Se ve pasar gente por la calle. Voces.)

- CRIADA (Cerrando la ventana.) No, señorita. Son los señores del principal.
- MARTA (Entrando y dirigiéndose a la cama empezando a desnudarse.) ¿Qué hora es?
- CRIADA (Ayudándola a quitarse los zapatos.) La una y media.
- MARTA Di a Juan que no espere al señorito. Ya puede acostarse.
- CRIADA Sí, señorita. ¿A qué hora quiere la señorita que entre el chocolate mañana?
- MARTA (Metiéndose en la cama.) A las diez, si hace buen día. Si no, déjenos dormir. Yo llamaré.
- CRIADA ¿Dejo la luz del cuarto de baño encendida?
- MARTA (Encendiendo la lamparita de la cabecera.) No. Puedes apagarla.
(La Criada sale. Cierra la luz del cuarto de baño y vuelve.)
Dame ese libro de cubierta amarilla que está en el velador.
- CRIADA (Mostrándole un libro que está encima de la mesa.) ¿Este?
- MARTA Sí.
- CRIADA (Apagando la luz del "abat-jour".) ¿Quiere algo más la señorita?
- MARTA (Abriendo el libro, dispuesta a leer.) No. Puedes acostarte.
- CRIADA (Saliendo y cerrando la puerta.) Buenas noches; que descansen, la señorita.
- MARTA Buenas noches. (Lee un momento. Deja el libro. Apaga la luz. Oscuridad. Silencio. Abrese la puerta del fondo y entra un bulto.) Miguel... Miguel... ¿Eres tú?
- MIGUEL Sí.
- MARTA ¿Qué hora es?
- MIGUEL Las dos... poco más.
(Silencio. El bulto negro de don Miguel pasa a la izquierda.)
- MARTA ¿No te acuestas?
- MIGUEL Ya voy. — (Nuevo silencio. Inmovilidad.)
- MARTA ¿Sabes?

- MIGUEL ¿Qué?
MARTA Papá ha mandado dinero.
MIGUEL Bueno.
MARTA Y tú, ¿has encontrado algo?
MIGUEL No.
MARTA (Extrañando los monosílabos.) Pero ¿qué te pasa?
MIGUEL Nada.
MARTA Ven a acostarte.
MIGUEL Ya voy. Estoy fumando.
MARTA ¿Fumando? No veo la lumbre del cigarro.
MIGUEL Estoy fumando, te digo.
MARTA No veo la lumbre del cigarro. (El bulto se mueve y baja.) Pero ¿qué haces junto al balcón? (Enciende la luz de la cabecera.)
MIGUEL (De pardesú, al brazo. El frac con el cuello levantado, pálido, sorprendido por la luz en actitud de quien escucha junto al balcón de la izquierda baja.) ¡Apaga la luz!
MARTA ¿Qué daño te hace la luz?
MIGUEL ¡Apaga la luz! Me duele la cabeza.
MARTA (Apagando la luz.) Pues ven a acostarte. Tengo frío. (De nuevo obscuridad. Inmovilidad.)
MIGUEL ¡Oigo voces en la calle!
MARTA Gente que pasa. ¿Has tenido algún disgusto?
MIGUEL (Imponiéndola silencio a media voz.) Calla... Escucha... ¿No oyes?
MARTA (Con voz natural.) ¿Qué hay?
MIGUEL ¡Cállate! ¿Has oído?
MARTA ¿Qué?
MIGUEL Forcejean la puerta.
MARTA ¿Qué puerta?
MIGUEL La puerta de la escalera.
MARTA Yo no oigo nada.
MIGUEL Yo, sí. He oído claramente...
MARTA (Sentándose en la cama.) Tú tienes algo. ¿Qué te pasa? —
MIGUEL Nada. No me pasa nada.
MARTA Me ocultas la verdad: ¿Qué te pasa? ¿De dónde vienes?

MIGUEL (Queriendo simular serenidad.) Ya me acuesto. Déjame acabar de fumar.

MARTA No. Me extraña tu voz. Tú me ocultas algo. (Se oye abrir un cajón de la mesita.) ¿Qué buscas en la mesita? (Ruido de un objeto pesado que cae en el parquet. Abre de nuevo la luz de la cabecera. Don Miguel es sorprendido en la actitud de recoger un revólver del suelo. Marta salta de la cama.) ¡Miguel! ¿Para qué quieres el revólver? ¿Estás loco? ¿Qué te pasa?

MIGUEL ¡Cállate!

MARTA Suelta el revólver.

MIGUEL (Dejando el revólver sobre la mesita.) ¡Déjame!

MARTA (Mirándole.) Estás desfigurado. (Progresiva ansiedad.) ¡Tienes sangre en la cara! ¿Qué ha sido eso? (Separándole el cuello del frac y viéndole el cuello y la pechera de la camisa manchados de sangre.) ¡Vas lleno de sangre!

MIGUEL ¡Cállate!

MARTA ¿Te han herido? (Sacudiéndole.) ¿Oyes? ¿Estás herido?

MIGUEL No.

MARTA ¿De quién es esta sangre? ¿Por qué vas lleno de sangre?

MIGUEL ¡Cállate! (Disimulando.) Una hemorragia. He tenido una hemorragia.

MARTA ¿Una hemorragia? Hay que llamar a un médico. (Encaminándose hacia la cama.) Voy a ponerme la bata.

MIGUEL (Deteniéndola.) No. Tú no sales de aquí.

MARTA (Con desvarío.) Es necesario un médico. Voy a llamar a los criados.

MIGUEL No. Tú no llamas a nadie.

MARTA (Viendo la mano de don Miguel herida de una cuchillada.) ¡Mientes! No ha sido una hemorragia. Estás herido en esta mano. Tienes una cuchillada en la mano.

MIGUEL Rompí un cristal. Al montar en el coche. (Se quita el frac.) Prepárame agua. Agua caliente. Quiero lavarme.

MARTA (Mirándole con desconfianza.) ¿Por dónde ha-

- brás andado?... ¿Qué nueva canallada has cometido?...
- MIGUEL Enciende el calentador y saca agua.
- MARTA (Entrando en el cuarto de baño y volviendo a los pocos momentos.) Dame un fósforo. No tengo fósforos.
- MIGUEL Habla bajo.
- MARTA Hablar bajo, ¿por qué? ¿De qué tienes miedo?
- MIGUEL Qué sé yo dónde están los fósforos.
- MARTA (Buscando los fósforos en los bolsillos del abrigo, febrilmente, y sacando un pañuelo de encaje, de mujer, ensangrentado.) ¿Un pañuelo de encaje?... ¿Un pañuelo de mujer ensangrentado? (Continúa buscando en los bolsillos del abrigo del marido. Suspendido de un guante ensangrentado sale un collar de perlas que cae al suelo.) ¿Qué es esto? ¡Chist!
- MIGUEL ¡Chist!
- MARTA (Sacando otras joyas.) ¡Joyas!
- MIGUEL ¡Cállate!
- MARTA ¿A quién has robado? ¿A quién?... (Fuera de sí, las manos crispadas sobre las joyas.) ¡Canalla! ¡Canalla!
- MIGUEL (Queriendo taparle la boca.) ¡Silencio!
- MARTA (Apartándole con repugnancia.) ¡Que me manchas de sangre! Pero ¿qué es esto? ¿Qué significa esto? ¿Qué has hecho? ¿Has robado estas joyas? ¿Has robado?
- MIGUEL (Con voz apagada.) Sí.
- MARTA ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿A quién?
- MIGUEL ¡Chist! (Silencio. La mirada de don Miguel se fija con terror en la ventana de la izquierda baja.) Escucha... Oigo hablar en la calle, al pie del balcón.
- MARTA (Sujestionada, aproximándose a la ventana. Respiración suspensa. Escuchando.) Oigo voces. Están aquí mismo.
- MIGUEL No hables.
- MARTA ¿Pero tú tienes miedo? ¿Alguien te ha visto? ¿Sabe alguien?...
- MIGUEL No. Nadie. Creo que nadie.
- MARTA (Escuchando.) Parece que se alejan.

- MIGUEL (Mirando por los cristales.) Se alejan...
- MARTA (Después de una pausa.) Se alejan...
- MIGUEL (Cayendo sobre el taburete.) Se alejan...
- MARTA ¿Hay que huir? Di. ¿Hay que huir?
- MIGUEL No. Creo que no.
- MARTA Todo se arregla. Hay dinero. Un automóvil...
- MIGUEL No. Huir es peor.
- MARTA (Maquinalmente.) Huir es peor... (Revolviéndose exasperada.) ¡Canalla! ¡Y vivo yo con «esto»!... ¡Y vivo yo unida a este loco!... Pero di. Di. (Sacudiéndole.) ¿Cómo ha sido? ¿Quién ha sido? ¿De dónde vienes?
- MIGUEL Dame agua. Me sabe la boca a sangre.
- MARTA ¿De quién son estas alhajas? ¿A quién has robado estas joyas?
- MIGUEL (Postrado.) No sé. No me preguntes nada.
- MARTA (Dándole agua.) Habla. Dime... Yo estoy aquí... Soy tan miserable como tú. (Mojando un pañuelo en el vaso y lavándole la mano ensangrentada.) Pero ¿esta sangre es tuya? ¿De dónde vienes? ¿Dónde has pasado la noche?
- MIGUEL En casa del secretario de los Estados Unidos. He cenado con el secretario de los Estados Unidos.
- MARTA ¿Y vienes de allí ahora?
- MIGUEL No.
- MARTA ¿De dónde?
- MIGUEL De casa de Alejandro Botello.
- MARTA ¿Quién es ese hombre?
- MIGUEL No le conoces.
- MARTA ¿Qué has ido a hacer allí?
- MIGUEL Me había invitado a comer.
- MARTA ¿Le has pedido dinero?
- MIGUEL Sí.
- MARTA ¿Te lo ha negado?
- MIGUEL Me ha prometido que mañana... pasado... más tarde...
- MARTA Y estas joyas ¿son de su mujer?
- MIGUEL No.

- MARTA Pues ¿de quién son?
- MIGUEL De su amante.
- MARTA ¿Y tú has ido a casa de su amante?
- MIGUEL Sí. Vive en la misma casa que nosotros vivimos.
- MARTA ¿En el barrio de Salamanca?
- MIGUEL Sí.
- MARTA ¿Ha sido tu amante también?
- MIGUEL No.
- MARTA No me lo niegues. Dímelo todo.
- MIGUEL Te digo que no. Nunca la había hablado. La conocía de vista. De aquí. De Monte-Carlo. Al despedirme me dió una llave. (Sacando del bolsillo del chaleco una llave dorada.) Esta. Dijo que me esperaba a media noche.
- MARTA ¿La llave de su casa?
- MIGUEL La llave de su casa.
- MARTA ¿Y tú has ido?
- MIGUEL He ido a media noche. (Silencio.) Cenamos. Champagne. La tuve en mis rodillas. Después empezó a desnudarse; se quitó los pendientes, los anillos, un collar de perlas... Lo guardó en la arquilla, sobre el tocador. Yo seguía sus movimientos.—Que la esperase un momento, que volvía en seguida.—Desapareció detrás de una cortina verde. Quedé solo. Una atracción diabólica... La letra falsa que vence de aquí a tres días... La arquilla abierta... Saqué las perlas... Salió otra joya prendida. Cayó en el mármol... El portier corrióse. Apareció ella. Quiso gritar: la eché las manos al cuello. Quiso gritar más: la tapé la boca. Quiso gritar más aun: sobre la mesa vi un cuchillo...
- MARTA (Retrocediendo.) ¡Horror!
- MIGUEL (Con el gesto del que hiera.) ¡Hundí! ¡Hundí! ¡Hundí!
- MARTA (Los ojos fijos en Miguel, retrocediendo aun, con voz ahogada.) ¿La mataste?

- MIGUEL ¡ Sí !
- MARTA (Mirándole siempre, con voz inarticulada.) ¡ Asesino ! ¡ También asesino !
- MIGUEL (Avanzando.) ¡ Silencio !
- MARTA Te faltaba eso : asesino. (Huyéndole en un gesto de repugnancia.) ¡ No ! ¡ No te acerques a mí ! ¡ No te acerques !
- MIGUEL ¡ Marta !
- MARTA Todo lo he soportado. ¡ Todo ! Los mayores ultrajes, las mayores humillaciones, las mayores infamias. Me ha salpicado tu fango, me has vendido a tus amigos...
- MIGUEL (Amenazándola.) ¡ Calla, que 'me pierdes !
- MARTA Pero sangre, sangre, no. (Retrocediendo.) ¡ Quítate ! ¡ Me das horror ! ¡ Me das asco !
- MIGUEL Calla. Nadie lo sabe... Nadie lo sabrá.
- MARTA ¡ No !
- MIGUEL Ella está muerta. No tengas miedo. Arrastré el cadáver hasta su cuarto. Apagué las luces. Ningun criado me vió. Nadie me vió entrar.. No me vió salir nadie. No queda allí ningún vestigio de mí... Nada que... (Suspendiendo, en una expresión de angustia horrible, y corriendo hacia el sofá donde dejó el frac.) ¡ Ah !
- MARTA (Siguiendo los movimientos desde lejos.) ¿ Qué ?
- MIGUEL (Buscando febrilmente en los bolsillos del frac.) ¡ Estoy perdido ! Mi cartera. ¿ Dónde está mi cartera ?
- MARTA (Aproximándose.) ¿ Tu cartera ?
- MIGUEL ¿ No está en el frac ? Mira si la encuentras. (Buscando él también.) Tal vez en el abrigo...
- MARTA ¿ No has pagado el coche ?
- MIGUEL No. He venido a pie.
- MARTA (Buscando por los bolsillos, por el cuarto.) No está en el abrigo. ¿ Estás seguro de que la llevabas ?
- MIGUEL Segurísimo. Cuando fui al Círculo la te-

nía. La tuve en mis manos. Estoy seguro ...

MARTA ¿No la sacaste del bolsillo, allí?

MIGUEL No... no sé...

MARTA Haz memoria.

MIGUEL Unicamente si me cayó... Me cayó... Me cayó, seguramente. Cuando me incliné para arrastrar el cadáver. (Cayendo anonadado en el sofá, la mirada inmóvil, el rostro pálido.) Dejé allí la cartera. ¡Perdido!... ¡Estoy perdido!...

MARTA ¿Qué hacemos?

MIGUEL (Perplejo.) No sé... No sé...

MARTA ¿No sabes? (Imperiosamente.) ¡Ve a buscarla inmediatamente!

MIGUEL ¿Yo?

MARTA (Ayudándole a poner el pardesú.) Ponte el abrigo. Toma la llave. Un automóvil. No hay un momento que perder.

MIGUEL (Dejándose poner el pardesú, como un autómat, la mirada vaga, balbuceando.) No puedo... Yo no puedo volver a aquella casa.

MARTA (Ayudándole a poner el pardesú.) Ponte el abrigo! Vete. Así mismo. Toma una bufanda. (Se la pone al cuello.) Límpiase la sangre que tienes en la cara. Aprisa. Hazlo por los dos. Aun es tiempo.

MIGUEL (Desplomándose en el sofá.) No tengo fuerzas... No tengo valor... No puedo...

MARTA ¡Cobarde! (Corriendo al armario y sacando un abrigo.) ¡Cobarde! ¡Cobarde!

MIGUEL (Siguiéndole los movimientos.) ¡Marta! ¿Qué es eso? ¿Qué vas a hacer?

MARTA (Poniéndose el abrigo.) ¿Es en la misma casa que nosotros vivimos?

MIGUEL Sí.

MARTA (Cubriéndose la cabeza con una echarpe oscura.) ¿En el mismo piso?

MIGUEL Sí.

MARTA ¿Estás seguro que está muerta?

MIGUEL Sí.

MARTA Dame esa llave. (Se la arranca de la mano.) Iré yo.

MIGUEL ¿Tú?

MARTA (Indicando el revólver que ha quedado sobre la mesa, junto al sofá.) Yo. Te dejo el revólver. Si dentro de una hora no he vuelto, te metes una bala en la cabeza. Es lo mejor que podrás hacer. (Sale por el fondo, rápidamente.)

MIGUEL (Viéndola desaparecer, haciendo un ligero movimiento para detenerla y cayendo en el sofá sollozando.) ¡Cobarde!... ¡Cobarde!

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La misma decoración y mise en scene que en el primer acto. Sobre la mesa de laca, los restos de una cena. Heladora con Chain-pagne. Una servilleta ensangrentada. La puerta de cristales que comunica con el comedor, cerrada.

Al levantarse el telón, obscuridad completa. Silencio corto. Ruido seco de una silla que cae. Silencio. Nuevo ruido de una porcelana que se hace añicos. Otro silencio aun. De repente se abre la luz cruda de la araña central. MARTA aparece en la puerta, pálida, la écharpe caída sobre los hombros, una expresión intraducible de pavor en el semblante, la mano izquierda en el interruptor eléctrico y la derecha defendiendo sus ojos de la luz intensa y súbita. Otra vuelta al interruptor. La luz se apaga. Avanza. Encuentra el interruptor de la izquierda baja. Se encienden las dos lámparas encarnadas que están a ambos lados del marco del trenió Luis XVI. Es una luz dulce, velada, que esparce por la sala encantos de penumbra. Marta lanza una mirada en derredor.

MARTA Nadie. (Se orienta. Va derecha a la mesa. Busca nerviosamente. Encuentra la servilleta ensangrentada. La coge con repugnancia y la esconde detrás de un mueble. Busca en el sofá, en el "couch-corner", sobre la alfombra, por todos lados. No encuentra la cartera. El rostro se le contrae. Sus movimientos vuélvense progresivamente agitados; se la siente la respiración opri-

mida.) La cartera no está aquí. Debe estar en el cuarto de la muerta. (La cortina verde la atrae. Ve luz. Adivina luz, allí dentro. La idea de encontrar el cadáver retrata el pavor en su rostro.) Pero... no hay más remedio. (La mano se le crispa al coger el terciopelo verde. No tiene valor para correr la cortina. Da media hora en el reloj de bronce que está sobre el tremó; las dos y media.) ¡El tiempo vuela! (Nueva tentativa para entrar en el cuarto. Retrocede.) ¡No puedo! (En esto, oyense puertas que se cierran, fuera. Corre al interruptor de la izquierda baja y apaga la luz. Oscuridad. Los cristales de la puerta del comedor se iluminan vagamente. Una claridad movediza palpita al fondo. Oyense voces de mujer cuchicheando.) Hay que tomar una resolución. (La cortina se aparta. El bulto espavorido de Marta entra en el cuarto iluminado. Se entrevé un momento el cadáver. La cortina verde cae pesadamente. Dos criadas aparecen en la puerta encristalada del fondo izquierda. Una de ellas lleva en la mano una bujía encendida.)

CRIADA 1 Yo no oí nada.

CRIADA 2 Yo sí.

CRIADA 1 ¿Ves? La señorita ya está acostada.

CRIADA 2 No faltaba más. A estas horas...

CRIADA 1 Pero ¿qué es lo que has oído?

CRIADA 2 Ruido.

CRIADA 1 ¿Qué ruido?

CRIADA 2 (Levantando una silla que está caída al lado de la puerta del fondo.) Mira. Fué esta silla que cayó.

CRIADA 1 Esto es que el señorito ha entrado ahora.

CRIADA 2 (A la primera, que tropieza con una alfombra.) ¡Chist!

CRIADA 1 (Viendo en el suelo la porcelana rota.) Han roto este jarro.

CRIADA 2 Es el señorito que ha vuelto.

CRIADA 1 Naturalmente estaba... (Completa la frase con el gesto.)

CRIADA 2 Hace un momento me ha parecido oír gritar...

CRIADA 1 Yo no he oído nada.

- CRIADA 2 (Dejando la vela sobre la mesa.) Han estado cenando.
- CRIADA 1 Es verdad.
- CRIADA 2 (Bebiendo el resto de una copa de Champagne.) ¡Chica!... Champagne.
- CRIADA 1 Eran dos, por lo visto.
- CRIADA 2 ¿No te han llamado a servirles?
- CRIADA 1 Pues te digo que el que ha entrado ahora no es el señorito.
- CRIADA 2 Eso es que ha salido.
- CRIADA 1 Naturalmente ha salido.
- CRIADA 2 (Dirigiéndose a la derecha baja.) No han cerrado los postigos.
- CRIADA 1 Es mejor no cerrarlos: harías ruido.
- CRIADA 2 ¿La señorita estará sola?
- CRIADA 1 Puede que no.
- CRIADA 2 Preguntémosle si quiere algo.
- CRIADA 1 ¿Y si está alguien con ella?
- CRIADA 2 No siendo el señorito, ¿quién ha de ser?
- CRIADA 1 (Bajando a escuchar pegada a la cortina.) ¡Vaya! Si yo tuviera un duro por cada vez que...
- CRIADA 2 Trae la luz.
- CRIADA 1 (Escuchando.) No se mueven.
- CRIADA 2 (Bajando nuevamente y aproximándose a la izquierda baja.) ¡Chist!
- CRIADA 1 ¿Oyes?
- CRIADA 2 Escucha.
- CRIADA 1 ¿Oyes algo?
- CRIADA 2 ¡Chist!
- CRIADA 1 ¿Qué hay?
- CRIADA 2 Está despierta.
- CRIADA 1 Esto es que el señorito no ha salido.
- CRIADA 2 (Escuchando aun.) Parece que está levantada.
- CRIADA 1 Pregúntale si desea algo.
- CRIADA 2 Pregúntale tú.
- CRIADA 1 Tanto da.
- CRIADA 2 Tal vez no le guste.
- CRIADA 1 (Llamando, junto al portier, con voz natural.) ¡Señorita!
- CRIADA 2 ¡Chist!
- CRIADA 1 (Después de un silencio.) No responde.
- CRIADA 2 Pues te digo que está despierta.

CRIADA 1 (Llamando de nuevo.) ¡Señorita!

CRIADA 2 Es que tiene alguien.

CRIADA 1 ¡Cállate!

CRIADA 2 (Después de un silencio.) No responde. ¿Quiere usted algo, señorita? (Insistiendo.) Señorita...

MARTA (Respondiendo desde dentro.) No.

CRIADA 2 ¡Chist! Coge la luz.

CRIADA 1 (Yendo a buscar la luz que quedó encima la mesa de laca.) Ese que está ahí... no es el señorito.

CRIADA 2 (Saliendo por el fondo izquierda.) Ahora ya pueden hacer el ruido que quieran. Lo que es yo no me levanto.

CRIADA 1 (Desapareciendo detrás de la puerta del comedor.) Yo tampoco. (La claridad de la vela oscila aun entre los cristales, fluctúa, desaparece. Oscuridad. Se ve moverse la cortina verde. Marta sale, con la cartera en las manos, la expresión transfigurada. Abre la luz de las lámparas del tremó. Examina la cartera, hojea febrilmente, a ver si falta algo. Se arregla la "écharpe". Mira el reloj. Va a salir... De repente la puerta del fondo ábrese. Aparece ALEJANDRO BOTELLO con el pardesú sobre el hombro, el sombrero de copa ladeado hacia atrás, tarareando un motivo de ópera. Cierra la puerta. Da una vuelta al interruptor. La luz de la lámpara se enciende. Las piernas le vacilan. Resbala sobre el "couch-corner". El sombrero rueda por la alfombra. Continúa tarareando.)

ALEJAN. Parece que no he echado la llave. (Se levanta. Cierra la puerta del fondo. Se mete la llave en el bolsillo. Se echa de nuevo en el "couch-corner". Se fija en Marta que, instintivamente, después del primer momento de espanto, quiere escurrirse entre los muebles.) Lolotte. ¿Aun estás levantada? ¿No te has acostado? ¿Me esperabas? ¿Quién te ha dicho que iba a volver? He bebido mucho coñac en el Círculo. Un coñac detestable. ¿Quién te ha dicho que pasaría la noche contigo? (Pausa.) ¿Eh? (Pausa.) Mi mujer no me deja dormir. Se levanta de madrugada para ir a misa.

Cuantos más amantes tiene más misas oye. (Fijándose en la figura de Marta inmovilizada) Ven acá. ¿Qué vestido te has puesto? (Silencio.) ¿Ibas a salir a estas horas de noche? (Se levanta.) ¿No oyes? ¡Lolotte! (Las piernas le flaquean.) ¿No respondes? (Se dirige hacia Marta, que permanece de espaldas.) ¿Por qué no me contestas? (La vuelve bruscamente de cara.) Lolotte. (Mirándola.) ¡Ah! ¿Quién eres? ¿Dónde está Lolotte? (Se dirige a la derecha baja.)

MARTA (Deteniéndole.) Ha salido.

ALEJAN. ¿Ha salido? ¿Dónde ha ido? (Dudando y mirándola de hito en hito.) ¿Pero tú no eres Lolotte? ¿Estás segura de que tú no eres Lolotte? Yo no estoy tan borracho que... (La coge para mirarla mejor.) ¿No eres Lolotte? Pero ¿quién eres?

MARTA ¡Silencio! Soy una mujer que te esperaba.

ALEJAN. Eres una mujer que no conozco.

MARTA ¡Cállate! Es indispensable que nadie nos oiga. Escucha bien. Lolotte se ha fugado. ¿Entiendes? Se ha fugado. Ahora mismo. En un automóvil.

ALEJAN. ¿Lolotte?

MARTA Habla bajo. Es preciso que lo sepas todo. Se ha fugado con un hombre.

ALEJAN. ¿Lolotte se ha fugado?

MARTA Y ese hombre...

ALEJAN. (Violento.) ¿Quién es ese hombre?

MARTA Es mi marido.

ALEJAN. ¿Tu marido? ¿Pero quién eres?

MARTA ¡Una mujer que quiere vengarse! ¡Traición por traición! ¡Amante por amante! (Aproximándose, apartando la "écharpe" y escondiendo la cartera en el pecho.) Mirame. Soy más hermosa que ella. Aquí me tienes.

ALEJAN. ¡Mientes! Lolotte no se ha fugado. (Yendo a precipitarse hacia la izquierda baja.) Lolotte está allí dentro.

MARTA (Cortándole el paso.) ¡No! Allí dentro no hay nadie.

ALEJAN. Pues yo veo luz. Veo luz allí, debajo la cortina.

MARTA ¡Pero si te digo que allí dentro no hay nadie!

ALEJAN. Pues ¿qué luz es aquella?

MARTA (Deteniéndole.) Es ilusión de tus ojos. No hay luz alguna.

ALEJAN. ¡Déjame! Lolotte está allí dentro. Yo sé que Lolotte está allí dentro.

MARTA (Luchando.) ¡No!

ALEJAN. ¡Apártate, o te estrangulo!

MARTA (Soltándosele de las manos en un movimiento de recurso y de audacia y señalando la cortina verde.) ¿Dudas? Mira. Levanta esa cortina. Anda, mira.

ALEJAN. (Cayendo sobre una silla, abatido, ante la actitud imperiosa de Marta.) ¡Lolotte! (Reaccionando en un momento de lucidez.) Pero ¿cómo sabes tú que ella huyó? ¿Cómo has entrado en esta casa? Yo estoy entorpecido por el coñac, pero no estoy borracho. (Precipitándose hacia un timbre eléctrico.) -Voy a llamar.

MARTA ¡Eso no!

ALEJAN. Voy a llamar a los criados.

MARTA ¡No llames!

ALEJAN. Quiero saber quién eres.

MARTA ¡Cállate, que me pierdes!

ALEJAN. (Cogiéndola por un brazo.) ¿Cómo has podido entrar en casa?

MARTA ¡Déjame! (Nerviosamente, en una catapulta de palabras.) Yo te diré quien soy. Te lo diré todo. No llames a nadie. Soy una mujer casada. Estoy perdida si me encuentran aquí. Llamar, ¿para qué? ¿Qué daño puedo hacerte? ¿Qué recelo puedes tener de mí? Estoy sola. Estoy en tus manos. (Gesto de Alejandro.) Espera... No me interrumpas... Te lo diré todo. Dame de beber. (Alejandro bebe.) La boca me arde. Esto es una locura. Una gran locura. ¿Sabes lo

que me trae aquí? Los celos. Lolotte se ha fugado con el hombre que era toda mi vida. ¿Entiendes? Les he sorprendido. Huyeron.

ALEJAN. (Sentado y bebiendo.) ¡Lolotte!

MARTA Me he quedado expresamente. Sabía que vendrías. Me he quedado. Para vengarme. ¿Oyes? Para vengarme.

ALEJAN. (Bebiendo, lacrimoso.) ¡Lolotte! ¡Lolotte!

MARTA Soy tuya. Aquí me tienes. (Seduciéndole.) Quiero beber contigo, en tus rodillas. (Sentándose en las rodillas.) Haz de mí lo que quieras. Quiero que ella me encuentre en tus brazos cuando vuelva.

ALEJAN. ¿Volverá? ¿Tú sabes si volverá?

MARTA Mírame. ¿Qué te importa Lolotte? Mírame. (Desabrochándose el abrigo.) ¿No es verdad que soy más hermosa? ¿No sientes el perfume de mi carne? Ahora tu amante soy yo. ¿Oyes? Soy yo. ¿Qué te importa la otra? Quiero aturdirme. Quiero aturdirte. (Echando coñac en la copa de Champagne.) Bebe. Bebe más.

ALEJAN. Pero, ¿quién eres? ¿Cómo te llamas? (Apartándola para contemplarla mejor.) Quiero verte bien.

MARTA Soy una mujer que está perdida.

ALEJAN. (Desabrochándole el abrigo.) Vas casi desnuda.

MARTA Es para que me beses mejor.

ALEJAN. (Tocándola voluptuosamente.) Tienes los hombros desnudos.

MARTA ¡Bésame!

ALEJAN. (La besa.) Tu boca arde.

MARTA Es de la fiebre.

ALEJAN. (Queriendo levantarse de la silla maple donde se sentó y debatiéndose, las manos trémulas, la faz bestializada.) Ayúdame a levantar.

MARTA (Impidiéndoselo blandamente.) No.

ALEJAN. No puedo. Ayúdame a levantar. (En una súplica, cada vez más alcoholizado.) ¡Lolotte!

MARTA No. Bebe. (Le da más coñac.) Reclina la cabeza sobre mi pecho. No pienses. No

hables. ¿Quieres que te dé Champagne con mi boca? (El reloj da las tres.) ¡Las tres! (Redoblando la excitación.) Bebe. ¿Qué te importa Lolotte? ¿Ves como yo estoy alegre? (Riéndose nerviosamente.) ¿Ves cómo me río? ¡Más Champagne! ¡Bebe, bebe más!

ALEJAN. (En un resto de lucidez.) Yo no sé aun quién eres.

MARTA ¿Qué te importa?

ALEJAN. Ya he sentido este perfume.

MARTA ¡Bebe!

ALEJAN. Déjame ver tus ojos.

MARTA ¡Bebe!

ALEJAN. (Sensualmente.) Los hombros de Lolotte son bellos, pero los tuyos lo son más. (Levantándose cogido a ella.) Ven. Vamos... En ese mismo cuarto...

MARTA No. (Echándole encima de una silla.) Aun no. (Dándole más coñac en su misma copa.) Primero bebe. Bebe más. Dame Champagne.

ALEJAN. (Mordiéndole en un hombro hasta hacerle sangre.) ¡Te quiero!

MARTA ¡Déjame! ¡Me has mordido! ¡Déjame!

(Una manchita de sangre se dibuja en el hombro izquierdo de Marta. Alejandro resbala en el maple.)

Ya no puedes moverte. Estás borracho.

ALEJAN. (Ronco, la voz apagada.) ¡Lolotte! ¡Me han matado! (Queriendo levantarse.) Levántame de aquí.

MARTA Ya no puedes gritar.

ALEJAN. ¡Lolotte!

MARTA Dame la llave de aquella puerta. (Se la busca en el bolsillo.)

ALEJAN. (Cogiéndole el brazo en ademán de pavor.) ¿Quieres robarme?

MARTA ¡Suelta la mano!

ALEJAN. ¿Has venido a robarme?

MARTA ¡Suelta la mano o te muerdo!

ALEJAN. ¡Ladrona! (Luchan. Alejandro se levanta, los ojos inyectados; Marta se deshace de él, lo echa de bruces sobre la alfombra.) ¡Ah!

MARTA

(Arrancándole la llave.) ¡ Por fin !

ALEJAN.

(En un grito ahogado.) ¡ Socorro !

MARTA

(Mirando el reloj.) ¡ Las tres !

ALEJAN.

¡ Lolotte !

MARTA

(Cerciorándose de que la lleva.) La cartera...

ALEJAN.

¡ Socorro !

MARTA

(Saliendo por el fondo.) ¡ Dios mío !... ¡ Si será tarde !

ALEJAN.

(De bruces en la alfombra, inmóvil, con gritos ahogados y casi inarticulados.) ¡ Lolotte !... ¡ Lolotte !...

TELÓN

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

Smoking-room de uno de los más lujosos hoteles de Niza. Es de noche. Araña de cristales, encendida. Decorado Luis XV. Al fondo derecha, galería de cristales; se ve la Promenade des Anglais, los hoteles, chalets, el Casino de la Jetée, iluminado. Al fondo izquierda, puerta que comunica con el hall. A la derecha alta, puerta de acceso al comedor. A la izquierda, biombo de cristales limitando un recanto confortable; sofá, mesita con horarios, prospectos, anuncios de hoteles. Baedeker, etcétera. Muebles de estilo.

Acabó la comida. Se oye el sexteto aun. Pasan de la derecha alta hacia el fondo izquierda, mujeres escotadas, caballeros de frac, ingleses delgados y tiesos, cocottes haut-tarifées, turcos con su fez encarnado; Lord Cosmos bajo todos sus aspectos. Criados. DON MIGUEL entra por la derecha alta. Una figura, un tipo esbelto de mujer rubia, ricamente vestida, se levanta del sofá, se arregla el cabello en el espejo de un tremó y sale por la izquierda baja con un libro en la mano.

MIGUEL (Al Chasseur.) ¿Qui est cette dame blonde, fine? (1)

*¿Quién es esta rubia tan mona?

CHASSEUR (Solemne, a Miguel, que se sienta a escribir a la mesa de la izquierda baja.) C'est une cocotte, monsieur le comte.

*Es una cocotte, señor conde.

(1) El actor puede dialogar en castellano, si lo prefiere.

- BARROW (Inglés elegante, una orquídea desangrándose en el frac, levemente tocado de Champagne, persiguiendo a Marta.) What a beauty.
- MARTA (Huyéndole.) ¡Oh! ¡Mais c'est trop fort, par exemple! *¡Oh! ¡Qué pesado!... ¡Es insoportable! (Bajando al encuentro de Miguel, que escribe.) Este inglés no me deja. ¿No vienes a tomar café?
- MIGUEL No.
- MARTA ¿A quién escribes?
- MIGUEL Al marqués de Mora?
- MARTA ¿Quién es ese marqués de Mora?
- MIGUEL (Dejando de escribir.) Aquel belga insolente que ayer te hacía la corte en el Casino.
- MARTA ¿Vas a pedirle explicaciones?
- MIGUEL Voy a pedirle quinientos luises.
- MARTA (Viendo a Barrow que se acerca y se sienta plácidamente en el sofá de la derecha baja.) ¿No me dirás quién es este inglés
- MIGUEL Sí. Es Sir Jhon Barrow. Millonario. Viene todos los años a pasar la «saison» en Niza.
- MARTA ¿Se creerá que soy una cocotte?
- MIGUEL Para él todas las mujeres son cocottes.
- BARROW (Se levanta, atraviesa la escena y se dirige a la mesa donde Miguel escribe.)
- MARTA Si me dice alguna impertinencia, le abofeteo.
- BARROW (Cogiendo el Bædeker de encima la mesa, con un cumplimiento seco.) Please. (Marchándose.) Thank you.
- MARTA (Viéndole alejarse.) Es original.
- MIGUEL Es inglés. (Marta sigue con la vista al inglés, que va nuevamente a sentarse en el sofá de la derecha. Lleva una orquídea hermosísima en el frac.)
- MIGUEL ¿Sabes cómo le llaman las cocottes de Niza y de Monte-Carlo? El inglés de las medias verdes. Cuando una mujer le gusta, le manda un cheque de trescientas libras esterlinas dentro de un par de medias de seda verde.
- MARTA ¿A las cocottes?

- MIGUEL A todas.
- MARTA ¿Y no ha habido ninguna que le tirara las medias a la cara?
- MIGUEL (Cerrando la carta.) Las medias, tal vez. El cheque, lo dudo.
- MARTA ¿Vamos al Casino? Quiero jugar.
- MIGUEL Vamos.
- MARTA ¿Al Olimpia?
- MIGUEL A la Jetée. Oiremos a Kubelik. ¿Quieres que mande por el abrigo?
- MARTA No. Subiré a mi cuarto. Tal vez me cambie el vestido. (Haciendo un movimiento para retirarse y deteniéndose.) ¿Y dinero?
- MIGUEL ¿Dinero?
- MARTA (Viendo que el inglés se levanta.) ¿Qué apuestas a que el inglés se viene detrás de mí?
- MIGUEL Juega con el dinero del inglés.
- MARTA (Saliendo por el fondo izquierda, con una expresión de tedio.) Es una buena idea.
- BARROW (A Marta, siguiéndola respetuoso.) Dis-pen-se-me, señorra.
- MIGUEL (Llamando al Chasseur.) Max.
- CHASSEUR Monsieur.
- *Señor conde.
- MIGUEL (Dándole una moneda de oro.) Tenez.
- *Tome usted.
- CHASSEUR Un louis d'or. Merci, monsieur le comte.
- *Gracias, señor conde.
- MIGUEL Est-ce qu'il y a beaucoup d'espagnols a l'hotel?
- MIGUEL Est-ce qu'il y a beaucoup d'espagnols a l'hotel?
- CHASSEUR ¿Espagnols? Je crois qu'il y en a, oui, monsieur le comte. (Sacando un pequeño carnet de bolsillo.) Je vais vous le dire.
- *¿Españoles? Creo que sí, señor conde.
- *Se lo diré al señor conde con toda seguridad. (Leyendo.) Madame la Duchesse de Chernoy... Lord Douglas, Feld-marecal et coetera... Madame la comtesse de Montigny... Le prince Imhoff... La bella

- Otero... José Nabuco da Costa. C'est ça, Pernambuco.
- MIGUEL C'est un brésilien.
*Este es un brasileño.
- CHASSEUR Ah, oui. C'est un brésilien. *Ah, sí. Es un brasileño. (Leyendo.) Monsieur le Marquis de Noailles... Monsieur de Rothschild... Joao Pereira de Carvalho, Lisboa.—Voilà. Un espagnol. *Un español.
- MIGUEL Ce n'est pas un espagnol. C'est un portugais.
*Este no es un español. Es un portugués.
- CHASSEUR Ah ! Bah ! Ça se touche. Des portugais, des espagnols...
*¡ Ah ! Bueno. Está cerca. Es lo mismo.
*Portugueses, españoles...
- MIGUEL Ce n'est pas tout a fait la même chose.
*¡ Qué ha de ser lo mismo, hombre !
- CHASSEUR Les portugais ne sont pas des espagnols, vous dites, monsieur le comte ? C'est drôle ça, tout de même, monsieur le comte.
*¿ Los portugueses no son españoles, señor conde ? Es curioso. (Continuando a leer alto.) San Marino... Sir Joe Chamberlain... Juan Rendufe, Madrid.
- MIGUEL ¿ Rendufe ? Faites voir.
*¿ Rendufe ? Deje ver.
- CHASSEUR (Entregándole el carnet.) Pardon. C'est un compatriote à vous, alors ?
*¿ Un compatriota del señor ?
- MIGUEL Oui. C'est un espagnol. Un ami. (Devolviéndole el carnet.) *Sí. Este es español. Un *amigo íntimo. Est-ce qu'il est descendu seul à l'hôtel ? *¿ Está solo aquí ?
- CHASSEUR Non, monsieur. Acompagné.
*No, señor. Acompañado.
- MIGUEL (Con interés.) Acompagné ?
*¿ Acompañado ?
- CHASSEUR D'une dame.
*De una señora de edad.
- MIGUEL Ah ! D'une dame...
*Perfectamente...

CHASSEUR (Cerrando el carnet y guardándoselo en el bolsillo.)
Et c'est tout, monsieur le comte.

*Nada más, señor conde.

MIGUEL Merci. (Dándole la carta que acabó de escribir.)
Portez cette lettre à monsieur le marquis de Mora.

*Gracias. Haga usted que lleven en se-
*guida esta carta al señor marqués de
*Mora.

CHASSEUR Magestic Palace?

MIGUEL No. Hôtel des Anglais, je crois.

*No. Hotel Inglés.

CHASSEUR Faut il attendre la réponse?

*¿Hay que esperar contestación?

MIGUEL Oui. Si monsieur le marquis n'est pas
chez lui, retournez plus tard le demander.

*Sí. Y si no estuviera en el hotel, que de-
*jen la carta y vuelvan después por la res-
*puesta.

CHASSEUR Compris, monsieur le comte. *Compren-
*dido, señor conde. (Haciendo ademán de re-
tirarse.) Pardon. (Viendo a Rendufe que asoma por
la derecha alta y anunciando.) Monsieur Ren-
dufe.

MIGUEL (Yendo a su encuentro.) ¡Hola, Juan!

RENDUFE (Estrechándole la mano.) Ya sabía que estaba
usted en Niza.

MIGUEL Yo lo he sabido hace un momento por el
«chasseur».

RENDUFE Le he visto pasar en auto esta mañana.
Por el Boulevard Carabacel. Supuse que
estaba usted en el «Cosmo» o en el «Pa-
lais Royal».

MIGUEL No. Estoy aquí.

RENDUFE ¿Ha venido usted solo?

MIGUEL Con mi mujer.

RENDUFE ¿Marta está bien?

MIGUEL Bien, gracias. Ha ido por el abrigo. Va-
mos al Casino.

RENDUFE ¡Cómo se va a alegrar mi madre cuando
sepa que se ha traído usted a Marta!

MIGUEL ¿Ha venido con usted la vizcondesa?

- RENUFE Sí ; se ha empeñado en acompañarme.
- MIGUEL Tendré el placer de besarla la mano. (Sentándose.) Y usted, querido Juan, ¿cómo está?
- RENUFE Enfermo. Fui a Suiza a curarme. Di una vuelta por Italia. Después Mónaco, Niza... Estoy desanimado.
- MIGUEL Le veo un poco pálido...
- RENUFE Una neurastenia atroz. Hasta he pensado meterme una bala en la cabeza.
- MIGUEL (Indiferente.) ¿Quién? ¿Usted?
- RENUFE Es el fin que me espera. El doctor Combe me habló de enfermedad de la médula... Los médicos siempre se equivocan. (En otro tono, como si quisiera sustraerse a una idea fija que le obsesiona.) ¿Ustedes pasan aquí mucho tiempo?
- MIGUEL Toda la temporada.
- RENUFE Yo me quedaré aun dos o tres días. Por complacer a mi madre. Mucha luz, mucho ruido. Todo esto me enerva. Me he levantado de la mesa porque me faltaba aire.
- MIGUEL Una crisis pasajera. No son viajes lo que usted necesita. Es reposo.
- RENUFE No lo crea usted. Aquí hay causas morales. Me impresionó mucho la desgracia de Lolotte. Pobre Lolotte.
- MIGUEL (Distraído.) Ah, sí... Lolotte...
- RENUFE ¡Quién nos lo había de decir cuando estuvimos allí aquella noche!...
- MIGUEL Es verdad. Quien lo había de decir. (Mutando de conversación.) ¿La señora vizcondesa se ha retirado a descansar?
- RENUFE No. Mi madre es fuerte. Está acostumbrada a viajar. No había estado en Niza hacía a lo menos veinte años. Lo ha encontrado todo cambiado. La Promenade des Anglais... Los avestruces le han gustado una barbaridad... ¿Sabe usted quién nos ha acompañado en esta vuelta por Suiza? Alejandro Botello,

- MIGUEL. (Inquieto.) ¿Alejandro Botello?
- RENDUFE. Conseguí traerle con nosotros. Usted no puede imaginarse el estado de espíritu de ese desgraciado. Estuvimos en Laussanne.
- MIGUEL. ¿Ahora está en París?
- RENDUFE. No. Se ha venido con nosotros. Está en Niza.
- MIGUEL. (Levantándose.) ¿Alejandro Botello está en Niza?
- RENDUFE. Sí.
- MIGUEL. ¿En este hotel?
- RENDUFE. No. En el «Riviera Palace». Un poco incómodo, porque está fuera de la ciudad. Pero no había aquí más que los aposentos: uno para mi madre y otro para mí. ¿Quiere que le hable francamente? No me ha gustado dejarle solo. Ese acabará como yo. Con un tiro en la cabeza.
- MIGUEL. ¿Pero Alejandro Botello no estaba seriamente comprometido en el asesinato de Lolotte? Es un alcohólico...
- RENDUFE. ¡Eso fué una infamia! Se probó que el móvil del crimen fué el robo. Faltaron joyas. Las criadas están presas. Pero se sospecha que hay una mujer misteriosa. ¿Ha leído usted los diarios de Madrid?
- MIGUEL. (Con afectada indiferencia.) No. Yo vivo casi siempre en el extranjero. Lo que pasa en Madrid me interesa poco.
- CHASSEUR. (Aproximándose.) Pardon. Monsieur le marquis de Mora, n'est pas chez lui.
*Señor conde: el señor marqués de Mora
*no está en casa.
- MIGUEL. (Bajito al Chasseur.) Montez vite. Au premier, 42. Dites à madame la comtesse que je lui prie de ne pas sortir de sa chambre.
*Bien. Suba usted inmediatamente al
*primero, número 42, y dígame usted a la
*señora que no salga de la habitación
*hasta que yo suba.

CHASSEUR Oui, monsieur le comte.

*En seguida, señor conde.

MIGUEL Allez vite. Dépechez vous. *Vaya usted *aprisa. Y vuelva pronto. (Volviéndose hacia Rendufe.) Con que ¿Alejandro Botello está en el «Riviera Palace»?

RENDUFE Sí. Hoy está convidado a comer con nosotros.

MIGUEL ¿Aquí, en el hotel?

RENDUFE Aquí mismo. Le he dejado en la mesa con mi madre. Ya le verá usted. Después de la muerte de Lolotte ha tomado horror al coñac. A pesar de ello, cada día está más tembloroso. ¿Sabe usted lo qué es esto? Aristocracia. Fin de raza. Es el mal de todos nosotros: el mío, el suyo, el de usted... Estamos liquidados. (Sacando la cigarrera y ofreciendo.) Fume usted un pitillo.

MIGUEL Usted me dispensará si le dejo un momento. Soy pronto con usted, Rendufe. (Dirigese al fondo y se encuentra con la VIZCONDESA y con ALEJANDRO BOTELLO que entran por la derecha alta.)

¡Oh! señora vizcondesa...

VIZCON. ¡Hola, Miguel! Es preciso ir a Francia para verle a usted.

MIGUEL Francia es el salón donde recibo mis visitas, querida Vizcondesa.

VIZCON. Venga usted acá, venga usted acá. ¿Qué cuenta de nuevo? ¿Cuántas veces se ha batido en duelo?

MIGUEL Las indispensables para aun estar vivo. Estaba lejos de pensar que iba a tener el gusto de besar su mano, señora Vizcondesa. (Saludando a Alejandro.) Hola, querido Alejandro.

ALEJAN. Ya sabía por Rendufe que le teníamos a usted en Niza. Lo celebro.

VIZCON. Venga usted a tomar una taza de thé con nosotros. (A Alejandro.) No lo deje marchar, Alejandro. (A Rendufe, que le da el brazo y la acompaña al recanto enristalado.) ¿Has man-

dado por el auto que ha de llevarnos al Casino?

RENDUFE Aun no ha llegado. (A un criado que se acerca.) Faites servir du thé.

*Haga servir el the.

MIGUEL (A Alejandro.) Estaba a punto de ir a visitarle. Está en el «Riviera Palace», ¿no es verdad? Crea usted que le acompaño de todo corazón en sus pesares.

ALEJAN. Muchas gracias. (Estrechándole la mano, conmovido.) He pasado por unos trances espantosos, amigo mío. Se han dicho de mí las mayores infamias. Que yo era un alcohólico peligroso; que fui yo quien la mató; que estaba en el extranjero para huir de la justicia... ¡Y hubo quien creyó todo eso!

MIGUEL ¿Aun no se ha descubierto al autor del crimen?

ALEJAN. Aun no.

MIGUEL ¿Qué hace la policía?

ALEJAN. Solo existe una persona capaz de descubrirle. Yo.

MIGUEL ¿Usted?

VIZCON. (Cuando el criado viene a servir el thé.) Aquí tiene usted su taza, Miguel. (Sirviéndole azúcar.) Ya no me acuerdo si es usted muy goloso. Como que usted huyó de nuestra casa de Madrid, no he tenido más remedio que venirle a ofrecer thé en Niza...

MIGUEL (Excusándose.) Muchas gracias, señora Vizcondesa... Si me permite usted...

VIZCON. No se lo permito, no, señor. Tome usted. Le habrán chillado seguramente los oídos. Durante toda la comida estuve hablando de usted... De lo malo que es usted...

MIGUEL Beso a usted la mano, señora Vizcondesa. Durante el corto espacio de una comida, no cabe todo lo malo que se puede decir de mí...

VIZCON. Dije que Miguel no tiene juicio, pero que

en el fondo es un buen chico. Lo único que no le perdono... son los disgustos que ha dado a su mujer. ¿Sabe usted, Alejandro? Conozco de pequeña a la mujer de Miguel. Jugó con mi hija. Me gustaría verla feliz.

MIGUEL Es muy difícil ser feliz a mi lado, señora.

VIZCON. Tiene razón. Es difícil ser feliz una mujer al lado de un hombre (A Alejandro.) Si la conociera usted, Alejandro, vería que Miguel no se la merece. (A Miguel.) ¿Por qué no se ha traído a su mujer?

RENDUFE Marta está aquí, mamá.

VIZCON. ¿Marta está aquí? ¿Con usted? ¿Y usted sin decirme nada?

MIGUEL (Después de una ligera duda.) Se ha recogido a su habitación. Está ligeramente indispuesta.

VIZCON. ¿Está enferma?

RENDUFE ¿Pero no había ido a ponerse el abrigo para ir al Casino?

MIGUEL (Titubeando.) Sí... Si se encontraba mejor. Jaquecas. Nervios. No le ha probado nada este viaje. De manera que mañana mismo nos volvemos a París.

RENDUFE ¿Pero no me ha dicho usted que pensaba quedarse aquí toda la temporada?

MIGUEL (Nervioso y un poco descompuesto.) Usted comprenderá... Si continúa enferma...

CHASSEUR (Acercándose a Miguel.) Madame n'est pas dans sa chambre.

*La señora no está en su habitación.

MIGUEL Madame n'est pas dans sa chambre?

*¿No está en su habitación?

VIZCON. Ha salido de su habitación: ya ve usted. Eso es que está mejor. Me gustaría muchísimo verla.

MIGUEL (Besando la mano de la Vizcondesa.) Pardon...

CHASSEUR (Saliendo con Miguel por el fondo izquierda.) Peut être au Salon des dames,

*Estará en el saloncito de señoras.

- RENUFE ¿Han notado ustedes lo nervioso que se ha puesto Miguel?
- ALEJAN. Sí. Yo también lo he notado.
- VIZCON. Dificultades de dinero. Seguramente ha jugado y ha perdido.
- ALEJAN. O alguna imprudencia que habremos dicho.
- VIZCON. Tal vez...
- RENUFE Nunca se sabe bien cuando se le puede preguntar por su mujer.
- VIZCON. ¿A qué hora empieza el concierto?
- ALEJAN. Se va haciendo tarde. ¿Sabe usted que nunca he oído a Kubelik?
- RENUFE De aquí al Casino es un instante. (A la Vizcondesa.) ¿Quieres que vaya por tu abrigo, mamá?
- VIZCON. No, deja. Iré yo misma.
- MARTA (Entrando por el fondo izquierda, perseguida por el inglés.) Mais je ne vous connais pas, monsieur !
- *; Eso es demasiado ! ; Yo no le conozco *a usted !
- BARROW All right. Je veux précisément faire la votre connaissance.
- *Yo querer precisamente conocerla mucho.
- MARTA (En un movimiento brusco a Sir Barrow, que toma un ramo de orquídeas de la mano de un groom para ofrecérselo a Marta.) Laissez moi tranquille ! C'est assommant, ce type là !
- *; Déjeme usted en paz ! ; Es enfadoso ese tipo !
- VIZCON. (Viendo a Marta y subiendo.) ; Marta !
- MARTA (Yendo al encuentro de la Vizcondesa.) ; Oh, señora Vizcondesa ! (Besándose.) No esperaba tener el gusto de verla por aquí. (Viendo a Renufe.) ; Hola, Juan !
- VIZCON. Tu marido acaba de marcharse. ¿No le has visto? Te anda buscando.
- MARTA No. No le he visto. Me habré cruzado con él. ¿Sabe que están ustedes aquí? Esto

- es encantador, ¿verdad? ¿Cuando han llegado ustedes?
- VIZCON. Anteayer. Venimos de Suiza... Estaremos aquí tres o cuatro días y seguiremos para París, Londres...
- MARTA Me gustaría acompañarles. Adoro las neblinas de Londres.
- RENDUFE Las neblinas de Londres... Una cosa parecida a la música de Wagner. Nos han de gustar por fuerza.
- MARTA (A Rendufe.) ¿Pero a usted no le gusta Wagner?
- RENDUFE ¡Qué ruido! Le debo los dolores de cabeza más caros que he tenido en mi vida.
- VIZCON. (Mirando a Marta.) Pero tú no pareces enferma. Estás magnífica. Rosada...
- MARTA Gracias a Dios nunca me he encontrado mejor.
- VIZCON ¿Y tus jaquecas? Tu marido dice que os vais a París mañana por causa de tus jaquecas.
- MARTA (Sin comprender.) ¿A París?
- VIZCON. (A Alejandro, que se ha fijado en Marta.) Vea usted lo que son los maridos, Alejandro. Quiere ir a divertirse a París y da la culpa a las jaquecas de su mujer.
- RENDUFE (Presentándolos familiarmente.) Alejandro Botello. Marta de Noroña.
- ALEJAN. (Inclinándose.) Señora...
- VIZCON. (Notando la perturbación de ambos.) ¿Se conocían ustedes?
- MARTA (Balbuceando.) No tenía el gusto...
- CRIADO (Apareciendo en el fondo.) L'auto de madame la vicomtesse.
- *El auto de la señora vizcondesa.
- VIZCON. El automóvil. (A Marta.) Ven con nosotros al Casino. Vamos a oír a Kubelik.
- RENDUFE (Sacando del bolsillo del frac un programa del concierto y leyendo.) Tenemos la *Berceuse* de Eimmon. «La Tarantella» de Wieniawsky. Una romanza de Rubinstein. Y la fantasía «Non piu mesta», de Paganini.

- VIZCON. Voy a ponerme el abrigo en un instante.
(A Rendufe.) Dame el brazo, hijo mío.
- MARTA (Subiendo.) Yo la acompañaré, señora Vizcondesa.
- VIZCON. No. De ningún modo. No quiero que te molestes en subir. Vuelvo en seguida a buscarte.
- MARTA Necesito avisar a mi marido.
- RENDUFE (Saliendo con la Vizcondesa del brazo por el fondo izquierdo.) Yo le diré que está usted aquí.
- ALEJAN. (A Marta, después de una pausa.) Si usted lo permite, esperaremos juntos.
- MARTA Como usted quiera.
- ALEJAN. A no ser que le sea molesta mi presencia...
- MARTA De ningún modo.
- ALEJAN. ¿Hace mucho tiempo que está usted en Niza?
- MARTA Vivimos casi siempre en el extranjero.
- ALEJAN. Su marido estuvo hace dos meses en Madrid, ¿no es verdad?
- MARTA Ocho o diez días, nada más.
- ALEJAN. ¿Y usted le acompañaría?
- MARTA Nada más natural que yo acompañe a mi marido.
- ALEJAN. Naturalísimo. (Recogiendo del suelo el abanico que Marta, nerviosa, deja caer de las manos.) ¿Limoges?
- MARTA Limoges.
- ALEJAN. Hermoso abanico.
- MARTA ¿Hace usted colección de abanicos?
- ALEJAN. De abanicos y de... emociones, señora.
(Después de un momento de mirarla insistentemente.) Si me permitiera le haría una pregunta.
- MARTA No me comprometo a responderle.
- ALEJAN. ¿Me conocía usted?
- MARTA No.
- ALEJAN. ¿No se acuerda de haberme usted visto alguna vez?
- MARTA No tengo el menor recuerdo.
- ALEJAN. (Jugando con el abanico y mirándola.) Pues yo

- tengo la impresión de que la conozco a usted perfectamente, señora.
- MARTA. ¿Es por eso que me mira con tanta insistencia?
- ALEJAN. Hay tanta gente parecida.
- MARTA. Efectivamente: hay mucha gente parecida.
- ALEJAN. Y muchas voces también parecidas... (silencio.) Pero si usted no me conoce, ¿por qué se ha turbado al verme?
- MARTA. (Esforzándose por sonreír.) ¿Qué yo me he turbado al verle?
- ALEJAN. Y está ahora mortalmente pálida...
- MARTA. Es usted un visionario...
- ALEJAN. Y sus manos tiemblan sobre las hojas de ese libro.
- MARTA. (Levantándose.) ¡Es usted un impertinente, caballero!
- ALEJAN. Soy un hombre sobre el que pesa la sospecha de un crimen, señora. (Dominándose.) Es natural que la repugnara estrecharme la mano... Es natural también que mi presencia la perturbe...
- MARTA. (Esbozando un movimiento para irse.) Es natural, sobre todo, que yo no pueda escuchar un momento más sus impertinencias... Déjeme usted pasar.
- ALEJAN. (Interponiéndose.) La aconsejo a no transponer aquella puerta.
- MARTA. ¿Por qué?
- ALEJAN. Para evitar un escándalo.
- MARTA. (Con energía.) ¿Y qué me importan a mí sus escándalos? ¿Qué tengo yo de común con usted, caballero?
- ALEJAN. La pido que me atienda, que me oiga un momento. (Con afectada calma.) Usted va a aclararme, seguramente, un hecho misterioso cuya explicación busco en vano hace dos meses. Usted sabe que me acusaron de haber asesinado a mi amante. La noche en que fué cometido el crimen,

cuando entré en su casa, a las dos de la madrugada, estaba allí otra mujer. Venía yo perturbado por el coñac. Pero me acuerdo aun de ella entre los vapores de la embriaguez. Iba casi desnuda: los hombros desnudos... envuelta en un ancho abrigo. (Sigue en la fisonomía de Marta la impresión de sus palabras, jugando inadvertidamente con el abanico de Limoges.) La interrogué. Me dijo que Lolotte se había fugado, en automóvil, con un hombre. Se sentó en mis rodillas. Me ahogó en una ola de perfume. Acabó de emborracharme de Champagne. Quise poseerla. La mordí, la mordí en un hombro hasta que brotó la sangre. Me arrancó del bolsillo la llave de la puerta. Luchamos. Caí entorpecido. Huyó... Cuando desperté, por la mañana, tenía la policía en casa y un cadáver delante de mis ojos. (Aproximándose a ella y mirándola en los ojos.) Responda. ¿Conoce esa mujer?

MARTA No.

ALEJAN. ¡Yo, sí! ¡Es usted, señora!

MARTA (Irguiéndose en un resto de energía.) ¡Salga, salga de aquí!

ALEJAN. ¡Es usted! Y voy a tener la prueba real y verdadera... (Hincando una rodilla en el sofá donde Marta cae, separándole el abrigo y rasgándole los encajes del escote.) ¡Aquí esta la cicatriz de mi mordedura!

MARTA (Debatiéndose en sus brazos.) ¡Miguel! ¡Miguel!

(MIGUEL, que ha entrado por el fondo izquierda, lo comprende todo; saca un revólver del bolsillo y bruscamente, a través del biombo de cristales, dispara. La bala parte; el cristal se hace añicos, cayendo sobre el parquet. ALEJANDRO, herido en pleno cráneo, cae sobre el sofá y resbala al suelo. Gritos. Voces. La sala se llena de gente.)

VOCES Au secours! ¡Au secours! L'assassin!

RENDUFE (Saliendo del fondo izquierda, pálido y abriéndose paso.)
¡ Miguel ! ¿ Qué ha pasado ?

MIGUEL (Señalando a Marta, el escote rasgado, casi desmayada sobre el sofá.) Quiso abusar de mi mujer. Le he matado.

TELÓN

FIN DE LA OBRA

MOLIERE

No. 157

EL AVARO

Comedia en cinco actos y en prosa



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1916

EL AVARO

EL AVARO

COMEDIA EN CINCO ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

MOLIÈRE

TRADUCCIÓN ÍNTEGRA

O. O.



*11-86
no pto.*

BARCELONA

BIBLIOTECA «TEATRO MUNDIAL»

15, Barbará, 15

1915

PERSONAJES

HARPAGÓN, padre de Cleante y de Elisa.

ANSELMO, padre de Valerio y de Mariana.

CLEANTE, hijo de Harpagón, enamorado de Mariana.

ELISA, hija de Harpagón, enamorada de Valerio.

VALERIO, hijo de Anselmo, enamorado de Elisa.

MARIANA, hija de Anselmo, enamorada de Cleante.

FROSINA, mujer de intriga.

MAESTRO SIMÓN, confidente de Harpagón.

SANTIAGO, cocinero y cochero de Harpagón.

LA FLECHA, criado de Cleante.

CLAUDIA, criada de Harpagón.

UN ESCRIBANO.

PEROTE, lacayo de Harpagón.

MAROTO, ídem, ídem.



ACTO PRIMERO

Sala en casa de Harpagón.

ESCENA PRIMERA

VALERIO y ELISA.

VALERIO. Amablè Elisa : después de las seguridades que me habéis dado de vuestra fe, ¿os mostráis melancólica?, y cuando me hallo en el colmo de mi alegría, ¿se redoblan vuestros suspiros? ¿Pudo, acaso, el hacermos vos dichoso, motivaros algún pesar, dándoos el arrepentimiento, a que os empeñó mi tierno amor?

ELISA. Valerio, no : nunca podré arrepentirme de cuanto por vos he hecho. Me siento conducir por un dulce poder, que iguala a mi voluntad y deseos ; mas a deciros verdad, siento inquietud, porque creo amaros más de lo que debiera.

VALERIO. En las bondades que tenéis por mí, ¿qué podéis temer?

ELISA. ¡ Ay de mí ! muchas cosas : los furores de un padre ; los disgustos de una familia ; las censuras del mundo ; sobre todo la poca estabilidad de vuestro corazón ; ese cambio pronto con que los de vuestro sexo suelen pagar los más vivos testimonios de un perfecto amor.

VALERIO. Ese agravio es injusto ; sospechad de mí, bella Elisa, cuanto queráis ; pero no que

os falte a la fe jurada. Para cometer ese delito, es demasiado mi amor; sí, ese amor que durará toda mi vida.

ELISA Todos dicen lo mismo. Los hombres todos usan de esas palabras que desmienten con sus acciones.

VALERIO Ya que son solo las acciones las que nos dan a conocer lo que somos, esperad por ellas a juzgar mi corazón, y no queráis manchar mi opinión con injustos imaginados crímenes. No me asesinéis con la sensible sospecha, pues para convenceros pretendo daros mil pruebas de la honestidad de mi afecto.

ELISA ¡Ay! con qué facilidad nos dejamos persuadir por las personas que nos aman. Valerio, creo a vuestro corazón incapaz de abusar del mío. Creo que me amáis con un verdadero amor, y que me seréis fiel: no quiero, no, dudar más, alejando de mi el disgusto que las aprensiones de pesar pudieran suministrarme.

VALERIO Siendo así, ¿por qué manifestar esas inquietudes?

ELISA Nada temería si el mundo os mirara con los ojos que yo: hallo en vuestra persona razones para hacer lo que hago. Para mi defensa, tiene todo vuestro mérito mi corazón, y el apoyo de un reconocimiento con que el cielo me inclina a vos. Siempre tengo en mi memoria el terrible peligro, causa que dió principio a nuestra llama amorosa: esa generosidad admirable con que arriesgásteis vuestra vida para librar la mía del furor de las ondas: esos cuidados llenos de terneza que brillaron en vos después de haberme sacado del peligro; y esas atenciones tan constantes, que ni las dificultades ni el tiempo han podido alterar vuestro amor, y que haciéndoos abandonar parientes y patria os detiene en este lugar,

prefiriéndolo a vuestra fortuna, causa por la que habéis con preferencia elegido el empleo de criado de mi padre: todo esto que hacéis en mi casa, produce en mí un maravilloso efecto para justificar en mi alma el empeño amoroso en que he consentido; pero puede que estas razones a los ojos de los demás no me justificarán, para que sean de mi misma opinión.

VALERIO

Entre cuanto habéis dicho nada asegura mi mérito tanto como mi amor para mereceros; y en cuanto a los escrúpulos que tenéis para con todos, nada os justifica más que los cuidados de vuestro padre, siendo el exceso de su avaricia y modos austeros, con que vive con sus hijos, quien pueden autorizar mayores cosas. Perdonadme, amable Elisa, que así hable en vuestra presencia. Finalmente, si puedo, como espero, hallar mis parientes, él nos será favorable sin ningunha dificultad. Espero con impaciencia las noticias; y si tardan en venir, las iré a buscar.

ELISA

¡Ah, Valerio! nunca os separéis de aquí y pensad sólo a introducirnos íntimamente en la estimación de mi padre.

VALERIO

Ya veis cómo me manejo, y el método complaciente que he usado para introducirme a servirle: bajo el pretexto de simpatía, y de ser de su opinión en todo, a costa de la mía, procuro agradarle haciendo un papel que sea capaz de atraerme su cariño. He hecho progresos admirables; y experimento que para ganar la voluntad de los hombres, no hay mejor medio que presentarse a sus ojos con las mismas inclinaciones; seguir sus máximas; aplaudir sus defectos, y cuanto hacen. No hay para qué temer de ser excesivo en estas complacencias por más

que salten a los ojos ; porque los más instruidos son más pronto engañados por la lisonja ; y no hay ninguno que no se la trague por más ridículo e impertinente que sea, si se sabe sazonar estos aplausos. Mi sinceridad sufre demasiado en el oficio que hago ; pero cuando se necesita a los hombres es necesario acomodarse a sus máximas, y pues no hay otro medio para ganarlos, no está el mal en los que los lisonjean, sino en ellos que quisieren ser lisonjeados.

ELISA ¿Y que, no procuráis ganar el apoyo de mi hermano para en el caso que la criada trate de revelar nuestro secreto?

VALERIO Imposible es conciliar al padre y al hijo, por ser los dos espíritus tan opuestos : conseguir ambas confianzas es contradictorio. Vos, por vuestra parte, trabajad con vuestro hermano, y servíos de vuestra mutua amistad para inclinarle a nuestro interés ; y pues ahí llega, aprovechad este momento ; y no le descubráis nuestro afecto hasta tiempo oportuno. (Vase.)

ELISA No sé si tendré espíritu para hacerle esta confianza.

ESCENA II

CLEANTE y ELISA.

CLEANTE Mucho celebro hállarte sola, hermana mía ; deseaba el momento de hablarte para descubrirte un secreto.

ELISA Dime lo que quieras, hermano mío.

CLEANTE En una sola palabra está compendiado todo. Amo.

ELISA ¿Tú amas?

CLEANTE Sí, yo amo. Pero antes de pasar adelante, sé que dependo de un padre, y que el

nombre de hijo me somete a su voluntad: que no debemos empeñar nuestra fe sin su consentimiento: que el cielo les ha hecho dueños de nuestras voluntades, y que nada podemos hacer sino por su dirección, porque no estando sujetos a ningún efecto ridículo, están en estado de engañarse menos que nosotros, y de ver mejor lo que nos es más propio: que es conveniente creer las luces de su prudencia, y no dejarnos arrastrar de la ceguedad de nuestra pasión, pues que el ardor de la juventud nos precipita a elecciones peligrosas. Todo esto te digo, hermana mía, para que no te tomes el trabajo de referírmelo, y que últimamente mi amor nada quiere escuchar, y es inútil hacerme réplicas y cargos.

ELISA ¿Estás empeñado ya con la que amas?

CLEANTE No; pero estoy resuelto; por lo que te pido no busques razones para disuadirme.

ELISA ¿Me tienes, acaso, por una persona extraña?

CLEANTE No, hermana mía; pero tú no tienes amor. Tú ignoras la violencia que un tierno amor hace en nosotros, y conozco tu prudencia.

ELISA ¡Ay de mí, hermano! no hables de mi prudencia. No hay nadie a quien no le falte alguna vez en toda la vida, y si te descubro mi corazón, podrá ser me consideres con menos prudencia que a tí mismo.

CLEANTE ¡Ah! quisiese el cielo que tu alma como la mía...

ELISA Concluyamos primero tu objeto, y dime a quién amas.

CLEANTE A una joven que hace poco tiempo vive en nuestra vecindad, y que parece hecha para llenar de amor a cuantos la miran. No ha formado, hermana mía, la natu-

raleza cosa más amable, siendo el momento en que la ví, el punto de mi esclavitud. Se llama Mariana, y vive bajo la conducta de su buena madre achacosa, por quien su hija amable tiene unos sentimientos de amistad inexplicables. La sirve, la cuida y la consuela con una ternura que te penetraría el alma. Todo cuanto hace, lo ejecuta con el aire más gracioso y placentero, brillando mil gracias en todas sus acciones, una dulzura llena de atractivos, una bondad interesante, y una honestidad adorable, una... ¡ Ah, hermana mía, quisiera la conocieses !

ELISA En lo que me dices, hermano mío, conozco bien su mérito, y basta saber que la amas para conocer lo que es.

CLEANTE He sabido secretamente que es pobre, y que solo su conducta puede suplir a sus necesidades. Figúrate, querida hermana, cuál será mi placer poderla elevar a mejor fortuna, para librar de las necesidades a una honrada familia ; y con qué disgusto miraré la avaricia de un padre que me impide poderla manifestar mis afectos y mi amor.

ELISA Demasiado, sí ; demasiado conozco hasta dónde debe penetrarte ese pesar.

CLEANTE ¡ Ah ! hermana mía : aun es mayor de lo que será creíble. Porque ¿ puede verse cosa más cruel que esa rigurosa mezquindad que usa con nosotros, y esa sequedad extraordinaria con que nos obliga a perecer ? ¿ De qué nos sirve tener intereses o riquezas si no las hemos de disfrutar en la edad proporcionada ? Para vestirnos sabes bien que continuamente estoy contrayendo empeños en casa de los mercaderes, y que sin eso nuestra indecencia llegaría a su colmo. Ultimamente he querido hablarte para que

me ayudes a sondear la voluntad de nuestro padre, y su modo de pensar en mi asunto; y si veo se opone á él, resuelvo ausentarme con esa amable persona, a gozar de la fortuna con que el cielo quiera protegernos. Buscaré por todas partes dinero para este mi designio; y si tú interés en lo que deseas tiene igual suerte que el mío, le abandonaremos ambos, y huiremos de esta tiranía insupportable nacida de su avaricia.

ELISA Lo cierto es que cada día nos da nuevos motivos para hacernos más sensible la muerte de nuestra madre, y que...

VALERIO Ya oigo su voz. Alejémonos de aquí para concluir nuestros asuntos; y uniremos nuestro espíritu para venir a atacar su honor duro e inflexible.

ESCENA III

HARPAGÓN y LA FLECHA.

HARPAG. (Alterado.) Fuera de aquí al instante, nada se me replique. Pronto, desocupa la casa, maestro examinador de los latrocinios, racimo de horca.

FLECHA (Jamás he visto cosa tan mala como este maldito viejo; y creo, sin error, que tiene el diablo en el cuerpo.)

HARPAG. ¿Qué murmuras entre dientes.

FLECHA Que por qué me echa de su casa.

HARPAG. ¿Te parece, bribón, que es justo pedirme la razón por qué lo hago? Sal pronto, si no te sacudiré.

FLECHA ¿Pero qué es lo que yo he hecho?

HARPAG. Tú me has hecho... que quiero que salgas.

FLECHA No puedo obedecerle, porque su hijo me ha mandado le espere aquí.

HARPAG. Marcha a la calle, y allí podrás esperar-

le ; que no te quiero ver en mi casa plantado como un piquete en continua observación de lo que sucede, para sacar provecho de todo. No quiero quien me espione en mis asuntos, y cuyos ojos malditos registran todas mis acciones, devoran cuanto tengo, y todo lo escudriñan, para ver si hay algo que robar.

FLECHA. ¿Cómo diablos quiere usted le puedan robar, si no tiene un descuido : todo lo encierra, y hace centinela día y noche?

HARPAG. Quiero encerrar lo que me da la gana, y hacer centinela cuando me acomoda. Véase aquí estos moscones que ponen toda su atención a todo lo que se hace. (Tiemblo que no sospeche algo de mi dinero.) Te creo muy a propósito para dar a entender a todos que tengo dinero oculto.

FLECHA. ¿Qué tiene usted dinero oculto?

HARPAG. No, picarón ; no digo eso. La rabia me come. (Pregunto solamente, si lleno de malicia, irás extendiendo la voz de lo que tengo.)

FLECHA. ¿Y qué nos importa que lo tenga o no lo tenga, si para nosotros es lo mismo? (Harpagón levanta la mano para dar un sopapo a La Flecha.) ¿Te haces el hablador? Yo te haré hablar por las orejas. Sal de aquí de una vez.

FLECHA. Está bien, ya me voy.

HARPAG. Espera, espera : ¿que no me llevas nada?

FLECHA. ¿Qué queréis que os lleve?

HARPAG. Ven acá para que yo lo vea. Muéstrame esas manos.

FLECHA. Vedlas aquí.

HARPAG. (Apresurado.) ¿Las otras?

FLECHA. ¿Qué otras?

HARPAG. Las otras, digo.

FLECHA. ¿Tengo más que éstas? (Harpagón mirando

los bolsillos de los calzones.) ¿No tenéis nada aquí dentro?

FLECHA Usted registre. (Harpagón tentando los calzones.) Estos malditos bolsillos son a propósito para depositar los robos. ¿Cuándo ahorcarán a uno de estos?

FLECHA ¡Qué alegría tendría yo de poder robar a un hombre de esta clase !)

HARPAG. ¿Qué dices?

FLECHA ¿Cuál?

HARPAG. ¿Qué dices de robar?

FLECHA Que registre usted bien, para que luego no diga que le he robado.

HARPAG. Esto es justamente lo que quiero hacer. (Harpagón registra todos los bolsillos de La Flecha.)

FLECHA La peste caiga sobre la avaricia, y sobre los avarientos.

HARPAG. ¿Cómo? ¿qué es lo que dices?

FLECHA ¿Qué es lo que digo?

HARPAG. Sí; ¿qué es lo que tú dices de la avaricia y de los avarientos?

FLECHA Digo que la peste caiga sobre la avaricia y sobre los avarientos.

HARPAG. ¿Y qué quieres decir con eso?

FLECHA Los avarientos.

HARPAG. ¿Y quiénes son esos avarientos?

FLECHA Unos canallas ladrones.

HARPAG. ¿Pero qué quieres dar a entender con eso?

FLECHA ¿Y a usted qué pena le da que yo lo diga?

HARPAG. A mí me da pena de lo que me parece.

FLECHA ¿Acaso usted se figura que hablo de su persona?

HARPAG. Yo creo lo que creo; pero yo quiero me digas a quién hablas cuando dices eso.

FLECHA Hablo... hablo a mi sombrero.

HARPAG. Y yo pudiera hablar a tus costillas.

FLECHA Qué; ¿me querrá usted impedir maldiga a los avarientos?

HARPAG. No: pero te impediré de hablar, y de ser insolente.

FLECHA Yo no nombro a ninguno.

- HARPAG. Yo te sacudiré si hablas.
FLECHA Quien tenga sarna, que se la rasque.
HARPAG. ¿No callarás?
FLECHA Sí, a pesar mío.
(La Flecha enseña a Harpagon un bolsillo de su chaleco.)
HARPAG. Veamos, veamos.
FLECHA Sí, registrad ; ¿estáis ya satisfecho?
HARPAG. Vaya, devuélvemelo sin registrar.
FLECHA ¿Qué?
HARPAG. Eso que tienes escondido.
FLECHA Nada he tomado a usted.
HARPAG. ¿Ciertamente?
FLECHA Ciertamente.
HARPAG. Adiós. Vete con los diablos.
FLECHA Agradezco la recomendación.
HARPAG. Todo lo dejo a tu conciencia.

ESCENA IV

HARPAGÓN.

Este es un canalla de criado que me incomoda demasiado, y yo no gusto de este espía. Ciertamente no es pequeña pena, guardar en su casa una cantidad grande de dinero : dichoso aquel que todo lo tiene en haciendas y que solo conserva lo necesario para su gasto. No es corto el embarazo el buscar en una casa el asilo seguro para el dinero ; porque en mi concepto, los cofres son sospechosos, y yo nunca me fío de ellos : son en mi idea un exquisito cebo para los ladrones, y regularmente es lo primero a que atacan.

ESCENA V

HARPAGÓN, ELISA y CLEANTE, estos dos hablando en el fondo del teatro.

HARPAG. (Se cree solo.) No obstante tengo mis dudas, si he acertado en haber sepultado en el jardín los diez mil duros que me devolvieron ayer. Diez mil duros en oro, dentro su casa, es una suma demasiado... (Aparte, apareciendo Elisa y Cleante.) ¡Oh cielo! ¿me habré hecho traición a mí mismo? La imaginación me ha arrebatado haciéndome hablar demasiado alto.) (A Elisa y a Cleante.) ¿Qué es eso?

CLEANTE Nada, padre mío.

HARPAG. ¿Hace mucho tiempo que estáis ahí?

ELISA Acabamos de llegar.

HARPAG. ¿Habéis oído?

CLEANTE ¿Qué, padre mío?

HARPAG. Eso.

ELISA ¿Qué?

HARPAG. Lo que acabo de decir.

CLEANTE No.

HARPAG. Sí, sí.

ELISA Usted perdonará.

HARPAG. Yo comprendo bien que me habéis oído algunas palabras. Hablaba entre mí, del gran trabajo que hay en el día de hallar dinero; y decía que es bien dichoso quien puede tener en su casa diez mil duros.

CLEANTE Temíamos de aproximarnos a usted de medio de no interrumpirle.

HARPAG. Os he hecho esta explicación, para que no os equivoquéis imaginando que soy yo quien tiene los diez mil escudos.

CLEANTE No entramos, señor, en los negocios de usted. Ojalá Dios tuviese los diez mil duros.

CLEANTE Yo no creo que...

HARPAG. Ese sería un gran negocio para mí.

- ELISA Esas son unas cosas...
- HARPAG. Demasiado lo necesito.
- CLEANTE Yo pienso que...
- HARPAG. Eso me acomodaría mucho.
- ELISA Usted es...
- HARPAG. Y entonces no me quejaría como lo hago, de que los tiempos son muy miserables.
- CLEANTE Padre mío, por Dios, usted no tiene por qué quejarse, pues se sabe que tiene sobrados bienes.
- HARPAG. ¿Cómo? ¿yo tengo bastantes bienes? Mienten los que lo dicen. Nada hay más falso; y solo los pícaros hacen correr esas voces.
- ELISA No se ácalore usted.
- HARPAG. Es bien extraño que mis propios hijos me sean traidores y enemigos.
- CLEANTE ¿Es ser enemigo decir a usted que tiene muchas riquezas?
- HARPAG. Sí: esos discursos y los gastos que hacéis serán causa de que un día de estos vendrán a mi casa a cortarme la cabeza, en la creencia de que me hallo cosido de doblones.
- CLEANTE ¿Cuál es el grande gasto que hago?
- HARPAG. ¿Cuál? ahí es nada el escandaloso y suntuoso equipaje que lleváis. Ayer me quejaba yo a vuestra hermana; pero este es asunto perdido: con lo que lleváis desde los pies a la cabeza, hay para hacer la fortuna de uno. Os lo he dicho mil veces, hijo mío: todas vuestras cosas me disgustan mucho: habéis dado en la flaqueza de parecer un marqués, y para ir así vestido, es forzoso que me robes.
- CLEANTE ¿Y cómo os puedo robar?
- HARPAG. Qué sé yo. ¿De dónde podéis sacar lo necesario para llevar ese boato?
- CLEANTE Padre mío: consiste en que juego, gano, y pongo sobre mí todo mi dinero.
- HARPAG. Eso es mal hecho. Si tienes dicha al juego, debieras aprovecharte, y poner tu di-

nero a un religioso interés, para hallar alguna cosa algún día. Quisiera saber, sin hablar de otras cosas, ¿de qué sirven esas cintas y esos follajes de que estáis cubierto de pies a cabeza? ¿Media docena de alfileres no servirían al mismo intento? ¿Para qué emplear el dinero en pelucas, cuando pueden llevarse los cabellos naturales que no cuestan nada? Apostaría que en pelucas y cintas tienes a lo menos veinte doblones, y veinte doblones producen al año treinta y seis pesetas al moderado interés del doce por ciento.

CLEANTE Usted tiene mucha razón.

HARPAG. Dejemos esto, y hablemos de otra cosa. (Observando que Elisa y Cleante se hacen señas.) ¿Y eso? (Creo que uno a otro se hacen señas, para robarme la bolsa.) (En alta voz.) ¿Qué quieren decir esas señas?

ELISA Aquí tratamos mi hermano y yo a quién ha de hablar primero, y ambos tenemos algo que decir a usted.

HARPAG. Y yo tengo algo también que decir a los dos.

CLEANTE Es sobre matrimonio, que deseamos hablar.

HARPAG. De igual materia os voy a tratar.

ELISA (Levantando algo la voz.) ¡Ah! Padre mío.

HARPAG. ¿A qué viene ese grito? ¿es la palabra o la boda lo que te da miedo?

CLEANTE Puede el matrimonio hacernos miedo, según lo queráis entender; causándonos temor, que nuestra voluntad no esté acorde con su elección.

HARPAG. Un poco de paciencia: no hay que alarmarse. Entiendo bien lo que a entrambos conviene, y así no tendréis motivo de queja de lo que pretendo hacer; y para dar principio: (A Cleante.) decídmelo, ¿habéis visto una joven llamada Mariana que vive no lejos de aquí?

CLEANTE Sí, padre mío. (Con alegría.)

- HARPAG. ¿Y vos?
ELISA He oído hablar de ella.
HARPAG. Hijo mío, ¿cómo te parece esa doncella?
CLEANTE Una preciosa persona.
HARPAG. ¿Su fisonomía?
CLEANTE Honesta, y llena de espíritu.
HARPAG. ¿Y su aire, y su modo?
CLEANTE Admirables sin duda.
HARPAG. ¿De suerte que será un partido apetecible?
CLEANTE Muy apetecible.
HARPAG. ¿Que manifiesta ser de gobierno para una casa?
CLEANTE Sin duda alguna.
HARPAG. ¿Y que un marido tendrá con ella toda complacencia?
CLEANTE Ciertamente.
HARPAG. Hay una pequeña dificultad. Tengo recelo que no tiene los intereses que se requieren.
CLEANTE ¡Ah! Padre mío: los intereses no son de consideración cuando se trata de casarse con una persona de tal mérito.
HARPAG. Poco a poco. Es verdad que la falta de intereses puede ser compensada con perfecciones.
CLEANTE Eso ya se entiende.
HARPAG. Finalmente: estoy contentísimo que estemos acordes en el modo de pensar; porque su honesto aspecto y su dulzura han empeñado mi alma, de suerte que he resuelto, si tiene algunos intereses, casarme con ella.
CLEANTE ¿Qué?
HARPAG. ¿Cómo?
CLEANTE Usted dice que está resuelto de...
HARPAG. De casarme con Mariana.
CLEANTE ¿Quién, usted? ¿usted?
HARPAG. Sí: yo, yo, yo. ¿Qué quieres decir con eso?
CLEANTE Me siento asaltado repentinamente de un desmayo: de aquí me retiro.

HARPAG. Eso no será nada. Id pronto a la cocina a beber un vaso de agua clara.

ESCENA VI

HARPAGÓN y ELISA.

HARPAG. Ved aquí esos espíritus afeminados que no tienen más valor que un pollo. Esto es, hija mía, lo que he resuelto. Para tu hermano le destino una viuda de quien me han venido a hablar esta mañana ; y para ti te daré al señor Anselmo.

ELISA ¿Al señor Anselmo?

HARPAG. Sí : es hombre maduro, prudente y sabio, que no tiene más que cincuenta años, y posee muchos bienes.

ELISA (Haciendo una reverencia.) Con permiso de usted ; yo no me quiero casar, padre mío.

HARPAG. (Imitando la reverencia.) Y yo, mi querida, con tu permiso, quiero que te cases.

ELISA (Repitiendo la reverencia.) Usted me perdonará, padre mío.

HARPAG. (Repitiendo la reverencia.) Tú me perdonarás, hija mía.

ELISA Soy una humilde servidora del señor Anselmo ; pero... (Haciendo una reverencia.) Con permiso de usted, con él no casaré.

HARPAG. Soy su humilde criado ; (Imitando la reverencia.) pero con tu permiso, te casarás con él esta tarde.

ELISA ¿Esta tarde?

HARPAG. Sí : esta tarde.

ELISA (Haciendo una reverencia.) Eso no será así, padre mío.

HARPAG. (Imitando la reverencia.) Eso será así, hija mía.

ELISA (Con tono fuerte.) No.

HARPAG. (Con altivez.) Sí.

ELISA Yo os digo que no.

HARPAG. Yo os digo que sí.

ELISA Eso es a lo que usted no me reducirá.

- HARPAG. Eso es a lo que te reduciré.
ELISA Antes me daré la muerte, que casarme con tal hombre.
HARPAG. Tú no te matarás y con él te casarás. ¡ Se ha visto tal audacia ! ¿ Qué hija jamás ha hablado así a su padre ?
ELISA ¿ Se ha visto jamás que un padre case a su hija de esta suerte ?
HARPAG. Este es un partido ventajoso, que yo apuesto será de la aprobación de todos mi elección.
ELISA Y yo apuesto que no será aprobado por ninguna persona que sea racional.
HARPAG. (Viendo a Valerio.) Ve aquí Valerio : ¿ quieres que le hagamos juez en este asunto ?
ELISA Yo consiento en ello.
HARPAG. ¿ Te sujetarás a su decisión ?
ELISA Sí : pasará por lo que decida.
HARPAG. Pues ya el asunto es hecho.

ESCENA VII

VALERIO, HARPAGÓN y ELISA.

- HARPAG. Valerio, acércate. Te hemos elegido para que decidas quién tiene razón entre mi hija y yo.
VALERIO ¿ Quién duda que la tenéis vos, sin contradicción ?
HARPAG. ¿ Sabes de lo que tratamos ?
VALERIO No : pero usted no puede faltar a la razón ; porque usted todo es razón.
HARPAG. Quiero darla esta tarde por esposo a un hombre tan rico, como sabio ; y la bribona me dice cara a cara que se burla de admitirlo. ¿ Qué dices a eso ?
VALERIO ¿ Qué es lo que digo
HARPAG. Sí.
VALERIO ¡ Ah ! ¡ ah ! (En tono de risa.)
HARPAG. ¿ Qué ?
VALERIO Digo que en el fondo del negocio soy de

vuestra opinión, y que es imposible que usted no tenga razón. Pero tampoco creo que la señora deje de tener alguna.

HARPAG. ¿Cómo? El señor Anselmo es un partido considerable; es una persona noble, dulce, reposado, sabio y muy acomodado; que ha quedado sin hijo alguno de su primera mujer. ¿Sabría ella hallar cosa mejor?

VALERIO Eso es verdad. Pero podrá deciros que eso es precipitar demasiado el asunto, y que sería necesario a lo menos algún tiempo para ver si su inclinación podía acomodarse con...

HARPAG. No da lugar el caso: esta es una ocasión que es necesario cogerla por los cabellos, a más que en esto hallo una ventaja que jamás encontraré, porque él se empeña a tomarla sin dote.

VALERIO ¿Sin dote?

HARPAG. Sin dote.

VALERIO ¡Ah! ya no digo nada. Esa es una razón convincente, y sin duda es necesario rendirse a ella.

HARPAG. Para mí es un ahorro considerable.

VALERIO Ciertamente, eso no admite contradicción. Es verdad que vuestra hija puede haceros presente que el matrimonio es un negocio de la mayor importancia: que en él puede consistir el ser dichosa o infeliz toda su vida; y que un empeño que debe durar hasta la muerte, no se debe hacer sino con toda la reflexión y precauciones.

HARPAG. ¡Sin dote!

VALERIO Tenéis razón. Eso es quien todo lo decide. Habrá gentes que os podrán decir que hay ocasiones de tal naturaleza, en que es forzoso poner todo cuidado en la inclinación de una hija, y que es grande diferencia de edades, de humor y de opiniones, suele ser causa de funestos accidentes.

HARPAG. ¡Sin dote!

VALERIO No admite réplica : es punto que todo lo decide. ¿Y quién se opondrá a eso? Es verdad que habrá padres que amarán más la satisfacción de sus hijas que todos los intereses, y que por todos los del mundo no querrán sacrificarlas, que buscarán con preferencia a todo, una proporción tal, que produjese al matrimonio esta dulce conformidad que de continuo mantiene el honor, la tranquilidad y alegría, y que...

HARPAG. ¡ Sin dote !

VALERIO Eso es verdad, que cierra la boca. ¡ Sin dote ! ¿ Quién podrá hallar una razón para resistir a un bien tan grande?

HARPAG. (Mirando hacia el jardín.) (¡ Oh ! diablo : me parece oír un perro que ladra. ¿ No podrá darse que vengan a atacar mi dinero ?)
(Hablando a Valerio.) No te muevas ; vengo al instante.

ESCENA VIII

ELISA y VALERIO.

ELISA ¿ Se burla usted, hablando de esta suerte
VALERIO. Esto lo hago para no agriarle y para conseguir el fin. Oponerse directamente a las opiniones es el medio de echarlo todo a perder, y hay hombres de tal especie, que es necesario gran maña, porque son sus temperamentos enemigos de toda razón, y sus opiniones tan acérrimas, que la menor resistencia todo lo desbarataría : esos siempre van torcidos al verdadero interés de la razón, y para conducirlos a ella es forzosa la templanza y sagacidad. Haced semblante a consentir poco a poco en lo que desea, y llegaréis mejor al fin deseado, y...

ELISA Pero, Valerio, ¿ este matrimonio?...

VALERIO Ya se buscarán tretas para desbaratarle.

- ELISA Pero ¿qué invención podrá hallarse, si se ha de concluir esta noche?
- VALERIO Pedir alguna tregua, y fingir una enfermedad.
- ELISA ¿Y si llaman médicos y descubren la ficción.
- VALERIO ¿Usted se burla? ¿Qué, conocen ellos acaso algo? Vaya usted, vaya usted: usted podrá aparentar con ellos la enfermedad que quiera, y ellos solo tratarán de buscar razones para manifestar que entienden las causas, con lo que confirman el mal imaginario.

ESCENA IX

HARPAGÓN, ELISA y VALERIO.

- HARPAG. Esto no ha sido nada a Dios gracias. (Aparte al fondo del teatro.)
- VALERIO (Sin ver a Harpagón.) En fin, nuestro último recurso es la huída, que nos pondrá a cubierto de todo; y si vuestro amor, bella Elisa, es firme. (Percibiendo a Harpagón.) Sí, es preciso que una hija obedezca a su padre. No ha de reparar ni la figura ni las circunstancias de un marido, cuando hay la poderosa razón sin dote; pues esta debe superar a todo, y tomar lo que la den.
- HARPAG. Bellísimo. Eso sí que es hablar bien.
- VALERIO Señor: pido a usted perdón si acaso me he excedido algo hablándola en los términos que he dicho.
- HARPAG. ¡Cómo! Estoy contentísimo, y quiero que tengas sobre ella un poder absoluto. (A Elisa.) No pienses en abandonar sus preceptos; porque le doy toda la plena autoridad que el cielo me da sobre ti; y cuidado que hagas todo lo que te diga.
- VALERIO (A Elisa, con ironía.) En esta inteligencia, resistías a mis avisos.

ESCENA X

HARPAGÓN y VALERIO.

VALERIO Señor, voy en su seguimiento, para no desperdiciar los momentos de las lecciones que la he dado.

HARPAG. Sí, sí, tú me llenarás de obligación.

VALERIO Conviene mucho tirarla un poco de la brida.

HARPAG. Eso es verdad : es necesario.

VALERIO No entréis en cuidado. Creo saldré con mi intención.

HARPAG. Continúa, continúa. Voy a dar una vuelta pequeña y luego vuelvo.

VALERIO (Dirigiendo la palabra a Elisa y marchando hacia donde ella se ha ido.) Sí : el dinero es la cosa más preciosa de este mundo, y debéis dar muchas gracias al cielo de haberos dado un padre tan honrado y tan hombre de bien. Cuando se pide una hija sin dote, nada se debe mirár más que entregarla. En esto se encierra todo, y sin dote equivale a belleza, juventud, hidalguía, honor, talento y probidad.

HARPAG. (Solo.) ¡ Ah, qué bello muchacho ! eso, eso es hablar como un oráculo. Dichoso quien llega a tener semejante criado.

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA

CLEANTE y LA FLECHA.

CLEANTE ¡ Ah, traidor, canalla ! ¿ a dónde te has metido ? ¿ No te di orden de... ?

FLECHA Sí, señor : yo estaba aquí para esperar a usted a pie firme ; pero ese padre de usted, el hombre más acre de todos los hombres, me ha echado fuera a mi pesar, y he estado bien próximo de ser apaleado.

CLEANTE ¿ Cómo va nuestro negocio ? Las cosas piden ahora más prisa que nunca. Desde que no te he visto he descubierto que mi padre es mi rival.

FLECHA ¿ Vuestro padre está enamorado ?

CLEANTE Sí : y a la verdad que he tenido la mayor dificultad del mundo para ocultarle la turbación en que su noticia me puso.

FLECHA ¡ Mezclarse él en el amor ! ¿ en qué diablos piensa ? ¿ se burla del mundo ? ¿ que el amor se ha humillado a tratar con gentes de su casta ?

CLEANTE ¡ Ay, amigo ! para castigo de mis pecados, el diablo le ha electrizado de amor.

FLECHA Pero, ¿ por qué ocultarle misteriosamente vuestro amor ?

CLEANTE Para darle menos sospechas y proporcio-

- narme los mejores medios de trastornarle su proyecto. ¿Qué respuesta te han dado?
- FLECHA A fe mía, señor, que estos usureros que prestan dinero, se prevalen bien de las ocasiones en que los necesitados como vos recurren a ellos, por las manos de esos viles satélites con quien se entienden.
- CLEANTE ¿No se hará el trato?
- FLECHA Sí, se hará: el hombre de negocio o el conducto asesinator de los bolsillos que nos ha proporcionado el maestro Simón, dice que toma la causa a empeño porque la figura de usted le ha robado el corazón.
- CLEANTE ¿Luego yo tendré las quince mil pesetas que pido?
- FLECHA Sí, sin duda; pero con ciertas pequeñas condiciones que es forzoso acepte usted, sin las que el suceso será nulo.
- CLEANTE ¿Te ha hecho hablar con quién presta el dinero?
- FLECHA ¡Oh! eso no se dirige así. El prestador tiene más cuidado en ocultarse que usted mismo: estos son unos misterios que usted no entiende ni penetra. De ningún modo quiere decir su nombre, y el negociador quiere verse con usted hoy en una casa, para quedar instruido de la familia de usted, de sus bienes, y aun me temo que al saber el nombre de su padre de usted no deshaga el contrato.
- CLEANTE ¿Cómo, cuando siendo muerta mi madre, no me pueden quitar lo que me corresponde?
- FLECHA ¿Qué sé yo? Ved ahora algunos de los artículos del contrato que ha dado al agente, para que os los enseñe antes de hacer cosa alguna. (Lee.) «Supuesto que el que presta vea todas seguridades, y que quien lo recibe sea mayor de una familia en donde los bienes sean sobrados, sólidos, asegurados, claros y libres de todo tropiezo»

zo, se hará una escritura y obligación ante un notario, el hombre más honrado que se encuentre, y que para este efecto será de la elección del prestador, que es a quien corresponde que el acto sea solemne.»

CLEANTE Nada tengo que decir a eso:

FLECHA (Prosigue leyendo.) «El prestador, para no cargar su conciencia, quiere no dar su dinero sino a un diez y ocho por ciento.

CLEANTE ¿A diez y ocho? Zampoña para su conciencia: no, no me parece que nadie se podrá quejar de su exactitud.

FLECHA Eso es cierto. (Lee.) «Como el prestador no tiene en su casa toda la cantidad de que se trata, para dar gusto al demandante él mismo lo buscará de otro a un cinco por ciento, y quiere que el demandante pague este cinco por ciento, sin perjuicio al diez y ocho, en consideración á que esto solo lo hace por servirle.»

CLEANTE ¡Cómo diablos! ¡qué judío! ¿qué árabe es ese? ¿aun añade esas circunstancias más?

FLECHA Es cierto: eso es lo que yo he dicho. Proseguiré...

CLEANTE ¿Que aun hay más? ¿qué he de decir? la necesidad me obliga a buscar ese dinero, y habré de consentir a todo.

FLECHA Esa es la misma respuesta que yo he dado.

CLEANTE ¿Que en verdad hay más?

FLECHA Sí: un pequeño artículo. (Lee.) «De las quince mil pesetas que se le piden, el prestador solo puede dar doce en dinero, y por las tres mil restantes, es preciso que el demandante tome los efectos que expresa la adjunta lista, los cuales están puestos a los precios más moderados que le ha sido posible.»

CLEANTE ¿Y qué quiere decir esto?

FLECHA Escuchad la lista. (Lee.) «Primero, una cama con pilares a lo salomónico, con una sobrecama de paño de color de aceituna,

guarnecida de encajes a la húngara, con sillas, etc., forrado todo con un tafetán con visas azules y encarnadas. Más un pabellón con cola, de tapiz de seda de color de rosa seca, con muletillas, bordas y franjas de seda.

CLEANTE
FLECHA

¿Qué quiere haga yo de esos muebles?
Esperad, esperad. (Lee.) «Más una tapicería de los molinos de viento de la Mancha, durante la canícula. Más una mesa de nogal con doce pies o columnas salomónicas, embutida de hueso, en que están retratados el sol, la luna y todos los planetas y estrellas.»

CLEANTE

¿Qué diablos he de hacer de ese armatoste?

FLECHA

Tenga un poco de paciencia. (Lee.) «Más tres grandes mosquetas guarnecidas de nácar, perlas, etc. Más un horno de ladrillo, con dos alambiques y tres retortas, cosa muy curiosa para los que tienen gusto e inteligencia en el arte de destilar.»

CLEANTE

Rabio de cólera.

FLECHA

Poco a poco. (Lee.) «Una guitarra sin cuerdas ni clavijas. Un vestido de vesta. Un tablero de ajedrez sin piezas. Una piel de oso sin pelo. Las chinelas del rey Chico de Granada, y tres figuras de yeso sin brazos. Todo junto vale a lo menos cuatro mil y quinientas pesetas, y se dará al demandante por tres mil, para hacerle toda gracia y beneficio.»

CLEANTE

Mal tabardillo le saque de este mundo a ese malvado con toda su bondad; el traidor, ladrón, asesino. ¿Se ha oído hablar jamás de una usura semejante? ¿No le basta el furioso interés que exige, sin obligarme a más a tomar todas esas inmundicias y porquerías del siglo xii? Todo eso no valdrá quinientas pesetas; y no obstante mi necesidad me obliga a abrazar

todo como quiera, porque el infame me tiene atentado el puñal al pecho.

FLECHA Yo veo a usted, señor, a quien pido no se enfade, en el camino, que a muchos que conozco, en el cual se han arruinado tomando dinero prestado, comprando caro a fiar, y vendiendo barato, y comiendo su trigo en yerba.

CLEANTE ¡Qué quieres que haga! Esta es la fatal constitución de varios jóvenes, a que se ven reducidos por la maldita avaricia de sus padres; y después se admiran muchos que se les desee la muerte.

FLECHA Es forzoso confesar que su padre de usted por su método vil, es capaz de hacer caer en iniquidad al hombre más honrado. Yo, gracias a Dios, no pienso de esa vil manera: veo a algunos de mis compañeros que usan de toda clase de tretas para asesinar bolsillos; pero yo no entro en esas negociaciones ni comercios, y ciertamente que a todos los que hacen ese trato usurero, les robaría el corazón, y creo que haría una obra meritoria.

CLEANTE Dame esa lista, que la quiero repasar.

ESCENA II

HARPAGÓN, MAESTRO SIMÓN, CLEANTE y LA FLECHA, en el fondo del teatro.

SIMÓN Sí, señor: es un joven que necesita dinero, o sus asuntos le apremian para hallarlo; y ciertamente pasará por todo cuanto usted le prescribirá.

HARPAG. ¿Cree usted, maestro Simón, que nada disputará? ¿Sabe usted el nombre, el caudal y la familia de ese joven?

SIMÓN No, aun no puedo instruir a usted a fondo, porque ha sido una casualidad quien me lo ha proporcionado; pero instruiré a

usted perfectamente cuando por él seré ilustrado de todo, bien que me ha asegurado que estará contentísimo cuando llegará a conocerle. Todo lo que sé hasta ahora es que es de una familia muy rica, que se le ha muerto su madre, y que su padre se morirá antes de ocho meses.

HARPAG. Ese no es punto de poca importancia. La caridad, maestro Simón, nos obliga a hacer bien a las gentes cuando nos es posible.

SIMÓN Eso es justísimo.

FLECHA (En voz baja dice a Cleante reconociendo a maestro Simón.) ¿Qué quiere decir esto? ¿Qué es lo que habla maestro Simón a vuestro padre?

CLEANTE (En voz baja a La Flecha.) ¿Le habrán dado a conocer que soy yo? ¿Me habrás tú vendido en este negocio?

SIMÓN (A La Flecha.) ¡Ah, ah! ¿Tiene usted mucha prisa? ¿Quién ha dicho a usted que era aquí? (A Harpagón.) No he sido yo quien le ha descubierto, ni a vos ni a vuestra casa; pero no obstante, no creo que haya gran mal en esto: ustedes son personas discretas, y aquí se pueden explicar claramente.

HARPAG. ¿Cómo

SIMÓN (Enseñando a Cleante.) Este caballero es el sujeto que quiere prestadas las quince mil pesetas.

HARPAG. ¡Cómo! Tunante: ¿eres tú el que se abandona a estos culpables extremos?

CLEANTE ¿Qué, padre mío, es usted quien comete esas acciones vergonzosas?

(Maestro Simón huye y La Flecha se esconde.)

ESCENA III

HARPAGÓN y CLEANTE.

HARPAG. ¿Eres tú quien pretendes arruinarte por semejantes empréstitos?

CLEANTE ¿Es usted quien pretende enriquecerse por usuras tan criminales?

HARPAG. ¿Cómo te atreves a presentarte delante de mí?

CLEANTE ¿Y usted tendrá vergüenza de presentarse a los ojos del público?

HARPAG. ¿No te avergüenzas, di, de cometer tales desórdenes, de precipitarte en gastos tan enormes, y de perder la fortuna que tus parientes te han juntado a fuerza de sus sudores?

CLEANTE ¿No se cae usted muerto de empacho, de deshonar su condición por esos comercios que hace; de sacrificar gloria y reputación a la insaciable avaricia de amontonar dinero sobre dinero, y de aumentar de intereses por los medios más sutiles e infames de los más célebres usureros?

HARPAG. Apártate de mi vista, pícaro: quítate de mis ojos.

CLEANTE ¿Quién tiene mayor delito? ¿El que busca el dinero que necesita o el que roba pres-tándolo?

HARPAG. Retírate te digo; y no enciendas mi cólera. (Solo.) No me sabe mal esta aventura; porque me servirá de aviso para tener el ojo abierto y listo a sus acciones.

ESCENA IV

FROSINA y HARPAGÓN.

FROSINA Señor...

HARPAG. Esperad un momento: luego vengo a ha-

blaros. (Será muy prudente dar una ojeada a mi dinero.)

ESCENA V

LA FLECHA y FROSINA.

FLECHA (Sin ver a Frosina.) Vaya, que la aventura ha sido graciosa. Ello es necesario que tenga en alguna parte un grandísimo almacén de muebles; porque nada vemos en casa de lo que contenía la lista.

FROSINA ¡Ah, ah, mi pobre La Flecha! ¿cómo aquí te encuentras?

FLECHA ¡Oh! La gran pieza: ¿qué vienes tú a hacer aquí?

FROSINA Lo que tengo por oficio. Yo me meto en negocios; me hago útil, y procuro aprovecharme lo mejor que puedo de mis cortos talentos. Tú sabes que en este mundo las personas como yo a quien el cielo no ha dado otras rentas, sino el ingenio y la industria, es necesario que nos apliquemos.

FLECHA ¿Qué, tienes algún negocio con el amo de casa?

FROSINA Sí: estoy manejando para él un cierto negocio que espero me producirá recompensa.

FLECHA ¿De él? ¡Ah, ah! A fe mía tú serás bien sagaz si sacas algún provecho; y yo te participo que aquí el dinero vale muy caro.

FROSINA Hay clases de servicios que son muy interesantes.

FLECHA (Haciéndola cortesía.) Servidor de usted. ¿Y que aun no conoces a Harpagón? El señor Harpagón es de todos los humanos el menos humano; el mortal de todos los mortales, el más duro y cerrado. Ningún servicio que se le haga le hará abrir la mano. Alabanzas, aprecio, gracias, buenas palabras y amistad cuanto quiera;

pero dinero, eso es contrabando. No hay nada más seco y árido que sus recompensas, y la voz *dar* es para él de la mayor aversión; jamás dice *doy a usted buenos días*; sino *presto a usted buenos días*, tal es su enemistad al verbo *dar*.

FROSINA Ah, pobrete: yo sé el arte de chupar a los hombres. Tengo el secreto de enternecerlos, de hacerles cosquillas al corazón, y de hallar su mayor sensibilidad.

FLECHA Eso por acá es tiempo perdido: bagatela, bagatela. Yo te apostaré que no harás enternecer el corazón del sujeto en cuestión acerca del dinero. Es turco en ese asunto; pero turco tan tenaz que hará desesperar a todo el mundo, y bien pueden reventarse, que él no mudará de opinión. En una palabra: ama más el dinero que la reputación, que el honor y que la virtud: la vista solo de uno que pide dinero le da convulsiones; y es herirle mortalmente, traspasarle el corazón, arrancarle las entrañas. Sí: pero él viene, yo me retiro.

ESCENA VI

HARPAGÓN y FROSINA.

HARPAG. (En voz baja.) Todo va como conviene. (En voz alta.) Y bien: ¿qué tenemos, Frosina?

FROSINA ¡Ay, Dios mío! qué bueno que está usted, y qué rostro que rebosa salud.

HARPAG. ¿Quién, yo?

FROSINA Jamás he visto a usted de un color tan hermoso y presencia tan agradable.

HARPAG. ¿De veras?

FROSINA Ciertamente. En toda la vida ha estado usted tan joven y tan bello como ahora: yo veo por ahí gentes de veinticinco años que son más viejos que usted.

HARPAG. Sin embargo, Frosina, tengo sesenta bien cumplidos.

- FROSINA ¿Y qué son sesenta años? ¿Qué importa eso? Esa es la flor de la edad: ahora, ahora es el tiempo; y ahora va usted a entrar en la bella sazón del hombre.
- HARPAG. Es verdad: pero veinte años no me harían ningún daño, según creo.
- FROSINA Creo que usted se burla. No necesita usted de eso, porque tiene una pasta admirable para vivir hasta cien años.
- HARPAG. ¿Lo crees así?
- FROSINA Segurísimamente. Todas las señales son de eso. Separaos un poco... ¡Oh! ¡oh! tenéis entre los ojos un signo de larga vida.
- HARPAG. ¿Qué, entiendes tú de eso?
- FROSINA Y mucho. Dadme la mano. ¡Ah, Dios mío, qué larga vida!
- HARPAG. ¿Por qué?
- FROSINA ¿Usted no repara hasta dónde va esta línea?
- HARPAG. ¿Y eso quiere decir alguna cosa?
- FROSINA A fe mía: yo decía cien años; pero ahora yo aseguro que pasará usted de ciento veinte.
- HARPAG. ¿Y será eso seguro?
- FROSINA Y tanto, que verá usted enterrar a sus hijos y a sus nietos.
- HARPAG. Mejor. ¿En qué estado se halla nuestro asunto?
- FROSINA ¿Eso se me pregunta a mí? ¿En qué asunto me ha visto mezclada cuyo fin no sea completo? Sobre todo para matrimonio tengo las mejores manos y talento imaginable. No hay partidos en el mundo que yo no sepa conciliar en poco tiempo; y si me enfadan haré ver hasta dónde llega mi habilidad, pues contra todo el torrente casaré al gran Turco con la República de Venecia. Quien se obliga a esto, mucho mejor sabrá ejecutar y separar las dificultades de un negocio menor como es el actual. Como yo tengo

trato con ellas, las he instruído a fondo de las relevantes cualidades de usted, y en consecuencia dije a la madre el gran proyecto que usted se ha formado con Mariana, solo de verla pasar por la calle, estando usted tomando el fresco a su balcón.

HARPAG. ¿Qué, la respuesta fué?...

FROSINA Recibió la proposición con alegría; y cuando la manifesté los deseos que usted tenía de que su hija asistiese esta tarde al contrato matrimonial que se ha de celebrar de la vuestra, consintió sin reparo, y me la confió a mi cuidado.

HARPAG. Como estoy obligado a dar de cenar al señor Anselmo, yo facilitaré que Mariana sea del convite.

FROSINA Tenéis razón. Después de comer vendrá a visitar a vuestra hija, con quien hace el proyecto de dar una vuelta a la feria para asistir después a la cena.

HARPAG. Sí, sí: irán en mi coche que les prestaré.

FROSINA Eso es justamente lo que quiere.

HARPAG. Pero, Frosina, ¿has hablado algo a la madre acerca del dote que podrá dar a su hija? ¿Le has dicho que es necesario que se ayude un poco; que haga algún esfuerzo; y que, finalmente, es preciso se sangre para una ocasión como esta? A la verdad que no se encuentra quien se quiera casar con una doncellita, sin que traiga algo a la casa.

FROSINA ¿Qué decís? Esa muchacha cuando menos traerá a vuestra casa doce mil pesetas de renta.

HARPAG. (Admirándose, como avaro.) ¿Doce mil pesetas de renta?

FROSINA Sí. Doce mil.

HARPAG. ¿Cuarenta y ocho mil reales de vellón?

FROSINA Y aun puede que más: escuchad atentamente. En primer lugar, está criada y alimentada con una grandísima econo-

mía. Esta doncellita está acostumbrada a mantenerse con ensalada, leche, queso y manzanas; por consiguiente es inútil para ella una mesa de viandas exquisitas, y bien servida, ni las demás delicadezas que disfrutan las demás mujeres de su rango, y esto no es de tan corto momento que no pueda regularse a lo menos... a lo menos el ahorro de tres mil pesetas cada año. El aseo y compostura de su cuerpo es muy sencillo; no gusta de vestidos magníficos, ricos dijes, ni muebles suntuosos en que sus semejantes ponen todo su gusto y capricho: esto vale para la casa a lo menos el ahorro de cuatro mil pesetas cada año. Tiene una terrible aversión al juego: cosa que no es común en las mujeres del día, y yo sé de una de aquí que ha perdido a la banca veinte mil pesetas en este año; pero no tenemos el todo, sino la cuarta parte; por consiguiente tendremos que cinco mil pesetas por año para el juego, y cuatro mil para vestidos, joyas, etc., hacen nueve mil pesetas, que juntas con las tres mil que ahorra para su alimento, componen bien contadas las doce mil pesetas.

HARPAG. Toma: eso no es malo, pero esa cuenta no es dinero físico y real.

FROSINA. Perdóne usted que le diga que se equivoca. ¿No es en efecto una cosa real el que le den a usted en matrimonio una grande sobriedad; la posesión de un grande amor; la sencillez en el vestir, y la adquisición de un gran fondo de aborrecimiento por el juego?

HARPAG. Contemplo que es una suma sutileza quererme constituir por dote los gastos que ella no hará. Toda mi perspicacia no había penetrado tanta firmeza; y lo cierto es que yo no daré carta de dote de lo que

no recibo ; como que para darla es necesario que mis dedos cuenten algo.

FROSINA Calle usted, señor. Sus dedos no dejarán de contar y bastante, porque me han hablado de un cierto país en que tienen sus bienes, de que será dueño.

HARPAG. Eso será necesario verlo.* Pero, Frosina, siento sin embargo algo que me inquieta. Mariana es joven como tú ves : los jóvenes comunmente no aman sino a sus semejantes, y solo apetecen su compañía. Recelo que un hombre de mi edad no será de su gusto ; y que esto al fin no sea la causa que produzca en mi casa ciertos desórdenes que no me acomodarán.

FROSINA ¡ Ah ! Usted la conoce mal. Esa es otra particularidad que ella tiene, y que se me había pasado referir. La aversión por los jóvenes toca en el extremo, y su amor por los ancianos es extremado.

HARPAG. ¿ Quién, ella ?

FROSINA Sí, sí : ella. Hubiera dado cualquiera cosa porque la hubiéseis oído hablar sobre este asunto. Su vista no puede sufrir a un joven ; y en viendo un viejo con un aspecto serio se arroba, se encanta... Los más viejos son para ella los más apreciables, y por lo tanto advierto a usted no procure hacerse más joven de lo que es. Quiere que a lo menos tenga seis docenas de años ; y aun no hace cuatro meses que deshizo un contrato de matrimonio porque el novio no tenía más que cincuenta y nueve años, y no se puso los anteojos para firmar.

HARPAG. ¿ Por eso solamente ?

FROSINA Sí. No quiso de modo alguno contentarse con los cincuenta y nueve ; y a más es fanática por unas buenas narices para encargo de anteojos.

HARPAG. Tú me dices unas cosas tan nuevas, que me aturden.

- FROSINA ; Oh, cuándo lo sabréis todo, entonces quedaréis admirado! En su habitación hay varios cuadros y láminas; ¿de qué pensáis que son? ¿Os parece que hay algo que se asemeje a Adonis, Páris y sus semejantes? No: allí sólo hallaréis excelentes retratos de Saturno, del rey Príamo, del viejo Nestor, y otros de la ancianidad.
- HARPAG. Todo, todo es admirable en esa muchacha. Jamás hubiera pensado tal cosa, y celebro infinito que sea de ese buen humor. Efectivamente, si yo hubiera sido mujer, jamás hubiera tenido amor a los jóvenes.
- FROSINA Lo creo muy bien. Ciertamente que los jóvenes son bien extraordinarios para que una muchacha emplee en ellos su amor: todos son unos trastos; unos relamidos afeminados; y sobre todo quisiera me dijeseis ¿qué substancia se puede sacar de ellos?
- HARPAG. A la verdad; no comprendo, no sé porque las mujeres los aman con tal extremo.
- FROSINA Es necesario ser una loca desbaratada. Hallar a la juventud amable, ¿no es falta de talento? ¿Qué son esos jóvenes sino unos chuchumecos atolondrados? ¿Y es posible que puedan amar a semejantes bichos?
- HARPAG. Estoy conforme con tu opinión. Ellos, con sus calzones muy estrechos y estirados, su gran corbatón, y haciendo saltitos y cabriolas, ¿no son una figura ridícula?
- FROSINA (Aplaudiendo con las manos y dando risotadas.) Excelente pintura. ¡Ah! ¡ah! Excelente. Qué vengan a comparar a uno de esos hombrecillos con usted: ellos solo parecen alguna cosa cuando están adornados y vestidos.

HARPAG. ¿Y qué tal... me hallas tú... así... digo apreciable?

FROSINA Apreciabilísimo, y vuestra figura es una pintura. Gírese usted un poco... ¡Sobre que no puede darse una cosa mejor! Camine usted un poco... Vea todo el mundo qué talle... ese cuerpo tan desembarazado y ágil. No... ciertamente que se demuestra que en usted no hay ninguna nulidad... ¡Viva ese garbo!

HARPAG. No tengo achaques a Dios gracias. Sólo siento una fluxión que me cae de cuando en cuando.

FROSINA ¡Oh, qué grande bagatela! Al contrario, esa fluxión le es a usted muy útil; porque a la verdad, tose usted con mucha gracia.

HARPAG. (Con prisa.) Dime, dime. ¿Mariana no me ha visto? ¿No ha puesto cuidado en conocerme al pasar por delante de mi casa?

FROSINA No a lo que entiendo; pero hemos hablado largamente de usted. La he hecho un perfecto retrato de su persona, de su mérito y sus gracias; y he añadido la grande felicidad de cualquiera que pueda conseguir a usted para su marido.

HARPAG. Perfectamente has hecho, y yo te lo agradezco mucho.

FROSINA Tengo que hacer a usted una corta súplica. Mi pleito positivamente se pierde por faltarme algún dinero (Harpagón se pone serio.), y usted podría fácilmente hacerme ganar si quisiera usar de alguna de sus bondades conmigo. Usted no es capaz de figurarse la alegría que ella tendrá en verle. (Harpagón se pone alegre.) ¡Ah! ¡cuánto le agradará usted! Y esa marcialidad a la antigua, hará en su voluntad un efecto admirable. Pero sobre todo se complacerá de este arte de vestir, y sencillez: yo me temo que se volverá loca; y que un marido de esa estampa

será para su gusto la cosa más exquisita.

HARPAG. ¿De verdad? Tú me haces renacer la alegría por tus palabras.

FROSINA En verdad, señor : este pleito es para mí de muy grande consecuencia. (Harpagón serio.) Me veo arruinada si lo pierdo, y una corta cantidad restablecería mis derechos. Yo quisiera que usted hubiese visto su alegría, oyéndome hablar de usted. (Harpagón risueño.) El gusto le salía por los ojos cuando yo expresaba las relevantes cualidades de usted ; y últimamente la he puesto en el mayor estado de impaciencia para que se verifique esta boda luego, luego.

HARPAG. ¡Qué placer me das ! Te confieso ingenuamente que te debo mil obligaciones.

FROSINA En esa atención suplico a usted tenga la bondad de darme el pequeño socorro que le pido. (Harpagón serio.) Este me hará feliz y yo le seré a usted eternamente reconocida.

HARPAG. Adiós, adiós : voy a disponerlo todo, todo...

FROSINA Aseguro a usted que me sacaría de la mayor necesidad.

HARPAG. Haré que el coche esté arreglado en toda forma para llevaros a la feria.

FROSINA Jamás volveré a importunar a usted, por extrema que sea mi necesidad : socórrame usted ahora.

HARPAG. Tendré cuidado que la cena sea temprano, para que no os haga daño.

FROSINA No me rehuséis esta gracia que os pido. Usted no podrá creer, señor, el placer que...

HARPAG. Voime. Ya me llaman... Hasta luego, hasta luego. (Vase.)

FROSINA ¡Malas viruelas te den, perro villano ; vete con todos los diablos ! ¡ El ladrona-

zo, qué resistencia ha mostrado a todos mis ataques ! Pero no obstante no quiero desistir de la negociación. En todo caso, tengo el otro lado, de donde seguramente sacaré buena recompensa.

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA

HARPAGÓN, CLEANTE, ELISA, VALERIO y CLAUDIA, con una escoba en la mano. SANTIAGO, PEROTE y MAROTO.

HARPAG. Venid acá todos, que quiero daros mis órdenes, y arreglar a cada uno su empleo. Acércate, Claudia, empecemos por ti. Bueno : tú ya tienes tus armas en la mano : te encargo todo cuidado en barrer y limpiar toda la casa : pero cuidado no frotar demasiado los muebles, que se desgantan. A más de esto te doy la comisión durante la cena, del cuidado de las botellas : mira que si falta alguna, o se rompe, te la rebajaré de tu salario.

SANTIAGO. Es un castigo de buena policía.

HARPAG. (Á Claudia.) Marcha.

ESCENA II

HARPAGÓN, CLEANTE, ELISA, VALERIO, SANTIAGO, PEROTE y MAROTO.

HARPAG. Vosotros, Perote y Maroto, os establezco en el cuidado de limpiar los vasos, y de dar de beber solo a los que tengan sed ; y

no conforme a la costumbre de algunos lacayos impertinentes, que siempre van provocando a las gentes para que beban sin necesidad. A mas, no los lleveis de beber a la primera vez que os lo pidan y cuando ya no podais resistir, mas llevad siempre mucha agua.

SANTIAGO (Sí, sí : el vino puro se sube a la cabeza.)

MAROTO ¿Quitaremos, señor, nuestras rodilleras?

HARPAG. Sí ; pero que sea cuando vereis venir las gentes, y tened atención con vuestras libreas.

PEROTE Ya sabe usted, señor, que uno de los delanteros de mi chupa está cubierto de una grande mancha de aceite.

MAROTO Y que mis calzones tienen un agujero detrás, que hablando con respeto se me ve.

HARPAG. Poco a poco : tú colócate contra la pared de espaldas, y preséntate siempre por delante a todos. (Dará lecciones a Perote, enseñándole cómo ha de tapar la mancha con el sombrero.)

ESCENA III

HARPAGÓN, CLEANTE, ELISA, VALERIO y SANTIAGO.

HARPAG. Hija mía : tú tendrás cuidado con lo que sacarán de la mesa, y que no se extravíe. Esto es propio del cuidado de las señoritas. Y sobre todo, prepárate a recibir al dueño mío, que te ha de venir a visitar, y para ir a la feria : ¿entiendes lo que te digo?

ELISA Sí, padre mío.

ESCENA IV

HARPAGÓN, CLEANTE, VALERIO y SANTIAGO.

HARPAG. Y tú, hijo mío afeminado, a quien tengo la bondad de perdonar la pasada historia, no me vengas poniendo mal ceño.

CLEANTE Yo, padre mío, ¿mal ceño? ¿Y por qué causa?

HARPAG. ¡Ah! ¡ah! Bien sabemos lo que pasa por los hijos cuando se vuelven a casar sus padres, y con qué ojos diabólicos miran a sus madrastras. Pero si quieres que yo olvide enteramente tus desarreglos, te encargo de poner buen semblante a aquella persona, y hacerla todas las atenciones imaginables.

CLEANTE Para deciros verdad, no podré prometer ni cumplir mucho agrado al verla venir como madrastra. Mentiría si dijese lo contrario; pero por lo que toca a recibirla bien, y de presentarla buen rostro, os lo prometo por vos, por mí y por ella; y así quedará satisfecho este capítulo.

HARPAG. Cuidado con lo que corresponde.

CLEANTE Usted verá que no le daré motivo de queja.

HARPAG. Así obrarás cuerdamente.

ESCENA V

HARPAGÓN, VALERIO y SANTIAGO.

HARPAG. Valerio, ayúdame sobre este punto. Ahora bien, Santiago; acércate: te he guardado para el último.

SANTIAGO ¿Cómo me quiere usted hablar, como cochero o como cocinero? pues tengo ambos empleos.

HARPAG. A todos dos hablo.

SANTIAGO ¿Pero a cuál de los dos el primero?

HARPAG. Al cocinero.

SANTIAGO Espere usted un poco, si no es molestarle. (Se quita la librea y aparece vestido de cocinero.)

HARPAG. ¿Qué diablo de ceremonia es esa?

SANTIAGO Ahora hable usted lo que quiera.

HARPAG. Tengo precisión de dar esta noche una cena.

SANTIAGO (¡ Oh qué maravilla ! sin duda llegó el fin del mundo.)

HARPAG. Dime : ¿ nos darás buena cena ?

SANTIAGO Sí, si me das mucho dinero.

HARPAG. (Enfadándose.) Dale, dale : siempre dinero. Parece que no halláis otra cosa que decir, que dinero, dinero, dinero. Ellos no tienen otra voz que se les caiga de la boca sino dinero. Siempre hablar de dinero. Esa es su arma ofensiva ; el dinero.

VALERIO No he visto una respuesta más impertinente que la que ha dado. ¡ Qué maravilla dar una gran mesa a fuerza de dinero ! Eso lo hace cualquiera por poco talento que tenga : la gracia está en ser espléndido con poco gasto.

SANTIAGO ¿ Esplendidez con poco dinero ?

VALERIO Sí.

SANTIAGO (A Valerio.) A fe mía, señor mayordomo, que le seríamos deudores si nos manifestase un tal secreto, y a mí particularmente, tomándose mi oficio de cocinero, ya que usted se entremete en todo para ser *el factotum*.

HARPAG. Calla. ¿ Qué será necesario ?

SANTIAGO Ahí tiene usted señor a su superintendente que dará una espléndida mesa con poco dinero.

HARPAG. Dejemos dimes y diretes : quiero que me respondas.

SANTIAGO ¿ Cuántos serán ustedes de mesa ?

HARPAG. Seremos ocho o diez ; pero no cuentes más que con ocho ; porque la comida de ocho sirve para diez, y...

VALERIO Es evidente e indubitable.

SANTIAGO (Haciendo su cuenta.) Según eso, serán precisos cuatro platos de legumbres, y cinco platos... fritos, entrados...

HARPAG. Qué veneno. Eso es dar una mesa a todo el pueblo.

SANTIAGO Un asa...

HARPAG. (Tapándole la boca.) ¡ Ah, traidor : tú quieres destruir mi caudal !

SANTIAGO Past...

HARPAG. (Tapándole la boca.) ¿ Aun más ?

VALERIO (A Santiago.) ¿ Que tenéis deseos de que re-
vienten los convidados ? ¿ Nuestro amo ha
convidado acaso las gentes para asesinar-
las a fuerza de viandas ? Id un poco a leer
los preceptos de la salud, y preguntad a
los médicos si hay cosa más perjudicial
al hombre que la comida con exceso.

HARPAG. La razón te sobra.

VALERIO Sabed, Santiago, vos y vuestros camara-
das, que es la destrucción de la especie
una mesa llena de viandas : que para mos-
trarse nuestro amo amigo de los que con-
vida, es preciso que reine la frugalidad,
y que siguiendo la sabia sentencia anti-
gua : *es preciso comer para vivir, y no
vivir para comer.*

HARPAG. ¡ Qué bien dicho ! ¡ Qué sentencia ! Acér-
cate, que te quiero dar un ábrazo por esa
agudeza. La mejor sentencia que he oído
en mi vida es : *es preciso vivir para comer,
y no comer para vi...* Yo me equivoco.
¿ Cómo lo has dicho ?

VALERIO *Que es preciso comer para vivir, y no vivir
para comer.*

HARPAG. (A Santiago.) Sí : ¿ lo oyes ? (A Valerio.) ¿ Qué
grande hombre dijo esta sentencia ?

VALERIO Fué sin duda Catón.

HARPAG. Acuérdate de escribirme esas palabras de
Cartón, que las quiero hacer grabar con
letras de oro sobre la chimenea de mi
sala.

VALERIO Está bien, no me olvidaré. Para la cena
dejadme hacer ; yo lo arreglaré todo como
conviene.

HARPAG. Queda a tu cuidado.

SANTIAGO Mejor : así tendré menos trabajo.

HARPAG. (A Valerio.) Serán preciso algunas cosas
que satisfacen mucho, se come poco : al-

gunas judías con bastante grasa : algún pastel, etc.

VALERIO Usted descuide enteramente sobre mi vigilancia.

HARPAG. Ahora, pues, Santiago, es necesario limpiar el coche.

SANTIAGO Esperad. (Se pone la librea.) Eso se dirige al cochero. Decid ahora.

HARPAG. Digo que es forzoso limpiar el coche y tener los caballos prontos para llevar a la feria a...

SANTIAGO ¿Los caballos? A fe mía que están imposibilitados de andar. Lo que convendría, sería trabajar mucho y comer más. Los pobres animales sufren unas abstinencias de parte de usted que es una compasión, de que resulta que tienen más bien la forma de fantasma que de caballos.

HARPAG. Su enfermedad consiste en no trabajarlos.

SANTIAGO Si no hacen nada, señor, tampoco comen nada. El corazón me traspasa la lástima de verlos tan extenuados ; porque a la verdad mi terneza los mira con tanta compasión como si yo mismo fuera ; y para ayudarlos en algo me lo quito diariamente de la boca. Es necesario ser de un natural durísimo para no tener piedad de su prójimo.

HARPAG. ¡ Oh ! el trabajo no es grande de ir desde aquí a la feria.

SANTIAGO Yo, señor, no tendré valor de guiarlos, y cargaría mi conciencia de castigarlos con el látigo en el estado en que se hallan. ¿Cómo quiere usted lleven el coche, si no pueden tenerse de pie?

VALERIO Señor : yo encargué a Toribio, el vecino, que lleve el coche, y a más no vendrá mal para servir a la cena.

SANTIAGO Sea enhorabuena. Más me estimo que mueran bajo la mano de otro ; que no bajo la mía.

VALERIO (Con ironía.) El nuevo mayordomo es útil para todo lo necesario.

HARPAG. Paz, paz.

SANTIAGO Señor, no tengo genio de sufrir lisonjeros; y yo veo que todo lo que hace con el pan, el vino, la leña, la sal, las velas, solo lo hace para adular y hacer a usted la corte. Yo rabio con estas cosas: ya estoy enfadado de oír lo que dicen de usted todos los días gentes: siento mucha ternera por usted, y seguramente después de los caballos es usted lo que amo más.

HARPAG. ¿Podré saber qué es lo que dicen de mí?

SANTIAGO Si usted no se enfadara, no habría inconveniente.

HARPAG. No: no me enfadaré.

SANTIAGO Usted perdone: no lo diré, porque sé que usted se irritará con exceso.

HARPAG. No: de ninguna manera. Al contrario, me darás particular gusto, porque estoy deseoso de saber cómo hablan de mí.

SANTIAGO Pues que usted lo quiere, le diré francamente: que todo el mundo se burla de usted: que por todas partes nos ridiculizan a todos los de casa, por usted: que no tienen mayor gusto que retratarle con los más feos colores, y descubrir todas sus faltas. Unos dicen que ha hecho usted imprimir Almanagues particulares para su casa, en que duplica las cuatro temporadas del año, y las vigiliass, para aprovecharse de las abstinencias con que nos mata de hambre. Otros afirman que hay repetidas experiencias que todos los que tienen sabañones se los curan radicalmente solo con entrar en el portal de su casa, pues no comiendo ninguno en ella, los sabañones se escapan a otros, ya que no pueden comer a los que se refugian a este asilo. Algunos afirman que para no dar aguinaldos a la familia en tiempo de Navidad, prepara usted ocho días antes mil

querellas contra todos, y dos mil enfados, con lo que se liberta de regalarnos como debe y es costumbre. Hay quien dice mató usted un gato del vecino, porque se comió los desperdicios de un poco de carnero guisado, que nadie lo quería. Otro dice que el cochero que tuvo usted en una ocasión, habiéndole hallado que quitaba el pienso á los caballos, y no habiéndolo conocido, le dió a usted una paliza completísima, que usted la sufrió por no descubrir su ruindad. En fin ¿quiere usted le diga más? No hay chiste y fábula ridícula de que no seais el sujeto que la representa. Y últimamente jamás hablan de usted sino bajo los nombres de avaro, villano, ruin, garabato, etc.

HARPAG. (Sacude a Santiago.) Tú eres un pícaro bruto, un ladrón, un infame e imprudente.

SANTIAGO ¿Por qué me sacude usted? Ya lo había yo adivinado que se enfadaría, y usted aseguraba que no. Usted tiene la culpa de que le haya dicho las verdades.

HARPAG. (Yéndose enfadado.) Así aprenderás a hablar.

ESCENA VI

VALERIO y SANTIAGO.

VALERIO (Riéndose.) ¡Ah, ah, Santiago, qué mal te pagan tu sinceridad!

SANTIAGO Usted, señor fantasma y moderno mayor-domo, que se hace el hombre de mérito: poco a poco con esas burlas: métase usted en sus negocios; y ríase cuando disfrute igual satisfacción y beneficio.

VALERIO (Burlándose.) Señor Santiago, ten cachaza y no te enfades.

SANTIAGO (Este me parece gallina: quiero hacer de guapo, y si es tan tonto que me llega a temer, le trasladaré la data de mi amo.)

(En alta voz.) ¿Sabe usted, señor risueño, que yo no me río ; y que si usted repite su burleta le haré reir de gana?

(Santiago hace ir retirando a Valerio hasta el fondo del teatro amenazándole.)

VALERIO Poco a poco, señor Santiago.

SANTIAGO ¿Qué poco a poco ni qué alforjas?

VALERIO Estémonos quietos.

SANTIAGO Sois un grande impertinente.

VALERIO Señor don Santiago.

SANTIAGO No vale el señor ni el don para un bufón ; si tomo un garrote le limpiaré el polvo.

VALERIO (Enfadándose hace ir hacia atrás a Santiago.) ¿Cómo se entiende, con un garrote?

SANTIAGO Yo no hablo de eso.

VALERIO ¿Sabes tú, gran bestia, que soy hombre para sacudirte mil palos?

SANTIAGO No lo pongo en duda.

VALERIO ¿Qué eres tú sino un trasto, cocinero?

SANTIAGO Demasiado que lo sé.

VALERIO ¡Qué ! ¿aun no me conoces?

SANTIAGO ¡Oh ! sí, sí.

VALERIO ¿Tú has dicho que me sacudirías?

SANTIAGO Era de burlas.

VALERIO Esas burlas usarlas con otro. (Sacude con un palo a Santiago.) Así aprenderás que no eres bueno para bufón.

SANTIAGO Llévase el diablo la sinceridad : ¡ qué oficio tan maldito ! lo renuncio para siempre, y desde ahora en adelante para seguir la moda, no quiero decir más verdad. De mi amo aun llevó con paciencia los palos ; pero de este señor nuevo mayor-domo, si me puedo vengar me vengaré.

ESCENA VII

MARIANA, FROSINA y SANTIAGO.

FROSINA ¿Sabes, Santiago, si tu amo está en casa?

SANTIAGO Mis costillas aseguran que está.

FROSINA Dile que estamos aquí.

ESCENA VIII

MARIANA y FROSINA.

MARIANA Frosina mía, me hallo en un cruel estado ; y si he de decir mi pesar, siento mucho esta presentación.

FROSINA ¿De qué nace esa inquietud?

MARIANA ¡Ay de mí ! ¿por qué me lo preguntáis?
¿No comprendéis el sobresalto de quien se halla próxima a ver el suplicio a que va a ser ligada?

FROSINA Bien veo que para morir con gusto no es Harpagón el suplicio que quisierais escoger : conozco en vuestros ojos que ese joven rubio de quien me habéis hablado, ocupa demasiado vuestro pecho.

MARIANA Sí, Frosina : es una cosa que no puedo olvidar : sus visitas llenas de atención y respeto que ha hecho en casa han interesado demasiado mi alma.

FROSINA ¿Y no sabes quién es?

MARIANA No, ciertamente ; pero sí sé que su aire y gracia es propio para hacerse amar : que si estuviera en mi mano sería preferido a todo el mundo ; y que no es quien menos contribuye para que mi tormento sea el más insufrible.

FROSINA Siempre esos rubios son agradables, y todo lo hacen perfectamente ; pero la mayor parte son falsos.: mucho mejor será para vos escoger un viejo que os haga rica. Es verdad que el gusto no se une con facilidad a esta elección, y que trae consigo ciertas penas y melancolías ; pero esto no puede durar, y su muerte, creedme, os pondrá en breve en estado de elegir a vuestro gusto, con que repararéis el actual pesar.

MARIANA Amiga mía : es un triste recurso cuando la felicidad ha de suceder al deseo de la

muerte de otro ; pues la muerte no suele secundar nuestros proyectos.

FROSINA ¿ Se burla usted ? No se case sino con la condición de dejarla luego viuda, debiendo este ser el principal artículo del contrato. Será posible que no muera antes de tres meses. Hételo aquí que llega.

MARIANA ¡ Ah, Frosina, y qué rara figura !

ESCENA IX

HARPAGÓN, MARIANA y FROSINA.

HARPAG. (A Mariana.) No os ofenda, hermosura, si a vos me acerco con anteojos. Bien conozco que vuestras gracias no necesitan de este auxilio a mi vista ; pero lo hago porque con anteojos se observan los astros ; saliendo por fiador, no solo que sois un astro, sino el astro más hermoso que hay en el país de los astros. Frosina, no me responde : sin duda el gozo de verme la interrumpe las palabras.

FROSINA Que está sorprendida, es bien visible ; a más que las doncellas tenemos rubor de manifestar de repente los sentimientos del alma.

HARPAG. (A Frosina.) Tienes mucha razón. (A Mariana.) Hermosa niña, mi hija viene a saludar a usted.

ESCENA X

HARPAGÓN, ELISA, MARIANA y FROSINA.

MARIANA Tarde cumplo con tan bella visita.

ELISA Me habéis ganado, señora, por la mano, si no he hecho obligación en haberos avisado : disimulad os pido.

HARPAG. Usted reparará que es muy alta, mas siempre mala yerba crece mucho.

- MARIANA (Bajo a Frosina.) ¡Qué hombre tan desagradable !
- HARPAG. (A Frosina.) ¿Qué dice la hermosa ?
- FROSINA (A Harpagón.) Que os halla admirable.
- HARPAG. Grande honor me hacéis, adorable hermosurá.
- MARIANA (¡Qué animal !)
- HARPAG. De vuestra opinión quedo reconociósimos.
- MARIANA (Ya no le puedo sufrir.)

ESCENA XI

HARPAGÓN, MARIANA, ELISA, CLEANTE, VALERIO,
FROSINA, PEROTE y MAROTÓ.

- HARPAG. Ved aquí mi hijo, qué os viene a complimentar.
- MARIANA (Bajo a Frosina.) ¡Ah, Frosina, qué encuentro ! Ese es justamente de quien yo te he hablado.
- FROSINA (A Mariana.) Es preciosa aventura.
- HARPAG. (A Mariana.) Bien préveo que usted se admira de verme con dos hijos tan grandes ; pero luego me desharé de ellos.
- CLEANTE. (A Mariana.) Señora : a deciros la verdad de mi pecho, esta aventura no me la aguardaba. No fué poca mi sorpresa cuando mi padre me anunció el designio que había formado.
- MARIANA Lo mismo puedo deciros. Este imprevisto encuentro me ha sorprendido tanto como a vos, por no estar preparada de semejante aventura.
- CLEANTE Ciertamente que mi padre, señora, no podía hacer elección más acertada, y aunque el honor de veros me sea de una sensible alegría, sin embargo no me gozo del designio que habéis formado de ser mi madre. Mi cumplimiento para con usted, es de muy difícil desempeño ; y el tí-

tulo no es de modo alguno el que yo os desco. Este discurso parecerá a los ojos de algunos poco racional ; pero estoy seguro que usted no errará en darle su valor, y que este matrimonio le será a usted fácil conocer que me ha de ser de suma repugnancia : que usted no puede ignorar, sabiendo quién yo soy, cuánto debe oponerse a mis verdaderos intereses ; y que, con permiso de mi padre, no extrañará la diga, que si las cosas dependiesen de mi arbitrio no se haría este himeneo.

HARPAG. Véase aquí un cumplimiento bien intempestivo. ¿ Para qué hacerla esa confesión ?

MARIANA Y yo, para responderos, sólo os diré, que las cosas son del todo iguales : que si tenéis repugnancia en verme vuestra madre, no la tengo menos en que seais mi hijo. No creáis, os lo suplico, sea yo quien solicite daros este pesar. Me sería muy sensible daros la menor pena ; y que si fuese mi poder absoluto, jamás entraría en un himeneo que os cause pesar.

HARPAG. Viva : tiene razón. A necios cumplimientos corresponde igual respuesta. Hermosa mía, os pido perdón de la necedad de mi hijo : es un tonto que aun no entiende el sentido de las palabras que profiere.

MARIANA Os aseguro que sus palabras no me han ofendido ; muy al contrario, quedo reconocida de sus verdaderos sentimientos. Me es muy grata su confesión ; y si hubiera hablado de otro modo, le apreciaría menos.

HARPAG. La suma bondad vuestra, señora, ha sabido disimular sus faltas. Con el tiempo será más prudente, y veréis cómo cambia de opinión.

CLEANTE No, padre mío : no soy capaz de cambiarla en esto ; y en prueba os pido, señora, lo creáis.

HARPAG. ¡ Es mucha su extravagancia ! Y aun lo repito : ¿ se vió tal necedad ?

CLEANTE ¿ Quiere usted haga traición a mi corazón ?

HARPAG. Dale, dale... ¿ no cambiarás el discurso ?

CLEANTE Pues queréis, señor, que hable de otro modo ; permitidme, señora, que haciendo aquí el papel de mi padre, os confiese que no he visto en el mundo cosa más preciosa que vos : que nada creo puede igualar a la dicha de agradaros ; y que el título de esposo vuestro es una gloria y una felicidad que yo preferiría al destino de los grandes príncipes de la tierra. Sí, señora, la dicha de poseeros es a mi penetración la mayor de todas las fortunas ; el fin y término de mi ambición. Nada hay que no sea yo capaz de hacer para una conquista tan preciosa ; y los mayores obstáculos no serían...

HARPAG. Hijo mío, tranquilízate, tranquilízate.

CLEANTE Es una atención que de parte de usted hago a esta señora.

HARPAG. Gracias, gracias. Tengo una lengua para explicarme, y no os necesito para intérprete mío. Sillas, sillas.

FROSINA No, no ; será mejor que desde luego vayamos a la feria para volver temprano, y tener después todo el tiempo necesario para entretenernos.

HARPAG. (A Perote.) Que pongan los caballos al coche.

ESCENA XII

HARPAGÓN, MARIANA, ELISA, CLEANTE, VALERIO
y FROSINA.

HARPAG. (A Mariana.) Suplico a usted me perdone, hermosa mía, si he faltado en no tener ahora algun pequeño agasajo que darla.

- CLEANTE Ya lo he provisto y previsto yo todo, porque he hecho traer de parte de usted confituras de naranjas, citrones y otras especies.
- HARPAG. (A Valerio.) Valerio, ¿qué es esto?
- VALERIO (A Harpágón.) Ha perdido la cabeza.
- CLEANTE Qué, padre mío, ¿cree usted que esto no sea suficiente? La señora tendrá la bondad de excusar la cortedad.
- MARIANA Esto para mí no era de modo alguno necesario.
- CLEANTE ¿Ha visto usted, señora, un diamante de mayor brillo que el que ve usted en el dedo de mi padre?
- MARIANA Ciertamente que brilla mucho.
- CLEANTE (Quita la sortija del dedo de su padre y se la da a Mariana.) Ahora sí que está en bellas manos. Admita usted esa expresión que la hace mi padre.
- HARPAG. ¿Yo?
- CLEANTE ¿No es cierto, padre mío, que usted desea que la señora lo conserve en su poder, para signo de vuestro amor?
- HARPAG. (Bajo a su hijo.) ¿Qué es lo que haces?
- CLEANTE (A Mariana.) Vea usted cómo se mata a hacerme señas para que la obligue a usted a aceptarlo.
- MARIANA Yo no quiero que...
- CLEANTE (A Mariana.) ¡Usted se burla! No lo volverá a tomar.
- HARPAG. (¡Yo rabio!)
- MARIANA No quisiera que...
- CLEANTE No tengas duda alguna.
- HARPAG. (¡El diablo te lleve!)
- CLEANTE Vea usted como siente que lo rehuse.
- HARPAG. (¡Ah traidor!)
- CLEANTE (A Mariana.) ¿Ve usted como se desespera?
- HARPAG. (Bajo, amenazando a su hijo.) ¡Oh, gran verdugo!
- CLEANTE Padre mío, no consiste en mí. Bien ve usted que hago cuánto es posible para obligarla a que lo tome.

- HARPAG. (Bajo a su hijo, con cólera.) ¡ Ah, qué bribón !
CLEANTE (A Mariana.) Señora, usted es la causa de que mi padre se enfade, porque no sé persuadirla a que admita la sortija. Quéde-se usted con ella para no verle morir con el dolor de verla en su dedo.
- HARPAG. (Bajo a su hijo, con los mismos gestos.) ¡ Ah, gran infame, ¿ qué dices ?
CLEANTE (A Mariana.) Ya tiene los síntomas de una enfermedad mortal. Señora, no resista usted más en admitirlo : por caridad, por caridad.
- FROSINA (A Mariana.) ¡ Dios mío, qué resistencia ! Guarde usted la sortija, pues que el señor lo pide y lo quiere.
- MARIANA Bien está : me quedaré con ella para que no tome enojo ; pero la conservaré para devolvérsela en otro tiempo.

ESCENA XIII

HARPAGÓN, MARIANA, CLEANTE, ELISA, VALERIO,
FROSINA y PEROTE.

- PEROTE Señor, aquí hay un hombre que quiere hablar a usted.
- HARPAG. Dile que vuelva, que estoy ocupado.
- PEROTE Me ha dicho que trae dinero.
- HARPAG. (A Mariana.) Perdonad, señora, que luego vuelvo.

ESCENA XIV

HARPAGÓN, MARIANA, ELISA, CLEANTE, VALERIO,
FROSINA y MAROTO.

- MAROTO (Corriendo hace caer a Harpagón.) Señor...
HARPAG. ¡ Muerto soy !
CLEANTE Padre mío, ¿ qué es eso ? ¿ Se ha hecho usted mal ?

- HARPAG. Este traidor sin duda ha sido pagado por mis deudores para asesinarme.
- VALERIO (A Harpágón.) Eso no será nada.
- MAROTO (A Harpágón.) Señor, pido a usted perdón : creí hacer bien en venir corriendo a...
- HARPAG. Gran verdugo, ¿qué vienes a hacer aquí?
- MAROTO A decirle que los caballos están deshe-rrados.
- HARPAG. Que los lleven luego a casa del mariscal.
- CLEANTE Interin que los hierran, haré por usted, padre mío, los honores de la casa, y llevando a la señora al jardín, la haré dar el refresco.

ESCENA XV

HARPAGÓN y VALERIO.

- HARPAG. Valerio, ten el ojo listo a todo, y cuida con la mayor atención de salvar todo lo que puedas de los dulces, para devolverlos a la tienda.
- VALERIO Descanse usted en mi cuidado.
- HARPAG. ¡ Hijo impertinente ! ¡ Sin duda te has propuesto arruinarme !

TELÓN

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA

CLEANTE, MARIANA, ELISA y FROSINA.

- CLEANTE Entremos aquí, estaremos mucho mejor, y no tendremos a nuestra intermediación quien escuchando nos prive la libertad.
- ELISA Sí, señora: mi hermano me ha confiado el amor que tiene a usted. Yo sé los pesares y disgustos que pueden ocasionar estos sucesos, y os aseguro con toda mi terneza el interés de vuestra felicidad.
- MARIANA El dulce consuelo de ver mezclada en mis dichas a una persona como usted me reanima: la suplico encarecidamente conserve para mí perpetuamente esa amistad capaz de quitar las amarguras de mi cruel fortuna.
- FROSINA ¡Qué desgracia tan grande para ustedes no haberme advertido antes este interés! Yo hubiera quitado a ustedes ese motivo de pesar, y el asunto estaría en el día en bien contraria posición.
- CLEANTE ¿Qué quieres que te diga? Mi fatal destino lo quiere así. Hermosa Mariana, ¿qué resolución es la vuestra?
- MARIANA ¡Ay de mí! ¿Estoy en libertad para hacer mi gusto? En la dependencia en que

me hallo, ¿puedo formar ningún útil proyecto?

CLEANTE ¿Qué, sólo tengo por apoyo en vuestro corazón unos deseos? ¿No existirá una piedad activa? ¿No mereceré un socorro de vuestra bondad? ¿Ningún afecto en acción?

MARIANA ¿Y sé yo acaso responderos a eso? Poneos en mi lugar y reflexionad qué es lo que puedo hacer. Instruidme; ordenadme; que a vos me entrego toda; porque os considero con superior talento para no exigir de mí más que lo que me es permitido por mi honor y decencia.

CLEANTE ¡Infeliz de mí! ¿Queréis reducirme a lo único que permite la opinión caprichosa del honor, y la escrupulosa decencia?

MARIANA Decidme, pues, ¿qué queréis que haga? Cuando yo puedo despreciar todos los escrúpulos de mi sexo, la consideración por mi madre debe refrenarme. Me ha criado con un extremo amor, y esto me fuerza a no darle el menor disgusto. Pedidla, rogadla, y emplead todos los medios imaginables para ganar su corazón. Haced y decid cuánto quisiéreis, que os doy mi consentimiento a todo; y si la suerte lo dejase a mi elección, explicadla claramente mi voluntad y mi fe, que yo lo rectificaré con mi vida y alma.

CLEANTE Frosina, ¿nos ayudarás a esta empresa?

FROSINA No tenéis que preguntarlo: lo deseo con mi alma. Bien sabéis la terneza de mi corazón. El cielo no me ha dado un corazón de bronce para resistir a una perfecta unión de dos almas que se aman con esa estrechez. Pero ¿qué podremos hacer ahora?

CLEANTE Ahora es tiempo de lucir tu ingenio.

MARIANA Iluminanos, querida Frosina.

ELISA Inventá algo para deshacer esta trama.

FROSINA (A Mariana.) Es bien difícil el caso. Bien

que por vuestra madre no lo hallo del todo imposible, porque al fin transfiriendo la entrega del padre al hijo, todo se queda en casa. (A Cleante.) Aquí el mal terrible está de parte de vuestro padre.

CLEANTE Convengo en ello.

FROSINA Me imagino que será irresistible e irreductible, tanto en su rehuso como en concederos el consentimiento. Para salir bien del lance, convendría que él mismo rehusase a Mariana, dándole algún motivo que moviere su interés.

CLEANTE Perfecta cosa.

FROSINA Yo sé que tengo razón; eso es lo que convendría, pero el diantre es encontrar los medios. (Golpe de imaginación.) Escuchad, escuchad. Si pudiésemos hallar una mujer sagaz, de alguna edad, de buen talento, que fuese capaz de contrahacer una dama de calidad poderosa, por medio de un tren hecho al intento, con su título de marquesa, o condesa al canto; yo tendría sobrada maña para persuadirle que a más de sus rentas tenía cien mil duros en oro, y que estaba enamorada de él, deseando tenerle por esposo, haciéndole donación de todo su dinero. No pongo duda que como ama tanto el dinero lo anteponga a Mariana; y cuando enardecido de su ambición haya consentido a lo que deseáis, importará poco que se dé por las paredes cuando vea su engaño.

CLEANTE Perfecto pensamiento.

FROSINA Ta, ta. Ahora me acuerdo de una vecina mía, muy a propósito para jugarle esta pieza.

CLEANTE No dudes, Frosina, de mi perfecto reconocimiento si llega a efecto tu proyecto. En el interin, Mariana amable, empecemos a ganar el corazón de tu madre, pues desbaratar a lo menos esta boda, es de grande interés. Haced de vuestra parte

todos los esfuerzos posibles, y emplead esa fina lealtad con que la amáis y queréis, y os profesas. Soltad, sin reserva, vuestras gracias y elocuencias, y esos maravillosos poderes de vuestros ojos y boca: nada se os olvide para encarecer con perfectas súplicas y penetrantes palabras el amor que os tengo y la afición tan grande, motivos poderosos para destruir su negativa.

MARIANA Fiad de mí en que nada olvidaré para que amor nos una.

ESCENA II

HARPAGÓN, CLEANTE, MARIANA, ELISA y FROSINA

HARPAG. (Aparte sin ser visto.) ¡Hola! Mi hijo besa la mano a su futura madrastra, y la dichosa señora lo admite con voluntad. ¿Si habrá aquí algún oculto misterio?

ELISA (Ve a su padre.) Aquí viene mi padre.

HARPAG. El coche está pronto: cuando sea gusto vuestro podéis marcharos.

CLEANTE Pues que usted no va, padre mío, iré a hacerlas compañía.

HARPAG. No, no: quédate, que te necesito.

ESCENA III

HARPAGÓN y CLEANTE

HARPAG. Ahora bien: dejando aparte el interés de tu madrastra, dime, ¿qué te parece su persona?

CLEANTE ¿Qué me parece?

HARPAG. Sí, ¿de su aire, de su talle, belleza y discreción?

CLEANTE Tal cual.

HARPAG. Más franqueza, más franqueza.

CLEANTE Para hablaros sin rodeos, os diré que no la he hallado como me la presumía. Su aire es de libre coqueta, su talle bastante desgraciado, su belleza menos que mediana y su talento muy común. Esto no lo digo para disgustar a usted, porque madrastra por madrastra, lo mismo quiero a una que a otra.

HARPAG. Sin embargo tú te la inclinabas y...

CLEANTE Sí, señor: la he dicho algunas palabras gratas, solo con objeto de agradar a usted.

HARPAG. ¿Con qué tú no te inclinabas a ello?

CLEANTE ¿Yo? nada de eso.

HARPAG. Lo siento: esto me desbarata un proyecto que he conciliado en mi mente. Luego que la he visto he hecho seria reflexión a mis años, y he pensado que me criticarán si en mi edad me caso con una tan joven. Esta consideración me ha desbaratado mi designio, y como ya la he hecho pedir, y en esto ya he contraído empeño de palabra, si no tuvieras aversión por ella, casándola contigo, ni su madre, ni el público, tendría qué decir.

CLEANTE ¿Conmigo?

HARPAG. Contigo.

CLEANTE ¿En matrimonio?

HARPAG. En matrimonio.

CLEANTE Escuchad: es cierto que ella no es muy a mi gusto; pero por dárselo a usted, me resolvería a tomarla por esposa.

HARPAG. Hijo mío, soy muy mirado; forzar tu inclinación, ni por pienso.

CLEANTE No os importe, procuraré esforzarme por amor vuestro.

HARPAG. No, no; que no hay buen matrimonio donde no hay inclinación.

CLEANTE Despues vendrá, padre mío, y por eso se dice que el amor es fruto de himeneo.

HARPAG. No, no te engañes. Al hombre no ha de faltar ese requisito, y sus consecuencias

- funestas no quiero carguen sobre mí. Si en tí hubiera habido alguna inclinación por ella, entonces nada quedaba que hacer, te la hubiera dado por esposa, en lugar mío; pero no siendo así, seguiré mi primer designio, y la desposaré.
- CLEANTE Pecho afuera. Padre mío, ya que las cosas han llegado a este estado, voy a descubrir mi corazón, y manifestaros el secreto de mi alma. La verdad es que la amo desde un día que la ví en el paseo: que desde entonces fué deliberada mi voluntad pedíros la por esposa, y que nada me ha detenido más que el veros decidido por ella, y no quereros disgustar.
- HARPAG. ¿La has visitado?
- CLEANTE Sí, padre mío.
- HARPAG. ¿Muchas veces?
- CLEANTE Bastantes para el tiempo que ha mediado.
- HARPAG. ¿Y te ha recibido bien?
- CLEANTE Muy bien; pero ha ignorado quién era yo, y eso es lo que la ha sorprendido.
- HARPAG. ¿La has declarado tu pasión, y la intención de casarte?
- CLEANTE Sin duda: y aun a su madre la significué lo bastante.
- HARPAG. ¿Y escuchó por la hija esa declaración?
- CLEANTE Sí, señor, con mucho agrado.
- HARPAG. ¿Y la hija corresponde a tu amor?
- CLEANTE Si he de creer las apariencias, su rubor manifiesta demasiado su pasión.
- HARPAG. (Me alegro de haber averiguado justamente lo que sospeché.) Ahora, pues, hijo mío, ¿sabes lo que hay? Que es necesario pienses en deshacerte de ese amor: en cesar las persecuciones de un objeto que para mí quiero; y en casaros en breve con la que os tengo destinado.
- CLEANTE ¿Qué, de este modo juega usted conmigo? Pues que las cosas han llegado a este punto, declaro a usted que no mudaré

mi inclinación por Mariana : que no habrá extremo en que yo no toque por ella para disputar a usted su conquista : que ya abiertamente seré su rival ; y que si usted tiene en su favor el consentimiento de su madre, tengo yo otros recursos poderosos que combatirán por mí.

HARPAG. ¿Cómo, canalla, tienes la audacia de competirme?

CLEANTE Usted es quien pretende competencia, y pues soy de fecha más antigua, os declaro la guerra.

HARPAG. ¿No soy tu padre, a quien debes todo respeto?

CLEANTE En asuntos de honra no debe ceder el hijo al padre. El amor no distingue personas.

HARPAG. Si el amor no sabe distinguir, yo haré que sepas con un garrote.

CLEANTE De esas amenazas me burlo siempre.

HARPAG. Tú renunciarás a Mariana.

CLEANTE Usted es quien la ha de renunciar.

HARPAG. ¡Un garrote, u ngarrote, pronto, pronto !

ESCENA IV

HARPAGÓN, CLEANTE y SANTIAGO.

SANTIAGO Ele, ele : ¿qué es esto? ¿Qué diablos sucede aquí?

CLEANTE Me burlo de todo eso.

SANTIAGO ¡Ah, señor ! poquito a poco.

HARPAG. (Enfadado.) ¡Hablarle con esta resolución !

SANTIAGO (A Harpagón.) Señor, tranquilícese usted.

CLEANTE Yo no cederé un punto.

SANTIAGO (A Cleante.) ¿Qué? ¿A vuestro padre?

HARPAG. Déjame, que yo haré que...

SANTIAGO (A Harpagón.) ¿A vuestro hijo? Para mí aun es llevadero.

HARPAG. Santiago, te quiero hacer juez del caso, para que veas que tengo razón.

SANTIAGO (A Cleante.) Consiento en ello. Aléjese usted de aquí un poco.

HARPAG. Amo a una señorita con quien quiero casarme, y el bribón tiene la insolencia de amarla como yo, y la pretende a mi pesar.

SANTIAGO No procede bien.

HARPAG. ¿No es una cosa espantosa que un hijo quiera hacer competencia a su padre? ¿No debe él, por respeto, abstenerse de mezclarse con objeto de su inclinación?

SANTIAGO Tiene usted razón. Déjeme usted hablar, y quédese ahí quieto.

CLEANTE (A Santiago, a quien se acerca.) Sea así : pues te elijo por juez, convengo que para mí es bueno cualquiera ; y te hago árbitro de nuestra cuestión.

SANTIAGO Grande honor me hacen ustedes.

CLEANTE Estoy enamorado de una joven que corresponde a mi amor recibiendo tiernamente mi fe, y mi padre se empeña en turbar nuestro amor, pues la ha pedido para su esposa.

SANTIAGO Seguramente falta a la razón.

CLEANTE ¿No tiene vergüenza a su edad pensar en casarse? Le sentará bien representar el papel de enamorado : ¿y no sería justo dejase esa ocupación para los jóvenes?

SANTIAGO Tiene usted razón. Déjeme usted decir dos palabritas. (A Harpagón.) Yo no hallo a vuestro hijo tan raro como usted dice : él se pone en la razón. Dice que sabe el respeto que a usted le debe : que él solo se ha arrebatado en el primer ardor : que no se opone a someterse a lo que usted quiera, con tal que se le trate mejor que hasta aquí, y que se le dé para esposa una persona que sea de su gusto.

HARPAG. ¡ Ah ! ¡ ah ! Dile que siendo así podrá esperar de mí todo lo que quiera, y que a

excepción de Mariana le doy la libertad de escoger la que quiera.

SANTIAGO (A Cleante.) Déjeme usted hacer. Sepa usted que su padre no se pone fuera de la razón como usted supone. Me ha manifestado que su orguimiento de usted es quien le ha exaltado la cólera, y que él no quiere sino el juicio y prudencia de usted : que está dispuesto a concederle lo que quiera, con tal que usted le trate con dulzura, y le rinda las atenciones, respetos y sumisiones que debe un hijo a su padre.

CLEANTE ¡ Ah, Santiago ! bien puedes asegurarle que si me concede a Mariana, siempre me verá el más humilde de todos los hombres ; y que jamás haré cosa alguna sin su absoluta voluntad.

SANTIAGO (A Harpagón,) Gracias a mi maña ya todo está concluido.

HARPAG. Ahora sé que todo irá bien.

SANTIAGO (A Cleante.) Consiente a lo que pedís.

CLEANTE ¡ Gracias al cielo !

SANTIAGO (A los dos.) Toda esa camorra no consistía más que en no entender a ustedes : todo está acorde, y así es inútil hablar más.

HARPAG. ¡ Pobre Santiago ! Toda la vida te seré reconocido.

SANTIAGO No hay para qué, señor.

HARPAG. (Registra sus bolsillos. Santiago alarga la mano, pero Harpagón solo saca el pañuelo de sonarse, y le dice :) Vete : yo me acordaré de ti : te lo aseguro.

SANTIAGO Beso a usted las manos. (Ahora será la broma.) (Vase.)

ESCENA V

HARPAGÓN y CLEANTE.

CLEANTE Pido a usted perdón, padre mío, de mi acaloramiento.

HARPAG. Ya pasó: eso no es nada.

CLEANTE Aseguro a usted que siento mi modo, y me arrepiento.

HARPAG. Y yo tengo toda la alegría del mundo de hallarte tan razonable.

CLEANTE ¡Con qué bondad os habéis olvidado de mis defectos!

HARPAG. Las faltas de los jóvenes se olvidan con facilidad cuando entran en reflexión.

CLEANTE Es mucha virtud olvidarse del agravio.

HARPAG. A eso me obligas con la sumisión y el respeto.

CLEANTE Prometo a usted, padre mío, que hasta el sepulcro conservaré en mi corazón la memoria de sus bondades.

HARPAG. De mi parte te prometo que no habrá cosa que no consigas de mí.

CLEANTE ¡Ah, padre mío! ya nada os pediré, pues es haberme llenado de felicidades el darme a Mariana.

HARPAG. ¿Cómo? ¿Qué?

CLEANTE Digo, padre mío, que estoy contentísimo de vos, y que todo lo tengo por la bondad con que me hacéis dueño del corazón de Mariana.

HARPAG. ¿Quién te ha dicho que te doy a Mariana?

CLEANTE Usted mismo, padre mío.

HARPAG. ¿Yo?

CLEANTE Ciertamente.

HARPAG. Bueno: tú eres quien ha prometido renunciarla.

CLEANTE ¿Yo renunciarla?

HARPAG. Sí: dígalo Santiago.

CLEANTE (Algo alterado.) Nada de eso : de modo alguno.
HARPAG. ¿No has ofrecido no pretenderla?
CLEANTE Al contrario : estoy más firme que nunca.
HARPAG. ¡Qué ! ¡Villano con doblez !
CLEANTE Nada puede cambiarme.
HARPAG. (Enfadado.) Déjame, que yo haré que... traidor...
CLEANTE Haced cuánto queráis.
HARPAG. Te prohibo que jamás me veas.
CLEANTE En buen hora.
HARPAG. Te abandono.
CLEANTE Abandonad.
HARPAG. Te repudio por hijo.
CLEANTE Sea.
HARPAG. Te desheredo.
CLEANTE Lo que queráis.
HARPAG. Te doy mi maldición.
CLEANTE No lo creo ; porque vos nada dais. (Vase Harpagón.)

ESCENA VI

CLEANTE y LA FLECHA.

FLECHA (Sale del jardín con una cajita.) Señor : ¡ qué fortuna ! Venid, venid conmigo.
CLEANTE ¿Qué hay de nuevo?
FLECHA (Con alegría.) Seguidme : ya estamos bien.
CLEANTE ¿De qué suerte?
FLECHA Ved aquí nuestra felicidad.
CLEANTE ¿Qué?
FLECHA Todo el día he estado espiondo esto.
CLEANTE ¿Pero qué es eso?
FLECHA El tesoro de tu padre, que he heredado.
CLEANTE ¿Cómo lo has hecho?
FLECHA Ya lo sabréis todo. Salvémonos ahora, que ya le oigo gritar.

ESCENA VII

HARPAGÓN.

(Gritando al ladrón del jardín.) ¡Detened a ese ladrón; a ese ladrón asesino; a ese matador! ¡Justicia, justicia del cielo! Estoy perdido; asesinado; me han cortado el pescuezo; me han robado mi dinero. ¿Qué puede ser eso? ¿A dónde está? ¿Qué es de él? ¿Dónde se oculta? ¿Qué haré para hallarle? ¿A dónde correré? ¿Me estará tranquilo? No está allí. Tampoco está aquí. Date (Agarrándose su brazo.): Dame mi dinero, pícarón. ¡Ah, cielos, que soy yo! Mi entendimiento está turbado: ignoro en dónde estoy, lo que soy y lo que hago. Mi pobre dinero; mi pobre dinero; mi pobre dinero; mi querido amigo, ya me han separado de ti; y pues que has sido robado, ya he perdido mi existencia, mi consuelo y mi alegría: ya todo se acabó para mí, y nada tengo que hacer en este mundo. Sin ti me es imposible vivir. Esto es hecho; ya no puedo más; yo me muero: ya estoy muerto, y aun enterrado. ¿No habrá nadie que me quiera resucitar? ¿No me volverán el dinero? ¿No me dirán quién lo ha robado? ¡Eh! ¿Qué dice usted? ¡Ah! que no hay nadie. Es preciso que el que lo ha robado, ha expiado con mucho cuidado la hora, la ocasión en que hablaba con el traidor de mi hijo. Salgamos de aquí. Voy a buscar la justicia, y hacer dar tormento a todos mis criados, criada, mi hija, mi hijo, al jardín, a toda la casa, y aun a mí mismo. ¡Qué multitud de gente juntas! No miro a ninguno a quien no sospeche de ladrón. ¡Ah! ¿De qué hablan ustedes? ¿De qué me han robado? ¿Qué ruido hacen arriba? Allí

está mi ladrón. Por piedad pido a ustedes que si saben quién ha sido, me lo digan. ¿Está oculto entre ustedes? Todos me miran y se ríen de mí. Sin duda tienen todos parte en mi robo. Vámonos pronto: Vengan escribanos, alguaciles, jueces, cadenas, potros, horcas y verdugos. Quiero hacer ahorcar a todos, y si no hallo mi dinero, yo mismo me ahorcaré.

TELÓN

FIN DEL ACTO CUARTO



ACTO QUINTO

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA

HARPAGÓN y un ESCRIBANO.

ESCRIBA. Déjeme usted hacer. Yo sé mi oficio, a Dios gracias. No crea usted que empezó hoy a descubrir latrocinios: y quisiera tantos miles de pesetas, como hombres he hecho ahorcar.

HARPA. Todos los jueces se han interesado a que se descubra este delito; y si no me hacen hallar el dinero, pediré justicia contra la misma justicia.

ESCRIBA. Es preciso hacer todas las averiguaciones necesarias. ¿Cuánto dice usted había en esa cajita?

HARPAG. Diez mil duros, bien contados.

ESCRIBA. ¡El robo es de entidad!

HARPAG. No hay suplicio a propósito para tan enorme delito. Si queda sin castigo, las cosas más sagradas no estarán seguras.

ESCRIBA. ¿En qué monedas estaba esa cantidad?

HARPAG. En onzas, en medias onzas, y doblones de oro de perfecto cuño.

ESCRIBA. ¿Quién sospecha usted sea el ladrón?

HARPAG. Todos cuantos viven en el mundo, y por lo tanto quiero que ponga usted presos a todos, y aun a la ciudad con sus arrabales.

ESCRIBA. Es necesario para descubrir el delito, no alarmar a nadie; créame usted, y procurar con dulzura ir tomando indicios y pruebas para proceder después con rigor contra los culpables.

ESCENA II

HARPAGÓN. ESCRIBANO y SANTIAGO.

SANTIAGO (En el fondo del teatro, se vuelve por donde había entrado.) Ya vuelvo. Que me lo degüellen al instante, que le aten los pies, lo metan en agua hirviendo, y que me lo pongan sobre la mesa.

HARPAG. ¿A quién? ¿Al que me ha robado?

SANTIAGO No: hablo de un cochinito de leche que me ha traído vuestro mayordomo, y lo quiero guisar a mi gusto.

HARPAG. Ahora no es cuestión de eso. A este señor escribano es necesario hablarle de otra cosa.

ESCRIBA. (A Santiago.) No se espante usted. Soy hombre que no daré escándalo, y todo se tratará con dulzura y secreto.

SANTIAGO ¿Que es el señor también de los convidados?

ESCRIBA. Es forzoso, buen amigo, no ocultar nada a vuestro amo.

SANTIAGO Juro a usted que le mostraré cuanto sé hacer, y que trataré a usted del mejor modo que me sea dable.

HARPAG. No es ese el negocio.

SANTIAGO Si no doy a usted tan buena cena como quiero, el defecto estará en el mayordomo, que me ha escaseado, con la mayor mezquindad.

HARPAG. Traidor: de otra cosa se trata que de cenar, y quiero que me des noticias del dinero que me han robado.

SANTIAGO ¿Que le han robado a usted dinero?

- HARPAG. Sí, picarón ; y te voy a hacer ahorcar si no me lo devuelves.
- ESCRIBA. (A Harpagon.) Por vida de... No me lo maltratéis. Conozco por su semblante que es hombre honrado, y que sin que le pongan en la cárcel descubrirá todo lo que queréis saber. Amigo mío, clarito : si confesáis la cosa, nadie se meterá con vos, y a más seréis recompensado por vuestro amo. Le han robado el dinero, y es imposible que no sepáis alguna cosa.
- SANTIAGO (¡ Qué bella ocasión para vengarme del mayordomo ! Desde el momento que ha entrado aquí, él es el favorito, y sólo se oyen sus consejos ; y a más tengo deseo de vengarme de los palos que me dió.)
- HARPAG. ¿Qué estás rumiando?
- ESCRIBA. (A Harpagon.) Déjele usted hacer. Se prepara a contentar a usted, que yo bien le he conocido que es hombre de bien.
- SANTIAGO Señor, si usted quiere saberlo, creo que es el señor mayordomo el que ha dado con el gato.
- HARPAG. ¿Valerio?
- SANTIAGO Sí.
- HARPAG. ¿El qué me parecía tan fiel?
- SANTIAGO El mismo : yo creo que él ha sido el ladrón.
- HARPAG. ¿Y en qué te fundas?
- SANTIAGO ¿En qué?
- HARPAG. Sí.
- SANTIAGO En que así lo creo.
- ESCRIBA. Pero es necesario decir los indicios.
- HARPAG. ¿Le has visto tú acechar a donde yo tenía el dinero?
- SANTIAGO Sí, ciertamente. ¿A dónde lo tenía usted?
- HARPAG. En el jardín.
- SANTIAGO Justamente le he visto dar vueltas en el jardín. ¿Y en qué estaba el dinero?
- HARPAG. En una caja.
- SANTIAGO Ya está cogido ; yo le he visto una caja.

HARPAG. ¿Y esta caja cómo estaba hecha? Yo veré si es la mía.

SANTIAGO ¿Cómo está hecha?

HARPAG. Sí.

SANTIAGO Está hecha... está hecha a manera de una caja.

ESCRIBA. Ya se entiende. Pero explicaos cómo es, para poder caer en cuenta.

SANTIAGO Es una caja grande.

HARPAG. La que me han robado es pequeña; pero se puede tomar por grande; y yo la llamo grande por lo que contenía.

ESCRIBA. ¿Y de qué color es?

SANTIAGO ¿De qué color?

ESCRIBA. Sí, buen hombre.

SANTIAGO Es de un color... Tiene un cierto color... ¿No sabrá usted ayudarme a decirlo?

HARPAG. ¿Qué?

SANTIAGO ¿No es carmesí?

HARPAG. No: azul celeste.

SANTIAGO Cierto: sí, sí: azul carmesí.

HARPAG. No hay duda. Ella es seguramente. Escriba usted, señor, esta disposición. ¡Cielos! ¿De quién nos podremos fiar? No se puede jurar por ninguno; y por lo visto, creo que seré yo hombre para robarme a mí mismo.

SANTIAGO (A Harpagón.) Señor, héle aquí que viene. No me descubra usted que yo soy quien le ha acusado.

ESCENA III

HARPAGÓN, ESCRIBANO, VALERIO y SANTIAGO.

HARPAG. Acércate: ven a confesar la acción más negra, y el atentado más horrible que jamás ha sido cometido.

VALERIO Señor, ¿qué quiere usted?

HARPAG. ¿Qué, traidor, no te avergüenzas de tu delito?

- VALERIO ¿De qué delito habla usted?
- HARPAG. ¿De qué delito quiero hablar? Infame : como si tú no supieses lo que quiero decir. En vano es que te quieras eludir. El negocio está descubierto, y me acaban de manifestar todo. ¿Cómo se entiende? ¿Abusar así de mi bondad? ; introduciros expresamente para cometer traición, y jugar una pieza semejante?
- VALERIO Pues está descubierto todo, no quiero disimular mis mañas, ni ocultar cosa alguna.
- SANTIAGO (¡ Oh ! ; oh ! ; Vaya, que yo lo he adivinado sin pensarlo !)
- VALERIO Mi designio era de hablar a usted, y para esto esperaba una ocasión favorable ; pero pues se ha anticipado, pido a usted no se enfade, y escuche mis razones.
- HARPAG. ¿Y qué bellas razones me darás, infame ladrón?
- VALERIO ¡ Ah, señor ! yo nunca he merecido esos nombres ; es verdad que he cometido ofensa contra usted, pero al fin mi falta es perdonable.
- HARPAG. ¿Cómo perdonable? ¿Una muerte violenta y un asesinato de esta clase?
- VALERIO Por gracia, señor, no se encolerice usted ; cuando me habrá escuchado verá que el mal no es tan grande como usted lo supone.
- HARPAG. ¿El mal no es tan grande como yo supongo? ¿Qué mi sangre, mis entrañas, tunante?
- VALERIO La sangre de usted, señor, no ha caído en malas manos. Soy de condición que no le causaré agravio alguno ; y en todo ello no hay nada que yo no pueda reparar.
- HARPAG. Esa es la intención mía : que me restituyas lo que me has usurpado.
- VALERIO Su honor de usted será plenamente satisfecho.

HARPAG. Aquí no entra para nada el honor. Pero dime quién te ha movido a esa acción.

VALERIO ¡Ay de mí! ¿Me lo pregunta usted?

HARPAG. Sí: verdaderamente lo pregunto.

VALERIO Un dios que sirve de excusa a cuanto se hace: el amor.

HARPAG. ¿El amor?

VALERIO Sí.

HARPAG. Bello amor: precioso amor: a fe mía que es el amor a mis onzas de oro.

VALERIO No, señor: no son vuestras riquezas las que me han tentado; no son ellas las que me han alucinado; y protesto de no tomar nada de vuestros bienes, con tal que me dejéis lo que tengo, o poseo.

HARPAG. No lo haré por todos los diablos: no te lo dejaré. ¿Pero se puede ver mayor insolencia que querer retener el robo que me ha hecho?

VALERIO ¿Robo llama usted a eso?

HARPAG. ¿Si le llamo robo, un tesoro semejante?

VALERIO Es cierto que es un tesoro, y sin duda el más precioso que tenéis; pero no será perderlo el dejármelo. Os lo pido de rodillas: concededme ese tesoro lleno de gracias, si queréis obrar bien.

HARPAG. ¡Ay! es friolerá lo que pide.

VALERIO Nos hemos prometido mutuamente fe, y hemos hecho juramento de no separarnos.

HARPAG. El juramento es gracioso y la promesa preciosa.

VALERIO Sí, señor: estamos empeñados de ser el uno del otro perpetuamente.

HARPAG. Yo lo impediré con todas mis fuerzas: os lo aseguro.

VALERIO Solo la muerte nos podrá separar.

HARPAG. ¡Qué diabólico empeño! Por mi dinero es el vuestro.

VALERIO Ya os he dicho, señor, que no es el interés quien me ha forzado a hacer lo que he hecho. Mi corazón no ha obrado por

medios tan bajos como presumís : un motivo más noble me ha inspirado esta resolución.

HARPAG. Aun me querrás hacer creer que por una caridad cristiana quieres apoderarte de mis bienes ; pero yo pediré a la justicia que me den satisfacción de tu infame proceder.

VALERIO Usted hará lo que quiera : aquí estoy pronto a sufrir todo género de violencias ; pero debe usted persuadirse que si hay algún mal, yo soy quien tiene la culpa, y que su hija en nada de esto es delincuente.

HARPAG. Lo creo ciertamente. Sería bien extraño que mi hija tuviese la menor parte en semejante delito. Pero yo quiero me digas en qué paraje está ya la prenda de mi alma.

VALERIO Yo no la he sacado de casa : en ella está.

HARPAG. (¡ Oh, mi querida cajita !) ¿ No ha salido de mi casa ?

VALERIO No, señor.

HARPAG. Y dime, ¿ no la has tocado ?

VALERIO ¿ Yo tocarla ? ¡ Ah ! Usted la hace una injuria horrible, y lo mismo a mí : sólo un ardor puro y respetuoso me tiene abrasado por ella.

HARPAG. (Está abrasado por mi cajita.)

VALERIO Antes quisiera morir que haberla dado motivo a pensar una sola ofensa. Es muy honesta, virtuosa y sabia para faltar a su deber.

HARPAG. (Aparte, burlándose.) (¡ Ah ! ¡ ah ! Mi cajita es muy honesta, virtuosa y sabia.)

VALERIO Todos mis deseos están limitados a gozar de su vista ; y nada ha profanado la pasión que sus hermosos ojos me han inspirado.

HARPAG. (Aparte, burlándose.) (Los bellos ojos de mi cajita. Este habla de ella como un enamorado de su dama.)

- VALERIO Claudia sabe la verdad de todo el suceso. De ella podéis averiguar.
- HARPAG. ¿Qué, la criada es cómplice del negocio?
- VALERIO Sí, señor : ella ha sido testigo de nuestras mutuas promesas ; y solo instruida de mi honesta llama, ha ayudado mis instancias para que la fe de vuestra hija y la mía concilien nuestras voluntades.
- HARPAG. (Sin duda el miedo de la justicia le hace desvariar.) ¿Qué nos enredas aquí a mi hija?
- VALERIO Digo, que he tenido todos los trabajos imaginables para persuadir a su pudor consintiese en mi amor.
- HARPAG. ¿El pudor de quién?
- VALERIO De vuestra hija, y hasta ayer no se ha resuelto a firmar la mutua promesa de nuestro himeneo.
- HARPAG. ¿Mi hija te ha prometido bajo de papel ser tu esposa?
- VALERIO Sí, señor ; así como yo la he firmado igual papel.
- HARPAG. ¡ Ah, cielos ! ¿ Otra desgracia ?
- SANTIAGO (Al Escribano.) Señor, escriba usted eso más.
- HARPAG. ¡ Mal duplicado ! ¡ Desesperación ilimitada ! (Al Escribano.) Escriba usted, señor, haciéndole doble proceso, como ladrón y como sobornador.
- SANTIAGO Sí, sí : como ladrón y como solfeador.
- VALERIO Nombres inicuos que no me corresponden ; y cuando sabréis quién soy...

ESCENA IV

HARPAGÓN, ELISA, MARIANA, VALERIO, FROSINA,
SANTIAGO y ESCRIBANO.

- HARPAG. ¡ Ah, hija perversa ! ¡ Hija indigna de un padre como yo ! ¿ Así ejecutas las lecciones que te he dado ? ¿ Te dejas seducir de

amor por un ladrón infame ; empeñas tu fe sin mi consentimiento? Pero no, no conseguiréis vuestra intención. (A Elisa.) Cuatro murallas me responderán de tu conducta ; (A Valerio.) y una buena horca me dará satisfacción de tu audacia.

VALERIO El caso no será juzgado por vuestra pasión, y se me escuchará antes de condenarme.

HARPAG. Yo me he excedido en decir una buena horca, y no serás sino descuartizado.

ELISA (De rodillas a su padre.) ¡ Ah, padre mío ! tomad mi pasión con más humanidad por amor vuestro, y no llevéis a un término tan violento vuestro poder paternal. No os dejéis arrastrar por los movimientos de vuestra pasión, y considerad a sangre fría lo que intentáis hacer. Examinad que el que os ofendéis es muy otro del que aparece a vuestros ojos, y hallaréis menos extraordinario que me haya prometido, pues sin él hace largo tiempo no existiría. Sí, padre mío : él es quien me sacó de las ondas, a quien vos debéis la vida de vuestra hija, de quien...

HARPAG. Todo eso no vale nada. Mejor hubiera sido para mí que te hubiera dejado ahogar, que no hacer lo que hace.

ELISA Padre mío : pido a usted por el amor paternal de hacer...

HARPAG. No : nada quiero entender. Pretendo que la justicia haga su deber.

SANTIAGO (Así me pagará los palos que me dió.)

FROSINA (Sólo nos faltaba este nuevo embarazo.)

ESCENA V

HARPAGÓN, ANSELMO, ELISA, MARIANA, FROSINA,
VALERIO, ESCRIBANO y SANTIAGO.

ANSELMO ¿Qué es esto, señor Harpagón? ¿De dónde nace esa cólera?

HARPAG. ¡ Ah, señor Anselmo, soy el hombre más desgraciado de todos los hombres ! Este es precisamente un desorden que se opone al contrato que venís a hacer. Me asesinan en los intereses ; me asesinan en la honra ; y ved aquí un traidor, un infame que ha violado los derechos más sagrados : después de robarme mi dinero, me ha sobornado mi hija.

VALERIO ¿ Quién ha pensado en vuestro dinero ?

HARPAG. Sí : ellos se han hecho sus mutuas promesas para ser esposos. Esta afrenta toca a usted, señor Anselmo ; y por ella debéis mostraros su enemigo, y a costa vuestra perseguirle ante la justicia, para vengaros de su insolencia.

ANSELMO Yo no tengo la intención de tomar una mujer contra su voluntad, y menos de pretender un corazón que es de otro ; pero por vuestras entrañas estoy pronto a sacrificar los míos.

HARPAG. (Mostrando al Escribano.) Este que véis es un honrado escribano, que no olvidará nada, según me ha dicho, de sus obligaciones. (Mostrando a Valerio.) Tratadle como merece, y poned las cosas muy criminales.

VALERIO No comprendo qué causa me pueden hacer por mi inclinación a la hija de usted, ni menos la clase de suplicio que usted cree me corresponda por nuestro mutuo empeño, cuando sabrán el sujeto que soy.

HARPAG. Me burlo muy bien de todos esos cuentos, porque el mundo de hoy está lleno de ladrones y pícaros, con sobrescrito de nobleza ; de impostores que sacan sus ventajas de su obscuridad, y se revisten insolentemente del nombre ilustre que se apropián.

VALERIO (Con algo de altanería.) Sabed que mi corazón no es capaz de revestirse de cosa

- ajena, y que todo Nápoles justificará mi cuna.
- ANSELMO Vamos despacio. Cuidado con lo que vais a decir. Aquí arriesgáis más de lo que podréis presumir, y habláis delante de un hombre a quien todo Nápoles conoce, y que descubrirá claramente la historia que presentaréis.
- VALERIO (Con gravedad.) No conozco el temor; y pues estáis intruido de lo que es Nápoles, sabréis quién es don Tomás de Alburuci.
- ANSELMO Sé quién es, y pocos podrán conocerle mejor que yo.
- HARPAG. Me burlo de don Tomás, de don Martín y de... (Harpagón, viendo dos velas encendidas, sopla a una y la apaga.)
- ANSELMO Dejadle hablar: veremos qué quiere decir.
- VALERIO Digo que a él debo mi existencia.
- ANSELMO ¿A él?
- VALERIO (Con gravedad.) Sí: a él.
- ANSELMO Vaya: usted se burla. Buscad otra historia que os sea más favorable, y no pretendáis mantener esa impostura.
- VALERIO (Con más altivez.) Habladme con más honor. No conozco la impostura, y cuanto digo estoy pronto a justificar.
- ANSELMO ¿Qué os atrevéis a decir? ¿Sois hijo de don Tomás?
- VALERIO (Con la misma altivez.) Que sí os digo; y lo sostendré contra cualquiera.
- ANSELMO ¡Me admira vuestro atrevimiento! Sabed para vuestra confusión, que la persona de quien habláis pereció en el mar con toda su familia hace diez y seis años, queriendo huir de las crueles persecuciones que nacieron del desorden en Nápoles, por las que la abandonaron muchas familias.
- VALERIO (Con la misma altivez.) Aprended para vuestro sonrojo, que su hijo mayor, de edad de siete años, con un criado, fué salvado

del naufragio por un navío español; y que ese hijo soy yo. Sabed que el capitán de ese bastimento, apiadado de mi desgracia, me tomó cariño, y me hizo criar como a hijo suyo: que las armas fueron mi ocupación luego que llegué a estar en estado de tomarlas: que he sabido, no hace mucho, que no ha muerto mi padre como lo había creído: que pasando por aquí a buscar una mejor ventura, ví los ojos de la hermosa Elisa: que esta vista cautivó mi albedrío; y la violencia de mi amor y las severidades de su padre me hicieron formar la resolución de ponerme a servirle, enviando una persona de mi confianza a examinar la existencia de mis parientes.

ANSELMO. ¿Pero qué testimonios nos pueden asegurar que esa no sea una fábula que habéis forjado?

VALERIO. El capitán español es buen testigo: un reloj guarnecido de rubíes que era de mi padre: un brazalete de ágata que me había puesto mi madre en el brazo: el viejo Pedro, ese criado que se salvó conmigo en el naufragio, y...

MARIANA. ¡Ay, Dios mío! A vuestras palabras puedo deponer que no sois impostor; y cuanto habéis dicho me certifica de que sois mi querido hermano.

VALERIO. ¿Vos mi hermana?

MARIANA. Sí; bien mi corazón me lo dijo desde el momento que os oí hablar; y nuestra madre que veréis, mil veces me ha referido estas desgracias de nuestra familia. El justo cielo os salvó la vida, mas no sin la pena de una esclavitud de diez años que hemos sufrido, de los corsarios que nos sacaron de entre los despojos de una quebrantada nave. Después de esa esclavitud, una dicha nos concedió la libertad, y llegamos a Nápoles, en donde hallamos

- vendidas todas nuestras haciendas, sin saber cosa alguna de nuestro padre. Pasamos a Génova, en donde mi madre fué a recoger algunos miserables restos de una destruída sucesión, y al fin, huyendo de la injusticia de sus parientes vino a ésta, en donde no ha vivido sino con una vida llena de amargura y de infelicidad.
- ANSELMO ¡ Oh, cielos, cuán admirable es vuestro poder ! ¡ Y cómo sabes que solo a ti corresponden estos altos milagros de tu sabiduría ! Abrazadme, hijos míos, y mezclad vuestras complacencias con las de un padre que solo vive para amaros.
- VALERIO ¿ Que sois nuestro padre ?
- MARIANA ¿ Que sois por quien mi madre ha llorado siempre ?
- ANSELMO Sí, hija mía : sí, hijo mío. Yo soy don Tomás de Alburuci, a quien el cielo preservó de las olas con todo el dinero que llevaba : y que creyéndooos muertos durante diez y seis años, se preparaba, después de tantas aventuras, a buscar un himeneo de una dulce y honesta persona, para consuelo de una nueva familia. La poca seguridad que he reconocido para mi vida en volver a Nápoles, me ha hecho olvidarla para siempre ; y habiendo hallado medio para vender mis haciendas, me he establecido aquí, bajo el nombre de Anselmo, para no dar tanta margen a los disgustos de oír repetir mi nombre, que solo me ha prolongado mis penas.
- HARPAG. ¿ Que es este vuestro hijo ?
- ANSELMO Sí.
- HARPAG. Pues os emplazo para que me paguéis diez mil duros que me ha robado.
- ANSELMO ¿ El os los ha robado ?
- HARPAG. (Con ironía picante.) El mismísimo.
- VALERIO ¿ Quién os ha dicho expresión tan infame ?
- HARPAG. ¿ Quién ? Santiago.

VALERIO (A Santiago.) ¿Qué es lo que tú has dicho?
SANTIAGO Usted bien ve que yo no digo nada.
MARIANA Sí, tú lo has dicho. Ahí está el Escribano a quien lo has declarado.
VALERIO (A Harpagón.) Capaz o no capaz, venga mi dinero.

ESCENA ULTIMA

HARPAGÓN, ANSELMO, ELISA, MARIANA, CLEANTE, VALERIO, FROSINA, ESCRIBANO, SANTIAGO y LA FLECHA.

CLEANTE Padre mío : no se atormente usted por el dinero, ni acuse a ninguno. Tengo positivas noticias de su paradero ; y vengo a decirle, que si usted me cede a Mariana, se pondrá el dinero en sus manos.

HARPAG. ¿A dónde está?

CLEANTE No se tome usted ninguna pena : está en lugar seguro, y no depende de otro que de mí. Usted resuélvase lo que quiere : o Mariana, o su cajita.

HARPAG. ¿No has quitado nada?

CLEANTE Está absolutamente intacta. Usted vea si se conviene a ceder su consentimiento, y a que lo dé su madre, para que celebre yo mi boda con mi Mariana. Ea, pronto, elija usted.

MARIANA (A Cleante.) Pero usted ignora que este que está ahí delante, (Mostrando a Valerio.) es mi hermano ; y que el cielo, a más de esa felicidad, ha colmado mis dichas con el hallazgo de un tierno padre, (Mostrando a Anselmo.) a quien me debe pedir.

ANSELMO Hijos míos : el cielo no me vuelve a vosotros para oponerme a tan justos deseos. Señor Harpagón, usted bien ve que la elección de una doncellita recaerá mejor sobre un hijo que no sobre un padre. No

- motive usted con su dilación a que digan lo que a usted no le sabrá bien, y consienta usted a este doble himeneo.
- HARPAG. Para que yo decida, es necesario que registre antes mi cajita.
- CLEANTE Usted la verá sana y completa.
- HARPAG. No tengo dinero que dar a mis hijos.
- ANSELMO Por eso no se interrumpa : yo tengo para todos.
- HARPAG. Serán de cuenta de usted los gastos de las bodas.
- ANSELMO Está bien. ¿Está usted satisfecho?
- HARPAG. Sí : con tal que para las bodas me haga usted un vestido.
- ANSELMO Convengo. Vamos a gozar la alegría que nos ofrece este día precioso.
- ESCRIBA. ¡Hola, caballero, hola ! ¿Quién me paga mi trabajo?
- HARPAG. Nada tenemos que ver con vuestro trabajo.
- ESCRIBA. Usted me llamó : usted me pagará.
- HARPAG. (Mostrando a Santiago.) Para pagar a usted ahí le entrego ese hombre para que lo haga ahorcar.
- SANTIAGO ¿Cómo diablos hemos de vivir en este mundo? Por decir la verdad me han apaleado, y ahora por mentir me quieren ahorcar.
- ANSELMO Señor Harpagón : es necesario perdonarle esa impostura.
- HARPAG. ¿Usted pagará al Escribano?
- ANSELMO Sí. Vamos a participar a vuestra madre nuestro júbilo.
- HARPAG. Y yo me voy a abrazar con mi cajita.

TELÓN

FIN DE LA OBRA



141617

LS.C

B5826

Author

Title Biblioteca teatro mundial. Vol.15. Nos.141-150.

DATE.

NAME OF BORROWER.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

